



EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

A LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO I. MADRID 1.° NOVIEMBRE 1883. VISITA 1.ª

SUMARIO

TEXTO: Presentación, por el *Dr. Sangredo*.—Las figuras de mi galería.—Lancetazos críticos, por *Luscinda Protoplasma de Sangredo*.—Fábula realista, por el *Dr. S.*—Cuadros vivos, por el *Dr. Cuchillo*.—Totum revolutum.—Boletín bibliográfico (cubierta).
GRABADOS: Dr. Santero (papá) y Dr. Letamendi, por Cilla.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

Calle de Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO.	
Trimestre.....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año..	10 »	Año..........	12 »	Año..........	18 »

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
calle de la Libertad, núm. 16
1883

IMPORTANTÍSIMO

Aunque el Dr. Sangredo tiene provista su despensa con abundancia, «como por sobra de pan nunca es mal año,» suplica se le remitan á su casa, Atocha, 143, piso cuarto, apuntes biográficos y bibliográficos, fotografías modernas y anécdotas ó sucesos que tengan relación con los señores médicos y farmacéuticos que se expresarán á continuación. Estos servicios se agradecerán en lo que valgan y se pagarán según su importancia, si alguien lo reclama, conviniéndolo antes.

Estas noticias han de reunir las condiciones siguientes:

1.ª No referirse, ni en poco ni en mucho, á la vida privada de los interesados.

2.ª Que sean ver[illegible]icas y de fácil comprobación.

3.ª Que en[illegible]terés.

Para evit[illegible]suposiciones y trabajos inútiles de los que se quieran dar bombos [illegible] que crean encontrar por este medio uno sencillo para mole[illegible]acer cobardes venganzas, debo advertir:

[illegible]NGREDO es rico por su casa, y que si ambiciona los pocos de [illegible] que esto moralmente significa, desprecia los muchos de los po[illegible]azón; y

[illegible] hoy nace para el público, es, por desgracia, harto viejo y no ha de [illegible] mano en el rescoldo con el fin de sacar las castañas para que otro se [illegible]oma.

Y ahora lean VV. los nombres de los favorecidos, cuya lista prometo continuar en la visita próxima; hay de todo: bueno y malo, conocido y por conocer; gente que promete y gente que prometió y no ha cumplido; hombres que pasarán á la historia y hombres de los que solo escribirá El Dr. Sangredo; favorecidos por la suerte y fustigados injustamente por su mala sombra, pero que, en conjunto, formarán un cuadro completo, aunque á la ligera, de lo que son los médicos y farmacéuticos que, *bajo cualquier concepto*, se distinguen en la época presente.

Campá (D. Franco).
Alonso Cortés (D. Antonio).
Alcaide (D. Pedro).
Gine y Partagas.
Casas (D. Genaro).
Gimeno Cabañas.
Moliner y Nicolás.
Diaz Benito.
Alonso y Rublo.
Magraner.
Laorden.
Maestre de San Juan.
Montejo (D. Bonifacio).
Miguel y Viguri.
Gómez Torres.
Castelo y Serra.
Candela (D. Pascual).
Batlles (D. Mariano).
Aróstegul.
Creus y Manso.
Carbó (D. Narciso).
Magaz y Jaime.
Ustáriz (D. José).
González Encinas.
Ferrer y Viñarta.
Espina y Capo.
Mendoza (D. Antonio).
Sota y Lastra.
Pulido Fernandez.
Martinez Molina.
Comenge y Pico (D. Juan).
Garcia Caballero.
Arce (D. José).
León y Luque.
Méndez Alvaro.
Nieto Serrano.
Cortejarena.
Morales Arjona.
Rodriguez Méndez.
Crous Casela.
Martinez Pacheco.
Rubio (D. Federico).
Capdevila (D. Ramón).
Calleja (D. Julián).
Benjumea.
Garcia Camisón.
Benavente (D. Mariano).
López (D. Gabriel).
Salazar (D. Mariano).
Taboada.
Seco y Baldor.
Vilches (D. José).
Cervera (D. Rafael).
Oloriz (D. Federico).
Palafox Llorca.
Olavide.
Robert.
Perales (D. Arturo).
Garcia López.
Sacristán (D. Bernardo).
Tejada y España.
Santero (D. Javier).
San Martin.
Galdo (D. Manuel)
Busto y López.
Cortezo.
Gallego (D. Juan).
Santana.
Setrel y Comin.
Cuesta y Cherner.
Siloniz (D. Carlos).
Quinteiro.
Dr. Rull.
Dr. Montelis.
Calvo y Martin.
Sánchez Ocaña.
Gómez Pamo.
Garagarza (D. Fausto).
Lletget.
Casaña.
Teixidor.
Puerta y Ródenas.
Rioz Pedraja.
Carracido.
Sánchez Comendador.
Sierra (D. Salvino).
García Solá.
Ortega Morejón.
Pérez (D. Zoilo).
Tolosa Latour.
Sanz Bombin.
Font y Martí.
Pellicer y Rodriguez.

(*Se continuará.*)

EL DR. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

A LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO I. MADRID 1.º NOVIEMBRE 1883. VISITA 1.ª

SUMARIO

PRESENTACIÓN

Amantísimos hermanos en Galeno y Boerhaave: La carne se me desprende de los huesos al solo pensamiento de que esta presentación no sea de vuestro agrado. Por eso dudé del epígrafe, y estuve á punto de sustituirle con otra frase euskara, flamenca ó griega; todo, menos la palabra presentación, porque ya se necesita tupé para presentarse presentable ante vosotros, sin tener quien le presente á uno, quien motive la presentación, ni quien responda del presentado.

Pero á vosotros no os falta virtud, ni amabilidad, ni al DR. SANGREDO deseos de agradar, ni buen humor, y con estos cuatro remos, con la nave de mi constancia, desplegadas las velas de mi ruda franqueza, lánzome al océano de la publicidad, del que puede decirse aquello de *apparent rari nantes in gurgite vasto*, confiando en que vuestra protección será el tranquilizador *quos ego...* de mis tempestades.

Ya presentado por mí mismo, y después de saludar cordialmente á mis carísimos colegas en la prensa, ha llegado la hora de decir, sin más circunloquios ni rodeos, el objeto y fines de esta publicación, que está tan distante de la fingida modestia que hoy se usa como de la presuntuosa omnisciencia, que no está menos en moda.

Casi es ocioso indicar que EL DR. SANGREDO, que en los buenos tiempos de *Gil Blas de Santillana* tenía ocupadas constantemente las tijeras de las Parcas, no sale hoy del sepulcro para defender la sangría, ni el agua caliente

para disolver la bilis; pero sí cree preciso hacer constar desde su primera visita, que no se declara paladín de ningún otro sistema médico, aunque esté preconizado por Mengano ó Perengano, y que tampoco sale al palenque á buscar inútil cuanto enojosa pelea, á meter cizaña, á vengar injusticias, ni mucho menos á satisfacer rencores propios de gentecilla ruin y miserable; pensamientos más levantados le preocupan.

El Dr. Sangredo se propone un ideal no metafísico é inalcanzable, sino positivo y realizable, que se encuentra en la mente de todos sus comprofesores, de un modo más ó ménos abstracto, vago é informe.

El saneamiento de la clase, el bienestar profesional, su libertad máxima posible, la emancipación del tiránico influjo de ineptas autoridades políticas y científicas, y la justicia en toda su pureza, son los puntos capitales que comprende la más viva aspiración de la clase médica, que sólo puede ser un hecho con la cooperación de la mayor parte. Y como á ello puede contribuir mucho un periódico satírico y veraz, porque nada vence tan pronto como la verdad, ni acobarda tanto como el ridículo, aquí tienen Vds. á El Dr. Sangredo, que con tales armas pertrechado, no duda salir á la palestra para defender tan bellos ideales.

Es nuestra clase numerosa, necesaria, importante, humanitaria, y con todo esto, ni formamos una colectividad social perfectamente íntegra, regularmente considerada, ni medianamente protegida ni pagada. Somos los parias y los huérfanos de la sociedad.

Si á todo esto se añaden los mil vejámenes que para toda alma noble emanan de las arbitrariedades, defectos, ignorancia, malas pasiones, rivalidades y orgullo, que son los legítimos resultados de tan viciosa organización, tendremos la prueba de la necesidad ineludible de entendernos para sacar el fruto que en justicia merecen nuestros sacrificios personales, nuestros desvelos científicos y nuestros servicios altamente beneficiosos.

Tales son los ideales que mueven á El Dr. Sangredo, y en su persecución no reparará en medio ni sacrificio alguno, sean cualesquiera los obstáculos con que tropiece, y más en estos tiempos, próximos á un conato de organización médica, y tan expuestos por ende á chanchullos y arbitrariedades.

En una palabra: pedirá mucho y bueno para conseguir algo.

Expuesto, en ligera síntesis, el pensamiento primordial que anima á El Doctor Sangredo á visitar públicamente á sus comprofesores, réstale anunciar otros trabajos, sin los cuales toda su labor resultaría estéril. Estos trabajos, llamados á dar vida y animación á sus visitas quincenales, tienen por objeto señalar, por medio de cuadros de costumbres, las flaquezas, debilidades y caídas de la clase, para que los fuertes las eviten, y los flacos, débiles ó cojos, no sean sus víctimas con tanta frecuencia.

Opina El Dr. Sangredo que es de alta conveniencia popularizar á aquellos médicos que en la cátedra, en el libro, ó á la cabecera del enfermo, han demostrado grandes condiciones de valía, y para ello recurrirá á todos los medios, incluso la caricatura discreta, que hábilmente expuesta, como sabe hacerlo su dibujante, atrae más la atención en el *presente momento histórico*, que la más

ferviente apología. Muchos sabios modestos—como por lo general, todo lo que vale—verán sus facciones, más ó menos desfiguradas, en la Galería humorística de EL DR. SANGREDO; algunos farmacéuticos, cuya clase consideramos hermana inseparable de la médica, saldrán de su laboratorio ó de su bufete para pasear por estas páginas, en las que también han de reproducirse, pero en muy distinto concepto, ciertos tipos de ambas; cizaña que nace entre el dorado trigo, y que *en estas visitas* se verá convenientemente separada. Que si nadie se ha de mostrar más respetuoso que EL DR. SANGREDO con aquellos sabios que por méritos acrisolados han llegado á alcanzar insigne fama; si nadie como él ha de alentar al estudioso joven, nadie tampoco ha de poner más en evidencia al grajo vestido con ajenas plumas, y á los improvisados fantoches que hoy pululan por el campo de las ciencias médicas embaucando á los tontos y siendo el hazme reir del mayor número.

Animos ni valor no han de faltarle para ello. Por otra parte, aparece en el estadio de la prensa desligado de toda clase de afecciones, sin compromisos de escuela, sin ódios recientes ni antiguos que vengar, y sin que le muevan ambiciones de mezquino interés, tan distantes de su ánimo como el juicio imparcial y severo de la crítica actual, salvo contadísimas excepciones, de las obras científico-profesionales.

¿Qué es hoy esta crítica?

Eu puridad está reducida á un coro de alabanzas, que sólo convenían á algún adoquín semi-pensante, porque el autor, el crítico y la mayoría de los lectores se tienen olvidado de puro subido aquello de:

«Tus cabellos, estimados
por oro contra razón,
bien se sabe Inés que son
de plata sobredorados.»

Es imprescindible una crítica que dé á conocer las bellezas, que señale los errores, que se distinga por su imparcialidad, y cuyo elogio satisfaga al público y llene de verdadero regocijo al autor. Grandes obstáculos se han de presentar en este camino, pero todos ellos procurará salvarlos con buena voluntad y ánimo inquebrantable la doctora en medicina D.ª Luscinda Protoplasma de Sangredo, cuyo elogio no me permiten hacer público el sagrado lazo que nos une y el mucho cariño que la profeso. Sus juicios críticos serán menos amargos á los autores que sufran sus censuras, como hechos al fin y al cabo por una señora; que manos blancas no ofenden.

Por su parte, EL DR. SANGREDO se ocupará también de otros asuntos no ménos interesantes, como son:

Señalar los vicios de la enseñanza profesional, analizando programas defectuosos, clínicas incompletas y hospitales inverosímiles.

Serán objeto de su preferente atención las discusiones más ó menos borrascosas habidas en Academias, Sociedades y Ateneos, así como la provisión de cátedras y demás destinos profesionales, denunciando con valentía toda infracción de ley y de procedimiento.

Finalmente, analizará cuantas determinaciones gubernativas puedan interesar á sus lectores, criticando todo lo criticable eu este ramo y en todos los que directa ó indirectamente ejercen influencia positiva en la clase médica.

Y todo esto lo hará en tono ligero, zumbón, satírico y agradable, sin que le

detengan otras barreras qne las del decoro, la decencia y la justicia.

Al llegar aquí, percibe el oído de EL DR. SANGREDO, entre confusos rumores, apóstrofes extraños que le tildan de soñador, ilnso y otras cosas más.

—Pues señor, que EL DR. SANGREDO viene imbuído con ideas del tiempo de Mari-Castaña y pretende ser un Quijote...

—Es posible.

—Que no tiene porvenir...

—Tal vez.

—Que será crucificado por meterse á redentor...

—Acaso.

Entretanto resulta qne EL DR. SANGREDO, que contesta á esas observaciones con una desdeñosa contracción de los músculos *cucullaris*, tiene un plan y un objeto definido, digno y moral, qne solamente los escribas de la profesión desearán ver frustrado, cosa nada extraña, atendiendo á que es muy humano é inherente á nuestra naturaleza defender *cibus* y *potus* sobre todo y contra todo; en cambio los médicos que trabajan y sufren, los buenos y los sabios estarán á nuestro lado y coadyuvarán á nuestra prosperidad para oir verdades como cimborrios y reir á mandíbula batiente.

Que es lo que desea á todos sus verdaderos amigos por eternidad de eternidades

EL DR. SANGREDO.

LAS FIGURAS DE MI GALERÍA

EL DR. SANTERO.

Representa un sistema médico, del qne con justicia puede llamarse jefe: ni los golpes recibidos, que han sido muchos y enérgicos, ni el abandono de algunos iniciados, ni el desaliento de otros ante la oposición, no siempre mny leal de los enemigos, han desanimado al Dr. Santero, que ha sabido mantener sn pabellón, si no con éxito acabado, por lo menos con honra.

¿Será preciso indicar el sistema médico en que se halla *incrustrado* el apologista de Hipócrates?

Esa circunstancia, sobre todas las que pueda rennir el autor de los *Prolegómenos clínicos*, ha influído en el ánimo de EL DR. SANGREDO para abrir su galería humorística con esta figura. Nada hay más respetable qne lo que está próximo ha desaparecer después de gloriosa campaña, y las doctrinas de Santero, tal como él las expone, no le han de sobrevivir mnchos años.

Ese evolucionismo, que preconiza el profesor de Historia de la Medicina, marcha tan despacio en el siglo de la electricidad, que sólo con poderosos telescopios podrá la generación naciente adivinar sns perfiles. Así se ve á su jefe, que ocupa el furgón de cola en el tren del progreso, rechazar por instinto las ventajas que en el diagnóstico y en el pronóstico proporcionan la histología, la termometría, etc.

Apesar de todo esto, el nombre de Santero pasará á la historia de la Medicina patria como uno de aqnellos obreros infatigables, cuya laboriosidad y entereza en sus principios sería bueno que imitaran todos. ¡Cuántos se holgarían de alcanzar otro tanto!

Pertenece al profesorado desde el año 43 y es autor de muchos trabajos científicos, entre los que se distingue su *Tratado teórico-práctico de clínica médica*.

La laboriosidad de Santero es de las pocas qne se han recompensado ampliamente en España. No puede estar descontento del resultado; verdad es que cuando quiere algo, lo quiere con tanta insistencia, que no hay voluntad que se le resista; como á los chicos, hay que darle lo que pide para que calle. Ha sido, y es, consejero, académico, gran cruz, médico de cámara de los que no dimiten, etc., etc., etc.

Que otros que valen tanto como él no hayan alcanzado tantas distinciones, no quiere decir que el Dr. Santero no las haya merecido. Por el contrario: puede ostentarlas con orgullo, pero con otro carácter ni sus muchos méritos, ni su talento, ni su actividad, hubieran obtenido una recompensa, que tanto se escasea en este país á lo que verdaderamente vale.

EL DR. LETAMENDI.

Pocas figuras aparecerán más deslumbrantes en esta galería. Letamendi, que es mucho más de lo que cree la inmensa mayoría de las notabilidades médicas y algo menos de lo que piensan sus íntimos, es de todos modos un astro brillantísimo en el zenit de la ciencia española. Su luz no podrá ser propia, pero de tal modo refleja la ajena, produciendo tan variados y tan originales matices, que dan lugar á una personalidad científica, siquier sea confusamente definida.

Letamendi, como Santero, es adorador de Hipócrates; pero un idólatra heterodoxo, que disfraza al objeto de su cariño con levita inglesa, pantalón largo y sombrero de copa.

Letamendi no es sólo el catedrático reformista; es un hombre que puede vanagloriarse de poseer las más varias aptitudes: es una enciclopedia viviente: por saber de todo, hasta conoce el chino. Preguntadle cómo ha hecho Cilla su caricatura, y él os dirá la composición de la tinta y del papel empleados por el dibujante, el procedimiento que siguió el litógrafo para trasladarla á la piedra y más tarde al zinc, y por último, si le apuráis mucho no se contentará con explicarlo, sino que repetirá delante de vosotros estas operaciones, desde el dibujo hasta la tirada en la imprenta.

¿Qué médico sería capaz de curar á sus enfermos con música? Pues esta terapéutica la empleó con éxito—y con su violín—en la capital de Cataluña, en una señora desahuciada por sus colegas, y cuando él mismo había ensayado ya todos los medios farmacológicos.

Si no es un genio, tiene por lo menos un ingenio de primer orden; si no es un Castelar ni un Moret, es un orador á quien se escucha con gusto desde el principio hasta el fin, que á veces conmueve y en ocasiones entusiasma; si no escribe con tal pureza que pueda considerársele un gran hablista, por lo menos conoce el castellano lo suficiente para hacer olvidar que es de Barcelona. Pero... ¡qué lástima que haya necesidad de emplear esta conjunción en figura tan simpática como la de Letamendi!... Preciso es confesarlo; tiene un defecto garrafal é imperdonable: queriendo ser original, emplea en sus magníficos discursos y siembra en sus curiosos escritos ejemplos, metáforas y comparaciones tan vulgares y chocarreros, que si en el primer momento llaman la atención, pasado éste bien pronto se cae en la cuenta de que están tan discretamente colocados como en un Santo Cristo un par de pistolas.

Figúrese el Dr. Letamendi qué conmoción sufrirían sus nervios, si escuchase en el trascurso de una majestuosa sinfonía, hábilmente ejecutada, el áspero sonido de destemplada nota; pues el mismo efecto producen ciertas comparaciones que él suele deslizar cuando habla y escribe.

Apasionado de sus compañeros como pocos, inauguró el invierno anterior una serie de reuniones que merecen el más sincero aplauso. Si este año se repiten, el *Dr. Sangredo* asistirá á ellas, acompañado de su carísima esposa, si el Dr. Letamendi no siente enojo mortal hacia su comprofesora por la crítica severa, y aun mordaz, que de su última obra prepara mi descontentadiza cónyuge.

Pero de seguro que no experimentará el menor enojo. El Dr. Letamendi es hombre de verdadero talento y no ha de molestarle el juicio razonado, aun siendo adverso, de sus escritos. ¡Ojalá que todos aquellos que han de caer bajo la pluma de mi carísima esposa fueran como él!

Pero vaya V. á decir á una nulidad que no es un sabio, ó á un bruto que no es listo, y... verá V. la que se arma.

LANCETAZOS CRITICOS.

I.

PRÓLOGO DE LA AUTORA.

Señores y señoras (1): Hace algún tiempo que después de alcanzado el suspirado título de Doctora, contraje matrimonio con el célebre Dr. Sangredo, cuya noticia me apresuro á publicar para apagar de antemano el fuego de la pasión que con mis escritos encienda (y encenderé de fijo), en el pecho de mis lectores.

Para resarcir á VV. de este previo desengaño, les diré que todos mis suscritores me parecerán hermosos, discretos, elegantes; que soy amante de la belleza plástica y muy sensible...

Confieso que se me ha escapado la frase y me sonrojo al pensar que ustedes pueden interpretarla de cierto modo... En conclusión; algunas veces me han dicho barbiana por la calle y mis condiscípulos hubieran dado cualquier cosa por estudiar conmigo algunas regiones con profundidad... y detención. Y me callo que al buen entendedor... buenas son tortas, y con lo que he dicho el carmín me llega hasta la punta de los cabellos. *Séase lo que se fuere*, como diría un apreciable anatómico con ribetes de reformador y pujos de inmortalidad, *séase lo que se fuere*, repito, y no olvidéis el modismo, mi esposo y yo hemos hecho junta de cuerpos, alma, riquezas y clientela; como si dijéramos, una *vaca* para mejor pasar la vida. Y nos va bien hasta el presente; él visita á las señoras y yo á los caballeros, siguiendo nuestros naturales impulsos; recomiendo á VV. el sistema.

Cuando algún cliente me sale pegajoso y algún tanto exigentillo... me finjo enferma y mi esposo acaba la curación. Un matrimonio así establecido es una sociedad completa sin faltar el gancho y el baratero.

(1) En virtud de mi sexo, *los* antepongo porque me son más simpáticos que *ellas*.

Pero vaya una franqueza.

Muchas de mis visitas se reducen á oir con placer, sí señor, con placer, los piropos y finezas de mis enfermos y de mis comprofesores; entre éstos los viejos son de una tenacidad lamentable y de una audacia ridícula...

Pero estoy viendo que sólo me ocupo de mis asuntos y nada he dicho de lo que afecta á esta publicación é interesa á VV.

Y sin embargo, motivos muy poderosos me han impulsado á redactar en esta graciosísima revista quincenal, cosa que hago asombrada ante el aluvión de teorías, doctrinas, sistemas y reformas que en estos tiempos se nos vienen encima; abrumada por tantos libros como diariamente hacen su *debut* en los escaparates de las librerías; deslumbrada por el sinnúmero de maravillosas y espeluznantes operaciones que con sin igual valor llevan á cabo, con feliz éxito por supuesto, nuestros operadores; absorta ante la apiñada falange de medicamentos modernos, con los cuales todos los días se asegura una y mil veces que curan lo incurable, rejuvenecen al decrépito etc., etc., etc., como escribiría el Dr. Binomio, el de las tertulias de secano.

Al leer, por otra parte, que los médicos nunca hicieron cosa de provecho, y que hoy siguen tan ignorantes como en los tiempos en que se creía á las arterias *diverticulums* del aire y espíritus; al oir que en toda época los hijos de Esculapio se perdieron, inocentes, en los intrincados laberintos de la escolástica y de la ontología, permaneciendo aún, por su desgracia, en el *jardín de los tontos;* al escuchar, por fin, que los fundamentos médicos, y especialmente la terapéutica, carecen de lógica y sentido común, en tanto que por esas calles andan á docenas médicos semi-adolescentes que se tienen como la *sedes sapientiæ* de la Medicina, la inteligencia se nubla y abisma en un mar de dudas y exclamamos con todos los hombres de buena fe: *nestio quocumque vertam;* en efecto, no sé qué pensar ni á quién creer.

Así como en un terremoto la convulsión no altera la trayectoria del planeta mientras derriba y aterra al débil mortal, así también en los embates que sufre la ciencia de parte de los reformadores, terapeutas y comerciantes, no se bambolea en sus robustos cimientos, pero desvanecen en ocasiones al médico y derrumban su fe, extraviando su criterio, y debemos confesar que los días presentes son de confusión y trastorno para nuestra profesión.

Por esto será una empresa meritoria y altamente útil para la clase crear en este periódico una sección en la que, con estilo variado y libertad absoluta, se exponga todo lo que pertenezca á los médicos y farmacéuticos y á sus actos; lo bueno, para imitarlo; lo malo, para denostarlo; así sabremos á qué atenernos y á quién reverenciar, señalando de paso á los alucinados por una vanidad neroniana, y que, ahitos de necia presunción, creen poder parodiar al *monstruo* de la revolución del 93 exclamando: «reverenciad *cette tête la plus forte de la* España.»

Yo, por el pronto, me dedicaré en esta sección á criticar aquellos libros modernos de mis compañeros que más resalten por su importancia y originalidad, así como por la fama de sus autores. Tengo mis razones para dar la preferencia á estos trabajos críticos.

Desde los felices tiempos en que nos colocábamos como cuentas de rosario en los bancos de las aulas, he creído sinceras las lamentaciones que sobre el estado caótico de la Medicina venimos oyendo; lloré nuestro atraso y consideré de absoluta necesidad para nuestra salvación la venida de uno ó varios Mesías que, regeneraran la ciencia, y así llegará el día de envanecernos de su perfecto estado, toda verdad, toda luz, toda sencillez, como los preceptos del Decálogo.

Yo rogaba con afán todas las noches, una vez cumplidas mis tareas profesionales y los deberes del matrimonio, para que la Providencia se apiadase de nosotros, é infundiendo constancia, talento y buena fe en los hombres, brotara una ciencia verdadera, fundamental, sin disquisiciones, para ser verdaderamente útiles á la humanidad, que en nosotros fía la salud y la existencia.

Otra razón había que motivaba mis fervorosas oraciones: con la nueva ciencia se acababan las eternas disputas, las fatigosas controversias que con mi esposo sostenía y que tantas veces descendían al nivel de broncos altercados, traduciéndose no pocas en prosaicos manotones.

Terminada la escena y mientras yo daba una mano á mi desordenada *toilette* y Sangredo se paseaba agitado y convulso, siempre conveníamos en que, dado el estado deficiente y problemático de nuestra ciencia, era una contrariedad profunda la unión de dos médicos de distinto sexo. Pero he de confesar que, pasada la tormenta, lloraba, no de ira ni despecho, sino de arrepentimiento y amor, porque siempre tuve la buena cualidad de ser dócil y de atribuir la causa de nuestras desavenencias á los hombres vanidosos y endiosados embusteros que llenaron nuestra ciencia de errores y dudas.

Así es que confiaba firmemente en que «*en esa altura donde los astros van*» había un sér bondadoso que redimiría á la ciencia de sus absurdos y á este matrimonio de su infelicidad; pero esto había de ser pronto, porque de prolongarse nuestras violentas disputas, corríamos el peligro de mutilarnos ó de divorciarnos.

Y entonces, ¡qué escándalo!! Mi perspicacia me hacía ver á mis hijuelos (que Dios me concederá probablemente) en cueros, hambrientos, y lo que es peor, sin padre, ó lo que es peor todavía, sin padre que viva con su madre.

Mi temperamento nervioso y mi excitabilidad exagerada, les darán á VV. la medida del ansia con que yo esperaba la tal reforma y el fin de nuestros altercados, y más cuando en algunos nos faltábamos mutuamente y de un modo rabioso en el calor del debate. Verán VV., y esto que se quede entre nosotros.

Un día, estando de sobremesa, se sus-

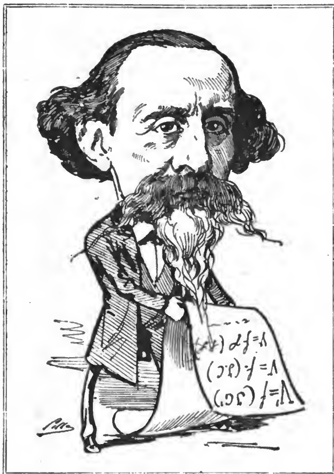
GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. SANTERO (Papá).

A la ciencia antigua invoco,
á la nueva me resisto,
de la cruz no pasó Cristo,
yo de Hipócrates tampoco,
y aunque me veis en conserva
adquirí dinero y nombre,
porque así y todo, soy hombre
que siente crecer la hierba.
Hasta mi hijo, que no es lelo,
conociendo mi placer
por lo antiguo, me ha hecho ser
del *Gran Tamerlán* abuelo.

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. LETAMENDI

Soy poeta, y orador,
y músico, y catedrático,
y pintor, y matemático,
y médico, y escritor.
Soy un ente original,
sobre todo, en mis axiomas,
poseo muchos idiomas
y doy tertulias *Duval*.
Dicen, y me importa poco,
que yo mismo me confundo;
si soy loco para el mundo,
el mundo para mí es loco.

citó la cuestión de la conveniencia de los cauterios en el tórax y de los antiflogísticos generales en la tuberculosis pulmonar. Mi pariente, que muestra alguna predilección á este tratamiento, porque el francés Peter lo preconiza, oyó con disgusto las objeciones que le hube de hacer, toda vez que me parece un contrasentido y una barbaridad que acorta la existencia de los tísicos, haciéndoles pasar por un martirologio que ni Diocleciano se hubiera atrevido á ensayar.

¿Pues saben VV. lo que me contestó? Que él no debía hacer caso alguno de *marisabidillas* incapaces de apreciar el nivel intelectual del hombre.

—Sí, envanécete—le repliqué —de ser hombre. ¡Vaya un mérito! Cuando tú mismo confiesas que los hombres proceden de los *micos*. La mujer nada tiene de común con ellos.

—Sí tiene, porque el fenómeno de la descendencia no hubiese ocurrido si una antecesora tuya no hubiese sido débil con el primer mono.

—Esto es una insolencia, medicastro carnicero; más te valiera estudiar antes de emprender arriesgadas operaciones de tristísimo resultado.

Esto le supo á demonios, porque efectivamente, siguiendo el ejemplo de un encopetado operador ha cometido muchos disparates quirúrgicos. La cuestión terminó poco menos que á linternazos, y VV. convendrán en que mi contrincante tuvo la culpa, porque me ofendió en lo más delicado, en el honor de mi sexo.

Por la muestra comprenderán mis lectores que este matrimonio distaba mucho de gozar una paz, no digo octaviana, ni siquiera *terciana*, y si sería grande mi anhelo por la aparición de una nueva ciencia de principios sanos é incontrovertibles.

Por fin, Dios nos ha oído: nuestra aspiración es ya una realidad dorada; nuestra ciencia de hoy no es la de ayer; ya no habrá disputas, dudas ni controversias, merced á unos cuantos dichosos libros que vienen á encauzar el torrente de la Medicina, hasta aquí turbio y desbordado.

¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que podrán guiarse por estos modernos escritos todos los médicos!

Porque yo supongo que sus autores están convencidos: primero, de la bondad de sus doctrinas; segundo, de que lo dicho hasta hoy fué *camama;* tercero, que son los suspirados regeneradores de la Medicina. Si no, ¿á qué escribir?

Ahora bien: altamente interesada en saber si son ciertos los toros, es decir, en averiguar si las teorías se amoldan á la seriedad científica, si son verdaderas y originales y si están bien expuestas, voy á permitirme la libertad de examinar algunos de estos libros maravillosos, para que VV. juzguen acerca de su verdadero valor.

Empezaremos por el curso de Patología general de José de Letamendi para seguir después con G. Encinas, San Martín, Santero, Yáñez, Jimeno, Cabañas, Creus y otros.

Y aquí es pertinente, sabido mi sexo, decir que no me guía ninguna idea mundana al dar la preferencia al célebre catedrático de Patología general.

Me ocuparé, en primer lugar, de su libro, porque así me es más cómodo, y no porque me hayan hecho tilín sus expresivos y rasgados ojos, su romántica perilla y sus largos y negros cabellos; ni menos porque así me lo haya rogado; yo no soy capaz de posponer al melodramático Encinas, por nada ni por nadie; por más que su figura no sea la más á propósito para llamar la atención de una señora, estoy convencida que en el hombre como en los melones, no es lo mejor la corteza, sino lo que ella oculta; siempre desconfié de los bonitos.

Buenas ganas se me han pasado de principiar mis trabajos críticos dando la preferencia á maestros tan insignes y esclarecidos como el Dr. Calvo y Martín, Ferrer y Viñerta, Agustín Morte y algún otro *ejusdem furfuris;* pero como quiera que sus *numerosas* y meritorias publicaciones no llevan el sello de la reforma, renuncié á ellos sin gran trabajo.

Conque á trabajar, pues; empecemos con el que ha caído en suerte; luego en-

trarán otros, que «poquito á poco hila la vieja el copo.»

B. S. M.

LUSCINDA PROTOPLASMA DE SANGREDO.

FÁBULA REALISTA

(PARODIA.)

En mares de dudas
ante nn pobre enfermo,
sin timón, ni brújula,
naufragaba nn médico.
Salen en su auxilio
varios compañeros
y á coro preguntan:
Amigo, ¿qué es ello?
—En gran compromiso —
responde—me veo
por una maligna
fiebre del averno.
—¿Y cuál es la causa?
—Os es fácil verlo:
una alteración
en las sales.
—Creo—
uno le replica
arrugando el ceño—
que es *en los humores*
cardinales.
—¡Ciegos!—
dice otro qne gasta
dorados quevedos—
si está *en el sistema*
nervioso.
—Protexto—
chilla un viejecillo
arrugado y seco,
figura escapada
de un tapiz flamenco,—
ved que *es una con-*
vulsión del arqueo.
—*Perversión del sólido*
es lo que ahora vemos.
—*Es astenia.*
—*Es gastro-*
enteritis ¡necios!—
tres como energúmenos
prorrumpen á un tiempo.
Uno que hasta entonces
guardara silencio,
que en traje y maneras
es el más perfecto
figurín de moda,
que lleva el cabello
cubriendo la frente
partido en dos flecos,
en son compasivo,
más bien de desprecio,
exclama:—¡Dios mío!
¡Que yo escuche esto!
¿Y cuándo se dice?
Cuando los misterios
que ocultaba *el cosmos*
hemos descubierto.
Son *micro-parásitos*,
señores, creedlo,
esto es lo más sabio,
esto es lo más cierto,
porque yo lo digo
y porque es más nuevo.
—¡Qué absurdo!
—¡Qué atraso!
—¡Qué error!
—Un folleto
prueba mi doctrina.
—Y la niegan ciento.
—Mantengo mi dicho.
—Mi dicho mantengo.
—Las sales.
—El sólido.
—La astenia.
—El arqueo.
—Humores.
—Microbios.
—Órganos.
—Los nervios.
Y en esta disputa
un síntoma adverso
pilla descuidados
á nuestros galenos,
y haciendo una mueca
se muere el enfermo.
Casos como este
repítense á cientos
cuando *por palabras*
se olvidan *los hechos.*

DR. S.

CUADROS VIVOS.

INTOXICACIONES CRÓNICAS

(LIBRO EN EMBRIÓN.)

I.

D. Juan Antonio Fernández de Robledo, práctico acreditadísimo, exconsejero de Sanidad, individuo de la Real Academia de Medicina, etc., etc., es un hombre que se ha plantado en los cincuenta y cinco años hace más de un lustro, sin que sus confesiones sobre el particular, hechas siempre á media voz, ni aun su aspecto físico, den las menores muestras de que el tiempo haya corrido gran cosa para él.

Dos líneas diseñadas por estrechas y plateadas patillas que mueren en el cuello, sirven de marco á sus espresivas facciones, de las que forman parte muy principal unos espejuelos de oro, cuyos cristales no apagan las miradas de sus ojos vivos é inteligentes. Pulcramente afeitado, operación que practica por sí mismo todos los días antes de salir á la calle, jamás se le verá en ella sin el bastón, que también forma parte integrante de su persona; sostiene el puño de la caña de Indias al par que los arrugados guantes con la diestra mano, ínterin que entretiene los ocios de la izquierda con el habano exquisito, las más de las veces sin fuego ni ceniza.

Siempre agitado parece que va á llegar tarde á todas partes, y ya á pie, lo que no menudea, ya en el vehículo propio, no se detiene por nada ni por nadie; un movimiento ligero de la mano, y una inclinación de cabeza más breve todavía, le sirven para saludar al amigo que encuentra á su paso; pero si es difícil entretenerle en aquel entonces, es más difícil aún que desarrugue el ceño que nunca le abandona, porque tiene á gala mostrar en él, lo mismo que en sus palabras, una aspereza que está muy distante de su corazón, donde el oro se avalúa en quilates purísimos.

Chapado á la antigua, si no rechaza abiertamente las modernas conquistas de la ciencia, por lo menos las pone en entredicho, y no seguramente porque las ignore, como muchos de sus compañeros, que ni su edad, ni sus múltiples quehaceres le han quitado el amor al estudio, ni la afición á leer revistas y periódicos propios y extraños.

En el momento que le presentamos al lector, una idea le preocupa grandemente y le hace torcer el ceño más que de costumbre. Hasta entonces sólo se había servido de su pluma, que maneja á maravilla, para escribir recetas, tal cual artículo en la prensa científica, y las Memorias de rigor en las sociedades y Academias á que perteneciera. Todos sus amigos, que no eran pocos, y hasta sus enemigos, que no eran menos, le censuraban á diestro y siniestro por su pereza en escribir. ¡Por su pereza! ¡y á él! cuando apenas dedicaba al sueño las horas indispensables para sostener la vida, cuando sólo distraía el ánimo robando una hora á sus ocupaciones, que empleaba en el café, al lado de antiguos y predilectos compañeros, cuando casi nunca se le veía en teatros y cuando jamás asistía á otras reuniones mundanas.

Pero todo el mundo lo decía, y aun cuando es frecuente que uno tenga más razón que muchos, y es de evidencia que «más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la del vecino;» agobiado por los argumentos que hasta en letras de molde le dirigían, hubo de decidirse á escribir un libro que, conservando los tesoros de su experiencia, sirviera á otros de provechoso estudio, y á él para abrirle las puertas de la inmortalidad.

Recibidas las obras que á este objeto pidiera Bailly-Bailliere al extranjero; coordinadas sus notas; concluídos, en fin, los trabajos preparatorios, la tarde de aquel día era la señalada para dar comienzo á la redacción del futuro libro, terminada que fuera la consulta, cuyas horas, lo mismo que las de todos sus quehaceres, había previsoramente adelantado.

Este desarreglo en sus metódicas costumbres le tenía de pésimo humor. Desde que abandonó el lecho, todo eran para él molestias y contrariedades: la cocinera vizcaína, que está á su servicio desde tiempo inmemorial, quemó el chocolate por las inusitadas prisas con que aquel día el amo le reclamara; no saboreó el rico soconusco, elaborado expresamente para él, con la parsimonia de siempre; por el contrario, bebióselo de un sorbo, abrasándose la lengua; le faltó tiempo para fijarse en las esquelas mortuorias de *La Correspondencia*, cosa que jamás olvida; en el Hospital—creo inútil advertir que hace mucho tiempo le visita—nada había preparado aún á su llegada, y tanto la *sor* como practicantes y enfermeros, aturdidos por sus recriminaciones, tardaron doble que de ordinario en estar á disposición del jefe de la clínica; regresó á su casa echando venablos y se encontró con el agua fría al afeitarse; en esta operación, por efecto del estado nervioso de su ánimo, se infirió tres lesiones de continuidad en la epidermis, y cuando mandó enganchar le contestaron que cochero y caballos estaban dando trabajo á las mandíbulas; ya entonces perdió los estribos, y la tempestad que desde hacía rato estaba formándose en su cerebro descargó con toda su furia sobre la inocente D.ª Matea, que volvía en aquel momento de la iglesia, á tiempo oportuno de recibirla, cosa asaz frecuente y á la que estaba acostumbrada la buena señora, blanco donde, con razón ó sin ella, habían de estrellarse todas las iras de su esposo.

Pensó nuestro buen doctor recuperar lo perdido, empleando el menor tiempo posible en la visita de su clientela; pero caballos y cochero, que no habían podido terminar el desayuno como de costumbre, andaban más torpes que nunca; una señora á quien de antiguo asistía se empeñó en hacerle por centésima vez la historia de una dolencia crónica, y á trueque de no pasar por descortés, hubo de resignarse á sufrirla; en una casa se le cayó una tisana sobre el pantalón y le fué preciso escuchar con paciencia una interminable serie de disculpas, que él de buena gana hubiera dispensado; en otra donde sólo esperaba ver un enfermito con sarampión se encontró con que los cuatro hermanos del doliente habían pasado la noche con tos y calentura y con que los padres de los cinco vástagos estaban á causa del miedo peor que los chiquitines, y no sin fundamento. Así empezó la visita y así la concluyó, que no hay días más aciagos para nadie que los de los médicos cuando tienen semejantes principios, y no era de extrañar que el Dr. Robledo estuviera dado á los mismísimos demonios, esperando á los clientes que debían acudir á su consulta.

Nada he dicho de la comida, que había llenado el colmo de su desesperación; la vizcaína se vengó grandemente de los reproches de la mañana, y el condimento brillaba por su ausencia; doña Matea no quiso salir del tocador para que los criados no se apercibieran—aunque estaban muy enterados de ello—de las lágrimas que su esposo la hizo derramar; Juanito no había venido de la clase, y Mateita, una niña monísima, que se atrevía ¡oh profanación! á jugar con los anteojos del abuelo sin que éste osara conminarla, tampoco había vuelto del colegio. D. Juan Antonio comió mal, y lo que más le desagradaba, sin que nadie le acompañase á la mesa.

De los mil incidentes que le ocurrieron aquel día en la consulta, no me he de ocupar ahora, pasando desde luego al instante en que, preparándose á escribir, se encerró en su despacho.

Pero mi narración se va haciendo sobrado pesada, y dejaremos su continuación para la próxima visita de El Doctor Sangredo, si los lectores de esta revista no experimentan hastío y pesadumbre con los mal dibujados cuadros que tiene el honor de presentarles su humilde colega

El Dr. Cuchillo.

TOTUM REVOLUTUM

El Dr. Sangredo repite el cordial saludo que hace en su presentación á la prensa y muy singularmente á la profesional, con quien desea estar en las mejores relaciones.

***

La circunstancia de ser mi primera visita una especie de programa de las siguientes, sólo me ha permitido preparar los primeros materiales de la masa que tengo entre manos.

En la próxima ya procuraré meterme en harina, para regocijo de mis lectores.

***

Dice un periódico médico barcelonés:

«A los señores subdelegados de Medicina.—El último domingo se repartieron con profusión en esta capital los dos siguientes anuncios en hojas sueltas:

«AVISO AL PÚBLICO.—Ha llegado »á esta capital un saludador de primera »clase para saludar toda clase de perso»nas, ganados, fieras y animales de to»das clases y sin perjudicar á ninguno »de los señores profesores de Medicina »y Cirujía; la persona que tenga enfer»medades crónicas desahuciadas, ya que »los señores médicos no las visiten, pa»sen por esta su casa, y con la saliva y »paladar de este señor serán curadas.

»Dicho señor está premiado por S. M. »la Reina Isabel II (q. D. g.) por salvar »un camarero y un caballo hidrófobo.

»Horas de visita: de 8 á 12 de la ma»ñana y de 3 á 6 de la tarde. *Calle de »Espalter, 9, piso 4.°, puerta 2.ª*»

«En la calle de Tallers, núms. 55 y 57, »3.°, puerta 2.ª al corredor, acaba de lle»gar una *SONAMBULA* (*ó dormidora*), »la cual ofrece sus servicios al público de »Barcelona, esperando quedará suma»mente complacido el que utilice su es»pecialidad.»

Veremos lo que harán los señores subdelegados de Medicina de esta capital en vista del incremento que toman en esta capital los charlatanes é intrusos. Creemos que se apresurarán á cumplir con su deber, por lo que atañe á los hechos concretos de que hoy nos ocupamos.»

¿Y por eso os apuráis, apreciabilísimo colega?

No tengáis ningún cuidado por los perjuicios que puedan ocasionar *á la humanidad* ese saludador y esa sonámbula: el primero sólo dedica su especialidad *á las bestias*, y la segunda á... las mismas.

Porque á mí no hay quien me quite de la cabeza que todo aquel que se resigna á probar ¡qué asco! la saliva del uno ó que crea en el sueño de la otra, ha de ser incapaz de sacramentos, y por lo mismo corresponde la vigilancia de este asunto á la Sociedad Protectora de Animales.

Algo más son de temer ciertos *saludadores con título*, que trasformados en industriales de baja estofa, anuncian y venden *cosas*, cuya sola lectura haría ruborizar las botas de un trompeta, y otros no menos industriosos que se pagan bombos y reclamos á diez reales línea, en los periódicos políticos.

Estos, estos son los peligrosos, y los que es preciso desenmascarar á toda costa.

Y á ello vamos.

***

Una casa editorial de Valencia ha publicado un libro de mi simpático compañero el Dr. Pulido. Se titula *De la Medicina y los médicos*, y gracias al prólogo que el autor insertó en *El Siglo Médico*, se esperaba con alguna curiosi-

dad, por los que creían encontrar en los apuntes, perfiles y retratos, amarguísimas censuras contra gran número de personas.

Estas malignas esperanzas han sido defraudadas por el discípulo predilecto del Dr. Velasco, que en su obra ha hecho prodigiosos milagros de equilibrio y planchas inverosímiles, para no romper ostensiblemente con nadie. Así y todo, el libro de Pulido habrá creado muchos descontentos; hay omisiones marcadas, elogios prodigados á los amigos y parquedad notoria al ocuparse de personas de indisputable mérito.

Forma un volumen de más de 600 páginas, en las que se hallan mezclados en discordante consorcio, discursos, artículos, pensamientos... ¡la mar! Va ilustrado con retratos, que sin inmodestia, se parecen muchísimo menos á los originales que mis caricaturas. En fin, comparen VV.

El Dr. Pulido no ha dado una muestra de sus aptitudes con este libro; yo espero mucho más de él, en el momento en que fijándose en un asunto emprenda concienzudamente algún trabajo serio. El que tanto recomienda esto á los demás, y tiene condiciones para hacerlo, debe predicar con el ejemplo.

Pulido, yo lo espero así, sin que me ciegue la simpatía que le profeso, ha de conseguir un puesto distinguido entre los escritores médicos si se consagra con calma al estudio y si escudriña profundamente alguna especialidad de la ciencia médica. Hora es ya que un jóven de su talento abandone esa fogosa ligereza que tanto le caracteriza y que le hace dar pifias como la siguiente en la página 314 de su libro. Ocupándose de Amalio Gimeno y después de decir de éste que es el escritor médico que más le gusta, añade:

«Y repetiré también afirmación que otras veces he dicho. Creo que la natural pereza del Dr. Gimeno para escribir, ha permitido á mi pluma conquistar con más facilidad la reputación que ha conquistado, porque el Sr. Gimeno sabe escribir con el estilo que yo escribo y todavía con mejor gusto y fluidez que yo lo hago.»

Porque si esto no fuera hijo legítimo de su impremeditada ligereza, ¿qué reservaríamos á la abuelita?

***

—Dí, papá, ¿por qué no te anuncias en *Los Sucesos?*

—Qué ¿soy algún ratero, algún criminal?

—No; pero como cortas brazos y piernas... Además, así aumentaría tu clientela y podría ir á *La Mascota.*

***

Luego dicen que sobran médicos. ¡Bobería!

Lo que sobran son enfermos, y enfermos que paguen bien.

La prueba de ello es que se ha establecido una sociedad médica que se propone visitar *gratis* á todos los pacientes *en sus casas*, confiando indudablemente en las pingües y seguras propinas que han de percibir los galenos.

Puede que alguno de los humanitarios profesores de esta asociación no sea siquiera médico. Digo, ¡si será madrugador el mozo!

***

En la calle:—¿Conque hoy se ha llevado á efecto una *ovariotomía?*

—Sí, chico, con prontitud y éxito.

—

En el gabinete histológico:

—¿Era voluminoso el tumor estirpado en la ovariotomía?

—No radicaba en los ovarios, sino en la matriz.

—¡Ah! sin extrañeza.

***

Leemos en un periódico político:

«Actualmente está siendo objeto de la admiración de profesores y alumnos de la escuela de Medicina un notable caso teratológico.

Es una niña de cinco meses, que carece de las extremidades superiores é inferiores.

Las cavidades torácicas y abdominales están perfectamente desarrolladas; pero como no tiene brazos ni piernas, su cuerpo es una masa de carne con cabeza.

La niña mama, tiene dientes y se ríe.»

¿Y se ríe y tiene dientes careciendo de manos y pies? Esto ya es el colmo de la travesura y del ingenio.

¡Yo creí que para reir y mamar era preciso tener brazos y piernas!

Los modernos lo arreglan de otro modo.

—

Y sigue el periódico:

«También hay otro caso admirable en la clínica del Dr. Encinas, que servirá de modelo.

Se trata de una joven, gallega, muy bien parecida, que presenta una carnosidad en forma de peto qne le cubre todo el seno y empieza á iniciarse por la espalda, cuyo caso se conoce en la ciencia por el nombre de «moluscns.»

Tan larga es ya la carnosidad del pecho, que dentro de poco podrá cubrirse con ella la cabeza.»

Es decir, una joven que tiene la fortuna de poseer una bufanda *organizada* para preservarse de las injurias del tiempo y de los mirones.

¡Pero lo que puede la envidia! ¿Qné apostamos á que el Dr. Encinas se la quita á mano armada?

En estos tiempos no se puede poseer nada. Ni un mal tapabocas.

***

Chistes franceses, que para recreo de sus lectores *vierte* El Dr. Sangredo al español convencional que *se gastan* mnchos traductores de obras médicas y aun algunos autores indígenas cnyos escritos demuestran á la legua su *originalidad:*

Uno de los miembros de la Academia de Medicina guarda el cnarto desde algunos días, tomado á la garganta por un constipado que resiste á todas las medicaciones empleadas.

Uno de sns amigos, el Dr. X..., cuyo nombre ha estado puesto algunas veces en adelante cuando una vacante se producía en la calle de los Saints-Péres, le escribía el otro día para informarse de su salud y demandarle el permiso de visitarle.

—Escribid á él, qne él venga—dijo el académico á sn secretario;—si yo voy mejor, esto me hará placer de verle; si yo voy más mal, esto le hará quizás placer á él.

—

Cualquiera decía delante de Cham:

—Yo no sé cómo hacer para arrestar mi tos.

Cham pronuncia gravemente:

—¡Tragaos de los gendarmes!

MADRID, 1883.
Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, Libertad, 16 duplicado.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

Méndez Alvaro.—*Breves apuntes para la historia del periodismo médico y farmacéutico en España.—Precio, 3 pesetas.*

Mentira parece encontrar hombres que se dediquen á escribir esta clase de trabajos, que tanta laboriosidad exigen y dan tan escaso producto, cuando tan fácilmente pueden *vomitar* las prensas obras que, bajo la máscara de la medicina, ocultan una empresa que pudiéramos llamar *pornográfica*. Alguien ha adquirido nombre y pesetas por este medio; en cambio, Federico Rubio no ha vendido 30 ejemplares de su última obra, y EL DR SANGREDO tiene ofrecida una vela á Santa Rita si se venden otros tantos de la *Historia del periodismo*. En un país que no fuera España, la publicación de un trabajo de este género y debido á un hombre como Méndez Alvaro, despertaría gran interés; aquí... merecemos no tener á nadie que valga un comino.

***

Erichsen—*La ciencia y el arte de la cirugía.*—Publica esta obra, traducida de la 7.ª edición inglesa, según anuncia, la *Biblioteca escogida del Siglo Médico;* precio, 10 pesetas en Madrid y 11 en provincias; pero los suscritores de los periódicos médicos la obtienen por la mitad. Tan fabulosa baratura sólo puede comprenderse por la competencia de otra casa editorial; es obra interesantísima y que debe poseer todo médico que no quiera pasar por adocenado; aun para éstos es indispensable. La traducción está hecha más cuidadosamente que los publicados por la susodicha *Biblioteca*, aunque se resienta de algún modismo extranjero—Los editores y el traductor merecen aplauso por la baratura y buena elección de la obra; pero si se castigasen los delitos contra las artes, merecerían, lo menos, arresto mayor por los grabados con que la han ilustrado.

***

Serrano Fatigati.—Se ha publicado la segunda edición de *La Medicina sin médico*, obrita debida á la pluma del Dr. D. Alfredo Serrano Fatigati. Se vende al precio de 3 pesetas. Está formada por larga serie de rudimentarias nociones de Patología, Higiene y Terapéutica.

Como el libro está dedicado á las mujeres especialmente, tiene dos graves inconvenientes: 1.° aumentar la natural temeridad del sexo femenino, rellenando sus cerebros con superficialidades médicas; 2.° poner á disposición de las mujeres sin instrucción previa medicamentos y fórmulas activas y peligrosas, es como poner en manos de niño un revólver cargado.

Esperamos que el Sr. Serrano Fatigati desarrollará sus indiscutibles conocimientos en obras formalmente científicas.

***

Perls.—*Tratado de Patología general y de Anatomía y Fisiología patológica.*—Consta de dos tomos con buen papel, magnífica impresión y buenos grabados. La lectura de este libro resulta muy provechosa como ampliación de las nociones de histología patológica que se adquieren en los libros de texto; el método que empleó Perls en la bibliografía, resulta de gran utilidad y supone mucho trabajo.

Tocante al verdadero concepto de la obra, remitimos al lector á lo dicho en el prólogo por sus laboriosos é ilustrados traductores Sres. Góngora y Cardenal.

***

Crons y Casellas.—*Lecciones clínicas sobre la tisis pulmonar.*—Es un tomo de 180 páginas impreso en Valencia, vale 14 rs. Su autor es un joven maestro sumamente laborioso y muy instruido; por lo mismo sentimos tener que decir que su obra no corresponde ni con mucho á la justa fama del Dr. Crous. Es este libro una refundición abreviada de las doctrinas de Peter, admitidas por el catedrático de Valencia con excesivo entusiasmo. No obstante lo dicho, merece la obrita que los profesores la tengan en cuenta, porque presenta en reducido espacio las graves cuestiones inherentes á la tuberculosis pulmonar.

***

Griessinger—*Tratado de las enfermedades infecciosas.*—Un tomo en 8.°, 12 pesetas. Publica este libro en español la casa de Bailly-Bailliere, y aunque de este modo llega á manos del lector con igual pureza que la mujer casada en terceras nupcias á las del postrer marido, es tan interesante y tan útil, que recomendamos su adquisición á los que desconozcan el alemán. Las notas puestas por Vallin en la edición francesa compensan en gran parte los desperfectos que en el repetido manoseo ha podido sufrir. D. Mariano Salazar se ha encargado de ponerla en nuestro idioma, y ha hecho cuanto es posible hacer en esta clase de trabajos.

***

Gimeno y Moliner.—*Patología general*, de los doctores valencianos D. Amalio Gimeno Cabañas y D. Francisco Moliner; es una obra en publicación, que responde al buen nombre de sus autores y honrará seguramente á la facultad de donde son maestros.

Aparte de sus buenas condiciones materiales, esta *Patología* está escrita con erudición, elegancia y buen sentido; y aunque las ideas fundamentales no pertenecen en totalidad á los autores, resulta tan agradable y tan útil el libro, que no dudamos en recomendarle eficazmente, llamando de paso la atención á sus autores para que terminen pronto la publicación de un tratado que todos esperamos con afán.

EL Dr. SANGREDO

REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

Redacción y administración, Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO.	
Trimestre.....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año..........	10 »	Año..........	12 »	Año..........	18 »

Número suelto, una peseta.

Medios de hacer la suscrición.—Por nuestros corresponsales, donde los establezcamos, ó librando directamente á esta administración por el Giro Mutuo ó por letras de fácil cobro. Donde no hubiese estas facilidades, se podrán remitir sellos de franqueo en cartas certificadas.

Los autores ó editores que remitan obras profesionales tendrán derecho á un anuncio de ellas, sin que esto *comprometa á otra cosa* á la redacción, que sólo emitirá juicios críticos de aquellas que crea conveniente; por el contrario, tendrá verdadero gusto en adquirir con sus fondos propios las que lo merezcan, protegiendo así, y en la medida de sus fuerzas, el trabajo y la laboriosidad de los escritores médicos.

A los anunciantes.—La publicidad que ha de tener esta Revista—pues El Dr. Sangredo, cuando se mete en belenes es hombre que echa la casa por la ventana,—debe llamar la atención de los que se gastan su dinero en anuncios, muchas veces inútiles. Conque caballeros, fíjense VV. en las condiciones de esta publicación y vean si les tiene cuenta anunciarse en sus cubiertas. Sin embargo, bueno es tener presente que El Dr. Sangredo se reserva el no admitir á ningún precio cierta clase de anuncios que son un padrón de vergüenza para las clases médica y farmacéutica. Además, que sería inútil que sus autores emplearan en ellos sus recursos, cuando está decidido á darles publicidad *gratis* ¡y de buena manera!

En cambio, el farmacéutico ó el médico que invente ó descubra algo útil y no tenga medios de darlo á conocer, puede dirigirse á la administración y obtendrá de balde aquellas ventajas.

CENTRO GENERAL DE SUSCRICIONES EN MADRID

LIBRERÍA DE GUTENBERG, PRÍNCIPE, 12

CENTROS DE SUSCRICIONES

Almería.......	D. Francisco de P. Mora.	*Madrid*.......	Librería Gutenberg, Príncipe.
Barcelona.....	López, editor. Rambla del Centro, núm. 20.	*Oviedo*.......	D. Juan Martínez.
		San Sebastián.	D. Luis de Rubinat.
Cádiz.........	D. Manuel Morillas.	*Sevilla*........	D. Tomás Sanz, Sierpe, 92.
Córdoba.......	D. Manuel García Lovera.	*Valladolid*.....	D. J. Montero.
Coruña........	D. Vicente Naveira.	*Zaragoza*......	D. José Maynou.
Ferrol...... .	D. José Mariano Abizanda.		

Toda la correspondencia á D. Antonio García Hidalgo, Atocha, 143, piso 4.°

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

A LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO I. MADRID 16 NOVIEMBRE 1883. VISITA 2.ª

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

Calle de Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO.	
Trimestre.....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año..........	10 »	Año..........	12 »	Año..........	18 »

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16

1883

IMPORTANTÍSIMO

Aunque EL DR. SANGREDO tiene provista su despensa con abundancia, «como por sobra de pan nunca es mal año,» suplica se le remitan á su casa, Atocha, 143, piso cuarto, apuntes biográficos y bibliográficos, fotografías modernas y anécdotas ó sucesos que tengau relación con los señores médicos y farmacéuticos que se expresan á continuación.

Estas noticias reunirán las condicioues expuestas en el número anterior.

Campá (D. Franco).
Alonso Cortés (D. Antonio).
Alcaide (D. Pedro).
Gine y Partagas.
Casas (D. Genaro).
Gimeno Cabañas.
Moliner y Nicolás.
Diaz Benito.
Alonso y Rubio.
Magraner.
Laorden.
Maestre de San Juan.
Montejo (D. Bonifacio).
Miguel y Viguri.
Gómez Torres.
Castelo y Serra.
Candela (D. Pascual).
Batlles (D. Mariano).
Aróstegui.
Creus y Manso.
Carbó (D. Narciso).
Magaz y Jaime.
Ustáriz (D. José).
González Encinas.
Ferrer y Viñarta.
Espina y Capo.
Mendoza (D. Antonio).
Sota y Lastra.
Pulido Fernandez.
Martinez Molina.
Comenge y Pico (D. Juan).
Garcia Caballero.
Arce (D. José).
León y Luque.
Méndez Alvaro.
Nieto Serrano.
Cortejarena.
Morales Arjona.
Rodriguez Méndez.
Crous Casela.
Martinez Pacheco.
Rubio (D. Federico).
Capdevila (D. Ramón).
Calleja (D. Julián).
Benjumea.
García Camisón.
Benavente (D. Mariano).
López (D. Gabriel).
Salazar (D. Mariano).
Taboada.
Seco y Baldor.
Vilches (D. José).
Cervera (D. Rafael).
Oloriz (D. Federico).
Paiafox Llorea.
Olavide.
Robert.
Perales (D. Arturo).
Garcia López.
Saoristán (D. Bernardo).
Tejada y España.
Santero (D. Javier).
San Martín.
Galdo (D. Manuel).
Busto y López.
Cortezo.
Gallego (D. Juan).
Santana.
Setrei y Comín.
Cuesta y Cherner.
Siloniz (D. Carlos).
Quinteiro.
Dr. Rull.
Dr. Montells.
Calvo y Martin.
Sánchez Ocaña.
Gómez Pamo.
Garagarza (D. Fausto).
Lletget.
Casaña.
Teixidor.
Puerta y Ródenas.
Rioz Pedraja.
Carracido.
Sánohez Comendador.
Sierra (D. Salvino).
García Solá.
Ortega Morejón.
Pérez (D. Zoiio).
Tolosa Latour.
Sanz Bombin.
Font y Martí.
Pellicer y Rodríguez.

(*Se continuará.*)

ADVERTENCIA

Apesar de nuestros deseos y de haber puesto los medios para conseguir que todos los señores médicos y farmacéuticos recibieran el primer número de esta REVISTA, han sido muchos los que han quedado sin ella en esta corte.

Tanto á estos señores, como á otros muchos de provincias, remitimos el segundo, rogándoles lo devuelvan, como el anterior, si alguno lo conservara en su poder, caso de que no quisieran suscribirse; molestia que procuramos no proporcionarles de nuevo.

A nuestros corresponsales.—Suplicamos nos remitan quincenalmente y con la oportuna antioipación á la salida del periódico, los nombres de los señores susoritores, á fin de que no experimenten éstos retraso en el recibo de sus números, y que nos remitan los ejemplares sobrantes del primero para no cargárselos en cuenta, determinación que toma esta Administración por hallarse casi agotada la edición.

Quedando muy pocos ejemplares del primer número, sin embargo de la considerable tirada que nos hemos visto obligados á hacer, rogamos á los señores que se suscriban de nuevo manifiesten si tienen el ejemplar del oitado número, y que aquéllos que le hubiesen recibido y no piensen suscribirse, tengan la bondad de devolverle. Favor que agradeceremos profundamente.

Por las razones indicadas, se suspende la venta de dicho número, á excepción de los pocos ejemplares que hay en poder de los libreros, que no recogemos por atención á éstos.

EL ADMINISTRADOR.

EL Dr. SANGREDO



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

A LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO I. MADRID 16 NOVIEMBRE 1883. VISITA 2.ª

RATIFICACIÓN

—Adiós, Sangredo.

—Adiós, Restituto.

—No tengas tanta prisa, detente un momento.

—Qué quieres?

—¿Conque has fundado un periódico?

—Ociosa pregunta.

—Soy español y no debe extrañarte.

—Ya veo que sigues siendo el mismo, cuando no tienes de quién hablar mal...

—Sí; hablo mal de mi individuo. ¿No ibas á decir eso?

—Puesto que te empeñas...

—En cambio tú, ni aun proponiéndotelo sabes censurar á nadie.

—Explícate.

—Tu periódico es muy flojito, no hace sangre, y vas á desacreditar el género. Aquel famoso doctor que tanto daba que hacer en Valladolid á la lanceta, ha degenerado mucho. Aquí hace falta un periódico que muerda.

—¿Pero acaso me has tomado por un podenco?

—Lo cierto es que todo el mundo dice que EL DR. SANGREDO está escrito con jarabe de malvabisco.

—¿Y quién es ese todo el mundo?

—Pues mira lo dice...

—Sí; calla, no me cites nombres; son esos desocupados de café, que alborotan mucho porque es la única manera que tienen de hacerse visibles; son esas insignificantes medianías que adulan á todos los que valen cuando están en su presencia, y que después se entretienen en desollarles caritativamente; aquellos, que, como tú, alardean de independencia y se arrastran cometiendo mil bajezas ante el que puede proporcionarles el más pequeño favor; los que no han demostrado su valer ni en las oposiciones, ni en la cátedra, ni en el libro, y cuyo caudal de ciencia se reduce á unos cuantos tecnicismos cuyo sentido son incapaces de comprender; aquellos para quienes el chisme, y tal vez la calumnia, es la comidilla más sabrosa; los que domina-

dos por su impotencia y corroídos por la envidia, ni reconocen méritos en nadie y todo lo ven pequeño; para esos un periódico satírico debe ser un libelo, y la pluma no debe mojarse en tinta, sino en hiel; ¡qué digo en hiel! en sus labios, que destilan seguramente un licor más amargo que el acíbar y más repugnante que la asafétida.

—¡Hombre! ¡hombre! No te sulfures y ten más correa.

—¡Desdichado! ¿crees que lo siento por mí? Te equivocas; lo siento por ellos, que al cabo y al fin *practican* la misma profesión que yo ejerzo, y si me duelo es considerando que puede haber hombres en ella qne de tal modo piensen.

—¿Entonces por qné te titulas satírico?

—¿Ves cómo no sabes lo que te dices? ¿Acaso has comprendido ni puedes comprender lo que es la sátira? Escucha á Marcial:

Parcere personis, dicere de vitiis.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Que debe censurarse al vicio, sin nombrar al vicioso; y este es el medio que me propongo para conseguir un fin, que sólo los pobres de espíritu no comprenderán. Si uno de los mayores males que afligen á las clases médicas es la desunión en que vivimos, ¿te figuras que se estrecharán las distancias personalizando las materias y convirtiendo la sátira, incisiva pero pulcra, en infamante libelo? Estás en un error; yo que no me morderé la lengua cuando critique un trabajo, ni sujetaré mi pluma cuando denuncie una falta, y que no me detendré ante ningún nombre, por alto y encumbrado qne esté cuando con justicia deba hacerlo, jamás descenderé al chisme, ni á la injuria, haciéndome eco de las mesas de café, donde entre el humo del cigarro y las copas del rom se destruyen las reputaciones más brillantes.

—Te auguro poca fortuna y menos suscriciones.

—Ese es otro error; me faltarán las de los necios y las de los envidiosos; pero mira qué cartas he recibido apenas hice mi primera visita; como ves, no son escasas; pero las firmas que las autorizan las dan más valor que su número. La mayoría son de personas que no podrían temer nada de mi pluma; en todas me alientan y aconsejan no abandone el camino emprendido; toma y lee; las hay de catedráticos ilustres, de prácticos repntados y hasta de modestos médicos de aldea. ¿No quieres leer? Pues escncha:

«... es bnena idea; un periódico satírico que no salve los límites del decoro...»

«... y por la injuria, no se va á ninguna parte; digan VV. la verdad, que quien... tiene mil medios de decirla.»

«Los médicos hemos sido siempre mny alborotadores; si V. es efectivamente viejo, recordará qne allá por los años de 50 á 52 se publicó en esa Corte nn periódico contra la homeopatía, que si yo no me acuerdo mal, se llamaba *La Linterna*; mucho nos hizo reir entonces; pero pasado el tiempo, y ahora que estoy retirado en este pueblecito... creo que tanto sus redactores como los que estábamos suscritos, nos olvidábamos de la majestad de nuestro título...»

«Limpiar, espulgar, el exnberante plantel médico de la mala semilla que le impurifica á favor de una crítica mesurada y sensata es verdaderamente necesario...»

Así hay mnchás que no te leo por no molestarte más, y porque de suprimir algunas frases, qne yo no debo leer, resultarían sin sentido; pero por el de éstas puedes colegir que no voy tan descaminado como crees.

—Sangredo, tu nombre no ha de hacerse popular, te lo predigo; aparte de qne tu sátira resultará insípida si no escribes citando nombres propios cuando censures actos determinados y además van á creer qne tienes miedo.

—¿Y quién te manda confundir la sátira con la crítica? ¿Cómo has pensado que me voy á callar ante la pasión desarreglada, ante el vicio, ante la necedad ó la impertinencia? Nada de esto, y mi crítica será tanto más dura cnanto sea más justa, y como nada amarga tanto como la vérdad, será más sentida. Lo que no haré nunca será provocar el es-

cándalo, que al principio atonta, pero que siempre se vuelve contra el que lo lanza; no censuraré jamás á nadie olvidándome de sus méritos, y como allá en el fondo de la conciencia existe un rinconcito donde se juzga á través de la vanidad, el que se vea fielmente retratado, sentirá mayor pena que con la descarnada injuria, que ni convence, ni corrige.

—¿Y crees tú que así van á satisfacerse?

—De dientes á fuera, no; pero me importa poco; condúzcame yo bien, juzgue sin pasión y con imparcialidad y venga lo que venga: este es el verdadero valor.

El Dr. Sangredo.

ALGO DE LA QUINCENA

Según se desprende de la lectura de los diarios políticos de estos días, el Ministro de la Gobernación presidió el Consejo de Sanidad, y se mostró muy interesado por introducir prontas reformas en todo lo concerniente á la higiene y salud pública.

«Aunque á la ligera, en el Consejo se habló del proyecto de ley de sanidad presentado á las Cortes.»

Estas frases han producido en nosotros una dolorosa impresión.

Mentira parece que el tal proyecto no sea una realidad á estas horas, y es inexplicable la apatía de los Gobiernos respecto á un asunto de tan vital interés para una clase tan numerosa y respetable como la médica.

Los profesores han perdido la cuenta á fuerza de lamentarse de los años transcurridos esperando su redención. Y ahora que tras tantos disgustos, tantos conatos, tantos esfuerzos hemos logrado un proyecto de ley discutida ya en el Senado, que si bien no llena todas las aspiraciones, es al fin un código que muy bien puede servir para normalizar la carrera, unificar la clase, integrar la institución; ahora, repetimos, se nos viene diciendo que «se habló de él á la ligera,» cuando debió ser lo primero y más urgente que en el Consejo se tratara. Pero no es esto lo más grave; es que se murmura que el tal proyecto de Ley está en inminente peligro de naufragar aun en el caso dudoso de que se le conceda el honor de la discusión en el Congreso.

Podemos evitar la catástrofe; podemos hacer que la sanción sea un hecho con tal de no abandonar el asunto en manos peritas sí, pero despojadas de entusiasmo juvenil por su posición y por su edad.

Es llegada la hora de acudir al terreno práctico y de que no se nos escape el espíritu por la lengua en fuerza de declamar inútilmente. Y nuestra opinión es, que para el día en que las Cortes reanuden sus tareas, organicemos una manifestación pacífica, pero numerosa, que pusiera en manos del Presidente del Consejo de Ministros su justo deseo de que se apruebe la ley. Sólo por un medio semejante podríamos conseguir nuestro objeto, tan deseado por los médicos de partido, que en último término son los más interesados.

El Dr. Sangredo dedicará á esta cuestión gran parte de su actividad, como en su programa ofreció, pero de ningún modo piensa imponer su particular opinión á nadie, ni menos convertirse, como alguna vez se hizo, en Pontífice de nuestra clase, tan ilustrada como paciente. Por hoy cumplimos nuestra misión excitando el interés de nuestros compañeros hacia un peligro probable y recomendándoles que deben fiar sus asuntos á sí mismos. Adviértase que en este país, las colecciones de firmas no tienen valor alguno.

* * *

El día 9 del próximo diciembre se realizará un acto que bien puede calificarse de fausto acontecimiento para las clases médicas. Se trata de una solemne manifestación en honor de un hijo predilecto de esta noble tierra, cuyo nombre ha sabido mantener con brillo, no sólo donde se habla nuestro idioma, sino en los países más cultos de Europa.

¿Será algún héroe agobiado por los

sangrientos laureles de la guerra? ¿Será algún afamado estadista que desde las esferas del poder rigió los destinos del país? ¿Será algún tribuno cuya elocnencia domina á las masas y subyuga á los espíritus delicados?

No, nada de esto; es un higienista.

¿Y qué es un higienista?

El mejor higienista—ha dicho un escritor ilustre—es el mejor patriota.

Un buen higienista—añadimos nosotros—es el mejor agente de la civilización.

Y eso es el venerable anciano á quien se rendirá el tributo de admiración que se proyecta.

MÉNDEZ ÁLVARO: hé aquí su nombre; nombre no tan repetido ni tan popular como el de muchos que han desgarrado el seno de la madre patria en las mil revueltas de los turbulentos partidos qne en España se destrozan; pero que, sin embargo, ha prestado al país inmensos servicios dedicando todos sus talentos y toda su actividad á un estudio que no produce dinero, que apenas da gloria, que sólo ofrece disgustos, malquerencias y pesadumbres.

La higiene es la especialidad menos egoísta de las ciencias médicas; en todas las demás el beneficio se comparte entre los que las ejercen y los que de ellas necesitan; de la higiene, la humanidad en general recobra los beneficios, siendo el higienista el último en recibir sus favores.

El banquete y el album que se ofrecerá en ese dia á Méndez Álvaro es bien escasa recompensa á tantos desvelos, á tan continuados sacrificios; él, sin embargo, creerá que no lo merece, que tal es la condición del mérito, y él es hombre que mucho vale.

Las clases médicas deben mostrarse unánimes y dar una prueba de potente vitalidad en esa manifestación; hora es ya de que mostremos lo que somos, y que al honrar al ilustre anciano, bajo cuyas canas brotan aún lozanas las ideas, manifestemos lo que valen en colectividad los que individualmente arrostran con ánimo sereno el furor de las epidemias; los que desafían inermes el plomo enemigo; los qne impulsados por el deber y por la caridad, llegan hasta el heroísmo y no retroceden ante la mnerte, que traidoramente les acecha.

Si así no lo hacemos; si la pequeñez de miras nos retrae; si no sabemos comprender la máxima «uno para todos, todos para uno,» no nos quejemos de lo que nos suceda; que los Gobiernos nos atropellen; que se hollen nuestros derechos; que nn alcalde de montcrilla trate con desdén al médico que paga; que desde las más altas autoridades á las más chicas nos menosprecien, y que sirvamos de irrisión y chacota á todo el mundo.

EL DR. SANGREDO, que, por razones fáciles de comprender, no podrá asistir como periódico á esa manifestación, estará en ella dignamente representado, mucho mejor, sin duda, que por sus redactores. El Dr. Osio, iniciador de tan nobilísima idea, de quien solicitamos ese honor, representará, para ese caso concreto, el espíritu de EL DR. SANGREDO, que no se hallará á grandes distancias del lugar en que se verifique.

—

La falta de espacio, que nos ha hecho retirar algunos originales, entre ellos la continuación del artículo *Intoxicaciones crónicas*, no nos permite insertar en este número la circular dirigida por la comisión organizadora de la manifestación.

*
* *

La brillante Sociedad de Higiene inauguró ya sus tareas. Entre los numerosos miembros de esta corporación reina hoy grande efervescencia, mucha lozanía y elevadas miras; elementos más que suficientes para augurar un porvenir risueño y útil. ¡Dios quiera que nunca las pequeñas rivalidades aniden en sn seno, envenenando su existencia, robusta hasta el presente!

—

También el Ateneo de alumnos internos de esta corte celebró el 11 del presente su sesión inaugural. La falta de espacio nos impide dar más detalles de esta simpática asociación.

—

El Instituto Homeopático, con escasísima concurrencia, abrió solemnemente el curso. Me maravilla la constancia de los apóstoles del *Globulillo*.

¿Para qué se reunirán estos caballeros?

DR. DOGRESÁN.

LAS FIGURAS DE MI GALERIA

EL DR. ENCINAS

Si se hubiera perdido el recuerdo de aquellos feroces soldados vencedores en Monte Tauro y descritos magistralmente por nuestro Moncada, la figura y ademanes de D. Santiago nos traerían á la memoria á los célebres almogávares que entraban en pelea al grito de *despierta hierro.*

De constitución sólida y semicuadrada, velludo, de carácter brusco, vehemente y franco, es desaliñado en el vestir y dista mucho de ser un Adonis. Su craneo anguloso y resistente encierra un tesoro de ideas que sus vivos y hundidos ojos revelan, y no siempre puede emitirlas por falta de método. Sus frecuentes exabruptos no dañan porque nacen de un corazón sincero aunque impetuoso y de una inteligencia envidiable.

Fué uno de los 191 en la votación de Amadeo lo que le valió sendos disgustos; hoy milita en las huestes de Castelar y es senador. Si triunfara su partido le veríamos Ministro.

Como hombre de ciencia vale mucho, aunque no tanto como... yo quisiera. Opera bien, es notable por su sagacidad en el diagnóstico y su valor en terapéutica; campeón decidido del progreso médico, es llano y simpático en medio de su vanidad, que á pesar de todo no es tan infundada como la de muchos mequetrefes que se dan tanto charol.

Ha realizado buenas cosas, goza de gran reputación, ha escrito siempre con bastante acierto y su obra más formal es la *Metodologia y principios generales de clínica quirurgica*, que criticaremos en día oportuno.

D. Santiago González Encinas es catedrático de clínica quirúrgica en la Universidad de Madrid.

EL DR. CREUS

A primera vista parece D. Juan Creus y Manso una figura de panteón. Lleva luto hasta en el rostro. Estudiado con detención, pronto descubre el observador un espíritu travieso y solapado. En el claustro es un Maquiavelo, pero sin el talento de este personaje.

Muy estudioso desde su mocedad, ganó por oposición una cátedra en Granada, desde donde vino á encargarse de la clínica quirúrgica en San Carlos.

No diré que en su especialidad sea una eminencia europea, pero hay que convenir en que es un cirujano de acción rápida y brillante, y de sólidos conocimientos.

Se le tacha generalmente de dos defectos: no tener todo el compañerismo que demuestren sus palabras y el afán de imponer sus opiniones.

Por lo demás es una hormiguita que sabe vivir, sus aficiones y amistades están en las regiones más elevadas, en... *el cielo*, ó en el clero, que es lo mismo.

Poco podemos decir de sus escritos; unas cuantas monografías y una obra de anatomía aplicada á la patología quirúrgica, etc., constituyen su bibliografía; por cierto que respecto á este último libro corren malos vientos: se dice que es mosaico de grabados que ocupa tres cuartas partes del texto; también se asegura que la parte relativa á la estequiología, y alguna más, se parecen mucho á la obra de Papillon.

D. Juan es senador del Reino y maestro laborioso.

LANCETAZOS CRÍTICOS

«...por una que nada era
ni académica siquiera.»
(Otro y yo.)

II.

La *Patologia general* de José de Letamendi es necesario aprenderla y digerirla para comprender las bellezas de

primer orden que contiene; pero es preciso también un grande esfuerzo de imaginación para no dejarse vencer desde los primeros momentos por lo característico y avasallador de sus argumentos. Este libro tiene defectos; sólo que, tan bien urdida está la labor, que muchas veces parecen adornos de la tela; nosotros procuraremos señalarlos para evitar escollos, para servir á la verdad y nunca para disgustar á su autor, maestro doctísimo, que aunque personalmente no le trato, le creo por su ciencia muy distante de esas eminencias de *plaqué* de susceptibilidad ridículamente vidriosa.

Ya conocíamos el *Plan de reforma de la Patologia general y su clínica*, del Dr. Letamendi; ya eché de ver las aspiraciones del autor y los alcances del libro, y por lo mismo deseaba ver sus doctrinas escritas con más extensión y no en forma de rompecabezas.

Aquel libro estaba escrito en broma. ¡Dios mío, qué manera de disparatar en prosodia! Aquello no era hablar, era apedrear la gramática.

No es guasa; cuando se acaba de leer el dichoso *Plan*, sabe uno muy poco de ciencia, pero en cambio aprende una jerga bilingüe, entre lemosín y castellano, que es una bendición. ¿VV. han sufrido alguna vez el traqueteo de un tranvía descarrilado? Pues la misma sensación de malestar se experimenta mientras se lee la famosa obrita. Sí, aquella misma obrita, calificada por su autor de *inocente*, y á confesión de parte... *templum*, *templi;* aquel célebre *Plan*, expresión de la capacidad de don José, y que éste regala á los *bomberos*, y en donde se habla de *¡¡horripilaciones intelectuales!!* (?) *tupidez de ideas*, y se cuentan más flechas que en la batalla de las Termópilas y más etcéteras que en las esquelas mortuorias de todo un año.

Y yo entiendo que D. José dijo: voy á ser original en ideas, en escribir mal y en signos convencionales, y, amigos, así salió ello; resultó una producción *inocente*, *improvisada* en algunas semanas, según aseveración de su mismo autor.

Pero echemos un velo sobre este atentado literario y hablemos un poco de la reciente *Patologia general*, aún en publicación.

Ante todo he de confesar que el autor se ha perfeccionado en el arte de bien decir; su última producción no adolece de tantas y tan garrafales incorrecciones como se notan en el *Plan de reforma;* esto no obsta para que haya en ella cada gazapo como una catedral.

Por ejemplo, hojeando *ad libitum*, se lee en la página 12: «Largos años de silenciosa meditación fueron necesarios,» etcétera; más adelante: «jamás me cansaré de decantar, no sólo la nítida inteligencia, sino también la hidalga y eficaz voluntad...» etc.

Esto no puede pasar, querido Pepín, porque no hay español que pueda tragar una prosa tan incorrecta.

Aparte de que los años, ni son anchos ni estrechos, ni cortos, ni largos, toda vez que no son como las telas que se fabrican en su industrioso país, debía usted saber que en tierra de garbanzos, siempre se ha entendido que la meditación forzosamente no será estruendosa; jamás sorprendí á una señora meditación dando voces ni alaridos, ni menos concibo que nadie sea capaz de meditar á grito pelado.

La segunda parte de la cita tiene mucha gracia... y mucha *grucia*.

Aquello de «decantar las nítidas inteligencias» es una idea peregrina; por dichas palabras, V. demuestra que las inteligencias pueden ser, y lo serán cuando V. lo afirma, blancas, rojas, de color de ocre, de pelo de rana y de panza de burra... Vamos, D. José, qué cosas tiene V.; no contento con decir una *agudeza*, se entrega con furor al peligroso ejercicio de las cacofonías por afan de calzarse el *conturno* sin reparar que al suyo le faltan tapas y medias suelas.

Tampoco sabíamos, ni jamás pensamos, que pudieran existir voluntades hidalgas, plebeyas, manumitidas, de la gleva..., etc. Y es que el Dr. Binomio, como le llaman por esos mundos, debe tener mal corazón, y así como se com-

place en presentar en tortnra eterna al ofidio de la portada de su libro, quiere condncirse lo mismo con el idioma de Cervantes, y con la atención de los lectores.

A propósito; ¿se han fijado VV. en el estado lastimoso en qne el reformador pinta á la culebrita?

El animalito se está atracando de *cola*, y de tal modo está enlazado, que da pena mirarle: y si tal bicho es el símbolo de la Medicina, convengamos en que éste entró en el más penoso de los martirios. De todos modos, yo alabo las disposiciones pictóricas del autor, y le tendré presente para encargarle los dibnjos de las mantillas de mi futuro retoño.

Ya le siento bullir en mi seno (no al pintor, sino al retoño).

Yo no me ensañaré en la redacción de la *Patología general*, toda vez que es uno de los puntos más vulnerables y más claramente punibles, como podrá ver el lector sin necesidad de pacienzudo examen. Si yo dejara correr la pluma y apuntara algunos de los muchos párrafos cojos, mancos y tnllidos que tengo en cartera y que convierten en fatigosa la lectura de los dos fascículos primeros, sería el cuento de nunca-acabar, y se me podría tachar por el autor de que mi crítica superficial y atrabiliaria ocultaba una crasa ignorancia, ya que sólo trataba de poner en ridículo una obra censurando insignificantes, incorrectos perfiles, que en todo libro han de notarse.

Pero de antemano protesto que no son nimios perfiles, qne no es fútil cosa el hablar embrollada é impropiamente en un libro con fueros de reformador y procediendo de nn catedrático de la Central qne, según confesión propia, *en veintisiete años de enseñanza siempre se expresó bien*; por esto, alguna que otra vez insistiré en algunos ejemplos de garrulería que existen en la producción científica que analizamos, á pesar de los veintisiete años de marras.

Señores, nna de las cosas más insípidas que conozco, es la *Apología del doctor Argumosa*, hecha por Calvo y Martín; pues yo regalo un ejemplar al que afirme con seriedad que la *Historia de la Patología general* incluída en la obra de Letamendi es, no un trabajo concienzudo, como asegura su autor, sino mediano siquiera. El tal capítulo es de lo más ligero, enfático y sofístico; nadie me convence de que sea obra del profundo pensador del Principado. Buena prueba es, que una parte de ella está consagrada ¿á qué dirán VV.? A transcribir una especie de cuento de Hoffmán, referente al origen de la mnceta, birrete y bastón de nuestros doctores.

¿Qué tiene que ver si no el distinguido jefe de los *húsares* con el principio de la patología?

¿A qué viene el averiguar si la muceta es un quitasol ó un paraguas, que vino á menos ó á más? ¿Qué importa á la nueva ciencia si el bastón ha de llamarse vengala, bengala, mengala ó demonios coronados?

Tiene chiste la cosa; por este camino el historiador queda convertido en nn ridículo cronista, como el de *El Molinero de Subiza*.

Ya que no quisiera darnos un curso de historia de la patología, debiera el autor haber escrito nn resumen, tomando por norma el de algunas obras que todos conocemos, como la de A. Gimeno, García Sola, por ejemplo. Pero no señor: desdeñando D. José sns conocimientos, qne no son pocos, cita pueblos de todos los *sexos y edades* que jamás se metieron en estos asnntos, ni conocen siquiera de nombre á nnestro ilustrado anatómico.

¿Y aquello de asegurar rotundamente qne los indios, tres mil quinientos años (A. de J. C.) ya cultivaban la patología general?

A este paso aún resultará qne Caín mató á su hermano por envidia á su clientela; qne Noé descnbrió el alcohol y Moisés las purgas y la pirotecnia.

Aquella aseveración no está á la altura de *la capacidad que le conceden ciertos hombres de ciencia* y de la admiración que por V. siente esta su humilde servidora.

Con efecto, un hombre de sn aplicación y talento debe saber: 1.º, que el tal

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. ENCINAS

En el claustro me eduqué,
casi clérigo me vi,
pero el hábito colgué,
que nnnca consideré
saliera un cura de mí.
¡Cura yo! ¡Bravo estaría!
Vamos, si cuando lo pienso
un perro grande daría
por la cara que pondría
echando nubes de incienso.

En política, ninguno
me ganó á lo progresista;
hice como amadoista
el ciento noventa y uno,
y ahora soy posibilista.
Puedo decir en mi pro
que cirujano nací,
y en ciencia nadie escuchó
muchas cosas... ¡hasta allí!
hasta que las dije yo.

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. CREUS

Católico y cirujano,
dicen de mí que soy diestro;
y puedo poner la mano
donde la ponga un maestro...
† *¡Padre nuestro!...*
Fuí en Granada profesor,
conozco la anatomía,
y no hallo á nadie mejor
en cosas de cirugía...
† *¡Ave María!..*

Vine á Madrid, y al momento
hallé en la iglesia á mi madre;
y por el fervor que siento
no hay perro que no me ladre...
† *¡Gloria al Padre!...*
Voy bien, y así seguiré,
lo demás me importa un pito,
que lo mucho que dan, sé...
† *¡Dios, su madre y el bendito
San José!*

Suscrutas es un personaje en cuya existencia auténtica podemos fiar muy poco, toda vez que nos le presentan como directo discípulo de un semi-diós, D'Hanwantare ó Dhemwatare, que á su vez sirvió de intermediario para con el dios Brahma, de quien procede el contenido del Ayurvedas; 2.°, que no sólo es Suscrutas, según opinión de algunos, el único autor del libro indio en cuestión, y 3.°, que autores tan respetables como Billrroth, suponen que el Ayurveda es del tiempo de Augusto, esto es, quince siglos más moderno de lo que V. cree; si hubiera tenido presente estos extremos, y especialmente el tufillo mitológico del primero, no hubiera V. afirmado tan redondamente su opinión, y hubiera dado lo cierto como cierto, y lo dudoso como dudoso, primera y principal condición de todo historiador, y no hubiera caído por ende en el ridículo y absurdo afán de algunos escritores adocenados, que se empeñan en remontar la antigüedad de la materia que tratan, cual si su mayor mérito dependiera de su remota senectud.

Al modo de V., cualquiera puede ser historiador; esto es, dando crédito á las fechas estampadas en los documentos y exponiendo su particularísima opinión en cosas tan de suyo discutibles y delicadas. Todos sabemos que en tiempos lejanos se tenía grande interés para revestir de autoridad lo mismo á libros que á leyes, asignar á los documentos un origen remoto haciéndolos depender de las divinidades directa ó indirectamente. Por lo tanto, cumple al historiador sesudo estudiar, compulsar las fechas, desconfiando de ellas y del origen que se supone á los escritos, meditar detenidamente el carácter y conocimientos del pueblo en aquellos tiempos, así como las relaciones que éste mantuvo con otras naciones, para así sacar á flote la verdad.

Por este procedimiento complicado y no por el que V. emplea, es como se ha podido descubrir que sólo contados libros de los muchos que formaban la colección hipocrática, pertenecen al anciano de Cos; de tal modo, repito, se ha averiguado que el Nuy'Kim de los chinos, á pesar de su vetusto suspuesto origen, es probable esté calcado en los conocimientos de los sucesores de Erasistrato, al menos muchos de sus más importantes pasajes.

Si el Dr. Letamendi se encontrara con un amarillo y polvoroso pergamino fechado en tiempo de Galeno, que contuviera entre disparatados conocimientos médicos de aquella época, ideas fundamentales de la anatomía patológica de Lancereux, la clasificación de tumores de Maestre de San Juan y la descripción del fonógrafo de Edison, con seguridad que sin levantar mano declararía á estos hombres *cacos* científicos de los antiguos, sin presumir que él era víctima de un *timo* literario.

Es indudable que los indios como todo pueblo en días remotos y de mayor atraso, considerarían las dolencias como el resultado de agentes externos visibles ó de causas sobrenaturales, la irritación de los dioses, el castigo de sus culpas, el espíritu del mal, etc., ¿y vamos á creer por esto que estas ideas erróneas, rústicas é infantiles, y otras parecidas llevan en sí el resumen de una ciencia de tanta magnitud como la Patología general? ¿De una ciencia que es la síntesis de la experimentación y del raciocinio médico? No puede ser, D. José de mis entrañas, y V. será de mi opinión si mira el asunto con imparcialidad, sin amor propio.

Yo no diré que los antiguos indios en su dilatada vida y en su antigua civilización, nada observaran y nada original dijeran en el arte de curar; pero tras las breves consideraciones que llevo expuestas, no me atrevería á afirmar que la Patología general existiese en la India tres mil trescientos ochenta y tres años há «por temor de romper con la historia, que es la mayor inmoralidad que se puede cometer,» según V. mismo afirma en su libro.

A pesar de los detalles poco ó nada pertinentes que del *pápirus* Ebers nos da el Dr. Letamendi, nada en definitivo se deduce, al cultivo de la Patología general en Egipto allá por los años 1552 (A. de J. C.).

Es más; dados los escasísimos conocimientos anatomo-fisiológicos que poseían los egipcios, el modo cómo trataban á los embalsamadores y la manera como tenían montado el servicio sanitario, según Estrabón, es ridículo querernos convencer, no sólo que conocieran la integración de la ciencia, esto es, la Patología general, ni siquiera las afecciones del corazón, cuyo uso desconocían, ni las *treinta y una* afecciones del aparato olfativo, cuando hoy acaso no lleguen á tantas las que estudiamos.

A lo más admitiremos que los súbditos de Cheos, Sesostris y Ramsés, fueron buenos coleccionadores de síntomas, pero más, no; *eso seria un pueblo de cuatro vecinos*, como dicen los chicos.

Y aquí interrumpo mi tarea para darle unos calcetines á mi querido esposo. En el próximo número continuaré ocupándome de los deslices científicos de D. José Letamendi, y que, no obstante ellos, es un maestro ilustrado y laborioso y un titán de la Medicina española contemporánea.

B. S. M.

LUSCINDA PROTOPLASMA DE SANGREDO.

(*Continuará.*)

¡POBRE JUAN!

Médico te hiciste, Juan;
lo que te hiciste no sabes;
no has seguido mi consejo,
ya me lo dirás más tarde.

Tú que no eres vocinglero,
que á ciencia y conciencia vales,
que tienes del corazón
la lengua no muy distante,
y un capital tan escaso
como tu saber es grande;
tú que no sabes fingir
ni adular á los farsantes,
ni famosa clientela
has heredado de nadie:
tú no sirves para médico,
tú te morirás de hambre.

Tú que no has de visitar
los salones elegantes,
ni sabes hacer el *bu,*
ni has de fingir engañarte
con la esposa, que desea
que luego al esposo engañes;
tú, que al llamarte en consulta,
no has de emplear huecas frases,
y entre oscuros tecnicismos
no ocultarás las verdades:
tú no sirves para médico,
tú te morirás de hambre.

Tú que el honrado apellido
no arrastrarás por las calles
ni has de fijarle en esquinas
y cafés y... otros lugares,
que no has de pagar á gentes
que tu mucha ciencia ensalcen,
ni te has de dar esos bombos
que en los periódicos salen
y que se cobran por líneas
á razón de veinte reales:
tú no sirves para médico,
tú te morirás de hambre.

Tú que no has de hacer comedias
ante todo el que te llame,
ni has de explotar el candor
de ese público ignorante;
tú que en las oposiciones
no has de molestar á nadie,
que relaciones no tienes
que te protejan de balde,
que no hablas como cotorra,
y que ser audaz no sabes:
tú no sirves para médico,
tú te morirás de hambre.

Tú que si vas á una aldea
serás con todos amable,
que no odiarás al caído
ni adularás al alcalde,
que del bárbaro cacique
te has de alejar al instante;
tú que odiando la política
no tripularás su nave,
que de fantoches ridículos
no eres cómplice, ni adlátere:
tú no sirves para médico,
tú te morirás de hambre.

Y si en la lucha te obstinas
apesar de los pesares,
y como pocos, muy pocos,
consigues salir triunfante

¿á qué costa alcanzarás,
sin bajezas miserables,
un pobre pan amasado
con lágrimas y con sangre?
¡Qué dolores y qué angustias!
¡qné envidias y qué pesares!
¡Pobre Juan! Mejor sería
que te hubieras muerto de hambre.

Las hermosas ilusiones
que en tu mocedad forjaste
serán crueles espinas
al llegar á realidades.
La tristeza seguirá
tu huella por todas partes,
y de los dulces placeres
te ha de amargar los instantes,
¡que es del médico el dolor
compañero inseparable!
¡Pobre Juan! Mejor sería
que te hubieras muerto de hambre.

Y si á fuerza de trabajos,
ahorro y penalidades
logras posición modesta,
será cuando tus achaques
no te permitan gozar
lo que un tiempo ambicionaste;
cuando el temor de la mnerte,
que está á tn lado acechándote,
tristes recuerdos evoque;
cuando sientas qne tu sangre
no es calor, qne es hielo frío,
qne no nutra... y que te mate.
¡Pobre Juan! Mejor sería
que te hubieras muerto de hambre.

Y cnando en yerto sepulcro
tns pobres hnesos descansen,
¿quién se acordará de ti,
que tanto bien prodigaste?
Ya te habrá dado al olvido
hasta aquella misma madre
que cuando salvaste á su hijo
juraba que eras un ángel;
cuando más, indiferentes
se escucharán estas frases:
¡Qué don Juan! ¡Fué un infeliz!
¡Un buen hombre! ¡Dios le guarde!
¡Pobre Juan! Mejor sería
que te hubieras muerto de hambre.

Dr. Ese.

UN CIRUJANO MODELO

«La envidia entre médicos es atroz.» (Gestas, capítulo o,os.)

Es condición humana que nadie esté contento con su suerte; y tan cierta es esta verdad, que, desde antiguo, viene diciéndose aquello de «*conditio hominum esse,*» etc., y termina con «*Jupiter possuit nobis duas peras...*» no recuerdo en qué parte de nuestro cuerpo.

Yo, como individuo hembra de la raza hnmana, estoy atormentada por la monomanía de cambiar y remover todo lo existente; pero mi mayor deseo es mudar de sexo, y mi gran pesadilla no poder realizarlo.

¡Qué dichosa sería si fuese hombre!... Ya lo creo; no me desmayaría al ver brotar la sangre, no tendría que fingir rubor ante hombres atrevidos y mirones; me dejaría crecer las barbas, qne tanto influyen en el porvenir de un doctor. Una cara sepultada en pelos, y unos ojos estofados en cristales son el salvo-conducto para llegar al pináculo de las eminencias.

De tal modo me preocupa este cambio sexual, que no hay noche, desde hace mucho tiempo, que no sueñe en esta especie de *metensicosis* en vida. Unas veces soy orador de club, otras militar brioso en medio de una batalla, otras simple consejero de instrucción pública, y es de ver la paciencia con que mi esposo sufre la flor y nata de mis contundentes argumentos.

Pero mi aspiración predilecta, mi Quersoneso dorado, es trocarme en un operador famoso que reside en la corte, es muy popular y gana muchos miles de duros. Sólo que esto es una quimera vana; por más que tengamos un título igual, unos mismos estudios, yo no podré alcanzar su posición social, su talento, sn corpulencia, sus lnengas barbas y... otras cosas en donde está la miga, el bnsilis.

Dios en su bondad ha encontrado modo de satisfacer á medias mi anhelo.

En la pasada noche soñé que se ha-

bían realizado mis doradas ilusiones; yo vestía pantalones como cualquiera; era un operador insigne como pocos; tenía busto de apóstol; mi andar era pausado y mi hablar incorrecto. Yo me acariciaba aquel cnerpo voluminoso, y sentía en mis manos una comezón extraña nacida del deseo de operar. Una dulce satisfacción inundaba mi espíritn al considerarme el primero y más afortunado de los cirujanos españoles; mi reputación era colosal, á mi lado eran pigmeos mis comprofesores; la aristocracia era mi clientela, los Reyes me consultaban, el mundo me admiraba. Para colmo de felicidad, se me había conferido el honrosísimo cargo de enseñar á los hombres estndiosos lo que no podían aprender en San Carlos, por ejemplo.

Esta clínica, que yo consideraba como el colmo de mis aspiraciones, me hacía estallar de júbilo. Bien sabía que algunos adocenados envidiosos pataleaban contra mi clínica archidocta, no faltando algún gozqnecillo quirúrgico que intentara roerme el calcañal; pero los despreciaba, comparándolos á las ranas, que á fuerza de hincharse quisieron igualar en tamaño al buey de la fábula.

Ello es que mis ovariotomías, tallas, traqueotomías, extirpaciones de laringe y demás operaciones, me ponían por encima de mis contemporáneos, y mis triunfos eran un muro infranqueable para mis desdichados censores, que olvidando sn insignificancia, mermaban alevosamente la importancia de mis actos quirúrgicos.

Todo aquello bien entreveía yo qne era un sueño, pero me iba aficionando á soñar. Una cosa aprendí en esta noche: lo mucho que ignora nna eminencia y cómo apesar de esta circunstancia se puede llegar á tal.

Agobiada en mis ensueños por tanta distinción, tantos trinnfos, tan frecuentes consultas, quise explorar la opinión del mundo médico acerca de mi persona, y salí á la calle.

¡Válame Dios y qué placer tan grande experimentaba cuando la muchedumbre me abría paso con respeto ó pronnnciaba mi nombre con admiraciól! Alguno, sin embargo, hubo de exclamar al verme: «Ese doctorazo quería extraerle los ovarios á mi mujer, porque, según afirmaba, tenía en ellos un tumor maligno... No tenía él mal tumor en los sesos... Mi pobrecita esposa curó de la gravísima enfermedad dando á luz con toda felicidad un robnsto niño... ya sabes, Joaquinito.»

Estas frases de aquel deslenguado transcunte me llegaron al alma, porque pudieran ser ciertas. Pero, en fin, estos son accidentes de la vida que no lograrán reducirme á practicar la máxima de Bacón de Verulamio.

En mis suoños, seguí caminando y me colé de rondón en el Suizo; sentéme en una mesa, á tiempo que uu joven, entusiasta por mi persona, se expresaba poco más ó menos de esta manera:

«Señores, hay que desengañarse; el floreciente estado actual de la cirugía española es debido tan sólo al genio fecundo de ese prócer de la ciencia, engendrado en suelo andaluz para honra y prez de la Medicina patria. Gimbernat, Argumosa, Velasco, Toca..., son *bebés* á su lado. Sin duda, compañeros, que los genios reunidos de Lisfranc, Larrey, Boyer, Dupuitren, Húnter, Pareo y otros mil que dieron esplendor á sus respectivas épocas, se han combinado maravillosamente para producir este portento de la cirugía, que en su cerebro lleva toda la luz del sol meridional y cuyo advenimiento señaló el semidiós al grabar en su país el célebre *non plus ultra*.

»Su palabra, su físico, sus actitudes, todo predispone en su favor, conquistando la confianza del paciente.

»Poned en derredor de su cabeza de evangelista nna corona de lentejuelas y tendremos la santificación de la ciencia. Para él no existe la palabra *dificultad* ni la voz *secreto*, ni la idea de temor; es un héroe capaz de emprender nna operación sin saber por qué, ni cómo, sólo por amor al arte. El horrísono y snperabundante arsenal que exhibe en sns operaciones, capaz de prodncir la anestesia sin cloroformo, me conmneve.

»No suele usar bata, siendo original

hasta en cuestión de limpieza, así que el operador, á medida que avanza en la *brega*, se va convirtiendo en un personaje trágico, ideal. Con la levita llena de sangre y piltrafas, con manos y mangas dentro del abdomen removiendo las palpitantes entrañas, encharcadas las botas, sucios los pantalones, es la apoteosis de lo sangriento, un protagonista de Echegaray, un remedo de *La Campana de Huesca*.

»Y esto es lo que debe ser, esta es la aspiración de la ciencia si no se quiere que caigan en desuso aquellas divinas frases: *tuto cito et jucunde*.

»Si mañana nos dicen que á un enfermo se le ha extirpado la aorta colocando en su lugar un figle, merced al cual da conciertos en las tertulias de confianza; ó que á D. Fulano se le registró minuciosamente el cerebro para encontrar la modestia que se le había extraviado entre los pliegues de aquella entraña, debemos creer que él, y solo él, es capaz de acometer con éxito tales empresas.

»Yo sé de buena tinta que el mejor día trocará los ovarios de cualquier señora estéril en huevas de atún, convirtiéndola en la mujer mas útil de su patria, como diría el desterrado de Santa Elena.

»Y á propósito; ¿creéis que el vencido por Wéllington, el hijo de las sublevaciones, hubiera sucumbido á una simple sedición de epitelios en el *píloro*, si hubiera conocido á nuestro ilustre cirujano?

»De ningun modo; en vez de entregarse á la expectación como O'Meara, Stokoe y Antomarchi, sus médicos, le hubiera puesto una *gaita* en vez de estómago, cualquier cosa antes que dejar fenecer al héroe de Montenotte, Frienland, Marengo y Tilsit.

»Señores, postrémonos ante el cirujano ilustre; aceptémosle como maestro, y puesto que su genio es el genio y la inspiración de todos los cirujanos, desde Chirón y Melampo, hasta Trelat inclusive, coloquémosle sobre las niñas de nuestros ojos, como diría el Príncipe de los prosistas españoles.»

A torrentes circulaba por todas mis venas la satisfacción; desde el corazón á la boca subían oleadas de vanidad, que sabían á gloria; tuve impulsos de abrazar al discreto orador, y lo hubiera llevado á efecto, á no recordar mi sexo pretérito. Saboreando tan dulces emociones, abandoné aquel local para instalarme en Fornos. En la vecina mesa, una reunión de jóvenes Galenos se ocupaban de mi persona; me preparé á escuchar á los condenados mediquillos, que me hicieron sufrir lo indecible.

Uno de ellos, alto, grueso, con barbas y lentes, de color de pimiento morron y pasicorto, llevaba la voz cantante; por cierto que hablaba muy bien, pero me disgustó desde el principio de la peroración.

«Señores—decía,—es una barrabasada, es una arbitrariedad incalificable la creación de esa clínica inverosímil é inconveniente, que carece de los recursos materiales y científicos de toda institución docente y proclama con su existencia una tiránica distinción á favor de los ricos.

»Si en esa clínica se enseña algo nuevo y útil que no puede adquirirse en las escuelas oficiales, ¿por qué no se la pone al alcance de todas las fortunas y de todos los alumnos para beneficio de la España doliente? Pero, amigos míos, aquí se ha obrado de un modo inconsciente y temerario, y de tal conducta ha salido un bofetón y una afrenta para nuestros maestros.»

El orador calló, miró con satisfacción á su convencido auditorio, dió un chupetón horrendo al cigarro y se preparó á continuar. A mí me dolían los dedos de tenerlos crispados; indudablemente me produjo fiebre aquel energúmeno de café.

«Pero, señores—continuó el moderno Demóstenes, encendido como una amapola,—hay que examinar el segundo término de esta cuestión, hay que analizar la suficiencia de ese hombre sin par, colocado al frente de esa escuela semilibre.

»Yo, por mi parte, sé deciros que nada extraordinario he hallado en él; está muy por debajo de todos nosotros. (*Murmullos de aprobación.*)

»¿Cuándo demostró sus conocimientos en Oncología? Nunca. (*Bien, bien.*)

»¿Sabe histología? No me consta. ¿Qué obras escribió? ¿Qué reformas propuso? ¿Qué juicios luminosos brotaron de su imaginación? Todas estas preguntas se contestan con nn signo: *cero.*» (*Bravo, bravo.*)

(Malévolos ignorantes, y mis memorias sobre Terapéutica operatoria que tanto trabajo suponen y nadie compra, ¿no son libros? ¿No tienen cosas útiles?)

»Señores—continnó el orador,—todos sabemos que la cirugía no estriba solo en el valor y en la serenidad al emprender cualquiera operación, pues si así fuese, nn cortante, un matarife sería el mejor operador. Para merecer el dictado de tal, es necesario mncho estndio, gran acopio de ciencia, juicio sereno, reflexión madura y promesa de no nsar el bisturí sino en caso justificado y siempre conociendo en todos sus detalles el proceso que motiva nuestra intervención armada.

»¿De qné sirve practicar una ovariotomía con rapidez si despnés resulta que el tumor radica en el útero y los ovarios se encnentran sanos?

»Por el camino qne han tomado las cosas no se pnede llegar á buena parte, y yo protesto aquí como protesté en otra noche célebre qne aún no se ha borrado de vuestra memoria.

»¿Por qné no he de estar yo al frente de esa clínica, yo que merezco una cátedra y me la darían si no hubiera oposiciones?

»¡Oh lares de Celso, Dupuitren y otras mil lumbreras de la cirugía! Perdonad á esta generación que ensalza y enaltece sobre vuestra memoria á hombres.....»

No pnde oir más; anegado en ira el espíritn, nublada mi razón, tomé las hebillas de D. Diego, como diría el cómico del cnento.

Durante el resto de mi sueño una danza de esqueletos con birrete de amarilla borla me estrujaba, me atenazaba, cascándome de lo lindo.

Especialmente dos doctores, que por conservar las carnes creo viven aún. Uno de ellos retinto, con sendas patillas negrísimas y escapulario pendiente del cuello, me miraba con furor mal comprimido y me decía pellizcándome de paso: «¿Quién te mete, mal aconsejado cirujanillo, á luchar conmigo, la lumbrera quirúrgica sucesora de Argumosa? ¿Cuándo tns méritos llegarán á los míos? Apelo al tribunal de la Unión Católica.»

Decíame el otro, hombre de cabeza cnadrada sepultada en nna inmensidad de pelos grises y tiesos: «Eres un desdichado audaz y compadezco tu fin, digno de Ícaro.» Y dándome empellones, me dijo parodiando al viejo de *La Tempestad:* «Quítate de mi vista, mendiguillo.»

Tanto sufrí en esta última parte de mi sueño, qne desperté trastornada, llorosa, febril; no había consuelo para mí. Ya no volveré á envidiar á ningún *cirujano modelo*.

Dos máximas notables dednje de este sneño: primera, que el mérito de los hombres puede medirse por el número de sus detractores, más bien que por el de sus adeptos; segunda, que descartando las exageradas alabanzas de nnos y la envidia y mala fe de los otros, surge esplendorosa nna personalidad quirúrgica, laboriosa, simpática y de primer orden en el profesor que tanto me ilusionaba.

Queda rogando no tengan VV. nunca noche como la de mis sueños

Luscinda Protoplasma de Sangredo.

TOTUM REVOLUTUM

En la imposibilidad de contestar personalmente á las muchas cartas que ha recibido El Dr. Sangredo con motivo de su primera visita, cumple á su deber manifestar desde este sitio cuán reconocido se encuentra á los comprofesores qne se han dignado acogerle con tanta bondad, dedicándole frases tan inmerecidas como lisonjeras; manifestación que hace extensiva á sus cariñosos colegas en la prensa.

***

Se dice qne dos catedráticos han in-

tervenido para que desapareciese un cuadro, que encerraba á EL DR. SANGREDO, en cierto edificio.

De uno de ellos, del más joven no me extraña, por aquello de: *two of a trade never agree;* pero aún no he salido de la sorpresa que me ha causado la conducta del segundo. Vamos, que no lo puedo creer.

¿Sería posible, Sr. Letamendi, que se haya V. preocupado por cosa tan pequeña hasta el punto de hacerse corifeo del anterior? ¡V. que tanto vale! ¿Acaso lo que ha creído V. nuestros elogios le han *puesto colorado*, y obedeciendo á su ingénita modestia se imaginó que eran en burla?

Tranquilícese V., Sr. Letamendi; mis elogios, lo mismo dirigidos á V. que á cualquier compañero, son completamente leales y merecidos; y cuando decía á usted que «es un astro brillantísimo en el zenit de la ciencia española», rendía tanto culto á la verdad como cuando afirmaba que «queriendo V. ser original, estropea sus discursos y sus escritos con ejemplos, metáforas y comparaciones tan vulgares como chocarreros.»

***

Un venerable periódico profesional, que recibe siempre con el mayor placer á los colegas que aparecen en el estadio de la prensa, me dedica tres párrafos en el lugar más predilecto de su publicación, que agradezco en todo lo que valen.

Envuelve el primero, aunque muy veladamente, como para no herir mi susceptibilidad, una serie de consejos que procuraré no echar en olvido por venir de quien tan práctico es en la materia. Poner en el más espantoso ridículo determinados sistemas, criticar con ensañamiento al rival de la escuela que se combate, herir solapadamente al periódico rival, llegar con frase dulce é insinuante hasta el mismo corazón que se pretende triturar, y otras cosas análogas, no enaltecen nada nuestra profesión, y como esto ya se lo tendrá olvidado de puro sabido mi respetable colega por su mucha experiencia en las lides periodísticas, procuraré huir de sus escollos siguiendo su prudente consejo.

En el segundo, entre palabras agridulces para justificar la imparcialidad con que las vierte, me prodiga algunas frases lisonjeras que ¡ay de mí! cuánto diera porque no fuesen galanterías del compañero; mi esposa, que en estos asuntos es testigo de mayor excepción, me dice diariamente que no soy lo joven ni lo alegre que ella deseara. En cuanto á la candidez que tácitamente insinúa, es cierta; soy muy cándido, como VV. irán viendo.

En el tercero y último párrafo me da la bienvenida en términos afectuosos, mayores de los que con justicia merezco.

Por cierto que sus frases sobre mi personalidad pondrían en peligro el anónimo, si yo deseara conservarle. Aquello de que ningún catedrático tendrá que formular ninguna queja y de que mi conducta no me hará dar escurridas que luego se lamentan y cuestan *sueldos*, resulta tan diáfano como no podría menos de esperarse de la singular penetración que de cuando en cuando—de algún tiempo á esta parte—da muestras nuestro viejo colega.

***

Después de una larga y penosa enfermedad, ha fallecido en esta corte la señora D.ª Florentina Casta Izquierdo, madre del director de nuestro estimado colega *Los Avisos*, á quien acompañamos en su justo dolor.

***

Por la Guardia Civil ha sido preso un individuo que se titulaba doctor Cándido, médico especialista.

Por lo que se deduce—añade comentando el hecho un periódico de noticias,—el tal no era Cándido, ni médico, ni doctor, ni especialista.

Acertó usted, caro cólega,
al decir que no era Cándido;
yo afirmo que no era médico,
doctor... es más problemático.

¿Pero que no era especialista? ¡Pues no había de serlo! Por lo menos tanto como los que colocan su nombre á la altura de los recipientes urinarios de la capital.

MADRID.—Imp. de M. G. Hernández, Libertad, 16.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

Moynac.—*Manual de patología general y de diagnóstico*, traducido al castellano por D. Esteban Sánchez Ocaña.—Este libro consta de 687 páginas y se vende á 40 reales en Madrid y 44 reales en provincias; su parte material está hecha con bastante esmero.

La obra de Moynac ha alcanzado gran popularidad entre los escolares y los médicos, apesar de que le faltan muchos requisitos para ser una verdadera patología general y le sobran muchos detalles incoherentes para que se le tenga como un libro meditado y formalmente científico.

Es un *totum revolutum* de cosas pertenecientes á la medicina, tratadas sin método y con harta superficialidad, y cuya utilidad, por demás problemática, es indiscutible tratándose de licenciados indolentes.

***

Masotí.—*Estudios teórico-prácticos sobre el paludismo.*—Folleto de 124 págs., 3 pesetas.—Su autor, á quien no conozco, es médico titular en el estrecho de San Ginés, Cartagena, y su folleto demuestra palpablemente que no tardará en abandonar, si quiere, á sus actuales clientes, debe ser persona que ha estudiado bien y que reune condiciones nada vulgares para la observación, y lo que es más, sabe exponer lo que ha observado. Razones son más que suficientes para que brille en otros centros, donde abundan las *notabilidades* ante quienes pasan inútilmente las páginas del gran libro de la Naturaleza sin que acierten á leer en ninguna; que otra cosa no se deduce de su silencio.

***

Alcina.—*Tratado de higiene privada y pública.*—Dos tomos en 4.°, 23 pesetas. Recopilación de lo que se encuentra en los principales tratados de higiene hasta 1880; con curiosas noticias sanitarias que ignoran la mayor parte de los médicos, por el descuido con que, oficial y particularmente, se mira el estudio de tan importante ramo de la medicina, resulta utilísimo, interin otra cosa no se presente, el libro del joven catedrático de Cádiz, al que ha ayudado en esta empresa el histólogo de aquella facultad Sr. Mendoza.

***

Zeiss.—*Tratado de las enfermedades venéreas y sifilíticas.*—Un tomo, 15 pesetas.—No ha tenido tan buena elección en esta obra como en la de Erichsen la *Biblioteca del Siglo*. Magníficas descripciones, labores de filigrana hechas con finísimos alicates; pero al llegar á lo importante, á lo práctico, es decir, al tratamiento, aparece ruin y pequeño todo el trabajo; quizá sobresalga más esta pobreza por las abundantes riquezas de las exposiciones, pero lo cierto es que la obra es más propia del gabinete del académico que del modesto despacho del médico que sólo puede disponer de libros de inmediata aplicación para su práctica. En resumen, es un libro escrito para el *gourmet*, y cuando más para el especialista.

***

Espina y Capo.—*Lecciones teórico-prácticas acerca de las enfermedades del corazón.*—Se vende al precio de 15 pesetas. Es un tomo bastante voluminoso, y contiene 55 grabados y 4 láminas litografiadas.

El ser una obra original hecha con gran detención y profundos estudios, y el estar dedicada á una especialidad tan importante, serian causas suficientes para recomendar la reciente producción. Pero además lo hacemos para alentar en su empresa científica al joven Espina, que tanto se separa por sus recomendables aptitudes de tontos vocingleros dorados... al galvanismo.

Pensamos ocuparnos en día oportuno del libro del Sr. Espina con la detención que merece, así como de la biografía del autor.

***

Yáñez.—Los *Elementos de medicina legal y toxicología*, con arreglo á las explicaciones de D. Teodoro Yáñez, valen 60 reales.

Son un cajón en forma de libro en donde se encuentran hacinadas las ideas de Mata, Briand, Orfila, Tardieu y otros.

Es un resumen útil para la historia de aquellos varones .. y para D. Teodoro.

***

Loza y Collado y Viñals.—*Discursos pronunciados en la inauguración de las sesiones del Ateneo de alumnos internos.*—El primero de dichos señores da cuenta exacta, como secretario general de la asociación, de las tareas del curso anterior, y el segundo demuestra su estudio y laboriosidad desarrollando el tema: *Relación entre los climas y el organismo humano.*

EL Dr. SANGREDO

REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

Redacción y administración, Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO.	
Trimestre.....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año..........	10 »	Año..........	12 »	Año..........	16 »

Número suelto, una peseta.

Medios de hacer la suscrición.—Por nuestros corresponsales, donde los establezcamos, ó librando directamente á esta administración por el Giro Mutuo ó por letras de fácil cobro. Donde no hubiese estas facilidades, se podrán remitir sellos de franqueo en cartas certificadas.

Los autores ó editores que remitan obras profesionales tendrán derecho á un anuncio de ellas, sin que esto *comprometa á otra cosa* á la redacción, que sólo emitirá juicios críticos de aquellas que crea conveniente; por el contrario, tendrá verdadero gusto en adquirir con sus fondos propios las que lo merezcan, protegiendo así, y en la medida de sus fuerzas, el trabajo y la laboriosidad de los escritores médicos.

A los anunciantes.—La publicidad que ha de tener esta Revista—pues El Dr. Sangredo, cuando se mete en belenes es hombre que echa la casa por la ventana,—debe llamar la atención de los que se gastan su dinero en anuncios, muchas veces inútiles. Conque caballeros, fíjense VV. en las condiciones de esta publicación y vean si les tiene cuenta anunciarse en sus cubiertas. Sin embargo, bueno es tener presente que El Dr. Sangredo se reserva el no admitir á ningún precio cierta clase de anuncios que son un padrón de vergüenza para las clases médica y farmacéutica. Además, que sería inútil que sus autores emplearan en ellos sus recursos, cuando está decidido á darles publicidad *gratis* ¡y de buena manera!

En cambio, el farmacéutico ó el médico que invente ó descubra algo útil y no tenga medios de darlo á conocer, puede dirigirse á la administración y obtendrá de balde aquellas ventajas.

CENTROS DE SUSCRICIONES EN MADRID

LIBRERÍA DE GUTENBERG, PRÍNCIPE, 14

y en la de Menéndez, calle de Atocha, frente al Ministerio de Fomento.

CENTROS DE SUSCRICIONES

Alcoy.........	D. Antonio Jimeno.
Barcelona.....	López, editor. Rambla del Centro, núm. 20.
Bilbao........	Señora viuda de Delmas.
Cádiz.........	D. Manuel Morillas.
Cartagena.....	D. Vicente Velázquez.
Córdoba.......	D. Manuel García Lovera.
Coruña........	D. Vicente Naveira.
Ferrol........	D. José Mariano Abizanda.
Madrid.......	Librería Gutenberg, Príncipe.
Mahón........	D. Antonio Sintes.
Oviedo.......	D. Juan Martínez.
Salamanca....	D. Manuel Hernández.
San Sebastián.	D. Luis de Rubinat.
Santa Cruz de Tenerife....	D. José Benítez.
Sevilla........	D. Tomás Sanz, Sierpe, 92.
Valencia......	D. Francisco Aguilar.
Valladolid.....	D. J. Montero.
Zaragoza......	D. José Maynou.

Toda la correspondencia á D. Antonio García Hidalgo,
Atocha, 143, piso 4.°



EL Dr. SANGREDO.

REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

A LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO I. MADRID 1.º DICIEMBRE 1883. VISITA 3.ª

SUMARIO

TEXTO: Algo de la quincena, por el *Dr. Dogresan*.—Las figuras de mi galería.—Lancetazos críticos, por *Luscinda Protoplasma de Sangredo*.—Becquerianas, por el *Dr. Ese*.—La polilla profesional, por la *Dra. Luscinda Protoplasma de Sangredo*.—Totúm revolutum.—Boletín bibliográfico (cubierta).

GRABADOS: Méndez Álvaro y el Dr. Nieto y Serrano, por Cilla.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

Calle de Atocha, 143, 4.º

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO.	
Trimestre.....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año...... ...	10 »	Año....... ..	12 »	Año..........	18 »

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16

1883

NUESTRAS FIGURAS

Publicadas hasta el dia:

Dr. Santero (papá).	Dr. Letamendi.
Dr. Encinas.	Dr. Creus.
Méndez Alvaro	Dr. Nieto y Serrano.

A éstas seguirán en los números inmediatos los personajes que á continuación se expresan, y cuyos *clichés* están ya concluidos:

Benavente, y Castelo.
Maestre de San Juan, y Calleja.
Federico Rubio, y Ustáriz.
Bustos (Marqués del), y Gine y Partagás.
Cortezo, y Fernández Losada.
Amalio Jimeno, y Carracido.
Rodríguez Méndez, y Vilches.
Etc., etc., etc.

Como el orden de factores no altera el producto, podremos variar el arriba expuesto, haciendo toda clase de combinaciones y aumentos, para dar la mayor novedad é interés á esa parte de nuestra publicación.

ADVERTENCIA

A nuestros corresponsales.—Suplicamos nos remitan quincenalmente y con la oportuna anticipación á la salida del periódico, los nombres de los señores suscritores, á fin de que no experimenten éstos retraso en el recibo de sus números, y que nos remitan los ejemplares sobrantes del primero y segundo para no cargárselos en cuenta.

Quedando muy pocos ejemplares del primero y segundo número, sin embargo de la considerable tirada que nos hemos visto obligados á hacer, rogamos á los señores que se suscriban de nuevo manifiesten si tienen ejemplares de los citados números, y que aquéllos que los hubiesen recibido y no piensen suscribirse, tengan la bondad de devolverlos. Favor que agradeceremos profundamente.

Por las razones indicadas, se suspende la venta de dichos números, á excepción de los pocos ejemplares que hay en poder de los libreros, que no recogemos por atención á éstos.

El Administrador.

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO I. MADRID 1.° DICIEMBRE 1883. VISITA 3.ª

SUMARIO

ALGO DE LA QUINCENA

«El Ministro de la Gobernación se está ocupando, de acuerdo con el Director general de Beneficencia, de introducir varias reformas en dicho departamento, figurando entre ellas la del servicio sanitario de puertos.

Según parece, las reformas proyectadas producirán una economía de unas 100.000 pesetas.»

Desde que leí el suelto anterior de *La Correspondencia* estoy que no me llega la camisa al cuerpo. Porque reformas de servicio sanitario de puertos con economías en... *puerta*... barbaridad á la vuelta.

Cuando faltan los elementos más indispensables para que ese servicio revista alguna formalidad; cuando se carece de un personal convenientemente educado para su desempeño; cuando este personal está pésimamente retribuído, y cuando todos estos males no reconocen otra causa mayor que la exigua cantidad que á tan importante asunto se consigna, ignoro cómo puede reformarse mejorándole y haciendo economías; porque no supongo que el Ministro y el Director general de Beneficencia se hayan propuesto empeorarle, cosa que sobre ser difícil de suyo, aunque no imposible, no se comunica á los periódicos oficiosos para que la den publicidad.

Sólo un procedimiento habría para economizar en él, no ya las 100.000 pesetas aludidas, sino algunas más, y don Segismundo, que es hombre que lo entiende, tal vez habrá pensado emplear este medio, que no es otro que aquel que para sustituir á los centinelas de honor,

se practica en la zarzuela *El siglo que viene*, es decir, poniendo empleados de cartón, que sólo cuestan la hechura y que llenan su objeto como figuras decorativas.

Y no quiero decir con eso que los dignos colegas que desempeñan el servicio sanitario marítimo falten á su deber; nada de esto, no son ellos los responsables de faltas que no quiero especificar. En primer lugar, ni en las universidades ni en ninguna parte se enseñan los conocimientos administrativos de sanidad que deben poseer; en segundo, no hay la estabilidad que fuera necesaria para que se dedicaran á adquirirlos con entusiasmo, y en tercero, ya lo he dicho, la retribución es mísera para el servicio que se presta.

Estos destinos, como los de los lazaretos, se conceden casi siempre por compromisos políticos y como recompensa á trabajos... electorales; verdad es que no puede ser de otra manera. Si hubiera un Ministro que se dirigiera á un médico—y no olvide el lector que hablo en hipótesis—diciéndole:

—Conozco tu aplicación y tus estudios sobre higiene pública y policía sanitaria marítima; sé que no ignoras el nacimiento, marcha, desarrollo y modo de propagarse de las epidemias; que has ojeado con fruto nuestras leyes y que posees todas las administrativas que á este asunto se refieren; que las análogas de otros pueblos no te son desconocidas; que te expresas en francés á la perfección y te dejas entender en otros idiomas; que tienes un carácter que no se doblega ante la amenaza, el halago, ni la dádiva; que tus conocimientos en las ciencias médicas son grandes, y que tu trato social ha de hacerte querer de los nacionales y extranjeros que estén sometidos á tus cuidados; en vista de todo, te nombro médico del lazareto de X. Allí te aislarás de tu familia, á quien no has de someter á un peligro constante que tú afrontarás sereno todos los días; me darás cuenta minuciosa de lo que observes, y escribirás Memorias utilísimas para gloria de la ciencia y provecho del país, que pagará tus desvelos... con tres mil pesetas al año.

Pues si hubiera un médico que reuniera todas aquellas condiciones—lo que también puede ser hipotético,—le contestaría inmediatamente al Ministro:

—Gracias, señor elefante, renuncio á tantas bondades y me retiro á la vida privada con todos mis honores.

***

Es preciso desengañarse: el hombre trabaja y se expone para labrarse una posición que cubra sus necesidades y sobre todo las de su familia. Gastar un capital en una carrera, consagrar sus juveniles años al estudio, para no recoger el premio de tantos sacrificios ó para verse míseramente pagado y con el alma en un hilo, temiendo á cada instante un cambio de gobierno y con él la cesantía, no puede entusiasmar á nadie para seguir con fe por un camino donde las espinas se cuentan por millones y las flores apenas se divisan. Los mártires podrán existir; pero es lo cierto que el género escasea.

Si queréis tener bien montado el servicio de sanidad marítimo, pagadle, y si no podéis, vale más suprimirle, ahorrando así unos gastos casi inútiles, y algo que más bien se parece, aun no siéndolo, á una farsa que á otra cosa.

—

Un médico joven, el Dr. Sáez Domingo, ha presentado un proyecto de reforma del cuerpo médico-forense, trabajo que ha merecido la aprobación del de Madrid y del Sr. Martínez Pacheco, padrino y protector entusiasta de la idea.

La Memoria de Sáez se divide en dos partes: la primera es un proyecto de organización en todos los juzgados, haciendo la historia desde el año 1855, presentando su lamentable estado actual y la base de recursos, más realizable ahora, que ya parece resuelto el traslado de la Dirección de Establecimientos penales al Ministerio de Gracia y Justicia. La segunda trata de importantes reformas en la organización que tiene el cuerpo médico-forense en Madrid, y desarrolla un razonado plan de régimen del nuevo depósito judicial de cadáveres, y organización de un gabinete-laboratorio central para trabajos de anatomía, micrografía, análisis química, formación de un Museo de medicina legal y de la estadística médico-jurídica, de tan útiles aplicaciones á la jurisprudencia y problemas sociales como el suicidio y criminalidad en general.

Aparte del mérito positivo de este trabajo, por su valer científico y por los conocimientos especiales que en él demuestra su autor, merece aplauso, porque bien puede ser un *ballon d'essai*, precursor de otras determinaciones que han de reportar grandes beneficios á la clase médica, y sobre todo á la buena administración de justicia. Sin embargo, esperamos que se publique íntegra para emitir un juicio más acertado acerca de este proyecto. Según nuestras noticias, el presupuesto general del Estado no ha de sentir su peso, apesar de nombrarse un médico forense para cada juzgado. Estos profesores disfrutarán un sueldo desde 1.500 pesetas en adelante, hasta 4.000 que obtendrán los de la corte.

El Sr. Linares Rivas, que recibió galantemente á la comisión que presentó el proyecto ha prometido estudiarle, mostrándose muy interesado en la reforma.

¡Dios quiera que sus intenciones no sean de las que está empedrado el infierno!

***

He dicho que el Sr. Martínez Pacheco es el padrino y protector de esta idea que puede favorecer á nuestra clase, á la que ha defendido siempre que ha tenido ocasión para hacerlo desde los bancos del Congreso.

Felicito á Pacheco con toda mi alma, porque la conducta del diputado santanderino contrasta muy mucho con la de otros colegas que se sientan en el Senado y en la Cámara popular, y que desempeñan en tan elevados sitiales el papel de los coros en el regio coliseo, sin cuidarse para nada de los intereses de la clase á que pertenecen.

Algunos de ellos, los senadores, han alcanzado tan honorífico título en concepto de médicos, y la Real Academia de Medicina y algunas Universidades no me dejarán mentir; pues por regla general esos señores que más que á su ciencia deben su elección á ser amigos del personaje B, á visitar el palacio X, y hasta haber dejado de pasar la cuenta de sus honorarios al Excmo. Sr. D. Q., no dan señales de su existencia más que en las votaciones, ni se cuidan de probar con hechos que son merecedores de tan señalada distinción.

Seguramente que no tienen ellos la culpa, sino los que dan sus votos como humildísimos borregos á quien señala cualquier personaje de influencia. Los favorecidos se pavonean más tarde llenos de vanidad con un cargo cuyo valor desconocen, y creyendo qne su obligación se reduce simplemente á soltar un *sí* más grande que una catedral, cuando alguien autorizadamente se lo indique, y miran espantados á los que con voz enérgica y espíritu recto como Pacheco, Encinas y algún otro, protestan de los abusos y de los atropellos que con la clase se cometen, y están dispuestos siempre á nuestra defensa.

Felicitemos á los que, con Martínez Pacheco, miran con tanto amor los intereses del país sin olvidar á sus compañeros ni á las sociedades científico-profesionales, y preparémonos con cencerros para el día tal vez no lejano en que de nuevo soliciten votos esos otros caballeros, muy respetables y muy dignos, si se quiere; pero que tan mala maña se dan como legisladores.

***

Sánchez Merino, el antiguo catedrático de esta Universidad; el Sr. Coll, de la de Barcelona; D. Angel Custodio de la Guardia, jefe decano de la Casa de Socorro del distrito de Palacio, y D. Vicente Luis Ferrer, secretario de la Junta superior de Sanidad de la Habana, han fallecido.

El Dr. Sangredo, que apesar de la crítica, quiere, estima y reverencia á todos sus compañeros, no puede menos de sentir hondamente la pérdida de aquellos dignísimos comprofesores, que mueren después de haber trabajado incesantemente, unos en la cátedra, otro en el penoso servicio de la beneficencia municipal, y el último en multitud de sociedades y academias y propagando la vacuna con decidido entnsiasmo en la más hermosa de nnestras Antillas.

Séales la tierra leve.

***

Muchas veces, hace años, al pasar por la calle de Barrio-Nuevo, tnve ocasión de ver en una tienda de telas á nn sér deforme, á un enano, que grotescamente vestido llamaba la atención de un buen número de transeuntes, cuyas estúpidas fisonomías retrataban, no la maldad, pero sí los efectos de nna grosera educación. Aquel reclamo viviente, objeto de las más denigrantes burlas, reíase al parecer satisfecho del éxito que producía en las masas ignorantes; el dueño de la tienda que explotaba aquel caso teratológico, obtenía el resultado apetecido; todos estaban contentos; á mí, tal espectáculo me producía indignación en primer término, y lástima después.

Quién sabe—me decía—si el hombre que explota la dignidad humana y el fenómeno que la vende, no se ven obligados, á pesar suyo, á tan ruin bajeza. La familia, las múltiples necesidades que se ocultan á la superficie, pero qne comprimen en el fondo del hogar como anillo de hierro; los hijos, que imperiosamente reclaman una edncación; el alimento que á veces falta; el hambre, en fin, impulsan á la humanidad por los más estrechos caminos. Por eso cuando llegan á mis manos, repartidos por las calles, esos papeles destinados, por lo general, á los usos más *comunes* de la vida, y en los que un médico pone su ciencia y su título al nivel del bazar de ropas hechas, ó de la liquidación forzosa

de sardinas averiadas, más que otra cosa, incítase mi compasión adivinando, tras las frases propias del charlatán de plazuela, todas las torturas del hambre y las mil angustias de un corazón que, no teniendo fuerzas para salir adelante con la majestad propia del sacerdocio médico, se ve obligado á tales expedientes en la lucha por la existencia.

Aprovechando estos días de festejos, se han repartido algunos de esos curiosos reclamos, cuya sola lectura hace sonrojar al que quisiera ver siempre á la Medicina y á la Farmacia en el lugar á que tienen derecho ambas facultades. No citaré nombres ni señas; las consideraciones que he expuesto más arriba, aparte de otras que no han de escaparse á la perspicacia del lector, me lo impiden; pero he aquí una muestra de dos que han circulado bastante.

Uno de ellos empieza:

«CONSULTA MÉDICO-QUIRÚRGICA

No equivocarce (*Aquí las señas*), Botica. No equivocarse.»

(Forma idéntica á los anuncios de las salchichas recién venidas de Extremadura.)

Es una consulta de enfermedades de la mujer, venéreas, sifilíticas y herpéticas, desempeñada—dice el anuncio—por dos profesores que han hecho estudio profundo de sus respectivas especialidades. Por un sentimiento de pudor—y esto lo digo yo—han ocultado sus nombres. Es lástima que después de tan profundos estudios renuncien á la inmortalidad.

Después de hablar de honorarios módicos y dar un mordisquito á las consultas de sus compañeros, termina el reclamo:

«No confundirse (*Las señas de nuevo*). No confundirse.»

El otro es más curioso todavía; desde luego se manifiesta en él más desenvoltura y menos aprensión; hay los nombres y apellidos y el... pero vean VV.:

«GRAN CONSULTORIO OFTÁLMICO

Bajo la dirección del reputado (*no le he oido nombrar nunca*) médico-cirujano señor... y don (*otro*)... conocido por el americano (*como si dijéramos* (a) EL CHATO).»

Viene después lo que en términos tipográficos se llama un bigote, y sigue:

«Así llamado por su larga y brillante práctica en los Estados Unidos (*que sea enhorabuena*) y en varias provincias de España (*como Alcorcón, Meco, Esquivias*, etc.), han establecido (*pero es usted uno ó dos ó es que falta un* de *más arriba*) en esta capital un gabinete de curación (*esto en letras muy grandes*), que puede competir con los mejores de Europa. (*¡Viva el rumbo!*)»

Dice más abajo:

«Nuestro procedimiento es completamente nuevo y desconocido en España; (*desdichadamente no es así, el anuncio anterior les probará á VV. lo contrario*), pues entre otros beneficios palmarios (*aquí viene lo gordo y en letras como castañas*), DEVUELVE LA VISTA AL CIEGO, sin que para nada hagamos uso del nitrato de plata y otros cáusticos que á más de los dolores que producen, dejan tras su nociva acción rugosas cicatrices...»

A qué seguir más; á qué hacer ningún comentario si todos nos los dan hechos esos señores. Además, que todo es inútil. Ni el lector ha de adquirir peor juicio que el que tiene formado del asun-

to, ni estos anunciantes han de variar de procedimiento, ni sus clientes han de seguir otro rumbo.

Porque hay una cosa de más difícil curación que el cáncer y la tuberculosis: *La estupidez humana.*

DR. DOGRESÁN.

LAS FIGURAS DE MI GALERIA

MÉNDEZ ÁLVARO

Si hasta el sol, con ser lo que es, tiene manchas, ¿cómo se ha de afirmar que D. Francisco Méndez Alvaro carece de defectos? Indudablemente que los tiene; pero sólo serían visibles estudiándole minuciosamente, como hacen los astrónomos con el hermoso Febo, y no son los momentos actuales los más á propósito para mirarle con otros telescopios que los de la admiración y del cariño.

Ni tengo espacio ni me puedo proponer en un esbozo hacer su biografía; por otra parte, nadie ignora que Méndez Alvaro no es ya un pollo, que cuando lo fué vistió el uniforme de Sanidad Militar, del que se cansó pronto, entrando en el Ministerio de la Gobernación, que ha sido oficial y secretario del Consejo de Sanidad; que fundó *El Siglo Médico* con Delgrás, Escolar y Nieto; que representó á España en la Conferencia de Viena; que fué diputado á Cortes, y que sin ser consecuente político, es político consecuente; que ha escrito muchas obras, y que es el padre de la Sociedad Española de Higiene; creo que es caballero Gran Cruz de... no sé qué—cosa á que no da importancia;—pertenece á infinitas sociedades sabias del extranjero, y en la actualidad preside la Real Academia de Medicina, en cuya elección sólo tuvo un voto en contra: el suyo.

Con esos datos se comprenderá cuan laboriosa ha sido la vida de este hombre, infatigable como pocos y trabajador como ninguno; muy pocos en España habrán escrito lo que él; pero por desdicha, la mayor parte de sus trabajos no llevan su firma.

Algunos desparramados en las columnas de la prensa en un período de cuarenta años, podrán adivinarse que son suyos por el estilo; pero los de más valía, aquellos innumerables informes despachados en y para el Consejo de Sanidad, son plumas vistosas destinadas á vestir en no lejano día á los cuervos literarios y científicos, y que han servido ya para engalanar la supina ignorancia y la estúpida vanidad de algunos gansos de tan pequeño vuelo como grandes pretensiones.

El que sólo conozca á Méndez Alvaro por sus escritos, siempre intencionados, y muchas veces incisivos, ó le juzgue únicamente por un trato superficial, se formará una idea muy distinta de lo que en realidad es el fundador de la Sociedad Española de Higiene. Tras aquellos escritos punzantes, tras su falso escepticismo, tras su risita volteriana, más picante aún que las frasecitas agudas y epigramáticas que le acompañan, se oculta la credulidad de todos los entusiastas y la sinceridad y buena fe del hombre honrado, cualidad que sobsesale en él más que otra alguna.

Su pluma es castiza, satírica y hasta sarcástica; ha nacido para crítico, y ha sabido serlo.

No son, pues, de extrañar los honores que para el día 9 se le preparan, á cuya manifestación no ha de faltar para que sea completa lo que—como dice Tamayo,—á todas luces es bueno: «los alaridos de la envidia.»

EL DR. NIETO Y SERRANO

Mirad bien la caricatura admirablemente ejecutada por Cilla, y que reproduce sus facciones mejor que la cámara fotográfica. Ese hombre que respira bondad y que tiene todo el aspecto de un burgués satisfecho de sí mismo, es un filósofo, y un filósofo médico de primer orden, que me es en extremo simpático á pesar de la opinión que tengo formada de los que piensan como Nieto y Serrano.

Sin poderlo remediar, con la filosofía médica me pasa lo que con el queso, un poquito después de una buena comida, no sólo me es necesario, sino que lo juz-

go indispensable para hacer una buena digestión; pero cuando abuso de este alimento, no sólo me produce *trastornos* inmediatos, sino que más tarde la piel se me cubre de diviesos.

El Dr. Nieto y Serrano ha puesto sus cinco sentidos en ese estudio, y juzga á los demás de muy secundaria importancia, siendo tan apasionado por él, que en la campaña de Africa, á cuyas operaciones asistió como médico castrense, escribió su *Medicina legal* en los momentos que robaba del descanso. Sólo á un filósofo empedernido pudiera ocurrírsele emprender trabajo semejante en aquella *oportunidad.* Tengo para mí que este libro ha de ser la obra favorita de su autor; no diré que no tenga mérito y grande; pero hablando con franqueza, el médico sacará siempre más utilidad de una sola página del *Arte de los Apósitos* que de las quinientas y pico de aquélla.

El Dr. Nieto y Serrano, que con Méndez Alvaro comparte la dirección de *El Siglo Médico*, es laborioso, castizo y fecundo escritor. Revelan sus obras un estudio, una erudición y una altura de miras, dignas de todo elogio; llevado en sus disquisiciones filosóficas por el terreno de la concordia, deslízase por una pendiente agradable.

Su *Patología general* se hace notar por lo bien que en ella se expone la reforma y su necesidad. El prólogo de este libro y sus dos primeros capítulos son de un mérito notable, y constituyen un campo donde algún patólogo eminente ha espigado sus mejores pensamientos. ¡Lástima que el resto de la obra no corresponda á tan digno principio!

De todas maneras, el Dr. Nieto y Serrano es uno de esos hombres que al final de una hermosa carrera, puede decir lo que muy pocos: no he sido un ente inútil á la humanidad.

LANCETAZOS CRÍTICOS

III.

Por una que nada era,
ni académica siquiera.
(Otro y yo.)

Atrevimiento y no flojo se necesita para que una señora como yo, se lance al mundo con la crítica de una obra monumental y seria, en donde se asegura, entre otras muchas cosas, que cuanto se dijo hasta hoy en asuntos de Medicina vale poco más que una higa, y que los médicos en sus cavilaciones no hicieron más que dar estocadas al vacío.

Dije atrevimiento, y sé que muchos lo calificarán de un modo más duro; pero no hay medio de retroceder, *alea jacta est;* me escudaré en mi sexo y en mis rectos fines para que nadie interprete torcidamente mis justos ataques á la fortaleza científica creada por Letamendi.

Y si apesar de todo, existen espíritus pequeños y recalcitrantes, que miran por la estrechura de su conciencia mi leal conducta y vituperan rabiosamente estas humildes observaciones, les dispensaré el favor de atenderlos cual si fueren racionales, y les diré que sus alabanzas continuadas é inconscientes son cien veces más abrumadoras que los juicios mesurados y las censuras justificadas; llamo en mi apoyo una de las moralejas que se desprenden del «Zadig» de Voltaire.

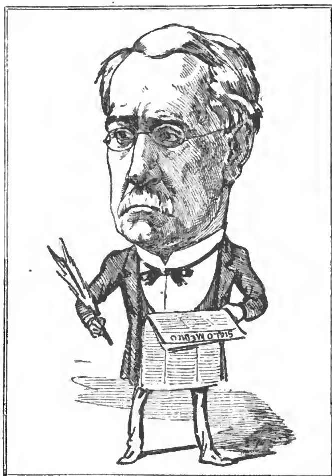
¿Es bastante que un libro proceda de un autor tan discreto como Letamendi para que le aceptemos con entusiasmo, sin pestañear y mano sobre mano? No y mil veces no. Tal proceder equivaldría á una renuncia solemne del criterio médico individual.

Herodoto, historiador ilustre, entre descripciones exactas y bellísimas, relegó á la posteridad fábulas increíbles y majaderías sin nombre; entre ellas, la de que los persas tenían unos cráneos tan blanditos, que se abollaban con el dedo. Hipócrates, el padre de la Medicina, dejó escritas sandeces muy gordas, y el mismo Platón aseguró, entre otras simplezas, que la tierra era un hexaedro y el agua un icosaedro.

Pues bien; si el Sr. Letamendi dista bastante de ser un Herodoto, un Hipócrates ó un Platón, ¿no habrá motivo fundado para creer que haya errado como aquellos varones?

Septem cadet justus; conque el que no

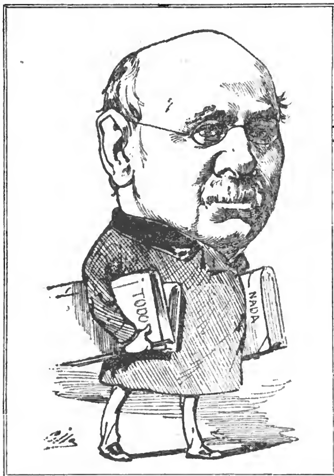
GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



MÉNDEZ ÁLVARO.

Trabajé sin descanso y con afán,
escribiendo á destajo más que cien
y aunque digan por ahí que lo hice bien
apenas si he ganado para pan.
Aquí, donde crecido premio dan
al ligero y brioso palafrén,
al escritor se mira con desdén
y al médico aventaja el charlatán.
De mi vida en el último confín
me preparan magnífica ovación;
ante este inesperado galardón
se cubren mis mejillas de carmín,
y agradecido asistiré al festín
aunque me cueste grave indigestión.

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. NIETO Y SERRANO.

Si quieres conocerme, escucha atento
y estas palabras por tu bien medita:
La unidad; lo concreto; lo absoluto;
realización y hechuras de la vida,
que es lo no apareciente, y si aparece,
de aparecer entera dejaría,
para ser NO, que es caso peliagudo
tanto como *los polos* de la misma.

....
....
¿Que no comprendes lo que voy diciendo
y á tanta claridad llamas enigma?.....
Apártate, infeliz; tú no mereces
los lauros de la augusta Medicina
ni que yo te regale los oidos
con mi filosofía.

sea perfecto, como indudablemente no lo será D. José, cierto que tendrá caídas y de importancia, apesar de sus fuerzas físicas y de su envidiable inteligencia.

Como que el hombre no es perfecto en sus obras, y por tanto los apasionados irreflexivos de Letamendi, antes que increpar nuestra crítica, deben recordar, si lo supieron, aquel sublime verso del esclavo Terencio.

Por lo demás, como que el mismo Letamendi propina una zurribanda descomunal á muchos autores médicos, con lo que demuestra que el *magister dixit* es letra muerta, nada tiene de extraño que sigamos el ejemplo.

Basta, pues, de satisfacciones y al grano.

Con letras muy visibles para que se graben en la memoria de los lectores, da el Dr. Letamendi en su *Patología* la siguiente definición: «La medicina es una institución profesional dedicada al conocimiento y régimen de la naturaleza humana, en tanto que susceptible de enfermedad y muerte prematura.»

Ese *en tanto* me hace el efecto de un pellizco.

En el análisis de esta definición, que el mismo autor establece á continuación, se trata de demostrar la veracidad de todos sus términos y el recto sentido de cada una de las palabras para que, andando los siglos, no se dé la gente de calabazadas sobre su genuina interpretación. Por lo mismo dice D. José que la Medicina es institución profesional, por cuanto los hombres que la ejercen, y desde antiguo forman estado civil tienen un modo de ser peculiar en sociedad, etc., etc.

A cualquiera se le ocurre esta pregunta: ¿si la cosa definida resulta como fotografiada, y las palabras de la definición se amoldan á los preceptos gramaticales, no serán viciosas tan extensas aclaraciones como estampa el autor? Si las aclaraciones son inútiles tras una buena definición, debió V. recordar lo que dijo Hoffman: *omne minium quia naturæ est inimicum effuge*; ó aquel precepto de Horacio que principia con *brevis esse laboro...*

Tendré, sin embargo, en cuenta, dichas aclaraciones al estudiar la definición, que será en seguida.

Ella resulta patizamba, jorobada é inexacta, como verá el lector, si no lo echó de ver en la primera ojeada.

Al asegurar el ilustre catedrático de Patología general que la Medicina es un conjunto de hombres colegiados, confunde lastimosamente la ciencia médica con los que la ejercen, lo cual creo yo que es un descuido imperdonable. Claro está que la Medicina, como ciencia, es una institución compuesta de principios, reglas, observaciones, etc., pero nunca institución compuesta de hombres que *se dedican al conocimiento*, etc., y esto último es lo que quiere el autor que se entienda, como palpablemente se nota desde el punto en que emplea el verbo *dedicar*, que supone actividad y voluntad, atributos que no se encuentran en la ciencia, sino en el hombre ó en la colectividad de hombres.

Más tarde veremos las consecuencias de esta confusión.

La palabra *naturaleza humana* siempre fué sinónima de persona, modo de ser, temperamento, carácter, la totalidad de los hombres, pero nunca lo que el autor quiere que signifique, esto es: el hombre y el universo en que vive, enferma y nace (pág. 41). De ser así, ¿quién va á dictar reglas para aquella parte de la naturaleza humana que está por fuera del organismo?

Suponiendo que esta palabra puede aceptarse según el criterio de Letamendi, ¿cómo se comprende aquello de «en tanto que susceptible de enfermedad y muerte prematnra?»

Pero es que la naturaleza hnmana no enferma ni muere: por lo mismo no se dice jamás «la naturaleza de Fulano murió,» «Perico de los Palotes recibió un balazo en su naturaleza.»

Estaría curioso un suelto en *La Correspondencia* que dijera: «ayer abofetearon la naturaleza de un quinto...»

Esta nueva interpretación de la palabra naturaleza me llena, sin embargo, de alegría, al considerar los adelantos científicos de que va á ser causa. La Me-

dicina se dividirá en dos secciones: en la primera se estudiará al hombre y sus enfermedades; en la segunda los aneurismas de la atmósfera, fracturas del oxígeno, disentería del orbe, puerperio de la luna, chancros del sol, porque los astros y los elementos forman parte de la naturaleza humana, y ésta es susceptible de enfermar y morir. ¿No es esto, D. José?

Sinteticemos. Teniendo en cuenta el sentido en que deben tomarse las palabras que constituyen la definición, según establece en el examen aclaratorio el eminente reformador, resulta que: Medicina es un conjunto de hombres colegiados que forman parte integrante del Estado, dedicados al conocimiento y regimen del hombre y del universo, susceptibles de enfermar y morir. ¿Han visto VV. cosa más rara ni ciempiés semejante en todos los días de su vida? Una definición semejante no se le hubiera ocurrido al que asó la manteca.

Suponiendo (y es mucho suponer) que la definición sea aceptable, es incompleta, porque en ella no se menciona el fin que persiguen los caballeros colegiados y se queda en el tintero el objeto final y útil de la Medicina, que es precaver, curar ó paliar las enfermedades, sin lo cual, por muy instruído que sea el hombre, no resultará médico ni mucho menos.

Ya me parece que el Dr. Letamendi está haciendo gestos despreciativos para la humilde autora de estos escritos, tratándola hasta de necia *inclusive*, porque no ví que en la palabra *regimen* se comprenden las reglas útiles al hombre en tanto que es susceptible de enfermar. Pues, no señor, no lo veo; una definición no debe ser un rompecabezas ó una fuga de pensamientos; debe dar una noción clarísima y exacta del objeto que se define. ¿Y cómo puede deducirse nada serio de una definición tan inaceptable?

Pavor me causa el considerar las objeciones tremendas que he de hacer á la obra de Letamendi, cuando en los primeros pasos se encuentran motivos para desaprobar gran número de sus razonamientos.

En las págs. 46 y 54 establece V. que el ideal de la Medicina es irrealizable...

En cuanto nos convencemos de que una cosa es de realización imposible, nadie que tenga sano juicio gastará sus fuerzas en alcanzarla, y sería una calaverada, una locura, pensar siquiera en el asunto. Supongamos (y me valgo de ejemplos, como V. ¡cómo se pega el estilo!), que un hombre con el fin de acostumbrarse á los golpes y convertir su cabeza en la más fuerte del mundo, se ensayara dando testarazos contra los guardacantones; pues todos diríamos que apesar de su ideal era un mentecato, por más que en sus ejercicios hubiera conseguido astillar piedras con el cráneo.

El verdadero ideal no consiste, como usted supone, en «hallar la cura cierta y pronta de toda enfermedad,» que equivale á buscar la inmortalidad de los seres, en la que éstos nunca pensaron, si se eliminan las delirantes elucubraciones de los nigrománticos sintetizadas en el célebre Claudio Frollo de Víctor Hugo. Yo entiendo que el ideal médico no puede fijarse, puesto que estriba en los ignotos y futuros alcances del progreso; lo único que puede decirse de él es que tiende á la mayor perfección y máxima utilidad de nuestros estudios y descubrimientos á la humanidad aplicados.

No queriendo dar gran amplitud á estos humildes artículos, no me ocuparé de los muchos y lozanos defectos que se notan en la obra reformista desde la pág. 55 á la 77; tampoco pienso ocuparme del *meollo* que según Letamendi tiene la ciencia, ni de aquello de que los conocimientos discutibles son extracientíficos, en cuyo caso debe ser muy exigua y problemática la cantidad de ciencia que contenga el libro del ilustre catalán, puesto que todo él, hasta las fórmulas matemáticas, han sido impugnadas con brillantez por personas peritísimas como Nieto Serrano, Turró, Rodríguez Méndez... pero no puedo pasar por alto la definición que de la Patología general apunta el sabio maestro señor Letamendi.

«La Patología general, dice, es la ins-

titnción médica que tiene por objeto la teoría de la enfermedad.»

En otro lugar nos dijo el autor lo que debe entenderse por *institución;* es á saber: una parte del organismo civil, una dignidad social, un conjunto de hombres colegiados qne desde antiguo forman parte integrante del Estado. Adelante.

Teoría, asegura el reformista barcelonés, que vale tanto como *conocimiento;* pero yo creo lo contrario, pues siempre entendí que la teoría puede ser falsa, verdadera ó discutible, en tanto que el conocimiento de nna cosa sólo puede ser verdadero; pudiérasenos objetar que el autor tomó la palabra teoría como antagonista de práctica, pero desde el pnnto en que el Dr. Letamendi incluye la clínica en el estudio de la teoría de la enfermedad y junto á la teoría de la convalecencia, de la muerte, etc., la objeción se derrumba por su propio peso, á no ser que desde hoy tomemos las palabras, no en el sentido que se las dió, sino en el que decrete el sabio reformista.

Después de lo dicho, ¿quién se atreve á comentar la definición? Yo no, pero me dan ganas de ponerla en música

para que baile un bolero
de coronilla, Santero.

En el primer fascículo de la obra que nos viene ocupando, me hizo mucha gracia y me hizo desternillar de risa aquella original pintura, aquel conato de árbol, que más parece un jifosnro ó un renacuajo que un vegetal. Cosa rara (estas cosas sólo se le ocurren á D. José); el arbolito tiene un tronco voluminoso, que representa á la Patología general y abulta más que el superior, que á su vez retrata á la Medicina en la plenitud de su esencia, como diría Pitágoras, cual si el autor quisiera con esta pintura decir á sus compañeros de claustro: sois unos *desinificantes;* mi asignatura es la más *gorda.* ¡Vanidosillo! Lo cierto es que la plantita en cuestión la regala el autor á sus lectores como antiespasmódica, por los malos ratos que con sus escritos les hizo pasar, y en este rasgo se muestra palpable la bondad y el talento de Letamendi, que conoce los efectos morbosos de su literatura y los paliativos *ad hoc.*

Lector querido, no vayas á creer por lo expuesto que la *Patologia* qne venimos estudiando carece de pensamientos luminosos y de ideas útiles y valientes, no; en cada una de sus páginas verás resplandecer el genio excepcional de su eminente autor y qne muy pronto tendré el gusto de señalar, á la par que sus defectos.

Por hoy, ceso en mi tarea para visitar á un caballero que está muy delicado.

LUSCINDA PROTOPLASMA DE SANGREDO.

BECQUERIANAS

El frontis coronando de San Carlos,
cuya fachada ha poco enrojeció,
sobre un bajo relieve en la cornisa
se encuentra un figurón.
Complemento del manto de granito
hay un niño, modelo de estupor,
y la figura con la diestra mano
empuña un culebrón.
A contemplar la estatua cierta tarde
se paró un profesor,
y «ese—decía—es el cabal emblema
de lo que enseño yo.»
¡Ay! es verdad; porque su ciencia infusa,
ciencia de mogollón,
Podrá estar en el puño... en cualquier parte.
¡En el cerebro, no!

—

En el viejo rincón de un archivo
entre el polvo y la vil telaraña
un proyecto que vió ya el Senado
durmiendo se halla.
¡Qué ilusiones despierta en los médicos,
como espera con mil y mil ansias
la soltera que no tiene un cuarto
quien quiera casarla!
¡Ay! pensé. Sanidad, tu proyecto
ha de ser alimento de ratas
si no tienes *algún fosforito*
que le diga: «¡Levántale y anda!»

—

Yo soy muy franco, no he de engañarte;
con fe sincera doy mi opinión,
si no te curo, no he de robarte.
—Vulgo: ¿me buscas?—No es á tí, no.

Cuando el enfermo pide mi ciencia
yo sus dolores palio hasta el fin;
no soy un necio, tengo conciencia.
—Vulgo: ¿me llamas?—No; no es á tí.

Yo chillo y charlo como ninguno,
pongo á mis cólegas de oro y azul;
saco al enfermo ciento por uno;
soy un farsante:—¡Oh, ven, ven tú!

Dr Ese.

LA POLILLA PROFESIONAL

... prorsus in facie vultuque vecordia inerant.
C. C. Sallustius.

¿Recuerdas, carísimo lector, el gracioso pasaje del libro de Cervantes en que D. Quijote da cuenta á su escudero de los caballeros que formaban aquellos imaginarios ejércitos convertidos en humildes carneros por los hechiceros envidiosos? Yo también voy á presentarte á un ejército de charlatanes y embaucadores que, para desdoro de la clase, recibieron el permiso de ejercer la profesión más noble y humanitaria.

Como verás, este capítulo no tiene más puntos de contacto con el célebre capítulo de Cervantes que el hecho de la presentación; pues yo no voy á tratar de caballeros imaginarios, de varones esforzados, de Miulinas, Pentapolines y Espantafilardos, sino de una trailla asquerosa de caballeros de industria, de una manada de intrigantes y rapsodistas reales y efectivos en todos tiempos, que merecieron ser apedreados en Egipto, denostados por Catón, escarnecidos por Moliere y satirizados por Quevedo. Sayones de la dignidad y del progreso médico, se nos muestran en el curso de la historia de forma diversa, pero en el fondo son los mismos bicharracos siempre, que no aspiran más que á destrozar la planta y devorar el fruto material de la profesión, no dejando más rastro en ella que el infecto de su baba. Ellos son la causa de nuestro atraso en el aprecio público; la rémora para nuestro bienestar colectivo y la espesa nube que impide que resplandezcan la justicia y el mérito.

Procuraré hacerlos desfilar ante tus ojos, caro lector, para que te entretengas aplicándoles el adjetivo que á cada cual corresponda, según tu leal saber y entender, y para que te guardes de ellos como de la peste bubónica. ¿Qué más puedo hacer en tu obsequio?

Si personalmente no conocieras á alguno de mis presentados, mira á tu alrededor ó da una vuelta por tu memoria, que pronto hallarás individuo que se le parezca.

Mucha pupila; ya empieza la revista.

¿Ves aquel caballero amojamado, escaso en estatura, en ambición grande, de bigote recortado como un cepillo, que gasta sin necesidad doradas gafas, que tiene abono en el Real, coche, buena casa y mejor mesa, que sopla por la nariz delatando su vanidad y que sabe de todo un poco menos de Medicina?

Es el Dr. Pedrusco, que sigue siendo una acémila; pero habla muy despacio, sabe consolar á las señoras tristes por la infidelidad de sus maridos, aconsejándolas como hombre experto la revancha; conoce los juegos de salón, los chismes del día, los perfumes de moda, es meloso y adulador. Con estas propiedades y su especial aptitud para ser un galeoto, ha reunido numerosa clientela y sendos patacones.

El grupo que capitanea no es numeroso por fortuna.

—

Ese otro que pasa es un farfantón intrigantuelo; se llama Fuentes-buenas. En sus mocedades era de los que se encontraban en todos los belenes estudiantiles; era muy aficionado á quitar, con mucho mimo, los pelillos de la levita de su maestro, del cuál se convertía en ayuda de cámara *gratis ad honorem*.

De inteligoncia escasa, pero muy cuco, minó cielo y tierra hasta conseguir un puesto secundario en un claustro; más tarde hizo oposiciones y el tribunal fué nombrado á su gusto. Los Generales A y B, el Marqués de la X y la Baronesa de C se encargaron de lo demás.

Educado en tales circunstancias, renuncio á decirte lo distante que do sus palabras están sus sentimientos y la desarmonía que existe entro su posición y sus méritos.

—

Otra imagen se descubre... Ahí le tie-

nes. ¿Quién le había de decir á ese barbero jalbegado que llegaría á viejo siendo millonario? Pues es la realidad, y sin embargo, escribe Madrid con hache y jumento con dos erres.

No pudiendo comprender los intrincados problemas de la Medicina secular, se llenó los bolsillos de glóbulos homeopáticos, y dijo para su capote: «la cuestión es vivir, y puesto que aún llego á tiempo al festín con que me brinda la preocupación vulgar, entreguémonos en brazos del *similia similibus* y *currant tempora*.» Y en verdad que ha vivido y caminado viento en popa. Es espiritista, nunca suelta un pronóstico ni un diagnóstico así lo empalen, convencido de que siempre se equivoca. Cuando principiaba á medrar le dió la mano el doctor H y el General G, á quien servía á ojos cerrados.

—

Aquí viene el grupito de los saltamontes vocingleros. Los individuos que le forman son como el peregil, se encuentran en todos los guisados.

No hay academia, sociedad ni redacción en que no figuren sus nombres, desde donde disparan sus conatos oratorios al paciente público.

Ellos escriben de todo; todo lo censuran; se consideran genios universales; reparten las dignidades y categorías á su antojo; tienen buen cuidado de retocar sus discursos y sus escritos; hablan siempre desde el Olimpo; reniegan del atraso científico, y sus conocimientos suelen estar en los resúmenes y en las guías de viajeros.

Estos son de los que después de un insignificante acto académico, se colocan en el pasillo de los teatros para exhibirse al público y decirle con mirada satisfecha y vanidosa: «tengo muchas facultades, soy muy sabio.»

Se dan casos de que el vulgo, con tanto oír el nombre de estos caballeros, les concede cierta popularidad y supremacía ficticias, que suelen durar si están apadrinados por algún hombre notable; pero lo más regular es que esta fama decaiga y muera, como le acontece á la hiedra en cuanto se derrumba el añoso tronco que la sustentaba.

—

¿Ves esos hombres cariacontecidos, raídos los más, mugrientos los otros, de barbas lacias y descuidadas, que caminan ensimismados y parecen anarquistas en el destierro? Pues son verdaderos anarquistas de la ciencia; mejor dicho, son parricidas, porque la dividieron á rajas.

Estos son los especialistas de mogollón; los que sin tener más títulos que los que á sí mismos se propinan en sus anuncios, que suelen pegar en los derribos, esquinas y columnas mingitorias, se proclaman hombres de genio excepcional en tovillología, ungüicología y únicos en la curación segura del cáncer, enfermedades crónicas, afecciones del codo, de la rabadilla y qué se yo cuántas cosas más.

Y los más derrotados son cabalmente los que mejor compiten con los Dulcamaras de plazuela, anunciando sus servicios á domicilio gratis, ó por un perro grande al mes. Este grupo es numeroso... Peor es meneallo.

—

Fíjate en el que va á la cabeza de ese nuevo pelotón. ¿No es verdad que su fachota recuerda á uno de esos campesinos embrutecidos y egoístas? Principió por aceptar una plaza de titular de aldea con todas las condiciones humillantes que el cacique quiso imponerle, y sumiendo en la miseria á un anciano que venía desempeñando el destino. A fuerza de adular al Bismark de aquel villorrio, de pronunciar discursos patrioteros y otros excesos, medró y fué alcalde. Una vez aquí, la fortuna encaminó sus pasos; comióse los fondos municipales y contrajo matrimonio con una campesina fea, pero con dinero. Por tomar parte en una rebelión, la chusma le aclamó por jefe, llegando hasta la Diputación provincial, en donde se hizo con pesetas en la cuestión de quintas.

Hoy habla de sí mismo cual si fuera un Cicerón, fustiga sin piedad la honra de los demás, renegando á todas horas

del atraso y de la inmoralidad de la clase...

—

Te presento al Dr. Anacoreta y al Dr. Trisagio. En materia de ciencia son dos fósiles; en su *modus vivendi* son gusanillos capaces de perforar el globo terrestre hasta encontrar «el pan nuestro de cada día.»

Picados desde jóvenes de misantropía, ganaron con su aire beatífico y sonrisa melosa, buen expediente y cargos de momio.

Si por casualidad desempeñan cátedras, no por haber demostrado aptitud, explican siempre lo que el día anterior ignoraban; la cerrazón de su mollera no les deja comprender las bondades del progreso; pero en cambio suelen ser puntuales en el cumplimiento material de su cargo y tienen grande habilidad para cobrar sus servicios profesionales.

Tipos como éstos son más numerosos de lo que debieran.

—

Hacia nosotros viene un abigarrado y compacto pelotón; lo componen los explotadores de la credulidad del vulgo. Caminan delante los pucherólogos inmundos, los farmacópolas que con sus brebajes y jaropes pretenden curar lo incurable y remediar la impotencia de un enuco. Todos te son conocidos y por tanto no me entretendré en nombrarlos.

No son, sin embargo, estos desdichados hijos espúreos de la ciencia los verdaderos criminales; son los que van detrás, los mediquillos que prestaron sus firmas para autorizar el negocio; por fortuna, son pocos y mal avenidos.

—

Aquí llega el regimiento de los cacos científicos; por su número más bien forman un ejército. Con seguridad que si Leónidas hubiera dispuesto de tantos hombres, no le hubieran vencido los persas.

Fíjate bien: aquéllos robaron á el Bernard; éstos á Robin y Broca; los de más allá despojaron á los clásicos; los de la derecha se anexionaron las ideas de Julin ó las de Peter; esotro se apropió el descubrimiento que hicieron sabios anatómicos. Todos te son conocidos; pero creo que echas de menos en este grupo ciertos personajes; no te extrañe, pasaron en grupos anteriores.

—

Tengo el gusto de presentarte á los traductores crueles, á los médicos araganes, á los que padecen fiebre de operar, á los sangradores sistemáticos... Pero no, no quiero proseguir; te supongo afligido con el panorama que rápidamente te he hecho mirar, aunque para mayor aflicción he de confesarte que aún quedan muchos tipos por exhibir. Quisiera tener poder bastante para arrojar del templo de la ciencia á latigazos á estos fariseos de la profesión médico-farmacéutica, que, de no existir dignos y sabios médicos, impulsarían á romper el título á tu humilde servidora

DRA. LUSCINDA PROTOPLASMA DE SANGREDO.

TOTUM REVOLUTUM

Sinceramente aplaudimos el decreto que sobre enseñanza publicó la *Gaceta* del día 23 de noviembre último.

En la imposibilidad de trascribir dicha ley, que nuestros lectores conocerán indudablemente á estas horas, nos limitaremos á decir que el actual Ministro de Fomento, Sr. Marqués de Sardoal, ha sabido interpretar en aquel decreto el deseo de la mayoría de los españoles. Bajo el principio de que todo ciudadano tiene derecho á instruirse, la ley del señor Sardoal satisface el derecho, y como al mismo tiempo en ella se dan disposiciones acertadas para evitar distinciones injustas en beneficio de las nulidades y de los pigres, resulta que el decreto que nos ocupa es de lo mejor meditado que hemos visto en materia de instrucción pública.

Esperamos que en la elección de programas, punto importantísimo, campeará el más imparcial y elevado criterio; si para entonces se pensara en dar la preferencia en P[illegible]logía general al programa de Letamendi, propongo que se

oiga la opinión sobre este asunto, de los Sres. Rodríguez Méndez, Crous Casellas, Turró y Luscinda Protoplasma.

***

—¿Conque usted es literato
y médico?
—¿Y por qué no?
¿O es que solo escribir puede
quien es en ciencia un melón?

***

Hemos recibido un ejemplar del *Almanaque humorístico médico quirúrgico*.

Agradecemos la atención tanto como el libro nos desagrada.

Extraño parecerá que un periódico satírico encuentre mal un almanaque humorístico; pero hay cosas tan subidas de color en este último, empezando por la portada y concluyendo por la mayor parte de los... atributos que adornan el final de muchos artículos, como dignos complementos de algunas frases del texto, que á la verdad nos ha causado malísima impresión.

Pero el disgusto ha sido mayor al leer los nombres de algunos colaboradores, que no queremos repetir aquí por compañerismo y por no aumentar la pesadumbre que á estas fechas habrán experimentado.

Lean, lean estos señores un artículo de Pulido, que se titula Honremos la clase; inspírense en aquellos levandos pensamientos, y consultando después con su conciencia, piensen el crédito que han podido dar á la medicina colaborando en el citado almanaque.

***

—D. Críspulo es un cirujano de primera fuerza.

—Ya lo creo—dice *un amigo*,—le he visto levantar cinco arrobas á pulso.

***

Sentimos mucho no poder complacer á las personas que nos suplican insertemos en el cuerpo de la *Revista* el *Boletín Bibliográfico*. El espacio material de que disponemos nos impide retirarle de la tercera plana de las cubiertas.

Corresponderemos á las inmerecidas frases que por este trabajo nos dedican, aumentando cada día su interés y dando noticias con la misma imparcialidad. Con las reseñas de las nuevas publicaciones inglesas, españolas, francesas, alemanas é italianas, alternaremos otras de la prensa médica de nuestro país, que amenizaremos todo lo posible.

***

—¿Qué me cuentas de Venancio?

—Ejerciendo en un pueblo.

—Pobre chico, era formal como pocos; pero prometía ser un imbécil.

—Pues lo ha cumplido.

***

De *La Correspondencia Escolar:*

«Precio de varios libros de texto que se venden (ó mejor dicho que están á la venta) en Madrid:

Programa de la asignatura de Terapéutica, 50 páginas escasas, 2'50 pesetas.

Apuntes de la asignatura de Higiene privada y pública. Primer cuaderno, de 80 páginas, 4 pesetas.

¡Y luego nos quejaremos de Camacho! Algunos catedráticos le dan *cienio* y *raya* en eso de impuesto sobre la *sal*.»

Apreciable colega: ¿quién dice que sólo están de venta esa clase de cuadernitos?

Se compran, sí señor, se compran y se pagan; hay más: hasta se pagan si no se compran.

***

—Doctor, le vengo á pagar,
ya que le debo la vida.
—Mil pesetas...
—¡Eso es mucho!
—Pues pague en lo que se estima.

***

Hemos recibido la visita del señor representante de la casa Burroughs, Wellcome y C.ª, de Londres, que ha tenido la bondad de entregar á nuestro gerente un ejemplar del *Libro azul* y una elegante caja conteniendo muestras de los medicamentos elaborados en la citada casa.

Agradecemos la atención y no podemos menos de confesar que dichos productos están elaborados con grandísimo esmero.

MADRID.—Imp. de M. G. Hernández, Libertad, 16.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

Romel.—*Manual acerca del análisis de la orina.*—El farmacéutico militar Sr. Pelegri ha traducido esta obra póstuma del profesor italiano, dándola una forma muy manuable y añadiendo, por su parte, algunas notas que demuestran su aplicación y estudio. Es este trabajo uno de aquellos que pueden sacar de apuros en momentos dados, que contiene—según dice el traductor, y es muy cierto—exactas y sencillas advertencias para que el clínico pueda formar desde luego juicio del examen de una orina y el farmacéutico pueda inmediatamente deducir su composición.

⁂

Flügge (C.).—*Fermente und mikroparasiten.*—Forma parte este volumen de el *Gran manual de Higiene* que se publica en Leipzig, bajo la dirección de Pettenkofer y Ziemssen. Divide el profesor de Göttingen su trabajo en cuatro partes, dedicadas á la historia de las doctrinas relativas, á la influencia de los micro-organismos en la fermentación, putrefacción y en la etiología de algunas enfermedades; á su morfología; á su biología, y á los diversos métodos de investigación. Las funciones de nutrición, asimilación, productos de secreción, la fisiología en fin de los micro-organismos, es curiosísima.

⁂

Hernández Fajarnés.—*Estudios críticos de Filosofía positivista.*—El primer volumen de esta interesantísima obra ha salido á la venta al precio de 8 pesetas. El autor consagra este primer libro á combatir las teorías de Héckel en todos los terrenos, para lo cual se esfuerza en amontonar contradicciones del autor de *La perigenesis de los plastidules;* atrae dichos contradictorios de Chanfard, Bernard y Virchow contra tales opiniones y emplea muchísimo los escritos de Balmes contra la Psicología celular. Hay que confesar, por lo que se desprende de la lectura del libro del catedrático de Metafísica en Zaragoza, que es persona estudiosa, que tiene afición á la histología; pero el libro en cuestión no lleva la convicción profunda al ánimo, y en determinadas ocasiones dedica extensas páginas á combatir ideas que no tienen ni con mucho la trascendencia y aceptación que el Sr. Fajarnés supone.

⁂

Wernicke.—*Lehrbuch der Gehirnkrankheiten.*—*Berlin, 1883.*—Se acaba de publicar el tomo III y último de esta magnífica obra, una de las mejores, y seguramente la más completa de las enfermedades del cerebro. No es posible que en este lugar, y dadas las condiciones de este Boletín, podamos hacer, no ya un análisis, ni siquiera el más ligero extracto ó resumen de las materias que comprende; nos limitaremos á decir que la obra del Dr. Vernicke arroja un gran número de datos que demuestran el estudio profundísimo que ha hecho de la cuestión. En *El tratado de las enfermedades del cerebro* abundan los casos prácticos que completan las descripciones sintomatológicas y las hacen más interesantes. Dada la importancia de esta obra, se traducirá muy pronto por completo al francés.

¡Pluma en ristre, *idiomicidas* españoles!

⁂

López Ocaña.—*Monografía sobre las enfermedades de los párpados.*—*Precio, 2 pesetas.*—El autor, que ha publicado otras monografías sobre asuntos de oculística, á cuya especialidad se dedica, no ha mostrado en la producción que nos ocupa aquel tacto, aquella profundidad de conocimientos que debemos esperar en todo el que publica un libro. Salva la intención, que es buena, sin duda, no podemos prodigar aplausos á un libro en originalidad escaso, confuso en el método y escrito sin la detención que todo asunto científico requiere. Y para que nuestro digno compañero vea en este juicio una opinión noble é imparcial, repase la arbitraria é incalificable división que establece de los neoplasmas palpebrales, la ligereza en los conceptos que de entidades establece, su deficiente etiología, y, con seguridad, reformará esta parte del libro, y tras de ésta otras varias.

⁂

Barduzzi.—*Dermatologia ossia avviamento alla studio delle malattie cutanee.*—Es una obrita la del práctico de Pisa que expone con gran claridad los conocimientos más indispensables para el estudio de la dermatología; dan más valor al libro una colección muy escogida de las fórmulas que se emplean en esta clase de afecciones. Las condiciones tipográficas son de lo mejor que hemos visto en estas publicaciones; forma un tomo en 8.° de unas 200 páginas.

⁂

Barabán (L.).—*Des résultats éloignes des résections des grandes articulations.*—Es un trabajo que merece ser leído por los operadores. El autor analiza con prudencia los casos en que cree útiles estas operaciones, y después de un estudio general de la cuestión, examina sucesivamente los resultados que se podrían esperar de las resecciones de cada articulación en particular.

EL Dr. SANGREDO

REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

Redacción y administración, Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO.	
Trimestre.....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año..........	10 »	Año..........	12 »	Año..........	18 »

Número suelto, una peseta.

Medios de hacer la suscrición.—Por nuestros corresponsales, donde los establezcamos, ó librando directamente á esta administración por el Giro Mutuo ó por letras de fácil cobro. Donde no hubiese estas facilidades, se podrán remitir sellos de franqueo en cartas certificadas.

Los autores ó editores que remitan obras profesionales tendrán derecho á un anuncio de ellas, sin que esto *comprometa á otra cosa* á la redacción, que sólo emitirá juicios críticos de aquellas que crea conveniente; por el contrario, tendrá verdadero gusto en adquirir con sus fondos propios las que lo merezcan, protegiendo así, y en la medida de sus fuerzas, el trabajo y la laboriosidad de los escritores médicos.

A los anunciantes.—La publicidad que ha de tener esta Revista—pues El Dr. Sangredo, cuando se mete en belenes es hombre que echa la casa por la ventana,—debe llamar la atención de los que se gastan su dinero en anuncios, muchas veces inútiles. Conque caballeros, fíjense VV. en las condiciones de esta publicación y vean si les tiene cuenta anunciarse en sus cubiertas. Sin embargo, bueno es tener presente que El Dr. Sangredo se reserva el no admitir á ningún precio cierta clase de anuncios que son un padrón de vergüenza para las clases médica y farmacéutica. Además, que sería inútil que sus autores emplearan en ellos sus recursos, cuando está decidido á darles publicidad *gratis* ¡y de buena manera!

En cambio, el farmacéutico ó el médico que invente ó descubra algo útil y no tenga medios de darlo á conocer, puede dirigirse á la administración y obtendrá de balde aquellas ventajas.

CENTROS DE SUSCRICIONES EN MADRID

PRINCIPALES LIBRERÍAS

PROVINCIAS

CENTROS DE SUSCRICIONES

Albacete......	D. Eduardo Arcángel, droguería.	*Madrid*.......	Librería Gutenberg, Príncipe.
Alcoy.........	D. Antonio Jimeno.	*Mahón*........	D. Antonio Sintes.
Barcelona.....	López, editor. Rambla del Centro, núm. 20.	*Oviedo*.......	D. Juan Martínez.
		Salamanca....	D. Manuel Hernández.
Bilbao........	Señora viuda de Delmas.	*San Sebastián*.	D. Luis de Rubinat.
Cádiz.........	D. Manuel Morillas.	*Santa Cruz de Tenerife*....	D. José Benítez.
Cartagena.....	D. Vicente Velázquez.		
Ciudad Real...	D. Ramón Clemente Rubisco.	*Sevilla*........	D. Tomás Sanz, Sierpe, 92.
Córdoba.......	D. Manuel García Lovera.	*Valencia*......	D. Francisco Aguilar.
Coruña........	D. Vicente Naveira.	*Valladolid*.....	D. J. Montero.
Ferrol...... .	D. José Mariano Abizanda.	*Zaragoza*......	D. José Maynou.

Toda la correspondencia á D. Antonio García Hidalgo, Atocha, 143, piso 4.°

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

A LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO I. MADRID 16 DICIEMBRE 1883. VISITA 4.ª

SUMARIO

TEXTO: Algo de la quincena, por el *Dr. Dogresán*.—Las figuras de mi galería.—Lancetazos críticos, por *Luscinda Protoplasma de Sangredo*.—Villancicos poliglotas, por el *Dr. Ese*.—El banquete en honor de Méndez Alvaro, por el *Dr. Sangredo*.—Un hecho histórico, por el *Dr. Andrés*.—Totum revolutum.—Boletín bibliográfico (cubierta).

GRABADOS: Dr. Benavente y Dr. Castelo, por Cilla.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

Calle de Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
Trimestre.....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año..........	10 »	Año..........	12 »	Año..........	18 »

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16

1883

NUESTRAS FIGURAS

PUBLICADAS HASTA EL DÍA

Dr. Santero (papá).
Dr. Encinas.
Méndez Alvaro.
Benavente.
Calleja.
Dr. Letamendi.
Dr. Creus.
Dr. Nieto y Serrano.
Dr. Castelo.
Maestre de San Juan.

A éstas seguirán en los números inmediatos los personajes que á continuación se presan, y cuyos *clichés* están ya concluídos:

Federico Rubio.
Bustos (Marqués del)
Cortezo.
Amalio Jimeno.
Rodríguez Méndez.
Etc., etc., etc.
Ustáriz.
Gine y Partagás.
Fernández Losada.
Carracido.
Vilches.

Como el orden de factores no altera el producto, podremos variar el arriba expuesto, haciendo toda clase de combinaciones y aumentos, para dar la mayor novedad é interés á esa parte de nuestra publicación.

ADVERTENCIA

A nuestros corresponsales.—Suplicamos nos remitan quincenalmente y con la oportuna anticipación á la salida del periódico, los nombres de los señores suscritores, á fin de que no experimenten éstos retraso en el recibo de sus números, y que nos remitan los ejemplares sobrantes del primero y segundo para no cargárselos en cuenta.

Quedando muy pocos ejemplares del primero y segundo número, sin embargo de la considerable tirada que nos hemos visto obligados á hacer, rogamos á los señores que se suscriban de nuevo manifiesten si tienen ejemplares de los citados números, y que aquéllos que los hubiesen recibido y no piensen suscribirse, tengan la bondad de devolverlos. Favor que agradeceremos profundamente.

Por las razones indicadas, se suspende la venta de dichos números, á excepción de los pocos ejemplares que hay en poder de los libreros, que no recogemos por atención á éstos.

El Administrador.

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO I. MADRID 16 DICIEMBRE 1883. VISITA 4.ª

ALGO DE LA QUINCENA

Bendito sea Dios una y mil veces, que me ha dado una naturaleza capaz de resistir á mis años las comilonas y festejos á que he asistido en los días mediados desde mi visita anterior á la presente.

En una misma noche tuve que personarme, acompañado por mi cara mitad, en la recepción que preparó el Ayuntamiento de Madrid en obsequio al Príncipe Federico, y en otra más modesta, pero mucho más agradable, que ofreció á sus amigos nuestro colega el Dr. Osio.

A la primera no fuí como periodista, que no acostumbran nuestros ediles invitar á la prensa profesional, á quien siempre se ha mirado en España con singular desvío. Es cosa que, después de todo, debemos agradecer, porque nos ata menos y podemos decir las verdades con más claridad y sin consideraciones de ninguna especie y que aumentará el valor de nuestros aplausos cuando tengamos ocasión de prodigarlos á los médicos y farmacéuticos que forman parte de la corporación municipal, que con un desinterés tan grande como su patriotismo dedican á los asuntos públicos un tiempo precioso, que otros, más egoístas que ellos, emplean en el cuidado de su clientela y en la asidua atención que al parecer reclama una oficina de Farmacia á los pusilánimes que ni por horas se atreven á dejarla en las manos, muchas veces profanas, de los practicantes.

Un edil, á quien Luscinda prodiga con esmero su asistencia médica, nos facilitó la entrada en el palacio municipal, elegantemente trasformado y radiante de riqueza y hermosura.

¡Sinécdoque se llama esta figura!

Era tanta la confusión; era tan grande el contenido para el continente, que mil veces temí por mi Luscinda, cuyo estado me tiene en la más continua inquietud. A la nna de la noche se abrió el *buffet*, al que se lanzaron con tal ímpetu los invitados, que se me representó á lo vivo lo que puede ser una invasión de cosacos del desierto, de aquellos á quienes canta Espronceda:

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín...

Con lo dicho, pueden VV. comprender qne renuncié gustoso al maná que prometía el *menú* de Lhardy, y tomando un coche, nos encaminamos á casa del amigo Osio, llegando en los momentos en que su recepción ofrecía el aspecto más brillante.

Cuantos sepan las relaciones de amistad qne me unen con el distinguido oculista, habían de creer interesados mis elogios, tanto á su amabilísima señora como á él, y los suprimo; pero no puedo menos de hacer público mi agradecimiento á mis buenos amigos Cortezo, Benavente, Viguri, Pulido y otros médicos concurrentes á la fiesta por las muchas atenciones que les mereció su comprofesora y mi amante esposa Luscinda Protoplasma, que, á la verdad, aquella noche estaba arrobadora.

Hubo música y baile; se cantó y se recitó, haciendo gran papel Javierito Santero, que, como mi señora, estuvo también arrobador. Con el violonchelo y al piano se distinguieron los Sres. Zúñiga y Undarruaga y la Srta. Osio cantó un zortzico en medio de los mayores aplausos. El anfitrión probó que lo mismo baila el vals venezolano que opera una catarata, y por último, cuantos concurrieron á tan agradable fiesta demostraron con su contento la esperanza de verla repetida.

En el *buffet* reinó más orden y compostura que en el del Ayuntamiento, y yo disfruté de un jamón con huevos hilados que hizo mis delicias.

Á última hora, una señorita cuyo nombre siento haber olvidado, cantó unas peteneras con voz tan dulce y melodiosa, que me hizo recordar con pena mi estado civil.

***

Como VV. supondrán, no falté el siguiente domingo al banquete celebrado en honor de Méndez Álvaro, del que doy cuenta en otro lugar y al que no pndo concurrir mi dulce compañera, por razón de su sexo.

Cosas muy peregrinas se oyeron en tal concurrencia, y como siempre que estas reuniones se verifican, hubo de todo, aunque la verdad me obligue á decir que abundó más lo bueno que lo malo y qne no hubo notables incongruencias.

Como se esperaba, faltaron algunos compañeros, cuya ausencia no tenía otra razón que la *decidida voluntad* de no estar presentes. Prescindiendo de la personalidad del obsequiado, bueno es conocer á los que sacrifican á pequeñas miserias actos cuyo principal objetivo es el engrandecimiento de una clase determinada.

Yo me explicaba perfectamente el alejamiento de algunos á quienes Méndez Álvaro, cumpliendo con el triste pero inflexible deber del crítico, ha tenido que poner el cuerpo más suave que el cordován; tampoco me extrañaba la ausencia de aquellos envidiosos cuyo pequeño corazón les hace huir de todo lo grande,

de todo lo noble, de todo lo desinteresado; creía muy lógica la conducta de otros, ambiciosos vulgares, cuyas pretensiones son tan grandes como escaso su valer, y qne ocultan su ignorancia con una seriedad tan grave y tan muda como la del asno; lo que todavía no me acierto á explicar es qne no asistieran, ni en último caso firmaran en las hojas del álbum, unos pocos, muy pocos, contadísimos, que por sus méritos, ciencia y trabajos, podrían ser, andando el tiempo, objeto de iguales ó parecidas manifestaciones á la qne dejaron de asistir.

¡Pobre humanidad! ¡Cnán peqneña y miserable eres!

Por lo demás, el brillo de la fiesta no perdió nada con ello, y libró á los comensales de observar en diciembre gestos de viernes de Pasión.

***

Los estndiantes de algunas Universidades andan algo alborotadillos, según leemos en la prensa de provincias, y en algún punto como en Barcelona se han entregado á desórdenes censurables. Pero creo que estoy calumniando á la clase más noble y generosa de la nación; porque así como no tengo por médicos á todos los que pueden presentar un título profesional, tampoco considero estudiantes á todos los que están matriculados en las Universidades.

¿Ni cómo pueden envanecerse con tan honroso título los qne provocan escándalos en las clases en lugar de emplear su tiempo en el estudio? ¿Qué estudiantes son esos que silban al catedrático y convierten el local donde deben adquirir su instrucción en circo taurino? ¿Qué amor á la ciencia demuestran los que exigen se cierren las clases anticipadamente?

No; esos no son estudiantes. El estudiante podrá ser alegre, decidor, calavera, todo menos mal edncado; y los que á tan censurables desmanes se entregan, dan pruebas claras de carecer de los principios más elementales de cultura.

El Dr. Sangredo siente la manifestación de que, por dirigir amargas censnras con este motivo, fué víctima *El Diluvio*, periódico de Barcelona, ante cuya redacción una turba de cafres produjo un fuerte y ruidoso escándalo.

Por desdicha, no son solo los de provincias los que de tal manera se señalan; he aquí lo que dice *El Globo* correspondiente al día 13 del actual:

«Llamamos la atención de los delegades de la autoridad civil sobre el escándalo que nos dicen verifican diariamente á la puerta del Ministerio de Fomento unos muchachos que se titulan estudiantes, los cuales se sitúan allí al mediodía para silbar y sonrojar con palabras deshonestas á las señoritas de la clase de dibujo del Conservatorio de Artes.»

En efecto: unos cuantos alumnos del preparatorio de Medicina y Farmacia, no contentos con armar algazaras y dar silbidos en las cátedras, llevan á la calle el ruido y el escándalo. Muchos de sus compañeros, la mayor parte, están avergonzados de su conducta.

En honor de los verdaderos estudiantes, es preciso que desaparezcan para siempre tales alborotos, lo que se conseguiría á mi juicio no haciendo obligatoria la asistencia á las cátedras, suprimiendo el pasar lista, y como consecuencia lógica, haciendo que los exámenes de fin de curso sean una verdad. De muchas de estas algaradas tienen la culpa los profesores, que por no alargar el

tiempo dedicado á la prueba del curso, hacen nna parodia, que otra cosa no son los exámenes que en la actualidad, salvo raras excepciones ,se verifican.

Este mal, que es siempre de graves consecuencias, es de importancia suma en las facultades de Medicina y Farmacia, en la primera sobre todo. Conceder aptitud para ejercer nuestra profesión á aquel cuya suficiencia no está claramente definida, es más inmoral que extender una patente de corso, y es caso que en buena jurisprudencia debe estar incluído entre los delitos que se conocen con el nombre de imprudencia temeraria.

Por los exámenes á la ligera, se ven médicos á quienes el vulgo apellida *matasanos;* licenciados y doctores que no saben extender una receta en debida forma, y que expiden certificados como los que publica en su folletín la *Revista Médica de Sevilla*. Esa gente es un padrón de ignominia sobre nuestra clase, una plaga donde se presentan, y deben ser un remordimiento continuo para los jueces que los calificaron y en quienes ha de recaer siempre la responsabilidad de los actos qne snjetos tan ineptos ejecuten.

***

Tan dignos de censura como son los individuos á que antes me refiero, son dignos de compasión algunos médicos de partido qne se ven obligados á vivir á las órdenes de un caciqne tan déspota como bárbaro.

Un médico que ejerce en un pueblo de Valencia ha recibido un oficio del alcalde, donde se le comunica que el Ayuntamiento ha resuelto scpararle del cargo, por tenerse noticias de que se ha graduado de doctor.

¡Valiente alcalde y valiente concejo!

Me los figuro al rededor de nna mesa sobre la qne se ven entre sncios expedientes, un par de jarros cnyas enormes panzas contienen el negro peleón, no tan oscuro como su inteligencia, en el momento de tomar la resolución de despedir al médico por el enorme delito en instruirse y de adquirir un título, qne no es el de herrador para emplearle de tan salvajes seres.

Con seguridad que algún reacio para firmar la destitución se le habrá tapado la boca con la concesión de una *herbaseria* para proveer de alfalfa á tan ilustre Ayuntamiento.

DR. DOGRESÁN.

LAS FIGURAS DE MI GALERIA

EL DR. BENAVENTE.

1 De un doctor en... cuquería,
escnchad la biografía.

2 Nació en el suelo murciano
Benavente... (don Mariano).

3 A su nodriza ¡qué impulso!
mamando tomaba el pulso.

4 Estudió con afición
en sí mismo el sarampión.

5 Se diagnosticó la angina
al pasar la escarlatina.

6 De muchacho sus diabluras
fueron jugando... hacer *curas*.

7 En busca de mejor norte
se vino luego á la corte.

8 Donde hizo estndio profundo
de Medicina y... de mundo.

9 Tanto en éste se aplicó,
que á poseerle llegó.

10 Y doctor se hizo en un día
en ciencia y *mundologıa*.

11 Fué á ensayarse en un partido,
mas pronto dejó aquel nido.

12 Que rosquillitas con... hiel
no se amasan para él.

13 Y se coló en buena lid
en la Inclusa de Madrid.

14 Hallando en la casa-cuna
la clave de su fortuna.

15 Como médico-escritor
fué del *Siglo* redactor.

16 Merced á su sabia escuela
adquirió gran clientela.

17 Sobre todo los chiquillos
le llenaron los bolsillos.

18 Fué su práctica afamada
por curar con poco ó nada.

19 De los muchachos los duelos
quebranta con caramelos.

20 Pero es tan seco y adusto,
que á cualquiera le da un susto.

21 Figura entre los poetas
(de los que tienen pesetas).

22 Como pocos en verdad
sabe su especialidad.

23 De ella debía escribir,
pero le escuché decir:

24 —Lo que necesito sé,
el que venga atrás que arrée.

EUSEBIUS CASTELUS

Dei gratia, peritisimus vir in morbo gallico curacione, vel napolitano, vel indiano, vel tudesco, sive infirmitas nefanda, &, &, &. (1)

Cum iste apreciabilisimus homo, conceptus fuisset in Segoviam, non homo nec sapientisimus nascit, sed etiam puer mocosus et traviesus; clarum, cuale alterum cualquieram. Hodie, juvenis imberbis non est, quia dies multa per sua cutis sunt pasata; sed non en baldis quia sabibit conquistare fortunam pro labore ingenioque suo.

Santi Joani Dei, Director, nomen sui crispat nervium quorum infirmus Dea Venus se credent; *ultima ratio* in cuestione sifilitica est ille. Non faltabat magis; melius sondat cuam un buzo... Dum posset eruditio multa, stientia vastague, scitque scribere, colaboravit in *Siglo Medico* (sicut mayoriam hispaniorum), sed benè, pulchrè et rectè.

Castelus non est condicio *pecora quæ natura prona atque ventri obedientia finxit;* sed *velay*, nullum de provechum feci benefitiô scientia et medicorum; cuale Benavente, nulla formale opera medica scripsit, quia numquam potrebo tenere como á tale, la colectione *de estampitas* ab illo donata embrionarium museum Santi Joani Dei. ¿Quare? Per vagantia, egoismus, per metu á Luscinda... et per estare tota nocte in cursi Café se atiborradum almidonis et bellotis emulsione.

Ne cogites plus tuo bolso repletoque et librum unum da, ad ilustracionem mortalibus ceteris.

¡Perezosus! ¡Ingratus!

(1) Como esta figura es amante de los clásicos latinos, escribo su silueta en latín de *morbosa elegancia* para complacer así las aficiones de este miembro de la *Veterana*.

LANCETAZOS CRÍTICOS

Por una que nada era,
ni académica siquiera.
(Otro y yo.)

IV.

Vamos á ver, Sr. D. José Letamendi: ¿qué necesidad tenía su merced de mo-

lestar al reverendo padre Fita y al doctor Sentiñón, ni de hojear una porción de diccionarios para decirnos en dos docenas de lenguas y dialectos cómo se llama *la enfermedad?* Con decir que en todo pueblo existieron siempre, una ó más voces sinónimas de la voz griega *patos*, bastaba, y aun esta advertencia huelga por sabida. Yo creo que para deducir la consecuencia de que el vulgo en todo tiempo y país tuvo frases para denominar el estado patológico, no se necesitaba martirizar ni distraer al alumno con una serie de palabras revesadas, que, á lo más, podrá aprender de rutina y servirá para que se le tache á V. de erudito á la violeta, cuando tan distante está de ello. Y vamos á ocuparnos de la parte principal del libro.

Lector querido, ¿viste alguna vez elevarse un globo ante un público numeroso? ¿Presenciaste la caída de una bomba en medio de apiñada muchedumbre? ¿Te fijaste en el profundo silencio de revoltosos batraceos al sumergirse estruendoso un peñasco en las vidriosas aguas del estanque? Ni la admiración de los espectadores, ni el pánico de la muchedumbre, ni el silencio de las asustadizas ranas son nada en comparación con el efecto que la celebrada fórmula de la vida produjo entre los médicos españoles. No parecía sino que ésta paralizó los corazones y las inteligencias de los médicos, que, dejando de ser lo que siempre fueron, se encerraron en un silencio hostil y esperaron con recelo el venir de los tiempos.

Hoy, después de trascurridos algunos años, escritores de reconocida y envidiable reputación ya se atreven á conmover con el ariete de la crítica la obra hasta hoy inexpugnable del Hércules de la patología contemporánea. Este amilanamiento ante ideas tan trascententales expuestas con brillantez desacostumbrada, revela, pura y simplemente, una victoria inmensa, desconocida en la historia de la ciencia y una absoluta carencia de conocimientos de cierta índole en la mayoría de los médicos; me alegro sinceramente por el Dr. Letamendi; deploro la segunda conclusión y espero que dentro de poco no será cierta. Y esta es la ocasión de manifestar públicamente el orgullo que siento por que el Dr. Letamendi sea español, la admiración que me merece su vastísimo talento, su poderosa imaginación y originales ideas, y por fin, el respeto que me causa su notable obra, que, apesar de sus defectos, como todo lo humano, está llamada á formar época en nuestra ciencia y á dejar tras sí una estela imborrable, cuyo brillo hará recordar á las generaciones futuras el laudable propósito de su autor y sus dotes excepcionales.

Hecha la declaración anterior, que aún no retrata ni con mucho, el concepto que del talento de D. José Letamendi tiene formado esta humilde escritora, prosigamos con nuestra tarea, con el examen de la fórmula de la vida.

Paréceme, señores, lo más natural del mundo, al fundar una definición complicada de suyo, y de suyo difícil como es la de la vida, valernos de las meditaciones y trabajos de los más eminentes varones que nos precedieron, y de ningún modo considerar á éstos como unos peleles ó poco menos, acudiendo tan sólo á la turbia fuente del concepto vulgar. Porque en materia de ciencia, yo entiendo que siempre será preferible buscar la norma en la síntesis de los conceptos ilustrados, que en la síntesis popular, siempre imperfecta, muchas veces extraviada, y que cuando algún valor encierra es porque retrata, más ó menos fielmente, una creencia científica.

Como que el vulgo rara vez se toma el trabajo de desentrañar por medio del raciocinio el por qué de los fenómenos. Y si no, pregúntesele qué sea una estrella, qué el rayo, lo que entiende por conciencia ó por *yo;* pídasele la definición de la metafísica ó lo que entiende por planeta terrestre, y veremos cómo nada contesta, ó suelta un disparate, y en caso contrario, hablará por boca de ganso, esto es, repetirá conceptos científicos ó religiosos que llegaron á vulgarizarse. El vulgo dió nombre á fenómenos, ideas ó funciones para entenderse, pero no por esto debe creerse que conoce á punto fijo la significación esencial

de lo que designa con sus voces. Lo que hay es que el Dr. Letamendi pone en boca del vulgo conceptos en los que nunca éste pensó. ¡¡Como que el pueblo soberano va á saber si la vida es ente ó acto, y, por tanto, un caso particular del movimiento; si depende de dos factores ó de dos mil!!

Estos conceptos nacen de V., de su privilegiada inteligencia, por más que usted le cuelgue el mochuelo al pobre vulgo. Si fuera posible reunir en *solemnidad*, como V. quiere, una asamblea popular, y le diéramos la misión de definir la vida, con seguridad que á ninguno de sus miembros se le ocurriría la definición de V. Unos dirían, los más prudentes é instruídos, que no sabían lo que vida fuese; otros tomarían los fenómenos resultantes de la vida como á tal; quién aseguraría que la vida es no estar muerto; aquél que era el soplo ó la voluntad de Dios; otro que la sangre era la vida... total, un caos en el que podríamos ver la influencia de las opiniones científicas ó de las creencias religiosas de todos tiempos. Y no otra cosa debiera acontecer, toda vez que el concepto de vida es complejísimo y sólo alcanzable tras estudios profundos y constantes.

Diga V., caballero vulgo: ¿qué entiende V. por Química?—El arte de quitar manchas y hacer juegos de manos.—¿Qué es péndulo?—Un chisme que anda para acá y para allá.—¿Qué es vida?—Todo lo que se *menea*.—¿Qué entiende por cuerpo humano?—Un baúl con patas.—¿Y por médico?—Un caballero vestido de negro, generalmente, que vive del mal del prógimo.

Valiente ciencia saldría de todo esto. Si V. mismo, apesar de su vasta instrucción, ignora tanto, aunque mucho menos que yo, ¿qué le sucederá al vulgo, que siempre tuvo fama y hechos de necio?

Sólo que V. en su afán de reforma sería capaz de poner en verso una levita venida á menos. Pero es que en la reforma del Dr. Letamendi no todo es original, ni mucho menos, según presumen sus entusiastas. Lo que hay es que tiene sorprendente habilidad para engalanar las ideas con el ropaje de la novedad, lo que voy á demostrar rápidamente en forma de paréntesis engastado en el asunto de la fórmula de la vida, que es nuestro principal objetivo.

La idea de llevar el método matemático al estudio de nuestra ciencia ó el deseo de explicar los fenómenos biológicos por medio de los conocimientos matemáticos, es muy antiguo. Sin hablar de Pitágoras y Platón, cuyos sistemas filosófico-matemáticos son conocidos, es sabido que en los siglos XVII y XVIII existieron los yatro-mecánicos y yatro-matemáticos, que dieron grande importancia á los conocimientos de donde tomaron el nombre. Borelli hizo concebir la esperanza de que algún día se representarán con *fórmulas algebraicas todas las combinaciones de la fuerza vital y todas las reglas del arte médico*; participaron de esta opinión Bellini, Baglivio, Sauvajes, Senac y otros muchos, entre los que debemos citar al inglés Piteairn que, en su afán por la aplicación de las matemáticas á la Medicina, se propuso resolver este problema: «Dada una enfermedad, hallar el remedio.» Sabido es que Borelli, antes citado, profesor de matemáticas en Pisa, explicaba por medio de teoremas muchas cuestiones fisiológicas.

El concienzudo y meritorio prefacio de la *Patología general* del eminente escritor Sr. Nieto y Serrano, es un manantial de donde nacen muchas de las ideas principales de Letamendi. Allí se proclama con brío la necesidad de la reforma y el carácter rigoroso, preciso, matemático, perenne de la Patología; allí se encuentra el concepto del hombre como unidad indivisible, como totalidad viviente; allí se proclama la necesidad de la integración como complemento necesario al estudio analítico; expónese allí, lo inconveniente de los métodos exclusivos, de los sistemas personales y de las teorías celularistas; allí se habla de las categorías características de la enfermedad y cuyo estudio se emprende subjetiva y objetivamente, como idea y como hecho concreto y va-

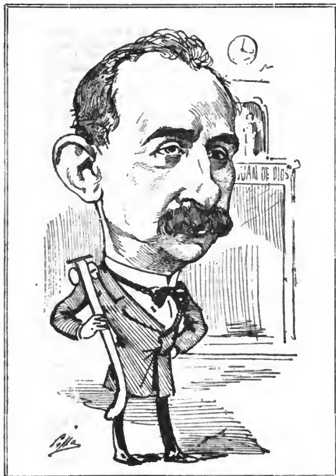
GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. BENAVENTE.

Billrroht en oncología,
en la clínica Trouseau,
Argumosa en cirujía,
Pasteur en histología,
curando mocosos yo.
Tengo un ingenio sutil,
soy sagaz como ninguno,
de ciento puedo hacer mil;
y para la edad senil
no he de temer el ayuno.
Tan dichoso como listo
al morir no tendré duelo;
seré en la gloria bien quisto...
¡No hay santo que haya provisto
de más ángeles el cielo!

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. CASTELO.

Soy poeta, y de una lira
pudiera arrancar primores;
pero ¡ay! parece mentira...
en vez de cuerda que inspira
mis manos tocan... ¡horrores!
  Especialista de fama
dicen que soy y tal creo,
porque hice más de un ojeo,
desde la arrogante dama
hasta el pobre sucio y feo.
  Mas tengo gran desazón
desde que á una chula oí
decir á un chulo:—¡Tú á mí!
Premita Dios ¡so pendón!
te coja Castelo á ti.

riable, ideas todas vertidas en la moderna obra de Letamendi.

Para no hacerme pesada, diré que en el cap. II de la *Patologia* de Nieto Serrano, se encuentra bastante bien moldeada la definición que de sér viviente da el Dr. Letamendi, toda vez que dice: «El hombre es un cuerpo que se forma y desforma conservándose idéntico, aunque distinguiéndose siempre de alguna manera de sí propio.» En este mismo capítulo asegura el ilustrado director de *El Siglo Médico*, que la vida depende de un organismo, del cosmos y de una función realizadora, de cuyo orden depende la salud y la enfermedad; idea profunda que puede haber servido de base á la célebre fórmula de la vida, de la cuál no discrepa en un ápice; así como la higiología de que habla Gerdy, pudo ser la madre de la teoría de las ondulaciones vitales de Letamendi, según asegura el galano escritor médico D. Amalio Gimeno, autor, con el Dr. Moliner, de una Patología muy recomendable y de la cual he de ocuparme *Deo volente*. Asimismo el concepto de *energia* puede estudiarse en los escritos de Briot, Balfour-Estewart, Echegaray...; tocante á la teoría de las biomerias... pero no quiero seguir por este camino, y puesto que alguna vez he de insistir en la cuestión de originalidad, cierro este paréntesis y entro de lleno en el estudio de la fórmula de la vida.

V=f (IC)

He ahí la fórmula tan renombrada del Dr. Letamendi, que al paso que define la vida, sirve para deducir el concepto de enfermedad, y es, según el autor, un principio axiomático, de carácfer perpetuo y de donde surgirá indefectiblemente la resolución de los problemas más importantes.

Acaso tenga razón el reciente director del Hospital clínico de Madrid; yo lo dudo, pero esto no obsta para qne le tribute mi humilde homenaje por su aplicación algebraica, si es cierto que con ella el problema de la vida quedó resuelto y ya no podemos decir aquello de: *médici certant et adhuc sub judice lis est.*

Conque *vida es igual á función indeterminada de la energía individual y las energías cósmicas.*

Los estudios críticos que acerca de esta fórmula se han publicado, especialmente los del Dr. Nieto y Serrano y Turró, cuyas conclusiones aún están en pie, me colocan en una situación anormal, porqne desde ahora confieso que nada mejor ni tan bueno podré yo decir; pero como quiera que no estoy conforme en un todo con lo expuesto por tan discretos escritores, voy á permitirme algunas observaciones referentes á la tantas veces citada fórmula, con toda la humildad de una doctora que reconoce su modesta inteligencia y admira el vasto saber de nuestro sabio reformista.

A mí me entusiasman los brillantes párrafos que con motivo de la fórmula ha escrito en su libro el Sr. Letamendi; me encantan sus ingeniosas deducciones, y la idea plausible de traducir al álgebra la matriz de todas las cuestiones fisiológicas; pero no doy toda la importancia que el autor concede á este último acontecimiento, porque pienso con ilustres escritores, Renouart entre ellos, que los progresos de las matemáticas no se deben al método tanto como á la índole de los conocimientos que estudia. Y buena prueba de ello es que, al aplicar el lenguaje algebraico á la definición de vida, nada, absolutamente nada, hemos ganado en claridad ni exactitud. El sentido de la fórmula V=f (IC) es un concepto antiguo, como antes demostré, y lejos de ser un axioma perenne, es discutible en cada una de sus partes como en su totalidad. En dicha célebre fórmula se reduce todo á una relación, á una función indeterminada, desconocida entre dos cantidades á su vez ignotas, representadas por la suma de energías cósmicas y la suma de energías individuales, sin mentar para nada la calidad, las cualidades peculiares de los cuerpos que tanto influyen en su modo de ser y de reaccionar. Antes de ir más adelante en nuestros humildes reparos á la fór-

mula de D. José, debo advertir, para que no se eche en saco roto, que la citada fórmnla lo mismo se amolda para explicar la vida que el fenómeno de la cristalización. Véase si no.

Sin condiciones cósmicas un cuerpo no cristaliza, y sin energía peculiar, apesar de las condiciones cósmicas, tampoco cristalizará; el fenómeno, pues, de la cristalización depende de una función indeterminada, desconocida entre el cosmos y la energía de los cuerpos, á la que en último término puede atribuirse el sistema de cristalización. En forma algorítmica tendremos: C′=f (IC) llamando C′ á la cristalización, I á la energía ó serie de fuerzas peculiares del cuerpo á las que principalmente se debe el fenómeno en sí y la forma, y C á las circunstancias cósmicas.—B. S. M.,

LUSCINDA PROTOPLASMA
DE SANGREDO.

(*Concluirá.*)

VILLANCICOS POLIGLOTAS

(DE MANTEAU *¡tombée!*)

CON ESTRIBILLO BILINGÜE PARA CANTAR
EN
NOCHE-BUENA.

I.

Tengo que echar una copla
Camino de Logrosán
Para que se apruebe pronto
Esa ley de Sanidad.
Carrasclás, carrasclás, están verdes,
Carrasclás y que no lo verás,
Carrasclás que me llamo D. Pérez,
Carrasclás, carrasclás, carrasclás.

II.

Gentlemen, a model surgeon
I am, it is very clear;
I drink your's health, hand desire
A very happy new year.
Carrasclás, i love the money
Carrasclás, i am very hard,
Carrasclás, i have ambition,
Carrasclás, carrasclás, carrasclás.

III.

Per causa de «La Llibertat»
Y la defensa de l'arrós,
Me nomenarán diputat
Que's un carrec molt sucós.
Carrasclás, perque soc buen moso,
Carrasclás, deputat men vach;
Carrasclás. si'm voten en Sueca,
Carrasclás, *caragòls*, carrasclás.

IV.

Machen Sie mir das Vergnügen
Und lesen Sie dieses Buch
Das ist ja ganz natürlich
Wen Sie nicht kennen *das Tuch*.
Carrasclás, Schwan er var Waiser
Carrasclás, ich mache der Paar
Carrasclás, und wir konnten viel
Carrasclás, carrasclás, carrasclás.

V.

Como sempre fuí nn demiño
Por dar pruebas d'humildá,
Cal Xesus n'un pesebriño
En nacin n'un hespital.
Carrasclás, que bonito maruxo,
Carrasclás, qué magro que está,
Carrasclás, hoxe e *Consejero*
Carrasclás, carrasclás, carrasclás.
Non habrei eu sido recto,
Mais cheguei á ser Rector,
É en pretérito perfecto,
Dipntado é senador.
Carrasclás, qué bonito maruxo,
Carrasclás, que nin sabe falar,
Carrasclás, hoxe e *Consejero*,
Carrasclás, carrasclás, carrasclás.

VI.

Yo sono inamorata
E' patisco della anemia
Per il jovane Cortezo
Che egli sera da Academia.
Carrasclás, cosí va il mondo
Carrasclás, bellisimo vá,
Tosto che riso é rispondo
Carrasclás, carraslás, carrasclás.

VII.

En el portal de Belen
Ya puedes pedir á Dios
Que te cambie de maneras,
De garganta y de intención.
Carrasclás, andate con tiento;
Carrasclás, no te escurras más;
Carrasclás, que puedes caerte,
Carrasclás, carrasclás, carrasclás.

VIII.

Vach prometra am Barselona
Que no els deixaría may
En una *cursi* proclama
Que doni als catalans.
Que li darem al noyet de la mara
Que li darem que li sapiga bó
Direcsions, catedres, tertulies
Y una miqueta d'amella y mató.

IX.

Je suis garçon très aimable
Et je serai bien connu
Par la flatterie agréable
Que j'ai souvent repandu.
Carrasclás, et que vive moi méme;
Carrasclás, et *La Mère et l'Enfant*;
Carrasclás, et *l'arrière-boutique*;
Carrasclás, carrasclás, carrasclás.

DR. ESE.

EL BANQUETE

EN HONOR DE MÉNDEZ ALVARO.

Fué un espectáculo magnífico que superó á las legítimas esperanzas que había hecho concebir. En tales fiestas los manjares son el pretexto que oculta la verdadera significación del acto, y prescindiremos de ellos para fijarnos en las ideas que reunieron en el salón de Fornos á ciento cincuenta comensales en la noche del 9 de este mes.

Se rendía una muestra de admiración y de cariño á un hombre encanecido en el trabajo de la ciencia, concediéndole un honor que hasta aquí sólo se tributaba á los que no palpitaban entre nosotros; por vez primera un médico español podía gozar en vida de los más legítimos triunfos. Hombres separados por las ideas en el orden social, en el político y en el científico, se congregaban en rededor de un anciano con el cuál muchos habían sostenido largas y empeñadas contiendas. En las fisonomías de todos los concurrentes se retrataba viva satisfacción; nobles y generosos impulsos unían todas las voluntades en un sólo pensamiento; al glorificar á ese veterano de la profesión, glorificamos la ciencia.

Y asi es en verdad; el paso que se dió la noche del 9 abre una era en la historia de la Medicina española; no son los méritos de Méndez Alvaro los únicos motores que le impulsaron; es la corriente de los tiempos que arrolla todas las preocupaciones, que arrastra todos los obstáculos, es la civilización que se impone ante todo y sobre todo; es la mayor ilustración de la clase que ilumina los cerebros y hace ver que por el camino de la envidia y de la pequeñez de ánimo no se llega á la regeneración por que todos suspiramos; es el espíritu de conservación que nos dice: la unión hace la fuerza, sois hombres que valéis no poco y podéis mucho; pero que aislándoos jamás conseguiréis nada práctico.

Por eso aun cuando EL DR. SANGREDO no guardara al Sr. Méndez Alvaro la con-

sideración y respeto á que es acreedor; aun cuando se tratara de una persona que le fuese antipática —y nosotros no tenemos antipatías por nadie,—hubiera defendido con calor la idea de ese banquete, que ha de ser semilla de fructíferos resultados para mañana.

Así lo han comprendido algunos adversarios del director de *El Siglo Médico*, y dando pruebas de gran nobleza de ánimo, han ido á honrarle honrándose con ese acto á sí mismos; con esa conducta, en que debemos todos inspirarnos conseguiremos el engrandecimiento de la clase y el respeto y consideración á que por tantos títulos somos acreedores.

«Hoy no se ridiculiza á los médicos, como antiguamente—decía en su elocuente brindis el Sr. Mellado, joven director de *El Imparcial*,—porque habéis conseguido elevaros sobre vuestros antecesores con vuestra mayor ilustración y desenmascarando el charlatanismo; hoy la clase médica tiene una consideración de que antes carecía, y actos como el presente contribuyen sobre manera á su esclarecimiento.

¡Cuán bella lección encierran estas frases! ¡Qué lástima que no las oyeran todos nuestros comprofesores!

El Sr. Osio, á quien repetimos nuestro agradecimiento por lo cumplidamente que nos representó en el acto, pronunció muy bellas y sentidas frases; el Sr. Rufilancha, en nombre de su anciano padre y de los médicos de partido, saludó elocuentemente á Méndez Álvaro; el redactor de *El Globo*, y nuestro colega, Sr. Vicenti, hizo un hermoso discurso, que fué muy aplaudido; igualmente usaron de la palabra los Sres. Taboada, Santero, Iglesias, Calatraveño á nombre de Tejada y España, Moya, Zabala, Otero, Benavente (D. M.), Moyano, Gutiérrez de la Vega, Galdo, Rubio, Mellado, Capdevila, Quintana, Acha, Avilés, Moya, Nieto y otros muchos, que con galana forma interpretaron los sentimientos que reinaban en la concurrencia.

El Sr. Méndez Álvaro se levantó el último para dar, con voz conmovida, las gracias, haciendo un breve resumen de lo que es hoy la higiene y lo que hay que hacer para que sea mañana lo que debe ser; manifestó, como era natural en él, que no merecía aquellos honores, que en todo caso debía compartirlos con su querido amigo y compañero, desde hace más de cuarenta años, el Dr. Nieto, y recordó con pena los nombres de higienistas tan notables como Seoane, Rubio y otros, de quien dijo había aprendido mucho, y los de algunos amigos, que, por su ancianidad ó por hallarse postrados en el lecho, no podían compartir con él aquellos momentos de satisfacción. Terminó su discurso con un consejo, que no deben echar en olvido las clases médicas: no pidáis jamás á los poderes del Estado nada para vuestro beneficio; reclamad siempre para el mejoramiento de la salud pública y conseguiréis más.

Felicitamos al Sr. Méndez Álvaro, á los concurrentes á la manifestación y á los firmantes del álbum, que, tanto en Madrid como en provincias, han sido numerosos y escogidos.

El Dr. Sangredo.

UN HECHO HISTÓRICO

—Buenos días. ¿Está el méico?

—Servidor. ¿Qué desean VV.?

—Venemos á enterrar á un muerto que ha fallecío esta noche pasá...

—¿Quién le ha visitado?

—Si le he de dicir á V. la verdad, naide; poique el que lo ha visto es un aficionao que tenemos allá en el partío, y como no es presona destruía... el hombre jace lo que se le antoja, según su esperencia...

—Pues siento mucho decir á VV. que me es imposible extender la papeleta sin reconocer el cadáver.

—Pus ahí está el chiste... La cosa es que el cura del partío mus á dejao dalle tierra, y agora va á ser un lío desenterrallo...

—¡Pues cómo! ¿Han enterrado VV.

el difunto sin tener la papeleta judicial?

—Claro que sí... como aquí en estas aldeuchas vivemos realengos y no tenemos quien nus abierta las cosas, cuando muere arguno lo llevamos al cimenterio, lo enterramos, y endispués se agencia la papeleta y se la entriégamos al cura...

—¡Ya! Ya entiendo... Pues vayan VV. con este escrito al juzgado de la capital y que el juez determine lo que proceda.

—Está mu bien, se jará como V. desea...

Seguidamente se redactó otro segundo oficio para el señor juez municipal denunciando tan escandaloso abuso, y al otro día... obraba en poder del palurdo clerigote la orden del juzgado para verificar la inhumación, pues según certificación del médico forense... el enfermo había fallecido á causa de una pneumonía aguda, por él tratada y asistida...

¿Puede darse mayor escándalo ni más grande desfachatez?

Pues ahí tienen VV. un triste ejemplo de cómo aplican la ley ciertos hombres y cómo entienden el compañerismo algunos médicos...

Dr. Andrós.

TOTUM REVOLUTUM

—Compadre, en el mundo solo hay dos hombres de mérito; el uno es V., compadre...

—Compadre, y el otro es V.

Esta escena se está repitiendo hace unos días entre unos cuantos caballeros á quienes atribuyen la redacción de esta Revista, como si estos periódicos fueran objeto de privilegio exclusivo de media docena de personas.

Nada diríamos si no hubiese llegado á nuestra noticia la manera de negar que tienen algunos la paternidad de El Dr. Sangredo por medio de negativas que más bien parecen tácitas afirmaciones.

Desde luego les agradecemos el concepto que han formado de nosotros, que se deduce por sus actos; pero les aconsejamos que varíen de conducta, no contestando á los importunos, no porque temamos nos arrebaten una gloria, que no lo es, sino por evitarse las desazones que bien pudieran acompañarla.

Por lo demás, solo los inocentes... ó los *guasones* pudieran atribuir á las personas que hasta hoy se citan como autores de este periódico, ni el estilo de los que figuran en juego es nuestro estilo, ni sus estudios son nuestros estudios, ni la independencia que disfrutan es la amplia que nosotros á Dios gracias disfrutamos. Ni se puede hacer una revista satírica profesional en hospitales clínicos, ni dedicándose á trabajos africanos que nada tienen de médicos, ni teniendo gran clientela que atender y visitas del gran mundo que cumplir, ni haciendo méritos para entrar en la Veterana, ni escribiendo obritas productivas para los alumnos... y sobre todo para el profesor.

Hasta ahora nadie se ha acordado del alma del Dr. Sangredo y de su esposa la Dra. Luscinda, ni es fácil, porque hemos tomado nuestras precauciones para evitarlo; aunque no quiere decir esto que negaremos jamás nuestra presencia al que *fundadamente* pretendiese avistarse con nosotros.

Entretanto, rogaremos á los que por tontería ó por guasa de algunos, ó por ciertas coincidencias casuales, pasan hoy como problemáticos Sangredos, no lo nieguen en la forma que lo hacen, porque si esto les agrada á ellos, á nosotros no nos da gran placer.

Conque á enmendarse para evitarme afinar la puntería.

***

En el local de la Sociedad Hidrológica tuvo lugar la primera sesión de la Sociedad de Higiene presidida por el señor Méndez Alvaro, su digno presidente. La concurrencia, escasa; estábamos en familia.

La discusión fué lánguida y fría; aquello parecía un juego de prendas en el que se apura una letra; por eso los dis-

cursitos eran chiquitines y rudimentarios. Tan sólo Parada y Méndez Alvaro se portaron bien. Hubo su planchita correspondiente.

***

Con intención de burlarse
cierto mozo, asaz rollizo,
fué á consultar con un médico
que al punto conoció el hilo;
mas fingiendo disimulo
muy cortesmente le dijo:
—¿Qué padece usted?—De todo.
—¡Es raro!—Pero es lo fijo:
todas las enfermedades
se alojan en mi individuo.
—¿Y por cuál empezaremos
á curar?—Pues, me es lo mismo.
—Entonces por la más grave.
—¿Y cuál es, doctor amigo?
Sáqueme pronto de dudas...
—Es muy claro: el idiotismo.

***

En la visita auterior se nos escapó una errata de imprenta—aunque no lo parezca,—entre otras muchas, más insignificantes.

Decíamos que el Dr. Nieto escribió durante la campaña de Africa su *Medicina General*, y el cajista nos corrigió poniendo *Medicina Legal*. Los que conozcan las obras de Nieto y Serrano comprenderían al momento que no teníamos nosotros la culpa, tanto más, cuanto que la mayoría de las frases colocadas al pie de la caricatura de dicho señor están tomadas del referido libro.

***

D. Segismundo de mi corazón, si se interesa V. porque el proyecto de ley de sanidad sea pronto un hecho, cuente V. con un fosforito más.

Y si, lo que Dios uo quiera, cayese V. enfermo, Luscinda le visitaría gratis y... no puedo decir con *amore*, por razón de su sexo y estado.

***

Dice un periódico:

«Por el gobierno civil de la provincia se ha pasado una comunicación al Ayuntamiento con objeto de que prohiba terminantemente la conducción á los hospitales en coches de alquiler, á las personas que se hallen atacadas de viruela ó de otras enfermedades contagiosas. Además se excita el celo de aquella corporación para que las Casas de Socorro dispongan de carruajes que presten este servicio, como sucede en el extranjero.»

¿Será posible, Sr. Aguilera?

Y yo que le tenía á V. E. por persona incapaz de envidiar la gloria ajena.

Con esa determinación ha usurpado V. E. los lauros que hubieran podido alcanzar los médicos que forman parte de nuestro *sin igual* Ayuntamiento, entre los que figuran higienistas tan notables como el Sr. Díaz Benito, que no hace mucho tiempo nos dió á conocer en la *Revista de la Sociedad Española de higiene* la estupenda noticia de que el aire se compone de oxígeno y nitrógeno y que sirve para respirar.

Como médico, no puedo menos de lamentar que V. E. se ocupe eu asuntos cuya iniciativa corresponde á mis colegas; como ciudadano, permítame V. E. que lo diga:—Eres todo un hombre.

***

Hoy se dan Aguileras.

¿Y cómo no? Los sobrantes de lo que se llama en el gobierno civil ingresos de la seccióu de higiene, van á tener útil y *conocida* aplicación.

Con unos gobernadores como estos, casi dan ganas de hacerse izquierdista.

***

El Genio Médico-Quirúrjico, correspondiente al día de ayer (15 diciembre), dedica á El Dr. Sangredo frases cariñosas que agradecemos mucho; permítanos, sin embargo, el estimado colega, le hagamos algunas observaciones.

El Dr. Sangredo, así como su consorte Luscinda, no abrigaron nunca la punible idea de molestar con su crítica á la personalidad de un hombre tan emi-

nente y tan sabio como el Dr. Letamendi. Y esto lo echará de ver el Sr. Tejada y España si lee con atención los *Lancetazos críticos*, en donde multitud de veces confesamos, paladina y noblemente, el envidiable talento del Sr. Letamendi.

Lo que pasa es que cuando se trata de juzgar una obra de la importancia y del mérito que la *Patología general* tiene, es indispensable consagrarle algunos capítulos, para señalar los defectos que en nuestra humilde opinión contiene, para servir así en nuestra reducida esfera á la ciencia y enaltecer, como hasta aquí lo hicimos, las eminentes cualidades de un digno maestro, que nos ha proporcionado la satisfacción de leer su última obra, una de las más notables en los últimos tiempos, como asegura Luscinda en otro lugar de esta cuarta visita.

***

Damos nuestro más sincero pésame á nuestro buen amigo y compañero don Marcial Taboada por la sensible pérdida que ha experimentado con la muerte de su anciano padre el Ilmo. Sr. D. Nicolás Taboada y Leal, uno de los médicos más laboriosos de esta época y decano de los prácticos gallegos. Era un hombre muy querido y respetado por su honradez y modestia.

***

El cariñoso párrafo que al Sr. Méndez Álvaro dedica el Dr. Tejada y España en el último número de su periódico, nos ha llenado de satisfacción, y merece nuestro aplauso.

Por ese camino se llega á la realización de nuestros ideales.

***

Por casualidad ha llegado á mis manos un número del *Diario de Murcia*, correspondiente al día 1.° de este mes. Este apreciable colega de noticias participa á sus lectores el entierro de quince arrobas de atún, retiradas de la venta por su mal estado, y publica un artículo que he leído con el mismo placer con que hubiera asistido al acto de dar tierra á los referidos atunes.

El autor del escrito, que se titula médico y que indudablemente se hallará en posesión del correspondiente diploma, viene á decir, á través de las frases más presuntuosas, y de unos tecnicismos que habrán dejado patitiesos á los lectores del *Diario*, lo siguiente:

Que se moría mucha gente en aquella capital á consecuencia de pulmonías.

Que esto llamaba la atención por la bondad del clima.

Que él ya sabía lo que era cuando tomó el título, pero que no lo quiso decir hasta que la *experiencia*, á la cabecera del enfermo, comprobase la abstracción de su juicio. (Esta *experiencia*, segun se deduce del escrito, es de cuatro años.)

Que certificaciones necrológicas y diagnósticos en gran número estaban determinados en Murcia por la palabra pulmonía.

Y después de un sin fin de divagaciones, cuyos términos dejan muy atrás á los famosos de los negritos catedráticos, afirma:

Que contra la opinión general, no es pulmonía la afección que allí se desenvuelve; es... *tifus, sí, tifus*. (Demos la enhorabuena al resto de nuestros comprofesores de Murcia.)

Y, por último, que en este año ha asistido á *once* niños atacados de la *gravísima* enfermedad *angina diftérica*, de los que *sólo uno* murió, y eso porque de sus antecedentes patológicos, temperamento, complexión, etc., etc., no podía esperarse otro resultado.

Dos consecuencias he sacado del número del *Diario de Murcia*, que ha llegado á mi poder, y en las que convendrán conmigo los médicos murcianos:

1.° Que efectivamente el *tifus* existe en aquella capital, y

2.° Que apesar de haberse enterrado quince arrobas de atún, no deben desconsolarse aquellos vecinos á quienes guste ese pescado.

Era mucho, y algo habrá quedado para muestra.

MADRID.—Imp. de M. G. Hernández, Libertad, 16.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

Bordier.—*La Géographie Médical.—Un tomo de 688 páginas encuadernado, 5 francos.*

Esta obra, del profesor de geografía médica de la Escuela de Antropología de París, forma el tomo X de la *Bibliothèque des sciences contemporaines*, y sería utilísimo que uno de tantos traductores como andan por ahí, acertando pocas veces, la pusiera en castellano, pues estudio semejante es de primera necesidad para muchos médicos. El autor ha tirado aparte 21 mapas, que se venden también separadamente por dos francos.

***

Villa y Portillo.—*Efectos fisiológicos y aplicaciones terapéuticas del aire enrarecido.—Folleto en 4.º de 52 págs. Precio, 1 peseta 50 céntimos.*

Condensar en tan pequeño volumen asunto de tanta importancia, es empresa punto menos que irrealizable; sin embargo, el autor la ha emprendido consiguiendo todo cuanto es posible conseguir, y merece nuestro más sincero aplauso, si no por el resultado, por la idea generosa que le ha movido á publicar su trabajo en un país donde estos estudios son casi desconocidos. Hay una falta de que le hacemos responsable, dada la aplicación que demuestra en su folleto; desde 1880 hasta el día, se han hecho evidentes progresos en aereoterapia, y se han dado á conocer trabajos tan interesantes como los de Lombard, Forel, Williams, Denisón, Marcet y otros, entre los que se pueden contar los últimos del tantas veces citado P. Bert, cuyo extracto publicó la *Semaine Médicale* en setiembre de 1882. El resumen histórico que hace el señor Villa de la aereoterapia resulta deficiente en extremo; cita los gabinetes aereoterápicos de Mr. Fontaine, por ejemplo, y no tiene una palabra para los aparatos neumo-terápicos de Stokolmo organizados por Sandhal bajo la dirección del célebre Retzius; menciona el establecimiento de Montpellier y nada dice de los establecidos en Suecia, Dinamarca, Alemania, Inglaterra y hasta en Rusia, lo que hubiera hecho resaltar el abandono con que en España miramos tan interesante cuestión. No debe desanimarse el Sr. Villa por estas observaciones, hijas de nuestro buen deseo; nosotros tenemos seguridad que este folleto será el punto de partida de trabajos de gran importancia debidos á su estudioso autor.

***

Alfredo Stille—*Estudio sobre la erisipela* se titula la monografía del profesor de Pensilvania vertida al español por el infatigable y estudioso Sr. Carreras y Sanchíz, á quien damos la [illegible] haber elegido una monografía [illegible], es completa y de positiva [illegible]tros comprofesores. Dicho trabajo forma parte de la «Enciclopedia internacional de Cirugía» del Dr. John Ashhurst, y es, en nuestro humilde parecer, el molde más conveniente para este género de trabajos.

***

Brinón.—*La anestesia quirúrgica, esta monografía, como la anterior, se vende á 1 peseta 50 céntimos.*

Es también muy recomendable el «Estudio sobre la anestesia quirúrgica obtenida por la acción combinada del cloroformo y de la morfina» por H. de Brinón, traducido asimismo al castellano por nuestro compatriota el Dr. Carreras y Sanchíz.

No dudamos del éxito que obtendrán estos importantes y modernos escritos.

***

Lozano Caparrós.—Hemos recibido la última producción de nuestro querido compañero dedicada á D. Federico Rubio y Gall, y que se titula *Por salvar una honra*; se vende al precio de 1 peseta 50 céntimos Confieso que he leído con gusto esta novela *histórica*, en la cual se pone de manifiesto uno de los múltiples aspectos que presenta el Gólgota de los médicos rurales. Esto no quiere decir que el libro sea irreprochable; en la parte literaria se notan multitud de incorrecciones, no existiendo pensamientos ni sublimes, ni profundos, ni descripciones artísticas de personas ni paisajes que pongan de relieve el genio poético del novelista. En cuanto á la acción, se desliza monotona; el argumento está basado en un asunto trilladísimo; los personajes se mueven cual si fueran de resorte. Allí hay un caballero que sale del pueblo acólito y á poco vuelve muy rico, que se pasa las noches crudas de invierno encaramado en las tapias, y sorprende un crimen; que en medio del despecho que le causa el desvío de su novia, entrega á los pobres del pueblo una finca, rasgo de bondad que no cuadra bien con aquello de tirar piedras al secretario, matándole después con un disgusto. Allí nos presenta el Sr Lozano á un respetable juez que va y viene, constituyéndose en Cancerbero del protagonista, y que tan pronto *echa tierra* á un grave suceso encubriendo un crimen, por indicación de su Santiago, como mete en la cárcel á medio pueblo en el momento más crítico. Yo dudo que todo esto sea histórico, aunque tantas cosas pueden pasar...

Ello es, que el libro en cuestión está escrito en estilo muy llanito, denota alguna inexperiencia en su autor, pero la novelita está impregnada de una buena fe plausible.

El protagonista de la obra, Santiago, es alto, moreno, de ojos grandes y negros, barba corrida, muy parecido á un compañero hoy médico forense de Madrid por obra y gracia de Girón (el de Cuenca). ¿Le conocerá el autor?

EL Dr. SANGREDO

REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

Redacción y administración, Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO.	
Trimestre.....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año..........	10 »	Año..........	12 »	Año...... ...	16 »

Número suelto, una peseta.

Medios de hacer la suscrición.—Por nuestros corresponsales, donde los establezcamos, ó librando directamente á esta administración por el Giro Mutuo ó por letras de fácil cobro. Donde no hubiese estas facilidades, se podrán remitir sellos de franqueo en cartas certificadas.

Los autores ó editores que remitan obras profesionales tendrán derecho á un anuncio de ellas, sin que esto *comprometa á otra cosa* á la redacción, que sólo emitirá juicios críticos de aquellas que crea conveniente; por el contrario, tendrá verdadero gusto en adquirir con sus fondos propios las que lo merezcan, protegiendo así, y en la medida de sus fuerzas, el trabajo y la laboriosidad de los escritores médicos.

A los anunciantes.—La publicidad que ha de tener esta Revista—pues El Dr. Sangredo, cuando se mete en belenes es hombre que echa la casa por la ventana,—debe llamar la atención de los que se gastan su dinero en anuncios, muchas veces inútiles. Conque caballeros, fíjense VV. en las condiciones de esta publicación y vean si les tiene cuenta anunciarse en sus cubiertas. Sin embargo, bueno es tener presente que El Dr. Sangredo se reserva el no admitir á ningún precio cierta clase de anuncios que son un padrón de vergüenza para las clases médica y farmacéutica. Además, que sería inútil que sus autores emplearan en ellos sus recursos, cuando está decidido á darles publicidad *gratis* ¡y de buena manera!

En cambio, el farmacéutico ó el médico que invente ó descubra algo útil y no tenga medios de darlo á conocer, puede dirigirse á la administración y obtendrá de balde aquellas ventajas.

CENTROS DE SUSCRICIONES EN MADRID

PRINCIPALES LIBRERÍAS

PROVINCIAS

CENTROS DE SUSCRICIONES

Albacete......	D. Eduardo Arcángel, droguería.
Albaida.......	D. Vicente Más.
Alcoy.........	D. Antonio Jimeno.
Barcelona.....	López, editor. Rambla del Centro, núm. 20.
Bilbao........	Señora viuda de Delmas.
Cádiz.........	D. Manuel Morillas.
Cartagena.....	D. Vicente Velázquez.
Ciudad Real...	D. Ramón Clemente Rublsco.
Córdoba.......	D. Manuel García Lovera.
Coruña........	D. Vicente Naveira.
Ferrol........	D. José Mariano Abizanda.
Jerez.........	D. Miguel Gener.
Madrid.......	Librería Gutenberg, Príncipe.
Mahón........	D. Antonio Sintes.
Oviedo........	D. Juan Martínez.
Salamanca....	D. Manuel Hernández.
San Sebastián.	D. Luis de Rubinat.
Santa Cruz de Tenerife....	D. José Benítez.
Santiago.......	D. José Goli y Campa.
Segovia.......	D. Abelardo Fernández.
Sevilla........	D. Tomás Sanz, Sierpe, 92.
Valencia.......	D. Francisco Aguilar.
Valladolid.....	D. J. Montero.
Vitoria.......	D. Bernardino Robles.
Zaragoza......	D. José Maynou.

Toda la correspondencia á D. Antonio García Hidalgo, Atocha, 143, piso 4.°

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 16 ENERO 1884. VISITA 6.ª

SUMARIO

TEXTO: Algo de la quincena, por el *Dr. Dogresan*.—Las figuras de mi galería.—Lancetazos críticos, por *Luscinda Protoplasma de Sangredo*.—Invidia medicorum, por el *Dr. Esc.*—Cartas al buen Aguilera, Gobernador de Madrid, por el *Dr. Sangredo*.—Casas de socorro de Madrid, por el *Dr. X. de X.*—Totum revolutum.—Boletín bibliográfico (cubierta).

GRABADOS: Marqués del Busto y Dr. Campá, por Cilla.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

Calle de Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
Trimestre . .	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año....	10 »	Año....... ..	12 »	Año..	18 »

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16

1884

NUESTRAS FIGURAS

PUBLICADAS HASTA EL DÍA

Dr. Santero (papá).
Dr. Encinas.
Méndez Alvaro.
Benavente.
Calleja.
Marqués del Busto.
Dr. Letamendi.
Dr. Creus.
Dr. Nieto y Serrano.
Dr. Castelo.
Maestre de San Juan.
Dr. Campá.

A éstas seguirán en los números inmediatos los personajes que á continuación se presan, y cuyos *clichés* están ya concluídos:

Federico Rubio.
Tejada y España.
Cortezo.
Amalio Jimeno.
Rodríguez Méndez.
Ustáriz.
Gine y Partagás.
Fernández Losada.
Carracido.
Vilches.

Etc., etc., etc.

Como el orden de factores no altera el producto, podremos variar el arriba expuesto, haciendo toda clase de combinaciones y aumentos, para dar la mayor novedad ó interés á esa parte de nuestra publicación.

ADVERTENCIA

A nuestros corresponsales.—Suplicamos nos remitan quincenalmente y con la oportuna anticipación á la salida del periódico, los nombres de los señores suscritores, á fin de que no experimenten éstos retraso en el recibo de sus números, y que nos remitan los ejemplares sobrantes del primero y segundo para no cargárselos en cuenta.

Quedando muy pocos ejemplares de los anteriores números, sin embargo de la considerable tirada que nos hemos visto obligados á hacer de algunos de ellos, rogamos á los señores que se suscriban de nuevo manifiesten si tienen ejemplares de los citados números, y que aquéllos que los hubiesen recibido y no piensen suscribirse, tengan la bondad de devolverlos. Favor que agradeceremos profundamente.

El Administrador.

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

A LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 1.° FEBRERO 1884. VISITA 7.ª

ALGO DE LA QUINCENA

¡Qué mudanza en la gobernación del Estado, en estos últimos quince días! Los izquierdistas dejaron el puesto, que han ocupado los conservadores, y la contradanza de empleados públicos no ha sido floja, que digamos.

A bien que EL DR. SANGREDO, ajeno á las ardientes luchas de la política, mira con más indiferencia que otros mortales, que viven del empleo, esos cambios, que por unos días tienen el inconveniente de paralizar todos los negocios que con el Estado tienen directa dependencia.

Entre las autoridades que han dejado de serlo, figuran el Sr. Aguilera, que en su rápida escursión por el Gobierno de la provincia de Madrid ha demostrado un interés vivísimo por las cuestiones que se refieren á la higiene de esta capital, y al que habíamos dirigido una carta en nuestra visita anterior, escrita en su elogio é indicándole indirectamente ciertas reformas que la salud pública reclama en esta villa y corte de Madrid.

El empleado que cumple con su misión, como lo ha hecho el Sr. Aguilera, á quien no tenemos el gusto de conocer, puede estar seguro de captarse las simpatías de todos, sea cualquiera el partido político á que esté afiliado.

Al Sr. Aguilera reemplaza en el Gobierno de Madrid el Conde de Toreno; la elección no nos desagrada. Es el expresidente de las Cortes uno de los hombres peor juzgados por el *vulguillo* de los politicastros, que no ven más allá de sus narices; es preciso haberle tratado de cerca para comprender la nobleza de su corazón, su honradez de miras y sus nada vulgares conocimientos. Le adornan,

por otra parte, una firmeza de carácter y una sangre fría, que más le asemejan á los políticos ingleses que á los españoles. No dudamos que ha de ser un bnen Gobernador, y que ha de contribuir en lo qne pueda al mejoramiento de los servicios sanitarios de la provincia, hoy sometida á sus cuidados.

***

La caída del Gabinete izquierdista ha arrastrado consigo los últimos decretos del Ministerio de Fomento sobre enseñanza superior, que tanta gresca y algazara han levantado en nuestras Universidades.

Ya hemos expuesto nuestras ideas acerca de los motines estudiantiles; no creemos que el disgusto de la juventud estudiosa deba traducirse jamás por faltar á las clases y dar espectáculos públicos, de los qne siempre se aprovechan los partidos políticos; pero si no estamos conformes con la forma que han tenido de quejarse, estimamos muy justa la queja.

Aparte de que ninguna ley, y más cuando lastima derechos adquiridos, debe tener efecto retroactivo, el plan de estudios, por lo que respecta al menos á la facultad de Medicina, no podía ser mas descabellado en algunos detalles.

No hemos de hacer ahora su crítica; nos contentaremos con el apunte necrológico que no se niega á ningún cadáver. Le engendró una buena idea, se formó sin condiciones de viabilidad, monstruoso, y murió al ver la luz pública entre la censura de propios y la execración de extraños.

***

La Academia Médico-Quirúrgica sigue discutiendo el tema sobre la sífilis; en la última reunión expnsieron casos prácticos algunos de sus miembros, siendo entre aquéllos muy notable el presentado por el Sr. Segovia, acerca del cual es probable use de la palabra el Sr. Espina, en la próxima sesión. En el curso de esta discusión pronunció un buen discurso el Sr. López García.

En la última reunión de la Sociedad de Higiene se procedió al nombramiento de individuos para formar las secciones, y continuó el debate sobre Beneficencia domiciliaria, hablando los Sres. Ustáriz, Cortezo, Parada y Osío.

En otro lugar damos cuenta de la sesión inangural de la Real Academia de Medicina.

***

Galautemente invitados por el doctor Osío, tuvimos el gusto de asistir con multitud de distinguidos profesores de esta corte á la rennión que con objeto de «un experimento quirúrgico» tuvo lugar en casa del reputado oculista en la noche del 28 del corriente.

La falta de espacio y de tiempo nos impiden, con gran pesar nuestro, ocuparnos con detención de lo que en la agradable velada presenciamos, no pudiendo decir por hoy otra cosa sino que ignoramos qué es lo que más nos satisfizo, si la galantería y delicadeza del Dr. Osío, ó su habilidad como operador, ó su entusiasmo por el progreso de la cirugía. Dámosle la más cordial enhorabuena por la feliz idea de aplicar la luz eléctrica al arte operatorio y las gracias por su cortés invitación.

***

Ha fallecido en Barcelona la primera y única doctora en Medicina que existía en España.

El Dr. Sangredo deplora tan sensible pérdida y envía á la familia el pésame más sincero.

Dr. Dogresán.

LAS FIGURAS DE MI GALERIA

D. FEDERICO RUBIO Y GALÍ

Es un cirujano con figura de evangelista. Su corpulencia, sus luengas barbas de color blanco amarillento, su andar reposado, su dicción pausada é incorrecta, la firmeza de carácter que revelan sus dichos y sus hechos y la autoridad de que está revestida su persona, nos hace recordar en el Dr. Rubio á uno de aquellos personajes muy frecuentes en la Edad Media, terror de las comarcas por su inflexibilidad y de los infieles por su denuedo y bravura; á un señor feudal, guerrero y abad á un tiempo, porque á D. Federico le cuadrarían admirablemente la cogulla y la tizona.

Allá en tiempos de la república representó á la nación en Inglaterra, en donde adquirió envidiable reputación como operador, dato de gran valía para demostrar el amor que siente por su profesión y el gran concepto que le merece su ejercicio; otro, á no ser él, hubiera puesto buen cuidado en callar que era médico en aquella circunstancia.

Hoy es el cirujano de mayor reputación en España como operador, y en verdad que es justísima; tiene condiciones sobresalientes, entre las que debemos citar su aplomo y sangre fría, su carácter despreocupado y su pericia en el manejo del arsenal quirúrgico, todo lo cual le pone en condiciones de sustituir dignamente á los mejores cirujanos españoles.

La creación del Instituto operatorio le atrajo disgustos y enemistades; pero también le proporcionó satisfacciones, solidificando en él su reputación. Es sensible que su cátedra no esté al alcance de todas las fortunas.

Como muestra de sus grandes actos quirúrgicos, diremos que ha practicado la ovariotomía 14 veces, seis con feliz éxito, siendo el primero, según nuestros informes, que ha llevado á cabo la estirpación de la laringe y de la matriz en España.

Ha escrito poco; los anales de su instituto son una prueba de que maneja la pluma tan bien como el bisturí. Es académico, gran cruz, ha sido consultado en Palacio, Embajador, etc., y tiene gran clientela, es muy afable y católico de los que no explotan el catolicismo.

D. JOSÉ USTÁRIZ

Es un hombre muy simpático, de vasta instrucción y estudioso. Pertenece á la plana mayor de la juventud brillante, positiva esperanza para el porvenir, aunque de Ustáriz ya puede decirse que es una realidad envidiable. Médico por oposición de Beneficencia general, orador castizo y galano, ha demostrado su valer en el periódico, en las academias y en los hospitales, en donde tiene bien sentado el nombre como operador.

Acaso haya sido el primero en este país que practicó la trasfusión de la sangre y empleara el aparato de Esmark, con lo cual, entre otras muchas y buenas cosas que ha realizado, textifica su aplicación y amor al progreso médico.

Si Luscinda pudiera crear un claustro libre de medicina, proyecto que tiene *in mente*, ofrecería al Dr. Ustáriz una cátedra, sin olvidar á Cortezo, Espina y otros.

D. José es buen mozo, pasi-corto, se parece en el andar al más ilustre de los oradores españoles; gasta lentes, barba

negra y tiene habitualmente encendido el color de sns mejillas.

Es director de *Los Anales de Medicina y Cirugía*; en un artículo publicado en nnestra segunda visita, se pneden encontrar algunos detalles de este apreciable compañero.

LANCETAZOS CRÍTICOS

REAL ACADEMIA DE MEDICINA.

En aquellos dichosos tiempos, si es que tiempos dichosos existieron, en qne las academias eran congregaciones de hombres esclarecidos, de varones doctísimos de vasto saber y acrisolado mérito, y las influencias y padrinazgos poco valían, y menos para nombrar académicos, como debe ser, annque no sea; en aquellos dichosos tiempos, repito, en que las corporaciones sabias tanto estimaban su dignidad y prestigio, qne, á trueqne de conservar aqnélla y éste, exaltaban al honorífico puesto de académico al más sabio y al más bueno, no teniendo, durante la votación, más ideal que elegir al más digno, procurando sólo agrandar la aureola de la corporación, cumpliendo con la justicia, que es lo qne más enaltece y menos disgustos atrae; comprendo, digo, que en aquella época, tan feliz y tan remota, como la en qne no había tuyo ni mío, según el dicho de Cervantes, los miembros de una academia se mostraran satisfechos de serlo, pnes que la sociedad les consideraba cual merecían, como próceres de la ciencia, como verdaderos amantes de la humanidad, como sacerdotes de Minerva, de cuya Diosa eran mansiones favoritas las academias y ateneos de entonces.

Pero hoy, ninguna persona de mediano criterio haría constar, á título de mérito, su carácter de académico, y si el individuo reune condiciones de tal, con menos razón, que no es cosa de exponer á la befa ó al desdén, por lo menos, de una sociedad cansina y positivista un título tan esplendoroso y magnífico, como el qne representa la medalla de la Real Academia de Medicina, y una reputación tan sólida, como la que supone un pintarrajeado uniforme.

Las corrientes de la opinión no son favorables á estas sociedades de eminencias, cabalmente porqne no todas lo son, ni todas las qne son pertenecen á ellas; sus dictámenes no gozan entre el público de la autoridad qne debieran, llegando á suponerse, malignamente, que para ser académico no se requiere sino infinencia, ojalatería y denuedo para solicitar la vacante; y esto que pasa es doblemente sensible, porque hay algún fundamento para la murmuración, y porque el mal es fácilmente remediable y el remedio no se aplica siendo médicos los encargados de ello.

Luscinda, que tanto amor siente por la Medicina y los médicos, deplora sinceramente que la Real Academia de Medicina goce, debiera decir padezca, del mismo triste prestigio que sus hermanas, y, como á ellas, se le acnse de análogos defectos y parecidas arbirtariedades, siendo sus miembros, por su saber y reputación, dignos de fomentar entre sus conciudadanos landables juicios para la corporación de que forma parte; por lo mismo se cree en el deber de señalar la caquexia de nuestra más alta corporación para que cese la ruina presente é impedir su aniquilación futura.

No pretendo reformar su organización, que esto en mí sería vanidad excesiva, ni siquiera alterar algún artículo

de su constitución especial, que, aunque debiera emprenderse, ni me corresponde ni es ocación de ello; me propongo decir lisa y llanamente, y á paso ligero, algunos defectos, verdaderas manchas que empañan el brillo de tan suprema corporación, originada en la tertulia de don José Ortega.

Para que de una colectividad de hombres sabios resulte una verdadera asociación docta, útil, viable y digna del universal aplauso, se requieren las condiciones siguientes:

1.ª Que los elementos que la componen sean, por sus méritos científicos y morales, los más en número, y los más activos y peritos en los diversos ramos del saber á que la academia se dedica.

2.ª Que la integración de los factores sea perfecta, para lo cual deben sacrificar éstos sus particulares aspiraciones en beneficio de la sociedad.

3.º Que el sentimiento de la justicia, nacido del concepto de dignidad individual, encarnado en una personalidad, presida todos los actos de la corporación, extienda sus límites, inculque la actividad y que en todas sus determinaciones, hasta en las más insignificantes, se note como un olvido de las pasiones humanas, que en toda sociedad por lo mismo que no es un hombre, no deben existir.

Así y no de otro modo es como la Academia de Medicina se curaría del algo vicioso que lleva en su seno, y conquistaría el aplauso y el respeto de la nación y de la clase.

Pero, vengamos á cuentas.

¿Se cumple la primera condición limitando el número actual de socios, ó pretendiendo disminuirlo más, según se piensa hacer? No; todos los hombres verdaderamente eminentes en una especialidad de las ciencias médicas, deben tener acceso en la Academia para llevar á su seno la savia de sus conocimientos, y así como una época podrá presentar escaso número de notabilidades, otra será más fecunda, y por lo mismo no debe limitarse, si no se quiere que la corporación languidezca, y si se pretende que la distinción sea justa.

Lo absurdo de esta limitación pesa hoy sobre la Academia, en la que, si bien existen muchos miembros de saber indiscutible que puedan suplir en parte, la ciencia de algunos que no pertenecen á la Sociedad, se halla privada de los consejos de los más autorizados peritos en las enfermedades mentales, en medicina legal, en histología, etc., etc., especialidades de suma trascendencia, sobre las que habrá de emitir dictamen más de una vez aquel cuerpo consultivo ; y ¿cómo ha de estudiar y discutir los últimos adelantos en aquellas ramas si están ausentes de su seno las personas que también pudieran juzgarlos? Y no se olvide que estas discusiones forman uno de los objetivos principales de la Sociedad.

Tocante á la 2.ª condición que señalamos, podemos afirmar que no existe en la Real Academia; basta recordar aquellas discusiones acres y personalísimas que se repiten todos los años, y citar los amaños é intrigas de alguna elección, para reconocer que «el sacrificio de las aspiraciones particulares en beneficio de la Sociedad,» es un mito.

Ultimamente, la postergación para ingresar en la Academia de algunos hombres ilustres; la oposición sistemática de algunos miembros á determinadas personalidades, cimentada en pequeña miserias; el valor positivo de las recomendaciones para ingresar en la corpora

ción; las distinciones en favor de ciertos cargos, cuando no debe haber más que hombres de ciencia; la tardanza en el trabajo y el carácter de languidez de éste, con otras cosas que omito hasta mejor ocasión, delatan bien claramente que la 3.ª condición antes señalada, tampoco existe en la Veterana.

Se encuentra, pues, la Real Academia en un período muy crítico y abocada á sufrir en tiempo más ó menos lejano las consecuencias de su deplorable estado actual, si no se pone pronto y eficaz remedio, que consiste tan solo en vigorizarla con la justicia, en desechar rencillas, y odios personales y despreciar el caciquismo que dentro de la corporación levanta su cabeza.

Y no se diga que todo lo dicho son lamentaciones de algún caviloso aspirante; Luscinda, al no poder formar nunca parte de tan distinguida asamblea, sólo se hace eco de lo que todos saben, de lo que se dice, de lo que está en la atmósfera de la clase médica.

Terminado este exordio, escrito con toda la buena fe necesaria para no zaherir á nadie, y con el solo objeto de hacer una advertencia amiga á los académicos y de acostumbrar á mis lectores á tratar de cerca á los santones de la ciencia, entro de lleno en el objeto del presente artículo, que es el hacer una breve reseña de la sesión inaugural de la Academia de Medicina. Sólo que, habiéndoseme deslizado la pluma en el exordio más de lo que pensé, tendré que acortar, con gran sentimiento de mi alma y regocijo de mis lectores, las cuartillas que dedicara á dicha solemnidad.

Ante una concurrencia escogida y numerosa, inauguró sus tareas la Real Academia de Medicina el día 20 del actual. Estuvo presidido tan solemne acto por un médico extranjero de regia estirpe, el esposo de la Infanta D.ª Paz; por cierto que el Dr. D. Tomás Santero estuvo hecho un doctrino al dar las gracias al Príncipe de Baviera. Mis lectores no podrán figurarse un discursito tan premioso y tan confuso como el del respetable vicepresidente. ¡Qué modo de tragar saliva! Yo sufrí lo indecible, no por mí ni por el auditorio contrariado, sino por D. Tomás, á quien aprecio mucho.

Entiendo que la locución fatigosa que lució en aquel día obedecía acaso á la presión de su ánimo, contrariado ante la posibilidad de ser presidente en no muy lejanos días, honor que seguramente renunciará, dado su carácter retraído y benévolo.

El secretario perpetuo, el Ilmo. y excelentísimo Sr. D. Matías Nieto y Serrano, escritor correcto y filósofo eminente, leyó la Memoria reglamentaria, haciendo un resumen de los actos de la Sociedad en el año anterior, que merece mis plácemes más sinceros. Este género de discursos basados en la vida pretérita de las colectividades, siempre suelen ser pesados, monótonos y sin interés para el auditorio; pero cuando se deben á una inteligencia envidiable y á una pluma templada en las lides del periodismo y del libro, resultan amenos, brillantes y esmaltados de pensamientos profundos y sólidas apreciaciones; á este género pertenece el discurso del director de *El Siglo Médico*, en el que existen elegantes y sentidas necrologías, entre las que es notable por su naturalidad y sincero afecto la que el autor dedica al inolvidable Méndez Alvaro, y cuya lectura interrumpieron las lágrimas que empañaron la vista del secretario al recordar al último presidente.

El Sr. D. Pedro Lletget y Díaz Ropero fué el encargado del discurso inaugural, en el que se trata de una cuestión trascendentalísima; de la unidad ó dualidad de la vida; tema que sirve á su autor no sólo para exponer el fruto de sus largas meditaciones y tratar cuestiones relacionadas con el objeto de su discurso, sino de lucir sus dotes como escritor y combatir con mesura opiniones de hombres tan sabios como Cl. Bernard.

Es un discurso que, en mi humilde concepto, revela por su forma y fondo estudiosidad, y mucho más, cuanto que tan intrincado tema se aborda en uno de los terrenos más espinosos é ingratos, bajo el punto de vista químico especialmente, que nunca se presta á tan rápidas conquistas en el auditorio, como tratado bajo el punto de vista histológico, por ejemplo.

Damos, pues, nuestra enhorabuena al Sr. Lletget, por la muestra que nos ha dado de sus intelectuales bríos.

Hasta aquí habrá podido observar el paciente lector que no hay en mi reseña más que hojuelas de miel para el señor Díaz Ropero, á quien le sabrán á gloria; pero como en todo hay pero, toca á mi imparcialidad señalar alguno de los que en el discurso inaugural existen.

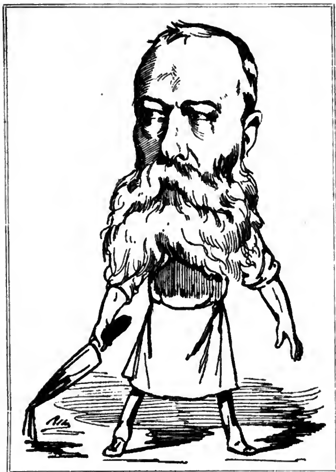
En primer lugar, retóricamente hablando, el discurso no es tal, ni con mucho; es un desordenado hacinamiento de renglones y conceptos, cuyo resultado es una masa científica, sin orden, sin unidad, confusa y fatigosa para la comprensión; en cambio es un escrito extenso, demasiado extenso, *brevis esse laboro*, dijo Horacio, para ser leído de una vez, y máxime para oído. Frecuentemente el lenguaje es tan rebuscado, que ofende á la estética, resultando á veces una dicción torturada y reñida con la naturalidad y el buen gusto.

Sin duda, después de escrito el discurso, el autor ha ido agregando, una sobre otra, todas las calificaciones que mejor le sonaron al oído; así me explico yo la viciosa exuberancia de adjetivos, y las repeticiones de un mismo concepto que en el discurso se observan, defectos que en la oratoria parlamentaria y sagrada son tolerables, mientras que en este caso indican inexperiencia, pues que las disertaciones científicas deben ser lógicas, se han de hablar con el lenguaje de la verdad y no prodigando *ampullas et sesquipedalia verba*.

Pero ahora caigo en que estoy hablando en latín, lo cual no está bien pensado al tratarse del Sr. Lletget. Porque tengo mis motivos para creer que el académico, medalla 29, está lo suficientemente enterado del idioma de Virgilio para traducir *titire tu patule*... «tírale á tu padre,» ó interpretar el «*scribendi rectè sapere est, et principium et fonts*» de este modo: «el escribano recto es un sapo en una fuente.» Todo lo cual no tiene nada de particular en quien escribe *abinicio* por *ab initio*, con lo cual demuestra ignorar que la frase consta de una preposición, *ab*, y de *initio*, que significa principio, origen, regla que sabe todo principiante.

Ahora bien; como quiera que el discurso no adolece de errata, ni falta una coma, y todo él delata que su autor ha puesto sus cinco sentidos en su corrección y adiciones, nosotros no podemos creer que sea un error de imprenta, que no pasaría desapercibido á su autor, el cual se sabe de corrido el discurso á fuerza de hojearlo y corregirlo, y prueba de ello es que lo leía como una carretilla el día de la inauguración. De todos

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»

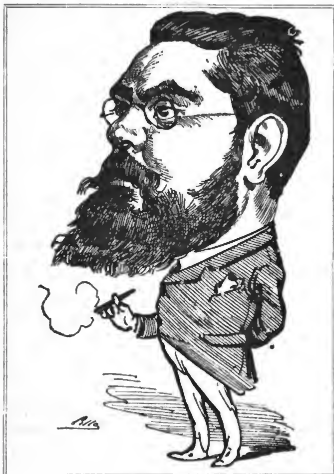


D. FEDERICO RUBIO.

Señoras y señores: nací ea *El Puerto*,
y en mi bautizo el cura, que era hombre experto,
empleó eo remojarme la coronilla
agua del mar mezclada con mansaoilla.
De aiño fuí tan mono, que daba encaato,
y mi abuela decía: ¡Si vale tanto!...
Ya joveo fuí el hechizo de mis paisanas;
más tarde me *chiflaron* las sevillaaas:
fuí con ellas amable, rendido y tierno.
¡Con qué sal me llamaban *El Padre eterno*
al contemplar mi barba luenga y hermosa!
(Ya pensaban ustedes en otra cosa...)

Estudié coo empeño, bien y á conciencia;
es lógico, por taato, que tenga ciencia,
que de mí se envanezca la noble España
y mi nombre conozcan en tierra extraña.
Cogiendo el escalpelo, no hay quien me tosa,
soy tal genio operando ¡que ni Argumosa!
Para enseñar al prógimo fundé uaa escuela
que es ya la flor y nata de la canela.
Escribo con pureza, gusto y salero,
y he ganado... ¡¡¡en España!!! mucho dinero;
pero de tanta dicha yo ao me espanto:
mi abuela bien decía. ¡Si valgo tanto!...

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL DR. USTARIZ.

Aquí donde usted me ve
yo no soy lo que aparento
con esta barba corrida,
con este aire tan flamenco,
con esta desenvoltura
con que fumo mi veguero,
con este enorme volumen
que forma mi *airoso* cuerpo;
si no me conoce usted
creerá que tengo mal genio,
y usted se equivocaría;
soy un excelente médico
y como tal mis deberes
y mi posición comprendo;
aun siendo buen cirujano
yo soy un joven modesto,
muy tímido, muy amable,
muy cortés y muy correcto.
No obstante, de mis casillas
suele sacarme... ¡Qué veo!
¡y en frente de mí! ¡Dios mío!
¡maligno doctor Sangredo!
¡vaya nna mala partida!
¡Pérfido! ¡Pérfido! ¡Pérfido!

modos, ¡qué consideraciones tan desventajosas para el Sr. Díaz Ropero, y para la ilustración de este país, habrá formado el Príncipe D. Luis Fernando ante ese bochornoso *abinicio! Io tremo* al pensar en ello.

Asegura el Dr. Lletget que el período de vacaciones es precisamente el período de acopio de doctrina y por lo tanto el más provechoso (1), siendo el discurso inaugural «como ol sombreado verde y el trino del ave en la enramada.» ¡Todo sea por Dios! Ya sabemos por qué la Real Academia prolonga sus vacaciones, para asimilar doctrina. Pues nada, reverendos miembros, cada mochuelo á su olivo, según el criterio de Lletget, que al proclamarse pájaro, viene á aumentar el orden de éstos en una familia nueva que se llamará: *Diazrroperidos*.

Veo con gran pesar que se acerca el momento de poner fin á este mal pergeñado articulito, teniendo aun tanto que objetar al distinguido académico Sr. Lletget; así, pues, forzoso me será tener que dejar mis argumentos para otra ocasión; pero no quiero terminar sin decir que el Sr. Lletget no ha meditado bien al negar el carácter de unidad á la célula, concediéndoselo al individuo; tan difícil es probar la unidad del sér viviente como la de la célula.

Lo que sucede aquí es que V. confunde, como muchos, la unidad con el producto, con el total de vidas elementales, lo cual es muy diferente, así como diferente es también el *uno* de la *unidad*, tan confundidos en el lenguaje usual. Un pueblo, un hombre ó una familia pueden representarse por el número *uno*, pero no puede decirse que es *una* unidad vital, porque son producto de muchas vidas, producto que, si se elimina, cabe tras él la vida de sus factores.

Pero hay más; el concepto de la unidad se basa en la limitación, en la simplicidad numérica, irreductibilidad vital, etc.; las dos últimas no existen en el individuo, y la primera no podrá señalarla el Dr. Lletget si recuerda que el organismo está compenetrado por la atmósfera de tal modo, que en la intimidad del cuerpo no puede saberse qué elementos son los del cosmos y qué otros son los vivientes.

Apesar de todo lo dicho, el discurso que nos ocupa es digno de leerse, como digimos antes, y no desdice del crédito de que goza su autor, el cual debe cuidar, al presentar otra disertación, no desfigurar las opiniones de los autores, subrayar menos palabras, y amoldarse á las reglas que Martínez de la Rosa, entre otros, recomendó para todo escrito.

Hasta la próxima visita se despide la

DRA. LUSCINDA PROTOPLASMA
DE SANGREDO.

(1) Nueve años há que está escribiendo su discurso de recepción el Sr. D. Juan Magaz. El dia que lo lea, se cuarteará la bóveda celeste, no pudiendo contener tanta ciencia.

EL JEQUIRITY, EL DR. A. DE LA PEÑA

Y LAS PREGUNTAS DE MI MUJER.

Sr. D. A. de la Peña.

Mi distinguido compañero: Ya estoy figurándome la sorpresa que ha de experimentar V. cuando lea estas líneas mal perjeñadas por mi indocta pluma; pero como no tengo el honor de conocerle, ni amigos que me puedan presentar á V., y precisándome dirigirle algunas preguntas, me veo obligado á emplear este medio para que lleguen á su noticia, en la esperanza de que un joven—en los periódicos he leído que tiene esa dicha,—y además de joven ilustrado—como lo

demuestran sus escritos,—no ha de sepultar mi humilde ruego en el panteón del olvido, aunque no fuera más que atendiendo á la causa que le da origen.

Ya sabrá V. que soy casado y qne mi cara mitad se honra con el título de doctora en Medicina; con esto queda dicho que es bachillera, y no necesito añadirle que curiosa, porque sería una redundancia. Ella es la culpable de que mis letras le molesten hoy.

Es el caso, Sr. de la Peña, que por dicha, para mí gusto, y por desventura para mi reposo, ha llegado á nuestro poder un folleto que acaba V. de publicar con el título *Tratamiento de los granulosos con el jequirity*, por el que tengo el honor de felicitarle, aunque mi felicitación valga mny poco por ser mía, y carezca de autoridad por no ser de un especialista, únicos que á juicio de V. pueden hablar y entender con acierto de lo que á la oculástica se refiera.

Que el folleto me ha llamado la atención es cosa que no podrá V. dudar, cuando le diga que casi le recito como niño de coro; y que ha despertado el interés de mi esposa lo demuestran las preguntas que voy á hacerle para desvanecer algunas dudas que se la han ofrecido con su lectura; y digo algunas, porque á enunciar todas las que se ocurren á Luscinda había de escribir casi tanto como el Tostado. Por mí, que no soy un Santo Tomás, y que me basta leer cualquier cosa en letras de molde para creerla nn axioma, no haría ninguna; pero es mi costilla tan exigente, que no me deja un instante en paz, y ya sabe usted aquello de *si tu mujer se empeña en que te tires por un balcón, pide á Dios vivir en cuarto bajo.*

Hay, sin embargo, algunas preguntitas que no dejan de tener su fundamento, y esas son las que voy á explanar, porque en un trabajo tan brillante como el de V., Sr. de la Peña, donde, aparte del mérito científico, se muestra V. como eminente literato, es lástima que aparezcan algunos puntos poco comprensibles á las inteligencias medianas como la mía.

Y no se crea V. que es adulación, no; hay frases que recuerdan por lo castizas á nuestros escritores clásicos, aquello de «*un granuloso es siempre bien diagnosticado por un especialista, con permiso de los que no lo creen.*» «*Este medicamento, como todos, necesita saberse bien la dosis y forma como se emplea...*» «*...el proceder de Foucher, que consiste en lavar las conjuntivas después de* PULVERIZADAS.» Y sobre todo aquella magnífica descripción que hace V. en la página 16 que empieza en la línea 13 y termina con el párrafo, le colocan á V. al nivel de nuestros primeros literatos. Así se escribe.

Pero vamos á las preguntas:

En la página 12 dice V.: «*El bacilo jequiritico tiene forma cilindrica, es de aspecto opaco homogéneo de 0,58 m. de ancho y casi de 2,5 á 4,5 m. de largo.*» En la lámina que acompaña al folleto, figura B, pone V. bacilos aislados con aumento de 900 diámetros, y aquí empiezan las dudas de mi esposa, que ha tenido la curiosidad de medirlos, resultando que las figuritas tienen por término medio una longitud de 6 milímetros, ó sean de 6.000 m., y por consecuencia los tales bacilos deben tener una longitud de 6,6 m.

Ahora bien; ¿quién tiene razón? ¿El texto ó el dibujo? ¿ó por ventura la tendrá la *Revista de Terapéutica* que bajo la fe del Dr. Armaignac da á los susodichos bacilos una longitud hasta de 20 milésimas? (1)

Escribe V. en la página 13: «*Sattler, por otra parte, dice que una disolución de sublimado al 0,1 por 29.000, que impide la acción de desarrollo de los* ESPOROS DE CARBÓN...»

¿Qué esporos son estos? Porque mi esposa se empeña en que estos esporos no son de Sattler, sino de V.

La preposición *de* ¿demuestra ahí la materia de que es que está hecha la cosa? ¿indica el contenido? Entonces el protoplasma que por su condensación y división da lugar á los esporos, necesariamente había de ser carbón. En este

(1) Los que yo he visto no alcanzaban esa talla.

caso, ¿es carbón de leña, de arranque, de piedra, animal ó de canutillo?

Por unos días hemos pensado que la preposición *de* significaba de dónde son, vienen ó salen las cosas, y tomando carbones de todas clases, los hemos estudiado mi esposa y yo micrográficamente; pero con tan mala fortuna, que sólo hemos conseguido romper multitud de cubre objetos sin ver lo que buscábamos. ¡Efectos de nuestra ignorancia!

Por último, hasta hemos sospechado que V. ha leído á Sattler en francés, y que pudiera haber encontrado: *spores du charbon;* pero esta idea se ha alejado en seguida de nuestra mente por ofensiva á su esclarecida ilustración.

Conque disipe V. nuestras dudas y compadezca la ignorancia de este ignorantísimo matrimonio.

Y continúa V. en la misma página 13, número fatídico y aciago:

«Sobre los trabajos de laboratorio que venimos exponiendo, descansa indudablemente la nueva investigación del jequirity: digno es de notar que las conclusiones no concuerdan, pues enfrente de Sattler, que cree en la teoría del micro-organismo, está Manfredi, cuyas conclusiones tienden á la teoría parasitaria.»

Esto quiere decir de la manera más clara que puede expresarse en castellano que la teoría del *micro-organismo* es todo lo contrario que la *parasitaria*.. Pues aquí verá V., Sr. de la Peña, la obstinada ignorancia de mi esposa, que sostiene que las dos significan lo mismo. Es más: dice que ha leído á esos dos señores de Sattler y Manfredi, y que en este punto las investigaciones microscópicas del segundo, no sólo no contradicen, sino que parecen demostrar las del primero.

Así es que después de agotar todos mis razonamientos en favor de V., no puedo menos de preguntarle: ¿Está V. dispuesto á demostrar el error de Luscinda probando que cuando V. da al público un escrito sabe muy bien lo que se dice?

Otra de las preguntas que he de hacerle y será la última: ¿Piensa V. publicar la estadística en que se fundan las conclusiones que emite V. al final de su folleto?

Creen muchas personas — entre las cuales no me encuentro, porque yo creo siempre lo que me dicen—que toda conclusión basada en hechos clínicos carece de autoridad si no se apoya con aquellos requisitos. De esta opinión deben ser varios especialistas que han publicado trabajos sobre el jequirity.

En todo su folleto hay la tendencia de que su ánimo está impregnado seguramente, de que el jequirity es inofensivo ó poco menos; yo no puedo menos de felicitarle por sus profundas convicciones, que distan mucho de ese encogimiento que denotan algunos oculistas. El Dr. Osío ha expuesto ya casos adversos, y hasta un tal del Toro, que yo no sé con qué fundamento se llama especialista, tiene el atrevimiento en un escrito muy moderno de mostrar desconfianzas y recelos del uso de este medicamento.

No puedo menos de alabar su entusiasmo, Sr. de la Peña, por la semilla del Brasil, mucho más cuando le veo que en su defensa no duda V. en ponerse frente á frente del mismo Dr. de Wecker, su ilustrado maestro, en la página 10 de su folleto. Eso, eso; al maestro enchillada.

Por lo demás, y dejando aparte las preguntas de mi esposa, que quizás por estrafalarias é insidiosas pudieran amargarle, no puedo menos de decirle con la mayor seriedad, que apesar de todos los defectos que puedan señalarse en su último trabajo, está V. demostrando que es una persona laboriosa, que tiene buen deseo, amor al estudio y aplicación. Con estas cualidades, aunque se carezcan de otras dotes, se puede adquirir el aprecio de las gentes y labrarse un porvenir honroso.

Si yo tuviera alguna confianza con usted, le diría que antes de publicar nada, por estimable que sea, se debe meditar mucho, separar cuidadosamente la cizaña del trigo, pensar bien lo que se escribe y atar bien los cabos para evitar enojosas cogidas que deslucen un

trabajo, por brillante que sea. Y con esto doy término á esta ya pesada y enfadosa carta, suplicándole me perdone si he podido ofenderle y reconozca un admirador en este humildísimo compañero y seguro servidor Q. S. M. B.,

EL DR. SANGREDO.

Madrid á 30 de enero del año corriente.

SEMBLANZAS

¿Ves aquel señor delgado,
de ancha frente y buen bigote,
que habla mucho y con enfado,
sin saber que hace el Quijote?...
Pues es el doctor *Fortuna;*
un charlatán furibundo,
que sin tener ciencia alguna,
aparenta ser profundo.
Visita mucho y muy caro,
es el médico de moda,
habla á todos con descaro,
y funda su ciencia toda
en murmurar sin reparo...
Este tipo es por entero
el médico vocinglero.

¿Ves el que tienes enfrente,
de aire grave, infatuado,
serio, frío, indiferente,
que parece ensimismado?...
Pues es un tonto engreído,
que de escéptico blasona;
un hombre enorgullecido
de su ciencia y su persona...
Un sér necio y desdichado,
que en ciencia todo lo niega;
¡un sabio desengañado!...
Un científico hastiado...
que de sí propio reniega.
Este tipo es el retrato
del médico mentecato.

Repara en aquel que pasa
por frente de aquella esquina;
es doctor en Medicina;
tiene clientela escasa.
Hombre de aspecto raído
y de talento menguado,
nunca se le ve afligido,
con tal que cobre al contado.
Si le ofende un altanero,
continúa diligente
visitándole asistente...
Siempre que le den dinero,
todo lo sufre paciente.

Este tipo, indigno y raro,
es ejemplo del avaro.

¿Ves un señor bien portado
que hacia aquí derecho viene?
Es un médico que tiene
mucho talento y agrado.
Estudia lo que no sabe,
da su ciencia sin usura,
su trato es dulce, aunque grave,
y de ninguno murmura.
Es reservado y prudente,
de carácter sostenido,
asiduo para el cliente,
jamás se le vió engreído,
y es formal y consecuente.
Este, que pinto en boceto,
es un médico completo.

DR. ANDRÓS.

BENEFICENCIA MUNICIPAL
DE MADRID

¡Por Dios y todos los santos de la corte celestial, que si esta mi alegría dura, tengo para mí que los amigos lamentarán mi prematura muerte llamándome malogrado, y mi familia presenciará el duro trance, heredando sólo lágrimas para llorar tan irreparable pérdida!... A pesar de mis circunstancias pecuniarias nada ventajosas, dicho sea en verdad, por sensible que decirlo sea, todo lo veo de color de rosa y de verde-esperanza matizado; el regocijo me sostiene; soy todo alegría, y quiero hacer partícipes á mis lectores de este gozo exuberante, para mayor honra y gloria de quien le ocasiona, y tambien porque las penas como las alegrías, comunicándolas se atenúan y aminoran al decir de expertos y escarmentados.

Ya volvieron las oscuras golondrinas, *metafóricamente escribiendo*, á fabricar su artístico nido en las dependencias del Estado, la provincia y el Municipio. Al frente de éste (ínterin se adopta solución más radical y merecida) se ha colocado un señor excelentísimo y excelente Marqués; y quiera

Dios que con el tiempo, si se le concede y mimbres además, se haga acreedor á que le llamemos alcalde excelente, con lo cual basta para honra y gloria suya y bien de los que sólo nacimos para ser dirigidos y administrados.

Volverán aquellos tiempos de feliz recordación en que la Beneficencia se reformaba y engrandecía á impulsos de un solo criterio; y una voluntad más ó menos enérgica y decidida, pero única, era la responsable de su malestar ó bienandanza; de donde resultaba uniforme, regular é idéntico para todas, el funcionamiento de las casas de socorro, cuya presidencia y dirección hoy está encomendada á los tenientes de alcalde de los distritos, verdaderos señores feudales, dueños de vidas y haciendas adornados del símbolo autoridad, pero desprovistos en general de las cualidades y dotes, aparte de las de mando, si las tienen, necesarias para dirigir con acierto establecimientos científico-profesionales.

Las casas de socorro en la actualidad sólo se parecen en la índole del servicio que prestan, pero no, como debieran, en la forma de llevarlo á cabo, según aconseja el reglamento que las rige; es verdad que en este país que nos vió nacer, las leyes se han hecho siempre para tener el gusto de infringirlas. No son, repetimos, como debieran, órganos de un mismo cuerpo sometidos á la misma ley y autoridad; son verdaderos Estados federales dentro del Municipio, que se rigen y gobiernan independientes, obedeciendo sólo al criterio, á la inteligencia ó al capricho del señor alcalde del distrito. Así va ello, y apliquen VV. el oído.

Si las múltiples é importantes obligaciones de su cargo concejil les permiten dirigir su excelsa mirada á servicios de secundario interés, como llaman al sanitario, porque desconocen su importancia y mecanismo, dedican preferente atención á la beneficencia, se convierten en limosneros de barrio; reparten si la depositaría local lo consiente; distribuyen, digo (y en el cielo se lo encontrarán), bonos de alimentos, ropas, baños, lactancias, envolturas y hasta bragueros entre compadres y comadres, mientras de todo carece el necesitado y el enfermo que sin padrino ni recomendación solicita estos auxilios. También tienen tiempo de halagar y mimar á los visitadores encargados de esta distribución equitativa y edificante que se practica sin trabajo y produce plácemes y gratitud sin ninguna responsabilidad.

En cambio la sanidad y los profesores que la ejercen con su factor indispensable, *sine qua non* para la existencia de las casas de socorro, permanece olvidada, totalmente desatendida por parte de la autoridad local: no ocurre por fortuna, y dicho sea en elogio del profesorado médico municipal, que muy muy bien conoce las obligaciones que le impone su título y el cargo que desempeña; pero si aconteciese que un médico falto de pundonor y de conciencia eludiese relativamente el cumplimiento de su deber, consentida sería la falta por ser ignorada. Yo bien sé que el jefe facultativo debiera ser el primero á corregir estos abusos; pero me consta que no se corrigen, y que, como dice el refrán, *entre todos la matamos y ella se murió*; como también que del médico sólo se ocupan para recomendarle economía al recetar y prodigalidad en visitas y palabras de consuelo al enfermo, que es como se curan las enfermedades del pobre.

Aplaudamos tan sensata observación, digna de nuestros talentudos ediles, la cual hace que renazca en mí el alborozado regocijo con que comenzaba estas líneas; y les deseo que permanezcan, si Dios y Cánovas lo consienten,

que no lo consentirán, en su dulce abandono y su quietismo, que es mil veces preferible al desconcierto que originaría legislar sobre lo que por lo visto se desconoce; mejor es la inacción que el desordenado movimiento, pero tengan entendido que el olvido ó el desdén engendran en las corporaciones la falta de disciplina y ésta origina el desprestigio y la deshonra.

Ahora tiene la palabra el Sr. Marqués de Bogaraya (nombrado sea con la debida consideración y respeto), y volverán los antiguos inspectores médicos á regir los destinos de la beneficencia, los cuales, siendo mejores que los últimamente sufridos, la conducirán á su mayor esplendor.

Así sea, y cuenten de antemano con nuestra sincera y generosa ayuda.

¡Qué repentino cambio é inesperada transformación! Y Martínez Brau que, como suele decirse, *iba tan á gusto en el machito...* Vamos, que no quiero pensar en ello ni entristecerme.

DR. X. DE X.

TOTUM REVOLUTUM

Dice un periódico:

«Con arreglo al art. 20 de los Estatutos, se van á dar por vacantes las plazas de los académicos electos de la de Ciencias morales y políticas que no hayan presentado su discurso de recepción.»

¡Oh, tú el más ilustre de todos los vicepresidentes habidos y por haber en todas las academias! ¡Tú el actual presidente interino de la de Medicina! Dígnate bajar por un momento del trípode desde donde lanzas anatemas sobre los que no quieren convertirse en borregos de Panurgo y contesta á mi humilde pregunta:

¿Cuándo se va á cumplir el reglamento en la Real Academia de Medicina? ¿Para cuándo es el carácter? Para cuándo son tus rayos?

Y ahora observo que en el calor de la improvisación he tuteado á V. E. Como no me gusta quitar nada á nadie, y con objeto de que V. E. los coloque en lugar correspondiente, pongo á continuación este regloncito de
V. E. V. E. V. E. V. E. V. E. V. E.

***

La redacción de *El Diario Médico Farmacéutico* ha quedado constituída en la forma siguiente:

Redactor en jefe: D. Mario González de Segovia.—Redactores: D. Pablo Alvarez Delgado.—D. Manuel María Carreras Sanchis. — D. Simeón Marcos García.—D. Luis París Zejín.—D. Mariano Pérez Mínguez (hijo).—D. José María Puelles.—D. Benito Remartínez.

Como quiera que este periódico sostiene —aunque en diversa forma— nuestras mismas ideas, no le podemos dirigir ninguna frase lisonjera, porque sería tributarnos aplausos indirectamente.

Por otra parte, el nombre de sus redactores es una garantía de lo que es y puede ser *El Diario Médico Farmacéutico*, á quien las clases médicas deben sostener á toda costa.

***

Han visitado nuestra redacción los nuevos periódicos profesionales: *Crónica de especialidades Médico-quirúrgicas*, que se publica en Cádiz, y *La Voz Médica*, de Almería.

Les devolvemos cariñosamente el saludo, deseándoles todo género de prosperidades.

***

El día 28 del actual han sido elegidos para individuos de la Real Academia de Medicina: el eminente histólogo doctor D. Aureliano Maestre de San Juan, catedrático de la Universidad Central, y el Dr. D. Ramón Gómez Pamo, el primero lo fué por unanimidad.

Damos la más cordial enhorabuena á los agraciados y á la Academia por tan justísima elección, que seguramente redundará en beneficio de la docta asamblea.

***

Parece que toma iucremeuto la idea de disminuir el número de individuos de la Real Academia; sin embargo, es de presumir que tal proyecto se aunle ante los argumentos que el sentido común y el prestigio de la Sociedad oponeu á tal medida.

***

En la quinta visita dirigimos unos cuantos cargos tau duros como merecidos á los que se lanzabau á emprender operacioues de muy dudoso resultado, sin tener las condiciones y reputacion que, aparte del título, son indispensables para tales atrevimientos.

Censurábamos un vicio general, sin aludir *directa ni indirectamente* á nadie en particular, pues si hubiéramos tenido intención de señalar á alguuo de tal modo le hubiésemos señalado, que á nadie le quedaría la menor duda. La historia de EL DR. SANGREDO, por corta que sea, habrá convencido á nuestros lectores que no acostumbramos á mordernos la lengua para censurar, ni que tampoco nos valemos de la pluma para empañar la honra de nadie, ni para verter ideas ni especiotas que puedan rebajar á la clase á que nos honramos pertenecer. Apesar de todo ha llegado á nuestros oídos que se murmura por ahí que las censuras á que nos referimos ibau dirigidas á determinada persoualidad.

Nada diríamos, porque si hay alguno que vió al leer aquellos párrafos reflejada sn imagen, no será culpa nuestra, *que no pensábamos particularmente en nadie* al escribirlos, y en ese caso, culpe á su conciencia, no á nosotros; pero como no uos gusta sacar las castañas para que otro las saboree, damos esta explicación que nadie nos pide, y diremos la causa que á ello nos impulsa.

Desde el momento que un hombre empieza á valer algo, se ve rodeado de *amigos*, que por lo general son sus mayores envidiosos, y como á este pecado capital acompaña siempre la falta de valor y de carácter, acostumbran á herir en la sombra á quien lisonjean á la luz del sol.

¡Pues figúreuse VV. lo que sucederá á estos caballeros cuando tieuen ocasion de dar un mal rato impunemente á sn ídolo!

—Mira, mira—le diceu,—esto es por ti, y es grave; tú ves cómo te ponen, etc., etc., etc., y lenta é insidiosamente van infiltraudo en el pecho del desgraciado que no los envía... á paseo, la duda, la inquietud y hasta el martirio.

El que tiene la concieucia tranquila de sus actos no debe jamás dar crédito sino á lo que ve con claridad.

Por lo demás, y conste de uua vez para siempre, cuando atacamos, lo hacemos con desenfado y de modo que nadie dude.

***

El distiuguido médico de sanidad militar, Dr. D. Bonifacio Montejo y Robledo, ha sido recientemente nombrado inspector de sanidad militar con destino al ejército de Filipinas. Los que conoceu las altas dotes que posee tau ilustrado compañero, considerarán muy justo este nombramiento, que nosotros, por otra parte, lameutamos, porqne nos priva por algún tiempo de la preseucia de un amigo cariñoso, á quien siempre quisiéramos ver á nuestro lado.

***

La *Revista Médica de Sevilla*, antes mensual, aparece desde primero de año cada quince días, habiendo mejorado considerablemeute las condiciones de su publicación, qne ya antes eran buenas.

Felicitamos por ello á nuestro estimable colega.

Este movimiento científico de las clases médicas, tan míseramente recompensadas por sus desvelos, da mnestras de lo que es y lo que vale; uinguna otra de la sociedad trabaja y produce... intelectnalmente tanto, ninguna recibe tampoco menos premio.

Así es el mundo.

MADRID.—Imp. de M. G. Hernández, Libertad, 16.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

Giné Partagás (D. Juan).— *Tratado clínico iconográfico de las enfermedades venéreas y sifilíticas.*—Barcelona, 1884.—Un tomo de más de 700 páginas, ilustrado con 33 figuras en colores. Precio, 16 pesetas.

Como muy en breve ha de aparecer el autor de este libro en las figuras de nuestra *Galería humorística*, dejamos para entonces el ocuparnos de su personalidad; de la obra que motiva estas líneas tampoco nos hemos de extender en juicios críticos en el BOLETÍN; trabajos de esta importancia, ó se juzgan después de un estudio muy detenido y ampliamente, ó sólo se da una noticia lisa y llana. Esto es lo que vamos á hacer.

Divide el Sr. Giné su obra en lecciones (cincuenta y una) en las que bajo el punto de vista práctico desarrolla sus teorías, condensándolas en proposiciones breves y comprensibles. Al escribir su libro ha tenido el Dr. Giné muy presentes los trabajos de los más notables sifiliógrafos y el resultado de una práctica de más de veinticinco años. Con estos elementos ya se puede escribir un buen libro... pero nos olvidábamos de nuestros propósitos y ya íbamos á hacer su crítica. Al final de la obra ha insertado el autor un formulario escogido que comprende 105 fórmulas. Unas palabras acerca de las láminas: son doce, con treinta y tres figuras, tiradas en doce colores; las hay muy buenas, las hay regulares y alguna mediana; hablamos bajo el punto de vista artístico. De todos modos, se observa en España un adelanto en estos trabajos que debe satisfacernos, y felicitamos al Sr. Giné por ello. Una cosa nos llama la atención: la baratura del libro, cuya tirada debe ser muy costosa, y por lo tanto parece no estar en relación con el precio á que se vende, aunque no debemos olvidar que en Barcelona se trabaja tan bien como en cualquier parte y seguramente más barato que en ninguna para los efectos del ramo de librería.

¿Necesitaremos decir que recomendamos á nuestros lectores la adquisición de este libro?

***

Montells (Dr. N.).— *Tratado de Patología quirúrgica general.*—Zaragoza, 1884.—Un volumen en 4.° de 707 págs. Precio, 11 pesetas.

Este trabajo de Patología quirúrgica general —dice su autor—se debe á las necesidades de sus discípulos, dada la necesidad que tienen para el estudio desde sus primeros pasos de la clínica. La simultaneidad de dos cursos relativos á la Patología y á la clínica quirúrgica, reclama la adquisición de los conocimientos teóricos con urgencia, si han de colocarse dispuestos á interpretar el significado práctico de las enfermedades; y ya que la ley no preceptúa un orden de prelación de una á otra, por lo menos, conviene que, en el menor período posible, conozcan bien lo más fundamental de la asignatura, base primera para comprender los afectos especiales, objeto de la Patografía ó sea de la Patología especial.

Estamos conformes con ello y felicitamos al catedrático de la Universidad de Zaragoza por haber escrito una obra, que si no encierra grandes aspiraciones ni desarrolla problemas trascendentales, por lo menos llena el objeto que se ha propuesto el autor.

Mucho nos complace dar cuenta en un mismo día de dos libros como el anterior y éste, debidos á las plumas de médicos españoles. Sin querer aquilatar el mayor ó menor mérito de estos trabajos, nos sentimos satisfechos de pertenecer á una clase tan laboriosa, tan honrada y que demuestra tanta aplicación como la médica.

***

Burdón-Sanderson, Foster, Lander-Bruntón.— *Manuel du laboratoire de Physiologie.*—Traducción del inglés de Mr. Moquin.—Taudón.—París, 1884.

Este libro, que desdichadamente ha de tener poca aplicación entre nosotros, está escrito para los principiantes, que llenos de fe emplean su inteligencia en resolver en los laboratorios los intrincados problemas de la Fisiología experimental. Tres partes comprende: una dedicada á la sangre, á la respiración, á la circulación y al calor animal; la segunda á las funciones de los músculos y de los nervios, y la tercera á la química de los tejidos, la digestión, secreciones, etc. Recomendamos este libro á los aficionados á este linaje de estudios, pues ha de complacerles por su método y por la buena enseñanza que proporciona.

EL Dr. SANGREDO

REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

Redacción y administración, Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO.	
Trimestre.....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año..........	10 »	Año..........	12 »	Año..........	18 »

Número suelto, una peseta.

Números atrasados del anterior trimestre para los no suscritores: dos pesetas.

Medios de hacer la suscrición.—Por nuestros corresponsales, donde los establezcamos, ó librando directamente á esta administración por el Giro Mutuo ó por letras de fácil cobro. Donde no hubiese estas facilidades, se podrán remitir sellos de franqueo en cartas certificadas.

Los autores ó editores que remitan obras profesionales tendrán derecho á un anuncio de ellas, sin que esto *comprometa á otra cosa* á la redacción, que sólo emitirá juicios críticos de aquellas que crea conveniente; por el contrario, tendrá verdadero gusto en adquirir con sus fondos propios las que lo merezcan, protegiendo así, y en la medida de sus fuerzas, el trabajo y la laboriosidad de los escritores médicos.

CENTROS DE SUSCRICIONES EN MADRID

Librería de Guttenberg, Príncipe, 14, y en la de Menéndez, Atocha, frente al Ministerio de Fomento.

EN PROVINCIAS

Albacete.......	D. Eduardo Arcángel, droguería.	*Mahón*........	D. Antonio Sintes.
Albaida.......	D. Vicente Más.	*Oviedo*........	D. Juan Martínez.
Alcoy.........	D. Antonio Jimeno.	*Salamanca*....	D. Manuel Hernández.
Barcelona.....	López, editor, Rambla del Centro, núm. 20.	*San Sebastián*.	D. Luis de Rubinat.
Bilbao........	Señora viuda de Delmas.	*Santa Cruz de Tenerife*....	D. José Benitez.
Cádiz.........	D. Manuel Morillas.	*Santiago*......	D. José Goll y Camps.
Cartagena.....	D. Vicente Velázquez.	*Segovia*.......	D. Abelardo Fernández.
Ciudad Real...	D. Ramón Clemente Rubisco.	*Sevilla*........	D. Tomás Sanz, Sierpe, 92.
Córdoba.......	D. Manuel García Lovera.	*Valencia*......	D. Francisco Aguilar.
Coruña........	D. Vicente Naveira.	*Valladolid*.....	D. J. Montero.
Ferrol........	D. José Mariano Abizanda.	*Vitoria*.......	D. Bernardino Robles.
Jerez.........	D. Miguel Gener.	*Zaragoza*......	D. José Maynou.
Madrid.......	Librería Guttenberg, Príncipe.		

Toda la correspondencia á D. Antonio García Hidalgo, Atocha, 143, piso 4.°

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 16 MARZO 1884. VISITA 10

SUMARIO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

Calle de Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
Trimestre......	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año..........	10 »	Año..........	12 »	Año..........	18 »

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16

1884

NUESTRAS FIGURAS

PUBLICADAS HASTA EL DÍA

Dr. Santero (papá).
Dr. Encinas.
Méndez Alvaro.
Benavente.
Calleja.
Marqués del Busto.
Federico Rubio.
Dr. Pulido.
Tejada y España.
Carracido.
Gine y Partagás.
Olavide.
Dr. Letamendi.
Dr. Creus.
Dr. Nieto y Serrano.
Dr. Castelo.
Maestre de San Juan.
Dr. Campá.
Ustáriz.
Dr. Rodríguez Méndez.
D. Juan B. Comenge.
Amalio Jimeno.
Del Toro.
Cortezo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Con este número ha terminado el semestre primero para la mayoría de los señores suscritores de provincias, los que se servirán tenerlo en cuenta para los fines de esta administración, remitiendo por el Giro Mutuo el importe del segundo, según costumbre.

El Administrador.

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

A LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 16 ABRIL 1884. VISITA 12.

SUMARIO

ALGO DE LA QUINCENA

Fourquet, Mata, Argumosa.

Estos tres nombres llenaron con su recuerdo la pasada quincena. El Ateneo Médico-Matritense honró su memoria, celebrando una sesión el domingo 6 de abril, que no se olvidará fácilmente á cuantos á ella asistieron.

El paraninfo viejo do la Universidad se vió concurrido ese día por bellas damas, jóvenes alumnos que forman el núcleo del Ateneo Médico-Matritense, y muchos de los médicos que asisten con constancia, aunque desgraciadamente no en gran número, allí donde se rinde culto al saber, á la ciencia y al trabajo.

Estoy seguro que muchos de mis lectores esperan aquí la relación de los catedráticos que asistieron al acto, ya que de honrar la memoria de catedráticos se trataba. Luscinda, que, como mujor, es en extremo curiosa, no vió más que al Sr. San Martín, que, como presidente de la Sociedad, no había de faltar. Apesar de sus soguridades no la quise creer, sintiendo que mi vista, cansada por los años, no me permitiese distinguir á todos los que forman el cláustro de la facultad.

Porque si no honran á aquellos que en sus actualos funciones les precedieron con tal renombre y justísima fama, ¿qué esperanza abrigan para ol porvenir? Su modestia, y no otra cosa, bien pudiera inducirles á estimar que no hay entre ellos un Mata, ni un Fourquet, ni un Argumosa que merezcan en su día los honores que á cstos esclarecidos médicos se rinden; pero aun así, el rcspeto á los que fueron maestros suyos, y el compañerismo—que existe hasta entre los cocheros—serían motivos más que

suficientes á que asistieran á tales actos. La malicia de mi cara mitad y mi cortedad de vista nos impidieron verlos.

Presidió el acto un ilustrado Príncipe, D. Luis Fernando, que sin ser español ni discípulo de aquellos maestros ni catedrático, manifestó cuánto agrado había experimentado presidiendo aquella solemnidad. Se pronunciaron algunos discursos, sobresaliendo el del Príncipe, por la bondad de su fondo, y el del Sr. San Martín por la corrección de la forma; se leyeron poesías muy agradables; el joven médico Sr. Francos dió lectura á unas décimas suyas que le acreditan de poeta, y los Dres. Castelo y Benavente unos versos satíricos rebosando salero en todas las estrofas. Luscinda y yo nos sentimos halagados sin poderlo remediar al oirlos, porque atribuyéndose por muchos—aunque no es cierto—la redacción de esta Revista á dichos señores, nos decíamos: vamos, no seremos tan malos cuando nos toman por quien escribe con tan inimitable gracejo. Pulido y Tolosa Latour leyeron por su parte artículos en elogio de Mata,... como todo el mundo conoce la forma de escribir de nuestros simpáticos amigos, nos excusamos decir que fueron muy aplaudidos; por último... pero no, esto merece párrafo aparte.

Un venerable excatedrático, un hombre que ha consagrado toda su existencia á la enseñanza, un profesor que la juventud estudiosa mira con profunda pena alejado de la cátedra; el Dr. Martínez y Molina, á quien su edad impide asistir á esta clase de reuniones, escribió para el día 6 un artículo en honor del mejor cirujano español de este siglo: del gran Argumosa, dando el encargo de su lectura al Sr. Tolosa, que cumplió su cometido con *amor*.

Nada diremos de ese escrito; porque impregnado EL DR. SANGREDO en las sanas doctrinas que en él se exponen, se ha apresurado á solicitar del Sr. Martínez y Molina el honor de trascribirle íntegro en sus columnas, como lo hace hoy en lugar preferente. Cuantos amen la dignidad de nuestra honrada clase, deben mirar en la excelente pintura que se hace en él de Argumosa un modelo al que debe ajustarse quien aspire al título de cirujano de conciencia; otra cosa es manchar la vestidura de esa profesión, que debe igualar al armiño por su blancura.

***

Con asistencia del bello sexo, se conmemoró el cuarto aniversario de la fundación del Ateneo Antropológico-Escolar, pronunciando en tan solemne acto, amenizado por una brillante orquesta, bonitos discursos los Sres. Tortosa, Manglano, Polo y Calatraveño. También presidió esta sesión el Príncipe D. Luis Fernando.

***

También el Sr. Alonso y Rubio fué muy aplaudido el viernes último al terciar en la discusión que viene ocupando á la sección de ciencias naturales del Ateneo de Madrid, aunque EL DR. SANGREDO no esté muy conforme con la doctrina que expuso.

***

Y á propósito del Dr. Alonso y Rubio, nos complace notificar á nuestros lectores que el excelente periódico del señor Ulecia y Cardona *Anales de Obstetricia Ginecopatia y Pediatria*, dedica al eminente doctor un número extraordinario de exquisita elegancia, que contiene: una magnífica litografía del sabio tocólogo; su biografía, debida á la plu-

ma del Sr. Torres Fabregat; trozos escogidos de la obra del Sr. Alonso y Rubio *Mi profesión de fe médica.* Examen crítico de la Medicina contemporánea con aplicación á España; Manifestación pública en honor del Dr. D. Francisco Alonso y Rubio, y, por fin, se da cuenta del banquete en obsequio del presidente de la Sociedad Ginecológica.

Esta manifestación, como la que tuvo lugar en honor de Mata, Fourquet y Argumosa, llenan de satisfacción al Dr. Sangredo, que pondrá siempre cuantos medios estén á su alcance para promover otras semejantes dedicadas á los ilustres varones que honran la clase. En cambio, pondrá como hasta aquí empeño indomable para delatar, de modo más ó menos indirecto, á todos cuantos se separen de la línea recta, bordeada por el decoro. .

Los que, ligeros ó despechados, atribuyen á esta publicación fines puramente aviesos, pueden irse convenciendo al leer estas manifestaciones en loor de los profesores dignísimos y preclaros diseminados por nuestra colección, que no tenemos más que entusiasmo para los buenos, lástima para otros é imparcialidad siempre.

Dr. Dogresán.

UN RECUERDO
DEL DR. ARGUMOSA COMO CIRUJANO
POR UN DISCÍPULO SUYO.

Eran los días festivos los destinados para practicar las operaciones que reclamaban los enfermos de su clínica. Su recto y severo criterio para la enseñanza de la asignatura no le permitía defrandar á los alumnos de una sola de aquellas lecciones teóricas tan henchidas de erudición científica como abundantes en provechosos hechos prácticos, y por esto aplazaba las operaciones para los días no lectivos.

Los discípulos de aquel gran maestro sabíamos con la debida anticipación todos los pormenores relativos á la enfermedad y al efecto de los medios farmacéuticos empleados inútilmente antes de acudir á aquel supremo recurso. Todos esperábamos con avidez el día señalado, y los que teníamos la fortuna de ser sus ayudantes, nos preparábamos, con la lectura y en conferencias familiares, á cumplir á porfía con nuestro deber. Muy lejos de anunciarse el suceso en la prensa periódica, poniéndose en relieve la figura del operador, para que propios y extraños conociesen su habilidad, le bastaba que sus discípulos solos presenciasen el espectáculo y sacasen de él la utilidad consiguiente. No recuerdo haber visto persona alguna extraña á la ciencia presenciando las operaciones de Argumosa. Tenía muy presente aquel ilustrado profesor el precepto del divino anciano: «*Sacra sacris hominibus comunicanda; profanis vero nefas, priusquam scientiæ misteriis initiati sint*» (1). Cuidaba, por otra parte, muy poco de su fama y de su nombre en beneficio de los pacientes, que ven con sentimiento en un anuncio pomposo pregonada su desgracia y la mutilación peligrosa que han de sufrir. ¡Harto desgraciada es la suerte de un enfermo, y un enfermo de hospital, para que nosotros procuremos no explotar en beneficio propio la triste situación de nuestros semejantes!

Llegado el día de la operación, el doctor Argumosa, esclavo de su palabra, se dirigía con paso lento á la Facultad. Nos parece que le vemos bajar por la calle de Atocha, envuelto en invierno en su añoso carrik, cerrado por delante, y en las estaciones intermedias, en su larga levita y sostenido en un bastón siempre vertical, vista baja, nada curiosa, ceñudo y tétrico el rostro, siempre solo, respondiendo con una flexión de cabeza á los alumnos y personas que respetuosas

(1) Hippocratis Lex. núm. 3.

le saludaban, realizando en su persona aquel consejo y *desiderátum*, que tanto recomendaba cierto maestro de la antigüedad á su discípulo:

«Procura—le decía—que los transeuntes, cuando te vean por la calle, digan de tí: Οὗτος ἐκεῖνος.

Pisaba nuestro maestro los umbrales de esta escuela, y en seguida se dirigía á una pieza de descanso, próxima á la clínica y al anfiteatro, y allí se celebraba *la sesión preparatoria*. En ella nos hacía el profesor un breve resumen de la dolencia, nos participaba el método y procedimiento que pensaba emplear, las peripecias que pudieran ocurrir durante la maniobra, los accidentes y medios de corregirlos; se disponía con el mayor rigorismo lo que llamábamos el aparato y el apósito, el primero conteniendo todos los objetos necesarios para el acto de la operación, y el segundo, los que habían de quedar aplicados después de ella; el mismo maestro, como director de escena, distribuía los papeles, confiando á los *aparatistas* los de mayor importancia, y á los *ayudantes*, los más sencillos.

Era tal su nimiedad en este punto, que hasta nos hacía ensayar el modo de poner en sus manos el instrumento: la sierra, el cuchillo, las tijeras, el bisturí, á fin de que una vez cogido fuera más fácil su aplicación. Decía que los ayudantes debían adivinar la mente del operador y anticiparse á las necesidades; procuraba no pedir los instrumentos por su nombre á fin de no mortificar la imaginación del operado, toda vez que no habiéndose todavía generalizado el cloroformo, el paciente asistía á su sacrificio: el *convexo*, el *recto*, el *de mango negro*, el *de botón*; tales eran las palabras con que designaba los bisturíes de que se servía; las *de erina*, las *de bocado lenticular*, las de *disección*, así distinguía las piezas; los ayudantes entendíamos perfectamente este lenguaje convenido, usábamos de las esponjas, colocábamos ligaduras cuando era necesario y sin que el profesor lo indicara; y tal era la inteligencia y el convenio entre el operador y los ayudantes, que no parecía sino que operaba una sola persona, reduciéndose la operación á una *escena muda*, (eran sus palabras) y el acto á un espectáculo solemne y majestuoso en el que solo herían los oídos los gritos del paciente. Alguna vez anunciaba el profesor, á fin de fijar más la atención del enmudecido público, algún momento supremo ó crítico de la operación.

Por regla general, no prevenía al paciente anunciándole el día ni la hora de la operación, sin dejar por eso de prepararlo higiénica y farmacológicamente para ella, porque deseaba evitar al enfermo el tormento producido por el temor y la impaciencia. Un supuesto motivo improvisado, una circunstancia insignificante justificaba en el acto la oportunidad, y el enfermo, obediente á la voz persuasiva y autorizada de aquel cirujano venerable, se prestaba sumiso á recibir el cruento beneficio. ¡Con qué religioso silencio nos dirigíamos todos, operador, ayudantes y enfermo á la losa del anfiteatro!

Allí figuraban, ya artísticamente dispuestos, todos los objetos necesarios para la operación y para la cura, y cada ayudante preparado á cumplir con su deber con independencia del compañero. Todas las personas encerradas dentro del circo debían ser activas; el público oficial y curioso ocupaba puestos más altos, para no embarazar el ejercicio de los actores; los mismos ayudantes éramos reconvenidos si en el desempeño de nuestro papel faltábamos inadvertidamente á las consideraciones debidas á los espectadores, volviéndoles la espalda. Nada sobraba ni nada faltaba. Si alguna vez se veía en las bandejas algún instrumento antiguo, de rara forma y de lujosa armadura, extraído de los museos instrumentales del célebre Colegio de San Carlos, ó de aquellas aterciopeladas cajas, regaladas por manos regias, era más bien para hacer una ostentación histórica de aquella *riqueza pobre*, como la llamaba el maestro, que para emplearlo en la operación.

¡Con qué seguridad de pulso manejaba el instrumento cortante! No era infrecuente verle señalar con tinta el trayecto que había de recorrer el bisturí.

Nadie le ha ganado en serenidad de ánimo, y pocos le han igualado en aquella sangre fría é imperturbable valor, que caracteriza á los grandes cirujanos. No se crea, sin embargo, que era sordo á las súplicas del paciente; de vez en cuando articulaban sus labios algunas palabras de consuelo, que llevaban la esperanza á su ánimo atribnlado. Nnnca se le oyó expresión alguna inconveniente, ni menos palabra alguna ofensiva para aqnel ayudante que olvidabà por un momento sus deberes; sus advertencias y reprensiones eran siempre secretas; oía con atención y paciencia cualqniera petición, contestaba categóricamente y, lo mismo en su conversación que en la cátedra, era nn modelo de bien decir; oportuno en sus frases, castizo puro en la palabra, felicísimo en la metáfora, fotográfico en las descripciones, y tan conciso y categórico en la expresión, que bien pudiera ser colocado en el número de los mejores hablistas de su tiempo. Su obra sobre cirujía, no solo es un dechado de la sana ciencia, sino un documento precioso de la pureza y tersura de la lengua castellana. Sus lecciones en la cátedra era oídas con religioso silencio; algunas de ellas, como la de la hidrofobia, en la qne descendía al detalle de pintarnos con sombríos colores al perro rabioso, impresionaba vivamente el ánimo del auditorio.

Su descripción del carbnnclo y postula maligna, del cáncer, de la hernia estrangulada, sns reseñas anatómicas, el minncioso y técnico análisis que hacía de los mismos instrumentos quirúrgicos, todo contribnía á dar atractivo y realce á la asignatura de afectos externos del antigno Colegio de San Carlos.

Era Argumosa intransigente con el alumno desaplicado, jnsto en las calificaciones de examen, nunca pospuso la cátedra á los compromisos de la profesión; era inflexible á toda recomendación incompatible con la justicia, y si bien faltaba entre alumnos y maestro aquella familiaridad propia de ciertos catedráticos condescendientes, era debido este aparente desvío al gran respeto y veneración que le profesábamos.

Su clínica, establecida en la sala de San Calixto, era una escuela práctica y la piedra de toque de la doctrina teórica de la cátedra. Pocas enfermedades de las comprendidas en la Patología quirúrgica quedaron por explicar en el programa de Argumosa, y respecto á operaciones, todas las que recomendaba su prudente criterio fueron practicadas. Recordando la sensatez y cordura que informaba sus actos, no dudamos en afirmar que hubiera fulminado un calificativo algo duro sobre ciertas operaciones de la cirujía moderna. Era, sin embargo, Argumosa hombre de progreso, de iniciativa y de genio, y no dejaba de acoger lo que su sana razón y recta conciencia le aconsejaban.

Por último, intachable con su conducta moral é indomable en su carácter, siempre recordarán con orgullo las generaciones médicas venideras la vida austera, retraída y grave del gran Catón de la cirujía española.

¡Honremos su memoria! ¡Imitemos su ejemplo!

Dr. Rafael Martínez Molina.

LAS FIGURAS DE MI GALERIA

EL Dr. OLAVIDE [1]

Hubo en Francia un hombre de poderosa inteligencia, que, recogiendo cuantos estndios y conocimientos había esparcidos acerca de las enfermedades de la piel, constitnyó verdaderamente uua especialidad importante: la dermatología. Otros, quizás habrán podido y habrán hecho más que él en ese ramo de las ciencias médicas; pero ninguno como él ha dado á la especialidad en cuestión el impulso que la encamina por los senderos de nuestras modernas conquistas; nadie dndará qne alndimos á Bazín.

En España tenemos también un especialista en esas enfermedades, del que

(1) No habiéndonos podido procurar una fotografía moderna de este dermatólogo, el amigo Cilla se ha visto obligado á dibujar su caricatura por un retrato ya bastante antiguo, cuando el original estaba más delgado que en la actualidad.

se podría formar un buen paralelo con aquél. Durante su primera época ha seguido su mismo camino; como aquél, es laborioso, investigador y amante del progreso; como aquél, tiene también lunares, que son, con corta diferencia, los mismos, y como el profesor francés, ha honrado á su país con trabajos de un mérito indudable.

Más de veinte años lleva encargado de una clínica de su especialidad en San Juan de Dios; tiempo que no ha desaprovechado, pues, como Castelo y algunos otros médicos de la Beneficencia provincial, ha permitido asistir á su visita á cuantos médicos lo han solicitado. A él se le deben estudios muy importantes en dermatología y una obra que, bajo todos conceptos, puede calificarse de monumental.

Hemos dicho que es amante del progreso; añadiremos que es constante y hasta obstinado cuando se propone conseguir algo que redunde en provecho de la ciencia; así lo prueban la publicación del *Atlas* y la creación del Museo de San Juan de Dios, que ha conseguido á fuerza de trabajos y gastando sus valiosas relaciones. Gracias á Olavide tenemos hoy un Museo de reproducciones de sífilis y dermatología y un laboratorio histo-químico, que dará renombre, más que al director-fundador, á la Diputación provincial de Madrid, que no ha podido gastar mejor los fondos que en él ha empleado. Es autor de las bellísimas piezas que penden de sus estantes el escultor D. Enrique Sofio y director de los trabajos micro-químicos el Sr. Mendoza, joven micrógrafo que ha venido á esta corte precedido de respetable fama; pero al que nos abstenemos de juzgar hasta que oigamos unas conferencias anunciadas por la prensa profesional.

No se quejarán los amantes de la Medicina española del Dr. Olavide, médico eminente que la da mucho honor; no se quejará tampoco el interesado de nuestro juicio acerca de su personalidad médica, que hemos hecho con la más severa imparcialidad; pero esta misma causa nos obliga á dirigir un cargo al reputado dermatólogo.

D. José Eugenio Olavide es individuo de la Real Academia de Medicina, y apesar de su amor al estudio y de llamarse propagandista del progreso médico, jamás se le ve en aquellos escaños. ¿Es pereza? ¿Es temor á discutir y á sostener sus doctrinas? ¿Es menospreciar á sus colegas?

Como no estamos dentro de la conciencia del Sr. Olavide, no podemos contestar; pero sí debemos repetir que hombres animados de sus deseos y saber no se deben á sí mismos y que deben combatir y propagar sus ideales en todas partes, sin rehuir jamás un combate en el que después de todo nunca hay vencidos.

EL Dr. CORTEZO.

D. Carlos María Cortezo es uno de los jóvenes médicos de la corte de más brillo y fortuna; y entiéndase que esta frase no la usamos en el sentido de *suerte*, que implica irrelación entre sus méritos y su fama, nada de ello; el amigo Cortezo tiene talento sobrado para que ninguno de los que le conocen extrañen su justa y futura exaltación, á la cual llegaría muy pronto si fuera más activo.

Es D. Carlos joven de agudísimo ingenio, oportuno en la conversación, erudito, de sólida instrucción, de gran retentiva, posee aptitudes las más variadas, pinta regularmente y es un buen poeta satírico.

Su frente ancha, sus ojos salientes y sus labios pronunciados, revelan que una fuerza interior, su inteligencia, como en estrechura dentro del cráneo, empuja hacia adelante y con violencia los ojos y el frontal.

Redactor de *El Siglo Medico*, y orador en el Ateneo, ha demostrado que sabe hablar y escribir. Fué catedrático por oposición en Granada, médico del Hospital de la Princesa, decano del cuerpo de Beneficencia general, consejero del Real consejo de Sanidad. Tiene escritos algunos folletos científicos y un libro de *Lecciones de patologia y clínica moderna* del que pronto estará (?) concluído el primer tomo. Además de todo esto, que no

es poco, tiene grandes simpatías, y una de las mejores clientelas de la corte.

Pero... tiene como todo hombre su pero, que es por cierto muy visible, á saber: ...mas tengo en la mano un número de *El Revulsivo*, en que se pinta á Cortezo de mano maestra; indudablemente el autor de estos versos le conocía muy íntimamente:

Si tuvieras olivares
como tienes fantasia...
Que concluya este cantar
Cortezo (Carlos María).

LANCETAZOS CRÍTICOS

LOS ESPECIALISTAS.

Sra. D.ª Luscinda Protoplasma.

Holgárame mucho, respetable señora mía, de haber alcanzado los años que por ese vuestro mundo corren, pues, aparte de vivir algunos siglos más, cosa de todos deseada, hasta de los que van á la gloria, hubiérame honrado con su amistad valiosa y regocijado en vuestra hermosura tan ponderada; pero no siendo esto posible en mi calidad de recluso celestial, quisiera ver, al menos, los gestos que vuestra merced hará en presencia de mi rúbrica.

Soy, no lo dudéis, el célebre Dr. Tirteafuera, el propio D. Pedro Recio de Agüero, médico del buen Sancho en la ínsula Barataria; el que vareaba los manjares, oponiéndose con su ciencia á las indigestiones de Panza; quien dijo aquello de: «*saturatio mala, perdix autem pesima;*» soy por fin el mismo á quien inmortalizó Cervantes y que, aburrído de no hacer nada en esta mansión, pues que sólo asisto alguno que otro empacho de celestial ventura, me dirijo á vuesa merced para ponerme al tanto de lo que por la tierra ocurre.

Es el caso, señora mía, que habiendo llegado á mi conocimiento la publicación de una Revista médica excelente, dirigida por vos y por su sapientísimo esposo, formé la resolución de escribir nnas cartas desde la gloria en donde resido y puede mandarme, para que vuesa merced me entere de ciertos asuntos y aclare algunas dudas que serían parte á tenerme desvelado si aquí se estilara el dormir, tanto es lo que me preocupan.

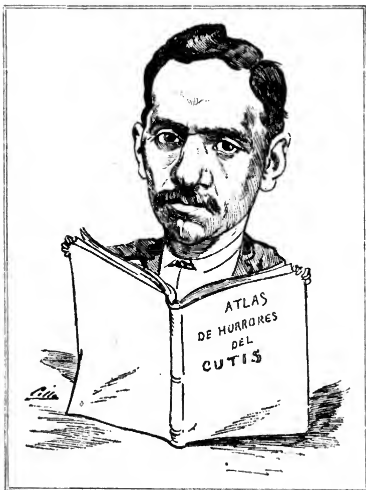
Días pasados llegó á este reino un bienaventurado doctor, *rara avis*, que guardaba en el bolsillo una visita del alegre «Dr. Sangredo»; ¡válame Dios y qué alegría tan grande se me entró por los ojos, al leer tan discreto papel! ¡No me faltó el negro de una uña para volverme loco de satisfacción y contento; aun agora que que me le sé de coro, le repaso y me relamo de gozo, que todo él me parece de perlas.

A fe que el matrimonio que en comandita escribe este donoso papel, dije para mi cutis, no es de los *stulti qui serviet sapienti;* sus escritos delatan á la faz del mundo que no se les puede aplicar aquella frase de Diógenes: *lapis super lapidem*, porque son de los que el sabio buscaba, *homines quæro.*

A juzgar, señora mía y de mi alma, por lo sereno de los juicios y por la *eruditio multa vastaque* que en la satírica revista de su merced saborean sus lectores, para mí muy estimables, pues que en sus gustos muestran sus méritos, son voarcedes inteligencias clarísimas que pensarán con Séneca: *stio neminem posse bene vivere sine sapientie studio*, en lo que estuvieron de acuerdo el autor del cantar de los cantares, San Jerónimo, y el Dr. Angélico.

Empapados de aquella máxima inmortal, *propia hominis operatio est inte-*

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. OLAVIDE.

Aunque no soy curtidor,
tengo tal gracia y aquél
que no hay quien lo haga mejor
aderezando una piel,
sí señor.

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. CORTEZO.

Tengo grandes condiciones,
sé darme lustre y charol;
pero me sobran razones:
hice más oposiciones
que un Ministerio español.

ligere, y cuyo sentido pertenece lo mismo á Tulio que á Quintiliano y que Aristóteles, llevan voarcedes á cabo, con valeroso denuedo, una campaña crítica, contra las preocupaciones y negligencia, digna de ser imitada, y muy honrosa para sus iniciadores, á los que no cuadran aquellos versos de Ovidio, en su libro de los Tristes:

Fertilis asiduo non removetur aratro
Non nisicum spinis germen habebit ager,

cuya traducción se encuentra en aquel párrafo de Cicerón, cuando compara el ánimo sin doctrina ni enseñanza á un cambo fértil de natura, pero sin utilidad.

Siga vuesa merced, señora mía, con su instruído esposo, trabajando en la afiligranada labor de su utilísimo periódico, que yo desde aquí quedaré rogando para que, si por su ciencia puedan decir, con el filósofo Bias, *omnia mecum porto*, no lo practiqueu jamás sino á condición de llevarse con su talento, el aplauso de sus conciudadanos y la bolsa repleta de dineros.

Y haciendo punto en esta franca explosión de mis simpatías, voyme derecho al asunto que motiva esta carta.

En ese mundo, que yo en un tiempo moré, no es mi figura de las más simpáticas que la historia presenta, gracias á los informes tullidos que de mí diera el malicioso Sancho á su señor D. Quijote; no ignoro que se me tiene como á un tiranuelo que, valiéndose de su fingida ciencia, y á título de evitar dolencias, se complacía en matar de hambre á sus clientes; como á un ignorante, un porro ahito de ajos y latines, que se ensañaba en los enfermos, recetándoles dieta, y disparándoles preceptos, aforismos, cánones y textos rimbombantes y por demás escuros. Confieso que algo me pique de todo ello; pero, con ser mucho, ni fué tanto, ni toda la culpa fué mía, sino de la época en que viví y de los maestros con quienes practiqué, no siendo por cierto, señora mía, esa vuestra sociedad la llamada á echarme chinas, que en todas partes cuecen habas, y en todo tiempo se vió departir á la charlatanería con la verdadera ciencia, sin tabique mediero que las separara.

Fiado en la bondad vuestra; convencido de que no regateará un adarme de mi humilde y pretérita ciencia, ni pondrá un tilde á mi buena fe, esta os envío, ilustre doctora, en la que he de narrar, si Dios me asiste y la paciencia de vuesa merced y la de sus lectores no me falta, el concepto que por acá tenemos de los especialistas, médicos forenses y otras creaciones más ó menos nuevas.

Cuando mi ánima se paseaba por la celebrada ínsula, envuelta en ropilla carnal, no tan perfecta ni hermosa como la vuestra, hermosísima doctora, tenía como cosa conveniente el que los hombres, dividiéndose la práctica de una ciencia tan vasta como es la de curar, se dedicaran al estudio de una sola de sus ramas en provecho de la humanidad y en honra de la clase. Así que, discurriendo yo sobre aquella sapientísima frase del viejo de Cos: *ars longa, vita brevis*, y sabidor de las ventajas que en las artes reporta la división de trabajo, colegía en mi exiguo cacumen, que estaba arreglado á lógica y á necesidad, el que hubiera, no sólo médicos y cirujanos, sino algebistas, hernistas, ensalmadores, boticarios, especieros, matronas, herbolarios, curadores de tiña, mal de piedra, cataratas, carúnculas, etc., considerados algunos como médicos por el Emperador Carlos V, porque, encamiuándose con holgura á un fin determinado, podrían

mejor alcanzarlo que si los abrazaran todos á un tiempo.

Que los especialistas son antiguos no hay por qué dudarlo. Hipócrates habla de ellos y las crónicas refieren que los egipcios, según Herodoto, tenían tantas clases de médicos como enfermedades conocían.

Allá en mis días, sin embargo, bien notábamos que estas divisiones antes contribuían al menoscabo de la clase que á otra cosa, porque la mayor parte de los especialistas, desconociendo las fuentes cardinales de la ciencia, no tenían títulos bastantes para proclamarse de aquella suerte, no guiándoles otra mira que el interés industrial.

Allá en mis días éramos tantos médicos como guijas y casi tantas guijas como doctores, las discusiones semi-teológicas y silogismos calcados en los escritos de Avicena, Galeno, Egina y Celso que, á guisa de revelaciones divinas, aprendíamos eran nuestra ciencia, que á ser la de hoy algo y aun algos, hubiéramos tramado para componer y adobar á los especialistas de modo que pudieran salir á la calle pulidos y bien acabados.

Yo entendía entonces que un especialista ha de ser como una buena lanza que necesariamente tendrá aguda punta, base sólida y buen temple; la base estará formada por vastos y profundos conocimientos de la ciencia en general, la punta por el sotil ingenio para aplicar aquellos conocimientos á un punto dado y el temple será la costumbre de trabajar en tal ejercicio, y sólo así, y no de otro modo, el hierro penetra con suavidad y presteza en las carnes, y el especialista muestra su dominio en el ramo á que se dedica.

¡Cuál no sería mi sorpresa, ¡oh señora mía! al saber por voces volanderas, que hasta aquí llegan cuando son infaustas, que aquel concepto tan sencillo y lógico que yo tenía de los especialistas, aún no se practica en pleno siglo XIX! ¡Se me dice que en ese valle de infortunios, surgen especialistas como la cizaña, sin saber cómo ni dónde; y que, excepción hecha de alguno que lo es de verdad, y que yo coloco sobre mi cabeza, no son sino industriales picados de charlatanismo, todo lo cual me apena y le ruego, amable Doctora, me diga lo que hubiere de cierto en esta colación; por mí sabré decirla que no son bastantes los de la Santa Hermandad á convencerme de tantas cosas como se dicen de los especialistas, que al proclamarse tales no obedecieron sino al capricho, al horror que profesan á los pueblos y al tufillo de falso esplendor que despiden las ciudades. Así, pues, se me asegura que embriagados por quiméricas esperanzas se nombran á sí propios homeópatas, electricistas, hidrópatas, etc.; quién se dedica á lavar estómagos; aquél funda un almorranocomio; mengano se dedica á las coyunturas; zitano á las enfermedades de la rabadilla ó del talón, y no es lo más grave que desconozcan el órgano que pretenden curar, sino que muchos contraigan deudas para sostener esta blecimientos en su mayoría destinados á perecer.

Una buena señora, que alguno la mandó hacia esta tierra, me asegura que conoció oculista que ignoraba las túnicas de que se compone la córnea, la composición del cristalino y ni aun dónde se originaba el segundo par craniano; pero en cambio, él confesaba que nada sabía (? !) sino es de oculística; opera cuanto se le ofrece y manda emisarios á otras consultas para robarle enfermos al

compañero; así se cazaban las palomas en mi tiempo, con halcones.

No falta quien me entera de que en alguna ciudad, en Valencia, perdonando el modo de señalar, hay caballeros especialistas que dan ¡¡un real diario!! á los mozos de posadas y hosterías, á condición de llevar clientes á su gabinete de curación; ¡donosísima ocurrencia para ganar prestigio! Alguna vez ejercen de gancheros, á más de los *donceles* de paja y cebada, algunos farmacópolas.

Por los que van llegando, sé que tal médico especialista se mete á droguero; cuál vende sondas, candelillas é inyecciones; quién trafica en anteojos, bragueros ó suspensorios; éste se alía con el sereno, para que le llame en los casos imprevistos, y sabe Dios si por tal camino llegará día en que los oculistas falsificados proporcionen guitarra á sus clientes...

Esto es pecaminoso, punible, tristemente conmovedor, y me indica las forzosas ociosidades de los estómagos médicos. Yo os ruego, por Dios y por mi ánima, mi Sra. D.ª Luscinda, que al paso que me expliquéis el significado de vuestro mote ó apellido, neguéis todo cuanto llevo dicho, devolviéndome la alegría y el contento; jurándoos que si tal obra en mi pro hacéis, guardaros he un puestecico en esta santa gloria.

Pero me olvido, ¡ay de mí! que entre lo malo y lo bueno, lo primero antes suele salir verdad que lo segundo, y más cuanto que mis informes presumen de ciertos, por los pelos y señales con que me los contaron.

Yo sé de buena tinta que un joven aprovechado mereció en su carrera una S. *nemine discrepante* por no saber donde estaba el sistema nervioso, teniendo necesidad, con tal motivo, de estudiar un año más que sus compañeros tal asunto; ¡si saldría fuerte el chico en nervios! Llegó el día de hacerse especialista, y recordando aquella circunstancia, se anunció con gran pompa, como eminente neurópata.

Una noche había un enfermo muy grave; le llamaron á consulta y como especialista, impuso su opinión. Pronosticó la muerte inmediata por hundimiento de la bóveda de los tres pilares que dícenme está en el celebro. Con efecto, al día siguiente y muy temprano, salió nuestro especialista á visitar y el primero á quien saludó fué al enfermo de la víspera, que con los santos óleos sobre su cuerpo, y dormida la borrachera, salía á tomar el fresco.

Casos como este y más curiosos, me cuentan los que de la tierra llegan, en que los héroes son por desgracia esos quiméricos especialistas que, por culpa de los Gobiernos, se proclaman como á tales imaginándose que lo son; y en verdad que la cosa es grave y el remedio urge.

En tanto que vuesa merced me escribe, yo aliñaré otra epístola con otros asuntos no menos importantes; por hoy ruégola, señora mía, que inculque entre sus conciudadanos la idea altamente útil de crear cátedras oficiales en que se enseñen las especialidades médicas, á fin de que los especialistas lo sean de verdad, no apócrifos, y sujetos á determinados estudios, á cierta práctica y disciplina, y así, lejos de asemejarse á la oruga que vive mastrullando los despojos del árbol de la medicina, pareceránse á aquella hermosa águila de que nos habla Ecequiel, *quæ tulit medullana cædri*, porque aspirarán á lo más noble y se nutrirán con lo más selecto de la ciencia.

Desde la gloria queda admirando su gallardía

DON PEDRO RECIO DE TIRTEAFUERA.
Revisada por
LUSCINDA PROTOPLASMA DE SANGREDO.

CANTO DEL CHARLATAN

(PARODIA DE ESPRONCEDA.)

¡Hurra, guripas de la ciencia, hurra!
El vulgo os brinda espléndido botín;
sus repletos bolsillos os esperan;
¡Hurra, grajos hambrientos, al festín!
¡Hurra, valientes hijos de la audacia!
Sucios reclamos por doquier fijad.
¿Veis los ricos palacios y las chozas?
Pues los puebla la estulta necedad.
Desde el prócer al paria de la gleva
por lo extraño se dejan convencer.
¿Es absurdo? Mejor; chillad más fuerte
y el precio convenido recoged.
¡Hurra, guripas de la ciencia!...
Nuestros sean su oro y sus aplausos;
gocemos, pues nos brinda la ocasión;
la estúpida ignorancia nos alienta;
en la audacia busquemos el valor.
Vedlos venir sumisos al reclamo
borregos que se acercan al redil,
no nos duelan sus quejas y dolores,
explotemos su llanto y su gemir.
¡Hurra, guripas de la ciencia!...
Nuestros consejos mirarán cual leyes,
los del sabio modesto olvidarán,
la ciencia augusta morirá de anemia,
de hambre los encogidos morirán.
¡Hurra! ¡Volad! Sin miedo y con falsía,
la desvergüenza alzad sobre el pavés,
la dignidad, rubor y otras sandeces
arrojemos al punto á nuestros pies.
¡Hurra, guripas de la ciencia!...
Nuestros padres por calles y plazuelas
daban á oír su enronquecida voz.
Hoy nos prestan diarios noticieros
por bajo precio bombos de emoción.
¡Hurra! ¡Sin vacilar! No importa el lodo
que cubre el rostro cual azote vil.
Si el no saber al hambre nos condena,
el decoro qué importa; ¡antes vivir!
¡Hurra, guripas de la ciencia, hurra!
El vulgo os brinda espléndido botín;
sus repletos bolsillos os esperan.
¡Hurra, grajos hambrientos, al festín!

DR. ESE.

CUADROS VIVOS

El candidato por acumulación

ENTRE PERIODISTAS PROFESIONALES

(Escena de café.)

Uno.—Le digo á V. que la idea es impracticable y que vamos á cubrirnos de ridículo.

Otro.—Yo no lo creo así.

Aquél.—V. es optimista; nada encuentra mal, y por esta causa, si carece de amigos, tampoco prosperará mucho. Con su credulidad, muy buena, pero poco práctica, hace el caldo gordo á muchos pájaros que, más tarde, ó no le hacen caso, ó, lo que es peor, se ríen.

El optimista. — Muchas gracias; es decir, que V. me toma por un tonto, y todo ¿por qué? Porque creo en la bondad de todos cuantos me rodean; porque si veo algo cuya vista me produce disgusto, cierro los ojos; porque no me complazco en la murmuración, y porque me agrada más ensalzar las virtudes de mis compañeros que censurar sus defectos...

El primero (interrumpiéndole).—Con lo cual, si no es V. autor de actos que avergüenzan á la clase, es, por lo menos, un cómplice que los alienta.

El optimista.—Es verdad, y comprendo que los extremos son viciosos; pero es cuestión de temperamento, y no lo puedo remediar... Mas nos hemos salido de la cuestión... y yo quisiera que me dijese V. las razones por que hace guerra tan cruda en ese proyecto.

El primero.—¡Hombre! Pues si saltan á la vista.

El segundo.—Confieso á V. que no los veo.

Aquél.—¿Qué garantías de éxito puede ofrecer la elección de un candidato en representación de una clase cuando el Gobierno, árbitro de estas cosas, se manifiesta hostil á esas elecciones?

El otro.—Nada he oído que afirme esa hostilidad para nuestro candidato. El Gobierno podrá ver con disgusto la elección de representantes de tal ó cual clase en una circunscripción ó en un distrito determinados; ¿pero qué daño

puede hacerle si el candidato es elegido por acumulación? Aun suponiendo que fuera de ideas opuestas á las suyas, ¿un voto más habría de derribarle cuando traerá á las Cortes considerable mayoría?

El primero.—Acaba V. de exponer uno de los argumentos de más fuerza que tengo para combatir la idea. ¿Qué influencia puede tener un diputado que solo dispone de un voto? ¿Qué beneficios puede reportar á la clase que le haya elegido? Nulos ó contraproducentes. ¡Vaya, hombre! como si con un voto lográramos que se aprobara la ley de Sanidad y tantas otras que reclaman, no sólo los intereses de la clase, sino los del público en general.

El segundo.—Pues ahí tiene V. lo que son las cosas; yo estoy en la creencia de que algo podrá conseguir una voz que uno y otro día reclame en la Cámara popular esas reformas por lo mismo que interesan tanto al Estado como á las clases á quienes representaría nuestro candidato.

El primero.—Ha dicho V. á quien *representaría*, y eso prueba su desconfianza en el éxito de su elección; ahí tiene usted otra de las razones por qué me he opuesto á una idea hija más bien de la inexperiencia que de la sensatez. Si, como espero, el candidato se lleva un solemne fiasco, no sólo queda él en evidencia, sino las clases que pretendieron elegirle; y esto convenga V. que no nos favorecerá mucho.

El segundo.—Dispense V., aunque así sucediera, el candidato en cuestión se ha de ver honrado con numerosos votos, que V. no desdeñaría, y las clases aludidas demostrarían, en último caso, no que carecen de fuerza, sino de experiencia en estas cosas, y lo que hoy puede considerarse un ensayo, mañana será una realidad. Por algo se empieza.

El primero.—Se hace V. ilusiones; las clases que se quieren amalgamar, y particularmente la médica, están desunidísimas, hay falta de caracteres entre nosotros; cada uno sólo procura por sus intereses; parece como que existe un afán de contrariar las ideas del vecino; en una palabra, abundan los tipos más de lo que fuera de desear.

El segundo.—Hace V. una defensa tan entusiasta de esos defectos, que apesar de mi optimismo, no me atreveré á oponerme á eso que dice de la abundancia de los tipos; pero al lado de ellos están la inmensa mayoría de los médicos laboriosos que tanto trabajan y producen y que son modelo de virtud, numerosos farmacéuticos que no conviertes su ciencia en el repugnante bazar del mercachifle, y modestos profesores veterinarios tan distantes del bárbaro mariscal de tiempos remotos como de los farsantes, que si bien escasos, pululan hoy con ese título. Por otra parte, todos los argumentos que V. presenta no se dirigen contra la idea, que no debe parecerle mala.

El primero.—¡No faltaba más!...

El segundo.—Luego confiese V. que le parece bien.

El primero.—Si así fuera, no me opondría. Aunque confesara, que no lo confieso, que la idea fuese excelente, la rechazaría porque es impracticable, porque...

El segundo (con viveza y sonriendo).—Vamos, sea V. franco; porque no se le ha ocurrido á V.

***

EN OTRO CAFÉ.

Varios médicos y algunos farmacéuticos alrededor de una mesa.

Uno que viene de la calle. Buenas noches. ¿Conque ya tenemos candidato?

Un señor de gafas.—Así parece.

Otro, con aire malicioso.—¿Y se sabe quién ha hecho la designación?

El de al lado.—Pues claro, ¿y quién lo ignora?

Uno que está enfrente disolviendo el azúcar de su taza y como quien no dice nada.—Juan Palomo, yo me lo guiso y yo me lo como.

El que entró el último.—La verdad es que es muy duro que estemos sujetos á las imposiciones de media docena de caballeros.

Uno, interrumpiéndole.—¿Pero V. puede darle su voto?

El preopinante.—Si resido en Madrid, y los de las circunscripciones no son válidos, claro es que no.

El anterior.—Entonces no me explico que á V. se le imponga nadie.

Uno, después de apurar su taza.—Qué buen amigo es V., D. Críspulo.

D. Críspulo.—No; ahora no hablaba como amigo, sino como hombre imparcial.

Un farmacéutico, con timidez.—A mí, francamente, no me llena del todo el candidato.

D. Críspulo.—Ni creo que pretenda llenar á nadie.

El de las gafas.—Confesemos que se ha andado con alguna precipitación. Ustedes saben muy bien que yo no tengo antagonismos con nadie y que mi posición desahogada, la fama de mi nombre y la seriedad de mis actos alejan toda idea sospechosa de mis palabras; pues bien, yo creo lo mismo que el señor. (*Señalando al farmacéutico.*)

Éste, atreviéndose.—Me alegro oír la autorizadísima opinión de D. Tadeo; si se hubieran consultado las clases, no sería el designado un médico, sino un farmacéutico, por las relaciones mútuas que tiene con las otras dos.

D. Tadeo.—Eso es más discutible; yo quería significar que hubiese sido más cuerdo haber designado á una persona respetable por sus años, por su posición, por su experiencia, á un carácter tranquilo, hombre de ideas predominantes en el actual Gobierno, que no levantara tempestades en ninguna parte, que no se hubiera puesto en evidencia exponiendo ideas avanzadas en la ciencia y en la política.

Otro, ayudante del anterior.—Estoy con V.... (*Dirigiéndose á los demás.*)—¡Ah, qué diferencia si se hubiese designado á D. Tadeo!

Todos (alto).—Naturalmente.

D. Tadeo, con fingido rubor.—¡Señores! ¡Señores!

Los médicos menos el ayudante (aparte).—Pues se lo ha creído.

Los farmacéuticos (para sí).—¡Qué egoístas!

***

EN VILLA-CONEJAR.

El médico titular.—Monólogo.

Vaya, por esta vez salí del compromiso: el alcalde quiere que vote al ministerial, y D. Restituto, el bárbaro cacique de estos lugares, al de oposición. Como no puedo quedar bien con los dos, votaré al candidato de la clase...

¿Si será el remedio peor que la enfermedad?... Claro, voy á quedar mal con los dos; pero, ¡qué importa! cumpliré con mi conciencia, que me manda no entrometerme en las reyertas de estos politiquillos de aldea, y daré mi voto al compañero... ¿Quién sabe? Tal vez tenga bastante influencia para que se realice la ley de Sanidad. ¿Qué dirán el alcalde y D. Restituto?... ¡Pero hombre, en qué estará pensando ese Gobierno, al dar voto para las elecciones á los pobres médicos titulares!

***

EN LA ALCALDÍA CONSTITUCIONAL DE VALDELOSPUERCOS.

El aguacil.—Señor arcarde, aquí está ya el méico.

El alcalde.—Alante, señor físico.

El médico.—V. dirá para qué me necesita.

El alcalde.—Yo no nesecito á V. pa nada, que en buena hora lo diga, tanto mi persona, como la de mi conjunta parienta y los chicos y hasta las bestias, con perdón de V., gozamos de la más cabal salud que yo para mí deseo.

El médico.—De lo que yo me felicito.

El alcalde.—Pus claro, como que á naide le disgusta de no trabajar.

El médico.—No quería decir eso; pero en fin, espero que V. me explique.

El alcalde.—Vamos, no tenga priesa, asiéntese V. y eche un cigarro.

El médico.—Gracias; pero mis quehaceres...

El alcalde. — Dale con el hombre, siempre es lo mismo, pues vamos al asunto... El Sr. Gobernaor me ha escrito sobre V...

El médico.—¡Hombre! ¿Sobre mí?... Vamos, ya caigo, habrá dispuesto que se me paguen los atrasos...

El alcalde.—¡Cáspita con el señor físico, y como que estamos á lo qne nos tiene cuenta!... Pues se dequivoca V.; el Sr. Gobernaor sabe como estamos de fondos y no hubiera mandao lo que no pue ser; de lo qne sí me escribe es que está V. trabajando entre toos sus conocimientos pa sacar un diputao por cumulación y por lo mismo quitando votos al Gobierno, y un empleao público no debe hacer eso, sino lo que manda la autoridá, que para eso se le paga.

El medico.—Es decir, se le ofrece pagar, porque á mí se me debe...

El alcalde.—Pus amigo, ó tomarlo ó dejarlo, que si V. se nos va, no han de faltarnos méicos qne vengan, ¡vaya! pus si es la cosa que hay demás en el mundo... y si no los hubiera, mejor que mejor, que con la tía Cándida y el albéitar tenemos pa toas nuestras nesecidaes.

El médico.—Señor alcalde, eso será lo que sea... pero no necesito disgustarme y como no soy hipócrita y deseo alejarme de las contiendas políticas, le anuncio que votaré al candidato que mi conciencia me dicte.

El alcalde.—U no. Entadía no sabe usted con quién está hablando. Yo tengo órdenes del Gobernaor y las cumpliré por encima... ¡pus vaya! Sepa V. que yo soy licenciao del ejército con buenas notas y que tengo mucha disciplina, como qne he servido en un regimiento... ¡y de caballería!

Médico.—No lo dudo; pero con permiso de V. me retiro, reiterándole cuanto he tenido el honor de decirle. (*Se va.*)

El alcalde (*muy satisfecho*).—¡Vaya con el hombre! A potros más bravos he dominao yo. Mire V. como dice que retira todo cuanto ha dicho, ¡pues no faltaba más!

***

EN CASA DEL CANDIDATO.

¡Jesús, cuánta carta!... ¡Y cuánta reclamación! ¿Si esto es ahora, qué será después?... Afortunadamente no saldré elegido; pero si por casualidad me nombraran diputado, apesar de la fortaleza de mi cerebro, yo creo que voy á dar que hacer á mis discípulos... ¿Y si reuno escaso número de votos? Se demostrará la desunión de las clases qne hoy me honran y su poca fuerza, y esto, naturalmente, recaerá en su desprestigio... No sé cuál de las dos cosas será peor... ¡Dios mío, que me voten 9.999, ni uno más ni uno menos: 9.999!!!!...

DR. CUCHILLO.

TOTUM REVOLUTUM

Leemos en un periódico de noticias:

«Parece ser que el reputado doctor en Medicina, médico segundo de Sanidad militar, Sr. Madrazo, ha pedido la separación de aquel cuerpo, en vista del efímero porvenir que ofrece la escala del mismo.

De lamentar es que lumbreras de la ciencia como los Sres. Madrazo, Carracido y otros abandonen un cuerpo que tan brillante personal cuenta hoy, y de cuyos servicios se va viendo privado el ejército por el abandono en que constantemente se le tiene, y por lo poco atendido que siempre ha estado su porvenir.»

En efecto, las dos personas á quienes se alude en ese snelto dejaron, como algunos otros, el servicio militar para dedicarse al profesorado después de muy brillantes oposiciones.

Y después de todo... hacen bien. Aquel precepto famoso: *si vis pacem para belum*, va siendo letra muerta en este desdichado país, y el cnerpo de Sanidad militar español que, como el de la armada, cuenta hoy con un personal no inferior al mejor del extranjero, podrá debilitarse de día en día hasta volver á épocas que ya se iban dando al olvido.

Y al freír será el reír.

***

Con gran sentimiento nos vemos obligados á retirar todos los sueltos de esta visita por falta de espacio. Lo lamentamos por una contestación que dábamos á un insertante de *El Genio Médico* sobre el operador de Berlín. En el próximo número lo haremos, *Deo volente*.

Entretanto y así comprenderá que no es EL DR. SANGREDO el único que tomó el suelto como sospechoso, puede entretenerse con el que le dedica nuestro simpático colega *Anales de Cirugía*.

MADRID.—Imp. de M. G. Hernández, Libertad, 16.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

Hueter.—*Elementos de Cirugía*, traducción del Dr. Peña y Maza.

Esta importantísima obra del catedrático de Greifswald, que saldrá á la mayor brevedad en España, es conocida y reputada en el extranjero, como digna del nombre de su sabio autor.

Como en tiempo oportuno hemos de ocuparnos de ella con detención, nos limitaremos á recomendarla eficazmente y trascribir las condiciones de la publicación.

La obra constará de tres voluminosos tomos en 4.° mayor con más de 500 grabados intercalados en el texto, cuyos clichés hemos adquirido de la casa editorial de F. C. W. Vogel, de Leipzig.

Cada quince días se repartirá uno ó dos cuadernos de 40 páginas cada uno, al precio de una peseta en toda España.

El pago de la suscrición será adelantado, no sirviéndose ningún pedido al que no acompañe, cuando menos, el importe de cinco cuadernos. A los libreros se hará una rebaja proporcionada al pedido. No se admite la venta en comisión.

La correspondencia, libranzas, etc., se dirigirán á nombre del traductor, en San Lorenzo del Escorial. También puede hacerse el pago remitiendo sellos de franqueo, en cuyo caso deberá certificarse la carta.

Puntos de suscrición.—En casa del traductor, San Lorenzo del Escorial, Duque de Alba, número 1.

En Madrid, librería de J. J. Menéndez, calle de Atocha, 29, y principales de provincias.

***

Dr. Candela y Plá.—*Lección inaugural pronunciada al comenzar el curso académico de 1883 á 1884.*

Ya conocíamos este notable discurso del doctor Candela, ilustrado catedrático de Valencia, pues, si no engaña la memoria, se ha publicado en la *Crónica Médica* de aquella capital.

La lección es erudita, elegante y castiza, y tanto la primera como la segunda parte forman un prólogo útil, ameno y conciso, propio de la ocasión que la motivara y digno principio de un buen libro, que esperamos de su autor, pues tiene facultades para escribirlo.

***

Erichsen.—*Ciencia y arte de la Cirugía.*

Se ha publicado el cuarto cuaderno de esta notabilísima obra, que forma parte de la Biblioteca Económica que publica el Sr. Ulecia y Cardona.

No cede en interés este cuarto cuaderno, cuyo precio es de 3 pesetas, á los anteriores de que hemos dado cuenta; en él se tratan puntos importantísimos de Cirugía con la maestría reconocida en su autor. La traducción, que pertenece al Sr. Benavente (D. A.), está hecha con sumo esmero; las notas que realzan el mérito de la publicación son notables, y pertenecen al distinguido cirujano Sr. Rivera. Y por lo mismo que dichas notas son dignas de su autor y han de contribuir tanto á su futuro prestigio, nos tomamos la libertad de hacerle una advertencia: que examine con detención las cuestiones y no se precipite sentando como conclusiones teorías y opiniones que están lejos de haber recibido la sanción científica, y de este modo se evitará el Sr. Rivera dar algunos resbalones que, contra su voluntad, sufre en este cuarto cuaderno.

***

Dr. Marcos García.—Hemos recibido de este apreciable y estudioso compañero una *Memoria referente á las enfermedades propias de la mujer en general.* Se vende al precio de una peseta. Su autor desarrolla el tema que se propone, en ocho capítulos, por este orden:

Condiciones órgano-fisiológicas de la mujer. —Patología.—Edades.—Nosología de la mujer. —Exploración diagnóstica.—Tratamiento en general.—Tratamiento farmacológico.—Tratamiento quirúrgico.

Consta el folleto de 32 páginas.

***

Fernández-Caro (*D. Angel*).—Las profilaxis de las epidemias en sus relaciones con la higiene naval. Folleto de 66 págs. Madrid, 1884. Precio, una peseta 60 céntimos.

El título de este folleto, debido á la pluma de este laborioso médico de nuestra armada, ya conocido por su notable libro *Elementos de higiene naval*, indica por sí solo la importancia del texto, que encierra muy sana doctrina y que recomendamos á los que siguen cuidadosamente los progresos de la epidemiología.

***

Album Clínico de Dermatología.—Láminas cromo-litografiadas de enfermedades de la piel, publicadas por la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas.* Colección de casos clínicos, tomados de la clínica del Dr. D. José Eugenio Olavide en el hospital de San Juan de Dios, de Madrid, y del Dispensario dermatológico del doctor D. Jerónimo Perez Ortiz, médico del cuerpo de Sanidad militar, dibujadas y cromo-litografiadas por D. E. Deletre. Precio de cada lámina: España, 6 rs., Cuba, Puerto Rico y Filipinas, 8 plata. Demás países, 10 rs. Pago adelantado Madrid.

A los suscritores á la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas* ó de los *Anales de Obstetricia*, se les rebajan 2 rs. por lámina. Las suscriciones en todas las librerías y en la administración, Caballero de Gracia, 9, 2.°, Madrid.

Se han recibido las láminas 17, 18 y 19, *Prurigo reumático generalizado; Tiña favosa tipo; Sarna pústulo ampollosa.*

***

Giné y Partagás.—*De la prophylaxis et le traitemen abortif et resolutif de l'amygdalité simple, par el bicarbonate de soude.*—*Mémoire lue au quatrième Congrès international d'Hygiène de Génève, section seconde, Hygiène publique, militaire et hospitalaire dans la Séance du 9 Septembre, de 1882*, par le Dr. Jean Giné Partagás, professeur de Clinique Chirurgicale à la Faculté de Médicine de Barcelonne, délégue par Mr. le Ministe de Fomento, etc.—1884.

EL Dr. SANGREDO

REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

Redacción y administración, Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO.	
Trimestre.....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año..........	10 »	Año..........	12 »	Año..........	18 »

Número suelto, una peseta.

Números atrasados del anterior trimestre para los no suscritores: dos pesetas.

Medios de hacer la suscrición.—Por nuestros corresponsales, donde los establezcamos, ó librando directamente á esta administración por el Giro Mutuo ó por letras de fácil cobro. Donde no hubiese estas facilidades, se podrán remitir sellos de franqueo en cartas certificadas.

Los autores ó editores que remitan obras profesionales tendrán derecho á un anuncio de ellas, sin que esto *comprometa á otra cosa* á la redacción, que sólo emitirá juicios críticos de aquellas que crea conveniente; por el contrario, tendrá verdadero gusto en adquirir con sus fondos propios las que lo merezcan, protegiendo así, y en la medida de sus fuerzas, el trabajo y la laboriosidad de los escritores médicos.

CENTROS DE SUSCRICIONES EN MADRID

Librería de Guttenberg, Príncipe, 14, y en la de Menéndez, Atocha, frente al Ministerio de Fomento.

EN PROVINCIAS

Albacete......	D. Eduardo Arcángel, droguería.
Albaida.......	D. Vicente Más.
Alcoy.........	D. Antonio Jimeno.
Barcelona.....	López, editor. Rambla del Centro, núm. 20.
Bilbao........	Señora viuda de Delmas.
Cádiz.........	D. Manuel Morillas.
Cartagena.....	D. Vicente Velázquez.
Ciudad Real...	D. Ramón Clemente Rubisco.
Córdoba.......	D. Manuel García Lovera.
Coruña........	D. Vicente Naveira.
Ferrol......	D. José Mariano Abizanda.
Jerez.........	D. Miguel Gener.
Madrid.......	Librería Guttenberg, Príncipe.
Mahón........	D. Antonio Sintes.
Oviedo.......	D. Juan Martínez.
Salamanca....	D. Manuel Hernández.
San Sebastián.	D. Luis de Rubinat.
Santa Cruz de Tenerife....	D. José Benítez.
Santiago......	D. José Goti y Campa.
Segovia.......	D. Abelardo Fernández.
Sevilla........	D. Tomás Sanz, Sierpe, 92.
Valencia......	D. Francisco Aguilar.
Valladolid....	D. J. Montero.
Vitoria.......	D. Bernardino Robles.
Zaragoza......	D. José Maynou.

Toda la correspondencia á D. Antonio García Hidalgo, Atocha, 143, piso 4.°

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. | MADRID 1.º MAYO 1884. | VISITA 13

SUMARIO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

Calle de Atocha, 143, 4.º

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
Trimestre.....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año...... ...	10 »	Año....... ..	12 »	Año..........	18 »

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16

1884

NUESTRAS FIGURAS

PUBLICADAS HASTA EL DÍA

Dr. Santero (papá).—Dr. Letamendi.—Dr. Encinas.—Dr. Creus. Méndez Alvaro.—Dr. Nieto y Serrano.—Benavente.—Dr. Castelo. Calleja.—Maestre de San Juan.—Marqués del Busto.—Dr. Campá.—Federico Rubio.—Ustáriz.—Dr. Pulido.—Dr. Rodríguez Méndez.—Tejada y España.—D. Juan B. Comenge.—Carracido.—Amalio Jimeno.—Gine y Partagás.—Del Toro.—Olavide.—Cortezo.—Dr. Esquerdo.—Dr. Losada.—Dr. Martínez y Molina.—Doctor Cervera.

IMPORTANTE

Se entenderá que siguen sus suscriciones los señores que no lo avisen á la administración antes del próximo junio.



EL Dr. SANGREDO.

REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

A LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 16 MAYO 1884. VISITA 14.

SUMARIO

ALGO DE LA QUINCENA

El retraso con que la primavera ha venido á ofrecernos en este año, sns regalos constantes de verdura, tibio ambiente, flores y risueño celaje, es causa de que todos ellos, empujados por una vegetación mucho tiempo comprimida, se presenten en forma de aluvión bellísimo, no dando tiempo al espíritu para apreciarlos en detalle.

Siendo evidente el inflnjo de la naturaleza en los partos intelectuales, á nadie extrañará que en estos qnince últimos días hayan dado muestra indiscutible de fecundidad todas las corporaciones médicas de la corte: qne no en balde la sangre, tomando á la atmósfera el calor primaveral y el espíritu de germinación, traslada una y otro á la maravillosa fábrica del pensamiento.

Pero ¿esta actividad será debida al próximo cierre de las academias? Lo ignoro; sea como quiera, apunto el fenómeno y sigo.

***

La Real Academia de Medicina, constituída por hombres ilustres en la ciencia, cargados en su mayoría de años, honores y deberes, está dando con su vitalidad, con lo elevado de sus discusiones y con la puntualidad de sus asociados, una brava lección á los demás centros, que formados por gente moza, por deber entusiasta, apenas si acuden á sentarse en los escaños media docena de socios, no siendo las sesiones por tal circunstancia, solemnes discusiones, sino conversaciones en familia; y allí, en vez de amor á la ciencia, de aspiración al natural perfeccionamiento, sólo se nota una atmósfera de indiferencia, de sopor

y de pereza, que no tiene calificativo bastante duro. Y claro está que estas tristes reflexiones sugeridas por el aspecto de todas las corporaciones, se refieren particularmente á la Sociedad de Higiene, cuyos socios no parece sino que viven emancipados de la ciencia.

Pero volvamos á ser meros cronistas.

La Real Academia está discutiendo, entre otros puntos, el referente á las operaciones en que se abre el vientre para incindir ó estirpar cualquiera de los órganos contenidos en aquella cavidad.

Aunque la noticia peque de antigua, no podemos menos de decir que en la sesión de este alto cuerpo, correspondiente al 5 del pasado, pronunció el señor Santero un notable discurso al hacer el resumen del largo debate sobre la quina. El presidente interino demostró en aquella ocasión, sólidos conocimientos y gran reflexión y tacto para encauzar un debate amplio y algunas veces apasionado, hermanando ó explicando las principales conclusiones por los principios de la ciencia tradicional.

***

En la Academia Médico-Quirúrgica sigue siendo objeto de discusión el caso práctico presentado por el Sr. Espina y Capo, y acerca del cual se han expuesto las más variadas opiniones.

El tema consabido de la sífilis, que viene también ocupando la atención de este centro profesional, ha dado ocasión para que el Sr. Castelo (D. Fernando) luciera sus dotes oratorias en dos discursos de bella forma y nutridos de ciencia.

***

La Sociedad de Higiene sigue discutiendo el tema referente á la *profilaxis de la difteria*. Con tal motivo hizo uso de la palabra, en las dos últimas sesiones, el socio D. Felipe Ovilo, del cuerpo de Sanidad militar.

Esta corporación ha elevado una exposición atenta al Ministro de la Gobernación, para que se tomen algunas precauciones, encaminadas á evitar una invasión del cólera que, por lo visto, pudiera sobrevenir.

***

En la Sociedad Ginecológica terminó el Sr. Farriols el desarrollo del tema acerca del hidro-amnios, ocupándose del tratamiento. El presidente Sr. Alonso y Rubio hizo el resumen de este debate.

***

Finalmente, en el Ateneo científico-literario el ilustre académico Dr. Quintana pronunció un discurso en la sección de ciencias naturales que llamó grandemente la atención del público.

El orador se propuso, especialmente, explanar el sistema filosófico del doctor D. Matías Nieto y Serrano, y, conocida la competencia del disertante, no es de extrañar desempeñara su cometido con aplauso de los oyentes.

***

Con la esperanza de que pronto se reunirán las Cortes, muchos de nuestros queridos comprofesores abrigarán la creencia de que se aprobará definitivamente el proyecto de ley de Sanidad. A estos amigos les diremos que por ahora no se preocupen de tales asuntos. Los representantes de la nación emplearán el tiempo y sus aptitudes, como siempre, en travesuras políticas y equi-

librios de influencia, pero nunca en un asunto de trascendental importancia como la organización de una clase numerosa y digna.

Dr. Dogresan.

EXPOSICIÓN

AL

Excmo. Sr. MARQUÉS DE PIDAL

MINISTRO DE FOMENTO

Excmo. Sr.:

El Dr. Sangredo, natural y vecino de Madrid, de edad provecta, casado, y que gracias al cielo se halla en el pleno goce de todos sus derechos civiles y políticos, acude á V. E. respetuosamente en uso de las legítimas prerrogativas que la Constitución del Estado le concede, y con todo el respeto que inspira un Ministro de sus relevantes condiciones, tiene el honor de exponer á V. E.:

Que está universalmente reconocida la utilidad que á los hombres estudiosos reportan las bibliotecas públicas, donde aquellas personas ávidas de adquirir conocimientos y de modestos recursos pecuniarios, pueden dedicarse al estudio de obras que de otro modo les sería dificilísimo conseguir;

Que entre todas las bibliotecas, las establecidas en los diversos centros de enseñanza son las que prestan más valioso auxilio á la juventud estudiosa, legítima esperanza del país que ha de encontrar en ella los hombres que mañana dirijan sus destinos;

Que las tales bibliotecas son completamente inútiles ó poco menos si no están dotadas decorosamente para la adquisición de las más modernas y útiles publicaciones;

Que para no ser un objeto de lujo han de estar abiertas al público en el mayor número de horas posibles, y mucho más en este tiempo en que se aproximan los exámenes y con ellos las oposiciones á premios que reclaman consultas de obras cuyo precio no está, por regla general, al alcance de la gente estudiantil;

Que esta consideración, tan lógica, racional y justa, pasa desapercibida para el Excmo. Sr. Rector de la Universidad Central, para el decano de la Facultad de Medicina y para el jefe del cuerpo de archiveros bibliotecarios, personajes que ocupando ya altas posiciones y distraídos en sus múltiples y trascendentales deberes, no se han preocupado de un asunto de tan grandísima importancia para el estudiante pobre de recursos y amante del saber;

Que ejemplo de ello es lo que actualmente sucede en la Biblioteca de la Facultad de Medicina, que se abre á las *diez* de la mañana y se cierra á las *dos menos cuarto* de la tarde, cosa que sólo puede ser cómoda para sus dignos empleados, que cumplen con lo que se les ordena, aunque seguramente verán con sentimiento una disposición que resulta tan desventajosa para los alumnos;

Que esto es tanto más de extrañar, cuanto que en la Biblioteca Nacional —de la que hablaré á V. E. en otra visita - no se cierra hasta las tres de la tarde,

Y que las tres horitas y tres cuartos que está abierta la referida Biblioteca son las mismas precisamente en que tienen lugar las cátedras, no pudiendo aprovechar el alumno sus beneficios sin perder las explicaciones de sus maestros.

Por todas cuyas razones á V. E. Suplica que, en vista de la indiferencia

con que se mira asunto tan interesante por quien debe hacerlo, se digne V. E. fijarse en esta reclamación, y acordándose de aquella feliz época en que realizó *con elementos*, de que otros carecen, sus brillantes estudios, tome por sí mismo aquellas resoluciones que su alta ilustración le sugiera para que las bibliotecas de los centros de enseñanza tengan una dotación que las permita la compra de libros modernos, y para que los referidos establecimientos estén abiertos al público el mayor tiempo posible y en horas que hagan compatible su asistencia con la de las cátedras.

Gracia que no duda alcanzar de V. E., á quien no en vano se le considera como uno de los hombres más ilustrados y estudiosos de este país.

Madrid 15 de mayo de 1884.

EL DR. SANGREDO.

LAS FIGURAS DE MI GALERIA

DR. CERVERA (D. RAFAEL)

Nacido en el país de las flores, ha llegado á conquistar, por su solo esfuerzo, uno de los más brillantes puestos entre la clase médica española y entre los políticos de la actualidad.

Debido á su actividad incansable, á su espíritu batallador y á su envidiable instrucción, cumplió como bueno al representar á la nación en los congresos de oftalmología, á Madrid en el municipio y á las ideas liberales en el Congreso.

Es el oculista de más reputación en la corte, y tal vez el más conocido en la Península.

Secundado por los nobles sentimientos de la egregia esposa de D. Amadeo, fundó el instituto oftálmico. Hoy, la suerte le ha designado para representar en el Senado á la Real Academia de Medicina, de cuyo alto cuerpo forma parte, y nosotros creemos que la suerte en esta ocasión no ha sido ciega porque sería difícil elegir otro académico más idóneo para el cargo y más perito en las lides parlamentarias.

DR. RAFAEL MARTÍNEZ Y MOLINA

Es un venerable y antiguo maestro que dedicó toda su vida y excepcionales cualidades á la instrucción de la juventud y á la práctica profesional. Tan sagradas misiones las desempeñó siempre con tal pulcritud y acierto, con tal constancia y amor, que Madrid le otorgó el honroso calificativo de «la perla de San Carlos,» con que aun se le designa, apesar de su alejamiento de la vida activa.

Catedrático de Anatomía hasta fecha reciente en la Universidad central, fué su pasión favorita desde su mocedad la enseñanza, y no bastándole la oficial, creó cátedras en su casa, siempre llena de discípulos.

Tiene, pues, D. Rafael, espíritu de *domine* ilustrado, cuerpo pequeño, carácter dulce y trato afable; todo lo cual, unido á su ciencia y habilidad quirúrgica, explica las verdaderas simpatías que viene gozando entre sus compañeros de claustro y la clase en general.

Su género de vida disculpa que haya escrito poco; entre sus trabajos recordamos la traducción de la Anatomía de Sappey. Sin embargo, nuestros lectores pueden convencerse de que el Dr. Martínez y Molina escribe con gran correc-

ción y delicado espíritu crítico, recordando el bellísimo artículo que, debido á su pluma, tuvimos el honor de transcribir, los primeros, en la visita 12.ª de esta publicación.

AL Excmo. Sr. D. MATÍAS NIETO Y SERRANO.

Muy señor mío y sabio maestro: He recibido y empezado á leer con singular gusto su notable y reciente obra *Filosofía de la naturaleza*, que es complemento á la *Ciencia viviente* y primera parte de su *Enciclopedia filosófica*.

Cada día me tiene más admirada la portentosa facilidad y competencia con que V. produce este género de libros y la valentía y discreción suma con que penetra en el intrincado fondo de las más árduas cuestiones del humano saber, no siendo éstas sus escursiones vanos alardes de andacia que reciben el sustento de un inmotivado afán de innovación, de los que ningún rastro de utilidad legan á los posteriores, sino atrevidos y convenientes esfuerzos de la inteligencia para sacar á flote y sistematizar cnanto de verdadero produjeron las generaciones, elevándose á un punto de vista altísimo, de donde se abarcan los varios aspectos que representan las *formas* filosóficas, tomadas hasta hoy como moldes rígidos y exclusivos. Bajo este punto de vista tan sintético y amplio, su labor es plausible porque representa como una ancha vía fluvial, formada por la confluencia de arroyos no bien dirigidos, que da un itinerario nuevo para llegar á *saber más*, partiendo de *saber algo*.

Pero es que mi admiración sube de punto al contemplar en su libro, no solo aquellos pensamientos profundos que, encerrados en marcos de frases exactas y castizas, constituyen definiciones y conceptos tan hermosos como el que encabeza el artículo del método en el Bosquejo de la ciencia viviente, ni otras bellezas que sería prolijo enumerar y que admiro en todos sus escritos, sino el torrente de ideas relacionadas con la química, la física, la biología y la mecánica que en su última producción se encuentran y que, por su calidad y cantidad delatan la inteligencia que las engendró y el remanente científico que aún quedará en ésta. Y como la exposición acertada de tales materias piden la constancia y el tiempo de una vida lozana y de una reflexión poderosa, no puedo eximirme de ofrecerle el modesto tributo de mi cordial enhorabuena, cuyo valor solo está en el adjetivo, pues bien sé, y mucho lo siento, que ni mi juventud ni mi escaso saber me permiten dar una enhorabuena *científica* en obra de tanto vuelo, acerca de la cual yo no puedo aspirar á otra cosa sino á estudiarla con fe para conseguir lo que no tengo, y en ella hay buen acopio.

Prometí, no obstante, dar mi opinión acerca de algunos puntos del sistema filosófico de mi respetable amigo el doctor Nieto Serrano, y he de hacerlo con suma brevedad y mayor desconfianza, aunque mis lectores juzguen, y juzguen con razón, que en tal empresa me parezco al liliputiense que pierde el tiempo queriendo cazar estrellas á brincos; mas yo prefiero hablar en voz alta mejor que criticar á hurtadillas, que, en último término, me coloco en situación de aprender algo con las aclaraciones del maestro.

Mi perspicacia femenina ha creído encontrar en el prólogo de la *Filosofía de la naturaleza*, una alusión con visos de advertencia para Luscinda, y esto me anima á la empresa, en la persuasión de que aun siendo fantástico este último móvil, y nada pertinentes mis reparos, habré realizado una obra de gran provecho si logro que el distinguido filósofo vuelva á coger la pluma para desvanecer mis dudas, que tal acontecimiento siempre redundará en provecho de los amantes del saber, y en honra de mi oscuro nombre.

Y sin más preámbulos, vengamos á la cuestión; pero antes debo contestar á la serie de magníficas epístolas que, con tanta amabilidad, dirigió V. á Luscinda, desde las columnas de *El Siglo Médico*.

Desde el 24 de febrero al 13 de abril del presente año, han venido apareciendo en el periódico que tan dignamente usted dirige, hasta cuatro cartas sobre asuntos de filosofía, y en verdad que no he podido distinguir cuál fuese la más bella ó la más científica, que todas lo son y mucho, participando por igual de su galano estilo y envidiable saber. Como el objeto que en tales misivas V. se propuso fué, sin duda, el dar á conocer en lenguaje lo más diáfano posible, los puntos capitales de su sistema filosófico, yo entiendo que por bien de la clase y particular ruego mío, debiera continuarlas para que no quedara interrumpido el curso de sus utilísimas reflexiones, que tanto facilitarían el concepto del *sistema*.

Es indudable que uno de los favores más grandes que un filósofo pudiera dispensar á la clase, es el de proporcionarla gradual y sencillamente los materiales necesarios para que cada uno construya el sistema filosófico, curando así á la mayoría de los médicos que sienten infundada aversión hacia la ciencia de los principios, toda vez que la consideran cual conjunto de abstracciones inútiles, como una gimnasia del espíritu en altas regiones de lo especulativo sin aplicación á la medicina. V. puede con su autoridad y competencia prestar este servicio, y pues principió la obra, lógico es la continúe.

Claro está qne en sus libros puede estudiarse la filosofía de V.; pero éstos no llenan el cometido á que aludo como sus cartas; con seguridad que de acceder á mi súplica un día había de llegar que, al escribir de filosofía, no abrigara como hoy el temor de que tales asuntos sólo interesen á determinadas personas. Y con estas reflexiones queda contestado el último párrafo de su postrera epístola, acerca de la cual debo decir que he visto con pena que ningún periódico médico copie en totalidad ni en parte tan notable documento, y conste que esta opinión es el resultado de una atenta meditación con el deliberado propósito de encontrar algo digno de protesta.

Yo no concibo cómo en tan pocas líneas quepan tan elevados pensamientos ni tan sanos juicios á la crítica filosófica aplicados. Esta carta es un resumen primoroso del sistema y del modo de constituirlo y un índice razonado y compendioso de los fundamentos filosóficos expuestos en el «Bosquejo de la ciencia viviente,» libro notable, no sólo por la originalidad y grandeza del concepto de la ciencia, sino por el arte delicado con que el autor procede al análisis ideológico y á la síntesis en realización con que todo lo abarca; tal epístola, repito, mere-

ce ser leída por todos los amantes de la filosofía.

En el primer artículo que os dediqué, decía yo que era altamente meritorio y plausible y harto difícil el hermanar los sistemas en lo que tuvieran de verdadero, llevando la paz al anárquico campo de la filosofía en donde los litigantes no dieron aún con el verdadero orden sistemático.

Entonces dije yo que el intentar sólo esta empresa denunciaba alientos poderosos y conocimientos nada escasos, notando que, si bien no dudaba de sus grandes aptitudes, creía difícil la consecución del fin, y V. quiere convencerme de lo fácil que es poner en paz á los filósofos estableciendo un orden, un arreglo en ciertos principios basado.

Vamos á suponer que el arreglo por usted establecido es el mejor, el único posible, cosa que el tiempo ha de decir y los hombres han de sancionar; pues bien, la historia y el raciocinio indican que en sus elementos existen no pocas dificultades para su aplicación ideológica, como unidad sintética de armónicos aspectos.

Reconozco que es una idea grandiosa y útil la libertad sistemática para llegar á conocer, y me extraña sobre manera cómo no la tuvieron en cuenta los hombres para *hacer filosofía*, apesar de ser proclamada por éstos repetidas veces en la historia filosófica. Y es á mi ver, que este principio de libertad sistemática que excluye toda preocupación de pensar y sentir, es sumamente elástico, y al realizarlo, se nota con evidencia el influjo de la época ó de la genialidad y temperamento del pensador. Desde la admisión de todo, hasta la absoluta negación; desde la duda provisional cartesiana hasta la escéptica, como allanamientos previos para reedificar después, caben un sin número de sistemas que todos pretenden basarse en esta libertad primordial, sólo que lo que para unos es cantidad de libertad racional, para otros es libertinaje y para los de más allá licencias encadenadas. Y todos sabemos que entre los filósofos que más han blasonado de este género de independencia, se encuentran los fundadores de escuelas las más antitéticas. San Agustín, Renato Descartes, Campanella y algunos escépticos, estamparon en sus obras el principio de *cogito ego sum*, y sin embargo, cada cual llega á conclusiones diversas. Entre los discípulos cartesianos pueden notarse diversidad de tendencias, apesar de rendir culto á la duda como principio; porque la función intelectual, como producida en el hombre, siempre lleva su característica individual. La historia señala con frecuencia la omisión que grandes filósofos hicieron de la libertad sistemática, apesar de sus propósitos, porque no es tan sencillo separar de nuestra inteligencia al tiempo de discurrir, ni las preocupaciones de la época, ni la instrucción, ni las afecciones científicas, etc., etc., de una manera completa aunque provisional; cuando vamos á experimentar ó á discurrir, no lo hacemos completamente libres, toda vez que por conocimientos anteriores sabemos lo que pretendemos y elegimos el medio de conseguirlo con arreglo á nuestro propio ó prestado criterio. Y sin duda por las dificultades de aplicación que presenta el principio de libertad, como el de templanza y el de limitación de nuestros conocimientos, es por lo que los hombres se inclinan á la adopción de un sistema cualquiera que

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. CERVERA.

Cual violento huracán que todo arrolla
me engolfa la política en su mar;
demócrata *enragé*, fuí diputado
y luego concejal.

Me entusiasma la fe de mis ideas
y el Senado con ansia oirá mi voz...
¡Ah! ya se me olvidaba... que soy dicen
en mi ciencia un primor.

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. MARTÍNEZ Y MOLINA.

Un lago soy, que nunca la tormenta
consiguió con su furia alborotar;
sin grandes ambiciones ni deseos,
tranquila mi alma va.

Catedrático fuí por muchos años,
hoy veo el tiempo trascurrir veloz;
pero aliento me sobra, y todavía
se escuchará mi voz.

les exima de discurrir para formarlo por sí; tal proceder, que equivale á la anulación del criterio individual y qne explica los prosélitos de las más absurdas escuelas, repito que depende de la elasticidad del sentido de las frases libertad, moderación, limitación y tantas otras que como auxiliares filosóficos V. con razón proclama.

No sería difícil ir señalando las escuelas filosóficas que profesan alguno de los principios que el Dr. Nieto Serrano; pero confieso que entre todos los sistemas que conozco y que más se acercan á éste, ninguno me parece tan comprensivo, tan amplio, tan *todo*, como el de este digno maestro.

En dicho sistema no se excluye la razón de ser de los demás sistemas, y tomándolos como aspectos del conocimiento, hace de todos ellos un organismo que, al realizarse en la idea, nos da la clave del pasado de la filosofía y de su porvenir perfectible. El concebir el sistema como *todo*, formando parte de una totalidad superior; la idea de relación viviente entre el fenómeno y la ley; como lo definido se convierte en indefinido por esta misma realización; el estudio de la análisis y de la síntesis y otros mil conceptos, dan la medida de la profundidad y potencia intelectual del Dr. Nieto, así como del gran mérito y utilidad de su sistema, que no podemos analizar en esta revista de tan cortas dimensiones; pero es lo bastante amplia para hacer constar la excelente opinión que, en nuestro humilde concepto, hemos formado de este sistema filosófico.

Pero estoy viendo que este artículo se prolonga más de lo conveniente, y apenas si he apuntado algunas generalidades que debieran servir de prólogo á cuanto he de decir acerca de la filosofía de la *realización*, como pudiera apellidarse la del digno Secretario de la Real Academia.

Hago, pues, alto en este punto de mi vacilante y mal aconsejada excursión, con el doble objeto de aliviar á mis pacientes lectores, y con el de obligarles á que examinen detenidamente este sistema filosófico en las excelentes obras del autor, con la seguridad que han de agradecerme el procedimiento.

Daré, pues, como final, cuenta brevísima del libro de la *Filosofía de la naturaleza*.

Consta de unas 340 páginas de buen papel y esmerada impresión, y su precio es de 6 pesetas. En el texto se trata de la realización del sistema en la naturaleza, siguiendo las ideas generales expuestas por el autor en obras anteriores. Divídese en cuatro títulos: consideraciones generales; estudio físico de la naturaleza; estudio químico, y estudio biológico, y en todas estas secciones podrá admirar el lector la profundidad y variedad de conocimientos, la originalidad de ideas y su correcta exposición.

Y pongo término á mis mal zurcidos renglones, dándole las gracias, estimable maestro, por la deferencia con que atiende á esta doctora, y rogándole no interprete, por afán de contienda, alguna de mis observaciones, pues nunca olvido que en materia de ciencia sois vos un *dux* y yo un simple legionario femenino, bisoño en filosofía, aunque amante de su causa.

Queda esperando sus órdenes S. A. A.,

LUSCINDA PROTOPLASMA DE SANGREDO.



CANTO Á LA MEDICINA ESPAÑOLA

PARODIA LÚGUBRE

Oigo, ciencia, tu aflicción
y me apena el desacierto
en que incurren de concierto
uno tras otro pendón.
Sobre tu augusto blasón
se alzan hoy otras regiones
que en multitud de ocasiones
fueron de ti tributarias
cuando no eran *refractarias*
tus grandes ilustraciones.
Lloras porque te engañaron
los que talento fingieron,
los que de ti burla hicieron
en cuanto á ti se acercaron,
los que después te explotaron.
¡A ti, grandiosa figura
de tan potente hermosura
que no se oscurece al yugo
del medicastro verdugo
que envilecerte procura!
Donde la memoria mía
en pos de tu gloria llega,
allí la historia la entrega
nombres de inmensa valía.
De añeja edad hasta el día
¡augusta ciencia española!
tu gran valer se acrisola:
Mercado, Herrera, Servet,
Mata, Argumosa, Fourquet...
entretejen tu aureola.
Hoy en lucha desigual,
abatida tu arrogancia,
pides á Inglaterra, á Francia
y á Alemania original.
¿Dónde ocultas tu ideal?
¿Dónde escondiste tus fueros,
y por qué tus hijos fieros
arrastran tal existencia
que van á buscar su ciencia
en los libros extranjeros?
¡Guerra! clama el haragán
que en el ocio se envilece;
¡guerra! el que bien le parece
todo si consigue pan;
¡guerra! grita el charlatán
que al hombre sensato aterra;
¡guerra! el terco que se aferra
á ideales que ya fueron,
que del pedestal cayeron
gritando: ¡Venganza y guerra!
¡Oh ciencia! Augusta deidad;
hombres que fuisteis su orgullo,
dormid, dormid á su arrullo,
dormid y no despertad
hasta que esta sociedad,
que hoy vuestro recuerdo inmola,
roja como una amapola
de su desidia despierte
arrancando de la muerte
la MEDICINA ESPAÑOLA.

DR. ESE.

UN ESPECIALISTA

Noches pasadas quise distraer mi espíritu de las congojas que la práctica médica lleva consigo, y pensé dedicar algunas horas asistiendo á las representaciones teatrales, escogiendo aquellos espectáculos que por la moderación del gasto estuviesen á la medida de mi pobre bolsillo.

Repasaba con avidez la sección de *La Correspondencia* dedicada á tales anuncios, y al pasar la vista sobre ellos leí: «Teatro de Lara, á las diez: *La sanguinaria*.» El título de esta obra —¡lo que es la afición!—atrajo mis simpatías, ¡y cómo no! La botánica y la terapéutica me recordaban de consuno las salutíferas cualidades de la humilde planta. Mi elección estaba hecha, y me dirigí al teatro de *la Corredera*, preparando mis quince perros chicos, precio de la modesta butaca.

Ya con el billete, iba á penetrar en el templo de Melpómene y Talía, cuando una mano me tocó discretamente en el

hombro y oí una voz que con exquisita cortesía me dijo:

—¡Caballero!...

Volví el rostro y pude ver que la mano susodicha estaba armada de un papel que prontamente pasó á las mías. Desde luego adiviné se trataba de un anuncio callejero, y ya iba á arrojarle al suelo, cuando apreciando la suave satinación del papelito, resolví guardarle en los hondos bolsillos del gabán, considerándole como de indisputable utilidad para usos posteriores.

Una vez en la sala y ocupada la localidad de que era interinamente propietario, distraje la vista en los primeros momentos recreándome en la contemplación de los numerosos atractivos que exhiben en aquel teatro, como en casi todos, algunas de nuestras más bellas horizontales; pero la conciencia, hablándome con voz inexorable, hizo alejar de mi mente las pecaminosas ideas que se iban infiltrando traidoramente en mi espíritu, y eché mano al bolsillo en busca de algún impreso con qué distraerme ínterin se levantaba la cortina.

¡Qué hallazgo, Dios poderoso! Mis dedos tropezaron con aquel suave papelito que había conservado con fines tan utilitarios como trascendentales.

Se trataba de un anuncio profesional en el que encontré todo un tratado de terapéutica, lecciones de gran importancia de patología, y graves sentencias de moral médica que á escribirse en épocas pasadas, hubieran merecido grabarse en letras de oro y esculpirse en mármoles.

¡Lástima grande—me dije—que el autor de este escrito, cuyo nombre callo por no ofender su modestia, no sea más conocido!

¿Por qué no han de seguir su conducta otras lumbreras de la ciencia, divulgando los conocimientos científicos á la puerta de los teatros, como hace éste, y hasta á los de las tabernas, donde es posible que las lleven los repartidores?

En estas reflexiones me entretenía, cuando se levantó el telón, y dió principio la comedia, sainete, ó cosa así, que resultó ser una parodia de *La Pasionaria*, de Cano.

Ni los chistes de la obra ni el gracejo de los actores, me hicieron olvidar el dichoso papelito, cuya forma y redacción correspondía al texto de una manera admirable.

Un genio desconocido, un especialista ignorado, derramaba en él todas las flores de una imaginación exuberante y todos los conocimientos científicos que una larga práctica en el tratamiento de las enfermedades del estómago han podido inspirarle.

Desde hoy en adelante no hay estómagos... es decir, estómagos enfermos; tal es la creencia del especialista *en ese punto, fundada*, según dice, *en la experimentación y observación clínica, pues cada día es más grande el éxito alcanzado con su tratamiento y mayor el número de los enfermos que acuden á este gabinete, obteniendo su curación en uno, dos ó tres meses á lo sumo de tratamiento, después de haber sufrido por espacio de quince ó veinte años tan terrible dolencia.*

Como se ve, este sacerdote de la ciencia, sabio como pocos y modesto como ninguno, se sacrifica por la humanidad hasta publicar y repartir en las puertas de los espectáculos públicos noticias tan interesantes, apesar de estar agobiadísimo por su gran clientela.

¿Y cómo no la ha de tener? En un párrafo anterior asegura que, gracias á nuestra—suya debiera decir—preciosa Terapéutica y materia médica, *se cuenta hoy con una colección crecidísima de productos ó sustancias medicinales suficientes á corregir* TODAS *las*

dolencias, por rebeldes é inveteradas que sean...

¡Y que haya tanto imbécil que no crea en la curación del cáncer!

Este especialista no ciñe sus operaciones dentro de Madrid. Arrimadito á á la cola—del anuncio, se entiende—se encuentra este párrafo, con su epígrafe y todo:

«A LOS DE PROVINCIAS.—Remitiendo los honorarios por libranza del Giro Mutuo, se les manda el tratamiento, plan curativo y medicamentos al punto donde designen, convenientemente acondicionado.»

Aquí no se sabe lo que se les manda convenientemente acondicionado, aunque á primera vista parece el punto; pero lo que sí se entiende bien es lo de la libranza del Giro Mutuo para la remisión de honorarios.

En el corazón generoso de tan simpático doctor, debía penetrar la idea de poner sus servicios al alcance de todas las fortunas, y en efecto, ha adoptado un sistema de honorarios que, como los de algunas casas de comida, vulgo bodegones, puede calificarse de económico.

Véase la muestra:

HONORARIOS.

	Pesetas.
Consulta, reconocimiento, plan curativo y medicación para un mes de tratamiento...........	75
Los meses sucesivos............	50

He dicho que la redacción corresponde al fondo del escrito, y no quiero privar á mis lectores de saborear algunos de sus párrafos.

Al pronto creerán, y yo lo creí así, que se trata de una proclama subversiva; pero no abriguen temor y lean, adoptando antes la precaución de sentarse en cómoda butaca, porque bien podría suceder que cayesen de espaldas:

«A LOS ENFERMOS DE ESTÓMAGO.—Dedicado hace algún tiempo como especialista á las enfermedades del estómago en vista (*en copla y todo*) de los resultados obtenidos cada día más satisfactorios con mi sencillo tratamiento por una parte, y por otra el monopolio (digámoslo así) (*como V. quiera*) de que continuamente son víctimas los pacientes, al ofrecer al público este *centro consultivo* consagrado únicamente á estas enfermedades, no pretendo ofrecer otro nuevo *descubrimiento* ó *panacea* (*modestia pura*), aumentando de esta manera el sin número de específicos, que por desgracia en ésta más que en cualquier otra abundan en demasía, siendo así que no tienen razón de sér, puesto que el mejor no presta utilidad alguna y la mayoría son altamente perjudiciales, como tendré ocasión de demostrarlo en la monografía que en breve daré á la luz pública. *Inconvenientes y perjuicios ocasionados por los específicos en las enfermedades del estómago.* (*¡Que salga! ¡Que salga pronto!*) Concretándome tan sólo (*tomen VV. aliento, caballeros*), en lo que permiten los estrechos límites de un prospecto, á hacer comprender á los pacientes el grave error en que incurren al dejarse sorprender por esa infinidad de charlatanes, (*¿si conocerá el paño?*) que pretenden curar con un solo remedio (al que dan el nombre de específico ó panacea) todas las perturbaciones y dolencias del estómago, no llevando otro sano fin que el de explotar la credulidad del que sufre sin reparar en los grandes perjuicios que ocasionan á los enfermos, ni examinar lo imposible de su pretensión y el ningún conocimiento que demuestran tener del aparato digestivo. (*¿Han descansado VV. ya de esa oracioncita de gerundio?*) ¿Cómo es posible obtener la curación de una úlcera del estómago, si no procuramos en primer tér-

mino la quietud y la buena posición del mismo, y en segundo, que el tópico ó medicamento permanezca en contacto inmediato con la superficie ulcerada? ¿Qué juicio podría formarse de un cirujano que pretendiera curar una úlcera de la pierna, por virtudes medicinales que el medicamento poseyera, si aconsejara al paciente grandes paseos y que permaneciera de pie todo el santo día? *(Pues que conocía la gramática como V.)* Pues esto es precisamente lo que hacen todos los que aconsejan esas maravillosas panaceas, sin tener en cuenta la alimentación del sujeto, base indispensable en esta dolencia, y sin la cual se hace imposible dar un solo paso acertado; puesto que hay alimentos que sin parar un solo instante en el estómago *(¡cáspita!)*, pueden perfectamente servir para la nutrición de nuestros tejidos, algunos que en un corto espacio pueden suministrar muchos más elementos de reparación que otros que por su estructura y modo de ser, necesitan una permanencia más prolongada en dicho órgano, y por último, hay algunos que por su composición deben de prohibirse en absoluto, por ser nocivos y perjudiciales á la mucosa gástrica, aumentando, como es natural, la dolencia que se trata de corregir.» Conformes. Hay mucho que corregir y no poco que prohibir para que brille la sana ciencia, que no gana gran cosa con los procedimientos callejeros.

Y ahí tienen VV. como el anuncio que recogí en el teatro de Lara y que parecía escrito como una proclama, resulta haber sido inspirado por el estómago.

DR. CUCHILLO.

TOTUM REVOLUTUM

Con motivo de no ser elegido senador un ilustre cirujano de la Corte, decía un colega que la ciencia estaba de enhorabuena.

Es indudable; pero en tal caso la elección de Calvo y Martín, por ejemplo, será un suceso lamentable; sin embargo, ¿quién sabe si la medicina estará de *Gaudeamus* cuando el nuevo cargo impida al agraciado escribir programas y apologías como las de antaño?

***

Dícese que á un profesor de la real cámara se le va á conceder un título nobiliario.

Propongo para una distinción semejante, si está de non, al preclaro maestro de cuya cabeza salió la idea del cuadro inverosímil que se admira en San Carlos.

Porque, ¡cuidado que es mucha pintura aquella!

***

Tras uno de los muchos descalabros que sufrieron los franceses en los alrededores de París, comenzaron á discutir los generales con gran calor y sobra de apasionamiento, el motivo de la derrota. Quién decía, haber sido una locura aceptar la batalla; quién que era falta de táctica; aquél lo atribuía á poco entusiasmo en las huestes, y tanto se enardeció la disputa, que se levantaron amenazadores puños y sables.

Entonces un anciano allí presente, dijo: «ciudadanos, no hay que denostarse; la causa de la derrota y de esta discusión es el no haber vencido.»

Traslado á quien corresponda.

***

En un estimado colega, cuyo simpático director goza de buena reputación

en la prensa por su pericia é imparcialidad, hemos leído un artículo de un señor que se firma A., *proponiendose* criticar un libro que ha merecido buen concepto de las publicaciones médicas y sabios maestros.

Esto nada tiene de particular; cada cual es dueño de sus apreciaciones; pero no es lícito á nadie, aunque éste sea el Sr. A., olvidarse del arte de bien decir en un artículo crítico, para lo cual no muestra grandes aptitudes, y es de los que dicen: «A seguida...»

¡Válgate Dios!

***

Porque á mí nadie me quita de la cabeza que este crítico *en canuto*, tiene algo que ver con el Dr. Sangredo y ha querido hacer carambola con él tirando sobre el simpático traductor de la obra; pero como para estos ejercicios se necesita una habilidad de la que no ha dado grandes muestras el Sr. A., ha debido olvidar algún requisito y, ya por no tener tiza, ya por no saber darla, ya por ignorar el manejo del taco...

¡¡Pifia!!...

***

Holloway, el de las célebres píldoras, ha fallecido dejando una fortuna fabulosa.

Se cuenta que deseando figurasen sus específicos en alguna novela, envió 25.000 pesetas al escritor Dikens, quien rehusó y devolvió este dinero.

Si todos los periódicos obraran del mismo modo que este publicista, ¿qué sería de los especuladores de la credulidad del vulgo?

***

El joven é ilustrado médico militar D. Francisco Granizo acaba de publicar en Granada una monografía extensa de la fiebre amarilla.

Ya que la falta de espacio no nos permite dar cuenta de este libro en nuestro *Boletin*, prometemos hacerlo con alguna extensión en una de las próximas visitas, porque el autor, el asunto, la manera de desenvolverle y algunos detalles, aunque escasos por fortuna, con los que no estamos conformes lo exigen así.

***

Nuestros abonados habrán podido notar que hasta hoy, El Dr. Sangredo no ha omitido diligencia ni sacrificio de ninguna especie para presentar esta revista con las condiciones de belleza y amenidad que todos bondadosamente nos reconocen.

La galería de personajes que hemos incluído en nuestras visitas anteriores, debidas al inspirado artista Sr. Cilla, retratan las más ilustres eminencias de la clase médica que en cualquiera especialidad ó que por sus aptitudes y representación, figuran en las avanzadas de la Medicina española.

Ejemplo de ello son los eminentes profesores cuyo retrato y biografía damos al público en la presente visita.

Ambos son dignos de respeto é imitación por parte de la juventud estudiosa, que debe ver en cada uno de los profesores que venimos retratando, una advertencia para aspirar á la perfección, evitando de paso las ligeras sombras que en alguno de los biografiados de vez en cuando señalamos, nunca con saña, siempre con imparcialidad.

Pues bien; desde hoy en adelante procuraremos dar entrada en nuestra galería humorística á los modestos y jóvenes médicos de los distritos rurales,

que por su amor á la ciencia se hagan dignos de la atención de esta Revista, y de figurar dignamente al lado de las brillantes realidades contempóraneas.

Del mismo modo procuraremos adquirir las fotografías y datos biográficos de los más notables profesores de Europa para dar así mayor amplitud y carácter de universalidad á nuestra galería, por la que tantos plácemes venimos recibiendo.

Por lo dicho comprenderán nuestros abonados que procuramos por todos los medios ponernos al nivel de la consideración con que el público ilustrado viene favoreciendo á este matrimonio amantísimo de la clase.

***

POR UN PITO

¡Qué alegres y qué contentos
van los grandes y los chicos
el día quince de mayo
de Madrid á San Isidro!
El estudiante interrumpe
por un día su cilicio
y va á comprar á su novia
un pito.
La patrona enmohecida
entre huéspedes y guisos,
va por costumbre á comprar
el tradicional botijo,
y ella, como el estudiante,
la chula y el señorito,
traerán respectivamente
un pito.
Yo también á la pradera
he de partir decidido
y he de comprar á mis cólegas
el silbato susodicho,
y haré según lo merezcan
más tarde los donativos
repartiendo á algunos de ellos
un pito.
Al presumido ignorante,
necio como presumido,
que charla por cualquier cosa
como cotorra de oficio,
que enjareta mil palabras
á granel y sin motivo,
cuervo con plumas de ganso,
un pito.
Al grave santón, que pasa
por ser un sabio muy listo,
gracias á que no es el hombre
jamás ni visto ni oído,
que no escribe, que no enseña,
que se respeta á sí mismo,
con más orgullo que un pavo,
un pito.
Al obstinado que cierra
el cerebro y los sentidos
á las conquistas modernas
que hace el progreso científico;
al que se encierra en su concha
á impulso del egoísmo
y á otros mil y mil farsantes,
un pito.

***

Hemos recibido el 1.º y 2.º cuaderno de la notable obra que con el título de *Primera Gramática Española razonada*, por D. Manuel M.ª Díaz-Rubio y Cármena (*El Misántropo*), publica la casa editorial de Fando y Hermano en Toledo, y si el todo de la obra corresponde á su principio, podemos asegurar ha de ser un libro de esos que forman época en la historia de las letras, por su nueva, copiosa y excelente doctrina, razón por la que no tenemos inconveniente en recomendarla á nuestros lectores.

Véase el anuncio en la sección correspondiente.

MADRID, 1884.
Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa,
Libertad, 16 duplicado.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

Th. Ackermann.—*Histogenesis é histologia del sarcoma.* 1884.

Esta monografía, la más reciente de las que viene publicando R. Volkman, excede en importancia, si esto es posible, á cuantas la precedieron. En ella trata el autor con detención y gran copia de datos, la composicion y evolucion del sarcoma en todas sus variedades, resultando un estudio completo y agradable que no sólo recomendamos por la significación del tema, sino por las muchas ideas que Ackermann expone contradictorias á las creencias histológicas admitidas en el día acerca de este pernicioso neoplasma, y que de seguro han de preocupar á los que se dedican á este género de cuestiones. La naturaleza de la malignidad del tumor, su denominación, la génesis de sus elementos, la proliferación celular, la generalización, son, entre otros, puntos en que pueden verse originales apreciaciones del autor, que no se ajustan en un todo á nuestro humilde concepto. La traducción es cuidadosa, y se debe al Dr. García Fernández.

El estudioso y activo director de la acreditada publicación *Lecciones clínicas*, D. Manuel Carreras y Sanchiz, está de enhorabuena, porque indudablemente verá aumentar las suscriciones, con monografías como la que nos ocupa.

∴

Lusk.—*Ciencia y arte de los partos.*—Hemos tenido el gusto de leer el segundo cuaderno de esta importante obra, que en nada desmerece del primer fascículo. Como dijimos en el boletín bibliográfico de la visita 11, pertenece esta publicación á la Biblioteca Económica, cuyo propietario es el Sr. Ulecia y Cardona.

El precio de cada cuaderno, tres pesetas.

∴

Hermann Nothnagel.—Observaciones sobre el diagnóstico de las enfermedades internas, 1,50 pesetas. Es una monografía de escasas dimensiones en la que se tratan con sencillez y brevedad, multitud de asuntos incluídos en el tema, siendo el capítulo 8.º uno de los más originales é instructivos. La traducción, como el prólogo, son debidos al estudioso joven Dr. García Fernández, redactor de *La Medicina Contemporánea.*

∴

Memoria *científico-descriptiva de las aguas minero-medicinales de la Favorita de Carabaña.* —Un folleto de 116 págs. Madrid, 1884.

Hasta hace muy poco tiempo eran estas aguas desconocidas para la generalidad; un hombre activo, su actual propietario, el Sr. Chavarri, ha sabido darlas á conocer, siguiendo para ello el camino que muy pocos propietarios de aguas minerales se atreverían á emprender, haciendo practicar análisis *verdad*, ensayos de todo género y vulgarizándolas por cuantos medios se pueden disponer en España. Así se hacen las cosas y así se obtienen grandes resultados. En el folleto á que nos referimos se da gran importancia á las investigaciones científicas, y el análisis practicado por D. Gabriel de la Puerta es una prueba más de lo mucho que vale el docto catedrático de la Central; está hecho á conciencia, y en algunos detalles que no pasarán desapercibidos á los inteligentes, se demuestra la gran competencia que en estos asuntos le reconocen todos. Además de los certificados de comprofesores distinguidos que se insertan al fin del opúsculo, hay en él un estudio que—para nosotros al menos—constituye una novedad: el análisis micrográfico y ensayo espectral de las aguas, debido al Sr. Mendoza, trabajo corto pero expresivo y lleno de datos que merecen leerse. No sin motivo nos hemos detenido más de lo que acostumbramos al dar cuenta de este folleto; hay hechos que se imponen, y uno de ellos es el deber que tiene el Gobierno de obligar á los dueños de establecimientos de aguas minerales á que presenten estudios *verdad* como el que nos ocupa, de los manantiales que explotan; hay muchas cosas que no han salido á la superficie y que nosotros, aun cuando nos impongamos costosos sacrificios, estamos dispuestos á esclarecer. La temporada de baños se aproxima, y bueno es que nuestros comprofesores y el público sepan á qué atenerse en asunto de tan grandísima importancia.

∴

Sánchez Herrero.—*Concepto de la patología especial médica.*—Un tomo de 284 páginas. —Salamanca, 1884.—Precio, 5 pesetas.

No porque nuestras ideas estén muy distantes de las del autor de este libro hemos de negarle la laboriosidad y aplicación que en él revela. Nos falta espacio para hacer la crítica de la obra, trabajo que, con respecto al parasitismo, ha hecho de una manera contundente el señor Alcina; apesar de sus defectos, es preciso confesar que el Sr. Sánchez Herrero ha tratado de estudiar á conciencia la asignatura de que es profesor, y que el *programa*—demasiado extenso para alumnos,—está ajustado á las ideas que el autor desentraña en las 129 páginas del *Razonamiento.*

∴

Declat. — *Higiene del niño reciennacido.*— Traducción del Dr. D. Rodolfo del Castillo.

Hemos recibido un ejemplar de esta obra, que encierra enseñanzas muy dignas de atención y que corresponden á la justa fama que disfruta su ilustre autor. El Sr. Castillo, cuya actividad científica demuestran sus numerosas publicaciones, ha traducido este libro, que debiera hacerse popular entre las madres de familia.

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 1.° JUNIO 1884. VISITA 15

SUMARIO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

Calle de Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
Trimestre.....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año..........	10 »	Año..........	12 »	Año..........	18 »

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

Números atrasados de trimestres anteriores para los no suscritores, DOS PESETAS

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16

1884

NUESTRAS FIGURAS

PUBLICADAS HASTA EL DÍA

Dr. Santero (papá).—Dr. Letamendi.—Dr. Encinas.—Dr. Creus. Méndez Alvaro.—Dr. Nieto y Serrano.—Benavente.—Dr. Castelo. Calleja.—Maestre de San Juan.—Marqués del Busto.—Dr. Campá.—Federico Rubio.—Ustáriz.—Dr. Pulido.—Dr. Rodríguez Méndez.—Tejada y España.—D. Juan B. Comenge.—Carracido.—Amalio Jimeno.—Gine y Partagás.—Del Toro.—Olavide.—Cortezo.—Dr. Esquerdo.—Dr. Losada.—Dr. Martínez y Molina.—Doctor Cervera.—Dr. Alonso y Rubio.—Dr. García Camisón.

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

A LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 1 ° JUNIO 1884. VISITA 15.

SUMARIO

ALGO DE LA QUINCENA

Frondosa de acontecimientos se presenta la que vamos á diseñar. En todos terrenos podríamos encontrar pasto espiritnal para llenar, no un artículo, sino un tomo. Desde la apertura de Cortes hasta el debut de Mazzantini, pasando por la exhibición de leones en Price y por la de la célebre Bernarda de Fontiveros, y mencionando los banqustes y serenatas de estos días y la situación de la clase escolar á fin de mes, siendo éste mayo, tendríamos un ramillete de impresiones y juicios que serían tan variados como divertidos. Pero nnestra seriedad relativa nos impide dar cuenta de tales acontecimientos á nuestros discretos lectores.

Digamos, no obstante, cuatro palabras de la Exposición de pinturas, inaugurada hace pocos días en el palacio del Retiro.

***

No presumimos de críticos en el arte de Rubens y el Ticiano, y no entraremos, por tanto, en apreciaciones, ni colectivasni particulares, sobre las condiciones de los cuadros presentados, aunque tal vez pudiéramos emprender la tarea con mejor éxito que algunos críticos *espontáneos*, que se desatan en observaciones con ribetes de tontería.

Está visto; lo mismo en literatura que en el arte pictórico, la corriente del gusto se inclina á buscar el ideal de la perfección en lo sangriento y en las costumbres licenciosas; esto será ó no un decaimiento del concepto de la estética, qne no he de meterme en averiguarlo, pero es lo cierto que lo excepcional y lo repugnante es hoy el tema obligado de las composiciones, si el autor quiere lla-

mar sobre sus obras la atención pública.

Dos hechos he observado en la Exposición: es el primero, que abunda la reproducción al lienzo de cadáveres, que siempre nos los presentan en descomposición más ó menos avanzada, aunque el personaje á quien perteneció acabe de morir de enfermedad ó de herida.

El segundo consiste en el afán de reducir lo pecaminoso al vello del pubis; así, es frecuente la aberración de pintar cuerpos de mujeres hermosas y completamente púberes, sin apéndices pilosos en las regiones que no debieran estar lampiñas.

***

Ya es hora demos cuenta de los acontecimientos profesionales de la quincena.

Cuatro brillantes conferencias ha dado el estndioso Dr. Mendoza en el Hospital de San Juan de Dios, á las que ha acudido numeroso y escogido público de profesores de la corte. Como en otro lugar de esta visita nos ocupamos con detención de este hecho, sólo diremos que correspondió á la justa fama que goza el conferenciante de hábil histólogo y de muy versado en las últimas teorías de la ciencia. ¡Lástima grande que el señor Mendoza no ponga más cuidado en desterrar modismos incorrectos, que recuerdan los escritos franceses, y no posea una oratoria brillante, con la que habían de lucir más sus indisputables conocimientos!

***

También el Sr. Sanmartín, distinguido catedrático de la Facultad de Medicina, está dando conferencias dominicales, acerca de los tumores. En el próximo número nos ocuparemos de algunas ideas vertidas por este maestro al estudiar su última obra (en publicación).

***

En la Real Academia de Medicina, el Dr. Creus continuó en la última sesión desarrollando el tema sobre la intervención quirúrgica en las enfermedades abdominales, examinando rápidamente el juicio médico actnal respecto á las extirpaciones de los importantes órganos encerrados en la cavidad abdominal.

El emiuente cirujano Sr. Creus es uno de los socios más activos con que cuenta aquella respetable corporación.

Con la traslación del Sr. Rico y Sinobas á la sección de Higiene, ha quedado una vacante en la sección de Anatomía y Fisiología de la real Academia.

En esta sesión quedaron sobre la mesa tres dictámenes, correspondientes á los discursos de ingreso de los Sres. Pulido, Taboada y Santero, á quienes felicitamos por la actividad que demuestran. De alguno de estos discursos tenemos excelentes referencias, y si no mienten las crónicas, será leído con gusto por los hombres estudiosos y amantes de las últimas conquistas científicas.

***

En la última reunión de la Sociedad de Higiene habló el Sr. Mendoza, con motivo del tema que se viene discutiendo, acerca de la difteria. El orador amplió algunos de los conceptos expuestos en noches anteriores por el Sr. Ovilo, y al ocuparse de los trabajos que con dicho señor había llevado á cabo, manifestó extensos conocimientos en Histología.

El Sr. Ovilo leyó unas conclusiones referentes á sus anteriores conferencias.

De la Médico-Quirúrgica y del Sr. Es-

pina nos ocuparemos con detención en la próxima visita.

***

Nuestro estimable colega de Barcelona la *Enciclopedia Médico-Farmacéutica*, contesta extensamente en dos artículos á las consideraciones que en una de nuestras anteriores visitas, nos sugerían los frecuentes quebrantos que sufren las administraciones de los periódicos médicos á causa del proceder vergonzoso y punible de los *gorrones* lectores.

Nuestro colega—á qué negarlo—expone razones valiosas y procedimientos ingeniosos para remediar el daño, que no dudamos serán buenos por el bien que á su administración reportan. Desmenuza y analiza con detención nuestros dichos, para encontrar á fuerza de ingenio faltas de lógica en nuestras aseveraciones, procurando dejar triunfantes sus principios.

Nosotros, que no queremos prolongar discusiones que nos alejen de colegas tan estimables, sólo diremos:

Que siendo el vicio necesario, como antítesis de virtud, no puede desterrarse totalmente, y por tanto, siendo los gorrones defraudadores, siempre persistirán para realzar á los buenos y honrados. Que siendo esta plaga necesaria, lo más que podemos aspirar es á esquivarla cuanto se pueda.

Y que Dios dé á nuestro colega todo el tino y buena suerte que se necesita para seguir diciendo que ya dió con el remedio del mal.

***

Se leyó el discurso de apertura de Cortes, y ni una palabra se dedica al importante asunto de la ley de Sanidad; por supuesto que si hubiera sucedido lo contrario, sería para la clase uno mismo el resultado.

Que es lo que venimos augurando en visitas anteriores.

DR. DOGRESAN.

CONFERENCIAS

EN EL

MUSEO DEL HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS

Tenía del Museo del Hospital de San Juan de Dios las mejores noticias; pero como las referencias, aun siendo verídicas y discretas, no llevan al ánimo el convencimiento que se adquiere cuando el interesado examina por sí mismo lo que desea conocer, esperaba con impaciencia el 19 del mes pasado en que debían inagurarse las conferencias anunciadas con el tema: *Las bacteriáceas y su acción patogénica en las enfermedades infecciosas.*

Provisto de una papeleta de invitación, que galantemente nos remitiera el Dr. Olavide, penetré en el Museo, ocupado ya por muchos colegas, entre los cuales tenía la seguridad de pasar desapercibido. La primera impresión que me produjo aquel ángulo de la galería baja del Hospital, trasformado en Museo, fué agradabilísima. Los azares de la vida, obligándome á visitar países extraños, me han hecho conocer algunos hospitales de Francia y Alemania, donde existen Museos análogos al de San Juan de Dios, cuya vista lisonjeaba mi amor propio nacional, por encontrarle muy superior á algunos de los más renombrados del extranjero.

La Diputación provincial de Madrid, á quién se debe la fundación de este Museo, se ha hecho acreedora á justos y merecidísimos aplausos; y como quiera que no hay acto meritorio que no tenga cumplida recompensa, es de esperar que no pase mucho tiempo sin recogerla. Las investigaciones acerca de la patogenesis de las enfermedades sifilíticas y de la piel, que seguramente se practican en el laboratorio histo-químico del Museo, y que tanta luz pueden dar en la profilaxis y tratamiento de esa clase de afecciones, corresponderán á los sacrificios que con tal motivo han impuesto á la provincia de Madrid los diputados que han propuesto, discutido y aprobado tan provechosa determinación, y cuyos nombres estamparía aquí de buenísima gana, á serme conocidos, que bien dignos son de ello por la cultura, interés hacia el enfermo, respeto á la ciencia y amor al progreso de que han dado muestras.

Para nosotros es una garantía de futuro éxito, y lamentaríamos engañarnos, la persona que está al frente del museo y á cuya iniciativa, constancia y decidido empeño se debe su creación. El Dr. Olavide, autor de trabajos que honran mucho á la medicina española contemporánea, hombre embebido como muy pocos en las conquistas modernas del saber, cuyo antiguo amor á ese linaje de investigaciones no es un secreto para nadie, procurará por cuantos medios le sean posibles y con una dirección tan metódica como ilustrada é inteligente, encanzar los diversos elementos de que dispone, imprimir á los trabajos una marcha fija hacia un objetivo determinado, y conseguirá resultados que han de abrillantar la historia de la medicina patria. La concepción de la idea del museo y sus esfuerzos para realizarla, se ve recompensada ya por la sincera aprobación que no le oculta ninguno de sus colegas y que la prensa unánime le concede.

El Dr. Sangredo, que no adula á nadie, pero que experimenta vivísima satisfacción con los triunfos de sus compañeros, repite hoy el aplauso que en otra ocasión dirigiera al Dr. Olavide y grita: ¡adelante por España! en la seguridad que el reputado dermatólogo no ha de defraudar sus esperanzas, y que honrando á su país ha de legar á sus hijos y á sus discípulos un nombre que podrá ponerse al lado del de aquéllos que por lo gloriosos pertenecen á la ciencia cosmopolita.

Injustos seríamos no mencionando aquí á sus dignos colegas del referido hospital que han contribuido con él al mayor esplendor del museo: los doctores Castelo, el acreditado sifiliógrafo y primer médico del establecimiento, Martínez, que tantos años lleva de práctica en aquella casa; Bombín, joven que tanto vale y á quien quisiéramos por lo mismo no ver tan retraido, y San Juan, que tan de cerca sigue las huellas del maestro, merecen también nuestro aplauso. Merécele asimismo el autor de las figuras de cera que se admiran allí, y tanto, que reclaman un párrafo aparte.

Al doblar el ángulo de la galería, se encuentran los armarios que las contienen; son ejemplares que representan diversos tipos de enfermedades venéreas, sifilíticas y de la piel. Mucho me habían ponderado la maravillosa habilidad del artista ejecutor de tan hermosos ejemplares, y por ser los elogios de personas peritas é imparciales, me decidí á encomiarlos en mi visita del 16 de abril; no

me arrepiento, porque todo es pálido ante la vista de aquellas figuras que reproducen tan fielmente los casos patológicos, que hay momentos en que se duda si aquellas pústulas, aquellas costras, aquellas flictenas están colocadas sobre cera ó sobre el enfermo mismo. No creo desmerezcan en nada á las célebres del Hospital de San Luis, y monsieur Barreta, el no menos célebre preparador de la santa casa de la *rue Bichat*, no las contemplaría sin gusto por amor al arte, y sin alguna pena considerando que su secreto se halla próximo á dejar de serlo.

El escultor español se llama D. Enrique Zofío.

***

Ya es tiempo de ocuparme del protagonista de aquella noche, es decir, del conferenciante. Declaro que tenía deseos de conocerle: los elogios que había oido de su mérito, y más que nada, el haberle elegido el Dr. Olavide para el difícil cargo de que se halla en posesión, eran causas más que abonadas para avivar mi curiosidad; en casos análogos, se forja la mente figuras fantásticas que, por lo general, defrauda la realidad, y la imaginación, esa loca de la casa, me le había á mí pintado como un tipo intermedio entre la cara *acanovada* de Pasteur y la fisonomía saliente y pronunciada de Koch, cuya poblada y rubia barba le dan el aspecto de un guerrero germano. La imaginación me había engañado como siempre, porque el histólogo de San Juan de Dios no tiene en su aspecto físico nada que recuerde aquellos dos esclarecidos varones.

Es D. Antonio Mendoza un joven andaluz que revela su orígen en su dificultosa pronunciación; rubio, de mediana estatura y regulares carnes, tiene las mejillas desprovistas de pelos, que sólo han podido formar en su agrupación un bigote poblado y una perilla que sin llegar á ser luchana, es de corte mefistofélico.

Tal es, físicamente, la persona que en la citada noche del 19 de mayo logró reunir en torno suyo á lo más distinguido, ilustrado y selecto del mundo médico de la corte; por su valer intelectual no debemos juzgarle todavía. Cuatro noches le hemos escuchado con gusto, y sin embargo, no podemos formar un juicio acabado, porque dando el Sr. Mendoza gran extensión al desarrollo del tema, hasta el punto de convertirle en un curso completo, forzosamente había de exponer en las primeras lecciones generalidades en las que no puede evaluarse toda la iniciativa, todo el espíritu crítico y de investigación, todos aquellos detalles, todas aquellas filigranas que podrán apreciar los naturalistas cuando oigan el fundamento de la nueva clasificación que nos ha prometido; los médicos, cuando explique la acción patógena de algunos microfitos en el organismo; los investigadores, cuando exponga la técnica del laboratorio y los numerosos medios de investigación, y los filósofos, cuando, haciendo las deducciones consiguientes á sus teorías, discurra y razone sobre todas esas materias de sus predilectos estudios.

Séame permitido, no obstante, emitir un juicio sobre un punto que creo ya fuera de discusión: el Sr. Mendoza ha demostrado que ha leído y conoce bien los trabajos ajenos que se ocupan de la cuestión, y lo que es más, que es naturalista. Veré de probarlo.

Cuestión batallona ha sido, y aun lo

coutinúa siendo, la naturaleza, animal ó vegetal, de esos pequeñísimos seres, cuyo estudio dista mucho de la perfección; pero que para los botánicos más distinguidos pertenecen al reino vegetal. Muchos hay todavía que, no queriendo comprometerse, ó desdeñando penetrar en el fondo de la cuestión, la resuelven de plano con la idea de un cuerpo que vive anatómicamente sin ser animal, ni vegetal, teoría que sólo puede convenir á los que siguen la escuela de cierto filósofo naturalista (1); pero que ni es racional, ni puede sostenerse en buenos principios científicos.

A esa idea responde la palabra *microbio*, que podrá significar una idea abstracta, pero que no puede significar nada concreto. Ha hecho bien el señor Mendoza en dejarla á un lado, y al no abrazar esa bandera, prueba que tiene principios fijos, y por lo tantos fundados, que sabrá defender.

Por lo mismo que veo al Sr. Mendoza por el buen camino; por lo mismo que no se le puede atribuir á ignorancia, me ha de dispensar un cargo que expongo á su consideración, y en el que, á no dudar, hemos de estar conformes. Siendo cuestión tan importante determinar la naturaleza de estos seres, ¿no cree el Sr. Mendoza que ha pasado muy de ligero por las diferencias que los separan de los más inferiores del reino animal? Habiendo dado tanta extensión á puntos más secundarios, bien se merecía éste más honores. Si la memoria no me es infiel, nos dijo que las sustancias azoadas son atacadas por álcalis, especialmente por el amoniaco, y como esto no se observa con estos seres, su naturaleza vegetal era indiscutible, y que si en épocas remotas se había creído lo contrario, habría de atribuirse á la falta de conocimientos.

Teniendo razón como tiene, le hubiéramos querido más explícito, porque esa verdad tiene aún muchos y muy vehementes enemigos, á los que es preciso abrumar con pruebas. El Sr. Mendoza, fundándose, tal vez, en que los más expertos en la materia ponen fuera de discusión la naturaleza vegetal de estos seres, apenas se detiene en ese punto del tema y aparte de que no hay enemigo, por débil que sea, que pueda despreciarse, la idea opuesta ha sido defendida con calor por hombres de tantos conocimientos como Pasteur, y modernamente hasta por botánicos como Clans; y nada digamos de los *anfibios-microbistas:* en la última sesión de la Academia de Ciencias de París emplea uno de sus más distinguidos miembros el término microbio como la cosa más usual y corriente. Por eso las consideraciones que sobre este particular hacía Davaine en 1864, con ser tan deficientes, no hubieran estado demás; por eso no hubieran holgado, ya que el señor Mendoza mencionó la primera, las otras dos diferencias principales que, á juicio de Robín, separan á estos microfitos del reino animal. Suponemos que el señor Mendoza, que ha de estar tan interesado como nosotros en que la buena doctrina prevalezca, deferirá á nuestras modestas indicaciones, hijas de nuestro amor á ese linaje de estudios y de la simpatía que siempre despierta en un viejo todo joven amante del saber, instruído é inteligente, como parece ser el distinguido conferenciante.

* * *

(1) Hæckel.

No debemos concluir este artículo sin rectificar un concepto emitido por nn apreciable colega al dar cuenta en su *Revista de sociedades* de la primera de estas conferencias, en la que decía:

«Pocas veces, acaso ninguna, hemos visto reunidos tantos médicos distinguidos. Verdad es que el asunto qne iba á tratar el Sr. Mendoza ofrecía, para la inmensa mayoría de los presentes, una novedad extraordinaria.»

El autor del artículo, qne, si no mienten las iniciales, es uno de los jóvenes más laboriosos é ilustrados de la clase, sólo ha podido escribir ese párrafo creyendo haber sido el único oyente de la conferencia referida é impulsado por la natural modestia que le caracteriza, porque sabiendo cuánto valía aquella escogida concurrencia, salva la pequeñísima excepción que nosotros formábamos, habiendo él mismo dado á conocer á sus compatriotas muchas obras extranjeras, y leyendo como lee tantos periódicos y revistas, no podría concebirse de otro modo que considerase novedad *extraordinaria* para *aquel auditorio* conocimientos muy extendidos en toda clase de publicaciones.

¿Qué médico medianamente versado en la historia de la medicina desconoce las curiosas observaciones de Leenwenhoek? ¿Quién no recuerda los libros del sabio Fr. Müler en que ya se presentan de un modo científico y son clasificados esos pequeñísimos seres? (1) Cierto es que estos trabajos, como los posteriores de Bory de Saint-Vincent (2), los de Ehremberg (1) y otros de aquella época, son incompletos, defectuosos, llenos de errores y apenas si en la primera edición de la *Historia natural de los vegetales parásitos* de Robín, en 1847, se les señala como gérmenes posibles de las enfermedades infecciosas, teoría cuyas bases no empezaron á tener solidez hasta mucho tiempo después; pero así y todo, son estndios de gran valor porque de ellos se deriva la teoría qne llamaremos parasitaria por darle algún nombre, siquier éste no sea el más apropiado.

Pero aun suponiendo que se desconozcan tan cnriosos escritos, ¿cómo se van á desconocer las numerosas publicaciones, ya libros, ya periódicos, que desde el año 1860 hasta el día han dado cuenta de la multitud de trabajos que sirven de tema á las conferencias á que se refiere? Dejando aparte las revistas especiales de micrografía que se publican en Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos; sin contar con las colecciones de la *Revue scientifique*, *Bulletin de l'Academie de Medicine*, *Comptes rendus et memoires de la Societé de biologie*, *Archives de Physiologie*, etc., qne dan á luz artículos interesantes sobre el asunto y que conocen muchos médicos españoles, los *Anales de Metereologia* que publica M. Miqnel, muy vulgarizados ya, y el antiquísimo periódico *Comptes rendus de l'Academie des sciences*, que lee todo hombre de ciencia qne se precia de ilustrado, bastarían para que tales materias no constituyeran entre nosotros novedad extraordinaria (2).

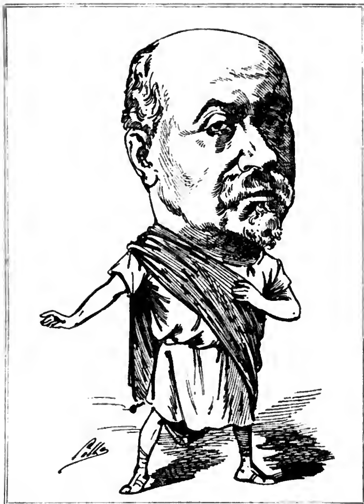
(1) *Vermium terrestrium et fluviatilium historia*, 1773. *Animalcula infusoria fluviatilium et marina*, 1786.

(2) *Encyclopédie methodique*, 1824. *Dictionaire d'histoire naturelle*, 1830.

(1) *Infusionsth*, 1838.

(2) Como es posible que la juventud médica no conozca los notables artículos relacionados con

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. ALONSO Y RUBIO.

Honores, glorias, esplendor, riqueza,
cuanto puede halagar, cuanto fascina,
no vencerán la varonil cabeza
del que no se doblega ni se inclina
torciendo la moral y la entereza
que reclama la noble Medicina.
Así soy y así fuí y así prometo
seguir dando á mi título respeto.

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. GARCÍA CAMISÓN.

Larrey y Ambrosio Pareo
que asistieron al soldado
fueron, ¡vaya si lo creo!
niños de teta á mi lado.

De operar mejor que mil
gozo justa fama y nombre,
soy simpático y gentil-
hombre.

Y que esto es así, lo prueba la enseñanza que por algunos catedráticos se da ya en nuestras escuelas; larga y penosa tarea nos impondríamos si fuésemos á consignar los nombres de todos aquellos profesores que ponen á sus alumnos á la altura de los conocimientos modernos. El Sr. San Martín ha demostrado en el Ateneo y enseña en la cátedra cnanto conoce esas teorías y sus fundamentos; el Dr. Alcina en Cádiz, el Dr. Rodríguez Méndez en Barcelona, el Dr. Gil Morte, que da en estos días conferencias muy notables en el Ateneo de Valencia sobre schizofitos, y otros muchos que sería prolijo enumerar, se cuidan de extender esta clase de estudios, no ya entre los médicos, sino entre los jóvenes alumnos. Y nada decimos de tan sabios maestros como los Drs. Letamendi y Maestre de San Juan porque sería un pleonasmo ocioso.

Periódicos españoles y tan españoles como *La Gaceta médica Catalana*, *La Revista de especialidades*, de Cádiz, y *El Correo Médico Castellano*, de Salamanca, dedican, entre otros muchos, gran parte de sus columnas á tan interesante materia, y aun entre algunas pnblicaciones extrañas á la medicina se la mira con particular predilección: *La Crónica científica*, de Barcelona, y *La Revista popular de conocimientos útiles*, no nos dejarán mentir.

Si es verdad que la ciencia médica española está pasando por un período azaroso de vida, no es menos cierto que se procura conocer y se está al tanto de las conquistas que el saber realiza en países más prósperos, y sin dejar de triburar á nadie los aplausos debidos á su mérito, no nos hemos de envolver en nna modestia tal qne nos crean los extraños tan atrasados como pueden estar las tribus nómadas de la región africana; hay cosas que sólo en broma y en un periódico satírico pueden pasar; pero que aun dichas con la mejor intención, no encajan en una publicación seria.

Bastante poco nos consideran ya en el extranjero, para qne les facilitemos armas que aumenten el menosprecio.

EL DR. SANGREDO.

---

el asunto y que constan en los tomos anteriores á estos diez últimos años de esa publicación, insertamos una nota consignando dónde encontrarán los más interesantes, sintiendo que las condiciones materiales del periódico no nos permitan dar más detalles.

AÑO.	TOMO.	PÁGINAS.
1836....	III	385
1837. ..	IV	464
1847....	XV	359
1857....	XLV	913 y 995
1858....	XLVI	615
»	XLVII	982
1859....	XLVIII	337
1860....	L	849
»	LI	536 y 627
1861....	LII	334
1863....	LVI	416-734-1.189
»	LVII	2 0-348-625-635-833
1864....	LIX	127-250-317-425-525-629-743
1865....	LX	1.296
»	LXI	298-334-368-136-523
1866....	LXII	294-453-1 005
»	LXIII	301-395-1.072
1867....	LXIV	41
1868....	LXVI	422 y 860
» ...	LXVII	746 y 900
1871....	LXXIII	117
1872....	LXXIV	23
»	LXXV	784
1873....	LXXVI	1.143
»	LXXVII	1.027
1874....	LXXVIII	46

LAS FIGURAS DE MI GALERIA

D. FRANCISCO ALONSO Y RUBIO

No por la sed de aprender se distingue el sabio, sino por ser manantial de útil enseñanza; pero ésta no caracteriza al verdadero maestro si no va acompañada de virtudes; el Dr. Alonso es nn sabio maestro, respetado y querido de toda la clase médica.

De sólida instrucción y claro talento, con su actividad siempre jnvenil, ha sabido ganar la cúspide de las reputaciones. Catedrático, escritor correcto, amante de la ciencia, ginecólogo ilnstre, con nna clientela tan numerosa como distinguida, protector decidido de la jnventnd médica, presidente y padre á un tiempo de la Sociedad ginecológica, miembro de la Real Academia de Medicina, jefe de la facultad médica de Palacio, autor de libros recomendables y varón apreciado por su entereza y pundonor, he aquí algo de lo qne es y fué nuestro venerable compañero, y en verdad que es bastante para adornar sn vejez de modo qne parezca y valga por una jnventud risueña y dorada.

Un día creyó que su elevado y honroso cargo y su dignidad ya no eran compatibles; y cerrando los ojos á nn presente halagador y á un porvenir risueño sin parar mientes en consejos que tendían á doblegar su franca y leal resolnción, dimitió el cargo con la entereza de un caballero, con la delicadeza del talento y con la resolución del sabio griego al rechazar las ofrendas del caudillo persa.

Con tal acto acabó de conquistarse las simpatías de todas las personas de recta conciencia.

La nieve de los años, que cubre su cabeza, no puede apagar sn ardor por la ciencia; así se le ve presidir y tomar parte en los debates de la Ginecológica, asistir á la Real de Medicina y en estos días ha sido uno de los defensores de la clase, en el Ateneo, maltratada por un socio de aquel centro.

Entre sus producciones científicas, que son muchas, citaremos: *La mujer; Mi profesión de fe médica; casos de distacia, manual de partos, etc.*

⁂

D. LAUREANO G. CAMISON.

Es nn cirujano de envidiable reputación, qne goza de alta jerarquía en el cnerpo de Sanidad militar.

De figura simpática, de traviso carácter, trato afable y agudo ingenio, ha llegado al puesto más codiciado de la clase, por representar ciencia acrisolada; con efecto, es médico de la real cámara. La Academia Mérico-Quirúrgica le eligió sn presidente, y es muy sensible que apesar de la fineza, no aparezca sino excepcionalmente por aquella docta corporación. Del mismo modo es de lamentar qne mostrándose avaro de sus conocimientos quirńrgicos, no los manifieste en el libro, donde los reflejaría á la jnventud ávida de enseñanza.

Por esto se le censura, y nosotros tememos que si no cambia de vía, la medicina contempóranea no guardará su nombre ó por lo menos no le destinará el sitio qne le corresponde.

Ha escrito, con el Sr. Martínez Pacheco, una Cartilla de Sanidad militar.

AL SR. P. L. L.

(BACHILLER.)

En nuestra visita anterior dedicamos dos sueltos á un Sr. A. firmante de un conato de crítica inserto en un estimable colega. El Sr. A. no contesta; pero lo hace en su nombre el bachiller P. L. L., á quien ni remotamente aludimos, tal vez por ser más diestro en lides periodísticas.

No sabré decir si en el cambio hemos ganado ó perdido, aunque sí aseguraré que ambos parecen valerosos y esforzados para defender sus dichos sin confesar sus errores.

Felicitamos de todas veras al supradicho bachiller P. L. L. por sus brillantes disposiciones para la sátira, que maneja con gracia y alguna vez con discreción, creyendo que si dedicara algunos ratos á la lectura de los clásicos estrechando más sus relaciones con la gramática y con la *cultura* para los chistes, podría aspirar con el tiempo á incluir su nombre entre los escritores satíricos, que no son por cierto los licenciosos.

Previo el reconocimiento de tan bellas disposiciones y el que experimentamos por la propaganda inconsciente que hace de EL DR. SANGREDO, vamos á rectificar algunos conceptos de nuestro apreciable contrincante, pero con suma brevedad, que estas discusiones son harto fatigosas para el público.

Mal consejero de la razón es el apasionamiento, y mucho temo que si mi buen amigo el bachiller no desvanece la estrecha vecindad con que en su inteligencia viven, corremos el riesgo de no entendernos jamás, y V. el peligro de verlo todo torcido. La primera muestra de imparcialidad que de V. reclamo es que comprenda que EL DR. SANGREDO vive solo, contento, sin lazo que le una á ningún otro periódico, á no ser la amistad y cortesía que por igual repartimos entre todos nuestros colegas, sin que sean parte á disminuirlas la pasajera diversidad de pareceres.

Y vamos al pleito.

Sostenemos que la frase «A seguida...» es de mal gusto, es un galicismo pedante que no debe figurar en un idioma tan rico como el nuestro, en donde se encuentran modos adverbiales que expresan perfectamente la idea que quiso emitir el Sr. A., ya que no emplease como más propio y adecuado el «á continuación,» que hubiera sido más correcto que unir frases que no pueden formar nunca modismo castizo. El discutir sobre este asunto es por demás trivial, y la insistencia de V. en este punto no creo le favorezca gran cosa.

Despréndese, Sr. P. L. L., de sus premiosos y confusos párrafos, que el arte de bien decir es el que poseen algunos de nuestros comediantes, que en cambio hablan muy mal. ¿Ve usted, amigo, lo que es no acordarse de los estudios casi de primera enseñanza?

Lo que V. dice es un disparate enorme que no tiene perdón de Dios.

Usted confunde deplorablemente como el vulgo, el arte de recitar ó declamar con el bien de decir, y por eso asegura que los cómicos poseen el arte de bien decir y no el de bien hablar. No, señor; el arte de bien decir consiste en expresar en forma galana las ideas, es la retórica, y el hablar, que no es arte ni lo fué nunca, es el acto físico de la expresión, es una modalidad de las que tiene el lenguaje; el hablar es parte, el decir es todo; por tanto, el que dice bien por fuerza ha de hablar bien, así como el que habla no es preciso que posea el arte de bien decir, porque el *bene* supone conocimiento de la estética, noción elevada de algo que no tiene el papagallo ó la urraca que con la

física articulación de palabras, hablan, pero no dicen; y así el cómico recita, y aparte de su talento declamatorio, no hace sino repetir el lenguaje de otro, pero no *bien* decir.

El decir es una función completa, en la cual la palabra es una condición entre varias.

Cicerón dijo de la retórica que era: *arts, bene dicendi* y no el arte de hablar porque con emitir sonidos y articularlos ya se habla: ¿comprende V. ahora la diferencia que media entre el *bene dicendi* y el simple *locuendi*? No; pues lea V., no ya las autoridades modernas, que pudiera V. recusar, sino los maestros más dignos de respeto, como Tertuliano, Máximo Tirio, Patrocles, Crisipo, Hermagoras, Marco Tulio, Quintiliano, Dionisio Halicarnaso, Gorgias el Brocense y otra multitud de sabios que convienen en que la retórica es el arte de bien decir, cuyo fin es convencer por medio de la ordenada exposición de ideas, teniéndola algunos como ciencia y no pocos como virtud, y si después de meditada la opinión de estos sabios sigue V. creyendo que el que sabe decir bien puede no saber hablar, le compadeceré.

Recuerde V. la definición que San Isidoro daba del orador, como la de Fray Luis de Granada; vea mi querido bachiller las razones que para apoyarlas aducen sus comentaristas y de seguro que ya no querrá incurrir en el error de creer que es un imposible olvidar el arte de bien decir, porque cabalmente no es lo que más abunda; en cambio todos hablan, quién alto, quién bajo y quién en tonto. Si V. poseyera á perfección el arte de Tulio, á fe que no hubiera escrito el primer párrafo de su artículo, en donde huelga una letra mayúscula, una cacofonía, una oración manca y un pensamiento enfático que no viene á cuento, y todo en tres líneas.

Dígame ahora si debe V. solicitar la plaza de crítico ni menos romper lanzas por otro en asuntos literarios... yo creo que no, sólo que V. pensará de otro modo opinando como la mayoría, que el arte de expresar las ideas se aprende por la calle.

Díceme el bachiller P. L. L.:

«A su merced le sobra la razón, á juzgar por la que le falta *en cuanto escribe*.» Y á V., querido bachiller, la costumbre de entablar polémicas con nadie, y como después de todo me es usted muy simpático por lo de la propaganda, me voy á permitir darle una leccioncita, cumpliendo á la par con una de las obras de misericordia.

Negarlo todo al adversario que se pretende combatir, es la más clara muestra de la sinrazón del que combate; es, por otra parte, poco táctico, y demuestra inexperiencia supina; porque vencedor no hay mérito alguno en la victoria, y vencido, la derrota resulta vergonzosísima. Generalmente los que no conceden nada al contrincante pierden muy mucho en el concepto del público que los juzga, y con razón, cegados por la rabia, la envidia ó la impotencia, exponiéndose además á los terribles trompicones del que á ciegas camina.

Prueba: el suelto que ha impulsado á decir á V. *que me falta la razón en cuanto escribo*, empieza así:

«En un *estimado* colega, cuyo *simpático* director goza de *buena reputación* en la prensa por su *pericia* é *imparcialidad*...»

Y una de dos, querido bachiller, ó cegado por...—no quiero ofender á V...—por la precipitación con que escribió el artículo, no se dió cuenta de lo que decía, ó confiesa V. que se aprecia tan poco que no tiene inconveniente en escribir para un periódico que no es *estimado* y á las órdenes de una persona antipática y que no tiene reputación en

la prensa por su pericia é imparcialidad.

Afortunadamente para V., para el periódico en que escribe y para su discreto y simpático director, la segunda versión carece de fundamento, como carecen de lo mismo las inculpaciones que hace á EL DR. SANGREDO.

Y con esto doy fin á la polémica, convencido de que si V. es, como creo, persona de buena fe é instruída, coincidirá con mis apreciaciones; de lo contrario, sentiré tener que dejarle en sus trece, que no hay libros ni consejos para el que no quiere comprender.

Le aprecia y se pone á su discreción su seguro servidor Q. B. S. M.,

DR. SANGREDO.

CARTA DE LUSCINDA

Á SU AMIGA CLAUDIA.

Queridísima amiga Claudia: Recibí días atrás, tu sabrosa epístola, como todas las que me mandas, y por ella te doy un millón de gracias por el recuerdo en que tienes á tu amiga de la infancia y á mi caro esposo que, aunque algo viejo, mantiene en su figura y en sus actos la robustez de apuesto joven.

Desde que abandoné, Claudia amiga, las labores casi por completo para dedicarme con atención y cariño al ejercicio de la Medicina, ¡cuántas cosas he podido ver y cuántas otras no quise mirar ni aun de refilón! Por lo mismo, no he de atormentar tu pureza sin mancilla pintándote cuadros profesionales que habían de servirte, antes que de solaz, de pesadumbre y rubor.

Me concretaré, pues, á darte noticias de los personajes por quien me preguntas, ya que por lo visto, según colijo y tú te callas, entre ellos debe estar tu prometido.

Albertito Corre y Sal sigue siendo un joven sin aplomo, sin pizca de ciencia, pero un gran olfateador de sitios donde podrá sacar con el tiempo, raja.

No sé en qué despensa encuentra lo que come ni qué amoroso sastre le viste, pues no consta gane dos pesetas en la profesión, y ya sabes tú que D. José, de quien es sombra, no se corre nunca. Pero ello es que gasta botas enormes, chaquet diminuto, patillas á la moda, blanquísima camisa, y en todas partes se le encuentra saludando á todos, afectando prisas y andando con los codos atrás, según el gusto del día.

En suma; es un tipo que goza tanto con la presunción, que presume de todo, hasta de ayudante de cualquiera; se ha propuesto meter bulla y en camino de ello está.

¿Qué te diré de Luciano? Siempre tan modesto, tan aplicado, tan amable y tan trabajador. Es una figura simpática; su aire melancólico, su cándida mirada, su esbelta persona, convidan á quererle.

Y bien sabe Dios que haría por él un sacrificio. Cuando le veo se me antoja que no comió la víspera.

Pero pesa sobre él una gran desgracia; tiene mérito sobresaliente, pero no se humilla, y me han dicho que es muy aprensivo y se cura con tiempo, abusando del jarabe de cepas.

¿Pues y de Juanito, el sobrino del señor vicario de San Roque? Se empeñó en seguir la carrera de Medicina, y al cabo de muchos años, muchas recomendaciones y no pocos gastos, llegó á tomar el título. Su tío, hombre grave como ninguno, quiso colocarle de facultativo en un convento de monjas, y lo consiguió, gracias á sus buenas relaciones. Juanito, que había seguido con avidez (sin llegar á comprenderlos nunca) los progresos de la frenopatía, creyó que todas sus clientes monjiles eran monomaniacas; una zorra en un gallinero no hubiera causado más alboroto que nuestro héroe en el convento, y fué despedido.

Echándoselas de víctima, y después de regañar para siempre con el respetable vicario, anda por ahí llamándose materialista, y produciendo más daño á los defensores de su sistema que sus más declarados enemigos. Para él, sin excepción alguna, todo el que comete un crimen es un alienado; el que roba, es digno de compasión, y no hay asesino que deba ir á la cárcel. Como todos los días no son iguales, al ir el pasado jueves á la corrida de toros, un pilluelo le robó el reló; Juanito pudo observarlo á tiempo, y sacudiéndole un garrotazo, le infrió una solución de continuidad en el occipucio, por lo cual,

como aquí se acostumbra, fueron entrambos á la prevención, donde el comisario, que le conocía de antiguo, no pudo menos de decirle: «Pero hombre, ¿es posible que trate V. así á sus enfermos?»

De Celestino Lamparillas no quisiera hablarte; se agarró á los faldones del célebre D. Robustiano, aquel cirujanote que me hizo el amor y á quien rechacé por feo, apesar de la gran clientela á quien pincha, raja, corta y quema sin compasión. Celestino, que continúa tan bruto como siempre, le sirve de ayudante de segunda fila, y como tal le lleva los instrumentos cuando practica alguna operación; por lo demás, le es utilísimo, sufre con paciencia todas las impertinencias del jefe, que no son pocas, le hace todos los recados, le sacude el gabán y hasta le limpia las botas, y no te creas que hay en esto exageración ni que de su clase sea el único en la corte.

Ya ves que ninguno de éstos te conviene para tomar estado. No ignoro que quedan otros tipos más chuscos y aviesos por quien me preguntas; pero el regente me avisa la premura del tiempo y el exceso de original, y me callo hasta la próxima, en que terminaré la epístola; en el ínterin te abraza de veras

LUSCINDA PROTOPLASMA.

BERNARDA LA MILAGRERA

ROMANCE DE CIEGO

¡QUIÉN PIDE OTRO! ¡QUIÉN PIDE OTRO!

En la provincia de Avila
hay, por nuestra dicha, un pueblo
que ha de ser muy celebrado
y se llama Fontiveros.
En él nació la Bernarda,
en él se crió entre brezos,
entre jaras y chaparros,
entre cabras y moruecos.
En su infancia, por instinto,
odiaba ya el calceteo
y buscaba á los muchachos
dedicándose á sus juegos,
ora triscando en las eras,
ora *jugando á los médicos*,
en que los chicos hacían
con gusto el papel de enfermos
y ella los medicinaba
con muy sabrosos remedios.
En tan inocentes ocios
la Bernarda pasó el tiempo
y las diez y nueve hierbas
cumplió ya con gran contento
del que afligido por males
se ve doliente en el lecho;
porque la tal se dedica
á curar los estafermos
que van á buscarla ansiosos
de que mejore sus duelos.
Acuden á su consulta
cojos, tullidos y ciegos,
no sabré si de los ojos,
no diré si de los miembros,
pero que puede jurarse
lo son del entendimiento;
diez reales por la consulta
pide, y es módico precio;
Bernarda la milagrera
está mal con su dinero;
hay en Madrid charlatanes
que valiendo mucho menos
hacen pagar las visitas
mucho más caro á los necios.
¡Oh benéfica Bernarda,
bien hayan tus sentimientos!
Tu corazón, aunque agreste,
no te pone en los aprietos
del que pensando en medrar
revienta al mísero enfermo,
y ensaya en *ánima vili*
los más burdos desaciertos.
Bendita seas, bendita,
Dios te conserve ese cuerpo
que cubren media docena
de lanudos zagalejos.
Dios te conserve también
el Gobernador modelo
que te mira cual se escucha
al agua estando lloviendo.
Dime su nombre, Bernarda,
y le escribiré un soneto,
donde queden consignados
los grandes merecimientos
del hombre que causaría
á Sancho Panza recelos.
Dime asimismo quién es
el subdelegado tierno
que, hechizado por *tus gracias*,
no pone ronzal ó freno
á los intrusos que brotan

entre cardos y entre berros;
envíame su retrato,
que colgarle te prometo
donde una vez cada día
despierte en mí su recuerdo.
Y si á tu gran corazón
no aprisiona ningún miedo,
dime la escuela que sigues
en tus doctos tratamientos,
cómo curas y con qué;
en dos palabras: tu método.
Que si es como me figuro
el que emplearon un tiempo
aquellos saludadores
de tan renombrado mérito,
yo te enviaré un cliente
que há mucho está padeciendo
con un tumor varicoso
tan doloroso y *extremo*,
que el infeliz aunque quiera
no puede tomar asiento.
Tú le curarás, Bernarda,
ya que curarle no puedo.
Y te estaré agradecido
para los siglos eternos.
Adiós, no te besa nada,
al despedirse,

SANGREDO.

TOTUM REVOLUTUM

EL DR. SANGREDO felicita cordialmente al distinguido catedrático de Anatomía, Sr. Calleja, por el triunfo conseguido en las elecciones á senador por la Universidad de Zaragoza.

Y al consignar la presente enhorabuena, nos impulsa tan sólo la esperanza de que será uno de los que indudablemente pondrán su actividad y elocuencia al servicio de la enseñanza y de la clase médica.

Para solemnizar esta prueba de confianza que del claustro de Zaragoza recibió el Dr. Calleja, reuniéronse en fraternal banquete más de cuarenta personajes, en su mayoría profesores; hubo brindis según costumbre, siendo muy notable el pronunciado por el señor Letamendi.

***

La abundancia de original nos pone en la precisión de retirar algunos sueltos y la carta que dirigíamos al Sr. Ministro de Fomento ampliando algunos detalles acerca de la Biblioteca de San Carlos. Pero no hemos de demorar una rectificación que gustosos hacemos, tocante á la conducta del decano, señor Magaz, en este asunto.

En efecto; el ilustre catedrático de Fisiología, nos consta, ha hecho cuanto de su parte estaba para remediar el mal que censurábamos en la visita anterior, y por esta actitud como por las reformas importantes y recientes que ha llevado á cabo en la Facultad, le felicitamos muy de veras.

La justicia ante todo.

***

En un cuartel de la Guardia civil, en Salamanca, existe una niña habitada por *bichos* que con gran bullicio se entretienen en recorrer su cuerpo hasta encontrar la salida por el postigo. Lo curioso del caso es que los guardias no empleen sus carabinas contra estos moradores furtivos y endiablados, que toman las más extrañas formas. Hasta el día ha regalado la criatura bichos como ratones, otros como cangrejos, gusanos con rabo y otras lindezas por el estilo.

Su clasificación provisional no es aceptable, y hasta que la niña no deposite un tipo de rumiante, no podrá el clasificador justificar su opinión fundándose en tipo para él muy conocido.

Entretanto yo opino que para acabar con los ratones no hay mejor medio que hacer tragar á la enferma un gato.

***

Se dice que en el Ministerio de la Gobernación hay el propósito de estudiar y presentar un proyecto de ley de Sanidad á las Cortes que, abrazando las aspiraciones del frustrado, sea diferente y más lato que aquél.

¿Qué apostamos á que la *latitud* se refiere á los siglos que hemos de tardar en verle aprobado?

En este país á los asuntos de esta índole les acontece lo que á las uvas en el Norte, que no maduran nunca y nadie las aprovecha

MADRID, 1884.
Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa,
Libertad, 16 duplicado.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

Verdós (P.).—*Acción Terapéutica del alcohol en las pneumo y cardiopatías agudas.* Madrid, 1884. Forma un tomo de más de 250 págs. que se vende á dos pesetas.

No hay duda que el inteligente editor de «El Cosmos» sabe escoger las obras que publica. La última de que nos ocupamos ha sido premiada por la Real Academia de Medicina de Barcelona, y se debe á la pluma del Sr. Verdós, ya muy conocido por otros escritos de mérito relevante. En las páginas de este libro se estudia con fruto la acción fisiológica del alcohol á grandes y pequeñas dosis, y la terapéutica en las flegmasías en general, y en las pneumopatías y cardiopatías agudas en particular; en resumen, es un libro que merece ser bien acogido por el mundo médico.

Comenge (L.).—*Oncología, ó tratado elemental de los neoplasmas.* Madrid, 1884.

Hemos recibido el primer cuaderno de esta obra, que nos reservamos criticar para más adelante; el autor, que es un joven médico, demuestra al darla á luz editándola él mismo, un valor á toda prueba, y aunque sólo sea por esto, se hace acreedor á nuestras simpatías, y á que nuestros compañeros recompensen su laborioso esfuerzo. Precede á los primeros capítulos un prólogo del Dr. Maestre de San Juan, el distinguido y reputado maestro de histología de esta facultad, escrito que, como todos los debidos á su pluma, demuestra la competencia que todos le conceden en tan difíciles materias.

Anuario oficial de las aguas minerales de España.—Tomo II. Madrid, 1883.

El Director general de Beneficencia y Sanidad, D. Ezequiel Ordoñez, ha tenido la galantería, que estimamos en mucho, de remitirnos este libro, que se publica con arreglo á lo dispuesto en el art. 55 del Reglamento de baños y aguas minero-medicinales. Corresponde al año de 1882 y está redactado por los Sres. García López, Carretero, Villafranca, Taboada y Martínez Reguera. La importancia y extensión del libro, más de 500 pags. en 4.°, no nos consiente examinarle y emitir juicio á la ligera, aunque las personas que forman el comité de redacción nos permiten creer que será digno de ellas.

Hueter (Carl. Albert).—*Elementos de cirugía.* Traducción directa del alemán, por el doctor Peña y Maya.

Se han repartido los dos primeros cuadernos de esta, por todos conceptos, notabilísima obra. El estudio de la inflamación y de las lesiones traumáticas en general, la exposición de los procedimientos *aséptico y antiséptico* hecha por el autor de una manera magistral, y parte del capítulo de los traumatismos é inflamaciones de la piel, constituyen la materia comprendida en dichos cuadernos, cuya lectura recomendamos á todo el que quiera marchar con la corriente del progreso científico y artístico de la cirugía.

La obra, cuidadosamente traducida, se publica por cuadernos de 40 págs. cada uno, al precio de una peseta en toda España. Cada quince días se repartirán uno ó dos cuadernos.

El pago de la suscrición será adelantado, no sirviéndose ningún pedido al que no acompañe, cuando menos, el importe de cinco cuadernos. La correspondencia, libranzas, etc., se dirigirán á nombre del traductor, en San Lorenzo del Escorial. Las demás condiciones de la publicación pueden verse en el Boletín Bibliográfico de esta *Revista.* Visita 12, 16 de abril de 1884. Puntos de suscrición: en casa del traductor, San Lorenzo del Escorial, Duque de Alba, núm. 1. En Madrid, librería de D. J. J. Menéndez, calle de Atocha, 29. En provincias, en las principales librerías.

También hemos recibido las siguientes obras, por las que damos á sus autores y editores las más expresivas gracias, y de las que nada decimos por ser ya conocidas del público.

El Escepticismo en la Ciencia, del doctor D. Amalio *Gimeno*.—Folleto de 47 páginas, segunda edición.—Valencia.

Ya conocíamos este escrito, tan notable como todos los que son debidos á la pluma de tan ilustrado maestro. El asunto es difícil, y el autor consigue un triunfo que, aparte de su castizo y elegante estilo, es un nuevo galardón para tan apreciable compañero.

Estudio fisio-patológico de la glucosa, etc., de D. Ricardo *Guijó y Garmendia.*—Folleto de 49 paginas.—Córdoba, 1876.

Da cuenta este folleto, como lo indica el título, de la acción que la glucosa ejerce en el organismo humano, y demuestra en su autor laboriosidad y conocimientos.

Cirugía Antiséptica, por el Dr. D. Justo Lucas *Championnière.*—Segunda edición, traducida por D. Genaro La-Calle.—Tomo de 196 páginas. Su precio, 5 pesetas.

Recomendamos este libro, que es un resumen bastante extenso y útil de la materia que forma el contenido del escrito, de gran importancia en la Cirugía moderna.

La Dispnea y su tratamiento, etc., de D. Juan *Mariani y Larrión.*—Su precio, 1,50 pesetas.

El solo nombre de este ilustrado comprofesor es garantía bastante para que se lean con avidez las observaciones tan atinadas, como bien expuestas, que en el folleto en cuestión se hallan. En suma, este libro, aunque de límites reducidos, corresponde á la justa reputación del médico del Hospital de la Princesa, Sr. Mariani.

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 16 JUNIO 1884. VISITA 16

SUMARIO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

Calle de Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
Trimestre....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año..........	10 »	Año..........	12 »	Año..........	18 »

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

Números atrasados de trimestres anteriores para los no suscritores,

DOS PESETAS

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16

1884

NUESTRAS FIGURAS

PUBLICADAS HASTA EL DÍA

Dr. Santero (papá).—Dr. Letamendi.—Dr. Encinas.—Dr. Creus. Méndez Alvaro. Dr. Nieto y Serrano.—Benavente. Dr. Castelo. Calleja.—Maestre de San Juan.—Marqués del Busto. Dr. Campá.—Federico Rubio.—Ustáriz.—Dr. Pulido. Dr. Rodríguez Méndez.—Tejada y España. D. Juan B. Comenge. Carracido.—Amalio Jimeno. Gine y Partagás. Del Toro.—Olavide. Cortezo.—Dr. Esquerdo. Dr. Losada. Dr. Martínez y Molina. Doctor Cervera.—Dr. Alonso y Rubio. Dr. García Camisón.—Doctor Masoti Arroyo.—Dr. Varela Jiménez. Dr. Cortejarena.—Dr. Vilches.

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

A LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 1.º JULIO 1884. VISITA 17.

SUMARIO

EL CÓLERA

No extrañen nuestros lectores que en esta visita no se presente EL DOCTOR SANGREDO con el mayor regocijo. El humor y las circunstancias no son lo más apropósito para la risa y el desenfado propios de un periódico satírico; cuando estamos amenazados de una epidemia, la más aterradora de todas; cuando prevemos los infinitos sinsabores que está llamada á probar la honrada y valerosa clase á que tenemos el honor de pertenecer; cuando todo es motivo de preocupación y estudio para el médico, las bromas—siquier sean todo lo cultas y decorosas que procuramos revestir á las nuestras—deben reservarse para cuando el camino esté libre de los graves cuidados que hoy pesan sobre la clase.

El cólera morbo asiático se ha presentado á las puertas de España, y le damos todos sus apellidos, porque las explicaciones gratuitas del Dr. Fauvel y las *inexplicables* de los Sres Proust y Brouardel no nos convencen.

Cierto es que á veces se han presentado epidemias de cólera esporádico, y en libros antiquísimos y modernos están perfectamente descritas; cierto es que el diagnóstico diferencial entre ambas enfermedades *ha sido* muy difícil; pero también lo es que la marcha de una y otra son muy diferentes, como se ha podido apreciar desde el momento que la medicina y otras ciencias auxiliares se han puesto á una altura que todos reconocemos.

Si la primera vez que se ve un caso de cólera morbo puede confundírsele con el esporádico, no pasa lo mismo más tarde, y es de extrañar que un hombre de tan reconocida competencia en el asunto como Proust, se confunda de ese modo. Los vómitos y deyecciones biliosas, la persistencia de la secreción urinaria, el pronto restablecimiento del enfermo, la ausencia de violentísimas y fatales reacciones, la menor gravedad y sobre todo *la presencia de glóbulos de pus en las deyecciones* que jamás se observa en el asiático, son caracteres que no permiten dudar del cólera esporádico. Tal vez faltará alguno de los primeros fenómenos; pero casi nunca falta el último (1), lo que hace fácil el diagnóstico de la enfermedad; mas lo que aleja toda duda es el curso de la epidemia, y perdonen nuestros colegas franceses, la plaga que azota á Tolón se presenta como se presenta siempre el huésped del Ganges.

Los fallecidos *oficialmente* no son muchos; pero tampoco es número insignificante; desde el 20 al 26 del pasado suman 40, y aun suponiendo que ésta fuera la expresión de la verdad, no por eso podría ponerse por argumento para afirmar que no es el cólera morbo.

Cólera morbo fué el que afligió á algunas ciudades francesas en 1873, y se presentó en la misma forma que el de este año en Tolón y causando relativamente pocas víctimas. Tienen, *hasta ahora*, tanta semejanza ambas invasiones, que bien pudiera suceder ¡y ojalá suceda! que tengan igual fin. En los primeros días de agosto de aquel año se presentaron los primeros casos en el Havre, creyéndose, pues no se ha averiguado de positivo, que fué importada la epidemia por el vapor *L'Ammonia*, procedente de Hamburgo; duró el azote dos meses y hubo 478 atacados y 110 defunciones. Á los pocos días de presentarse en el Havre apareció en Rouen, donde se sostuvo casi igual tiempo sin ocasionar más que de 5 á 7 defunciones diarias. En París hizo su aparición á fin de agosto y terminó en noviembre, causando muy pocas víctimas, pues el máximum de fallecidos—el día 8 de setiembre—en los hospitales solo llegó á 25, oscilando los demás días entre 7 y 16.

¿Será esta invasión igual á aquélla? Dios lo quiera; pero entretanto, y mientras tengamos esa amenaza, debemos prepararnos á todo recordando que en la primera epidemia de 1833, 34 y 35, constan como víctimas del cólera en España, no contando las que se desconocen, 102.511 personas; que en 1855 y 56 se reconocen aproximadamente 200.000 defunciones por igual causa; y que en toda la Península en 1865 y 66 murieron 236.744 de los que correspondieron á Madrid 2.869.

Datos son estos que se deben tener

(1) Straus, el eminente discípulo de Pasteur que ha ido á Tolón, ha practicado algunas autopsias de los atacados, en quienes ha encontrado iguales lesiones que pudo comprobar en los fallecidos en Egipto durante la última epidemia.

muy presentes para prevenirse y proceder con la mayor energía, contando con que en el estado actual de la ciencia sólo se conoce un medio seguro y positivo que libra á una nación de los estragos de esa peste: LA INCOMUNICACION ABSOLUTA con los países infestados.

El Gobierno y el Director general de Sanidad han dado muestras de gran actividad y celo; reciban nuestro modesto aplauso; así como no tenemos palabras para calificar la conducta del Ayuntamiento de Madrid, que en el momento en que escribimos estas líneas, 30 de junio, no ha dado señales públicas de vida.

Una palabra antes de concluir: nada hace más daño en una epidemia de cólera que la ocultación de la verdad; si el Gobierno, si las autoridades, si los médicos, inspirándose en esa idea y comprendiendo cuánto perjudica el engaño movido por el miedo ó por mal entendidas consideraciones de cierta especie, proceden en consecuencia, no encubriendo nada al público, por desagradable que sea, prestarán un servicio inapreciable, cuyas ventajas se tocarán desde luego.

LA REDACCIÓN.

ALGO DE LA QUINCENA

Un ilustre personaje, el primer magistrado de un pueblo, hijo emancipado de la noble España, el Presidente de la República salvadoreña, Dr. D. Rafael Zaldívar, médico ilustrado y distinguido diplomático, ha visitado esta capital en la pasada quincena, dejando á su paso profundas simpatías entre las notabilidades de nuestra patria.

El ser tan respetable jefe de un Estado amigo, un compañero de profesión que confiesa ingenuamente que debe á la profesión en primer término, su exaltación al honroso puesto que desempeña, nos coloca en la imprescindible obligación de mandarle, aunque atrasado, nuestro cordial y modesto saludo desde las columnas de esta publicación.

***

En un periódico profesional vienen discutiendo hace días dos eruditos articulistas la muerte de la homeopatía.

Y son tantos y tales los argumentos de que se valen para apoyar sus contradictorias tesis, que no sé á qué atenerme. Uno dice que la muerte es positiva, y con tan vivos colores describe el cadáver, que parece percibirse el fenómeno por el olfato.

Sin embargo, no debe estar tan exhausta de vida, cuando en uno de sus extremecimientos pide, por boca de uno de sus adeptos, la friolera de 21.000 duros por la administración de globulillos.

¡Digo, si en vez de globulillos llegan á ser bolos!

El otro contricante, partidario del *similia*, afirma que la homeopatía vive y vivirá eternamente, y procura demostrar su tesis con argumentos extraídos de la mitología; en este proceder veo muy lógico al defensor, el cual viene afirmando que la homeopatía es una *revelación de Dios, trino y uno*, al honorable Hanneman, con lo cual éste queda convertido en profeta.

Lo mismo creen los sarracenos de Mahoma.

Yo creo que deben averiguar pronto

si la homeopatía ha muerto para enterrarla al punto y no discutir más sobre sus restos. Pero sobre todo que no nos presenten más profetas, que hoy no hay pan bastante para los que diariamente aparecen.

***

En Lavapiés, por ejemplo, como quien dice, en el barrio más aristocrático de la corte, han aparecido tres profetas tan ricos de santidad como tronados de ropa, los cuales, apesar de sus aptitudes médicas y sus *desinteresados* servicios, han dado de cabeza en el Abanico, conducidos por fuerzas de orden público y acompañados de las cariñosas protestas por parte de la elegante é ilustrada clientela de estos médicos sobrehumanos.

¡Pobrecitos! Ellos que curaban al minuto, ellos que fabricaban la salud sin más remuneración que una cazuela de sopas, dos patatas ó unos pantalones viejos, han sido encarcelados y atropellados por los envidiosos.

¡Esto clama al cielo! ¿No hubiera sido más correcto dejarles ejercer libremente tan humanitaria misión?

Pues no señor, espíritus aviesos existen que, no contentos con aplaudir las medidas de la autoridad, proponen cínicamente que se les obligue á tomar una piqueta y trabajar en las rudas faenas de un obrero cualquiera, ellos que tienen y esgrimen la santidad con destreza sin igual.

Ya se ve ,como que se les tacha de embaucadores de la baja estofa.

***

¿Por qué las autoridades de Madrid no se han inspirado en la placentera libertad de que goza la Santa de Fontiveros, aquella sublime y bien oliente lugareña que lleva diariamente la salud á más de trescientas familias?

Es de creer que si pusieran á todos estos santos en una jaulita en la frontera por ejemplo, estarían demás las medidas preventivas contra el cólera.

Sin embargo, ¿qué más cólera que la invasión de estos bichos y la estupidez del vulgo?

***

De buena gana escribiría Luscinda un largo artículo tratando de las intrusiones de los médicos en las prácticas farmacéuticas y las de los farmacéuticos en terreno vedado por las leyes, dando así gusto á dos respetables colegas en la prensa como *La Farmacia Española* y *La España Médica*, que á ello la invitan.

Pero considerando que este género de peste profesional, unida á los profetas mencionados, había de formar un voluminoso y repugnante haz de piratas que los lectores no habían de poder soportar, renuncia con gran sentimiento de su alma á no dar gusto á dichos colegas y á retratar por centésima vez á estos *carábidos peloteros* de la profesión.

***

El Sr. Mendoza ha suspendido sus conferencias sobre las bacteriaceas hasta el invierno próximo, en que explicará su acción patogenésica, es decir, la parte más interesante para los médicos. El calor, que se deja ya sentir, ha influído en esta interrupción é influye en nosotros asimismo para que suspendamos el juicio que acerca del experto histólogo teníamos preparado; imitémosle, y allá para el próximo noviembre diremos con más extensión y mayores datos cuanto acerca de su personalidad científica se nos ofrezca.

De todos modos no le negamos nuestro aplauso por las conferencias que le hemos oído, y que revelan, como hemos dicho ya, posesión del asunto que ha desenvuelto y no escasa práctica en las manipulaciones de laboratorio que reclama este difícil estudio. Muchos y muy notables médicos han asistido al Museo de San Jnan de Dios, unos para confirmar sus conocimientos teóricos, otros para ampliarlos, y todos con el fin de instruirse al mismo tiempo que se deleitaban con las curiosas proyecciones y lucido instrumental que profusamente se ha exhibido en el centro que tan brillantemente dirige el Dr. Olavide.

Como en el mundo hay de todo, no ha faltado algún médico que presume de respetable, aunque no todos estén conformes con el adjetivo, á quién sólo han inspirado las conferencias del señor Mendoza, y el amor que en este estudio han despertado en algunos colegas que á ellas asistieron, frases parecidas á las siguientes:

—¡Diablus de chicus! Ellus nun sabrán poner un apósitu, y nun lu aprenden. ¿Qué sacarán de ir á ver guiñar lus ojus á las bacterias?

***

Cuéntase que un maestro de Terapéutica y Materia médica, al visitar un día el Jardín Botánico de una población, preguntó muy solícito por el *árbol* del opio.

—No vive el árbol, contestó el jardinero, pero se conserva algo de su madera.

—¿Pudiera V. enseñármela?

—Sí señor, quítese el sombrero que debajo la lleva V.

Dr. Dogresan.

LAS FIGURAS DE MI GALERIA

Dr. CORTEJARENA

Apesar de ser tan joven, ha conquistado D. Francisco Cortejarena una posición científico-social sólida y envidiable; con efecto, es catedrático de la Facultad de Medicina de la Universidad Central; miembro de la Real Academia de Medicina, y reputado tocólogo, en cuya especialidad tiene algunas publicaciones, entre ellas un «Manual de los partos;» disfruta de una clientela numerosa y distinguida, y todo esto no se realiza sin prendas personales y particulares aptitudes.

Escaso de estatura, de espaciosa y abombada frente, es premioso en el decir por defecto de pronunciación; como amigo, es franco y simpático.

Procura estar al tanto de la ciencia moderna; pero no es de los que caerán de bruces por su extremado entnsiasmo en abrazarla pronto, como se dice le aconteció á Scipión en su afán por poseer el Africa; prefiere quedar en la retaguardia esperando prudente la confirmación de los descubrimientos, para luego emplearlos.

Por lo demás, goza fama de afortunado operador, de hombre laborioso y exacto en el cumplimiento de sus deberes docentes.

Dr. VILCHES

Este ilustrado maestro es catedrático de Patología Médica en la Facultad de Medicina de Cádiz, y cuyos buenos y nunca desmentidos deseos por adquirir las últimas conquistas de la ciencia le llevan á figurar y proteger todos los pensamientos cuya realización puedan reportar beneficios á la humanidad doliente.

Apesar de los frecuentes y largos quebrantos de su salud, ha tenido tiempo y constancia para escribir en periódicos y libros consagrados á la ciencia; ha contribuído eficazmente al establecimiento de Gabinetes de Hidroterapia, Electroterapia y Aereoterapia, figurando con los primeros en las sociedades médicas de Cádiz.

De profesor clínico pasó á la cátedra que hoy desempeña vacante á la muerte del Dr. D. Ignacio Mata.

Entre sus escritos mencionaremos solamente su Manual de Patología Médica, que, aparte de sus doctrinas, no simpáticas para la mayoría, ha merecido honrosa acogida de la clase médica.

ACADEMIA DE MEDICINA

RECEPCIÓN DEL DR. SANTERO (D. J.).

El 15 del pasado junio se vistió la Real Academia de Medicina con veinticinco alfileres; el caso no era para menos; iba á recibir á un nuevo socio en reemplazo de otro difunto y, como decía con sin igual gracejo el Dr. Benavente, si apenaba la ausencia de éste, alegraba la venida de aquél, porque la viuda hermosa y rica, con un ojo llora y con otro repica. Siempre los duelos con pan son menos, y pan, y aun tortas, lleva consigo un joven de talento, que nadie ha de negárselo al neófito.

Mucho ha influído para su entrada en la Academia el apellido que lleva; pero á no llamarse así, hubiera sido lo mismo; quizá se hubiera retardado más su ingreso, tal vez habría entrado con mayores méritos que los actuales; pero hubiera entrado. Santero tiene varias y muy recomendables aptitudes, que, á la verdad, se cuida poco en dirigir; y si como la holgura le permite y le ha permitido siempre seguir un camino caprichoso, la necesidad hubiera estrechado sus veredas, sus grandes facultades se hubieran hecho visibles hasta para aquellos que se empeñan en no ver nada, negándoselo todo.

Pero el can de buena raza, si hoy no caza, mañana caza, y de esperar es que Javier Santero, que tiene amor propio, aumente el lustre médico de su apellido trabajando con afán para cumplir lo ofrecido en su discurso de recepción, que obras son amores y no buenas razones. No tiene más que querer, y no distraer su atención en cosas de poca monta sin echar en saco roto lo de

Aratur nisi in curvus prævaricatur.

Su discurso de recepción fué lo menos académico posible; queriendo matar dos pájaros de un tiro, desarrolló un tema que venía como anillo al dedo á sus aptitudes de médico y poeta; la *higiene del vulgo*, basada en los proverbios populares, empresa que, con mejor ó peor fortuna, había emprendido en 1616 Sorapán de Rieros.

Pero echó la cuenta sin la huéspeda, porque no todo es vero lo que suena el pandero, y mucho menos lo que dice el vulgo, que pocas veces ó ninguna habla con el mejor concierto, siendo lo más común y corriente que oiga campanas sin saber dónde y se contente con repetir á tontas y á locas, cuando no desfigure bárbaramente, lo que escuchó á otros. Ya lo significaba así el Dr. Benavente, y lo demostraba en su contestación de modo irrefutable; no pueden ser, por lo tanto, objeto de grandes disquisiciones los dichos que *verdaderamente se deban al vulgo* en el terreno de la cien-

cia, que es esta señora de tan delicado paladar, que sólo cosas muy finas y regaladas apetece.

Así lo ha debido estimar el Sr. Santero, porque, en honor de la verdad, los refranes sólo han sido el pretexto de exponer á la Academia todo un tratado de higiene privada, cosa difícil, por no decir imposible, de desenvolver en los límites estrechos de un discurso.

Aparte de estos reparos, el trabajo del nuevo académico corresponde á la justa fama de escritor que goza el autor de *Angel* y *Los guantes del cochero.* Reciba nuestra enhorabuena y prepárese á cumplir lo prometido en la última parte de su discurso, trabajando con fe y entusiasmo, porque, ó mucho nos equivocamos, ó no le han de faltar materia ni contrincantes en el seno de la docta corporación.

***

En un desdichado artículo publicado estos días en un periódico político, se llamaba á los individuos de la Real Academia de Medicina—sin hacer excepción ni distingos—«momias académicas, que apenas pueden sostener las piezas de sus esqueletos articulados con alambres,» y si esto fuera verdad, hay que reconocer que en sus mocedades fueron estos académicos la gente de más pro y mejor lastre de que hubo memoria en las edades pasadas y que podrá haber en las venideras.

Porque esto se ha dicho después del elocuentísimo discurso del gran filósofo español Nieto y Serrano, que es una de esas momias, y después de la donosa y bien escrita respuesta que el Dr. Benavente dió al del Sr. Santero.

Si una momia puede escribir y escribe con tanta gracia, con tanta erudición y con tan fina sátira como Benavente, ¿qué no habrá podido escribir cuando la frescura de los años impulsaba su sangre juvenil? No sabemos la edad del autor de aquellos conceptos; pero bien podemos asegurar, fundándonos en ellos, que está tocando al último límite de la edad caduca, ó que si es joven, cuando su cabeza blanquee, no escribirá seguramente discursos como el de nuestro buen amigo.

Poeta y médico el Sr. Benavente, ha debido contestar con gusto al Sr. Santero, si bien los moldes del tema por éste desarrollado, le obligaban á seguir un camino lleno de dificultades. El asunto era poco académico, la materia parecía agotada por el joven catedrático, y era fuerza repetir lo mismo, cosa asaz pesada y engorrosa para el disertante y para el público; todos estos escollos los salvó fácilmente el amigo más fiel y cariñoso de D. Benito Revana Mena.

Probó que la Medicina y la poesía no estaban reñidas—cosa que prácticamente ha demostrado él de sobra—y citó un gran número de médicos-poetas en apoyo de su afirmación. Seguidamente insistió en que los refranes no se deben al vulgo, y confirmó su dicho con argumentos irrefutables, concluyendo su discurso con un trabajo bibliográfico, en el que dió cuenta de los autores ó recopiladores de estos proverbios, y muy singularmente de los que con la higiene se relacionan; omitió uno, sin embargo, cosa tanto más rara, cuanto que se trataba de un íntimo amigo que ha escrito algunos muy curiosos y muy dignos de mención: nos referimos al ya citado señor Revana.

Nunca mejor que ahora se puede decir: ¡Qué amigos tienes, Benito!

Fuera de esta falta, no haremos otra

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. CORTEJARENA.

Música «De la noche á la mañana.»

Allá en San Carlos—y en la Academia,
entre las puerperas—y en el café,
no existe un hombre—de más fortuna;
soy el mascoto—de las tres B B B.

Yo tengo simpatias
donde quiera que esté
porque sin duda alguna
naci de pies.
Yo he visto ahogarse—junto á la orilla
hombres de pesqui—y de calidad,
á gente lista—y á gente torpe
y á otros que en plata—ni fu ni fa
Pero yo con mis mañas
á muchos dejo atrás
que por algo me llaman
mozo barbián.

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. VILCHES.

Soy en Cádiz profesor,
enseño patología
y tengo amor entrañable
á cuanto la ciencia implica.

Otros con mayor saber
honrarán la medicina,
¿pero con más entusiasmo?
¡Ca! ¡Ni pizca!

objeción al trabajo del Sr. Benavente, que mantuvo el regocijo de los que escucharon hasta el fin su bien escrito discurso.

Reciba nuestro querido amigo la más cordial enhorabnena, que hacemos extensiva á los Sres. Santero, padre é hijo; á aquél por el día de júbilo que le proporcionó el segundo el día de su recepción, y á éste por ella, qne si las ideas que profesamos nos separan un abismo de ambos, no somos de aquellos émulos envidiosos que se apesadumbran de las glorias del adversario, y mucho menos de adversarios que se combaten en nn terreno donde si hay vencedores y vencidos no hay nunca menospreciados.

El Dr. Sangredo.

LA RECEPCION DEL Dr. PULIDO

Llegó el día 22 de junio, y con él, la solemne recepción del nuevo académico D. Angel Pulido y Fernández.

Todos esperaban que este acto, ya de sí imponente, había de ser iuteresantísimo por la atmósfera de que se ha rodeado Pulido, merced á sus envidiables dotes, y por la fundada esperanza de oír dos discursos que fueran dignos de la notabilidad de que gozan los dos héroes de aquella fiesta.

Una vez en la Real Academia de Medicina, pndimos ganar, á fuerza de constancia y no poco trabajo, un sitio de comodidad relativa, pues que salones y pasillos estaban ocupados por apiñada y selecta concurrencia de médicos ilustres, escritores, políticos, sacerdotes, literatos, teniendo también el bello sexo representación elegante, distinguida y numerosa.

Los periódicos, tanto profesionales como políticos, han dado cuenta detallada de este suceso, que ha sido para el elemento joven un verdadero acontecimiento en el que la parte profana puede sintetizarse, diciendo que en aquel tan pobre como nobilísimo recinto, hubo mucho calor, mucha ciencia y gran gentío. La parte científica fué brillante, tanto como esperábamos los más exigentes. El Dr. Pulido y el respetable Nieto y Serrano demostraron cumplidamente en aquella tarde la justicia que la generación presente les hace dedicándoles su respeto y sus aplausos.

El primero leyó con entonación vigorosa, un discurso nutrido de ciencia y erudición, esmaltado por un estilo castizo y varonil; tal peroración, sembrada de pensamientos atrevidos y de imágenes delicadas, es una verdadera encarnación de la época en un espíritu tan idóneo como el del disertante.

«Evolución histórica de la Patología,» fué el tema desarrollado por el novel académico; tema tan nuevo como oportuno, y que, por estar enclavado en el trasformismo, parecerá á primera vista algo anticnado; pero esto no es cierto, científicamente hablando; una cosa es el relámpago de adivinación del sentimiento, y otra mny distinta es la sistematización de hechos y leyes para constituir ciencia.......................

Siendo la enfermedad el resultado fatal de una perturbación sobrevenida en las relaciones entre el organismo y el cosmos, y siendo también la salnd y la vida el resultado de aquellas relaciones en estado de normalidad, claro es que el hombre física y moralmente, habrá de cambiar al compás de la modificación de dichas relaciones, y las enfermedades tomarán diversos aspectos en consonancia con las nuevas perturbaciones que

entre el medio externo é interno sobrevengan; el demostrar estos postulados, y otros muchos incidentales, pero importantísimos, constituyen el cuerpo del discurso del Sr. Pulido, que, como útil remate de su disertación, propone modestamente y á título de provisional, una clasificación ó cuadro cronológico de las enfermedades, digno de atención.

Ciertamente que el núcleo más brillante del positivismo es la evolución, en cuyo más amplio sentido está modelado el discurso del Dr. Pulido, y por tanto, no es de extrañar que teniendo la disertación tinte muy subido de transformista, se conquiste, como el positivismo, enemigos vehementes en sus ataques é implacables en sus odios, cuya exageración no deja de ser ilógica é inconveniente.

En cuanto una doctrina filosófica toma cuerpo científico, merced á observaciones é ideas, dando participación adecuada al sentimiento y á la razón, conviértese en realidad, y como á tal, por lo que tiene de verdad es imperecedera; por lo que tiene de error, transformable; es, pues, inútil el esfuerzo de los contrarios del positivismo para enterrarle definitivamente, arrojando sobre él negaciones sistemáticas que nunca pueden tanto como una sola afirmación: el cambio, la evolución.

Por lo mismo vemos diariamente cómo las doctrinas y sistemas más absurdos que los filósofos concibieron, no sufren muerte perdurable; son otros Lázaros en el mundo de la inteligencia, que andando el tiempo resucitan para pedir, briosos y nuevamente ataviados, plaza en el palenque de la controversia filosófica, realizando así la evolución de la idea en la historia.

No quiero decir, sin embargo, que la evolución y el transformismo son viejos, pero tampoco aseguraré que sean modernos, que de los dos caracteres participan á un tiempo.

Que Parménides creyera que la generación de la vida fuese el resultado de sucesivos ensayos; que Heráclito proclame el principio de la lucha por la existencia; que Empedocles adivine la ley de la selección; que Aristóteles defienda la generación espontánea y combata las causas finales; que Lucrecio cante la concurrencia vital; que Platón y el Dr. Angélico con otros filósofos, vislumbraran el parentesco ideal entre los seres de la creación, no son bastantes razones para dar el carácter de senectud á la teoría evolucionista; aquellos aislados conceptos tienen tanto de sentimiento como huérfanos estaban de apoyo científico y de hechos experimentales; serán los primeros alineamientos de la hipótesis, ó la hipótesis misma, pero no la teoría y menos el sistema de la evolución.

Esta última fase no sobrevino de una manera brusca con el advenimiento de Darwin, sino tras los escritos de hombres ilustres que prepararon el camino como Oken, Carus, Powell, Maltus, Lamark y otros por demás conocidos.

Así, pues, en el sentimiento de la humanidad existe más ó menos completa la idea del transformismo, desde las edades más remotas, como lo atestiguan las creencias cosmogónicas de las vetustas naciones asiáticas; todas las filosofías, inclusο la patrística, no rechazan la teoría en sus primordiales conceptos, y la observación pura fraterniza con la posibilidad de la evolución, hoy convertida en doctrina; por tanto, la evolución de la Patología es una deducción lógica que desde hoy en adelante, será un nuevo

campo para las investigaciones médicas.

Bien sé que el Dr. Pulido, en su discurso de recepción, ha dado claras muestras de conocer el terreno que pisaba, salvando con gran cautela las exageraciones qne, por excesivo cariño al fenomenalismo, defienden los tumnltuosos partidarios de la evolnción, por lo cual le mando mi modesto aplanso, extensivo al sentido práctico qne demostró, no aventurándose en negaciaciones sistemáticas ni en afirmaciones hipotéticas con ropaje de aforismos; declaróse partidario de la idea; aceptó los hechos que la apoyan; sacó lógicas deducciones, prefiriendo, al parecer, las teorías del *filósofo de la evolución*, que no niega lo que otros de sn escuela califican sin ambajes, de delirios.

La impaciencia, el calor, la estrechez de aquel recinto, tal vez fueran causas snficientes de qne á determinada parte del público le pareciera el discurso de amplias dimensiones; pero si se tiene en cuenta el tema de la disertación; las múltiples cnestiones que con él se relacionan, y cuya discnsión era necesaria, asombra el modo cómo en tan breves páginas ha logrado el autor incrustar argumento para una obra de varios tomos, y mucho más al recordar que en cada línea se encuentra la síntesis de una escuela, un pensamiento trascendental, un resumen históricoó una deducción emanada de multitnd de experimentos, y todo ello con el criterio de homogeneidad necesario para un discurso bien limitado, aunque con un final algo rápido.

Finalmente, este discurso, cuya apreciación ha sido hecha por el Dr. Nieto Serrano con la galanura y competencia qne todos le conceden, adolecerá indndablemente de algo, que, como humano, no ha de ser perfecto, pero todo él acusa laboriosidad, erudición y tino práctico en sn autor.

Nótese bien que, al tributar nuestras modestas alabanzas al novel académico, protestamos de que nnestras palabras puedan encerrar la más leve é indirecta molestia para ninguno de los respetables hombres que componen la Academia y qne han elegido por compañero al disertante; no qneremos qne se traduzcan nnestras frases en el sentido que dió á las suyas un mal aconsejado cronista en nn periódico político, al dar cuenta de esta solemne recepción; respetamos al mérito como á las canas, pero doblemente á la vejez de los hombres de ciencia, y sabemos que en el día de la recepción los habia tan respetables, que tras la sombra del más insignificante de sus lanreles, pudiera desaparecer toda una generación de articulistas como al que me refiero.

El discurso de contestación estuvo á cargo del eminente filósofo y elegante prosista médico D. Matías Nieto y Serrano, secretario perpetuo de la Academia.

¡Vaya nn discurso! Todo el mundo conviene en qne ha sido un exito, como se dice hoy.

Aparte de demostrar sn autor en lenguaje correcto y delicados giros retóricos, sn dominio en materias filosóficas, nos dió un concepto del positivismo y del progreso tan claro, tan breve, tan trascendente y tan original, qne con sus frases cautivaba la atención y la convicción del auditorio; despnés he leído varias veces este discurso que, aunque de poca extensión, por el criterio sintético y altamente filosófico en que está inspirado á la par que por sn estilo, es el complemento, la cúpula del edificio científico-li-

terario del Sr. Pulido, lo cual no obsta para que en el fondo de las doctrinas de los protagonistas de la fiesta, palpite el antagonismo mal velado por la ocasión y las frases.

Entre los lectores del discurso del Sr. Nieto no todos serán sus adeptos, pero todos serán admiradores.

DRA. LUSCINDA PROTOPLASMA DE SANGREDO.

LA PSICOLOGIA

COMO CIENCIA NATURAL

Con deliberado intento hemos diferido hasta última hora el dar cuenta á nuestros lectores, del importantísimo debate que en este año ha tenido lugar en la sección de ciencias naturales del Ateneo de Madrid, y en el que han terciado los oradores más respetables de la sección.

Alguna que otra vez, en visitas anteriores, nos hemos ocupado de ciertos discursos debidos á reputados comprofesores que intervinieron en la discusión; es nuestro propósito de hoy dedicar contados renglones á nuestro querido compañero Sr. Vera, protagonista en el debate que, con su Memoria y discursos, ha dado relevantes pruebas de ser un joven estudioso, orador vehemente, materialista convencido y polemista temible á quien no le falta ingenio para encontrar el lado vulnerable del contrario; valor para descargar sangrientos latigazos sobre instituciones venerandas; osadía para sacudir arraigadas ideas, ni frases oportunas con que ridiculizar, de vez en cuando, ideas, clases ó personas.

Lástima grande que su juventud y fogosa elocuencia le obliguen, más de una vez, á sentar conclusiones radicales, negaciones rotundas con un carácter tal de convicción, que les da el aspecto de infalibles, cuando muchas de ellas, si no son dudas ó hipótesis, no pueden aceptarse como argumentos. No es menos sensible, por cierto, que al aplicar las consecuencias de sus teorías á secundarios problemas históricos, filosóficos, morales y económicos, olvidando que parte y camina por una vía en formación, que no puede contener toda la verdad, les imponga un sello y un criterio fijo, permanente, que dista en casos de la realidad tanto como de la conveniencia. El creer en la necesidad de una revolución futura por parte del pueblo, como consecuencia del positivismo y por ser la revolución francesa de índole mesocrática solamente; el negar á las ideas fundamentales de los sistemas opuestos al suyo, el valor que concede á las que profesa siendo las básicas del materialismo muy discutibles; el defender la utilidad como principal fuente de los actos buenos y heroicos son, entre otros mil, ejemplos que delatan la victoria del apasionamiento sobre la razón serena de nuestro respetable compañero señor Vera.

Este, mejor que yo, sabe que los acontecimientos todos, los más reformistas y fecundos que la historia registra, obedecieron á la evolución más ó menos lenta de una idea que, al trasformarse en doctrina filosófica, obedecía á una necesidad intelectual y social, correspondiendo á ideal de mayor progreso que los anteriores, al menos en los días de su realización, llevada siempre á cabo por la voluntad del pueblo.

Por tanto, estos actos sociales, nacidos en una época, pero incubados por las anteriores, germinaron en la inteligencia, que no tiene patria, ni clase; no tiene

más cuna que la humanidad, más ideal que la perfección, más fin que la justicia y bienestar del hombre, ni más realización que la voluntad de las generaciones. La revolución francesa fué una metamorfosis social y política, cuyo advenimiento era lógico y fatal, por ser necesaria y progresiva, y cuyas fundamentales ideas existían en el sentimiento desde épocas remotísimas, arrancando su preparación desde el renacimiento.

¿Cómo, pues, en un suceso tan complicado, en una función histórica tan compleja, en que tantos organismos y circunstancias intervinieron, puede decirse que tuvo carácter determinado, el de una sola clase social? ¿Se dice esto por los beneficios exclusivos que reportara á la mesocracia? No, los principios y reformas de aquella revolución iban encaminados á la protección de los derechos de todo ciudadano. En esto como en todas las conmociones político-sociales de la humanidad, no cabe decir otra cosa sino que fué concebida por la inteligencia, justificada por el progreso y sancionada por la soberanía popular, única filiación de tales sucesos, que han de ser concebidos con carácter limitado, respecto á su persistencia, ó muy extensos para asimilarse las reformas que la filosofía y las épocas impongan, pues que toda idea y todo sistema de moldes rígidos que se impone como acto realizado y no como función, no es cuadro viviente ni se amolda á la vida de la humanidad, defecto de que suelen adolecer casi todos los sistemas filosóficos de hoy.

Al estudiar con alguna detención la evolución histórica de los distintos sistemas filosóficos; al notar cómo éstos, viviendo siempre, aparecen y desaparecen simultáneamente aunque con distinto ropaje, surge el concepto de que la filosofía, en el tiempo, es una función generalísima de la idea que se realiza en los distintos aspectos que adopta el pensamiento en relación con las edades y el progreso, aspectos que deben tener algo de verdaderos cuando son perenes, ya que el total absurdo, totalmente desaparece. Ahora bien, si los sistemas filosóficos forman parte de este organismo en evolución, participan de la verdad, son necesarios á su existencia, son aspectos de la vida intelectual, y enfrente de un sistema dado, tienen derecho á la existencia como parte de un todo, yo no creo científico, sino apasionado, la negación amplia de la autoridad de una escuela por otra; por tanto, no conceptúo lógicas las afirmaciones del señor Vera en este sentido, refiriéndose á los sistemas que combate.

Pero veo que, con gran sentimiento mío, voy entrando en materia con más profusión de lo que consienten el espacio é índole de esta publicación, circunstancia que tendrá presente el señor Vera para no culpar á mi insignificancia, por no ocuparme de sus discursos con la detención que merecen por su ciencia y bella forma.

En la Memoria del Sr. Vera, como en los discursos motivados por sus impugnadores, desarrolló el vasto tema que se propusiera con gran entusiasmo, notable convicción, envidiable elocuencia y método.

Todos los argumentos capitales de los positivistas para defender su filosofía, fueron aducidos y mencionados también los últimos experimentos de fisiología humana y comparada relativos á la facultades psíquicas; de la misma suerte el Ateneo ha tenido ocasión de oír las impugnaciones del Sr. Vera á

doctrinas opnestas, demostrando el orador ingenio y estndiosidad nada común.

El último discurso del día 25 resultó una brillante y extensa rectificación á las ideas del Sr. Azcárate y del Sr. San Martín, fijando el concepto de la Psicología naturalista y aduciendo nnevos datos en favor de sus teorías. Es indudable qne el Sr. San Martín no salió tan bien parado como deseara, tras las impugnaciones del Sr. Vera, que pertenece por sn oratoria y estudio á los enemigos temibles en concepto de San Agustín; con efecto, es de los qne estudian una doctrina y dedican con asiduidad todas sus facultades á comprenderla y digerirla.

Apesar de cnanto éste nuestro compañero lleva expuesto en el Ateneo, pocos son los convencidos y menos los nuevos adeptos que se ha conqnistado, sin duda por las exageraciones á qne le conducen las teorías que predica; él aborda las conclnsiones materialistas con el valor y la frialdad de nn espartano.

Es evidente, á nuestro modo de ver, que el positivismo es una doctrina que lleva gran contingente de verdad y no menos provecho para el progreso de la ciencia; pero tocante al punto concreto de la Psicología, esto es, si tal ciencia debe incluirse en la fisiología y su método el experimental, yo creo que ni puede contestarse categóricamente en los términos que lo hacen Haeckel y los suyos, ni en el sentido de los espiritualistas.

Desde el pnnto en que sabemos que el cerebro es el centro nervioso indispensable en el hombre para la sensibilidad y la conciencia, debemos creer que el estudio fisiológico y experimental de este órgano ha de ser la piedra angular para la Psicología humana y comparada; pero como el pensamiento es al cerebro lo qne el cuerpo al hombre á quien pertenece, y como el cerebro no es el pensamiento, annqne sí condición de pensamiento pero no cansa de éste, resulta evidentemente qne al estndiar la fisiología del encéfalo no tendremos más que una parte de la Psicología, la misma que el abogado que solo tuviera datos anátomo-fisiológicos para escribir sobre la persona jurídica.

De snerte que, para establecer una Psicología verdadera, conviene no proceder como los espiritualistas y naturalistas, esto es: abarcando nn punto de vista y excluyendo al otro, pues que entre los dos forman el cuadro completo con sus métodos correspondientes de experimentación y observación interna.

Sea de esto lo qne fuere, qne no aspiro á que estas observaciones hechas al volar de la pluma, pnedan tomarse en cnenta por los peritos en la ciencia de las ciencias, ello es que el Sr. Vera en el presente año ha representado en el Ateneo la ilnstración y estudiosidad de la clase médica, y ha sabido mantener sus doctrinas con elocuencia y valor, recabando gloria y aprecio de parte de las personas sensatas é imparciales, por todo lo cual le damos nuestra modesta pero cordial enhorabnena, con el deliberado propósito de que siga animoso como hasta aquí por el camino del estudio de la filosofía, qne tanta abnegación requiere.

LUSCINDA.

¡QUE VIENE!..

I.

Dicen que viene,
que cerca está,

que en la frontera
delcatalán
¡Dios nos asista!
tiene el vivac;
que llega fiero,
que hace temblar
á hombres más fuertes
que el preste Juan,
y que si llega
en casa á entrar,
baja la Bolsa,
subirá el pan
y mil estragos
ha de causar.
....
Yo no lo creo.
—¿Que venga?
—¡Ca!

II.

Dos grandes males
no hay que temer,
dos plagas juntas
nunca se ven,
y hoy en España
créame usted,
sobran desdichas
y abunda hiel.
Muertes, horrores,
hambre, escasez,
langosta, incendios,
robos en tren,
caciques bárbaros
que hay á granel,
y otras mil cosas
de este jaez
que nos demuestran
sobrado bien
qué daños causa
la estupidez
....
por eso digo
no hay que temer,
dos plagas juntas
nunca se ven.

DR. ESE.

TOTUM REVOLUTUM

Los tres *microbios* milagreros de la calle del Dr. Fourquet, después de estar detenidos algún tiempo á disposición de la autoridad, se les ha dejado libres, y con el ronzal suelto se trasladaron, según se dice, á un lujosísimo palacio sito en el Rastro. Tan felices mortales, poseedores de la divina gracia, no pueden ejercer sus habilidades y de continuo están vigilados para que no vuelvan á las andadas.

¡Y no fué poca la rabia que acometió á su selecta clientela el día en que las autoridades determinaron ponerles á la sombra!

No parecía sino que las mujeres eran verdaderas hidrófobas del género canis.

Que nazca en cualquier estercolero un parásito beatífico para uso de los ignorantes no me extraña; pero sería más lógica la aparición de milagreros para las infelices bestias huérfanas de esta protección del cielo.

Si apareciera un albeitar milagrero podría encargarse de la clientela que dejan los profetas de Lavapiés.

***

Y que no era despreciable, por cierto. Algunos miles de personas son las encargadas de extender la fama de estos personajes por esos mundos.

¡Cuánto daría por tener tanta fama y clientela mi amigo el Chato, pongo por caso, que no recuerdo á punto fijo el alias de guerra de tan modesto compañero y oculista!

***

Se dice que picados en su amor propio algunos de los maestros motejados de retrógrados en la ciencia, van á presentar programas para el año próximo demostrando palmariamente su laboriosidad, amor á la ciencia y á la clase docente, quedando fuera de duda que cobrará sus haberes.

Esto debiera ser, pero ¿á que no se pican? Hace mucho calor para cuestiones de amor propio y de delicadeza.

***

Después de una larga y penosa enfermedad, ha fallecido nuestro querido amigo el Dr. Alafont, médico de uno de los regimientos de Ingenieros que guarnecían esta corte. Las muchas prendas que adornaban al finado hacen muy sensible esta pérdida, por la que enviamos el más sincero pésame á su distinguida familia.

MADRID, 1884.
Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa,
Libertad, 16 duplicado.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

López García (D. Leopoldo).—*Del bacilo de koch en la tuberculosis.*—Folleto de 20 páginas esmeradamente impreso.—Madrid, 1884.—Precio, 75 céntimos.

Prueba en este folleto el Sr. López García que conoce bien el estado de la cuestión de que se ocupa, que no es una dificultad para él la técnica del microscopio, y que sabe perfectamente presentar sus trabajos al público. Nosotros recomendamos éste á nuestros compañeros, porque en él han d[illegible]ontrar datos muy condensados y de verd[illegible] para el estudio y diagnóstico de la tuberculosis. El Sr. López García, que ha sabido conquistarse las más generales simpatías, no sólo por su saber y conocimientos adquiridos en los laboratorios de los más renombrados histólogos franceses, sino también por la bondad de su carácter y las deferencias que guarda á todos sus compañeros, es acreedor á que éstos recompensen sus esfuerzos, premiando su laboriosidad y su modestia.

∴

Vallin.—*Tratado de los desinfectantes y de la desinfección*, traducido al español por *D. Federico Coll y del Amo.*—Madrid, 1884.—Se han publicado tres fascículos de 144 páginas, al precio de 2 pesetas cada uno.

Gran importancia tiene esta obra en los actuales momentos; el Sr. Vallín, cuya autoridad en la materia es por todos reconocida, ha hecho un trabajo que abarca todo lo útil, todo lo práctico, todo cuanto debe conocer el médico, y muy particularmente el higienista referente á los desinfectantes. Con buen juicio expone la historia de ellos, y emite juicios críticos basados en la observación y en la experiencia, destruyendo muchos errores y no pocas preocupaciones. Aunque no estamos conformes con el autor en algunos puntos, como quiera que éstos sean de escasa importancia y no conocemos otro libro que desenvuelva mejor esa materia, y sobre todo teniendo en cuenta que los acontecimientos se precipitan, no podemos menos de encarecer á nuestros lectores adquieran esta obra, en la que encontrarán materiales preciosos é imprescindibles. El Sr. Coll ha prestado un buen servicio al traducir fiel y correctamente el libro del Dr. Vallín, y creemos le prestaría mayor aún activando su publicación, teniendo en cuenta ciertas indicaciones que pudieran hacer precisa la aplicación de los estudios que figuran al final del *Tratado de los desinfectantes*, que es sin disputa la parte más interesante de la obra.

∴

Audhoni.—*Tratado de las enfermedades del estómago*, traducción española de D. H. Carilla.—Un tomo de 424 páginas. Madrid, 188[illegible]; 2 pesetas 50 céntimos.

Infatigable se muestra el Sr. Bala, propietario de la casa editorial *El Cosmos*, en la publicación de toda clase de obras, y muy particularmente de medicina, de la que tiene formada ya una escogida biblioteca. El *Tratado de las enfermedades del estómago*, del Dr. Audhoni, es una obra interesante al par que amena, que enseña y que recrea por la forma con que el autor ha sabido desarrollar su trabajo; trata en él de esas afecciones en su relación con la medicación analéptica y con los materiales de la digestión; la dispepsia y sus secuelas, los catarro gastrointestinales, y por último, de las lesiones que hacen necesario la irrigación intestinal, de la que se ocupa con extensión. Las condiciones materiales del libro son buenas, como todo lo que publica *El Cosmos.*

∴

Erichsen.—*Ciencia y arte de la Cirugía*, 5.º fascículo de la 8.ª edición que publica en castellano la *Biblioteca Ecomómica de la Revista de Medicina y Cirugía prácticas.*

No desmerece en nada este cuaderno de los cuatro publicados anteriormente; en el se incluye un bien escrito prólogo del respetable catedrático y cirujano Dr. Creus y Manso, que, como todo lo que sale de su pluma, es notable y digno de ser leído.

∴

Vives y Noguer.—*Noticias de algunas féculas procedentes de Puerto Rico.*—Folleto de 34 páginas.—Madrid, 1884.

El jefe de la sección de Farmacia del cuerpo de Sanidad Militar es ya muy conocido por su laboriosidad, para que este folleto, en que hace gala de sus condiciones como hombre de ciencia, pueda aumentar su envidiable fama; es un estudio que encierra gran interés botánico y que ha de ser leído con mucho gusto por los que siguen de cerca los progresos de las ciencias naturales.

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 16 JULIO 1884. VISITA 18

SUMARIO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

Calle de Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
Trimestre.....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año...... ...	10 »	Año..........	12 »	Año..........	18 »

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

Números atrasados de trimestres anteriores para los no suscritores, DOS PESETAS

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16

1884

EL Dr. SANGREDO.

REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

A LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 16 JULIO 1884. VISITA 18.



ALGO DE LA QUINCENA

No tendremos que discurrir mucho para principiar esta revista. Hablaremos de la conversación del día.

El cólera está en puerta y en moda.

El terrible huésped del Ganges, como le llamaban los románticos escritores de pasadas décadas, asoma su pelada cabeza por las cumbres del Pirineo y amenaza segar con su guadaña, á las vidas de muchos españoles que habían podido librarse de multitud de padecimientos y no habían sucumbido de hambre ó de cornada de toro.

Yo aconsejaría al señor de cólera (si es macho), que se compre un gorrito de algodón para que no se le enfríe la mollera al atravesar el Pirineo; porque está averiguado que esta entidad nosológica no goza de la robustez que sus antecesores y debe cuidarse.

Ya sé yo que por este año no viene la epidemia, según ha manifestado pomposamente un médico... que no es una notabilidad en escribir; pero francamente, no me tranquiliza la opinión de este señor; si fuera D. Santiago... ¡Ah! don Santiago pronosticó el pasado año que el cólera no venía y acertó. ¿Qué dirá este año?

Que lo diga.

Por supuesto que aunque la terrible epidemia nos visitara, maldito el caso que debiéramos hacerla.

Claro, D. Robustiano asegura que posee el secreto de acabar con el cólera, y yo me lo creo, sí señor; lo he visto escrito en un periódico, y basta para tranquilizarme la convicción con que pide el premio ofrecido por una Academia de Francia.

¡Que se lo den! ¡que se lo den! Pero que al recoger los monises no se rompa

una pierna, que, según dicen, no sería la primera vez que por andar de prisa sufrió tal percance.

***

Es indudable que los banquetes son convenientes, salvo las indigestiones, para estrechar las relaciones entre los comensales, máxime cuando tienen por objeto dar una muestra de aprecio y admiración á profesores eminentes, que accidentalmente se encuentran entre nosotros.

Y este último carácter tuvo el banquete que se celebró en «Los dos Cisnes» hace pocos días. Nutrida y selecta reunión de profesores médicos, en su mayoría jóvenes, dieron una muestra de afecto y admiración á los Dres. del Principado, Giné y Partagás y Bonet.

Nosotros aplaudimos el noble comportamiento de nuestros compañeros y nos adherimos cordialmente á las frases que en loor de los festejados, se pronunciaron en aquel día.

***

Pero es que los banquetes se tocan unos á otros, y vendrá día, de seguir así, que tendremos que crear un nuevo presupuesto para ir de fonda.

Así, pues, si no queremos que decaiga la importancia del *banqueteo*, hoy en moda, resérvense estos actos para ocasiones justificadas.

Esto no quiere decir que combatamos el que algunos caballeros se reunan á comer en los Jardines, por ejemplo, con el fin de charlar un rato y llevándose cada uno la comida, ó las cinco pesetas, que es lo mismo; pero de dar publicidad á este hecho puede resultar que algún día se llamen *andana* los invitados á un banquete de verdad.

***

Se están haciendo todo género de gestiones para averiguar los médicos que ejercen sin pagar el subsidio.

No sé los que serán, pero á juzgar por lo que se gana en la profesión, no debiera pagar ninguno.

Bastante haremos si no morimos de innanición...

De todos modos, la oportunidad de la medida por parte de las autoridades indica un talento fabuloso.

Amenazar á los médicos teniendo una epidemia próxima á invadirnos, es un comportamiento digno de encomio.

***

—Diga V., doctor, ¿por qué se llama cólera á esa enfermedad que está en Tolón?

—Porque se parece á la rabia; ésta produce irresistible impulso de morder y la otra de *escupir*.

DR. DOGRESAN.

LAS FIGURAS DE MI GALERIA

ESPINA Y CAPO (D. ANTONIO)

En este dichoso país en que todos somos jóvenes, ilustrados, reputadísimos, laboriosos y mucho más, es una verdadera dificultad el tener que hacer la silueta de un compañero como Espina, que es un *juntum saliens* de la generación médica presente.

Infatigable polemista, es el nervio principal en la Academia Médico-Quirúrgica; se le escucha con gusto, y sus escritos, que son numerosos y castizos, se leen con profunda atención por la doctrina que encierran y por que suelen ser la expresión de lo más moderno en Medicina.

De estatura regular, rostro picaresco y mirada de satisfacción, está siempre

dispuesto á discutir y aprender á un tiempo.

Médico del Hospital general, procura aplicar en su sala los descubrimientos más nuevos, llevando á la práctica las últimas teorías para deducir la parte de verdad que puedan tener; todas estas circunstancias y la convicción que sus compañeros tienen de su mérito, le ha creado una respetabilidad que, por ser científica, es envidiable.

Aunque de carácter distinto á Ustáriz, tiende como este apreciable cirujano á ser una autoridad en la ciencia, y debemos convenir que tienen ambos mucho adelantado para ello.

Entre sus publicaciones más notables recordamos los folletos: «Estudios de terapéutica, etc.» «Clínica, su concepto, sus fuentes.....» y el libro «Lecciones teórico-prácticas sobre las enfermedades del corazón,» y que tan favorable acogida ha merecido del público ilustrado.

D. CELESTINO LÁZARO ADRADAS

Pertenece al cuerpo de Sanidad Militar, donde tiene la grsduación de teniente, ó como si dijéramos. de colilla; verdad es que en ese cuerpo tan distinguido hay muchos que llevan humildes estrellas en las mangas y entorchados en la inteligencia. Adradas es uno de ellos, y en el Hospital Militar de Madrid sostiene con Alabern y algún otro la justísima reputación que disfruta el elemento joven de sanidad castrense.

Escribe con mucha galanura, posee muy vastos conocimientos médicos, es entusiasta del progreso en las ciencias, procura conocer todo lo nuevo, sin olvidar lo viejo, y ha estudiado con detención todos los sistemas que se disputan la victoria en el campo de la medicina, para no hablar de ellos como hacen muchos: de memoria.

Apesar de tan bellas disposiciones, que le hacen un médico distinguido, Adradas ha equivocado la carrera; sus aptitudes son las del periodista á la moderna, y de haber emprendido esta profesión, sería uno de los primeros de España. Como las influencias del medio que nos rodea nunca dominan en absoluto las tendencias congénitas, Adradas ha escrito y escribe en la prensa artículos que consiguen despertar la atención pública, por su mérito é intención; estos trabajos, que publican con tanto gusto algunos periódicos, no llevan, por lo general, su nombre, perdiendo la gloria que pudiera caberle.

Adradas es un tipo árabe, nervioso, moreno, de barba negra y algo rizada; es batallador, le gusta la discusión y sabe expresarse bien.

Hasta aquí los justos y merecidos elogios; ocupémonos ahora de las censuras, no menos justas y merecidas; con tales aptitudes, ¿qué ha hecho Adradas? Aparte de algunas oposiciones muy brillantes y de varios artículos y Memorias, una de ellas premiada por la Academia, nada público; porque sus trabajos y aplicaciones de los modernos adelantos tienen un carácter privado. Hace algún tiempo que se le ve poco en el Ateneo, y en las sociedades científicas, donde tan lucido papel podría desempeñar. Esta dejadez, por no emplear otra frase más fuerte, tiene sus naturales y lógicas consecuencias; algunos de nuestros lectores conocerán hoy el nombre de Adradas por primera vez, cuando pudiera ser tan conocido como el de Espina, á tener la misma actividad que distingue al joven médico del Hospital General.

Censúrase á éste por vanidoso, es cierto; pero aunque la vanidad sea un vicio censurable, bienhaya ese vicio cuando va acompañado de las virtudes que tanto engrandecen al hombre: la constancia y la fe.



¡TE VEO... MICROBIO!

Los sabios que han tratado de descifrar la naturaleza del cólera, como los que se propusieron encontrar su remedio, no supieron lo que llevaban entre manos.

Aunque con dolor, debemos confesar esta verdad.

Yo creo haber dado con el secreto, resolviendo de paso el problema curativo de la peste del Ganges.

Está probado y fuera de duda, según mis experimentos, que la epidemia colérica es hija de la vanidad, de la lujuria y falta de aseo.

Sí, porque han de saber mis lectores, que el *bácilo* colerígeno cultiva aquellas malas condiciones con excesivo entusiasmo.

Este bichito, contrariado por su cuerpo microscópico é insignificante; descontento de sus formas nada estéticas y del modesto papel que en la escala natural representa, infatuado y soberbio, no sueña sino en llamar la atención de cualquier modo.

Desdeñando la forma rígida, peculiar á su familia, pone en tortura su raquítica organización y anda encorvado á guisa de interrogante ó de coma, demostrando conocer las posturas que retratan la adulación y el servilismo.

Le ofende parecerse á una simple unidad, y echándoselas de plancheta, adopta posturas que le dan semejanza á un número 8 ó un 9, como queriendo engañar á cuantos escriben y hablan de cólera asiático sin conocerle.

Por supuesto que este vicio de aparentar más de lo que somos, es vicio antiguo en el mundo.

Pero lo irritante en la vanidad de este tontuelo microbio, es que á veces llega en su inmodestia, hasta adoptar una postura que reuerda el símbolo de lo infinito ∞. Siempre que le he sorprendido con este disfraz me han dado tentaciones de propinarle un cachete. ¡Cuidado con el mocoso! Crean VV. que me revienta su aspiración insensata al engrandecimiento fatuo, y en sns evoluciones parece un liliputiense haciendo pinitos sobre nnos zancos y envuelto en una levita de Goliat, si es que este señor llegó á usar tan incómoda vestidura.

***

No quiero decir nada de la realización abusiva de sus apetitos genésicos. Son de tal índole, tan desordenados, tan indecorosos en su ejecución, qne mi rubor femenino me obliga á pasarlos por alto.

No sólo se reproducen desenfrenadamente á la vista del observador, ¡qué descaro! sino que la luz intensa, que parece enemigo declarado de tan íntimas funciones, no es obstáculo á sus pecaminosos entretenimientos.

Ignoro si son prrtidarios de Sodoma ó de Onan; si son mormones ó turcos, pero sí sé que son lascivos y sin pizca de vergüenza, ni de cariño hacia su progenie.

Me ha parecido observar que la lujuria de estas bacterias obedece á su falta de educación y á la presunción de llenar el mundo con su nombre y con sus hijos.

Sólo que en el pecado llevan la penitencia.

Si se amoldaran á vivir modestamente en la porción de intestino que eligen, gozarían de una vida patriarcal y asegurarían el bienestar de sus familias. Pero eso de reproducirse á legiones en poco

tiempo, trae consigo hambre, luchas, escándalos, obligando al intestino, harto de tanto desorden, á expulsarlos de su interior ahogándolos en una cascada de horchata de arroz ó cosa parecida.

***

En las costumbres del microbio del cólera, que es, como si dijéramos, el más canalla entre los microbios, nada encuentro digno de aplauso.

¿Y el detalle de que habla un alemán de Valencia, y que consiste en tomar por asalto los genitales del hombre, para luego emprender la peregrinación hacia el orificio menos elegante de nuestro cuerpo?

Sería de ver una caravana de microbios siguiendo el rafe, hasta precipitarse en el túnel rectal.

Ahora se dice que los microbios han tomado la resolución de viajar adoptando por vehículo la moneda. Esto sería el colmo de la premeditación y de la villanía. ¡Que no lo intenten, Dios mío!

Yo sé que en estos días, se han presentado en Marsella y Tolón unos cuantos de estos bichitos pretendiendo resucitar las proezas de sus antepasados. Pero según la opinión de sabios higienistas, sabemos que no son los fieros microbios del Ganges; se les conceptúa como individuos degenerados y soeces, indignos del nombre que llevan, y cuya aparición no debe infundirnos mucho miedo.

Familiarizados con las ratas de los buques, les sucede lo que á los leones amaestrados de Mr. Seet, que por haber nacido en la jaula, se han civilizado por selección accidental.

Reconozcamos, sin embargo, que los microbios de Tolón habrán degenerado, pero tienen malos instintos y peores costumbres.

Del profundo estudio que de estas pequeñas algas vengo haciendo, deduzco que son susceptibles de mejoramiento empleando una educación esmerada, base lógica y única para precavernos del cólera.

Yo propondría que las sociedades protectoras de animales y plantas, funden cultivos ó escuelas de párvulos y adultos para bacterias, con separación de sexos.

En dichos establecimientos se les deben inculcar sanas doctrinas; indicarles los perjuicios de abandonar su patria; enseñales á no ser vanidosos, á odiar la lujuria y á ser más pulcros en la elección de morada y en el desempeño de sus funciones.

Ya ven mis lectores que con este mi proceder, se corta de *raiz* el mal, y no se maltrata con purgas, sangrías y otros excesos al hombre, que nada debe para merecer el tormento.

En el caso poco probable de que no gustara á VV. mi plan terapéutico, pido indulgencia para él, que no es el más descabellado de cuantos se han propuesto.

En tanto se llevan á la práctica mis teorías, aplaudamos al Gobierno por el interés con que ha tomado la cuestión de salubridad pública, y hagamos votos para que desaparezca pronto la siniestra enfermedad que tanto preocupa y atemoriza por su posible venida.

LUSCINDA PROTOPLASMA DE SANGREDO.

LOS TRASHUMANTES

ARTÍCULO DE MUCHA MIGA.

Nadie es profeta en su patria...

Meditando estaba yo, días pasados, sobre la verdad de esa máxima, idéntica

en el fondo á aquello de *no hay hombre grande para su ayuda de cámara*, y la relacionaba con una frase tan expresiva como real: *La mucha confianza es causa de menosprecio.*

¿Quién de VV. no tiene un condiscípulo ramplón de primeras letras ó segunda enseñanza, que no emprendió carrera por... su torpeza intelectual? ¿A quién le faltará uno de esos parientes que no dan nada ni sirven para nada—útil, se entiende,—que todos los días están sermoneando, y que aseguran haber visto nacer—metafóricamente—al género humano?

Pues como les conozca á VV. cualquier tipo de esos, ya están VV. frescos; por mucho que valgan VV., aunque su nombre sea con justicia conocido y respetado en todo el mundo, siempre serán para ellos el niño de mantillas ó el chicuelo del Instituto.

Se habla en un café.

—¡Qué gran libro ha escrito Fulánez!—dicen en una mesa, donde por casualidad no se habla de cuernos ni de política.

—Dispense V., caballero—dice un tipejo situado en otra mesa próxima,—¿se refería V. á Fulánez, un médico que entró hace poco en la Academia?

—Al mismo—dice el interpelado, añadiendo con interés.—¿Le conoce V., por ventura?

—¿Que si le conozo? Pues si le tengo dadas más *bofetás* que pelos tiene en la cabeza.

—¡Cómo es eso!—repone aquél con extrañeza.—¿V. le...?

—¡Ya lo creo! Si hemos ido á la escuela juntos; y es muy buen muchacho—añade en tono de protección;—algo holgazán, eso sí, ¡toma! pues si no hubiera sido por mí, que le apuntaba las lecciones cuando le preguntaba el profesor... Por lo demás, ha tenido siempre buena memoria y nada más...

Y así continúa desollándole sin conocer que le desuella, porque un bruto de buena intención es más temible que un Miura de seis hierbas.

Oigamos ahora al pariente:

—Adiós, Fulánez, ¿conque has publicado otro libro?

—Sí, señor.

—Pero, hombre, ¿quién lo había de decir? Porque tú nunca has sido gran cosa; aplicado sí, eso nadie te lo negará; pero chico más torpe que tú no le ha habido... ¡Las veces que yo aconsejé á tu padre que te pusiera á un oficio!... Así es que cuando oigo decir á las gentes que vales tanto y cuanto, me digo: ¡Vaya un chasco! Por más que es preciso convenir en que tienes una suerte atroz...

Y así sucesivamente le va reventando á V. prevalido de su edad, y de la consideración que se le guarda, aunque sea incapaz de merecerla.

Detrás de éstos vienen los amigos, y un poco después los imbéciles, que se reproducen con más intensidad que la langosta. Toda esa gente, que con tanta prevención mira lo propio, se deja alucinar por lo extraño y lo desconocido; véase lo que sucede en la esfera del arte: compatriotas nuestros de gran mérito se ven obligados á cambiar de nombre para llamar la atención del público, tanto influye un apellido raro é impronunciable.

Y no es sólo el vulgo quien se deja alucinar; personas que se consideran y pasan por entendidas caen en el mismo defecto. Veamos el fragmento de un discurso en una sociedad científica:

—Sí, señores, insisto en lo dicho; mi

ilustrado contrincante, apoyándose en las opiniones de Mata, pretende contradecirme.... ¡Ah! yo le aconsejo que lea el último número de la acreditada Revista alemana *Dummerzeitung* y en él verá el estudio de Riemand, ¡del gran Riemand! sobre tan debatida cuestión, que él resuelve victoriosamente.

Ante un argumento de esa especie, todos quedan convencidos.... hasta el contrincante, por más que no conozcan á Riemand ni á la revista *Dummerzeitung*. Cuestión de nombre, y sobre todo, de nombre alemán, que es lo que parece privar hoy.

¡Y luego nos quejamos de que el público se entusiasma con el primer *parvenu* que armado de osadía y desvergüenza se presenta á explotar la estupidez de este país!

Ni de lo dicho, ni por lo que sigue se ha de deducir que crea yo que todos los profesores extranjeros que vienen aquí en busca de gangas no merezcan la estimación de sus compañeros. Nada menos cierto; la verdadera ciencia no conoce nacionalidades, ni fronteras.

Pero si se examinan bien las causas que obligan á abandonar definitivamente su patria á un hombre, cualquiera que sea su clase y condición, se pueden reducir á estos dos extremos: por huir de sus autoridades ó por mejorar de situación pecuniaria.

Podrá haber alguno que por motivos de salud abandone su país, buscando en otro un medio más favorable á su deteriorado organismo; pero son muy raras excepciones, y debemos dejarlas á un lado. De igual modo haremos con aquel á quien la política, su empleo oficial ú otras circunstancias análogas le obliguen á viajar, y nos fijaremos en aquellos que voluntariamente abandonan su patria para ejercer en otra su profesión.

Nadie que está bien en su casa va á buscar á la ajena lo cierto por lo dudoso; esto es elemental y hasta de sentido común; así es que sólo se ven de paso por el extranjero á las verdaderas ilustraciones de un país.

No se ofendan mis colegas extranjeros de reconocido mérito, entre los que hay algunos que por su origen, por sus costumbres y su modo de ser, son tan españoles como nosotros; pero yo así que veo á uno de aquellos que barrenando nuestras leyes, se establece entre nosotros, me escamo y digo: camama.

Estos extranjeros tienen aceptación en las clases que se estiman por ilustradas, donde representan el mismo papel que los Apóstoles de Lavapiés en aquellos barrios; y gente hay que se indigna con esos tres infelices y se entrega en cuerpo y alma á esos advenedizos, más farsantes y más hueros que nuestros charlatanes compatriotas. Las mismas autoridades que ven con gusto el celo desplegado por otros inferiores en la persecución de los susodichos *Apóstoles*, entregan su salud y su vida al médico trashumante y desconocido, de ciencia dudosa y de más dudosos procedimientos.

Porque esa gente no repara en los medios, con tal que éstos les conduzcan á un fin determinado. Un ejemplo:

Una familia, de la que forma parte un niño, va á visitar á unos amigos en el momento que se encuentra con ellos un trashumante, y después de la presentación correspondiente, dice el último, dirigiéndose á los padres de la criatura:

—¿Me permiten VV.? He observado que este niño cojea, y quisiera examinarle...

—Es que...

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. ESPINA Y CAPO.

YO SOY un joven ingenuo,
YO SOY un medico práctico,
YO SOY un gran académico
YO SOY escritor galano
YO SOY profesor notable

YO SOY un hombre muy guapo
YO SOY un buen periodista
YO SOY critico afamado
YO SOY traductor correcto
YO SOY, señores, un SABIO (1).

(1) No olviden nuestros lectores
que se hizo el mismo el retrato.

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. D. CELESTINO L. ADRADAS.

Fuí médico de partido,
en baños luego serví
hasta que al fin decidido
tras un certamen lucido,
en la milicia me ví.

Miro con afan creciente
del progreso la cabeza;
dicen soy inteligente.
Cuánto haría ¡Dios clemente!
sin contar con la pereza.

—Sí, sí—dice el intruso, interrumpiendo al padre;—está visto, no necesito que me digan nada; este niño padece una paralisis infantil, desapercibida para el médico que le asiste, que podrá asegurar otra cosa, equivocadamente; pero ello es grave, y un deber de conciencia me dicta aconsejar á VV. le lleven á mi consulta, donde cuento con medios poderosos para su curación, y les advierto que no se descuiden, dentro de unos días sería tarde... No es esto decir que su médico sea malo, no; lo que sucede es que en España no cuentan VV. con los poderosos medios de enseñanza que hay en mi país, y aunque aquí las inteligencias son privilegiadísimas, no pueden desarrollarse..., etc., etc., etc.

Y á todo esto, el niño sólo padecía una ulcerita, provocada por haber hecho uso de un calzado apretado.

Estas cosas suelen alarmar á las familias, que ven en el extranjero—por aquello de lo desconocido—un monstruo de sabiduría. Acontece, sin embargo, que cuando se trata de enfermedades muy graves y el paciente no va bien, los más interesados se escaman y llaman en consulta á los menospreciados españoles; entonces se descubre el pastel y la ignorancia del trashumante; pero muchas veces cuando no es tiempo y cuando la ignorancia, casada con la preocupación, hacen imposible la salvación de un sér que, tratado por otro menos farsante y de más sólidos conocimientos, hubiera sido muchos años aún útil á sus parientes, á sus amigos y á su patria.

Estos fracasos no amilanan al parásito extranjero, que sabe perfectamente sobrellevarlos con calma y desvergüenza, hasta que creciendo en número y calidad, le obligan á buscar un nuevo escenario para la exhibición de su farsa.

Y que tenemos nosotros mismos mucha culpa de lo que sucede, es cosa fuera de duda; si tuviéramos más espíritu de conservación, otro gallo cantaría á los extranjeros trashumantes; pero basta que un individuo que lleve en su apellido un número inconmensurable de consonantes diga una cosa, para que en este país, donde se discute todo—Dios inclusive—nos callemos acatando el dicho del forastero, por barbaridad que sea.

Y cuando es barbaridad alemana... ¡Oh! ¡entonces! boca abajo todo el mundo.

¡Cómo se reirán de nosotros los mismos favorecidos! Nosotros sabemos decir aquello de: *tomar el pelo*; ellos lo practican con nosotros.

Un médico alemán escribe en Valencia unos cuantos disparates contra el cólera y nos apresuramos á divulgarlos dándole lustre y charol y eso que hay algunos como estos:

«Sabido *y admitido* por todo el mundo que la enfermedad del cólera es un microbio que se introduce y se desarrolla en el cuerpo humano...»

¡Cuidado que es saber y admitir!

«....el microbio del cólera necesita para desarrollarse una temperatura de 22 grados centígrado, y una humedad atmosférica de 4,50 gramos de agua por metro cúbico de atmósfera.»

Daría un perro chico por saber dónde, cuándo y cómo ha hecho el autor esas observaciones, que le permiten afirmar ex-cátedra tan concluyentes teorías.

Ruborízate, Herr Koch, y aprende de tu compatriota.

«Es un error bastante generalizado la creencia de que el microbio colérico se introduce por la boca en el cuerpo humano. Por el contrario, busca las partes

blandas del cuerpo (*¡si será comodón!*) y con preferencia los órganos genitales (*¡no es poco obsceno!*) para correrse hasta el ano, por cuyo orificio encuentra su natural entrada.»

Señor de alemán, para que me convenza V. necesito, necesito... vaya, que me conteste V. á esta pregunta:

—¿Qué es microbio?

El Dr. Sangredo.

MISCELANEA COLÉRICA

¡Qué cosas pasan!
¡Vaya un país!
Oigan ustedes
para reir.

Por real disposici..........
que dió una Direcci...........
que está en Gobernaci........
se impide ¡oh previsi..........
toda la importaci............ } ón
de pieles adornadas con vell....
Aplaudo con raz...........
tal determinaci..............
de tan docta y activa Direcci...
pero atenci.............

* * *

Al mismo tiempo se ordena,
en términos expresivos,
no entren animales vivos
que esa Direeeión eondena
por nocivos.
Paso por esa violencia
aunque en un sabio Congreso
y en más de una eonferencia
no se elevó ese proceso
á evideneia.
Pero no puedo pasar
porque pasen, apesar
de espurgo y fumigación
trapos que es mejor quemar
sin dilaeión.
En ellos, sin menoscabo,
el germen vive y se embosca.
Ojo, Director que alabo....
y áteme usted esa mosca
por el rabo.

* * *

Desde Irún, cierto agente de la aduana,
partieipa con frase castellana,
es decir, sin ambajes ni rodeos,
á todos sus elientes,
que no abriguen temor por los tanteos,
espurgos y demás operaciones
que usan los empleados diligentes
en las desinfeceiones;
que en ellas sólo sufren los metales
que á los fardos de rica mercancía
sirven de sujeción ó de puntales,
y que bien embalados los objetos,
al mundo juraría
que llegan á Madrid limpios y netos.
Bien haya tan feliz procedimiento
si evitara los males que presiento.

* * *

Que se parece á un guión
ha dicho Koch del mierobio
que encuentra en los atacados
del traidor eólera morbo,
y otro médieo más listo
asegura en grave tono
que se sirve de los ganehos
que forma su cuerpo eorvo
para agarrarse á las ropas
lo mismo que un abejorro.
¡Vaya uu médico *barbián!*
¡Si entenderá de microbios!

* * *

¿De veras? ¿Será verdad?
¿No se han enterado ustedes?
Pues, sí, señores, existe
esa Sociedad de Higiene,
que ha de hablar mueho del eólera
cuando... de Europa se ausente.

Dr. Esk.

DUPUYTREN (EL CHICO)

Con la aureola que prestan los nobles hechos, las humanitarias empresas y gigantescas aptitudes intelectuales, llega hasta nosotros el recuerdo de esos personajes de la historia, verdaderos núcleos de energía, que impulsaron á las generaciones por la vía del progreso, y que todo hombre de buena fe debe imitar.

Pero la existencia de Rómulo Augústulo después de Augusto y Rómulo; la del último Boabdil después de Abderramán III; la de Carlos II sucediendo á los Reyes Católicos, parecen avisarnos que es más fácil la ridícula parodia que la fiel imitación. Y no quiero hablar de los que se tienen por sucesores y *defensores* de Hipócrates, ni de aquellos maestros que sustituyen con su insignificancia á ilustres antepasados, porque tales consideraciones las cedo al curioso lector, que á mí me basta y sobra con indicar estos contrastes de la historia, para justificar el título del presente articulito.

Y entro en materia.

Pues señor, érase que se era, un caballero de edad más que madura, pero bien conservado, merced á su constitución robusta y carrasqueña. De escasa estatura, de ancha espalda y voluminoso vientre, era velludo hasta las uñas. Su tez oscura contrastaba con las cerdosas y albas patillas; el pelo de la cabeza semejaba á un sembrado de espesas y blancas púas; parecia de lejos su cara una gota de tinta en un círculo de papel.

Este D. Máximo, que así se llama y aún vive, dicho sea de paso y para tranquilidad de mi conciencia, cuando mozo fabricaba campanas, y gracias á su primitivo oficio posee hoy, una erudición *ruidosa*, sabiéndose al dedillo el grosor, dimensiones, coste y sonido de las más famosas campanas. Pero es que es todo un enciclopedista, porque aparte de sus conocimientos médico-quirúrgicos, conoce el sexo de los pájaros, su alimento más conveniente y el mejor medio de cazarlos; educa jilgueros, ratas sabias y posee un can que olfatea á los agonizantes, sirviéndole grandemente para su reputación profesional.

Sabe la historia del gusano de seda; ha leído el libro de Auber sobre las hormigas; diserta con elocuencia sobre el grandor de la luna, que asegura ser mayor que un plato; cuenta los estragos de la guerra del francés; habla pestes de todos los personajes políticos; aprueba las decisiones del alcalde; juega al tresillo con el cura; aplaude los crímenes musicales del organista; es afable con todo el mundo y obsequioso con los chicuelos.

Esta imponente masa de conocimientos y bondades le han granjeado el aprecio y la confianza ciega del pueblo en que ejerce.

Era asaz talludito cuando, harto de fundir badajos, principió á estudiar cirugía, llegando bien pronto, á ser todo un Larrey.

Andando los tiempos, determinó hacerse médico, ya que la ley le allanaba el camino, y dicho y hecho; nuestro hombre reunió en su personita los dos títulos, con lo cual ya pudo aspirar á ejercer en poblaciones grandes y de pingües resultados.

Conoció, sin embargo, que apesar de su nuevo diploma y contra el dictamen del tribunal examinador, no le cabían en la cabeza los problemas de la medicina ni que los podría dominar como á

los quirúrgicos, y determinó allanar la dificultad de nn modo breve y seguro.

Se dedicó á recoger y copiar las recetas de un médico instruído amigo suyo, poniendo al respaldo de cada una: pie, mano, codo, pecho, etc., según la región que habían sanado.

El había oído en alguna parte, que al médico no le cuadraba, como al cirujano, el desenfado y un carácter abierto y decidor, y fiel á la consigna, procuró hablar despacio é imitar en lo posible la seriedad del más filósofo de los solípedos.

Haciendo *pendant* con las recetas de marras, tenía una porción de remedios secretos para determinadas dolencias, verbi gratia:

«Contra la opilación:

Cójanse tres gotas de sangre de la oreja izquierda de un borrico blanco de molinero, y hágase con ellas, al *enfermo*, una cruz en la parte del corazón.»

«Contra las almorranas:

Ponte sobre el pecho la yerba de buey ó el *quinque folium*, y, á medida que se seque, se cura el mal, etc., etc.»

Con todos estos procedimientos llegó á poseer un arsenal médico tan eficaz, que casi, casi sentía desprecio por el arte de Celso; sus conocimientos en cirugía estaban calcados en el libro de Bernardino Genga, traducido del italiano por García Vázquez, en 1746.

Cuando le avisaban para un enfermo, preguntaba siempre si era de medicina ó de cirugía; si pertenecía á la primera ciencia, mandaba se le hiciera una sangría mientras iba á verle; una vez á la cabecera del paciente, prescribía otra emisión sanguínea de la mano opnesta, para nivelar la sangre, y una vez enterado del órgano enfermo, echaba mano de su formulario, eligiendo la receta cuya nota del respaldo coincidiera con la lesión.

Añadan VV. la dieta y el medicamento más de moda como prescripciones obligadas en todos los casos, y formaranse idea de la práctica profesional de don Máximo, el cnal, y dicho sea en su alabanza, con dos bisturís de brillantez discutible, nnas tijeras y una navaja barbera, emprendía las más arriesgadas operaciones y practicaba las autopsias que se le encargaban. Por cierto que los curiales del contorno, estaban muy contentos de su ciencia como forense, sin duda porqne los conocimientos de D. Máximo no distaban gran cosa de la ignorancia de los leguleyos.

El pueblo le adoraba hasta el punto de que cuando había que proveer, cada cuatro años, la plaza de titular, se acogían con burlas y groserías todas las solicitudes que no fneran la de D. Máximo.

En cierta ocasión, nn mocetón del lugar recibió un tiro en la mejilla, lo que precisó qne D. Máximo estuviese media hora bnscando el proyectil en todos sentidos.

El bnen cirujano sudó la gota gorda, y por fin, ¡oh dolor! no pndo mostrar á la concnrrencia la bala, porque el tonto del herido la había escupido con dos muelas. ¡Válgame Dios, y cuánta fué la rabia que le entró á nuestro héroe al saber lo sucedido! Y era de ver cómo el público se puso del lado del operador, denostando al herido, que impidió lucirse á D. Máximo...

A un chicuelo, llamado Medio-Beso, le descerrajó otro compañero de juego un tiro, con una pistola que estaría cargada desde el siglo anterior. Se avisó á nuestro cirujano, y allá se fné el ex-campanero con la decisión de encontrar el proyectil, que para él era un ideal, como

para un polizonte coger de los cabezones á un ratero.

Con aquel ojo clínico de que Dios le había dotado, pronto se hizo su composición de lngar: la herida estaba en el codo y no tenía agujero de salida; pues hay que sacar la bala y luego echar mano de la receta para dicha articulación. Este plan fué corroborado por otro compañero que veía en D. Máximo un genio quirúrgico.

Pusieron ambos manos á la obra y principiaron una serie de escavaciones y tanteos, coreados por los gritos de Medio Beso y la estnpefacción de las condesas de refajo, quo presenciaban tan cruel operación.

En tales conatos, se pasó la tarde y... la bala sin salir.—Debe estar incrustada en el hueso.—Si aquí la toco con la sonda. ¡Qné agarrada está!—Nada, habremos de extraerla con una barrena delgada.

El pobre herido tenía secas las fauces de gritar, y sns lamentos hicieron que alguno de la familia, no contento con el proceder de D. Máximo, hiciera venir á un tercer profesor, que fué acogido con marcado desdén por el antiguo confeccionador de badajos, que veía se le robaba la ocasión de sacar triunfante el tenaz cnerpo extraño; pero tuvo que someterse á las decisiones de la familia.

Snspendió, pues, el taladrar, y enteró en breves frases al recién llegado de sus propósitos, preparándose en seguida á llevarlos á cabo, como si no cupiera opinión en contrario. Pero el tercer profesor, después de reconocer la herida y las ropas del infeliz Medio Beso, dijo qne solo disentía de la opinión de D. Máximo en un detalle, á saber, que en la herida no había tal proyectil; por tanto, podían dejar en paz al muchacho.

Es indescriptible el efecto qne tales palabras produjeron en el campanero; chilló, pateó, pero habiéndole demostrado la verdad del aserto, y después de haber visto que las ropas del niño no estaban perforadas en el sitio de la herida, comprendió, á medias, el fenómeno; pero el chico quedó con la articulación destrozada, y D. Máximo salió iracundo de aquella casa.

Por cierto qne andando el tiempo, cuando Medio Beso quedó con su articulación inmóvil, se echaba la culpa del defecto al tercero en discordia, que habiendo denostado á D. Máximo, impidió que éste diera *juego* á la coynntura!....

¡D. Máximo sigue en el pueblo amado y respetado y con fama de conocer las naturalezas de sus convecinos!

Con el tiempo tendremos que comprarnos peluquín de estopa y algunos quintales de estnpidez, para solicitar esas prebendas rurales en qne se remunera al profesor con algunos celemines de grano y muchas fanegas de disgustos.

LUSCINDA PROTOPLASMA DE SANGREDO.

TOTUM REVOLUTUM

La redacción de EL DR. SANGREDO se asocia al sentimiento que experimenta el cuerpo de sanidad de la Marina francesa por la muerte del médico de primera clase, el DR. BOREL, primera víctima del deber en la epidemia que azota al Mediodía de la vecina República.

CURACIONES EGREGIAS.—El doctor en Medicina Carlos Teodoro, pariente cercano de D. Fernando de Baviera, esposo de la Infanta D.ª Paz, es un renombrado oculista, según noticias de los periódicos de Munich. Este ilustre comprofesor ha inaugurado un establecimiento para los enfermos de los ojos. Con tal motivo, los pobres pacientes tendrán el dolor y la honra de sufrir operaciones de manos egregias.

Cuando vemos que hasta los Príncipes nó desdeñan el ejercicio de la dura práctica médica, nos consolamos, y casi sentimos placer de ser humildes hijos de Esculapio... pero... pero... si todos fuéramos Príncipes, no se nos haría tan cuesta arriba el ejercicio de la profesión, porque estaríamos libres de caciques, cuando menos.

Reciba nuestro modesto aplauso el Príncipe Carlos Teodoro.

***

El Dr. Santero (D. Javier) publica en *El Correo* unos artículos sobre el cólera, en los que expone algunos problemas relacionados con la higiene de Madrid.

La circunstancia de ser el autor catedrático de Higiene de la Facultad de Medicina en la Central, y de pertenecer á dicha sección como individuo de número de la Real Academia, nos impone el deber de ocuparnos de los referidos artículos.

Lo que haremos—Dios mediante—cuando se hayan publicado algunos más.

***

—¿Qué le ha parecido á V. el decreto del Ministro de Fomento relativo á la provisión de cátedras?

—Pues nada, que ya encontraremos el portillo por donde se escape el derecho y entre el cohecho. De todos modos, este es el placer de los dioses, tratándose de españoles.

***

Dice nuestro estimado colega *El Diario Médico-Farmacéutico:*

«¿Cuándo se declara la mutualidad de los títulos españoles en Portugal, obedeciendo al clamor incesante de la prensa, para que los médicos españoles puedan ejercer la Medicina en Portugal, como los portugueses la ejercen en España?

¿Por qué nosotros hemos de ser tolerantes con nuestros colegas del vecino reino, y ellos no lo han de ser con nosotros?

¿Qué obstáculo científico puede oponerse á que se realice una aspiración tan justa como necesaria?

¿Se considera de menos importancia la Medicina española que la portuguesa, ó de menos inteligencia los españoles que los portugueses? Seamos incesantes en pedir que se declare el mutuo ejercicio de la ciencia en ambos países, ó de lo contrario, que la ley sea igual para todos, retirando la autorización de que disfrutaban en España los médicos portugueses, y no se vuelva á hablar más del asunto.»

Tiempo perdido, caro colega, tiempo perdido: en un artículo que hoy publicamos pueden verse los estragos, más fatales quizás que el cólera, que ocasionan los intrusos en la clase médica española.

Aquí viene cualquier extranjero y ejerce la profesión sin que nadie se meta con él y sin preguntarle siquiera por su título.

Así dicen ellos que estamos sin civi-

lizar; que vaya un español á Francia, Inglaterra ó Alemania, y que ejerza ó trate de ejercer su profesión sin cumplir con las formalidades de la ley, y ya verá lo que le sucede.

***

La Correspondencia Militar inserta unas instrucciones propuestas por el cuerpo de médicos del Hospital Militar de Madrid para precaver del cólera á las tropas que guarnecen esta plaza, así como para conseguir igual resultado en aquel establecimiento, indicando además los medicamentos y objetos necerios para el caso de una invasión colérica.

Hemos leído con fruición esas reglas, que se pueden citar con aplauso por su sencillez, su claridad y conocimientos científicos que demuestran.

Nuestra más cordial enhorabuena á tan queridos compañeros.

***

No hay mal que por bien no venga.

«Del lazareto de Fuenterrabía escriben á *El Dia* diciendo que *es muy divertida* la vida que hacen allí los cuarentenarios. Se levantan á las seis de la mañana y comienzan la *toilette*, que dura hasta las once, pues disponen tan sólo de una jofaina para 22 personas.

Reciben infinidad de periódicos, y tan bien pasan el tiempo, que dice el corresponsal que pedirán al Gobierno que les conceda siete días más de cuarentena.»

Y todavía habrá quien se queje de nuestros lazaretos.

Periódicos, música, diversiones de todo género, una jofaina para 22 personas... ¡Vamos, la mar!

Ahora no falta más que buenos aparatos de desinfección, una enfermería montada en regla, por lo que pueda ocurrir, locales aislados para los viajeros de épocas distintas, etc., etc., lo que con un personal instruído y suficiente dará á esos lazaretos todas las garantías de seguridad.

***

Señor alcalde mayor...
señor alcalde mayor,
deje usted las diversiones
y procure usted que esté
en seguida la Necrópolis.

Por lo que pueda tronar; pero ni aun cantándoselo en peteneras nos va hacer caso el ilustre presidente del no menos ilustre Ayuntamiento de esta villa, que no en balde lleva en sus armas uno de los animalitos más peludos de la creación.

***

—¡Que vendrá!
—¡Que no vendrá!...
Que en estos tiempos que corren
en cafés, fondas, teatros,
no se escuchan otras voces;
pero lo más divertido
está en las afirmaciones
que hacen médicos muy graves
de esta coronada corte,
donde se han puesto de moda
esas *planchas* á lo Fauvel.

MADRID, 1884.—Imprenta de Manuel G. Hernández, Libertad, 16 dup.°

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

Ovilo (D. F.).—*Instrucciones populares contra el cólera morbo asiático. Madrid, imprenta de M. Ginés Hernández, 1884.*

Forma un folleto de 80 páginas, en las que el autor trata en capítulos cortos las siguientes materias:

Antecedentes.—Origen.—Reseña histórica.—Duración de la epidemia.—Desenvolvimiento de la epidemia.—Epoca de su predilección.—Los predispuestos.—Mortalidad.—Mortalidad en diferentes pueblos.—Conferencias y Congresos internacionales.—Razones en que han de fundarse las medidas contra el cólera.—Precauciones generales.—Precauciones que debe adoptar el Estado antes de la invasión.—Cordones sanitarios.—La inspección médica.—Cuarentenas y lazaretos.—Medidas que debe adoptar el Gobierno para limitar los estragos del cólera.—Medidas que deben adoptar los Municipios.—Precauciones que deben adoptar las familias.—Precauciones individuales.—Desinfección y desinfectantes. Cómo debe practicarse la desinfección.

Se halla de venta al precio de una peseta en la librería de Victoriano Suárez, Jacometrezo, núm. 72.

⁂

Primer certamen frenopático español. —*Un tomo en 4.° de más de 500 páginas, elegantemente impreso en Barcelona, 1884.*

Ese certamen, que fué un verdadero Congreso frenopático, se celebró en el manicomio de *Nueva-Belén*, los días 25, 26, 27 y 28 de setiembre próximo pasado. Se debió á la activa iniciativa del Dr. Giné, y como digna corona de sus laboriosas tareas, ofrece hoy este libro, que honra en gran manera á la ciencia frenopática en general y á los profesores del Principado en particular. Es imposible reseñarle siquiera; hay trabajos muy notables de los Sres. Giné, Bonet, Rodríguez Méndez, Planellas, Pí y Suñé, Ronquillo, Gil, Martínez Velarde, Galcerán, Sereñana, Gelabert, Armangué, Sentiñón, etc., etc. Recomendamos á nuestros lectores la lectura de este libro, muestra evidente del progreso médico en España.

⁂

Descroizilles.—*Manual de pathologie et de clinique infantiles. Paris, 1884.*

Es esta obra un resumen práctico de las enfermedades de la infancia; su autor consigna en ella cuanto ha podido observar en los hospitales de niños, á cuya especialidad se dedica. No sólo se consignan en este libro las afecciones que encajan en la patología especial médica; hállanse descritas muchas que corresponden á la cirugía, como son las de la piel; la parte más completa y útil para los médicos prácticos es la terapéutica, de la que es complemento un interesante formulario que forma parte de este Manual.

⁂

Salvañá.—*Zoografía del género Helix y Farmacología de las especies medicinales y alimenticias. Barcelona, 1884.*

Con este nombre ha publicado el Dr. D. Joaquín M. Salvañá, miembro de varios Academias nacionales y extranjeras, un interesante estudio acerca los caracoles de tierra usados como medicinales y comestibles en los tiempos antiguos y modernos y que pueden emplearse, precauciones que han de tomarse para que no causen perjuicios á la salud, y modo de conocer y distinguir unos de otros, y en particular los que se crían en España. Además, en él se examinan y resuelven varias cuestiones de ciencia, resultando un trabajo de utilidad práctica para los naturalistas, médicos y farmacéuticos. Forma un cuaderno de 48 páginas en 4.° mayor, á una peseta.

Los pedidos al administrador de *El Sentido Católico en las ciencias médicas*, Aribau 22, farmacia. Barcelona.

⁂

Ensayos médico-literarios, *por Fernando Calatraveño.*

Es un pequeño librito que contiene artículos y fragmentos de una conferencia dada por el autor en el Ateneo Antropológico y que se vende al precio de *una* peseta.

Como quiera que todos estos trabajos han sido reproducidos por algún periódico profesional, no hemos de ocuparnos de cada uno de ellos en particular.

Agradecemos al autor su recuerdo, y le animamos á que escriba....., pero esperamos de sus aptitudes algo más de lo que nos presenta en su libro.

EL D.R SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 1.° AGOSTO 1884. VISITA 19

SUMARIO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

Calle de Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
Trimestre....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año..........	10 »	Año..........	12 »	Año..........	18 »

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

Números atrasados de trimestres anteriores para los no suscritores, **DOS PESETAS**

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16

1884

NUESTRAS FIGURAS

PUBLICADAS HASTA EL DÍA

Dr. Santero (papá).—Dr. Letamendi.—Dr. Encinas.—Dr. Creus. Méndez Alvaro.—Dr. Nieto y Serrano.—Benavente.—Dr. Castelo. Calleja.—Maestre de San Juan.—Marqués del Busto.—Dr. Campá.—Federico Rubio.—Ustáriz.—Dr. Pulido.—Dr. Rodríguez Méndez.—Tejada y España.—D. Juan B. Comenge.—Carracido.—Amalio Jimeno.—Gine y Partagás.—Del Toro.—Olavide.—Cortezo.—Dr. Esquerdo.—Dr. Losada.—Dr. Martínez y Molina.—Doctor Cervera.—Dr. Alonso y Rubio.—Dr. García Camisón.—Doctor Masoti Arroyo.—Dr. Varela Jiménez.—Dr. Cortejarena.—Dr. Vilches.—Dr. Espina y Capo.—Dr. Celestino L. y Adradas.—Dr. Pasteur.—Dr. Koch.—Dr. López García.—D. Antonio Mendoza.

EL Dr. SANGREDO.

REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

A LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 16 AGOSTO 1884. VISITA 20.



ALGO DE LA QUINCENA

El cólera ha puesto en conmoción los espíritus; los españoles ya no piensan sino en las tristes consecuencias de una invasión del huésped por antonomasia. El que más y el que menos arregla sus asuntos y limpia su conciencia, por si la peste nos visita; así, no es raro sorprender afanosos á los industriales que desde muy temprano ponen en orden sus negocios; quien sofisticando el café con castañas; cuál humedeciendo el carbón para que aumente de peso; éste empeñando su palabra, que nadie acepta; fulano agua la leche, y mengano pone plomo á la balanza. Toda esta actividad claramente denota el pavor que el peligro produce entre los españoles.

Sin embargo, este temor no es ni con mucho tan grande como el de los franceses, que ante la aparición de la epidemia en una población meridional, se suicidan y se vuelven locos á docenas. Francamente, esto no es serio, y más bien es un dato que justifica la teoría de la degeneración humana.

Aquí se procede de otro modo. Hay probabilidades de que el azote nos visite, pues se activan los medios para reunir unos cuartejos, y á vivir. La cuestión está en que no nos encuentre sin céntimos por aquello de «donde quiera que fueres, sé tú el que debieres,» y lo de «tuyo ó ajeno, no viajes sin dinero.»

***

Pero es que ya no preocupa á los españoles la posibilidad de la invasión colérica solamente; las imaginaciones andan por esos mundos buscando por caridad un calmante á la febril ansiedad que produce el deseo de conseguir una comisión para el extranjero.

¡Ahí es nada! Con un amigo influyen-

te podemos hacer dinero para algún tiempo, felicidad para muchos días y reputación para siempre.

Tras de un nombramiento de este género, suele venir una cruz y el derecho de poner al pie de cualquier atentado literario: «Comisionado científico por España, para estudiar el modo de acabar con el cólera;» aunque lo mismo suelen entender los tales de este asunto, que del sexo de las chinches.

Sí, porque en nuestra patria, por regla general, no solemos pararnos en pelillos para hacer esta clase de elecciones. Salvo alguna excepción, ninguno de los comisionados para estudiar en el extranjero algún adelanto ó problema científico, demostró suficiencia en la especialidad que se le encomendó. Repasen VV. la memoria, y verán cómo estas comisiones siempre parecen reñidas con los hombres verdaderamente notables.

Higienistas de verdad y de gran mérito conocemos exparcidos por esas Universidades á quienes el Gobierno no se ha dirigido para solicitar su concurso ó consultar su opinión en asuntos de epidemiología, que hoy son de oportunidad.

En cambio vemos.................... pero, en fin, así saldrá ello...

Qué diferencia tan grande entre el modo de obrar de nuestra nación y el proceder de Alemania, Inglaterra y Francia, que acostumbran confiar misiones científicas á notabilidades indiscutibles sin miserias y regateos.

Nuestros Gobiernos suelen llevar dos miras en tales asuntos: dar gusto á los amigos y buscar lo más económico.

De donde resulta que en estos días hay bastantes sonámbulos que, en sueños, arreglan la maleta confiando en una comisión científica, por más que el aspirante no haya visto de cerca ni lejos un colérico, ni haya demostrado suficiencia en ningún ramo del saber, ni tenga más título que el de bachiller, aunque se llame doctor.

Y si no, ¿cómo es que el Gobierno no pensó confiar el estudio del cólera en Marsella á un maestro ilustre, sabio y laborioso micrógrafo, que, por añadidura, tuvo á su cargo en 1855 un hospital en donde trató centenares de coléricos? Y conste que pudiera citar algún otro profesor que reune las mismas ó parecidas circunstancias.

Pero, en fin, si sucediera lo lógico, lo conveniente, dejaríamos de ser lo que somos, que no es poca ganga.

***

Dícese que un criminal de Barcelona recientemente capturado por una de sus fechorías, había logrado romper el cordón sanitario y penetró en España procedente de una población invadida del cólera. Algunos otros han entrado de matute, y supongo que no todos fueron aprehendidos, lo cual hace que yo pierda todo el temor al cólera. Cuando ya no vino, es porque no lo tuvo á bien; acaso nos desprecie. ¡Dios lo quiera!

***

Es indudable que con la terminación del asunto de la Necrópolis, que se iba haciendo pesado, gana la higiene y las familias de los difuntos; las sepulturas resultan á precios reducidos. Pero en cambio el viaje sale más caro y fatigoso; los albaceas habrán de proveerse de botijos como para ir al cantábrico en tren de *recreo*.

Conozco yo un individuo algún tanto avaro, que próximo á fenecer, ha emprendido la marcha hacia el Camposanto de nuevo cuño *pedibus* andando.

por ahorrarse unos céntimos, de paso se despedirá de los amigos, que saldrán á las Ventas.

***

Tenía yo al Dr. Mendoza como hombre de buena fe y sobre todo amante de cuantos fuimos en tiempos no muy lejanos á oír sus explicaciones, que me parecieron buenas y originales (yo no soy de los que por deprimir al preopinante, encuentran siempre en los autores las ideas que este expone); imaginé que D. Antonio enseñó al concurso médico que se reunía en San Juan de Dios todo cuanto de notable contiene la Bacteriología, y sin embargo, ¡oh decepción! hoy veo que apenas si en aquellos días nos dijo algo notable en comparación con lo que enseñó á unos personajes en su mayoría extraños á la ciencia.

Según un periódico noticiero, el señor Mendoza mostró la otra noche bacterías como cangrejos, como medias lagartijas (partidas no sé por dónde), microbios cual correderas de cien patas, como galápagos, como peces escamosos, como orugas, como canutos, á manera de gafas y otras mil lindezas propias de una fauna antediliviana.

Hombre de Dios, ¿tan poca confianza tenía V. en nuestro valor que creyó no podríamos resistir un espectáculo tan imponente como esta colección de *alimañas*, ni que pudiéramos ver con tranquilidad el serio acto de horadarse una bacteria para luego derrumbarse?

Pues bien; por ser V. tan reservado con los médicos, éstos se enfadan porque V. los pospuso á un público tan extraño á la ciencia como influyente en los destinos públicos.

Por mi parte no me meto en dibujos, ni me hago eco de ciertas especies; cada cual obra con arreglo á lo que más le conviene; pero yo, en su caso, hubiera procurado corregir las cuartillas en que se daba cuenta de la sesión célebre para que el artículo no resultara ridículo ni oliera á cierta cosa de que no es V. capaz, Sr. D. Antonio.

***

Siñá Grigoria, no hay para eso como la sanguinaria y la raíz de caña. Como que el cólera es una inritación del intestino que coge sofocación con los pinchazos de los miconios; disminuyendo la sangre....

Quiá, si no es eso, siñá Faustina; me dijeron los *apóstoles* que el que tiene el cólera es como una pera que se agusana, solo que á nosotras nos entra por... pues, con unos tapones, asunto concluído.

Hay que proveerse de tapones, efectivamente, pero para no oír las sandeces del vulgo ni las que proceden de la erupción de epidemiólogos que venimos padeciendo.

DR. DOGRESAN.

LAS FIGURAS DE MI GALERIA

EL DR. LÓPEZ GARCIA

Nuestro dibujante presentó en la visita anterior á dos renombrados micrógrafos extranjeros en forma de gallos peleadores; hoy se le ocurre poner á dos españoles que cultivan ese estudio en la forma y modo que VV. podrán juzgar si pasan la mirada por nuestros dibujos.

Pocas veces hemos colocado en nuestra galería con más gusto otra figura que la de D. Leopoldo López; si EL DOCTOR SANGREDO ha de cumplir la misión

que se ha impuesto, justo es que procure dar á conocer, en la medida de sus fuerzas, á personas de tanto mérito y de tanta modestia, como el español más entusiasta de Ranvier.

Fray Modesto no llegó nunca á prior, dice uno de los pocos refranes que no mienten, y Leopoldo López García no llegará nunca á ser tan conocido como merece su valer real, si no se desprende del encogimiento á que su carácter le condena; hoy que tanto bombo y platillos se da á cualquier quídam que sin más mérito que la audacia y el desprecio con que mira los trabajos ajenos deslumbra á los necios que no ven dos dedos más allá de sus narices, pasa poco menos que desapercibido un hombre como López García, y sin embargo, en la modesta esfera en que vive está prestando un servicio de grandísima importancia á la Medicina española contemporánea.

Entusiasta por la ciencia, se dirigió á París apenas terminara su carrera, y en la capital de la vecina república visitó los más célebres laboratorios de histología recibiendo lecciones de las eminencias de esta especialidad. A su regreso á España, y con toda la grandeza de miras del verdadero hombre de ciencia, procuró enseñar cuanto aprendiera á sus compañeros, abriendo un laboratorio de grandes analogías con el establecido en Francia por Latteux, y en el que muchos jóvenes que han terminado la carrera amplían la técnica del microscopio.

D. Aureliano Maestre-de San Juan, catedrático de Histología, de cuya ciencia es el fundador en nuestro país, considera mucho á nuestro biografiado, reconociendo en él un mérito que tal vez no consideren en todo su valor la ignorancia y la envidia. El sabio maestro que siente tanto entusiasmo por la juventud que vale, no había de mirar con indiferencia á un joven tan aventajado y modesto como López García, que no se limita á trabajar en su laboratorio y á exponer en las Academias sus trabajos, sino que por la prensa periódica y en notables folletos difunde el resultado de sus meditaciones y trabajos.

D. ANTONIO MENDOZA

Nos propusimos dar á conocer en nuestra galería humorística todo lo bueno, todo lo notable y todo lo que, aun sin serlo, llamara por cualquier concepto la atención en el florido verjel de las ciencias médicas; creemos haber cumplido nuestros propósitos y que no faltamos á ellos con la silueta de D. Antonio Mendoza, de quien en números anteriores nos hemos ocupado.

En realidad, poco nuevo podríamos decir de su biografía á nuestros lectores, pues los datos más salientes de su vida ya han sido expuestos en estas columnas, con motivo de las conferencias que dió, al terminar el año académico, en el hospital de San Juan de Dios. Poco amigos de incomodar á nuestros abonados con repeticiones, siempre molestas, nos referimos á cuanto hemos dicho ya del Sr. Mendoza, esperando el fin de las comenzadas conferencias para ocuparnos de él con alguna extensión, lo que, si nos cumple sus promesas, no ha de retardarse mucho tiempo con gran satisfacción por nuestra parte.

UN RETO CIENTIFICO

¡Bien, hermano Vinader, bien; es V. un valiente!

Nunca puse en duda que fuese V. un médico notable y estudioso; pero jamás le creí capaz de demostrar su ciencia con la convicción y energía, que admiro en su artículo «Reto científico.»

¡Es mucho artículo aquél! No tengo el honor de conocerle personalmente, pero juraría, á juzgar por el escrito, que es V. de los que tienen tres pelos en el corazón, como diría Fernández y González.

Con sus numerosos escritos (porque eso sí, es V. muy laborioso), venía yo almacenando entusiasmo por V., y cuando ya tenía buen acopio, viene su *reto* á poner el colmo á mi admiración.

Si le diera á V. la idea de poner en música el escrito, alcanzaría sin duda tanta popularidad como el himno de Mambrú ó el

«aquí está *Zamacoá*
¡ah! ¡ah! ¡ah!»

Cuidado con el arrojo que V. gasta, compadre.

¡¡Un médico solito desafiar á todos los contagionistas!!

Este acto de intrepidez me recuerda aquel pasaje de «non fuyades, malandrines, que un solo caballero os espera...»

Por la bizarría con que lanza V. el reto, merece todas mis simpatías.

¡Ahí es nada! Desafiar pública y científicamente, por supuesto, á cuantos creen que el cólera es contagioso.

Yo supongo que los contagionistas no contestarán, porque medrosillos de suyo, y mucho más ante un Alcides de la Medicina, se estarán arrinconados apretándose las bragas que con el dichoso reto se aflojaron.

Algunos de estos señores disculparán su cobardía con reticencias de mal gusto y frases como éstas:

—Bah, ¿quién va á hacer caso de un caballerito que sin ser sabio invita á los sabios á que se peleen con él?

—Si no sabe lo que es contagio, que estudie; si no conoce las conclusiones de los congresos de higiene ó no ha querido leer las opiniones de los más ilustres epidemiólogos, que se alivie. ¿Con qué derecho exige que discutamos con él?

Estas palabrotas claramente indican ¡oh ilustre Vinader! que son de guardarropía y apenas sirven para encubrir la poca confianza que los contagionistas tienen en sus falsos principios.

Que proclamen en voz alta sus teorías, que entren en la discusión á que usted les invita y entonces sabrán quién es Calleja.

Pero no lo harán. Para proceder de tal suerte se necesita tener mucha ciencia y bien templada pluma «ensis vera sapientis.» Y como ningún contagionista posee aquellas cualidades que V., con lujo, usufructúa, colijo que el palenque permanecerá desierto, pues que saben muy bien que, empezada la contienda, pronto el público habría de pedirle clemencia para los vencidos *police verso*.

Con cuánto brío científico exclama usted: *quiero discutir*, como quien dice: tengo hambre de camorra. *¡Væ victis!*

¡Y que los periódicos hayan desechado varias veces los escritos del Sr. Vinader!... Esto clama al cielo.

Cuando supe esta indignidad me ahogaba la pena.

Cabalmente los escritos del Sr. Vinader son tan notables y tanto me deleitan, que cuando los leo me sucede lo que á Sanchica, que se le fueron las aguas sin sentirlo de puro gozo.

A Dios gracias, encontró V. un periódico verdaderamente imparcial que le ha prestado tierra en que clavar el pen-

dón del anticontagio, y yo espero que hará V., querido amigo, proezas hasta acogotar á sus contrincantes, sin dársele un ardite de los denuestos de nuestros enemigos, que no serán más que desagües del cerebro por el canal de la parlería, según dijo Virrey.

Nada, extiéndase V., extiéndase sin miedo, y aunque los contagionistas se anonaden y no parezcan por ninguna parte, no cese un punto en el benéfico propósito de demostrar á la humanidad el error en que vive tocante al cólera.

Nada valgo y poco sé, pero quiero pelear á sus órdenes, que con tan buena dirección los reveses se convertirán en lauros.

Yo tenía formada opinión muy contraria á la de V., oh sabio maestro, acerca del contagio colérico; tuve la debilidad de creer en el microbio y otras nimiedades por el estilo; pero ante la valentía con que V. pide la quimera científica y el desenfado con que expone sus convicciones, dije para mi capote: «de este es la razón,» y me pasé á su bando con armas y bagajes. ¡Como que me entusiasman los hombres ternes!...

Mi adhesión á sus ideas se viene preparando desde aquellos escritos en que tantos conocimientos demostró V. en Mitología, utilísimos, en mi sentir, para todo hombre, y mucho más si este es médico.

Acaso alguno se ría de esta opinión; pero yo lo creo así y *laus Deo* (1).

Lo de «en el terreno frío y *calmoso*» y aquello de «las baterías de ataque y defensa,» me convencieron de que es V. un higienista de primera fuerza. ¡Picarín, cómo sabe V. demostrar incidentalmente sus conocimientos en agricultura y táctica militar!

(1) Por esta cita notará V. que no soy rana.

Por fin, que es V. todo un hombre, todo un sabio, y quiero combatir á su lado por participar de la gloria.

Al efecto, y para que mi ignorancia no discrepe tanto de su ciencia, me he aprendido de memoria algunos escritos del Sr. Gordillo (1); trozos escogidos de los artículos de Santero en *El Correo;* algunas frases del Sr. Palacios, y particularmente la definición de contagio de Th. Wilis, por si á V. se le ha olvidado, y que dice:... *vis illa est vel activitas qua affectus quispiam residens in uno corpore sui similem excitat in alio, per inmediate vel mediate contactum et ad distans.* (De feb. cap. XII.)

También sé de coro la sinonimia del azote indiano, según A. Delmás, y con arreglo al lexicón de Castelli; he inquirido respecto á la naturaleza del cólera que es semejante á la ira y contraria de la mansedumbre. Con estos y otros muchos conocimientos que iré adquiriendo, tal vez pueda ser á V. útil, y si es así, veremos quién se atreve á sostener que el cólera es contagioso, que se propaga del hombre al hombre (y á la mujer) directamente ó por medio del agua, las ropas y utensilios de los atacados y otras mil lindezas propaladas por los sabios de dublé, ora sueltos, ora amontonados en asambleas, congresos ó academias.

A luchar. ¡Dónde están los contagionistas! ¡Brrrr...!

Una duda me asalta, maestro; ¿es lo mismo cólera que *Cholera?* Sírvase V. decirme lo que haya sobre el particular.

Doy á V., Sr. Vinader, las gracias de

(1) No aludimos á un industrial de obra prima, muy conocido en Valencia, en donde hay un alemán.

todo corazón por las nuevas opiniones que V. ha infundido en mi espíritu merced á su lógica y elocuencia, doile un apretón de manos y exclamo llena de ardor bélico: *ad arma* (1).

Su segura servidora Q. B. S. M.,

LUSCINDA PROTOPLASMA DE SANGREDO.

P. D. Si se diera el caso (que pudiera darse) de que lanzara V. otro recto semejante, le aconsejo que le clave en un pino, como se hace en *El Molinero de Subiza*, según costumbre de los antiguos;... eso viste mucho y asusta más.

FANTASIA COLÉRICA

(ARTÍCULO DESINFECTANTE.)

Pues, señor, al microbio no le llegará la camisa al cuerpo; pero á mí tampoco.

A él, por miedo de que encontremos con qué pararle los pies; yo, por temor de que éstos sigan corriendo y se dirijan á España.

Confieso que es denigrante para el rey de la creación preocuparse tanto del mísero infusorio y temerle, que es más.

Si hubiéramos de medir nuestro miedo y la importancia del bicho por los escritos que se le disparan, creeríamos se trataba de un horrible mónstruo de veinte colas.

Y sin embargo, no puede ser más pequeñuelo; como que tan sólo contadas personas le han visto, sin haberse podido poner de acuerdo tocante á su forma, costumbres y traje.

En tanto que unos le pintan como un sér inofensivo, otros le suponen armado de ganchos para agarrarse á la ropa de los transeuntes que han de ser sus víctimas; quién le cree producto indiferente de la enfermedad; cuál describe sus evoluciones traidoras y andar cauteloso, para sorprender franco el orificio por donde penetra en el recto.

Total: que el microbio finge diversos estados, ó que no le conocemos aún.

En cambio, el bacilo feroz, nos conoció sin duda.

Me consta que el perverso germen dedica gran parte del día á leer periódicos y folletos que tratan del cólera. Y en verdad que se preocupa algún tanto al ver la tenacidad con que los hombres se proponen la exterminación del microbio.

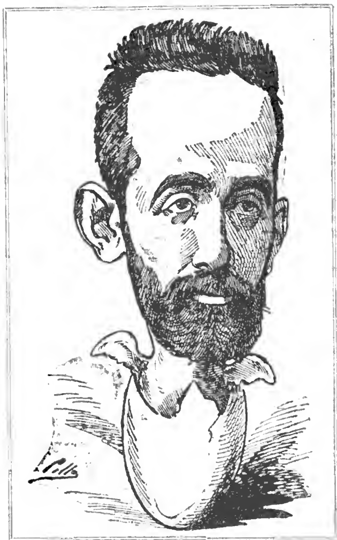
Si él pudiera volverse á su país, ya lo hubiera intentado; la vida es más agradable entre hombres nada curiosos como los indios, que entre europeos que no dejan en paz al bacilo con sus cristales y reactivos. Y lo cierto es que esta fiscalización constante es ridícula, como dice una eminencia que muchos de mis lectores conocen; porque si los infusorios son la causa del cólera, no viene á cuento el pasarse horas enteras observando sus funciones, nada correctas, y contando los nudos que llevan en el rabo; con expulsarlos del cuerpo basta; si los bichitos no son causa de la dolencia, el microscopio huelga.

Pero vaya V. con reflexiones á estos micrófagos tercos y pacienzudos como chinos.

Apesar de las persecuciones de que son objeto los microfitos, se ríen grandemente cada vez que leen los estrepitosos bombos con que anuncian sus folletos los epidemiólogos de ocasión, y sobre todo, cuando se enteran del estado de nuestros lazaretos, del modo de verificar las visitas higiénicas y de los

(1) ¡Digo, si estoy al corriente de las lenguas difuntas!!

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. LÓPEZ GARCÍA.

Roto ya mi cascarón
y con ansias de volar,
aturdiré á la nación...
¡si consigo pelechar!

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



D. ANTONIO MENDOZA.

Pienso ser sabio profundo,
y que logre ó no mi empeño,
embebido en lo pequeño,
nada hallo grande en el mundo.

médicos encargados por el Gobierno para atajar el paso á la epidemia.

Esta consideración me pone en el caso de recordar á los impenitentes escritores, que el mundo de los infusorios se divierte á costa de tantos disparates como se propalan.

Somos de masa tal los españoles, que si un día pasara por nuestra atmósfera un cometa desconocido, le saldrían al camino millares de libros y folletos en que se discutiría su origen y naturaleza.

Somos oportunistas; y es que vemos con frecuencia dar el título de eminente, en un ramo del saber, al que tuvo constancia y frescura para apellidarse así con anticipación.

Por desgracia, este prurito de esgrimir la pluma reporta escasísimos resultados para la salud pública.

***

La prueba de lo inútil y ridículo de este chaparrón de escritos que nos abruma, es la multitud de remedios que en ellos se pregonan contra el cólera; Bacon dijo que la muchedumbre de medicamentos en una enfermedad, de la ignorancia nace. En efecto, todos reconocemos lo deficiente de nuestros conocimientos acerca del azote indio, y, apesar de ello, es muy común ver cómo los articulistas ofrecen acabar con la peste por medio de sus consejos y menjurges.

Pudiera ser, muy bien, que la falta de método en las investigaciones explicara nuestra ignorancia en lo concerniente al cólera indiano.

La naturaleza, la esencia íntima de este terrible proceso no está fuera de duda, *adhuc subjudice lis est*, y sin embargo, la cosa es de lo más sencillo encaminando rectamente la inquisición, no estraviándonos por las ramas.

Intentémoslo.

Analizando la etimología del nombre más frecuente de la peste del Ganges, encontramos la solución al problema de su origen, naturaleza y antigüedad.

La palabra *col-era* nada dice respecto al porvenir de la dolencia, pero claramente expresa que la causa productora hubo de ser un vegetal de la humilde familia de las crucíferas, y que si al presente no es *col*, por lo menos será una planta más ó menos degenerada. Y aquí tenemos, con poco esfuerzo, dilucidada una cuestión, fuente, aún, de peleas entre los higienistas.

Interpretando ahora el kilométrico nombre, *cólera morbo asiático*, con ayuda de los Lexicones antiguos, llegamos á la conclusión de que no se trata sino de una enfermedad pretérita de la *col* asiática, ó mejor, del fatal resultado de comer coles asiáticas enfermas.

El microscopio ha venido á dar el asentimiento á tal interpretación; pues tan vegetal es el *bacilo* como la col; la cuestión es de tamaño, y sabido es que el más ó el menos no cambia la esencia de las cosas.

Alguno creerá exagerado cuanto vengo diciendo, y me acusará tal vez de partidaria de la excesiva antigüedad del microbio; pero adviértase que en el presente artículo no aspiro á hablar por cuenta propia, sino á interpretar las opiniones del *bacillus* en determinados asuntos, con la Higiene relacionados.

***

Bien sé que las bacteriáceas del cólera no se atreven á afirmar que los antiguos conocieron esta dolencia con los mismos caracteres con que hoy se

presenta, pero no toleran que nadie les niegue su vetusta presencia en el cuerpo del hombre, en cuya circunstancia cifran gran parte de su orgullo.

Los caracteres particulares y desoladores de que se revistieron algunas de las cuarenta y cuatro epidemias que según Morales, Zurita y Florián de Ocampo afligieron á la España antigua; la posibilidad de traer la epidemia del Ganges los ejércitos de Alejandro, y la observación que, en el libro V de las Epidemias del anciano de Cos, se encuentra referente á un enfermo llamado Ateneo, atacado de vómitos, deyecciones blanquecinas, calambres, rigor y fúnebre semblante, son, entre otras, las trincheras en que defiende el microbio su antigua venida á Europa.

Posible es que no se hablase en aquellos remotos días del cólera como enfermedad epidémica, ya porque no se presentara con aquel carácter, ora por la falta de comunicación entre los médicos de los diversos países; pasa también el microbio por aquella opinión que supone que los antiguos sólo describieron el primer período del cólera; todo menos renunciar á su antigüedad.

Aquellas magistrales palabras: *vomitus dejeccionis, sisti non poterant; crura manusque contrahuntur, ánima deficit; urget sitis; alvique dejeccionibus; frigescentibus estremitatibus; facies alterata; pulsus minores et obscuriores*, etc., pronunciadas por Celso, Hipócrates, Isbrando, Traliano, Lucas Tocci, Castelli y otros al tratar del cólera-morbo, son bastantes para apoyar las pretensiones del baccilo y mucho más si á la anterior y compuesta definición se añade la serie de nombres que la enfermedad recibió, que indican á la legua que tan dilatada sinonimia no es obra de poco tiempo.

Pero la prueba inequívoca de que el azote indiano fué la preocupación de los antepasados, en opinión del micrófito, es la siguiente: «el cólera es una enfermedad agudísima que, frecuentemente, en un solo día, pone fin á la vida del enfermo.» (1) Y también la frase de L. Tocci en la pág. 182 del tomo primero de su «Opera omnia,» que dice: *indeque choleram morbum oriri*.... y que un alemán, de los que herborizan en España, la traduciría de esta suerte: «y en la India nace el cólera morbo.»

Empero, sin recurrir á estos pasages, más ó menos dudosos, supone el micrófito, á quien represento, que el cólera existió *ab initio*, en las vertientes del Himalaya; que en ocasiones visitó á los antiguos pueblos; que en la edad media apareció en forma de epidemia *antumnal*, como observó Sidenam, Lázaro Riviere, Wander Heyden y algún otro, y por fin que en estos últimos tiempos adopta carácter grave y epidémico.

Esta opinión, defendida por A. Dalmas, es la que más satisface al engreído micrófito. Y conste que yo ni debo ni pago en esta cuestión, sólo me convierto en intérprete y apunto los anteriores datos por si le sirvieran á un maestro que no tiene pelos en su apellido, y que según me dicen, está *elaborando* un folleto *despampanante*, como todo lo suyo.

***

Pero, ¿en qué quedamos; es lo seco y cálido, ó lo húmedo y frío lo que acaba con el germen colérico?

¿Es el agua el antídoto del veneno asiático, ó es su mejor vehículo de propagación?

---

(1) Lexicon medicum. B. Castelli. T. I, página 205. Patavii, 1755.

¿Entra el microbio por el cuero ó por el recto?

¿Ponemos en salmuera al colérico, ó le sumergimos eu zumo de limón?

¿Daremos la preferencia á los globulillos de chamomila ó esperamos el *similia* del cólera?

Aun no se han puesto de acuerdo los autores sobre estos puntos, lo cual trae á las gentes preocupadas é intranquilas.

Conozco personas que, por temor al microbio, andan por esas calles en deplorable estado á consecuencia de no haberse lavado en un trimestre; por idéntica razón hay quien se mantiene con alimentos secos, como trigo soleado y frito, guijas de priucipio y se va generalizando el uso de extracto de cepa para sofocar al baccilo.

En cambio, otros se dedican con pasión al protóxido de hidrógeno, naciendo de estas antítesis profilácticas temor y desconfianza grande en la ciencia médica.

Mayor y más triste es la anarquía que reina en el tratamiento del cólera; no parece sino que cada cuál se propuso inveutar un remedio. ¡Y qué modo de aconsejar medicamentos!

Con sus correspondientes golpes de bombo y platillo, hay quien asegura que por medio de la electricidad se cura el cólera; en tal caso, los micrófitos fallecen haciendo muecas; otros recomiendan los cauterios en el abdomen, quién preconiza la 164.ª disolucióu de fécula á dosis miligramáticas, considerando cada cual como único salvador, su régimen terapéutico.

Entiendo que este pugilato produce en los microbios vivos deseos de acercarse á nosotros y reirse de los valientes y sabiondos epidemiólogos de ocasión.

Por lo demás, paréceme que el tratamiento húmedo no hace más que obligar al baccilo á nadar con vejigas, y el seco á mancharse de polvo el traje.

***

Andando el tiempo, forzosamente habrán de convencerse los médicos que, en punto á terapéutica colérica, como en otros análogos, no conviene descuidar:

1.ª Que «*á Domino est omnia medela*;» (G. Vázquez.)

2.ª «...*Vero orandus Deus ut artem non contemnas*,» que dijo Vallés;

3.ª «*Pro quovis morbo est una vel herba satis*,» según Zuvelser;

4.ª Que el cuerpo de un colérico es un jardín accidental de pequeñísimas plantas;

5.ª Que no pudiendo impedir la vida de estas algas de un solo golpe, una vez desarrolladas, son lógicos los antisépticos, los medios que tienden á disminuir las pérdidas acuosas del enfermo, y los que favorecen la reacción; y

6.ª El verdadero aislamiento, la limpieza y el fuego, constituyen la mejor profilaxis.

Las tres primeras advertencias, que trascribo en leugua latina para que las traduzca el alemán que descubrió el *gancho* del microbio, tienen por objeto disminuir la vanidad de los médicos; las tres restantes pudieran servir de base á una serie de medidas altamente provechosas.

Porque, no hay que hacerse ilusiones; ¿qué ventajas ha de traer á la salubridad pública las ridículas visitas domiciliarias, careciendo de ropas, botiquines y hospitales? ¿No es cosa que causa risa pretender aislar el cólera en edificios ruinosos, antihigiénicos, desprovistos de aparatos de desinfección, y en

donde se comunican los sospechosos con los invadidos, los que llegan con los que salen?

¿Qué reglamentación existe que ofrezca garantías para el caso de una invasión colérica? Nada, ó muy poco; porque en este país se olvida frecuentemente que si es bueno conjurar conflictos, es más conveniente evitarlos, misión elevada, propia de la Higiene, que representa en la salud el *caveant consules* de los romanos.

LUSCINDA.

¡Ay...!

Triste y cariacontecida
la hermosa Laura se encuentra,
y es lastimoso, en verdad,
ver el rostro de la bella
empañado por las nubes
que forjan ocultas penas.
Un pañuelo de batista
á sus negros ojos lleva,
para empapar unas lágrimas
que codiciosos bebieran
mis labios en aquel cáliz
que cría tan lindas perlas.
En la lujosa otomana
más se tiende que se asienta,
como dando á demostrar
el dolor que la molesta,
dirigiendo la mirada
de cuando en cuando á la puerta,
que, al fin, da paso á una dama,
á quien impaciente espera.
Después de darse mil besos
y decirse mil ternezas,
la entrante coge una silla
y junto á Laura se sienta.
—¿Qué es lo que tienes, amiga?
¿Estás mala?
—Y muy enferma.
—¿Y qué sientes?
—Un divieso
que en tal modo me atormenta,
que me da tales punzadas
que hasta el corazón me llegan.
—¿Te ha visto el médico?
—¡El médico!
¡No lo mientes! ¡Qué vergüenza!
—¿Pero por qué, amiga Laura?
—¡Ay, Lola! ¿Si tú supieras?
—Pues no veo en qué te fundas.
—Ni yo tampoco quisiera;
pero el maldito divieso
tuvo una elección perversa,
y salió...
—Ya lo adivino.
¡Já! ¡Já! ¡Pues no eres tontuela!
—¿Y te ríes?
—Está claro
no comprendo tu vergüenza;
médicos y confesores
no son hombres.
—No lo creas;
mi médico es muy buen mozo,
joven de excelentes prendas;
tengo en él gran confianza,
mas no dejaré que vea
lo que... ¡La virgen me valga!
¡si está en un sitio!
—¡Pamema!
¿Quieres que te recomiende
al mío? Te daré señas:
es un señor respetable
que ya cumplió los sesenta.
—Cuánto te agradezco, Lola,
y aun más te lo agradeciera
si anunciases mi visita
á ese doctor, cuya ciencia
reclama este mal perverso,
que tan fiero me atormenta.
—¿Y es hábil?
—Como muy pocos;
ya verás qué bien te opera.
—¡Tengo un miedo!
—¡Quita allá!
¡por un golpe de lanceta!
Y después de otro ratito
de conversación amena,
se despiden las amigas
y queda sola la enferma.
A eso de la media tarde
se dirige nuestra bella
á la casa en que su amiga
dijo que el doctor viviera;
pero próxima al lugar,
el número no recuerda,
y ya está determinada
á dar á casa la vuelta,
cuando un dolor agudísimo
la hace perder la paciencia.

—No volveré hasta encontrarle
—dice;—quien pregunta llega.—
Y se dirige á un portal
de muy lujosa apariencia.
—¿Vive el doctor...?
—Sí señora—
la interrumpe la portera
sin dejarla concluir; —
entresuelo de la izquierda:
no tiene usted que llamar,
está la mampara abierta.
—Gracias, señora—repone
Laura al subir la escalera.
En el primer descansillo,
un lacayo con librea
la introduce en una sala
amueblada con riqueza;
pero que llena de espanto
á Laura; hay allí alacenas
que de instrumentos extraños
y brillantes están llenas.
Absorta estaba mirándolas,
cuando un caballero entra
y la dice:
—Usted dirá
qué es lo que de mí desea.
¿Viene á operarse?
—¿Le han dicho...?
—Se adivina; bueno fuera
que después de tanta práctica
el dolor que la atormenta
y que revela esa *fascies*
se escapara á mi experiencia.
—¿Y será rápido?
—Al punto;
pocos habrá que en mi ciencia
me aventajen operando
en rapidez y destreza;
cojo el instrumento y.... zás
es más pronto que se piensa.
—Pues vamos.
—Siéntese usted.
—¡Sentarme!
—Claro.
—Usted crea
que es imposible.
—No importa;
póngase usted como quiera;
de cualquier manera opero.—
Laura entonces, con presteza,
ocultando con las faldas
su poblada cabellera,
le muestra el cuadro más bello
que creó naturaleza:
el hombre se queda estático,
que nunca sus ojos vieran
hemisferios tan robustos
ni tan hermosa presencia.
—Vamos, doctor, ya estoy lista;
opéreme.
—Bien quisiera—
dice el pobre balbuciente;—
pero el miedo no me deja.
—¡Miedo! ¿Y es usted doctor?
¡Jesús! ¿Y quién lo creyera?
—¡Y en medicina dental!...
Laura, que al punto penetra
su grave equivocación,
se levanta y le denuesta.
—¿Por qué se llama doctor?
¿Por qué engaña á la inocencia?
—Yo no miento: tengo un título...
—Le tendrá de sacamuelas.

DR. ESE.

O TERROR DOS MICROBIOS

Había en un país, no muy civilizado, antiguo, lleno de curas de trabuco, partidas, sabios de guardarropía y otras menudencias, cierto doctor *hiponitrico*, ó como si dijéramos del ochavo moruno, que lo mismo componía ternísimos versos al cobalto y hacía lanzar quejas y endechas al ácido sulfúrico, *mal ferido de punta de ausencia* de la señora potasa, que descubría el cloro incoloro, la acción *ozonizante* del mismísimo granito y el inmenso poder de su melíflua elocuencia en esto de cazar comisiones para estudios que nunca se hicieron ni se harán en todo lo que resta de vida al planeta.

No importa para nada—ni he de decirlo yo, ¡pobre de mí!—que el cloro incoloro resultase ser el mismísimo ácido clorhídrico, que no hubiese *ozonizadura* ni tales carneros. Mientras quedaran en pie versos y hubiese *perros* para hacer ácido hiponítrico, la patria estaba salvada.

Sucedió, pues, que á ciertos microbios, que son gente extranjeriza, de malas intenciones y muy amiga de meter bulla

y armar motín, se les ocurrió pronunciarse y armar una de cólera, que ni la de San Quintín. El buen doctor hiponítrico, lleno de abuegación, rebosando generosos sentimientos, desinterés y valor, afrontó la situación. Aspirando tan sólo á cierto premio de veinte mil duros, cogió y fuese á los microbios y díjoles con denodado acento, alzada la visera y dispuesto al singular combate:

—Non fuyades, cobardes malandrines, que un solo hiponítrico es quien vos acomete. Voto á mis maestros Liebig, Dumas, Wurtz, Will, y mi amigo Hoffman, que me las habéis de pagar todas juntas. Sí, que iré á vosotros, follones, y he de hacer que probéis la eficacia de mi gas de ochavos; no ha de quedar uno para contarlo. Y hablando en verso, añadía:

No me ha de quedar ninguno
de los microbios que encierra
el ámbito de la tierra.

Al llegar aquí, alzó la voz, y echando atrás la melena, continuó el reto:

—Aunque seáis más que los Scitas y los Galos, á todos desafío, á todos venceré, y con vuestros viles despojos iré á mi Dulcinea (léase cátedra) y diréle: «Estos son, señora mía, los gigantes microbios, á quienes venció en singular combate el nunca bastante alabado y ponderado doctor *hiponitrico*.

Para mejor conseguir su objeto, fuese al campo de los microbios, los cuales recibiéronle matando á más y mejor escogida gente: él clavó su cartel en una famosa lanza, frente de otros muchos, á fin de que los jueces del campo midieran y apreciaran sus armas antes de entrar en la batalla, y esperó

Tranquilo y satisfecho,
como el atleta de luchar cansado.

Eran jueces del campo los Sres. Gosselin, Vulpian, Richet, Pasteur, Paul Bert, Charcot y otros. Este Charcot examinó todas las armas mayores y menores y dijo que de ellas treinta y siete estaban escritas por personas ajenas á la Medicina y á las ciencias biológicas, que contenían candideces y tonterías capaces de hacer reír si el asunto no fuese de por sí muy serio.

Por cuya razón
con gran desazón
y mala intención

los microbios, llenos de espanto al aparecer en periódicos multitud de estos sueltos que hemos dado las gentes de buena intención en llamar piadosamente bombos, encomiando las excelencias del doctor hiponítrico y su específico, volvieron á las andadas, rodearon á aquel que creyeron antes sabio, y girando rápidamente en torno de él, cantaban:

Usté no es ná,
usté no es ná,
usté no es chicha
ni limoná.

DR. OX.

el de la ciudad oxhidrogenada y sin ácido hiponítrico.

TOTUM REVOLUTUM

Un nuevo periódico, de forma elegante, buen corte y excelente fondo, ha visitado nuestra redacción.

Parece hermano gemelo de *La Madre y el Niño*, y con lo dicho basta para comprender que es su fundador propietario Tolosa y Latour, á quien felicitamos cordialmente por su laboriosidad y buen gusto. Se titula *El Hospital de Niños*, y figura al frente de esta revista de paidopatía nuestro respetable amigo el doctor D. Mariano Benavente, á quien la mejor parte de la juventud médica que se dedica á esa especialidad reconoce hoy como maestro y jefe indiscutible.

***

He aquí lo que hacen algunos médicos, según leemos en *La Correspondencia*:

«El acto más grande de abnegación realizado á bordo del *Gijón* en la funesta noche del 21 de julio fué, á no dudar, según las noticias que por buen conducto hemos recibido, el llevado á cabo por D. Segundo Manterola y Alvarez, médico del barco que ha servido de féretro á tantas víctimas.

Este valiente joven, que apenas contaba 32 años, se negó á salir del *Gijón*, apesar de la insistencia de los marine-

ros para salvarle, contestando á los ruegos y súplicas de éstos que, antes que su vida, era la de todos aquellos desgraciados próximos á perecer por falta de botes.

Un rasgo de esta naturaleza no tiene precedentes si se atiende á que la víctima de este heroico sacrificio no tenía obligación de permanecer en el buque ni mucho menos que cubrir ninguna responsabilidad.»

El Sr. Manterola, y Alvarez, sacrificando su vida movido por un sentimiento de humanidad que afortunadamente no escasea en nuestra clase, es mil veces más héroe que el militar que al frente de fuerza armada muere matando en los campos de batalla.

***

Un relojero vende públicamente un específico anticolérico.

Es de creer que los farmacéuticos que pagan contribución entreguen el subdelegado del distrito al citado maestro relojero para su recomposición.

Porque buenamente pensando, la persona que no vigila tales excesos, debe tener rota alguna rueda.

***

El ilustrado médico, consecuente político y nuestro compañero en la prensa D. Ladislao Valdivieso, ha sido nombrado delegado especial del Gobierno para dirigir la instalación del lazareto de Puigcerdá, é inspeccionar en dicho punto el servicio de cuarentenas.

Felicitamos al Sr. Valdivieso por su honrosa comisión, que seguramente desempeñará con acierto.

Durante su ausencia le reemplaza el Sr. Alegría en la dirección de nuestro colega *El Jurado Medico*, donde por lo visto no faltan motivos de contento.

***

Y apropósito de *El Jurado Medico-Farmacéutico.*

En su último número publica un notable artículo titulado *¡Por ahí, Sr. Ministro de la Gobernación!* sobre cementerios, con el que estamos perfectamente de acuerdo.

Hora es ya de que la conveniencia del pueblo y los intereses de la salud pública se sobrepongan á otros particulares que bajo máscaras políticas ó religiosas desarrollan en provecho propio el más escandaloso mercantilismo.

¡Que nada hay que nos parezca tan repugnante como la explotación de la religión y la política! (1)

***

Yo soy una Memoria
que fuí á París,
porque mi autor soñaba
con los cien mil
francos del pico.
¡Qué horrible desengaño!
Me dieron mico.
Esto es inaguantable,
pues sé de cierto
que por intrigas ruines
no obtuve el premio
que merecía,
al decir: *Contra el cólera, baños de orina* (2).

***

De *El Fiscal:*

«En la carcel de mujeres
que hay en Alcalá de Henares,
donde gimen muchos seres
de virtudes ejemplares,
estalló el motín más fiero,
de proporciones horribles,
en contra del cantinero
y hasta de sus comestibles.
Tras un inmenso estrupicio
quedaron las detenidas
por dueñas del edificio
defendido con sus vidas.
Pero la Guardia civil,
simulando un novimiento
sobre la colonia hostil,
ganó el establecimiento.
Y sin cesar de gruñir
decía una carcelera:
¡No nos debimos rendir,
á lo menos sin sufrir
un par de cargas siquiera!»

(1) A última hora sabemos que la explotación corre el riesgo de no desaparecer.
(2) Histórico.

MADRID.—Imp. de M. G. Hernández, Libertad, 16.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

A. Gusserose. — *Sobre el carcinoma del útero.*

Acaba de publicarse esta monografía que pertenece á la «Colección de lecciones clínicas,» que con tanto éxito viene publicándose bajo la dirección de nuestro activo é ilustrado compañero D. Manuel Carreras y Sanchis.

La monografía á que nos referimos es breve, pero bastante completa, de mucho sabor práctico y con numerosos datos estadísticos. Resulta, pues, un escrito muy recomendable, como todos los que forman parte de la colección.

La traducción, esmerada.

⁂

Call Morros. — *Examen microquímico del ácido úrico.*

Con este título, y debido á la amabilidad de su autor, hemos recibido un folleto elegantemente impreso, de 60 páginas é ilustrado con profusión de grabados.

El contenido del libro constituyó el tema de un discurso pronunciado por el Dr. Call, en la Academia Médico-Quirúrgica, publicado luego en *La Revista especial de Oftalmología*, etc., etc.

El autor desarrolla su propósito dividiendo el trabajo en cuatro partes, siendo su principal mira el estudio microquímico del ácido úrico y sus variantes, fijándose en sus aspectos, circunstancias que influyen en su formación, procederes para ponerle de manifiesto, etc., todo lo cual consigue con acierto. Acaso se eche de menos la falta de aplicaciones clínicas; las consideraciones acerca de la variada acción patogénica del ácido úrico; pero si se tiene en cuenta el propósito del autor, las omisiones son lógicas y nada criticables.

Esta producción revela constante laboriosidad y erudición, cualidades siempre de gran estima y que resaltarian más si el autor hubiera empleado un lenguaje más suave y variado.

De todos modos felicitamos cordialmente al Sr. Call Morros.

⁂

Peset Cervera — *Experimentos verificados para mejorar las aguas del Turia.*

Tras de un estudio conciso, pero notable, del agua, bajo el punto de vista higiénico y químico, después de demostrar que las aguas del Turia, que se consumen en Valencia, no son potables, no sin haber demostrado el autor los vastos conocimientos en química que todos le reconocen, emprende la tarea de sustraer la mayor cantidad posible de grados hidrotimétricos que, como es sabido, están en razón inversa de la potabilidad.

El joven catedrático auxiliar parece haber conseguido su propósito valiéndose de las filtraciones á través de la *viterita* y el *polvo de ladrillo* dispuestos en capas.

No podemos entrar en detalles curiosísimos, en que abunda el folleto, ni menos juzgar definitivamente la gran utilidad que el proyecto pudiera reportar á la ciudad del Cid, pero no dudamos en asegurar que este escrito viene á consolidar la reputación justísima de que goza el Dr. Peset, por lo que le damos la enhorabuena.

⁂

Honssagrives. — *Tratado de materia médica.*

La justa fama de que goza el nombre de autor tan distinguido; la importancia suma de la obra; su modernidad y el comprender en el texto secciones completamente nuevas en el estudio terapéutico, aparte de la competencia y autoridad de Honssagrives en tales asuntos, son causas más que suficientes para que recomendemos este libro á todos los médicos y auguremos un grande éxito á una publicación que viene á llenar un vacío en la literatura médica; bajo este concepto merece aplausos «El Cosmos editorial,» que no perdona medio ni sacrificio alguno para presentar la última producción de Honssagrives, con excelentes condiciones materiales y grande economía.

La traducción está encomendada al ilustrado catedrático de Terapéutica D. Francisco J. de Castro, el cual ha escrito un extenso y notable prólogo, del que tendremos que ocuparnos con detención, pues que se sale de la esfera de lo acostumbrado, siendo más bien una exposición compendiada del concepto que el Sr. Castro profesa tocante á los más culminantes puntos de lo Terapéutica.

Felicitamos al Sr. Bala por su actividad y pericia, y auguramos que, de continuar así, pronto tendrá que llamarse Metralla ó Torpedo, segun la brecha que ha de abrir en el peculio de los médicos.

⁂

Ashurst — *Enciclopedia internacional de cirugía.*

Se ha publicado el 7.° cuaderno de esta importante obra. Casi todo este fascículo esta consagrado al estudio de la septicemia y sus modificaciones páticas, debido al Dr. Mauricio Jeannel, y que resulta un trabajo muy notable y digno de atención.

⁂

Vallin — *Tratado de los desinfectantes y de la desinfección, traducido al español por D. Federico Coll y del Amo.*

Se ha publicado el 4.° fascículo de esta obra, que como anunciamos en visitas anteriores, es cada vez más interesante; entre otras materias, se describen en este cuaderno las estufas de desinfección—de las que se presentan modelos acabados;—y con lo dicho basta para que se comprenda el interés que siempre, pero más en los momentos actuales, tiene este libro, útil á los medicos en general, é indispensable para los que desempeñan puestos oficiales en el ramo de sanidad. Debe el Sr. Coll apresurar la impresión de la obra, y remitir prospectos de ella á los Municipios más importantes del país, en la seguridad que los que se tienen por ilustrados, han de adquirir gustosos un libro de tan grande aplicación.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Habiendo cesado en su cargo de gerente de esta Revista D. Antonio García Hidalgo, en lo sucesivo toda la correspondencia se dirigirá al señor director de EL DR. SANGREDO, Atocha, 143, 4.°

De la administración queda encargado D. Julián Ortiz.

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 1.° SETIEMBRE 1884 VISITA 21

SUMARIO

TEXTO: Algo de la quincena, por el *Dr. Dogresan*.—Las figuras de mi galería.—Una comisión al extranjero, por el *Dr. Sangredo*.—Dos palabras al Sr. G. Gordillo, por *Luscinda*.—Una carta de Koch, por el *Dr. Ese*.—De cómo se acerca la felicidad de los médicos de partido, por *Luscinda*.—Totum revolutum.—Boletín bibliográfico.—Advertencia y anuncios (cubiertas).

GRABADOS: Dr. Serret y Dr. Ulecia, por Cilla.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

Calle de Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
Trimestre.....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año...... ...	10 »	Año....... ..	12 »	Año..........	18 »

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

Números atrasados de trimestres anteriores para los no suscritores, DOS PESETAS

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16,

1884

NUESTRAS FIGURAS

PUBLICADAS HASTA EL DÍA

Dr. Santero (papá).—Dr. Letamendi.—Dr. Encinas.—Dr. Creus. Méndez Alvaro.—Dr. Nieto y Serrano.—Benavente.—Dr. Castelo. Calleja.—Maestre de San Juan.—Marqués del Busto.—Dr. Campá.—Federico Rubio.—Ustáriz.—Dr. Pulido.—Dr. Rodríguez Méndez.—Tejada y España.—D. Juan B. Comenge.—Carracido.—Amalio Jimeno.—Gine y Partagás.—Del Toro.—Olavide.—Cortezo.—Dr. Esquerdo.—Dr. Losada.—Dr. Martínez y Molina.—Doctor Cervera.—Dr. Alonso y Rubio.—Dr. García Camisón.—Doctor Masoti Arroyo.—Dr. Varela Jiménez.—Dr. Cortejarena.—Dr. Vilches.—Dr. Espina y Capo.—Dr. Celestino L. y Adradas.—Dr. Pasteur.—Dr. Koch.—Dr. López García.—D. Antonio Mendoza.—Dr. Serret.—Dr. Ulecia.—Dr. Magaz.—Dr. Oloris.

EL Dr. SANGREDO.

REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

A LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 16 SETIEMBRE 1884. VISITA 22.



SUMARIO

ALGO DE LA QUINCENA

Es conmovedora la triste situación por que está atravesando Italia, y especialmente Nápoles, en donde el cólera hace horribles estragos, llegando á mil los atacados y á quinientas las víctimas en un solo día.

¡Quiera Dios librar pronto de tan terrible azote á un pueblo hermano del nuestro!

***

Natural es que nuestro Gobierno, al presenciar lo que ocurre en Nápoles y considerando la posibilidad de que el cólera nos visite, tome todo género de precauciones para retardar ó desvanecer el peligro.

Pero, no tanto ni tan calvos que se nos vean los sesos.

Si para evitar una peste se nos echa encima de los españoles una plaga horrenda representada por las arbitrariedades, vejaciones, gastos inútiles, hambre y demás cortejo que acompaña y procede del desbarajuste sanitario-administrativo de hoy, preferible es que se le franqueen las puertas á la epidemia y que venga y se cebe en nosotros estando rollizos y satisfechos.

Y como está demostrado que el desorden actual es incapaz de salvarnos del cólera, me parece muy del caso que el Gobierno cese en su táctica, desaprobada por todo el mundo, menos por los delegados coléricos.

¡Pero, qué cosas pasan en este país!

En toda época calamitosa y aflictiva siempre se impusieron los Gobiernos la caritativa misión de disminuir el pavor, ocultando las desgracias; hoy sucede en España todo lo contrario. Mientras la *Gaceta* lanza á los cuatro vientos los

casos coléricos *confirmados* y *sospechosos*, en algunas de las poblaciones infestadas (?), las autoridades y los pueblos en masa se empeñan en desmentir las notas oficiales, desacreditando por ende á los epidemiólogos de ocasión, entre los que se cuentan oculistas, escritores... de todo, menos verdaderos higienistas, salvo raras excepciones.

Eso sí, se dudará la índole de enfermedad que se observa en Alicante y Lérida; pero en cambio, se recibe á tiros á los viajeros; se establecen cuarentenas de quince y veinte días para todo pasajero; nos gastamos miles de reales en fumigar una casa, por consecuencia de un caso sospechoso, y se tiene *como á tal el fallecido por ruptura de un aneurisma.* ¡Cuánto orden y cuánta ciencia supone todo esto!

Pero en medio de todo, debemos consolarnos y confiar en la pericia y actividad de los nuevos centinelas de la salud, que, en su afán de precaver, han desinfectado en la frontera *un vagón cargado de ácido fénico...*

***

No se dice si los apóstoles «que tanto gusto dieron en la corrida anterior» han visitado al Ministro de la Gobernación para ofrecerle un plan terapéutico con qué aliviar á los enfermos de Elche y Novelda; pero sí se asegura que están en Madrid alojados como príncipes en una calle céntrica y haciendo de las suyas; es decir, repartiendo la divina gracia á lengüetazos y sobos. Convengamos en que la terapéutica es de lo más primitivo y perruno que darse puede.

¡También curan las oftalmías escupiendo á los ojos del enfermo!

Unos caballeros de este jaez que tan bien se ajustan á las circunstancias actuales, no deben ser perseguidos; así nosotros proponemos que á sus protectores se les mande á Leganés y se regale á los apóstoles un pico y un azadón á cada uno, obligándoles á invertir su santidad en los barbechos y en los desmontes.

***

Supongan VV. que media docena de médicos se reunen (lo cual no es extraño porque se les ve á bandadas, tanto abundan), y convienen en formar una Sociedad de seguros contra el cólera, pongo por caso, y dicen: todo socio que ingrese antes del 20 de setiembre pagará diez duros y tendrá derecho á ser asistido en caso de cólera; si ingresa después de aquella fecha, abonará veinte *rumbis* por dicha asistencia, y caso de no venir el cólera mejor; pierden los asociados el dinero. ¿Verdad que el negocio no es malito?

Me gusta este contrato porque me recuerda aquello de: «si se inutilizase un berrendo ó por causa de mal tiempo se interrumpiera la función, no tiene el público derecho á otra fiera ni á exigir el precio de las localidades.»

***

Es el caso que, como sabrán nuestros lectores, la Real Academia de Medicina se reunió en pleno verano, y á ruegos del Sr. Ministro de la Gobernación, con objeto de discutir y sentar las prescripciones en su juicio más idóneas para combatir la invasión del cólera, que en aquellos días tan solo existía en Tolón y Marsella.

Aquella docta corporación acordó, tras de algunas sesiones, admitir como verdaderas y oportunas, en las presentes circunstancias, las prescripciones redactadas por dicha corporación en 1865, con las alteraciones que ha creído convenientes.

Lo regular, pues, sería que el Sr. Romero Robledo tuviera en cuenta y sin dejar de la mano los consejos del cuerpo consultivo médico, reputado como el *ultima ratio* en cuestiones de esta índole; pero no señor, nada de esto ocurre, lo cual me obliga á preguntar: ¿con qué fin se pidió consejo á la Academia; para qué se quiso saber la autorizada opinión de tantos hombres ilustres, si al fin habíamos de terminar con mandar recetas por telégrafo de médicos hasta hoy desconocidos y á quienes seguramente les será más fácil buscar la popularidad entre el vulgo que la consideración entre los sabios?

***

Pero ¿quién se preocupa de estas irregularidades en estos tiempos cuando vemos que los verdaderos higienistas, los que entraron por oposición en el Cuerpo de Beneficencia general se les remunera con un sueldo mezquino y los advenedizos, los que no dieron aquellas pruebas de suficiencia, y algunos no darán de ninguna, gozan pingües retribuciones, fabricándose de paso una aureola popular que nunca debieron soñar por más que dicha aureola es de las que el viento y unas cuantas horas desvanecen?

***

Parece ser, por desgracia, que se afirma la existencia del cólera en Elche; si resultara cierta la noticia, debiéramos levantar una columna honorífica de sopas de ajo al pequeñuelo profeta de cara hosca que no hace mucho aseguró que el cólera no nos visitaría. Lo mismo hubiera podido asegurar que tenía el cráneo henchido de pipas de *cucúrbita*.

DR. DOGRESAN.

POR DONDE VIENE EL MICROBIO

AL EXCMO. SR. D. FRANCISCO ROMERO ROBLEDO

Ministro de la Gobernación

Excmo. Sr.:

Cuando tanto y tanto entrometido, sin más mérito que el valor que da la ignorancia de lo que se desconoce, se permite dirigir á V. E. consejos, advertencias y reparos, es disculpable que un hombre de pocas luces, aunque de buen deseo, someta desde su humilde modestia hasta su elevada persona algunas reflexiones que la aterradora amenaza que se cierne sobre el país no ha podido menos de inspirarle. Mi nombre desconocido no busca un reclamo por este medio, ni la posición independiente que disfruto un destino ó un mendrugo de esos que con tanta ansia solicitan los que en el presente momento histórico saben aprovechar la ocasión para echar en la escurrida bolsa y en la menguada fama unas medias suelas que conforten el estómago en el presente, siendo un aperitivo del porvenir.

Como nada espero, nada pido; como no soy ambicioso, no envidio, y por lo tanto, mis palabras se inspirarán en el más imparcial criterio. ¿Cuántos de los que rodean á V. E. podrán decir otro tanto?

Yo, señor, aunque hombre rústico y sin carrera, no desconozco del todo lo que á la *medicina pública* se refiere, gracias á los diversos amos á quienes he servido y á los viajes que con ellos hice á tierras extranjeras, donde conocí y serví asimismo á otros señores que como aquéllos al estudio de esa especialidad se dedicaban.

Era yo un mozuelo cuando me tomó el Dr. Seoane á su servicio, y con él hube de emigrar á Londres, en cuya ciudad á un mismo tiempo le cepillaba las levitas y le copiaba en limpio muy eruditas notas y luminosos informes que me iniciaron en un saber humano, del que no tenía noticias y del que ¡Dios me perdone! no me parecen muy sobrados los consejeros de V. E. Más tarde fuí

sirviente de D. Pedro Felipe Monlan, y en esta última época, de D. Francisco Méndez Alvaro, y primero con uno y más tarde con otro, visité lazaretos, viajé por Oriente, recorrí el centro de Europa y asistí á las conferencias sanitarias de Constantinopla y Viena, donde á fuerza de oir, algo hubo de pegárseme al oído. Algún motivo, pues, tengo para dirigirme á V. E., y á tener título de médico algunos más que muchos de los que solicitan su atención, que espero no ha de faltarme.

Señor, todo el país, incluso los que por odios que inspira la política combaten á V. E. están persuadidos de su buen deseo, y conocen cuán grande es el interés demostrado para impedir que el cólera nos destroce; pero muchos, incluso amigos verdaderos de V. E., dudan—y no sin razón – que tan hermosos ideales tengan término cumplido. ¿Que diría V. E. de un Ministro de la Guerra que solo pensara en la instrucción de sus soldados cuando el peligro de un combate fuera inminente? ¿Qué de la nación que sólo adiestrara á sus hijos en el manejo de las armas cuando el enemigo hubiese invadido el país?

Pues esto y no otra cosa se ha hecho en España en materias sanitarias; por aquello de no acordarnos de Santa Bárbara hasta que truena, nada teníamos dispuesto, habiendo resultado, como era de esperar, un barullo precursor del horrible desconcierto y de las desgracias *que hubieran podido ser evitables*, pero que seguramente no han de serlo si el cólera nos aflige más seriamente que hasta aquí.

Bien sé yo que esto no es culpa sólo de V. E., que no puede hacer más que lo que hace desde que el cólera se presentó en el Mediodía de la Francia; pero los apuros por que pasa V. E. le indicarán la necesidad de una ley de sanidad sabiamente redactada y la creación de una carrera médico-administrativa con personal educado al efecto y bien remunerado.

Hoy, señor, no reciben los alumnos de nuestras Universidades la enseñanza de epidemiología que debieran poseer, y una vez terminada la carrera no se dedican á un estudio que sólo produce disgustos, malos ratos y vigilias. El médico joven y que no esté desprovisto de inteligencia dirige sus esfuerzos al conocimiento de una especialidad que dé nombre, clientela y amigos, y no piensa en la higiene pública, señora tan exigente que reclama todo el tiempo de los que pretenden sus favores.

Las amargas consecuencias de todo esto las está tocando V. E. antes que nadie, siendo el blanco donde caen todas las diatribas y recriminaciones por todo cuanto malo ocurra y por cuantos desatinos se cometen. De igual modo que en la contingencia de una campaña se tiene estudiado, conocido y preparado el sistema de defensa de un país, con plazas fuertes en la frontera, conocimiento de las líneas que deben defenderse y que por su topografía puedan ser obstáculos que encuentre el enemigo, de igual modo se debe tener conocimientos de lo que son las epidemias, cómo se propagan y en qué puntos pudieran arrestarse, disponiendo al efecto de un personal convenientemente preparado para luchar con ellas. Y no crea V. E. que esto es moderno, no; por los años de 1556 un epidemiólogo español—porque en aquella época España contaba con epidemiólogos y sabios de verdad—Andres Laguna, médico que fué de Carlos V y de Felipe II, afirmaba la necesidad de estas cosas con muy buen criterio, y para muestra citaré á V. E. un parrafito de su obra *Discurso breve sobre la cura y preservación de la pestilencia.*

«... en cualquier República bien ordenada debería haber ciertos médicos y cirujanos asalariados con grandes premios en paz y en guerra, distinguidos con uniformes para que solo ellos, ofreciéndose la ocasión, curasen los inficionados de la pestilencia, sin introducirse á visitar enfermos de otra especie mientras la tal infección durase; y esto so gravísimas penas; porque es cierto no hay instrumento más apto que el médico para introducir la pestilencia por todas partes; visto que puede fácil-

mente yendo á sanar un panadizo, inficionar toda una familia.»

Si esto existiera organizado en la forma y con los medios que aconsejan los modernos adelantos, no pasaría V. E. las amarguras que sufre, ni nadie podría aprovecharse de los desaciertos sanitarios como arma política, y sobre todo, por ser lo qne interesa más; el país tendría algo serio, algo formal que pudiera ponerse frente á frente del peligro que le amenaza. V. E. se ha visto precisado á tomar el personal que primero ha encontrado, y -salvo alguna excepción que soy el primero en respetar—así ha salido ello.

¿Qué méritos, qué circunstancias reune el personal temporero de que se ha servido V. E.? En general, la amistad con V. E. ó con altos personajes de su Ministerio, la osadía de la ignorancia en algunos casos, el hambre en otros, y anteriores servicios ó conocimientos especiales por excepción.

Así es que, durante muchos días, se ha pnesto en cuarentena gente que no debiera hacerla... y la noticia de que fuera el cólera la enfermedad que azotaba diferentes pueblos; la prensa de oposición censuraba con acritud á V. E., y entretanto, esos delegados nombrados *sin los preceptos legales*, pagados regiamente y qne debían solo á la amistad de V. E. sns nombramientos, no se les ocnrría corresponder á esa amistad metiéndose en el foco epidémico para deshacer las dudas que seguramente habrán mortificado á V. E.

Esos delegados especiales, que cobran sueldos especiales y que deben tener conocimientos especiales, eran los llamados á resolver las dudas de los médicos y autoridades de los pueblos atacados; pero desde los primeros momentos y sin esperar excitaciones de nadie; y no cuando lo han hecho—¡y el que lo haya hecho! — á última hora.

¿Habrán dejado de hacerlo por falta de valor?

Nunca; los médicos españoles han dado muchas pruebas de abnegación para que nadie pueda abrigar tan estúpida idea; pero si no era el miedo de arrostrar la muerte, era el temor harto justificado de no salir airosos en su DIFICILÍSIMO cometido. Es que para esos cargos se necesitan grandes conocimientos de higiene pública, y sobre todo de epidemiología, y dominar bien la administración y el derecho público para no cometer errores científicos ni atropellos administrativos.

¿Cree V. E. que alguno de los favorecidos domina con brillantez esa serie de conocimientos?

Pues los nombrados, que han de inspirar á V. E. las providencias gubernativas que haya de adoptar, son la defensa que en estos momentos tiene el país, del que forman parte los hijos de V. E. contra la epidemia colérica, que tantos estragos está haciendo en Italia.

Me dirá V. E. que aún tiene el Real Consejo de Sanidad para asesorarse. ¿Y qué?

En primer lugar, V. E. ha prescindido de él; se necesitaría estar ciego para no verlo; en segundo, á la mayor parte de los respetables individuos que le componen les sucede, sobre poco más ó menos, lo que á los delegados de que hice mérito más arriba. Hay entre nosotros la creencia de que en España servimos para todo, y en ese absurdo está fundada la constitución del Real Consejo; son sus miembros - con rara excepción— personas ilnstradísimas y de tanto mérito, como que entre ellos está el primer ginecólogo español, clínicos muy notables, químicos y médicos de buen nombre. ¿Pero qué trabajos pueden presentar—casi todos ellos—en materias de medicina pública?

Así es que, inconscientemente, V. E. ha prescindido de ellos, ha hecho caso omiso de sus trabajos en estas circunstancias, no ha esperado á qne con arreglo á la ley le propusieran los delegados que V. E. ha nombrado por sí y ante sí... Y es que á V. E. le pasa lo que á todos, que como individuos considera, respeta y hasta admira los talentos y servicios de los miembros del Consejo; pero no da la importancia que, á estar constituída en otra forma, daría á la corporación.

Para evitar estos hechos, urge que V. E., inspirándose en buenas fuentes, reforme la ley de Sanidad y cree esa nneva carrera que médicos y hombres de administración echan hoy de menos, que si tiene acierto para conseguirlo, dejará un nombre glorioso en la historia administrativa de España. V. E. no recogerá el fruto, como no le recoge el que siembra una palmera; pero la generación que sigue bendecirá su nombre.

De no hacerlo así, que no pregunten nuestros hijos el día de mañana si el microbio viene por Alicante ó por Lérida, que entonces, como ahora, vendrá por nuestra desorganización sanitaria.

B. L. M. de V. E., su humilde criado,

Roque García,

ex-ayuda de cámara de los Drs. Seoane, Monlau y Méndez Álvaro.

LAS FIGURAS DE MI GALERIA

Dr. MAGAZ

Muchos tienen á D. Juan por hijo del Principado, y sin embargo, nació en la provincia de Calatayud, siendo su padre el brigadier del ejército D. Antonio Magaz.

Nuestro biografiado alcanzó las distinciones más altas reservadas á los médicos en nuestro país; ha sido inspector general y consejero de instrucción pública, y en la actualidad, es catedrático de término y decano de la Facultad de Medicina de Madrid; senador del Reino por el claustro de Barcelona que le elige con constancia desde 1876, ostenta multitud de recompensas honoríficas como jefe superior honorario de Administración, comendador y gran cruz de Isabel la Católica; ha escrito varias Memorias y monografías publicadas por sociedades doctas, y un Tratado elemental de Fisiología en dos tomos, premiada por la Real Academia de Medicina, de la cual es uno de sus miembros.

Aunque el ejercicio de la ciencia médica le debe pocos sacrificios y desvelos, el nombre de D. Juan Magaz es respetable por sns méritos contraídos como maestro, por lo simpático de su persona y por las reformas importantes nada escasas, llevadas á cabo en San Carlos. Este establecimiento debe sus mejoras en primer término, á la iniciativa de los Sres. Calleja y Magaz, cuyo último decano, no debe ceder en su empresa hasta que la Biblioteca sea *verdaderamente* útil para alumnos y profesores, y la enseñanza práctica resulte un hecho.

D. FEDERICO OLORIS

Tiene veintiocho años y es catedrático, por oposición, de Anatomía en la Universidad central.

El dato anterior bastaría para dar una idea de la estndiosidad, del talento y reputación de este modesto y joven maestro.

Nació y estudió la Medicina en la bella ciudad de Boabdil, terminando su carrera con gran lncimiento, como lo textifica su expediente, lleno de notas honrosas, premios y oposiciones.

Terminados sus estudios, ganó la plaza de ayudante de clases prácticas, y más tarde la de profesor clínico en Granada, mediante lncidos ejercicios. Dícese que aunque sus conocimientos eran muchos á raíz de sus últimas oposiciones, no le era mny propicia la atmósfera de entonces; pero tan bizarramente se portó en aquella lid científica, qne se le hubo de conceder la prebenda, contra viento y marea.

Si se tiene en cuenta los méritos literarios y docentes y la edad del Dr. Oloris, no extañará que no haya pnblicado libro alguno digno de su reputación; pero confiemos en que este ilustrado compañero tiene sobrados alientos para figurar, con el tiempo, entre los médicos más útiles de nuestro país.

UN VIAJE Á CEREBROPOLIS

Sr. D. Juan Giné y Partagás.

Muy señor mío y respetable compañero: En tan alto concepto tuve siempre

la personalidad científica de V., que consideré empresa de honor la de unir mis escritos á su nombre. Dominada por el deseo de realizar esta mi aspiración de un modo digno de tan excelente maestro y con mi propio esfuerzo, lo cual es sobrada temeridad, varias veces cogí la pluma dispuesta á verter algunas ideas que, pareciendo extrañas á mí, por su bondad, se ajustaran á vuestros merecimientos.

No hay para qué decir que tantas veces como puse manos á la obra, otras tantas hube de abandonarla, convencida de mi inutilidad en asuntos científicos, no sin haber demostrado mi desesperación mordiendo mi péñola insubordinada y torpe.

Ya me había formado la resolución triste de no escribirle, hasta que la fortuna tuviera á bien, andando el tiempo, tratarme con menos rigor concediéndome algún soplo de ingenio con que satisfacer mi grata ilusión. Pero, cátate que, cuando menos lo esperaba, me hallo con una epístola que, allanando el camino, me pone en el caso de lograr mi empeño con poquísimo trabajo.

Con efecto, anteayer recibí un abultado sobre—cuajado de sellos y timbres por fuera, trascendiendo á gloria por dentro, que encerraba tres cartas dirigidas á D. Juan Giné, amén de una esquela en la que se me ruega, con exquisita cortesía, mande los pliegos al ilustre Dr. del Principado, por conducto de esta humilde Revista.

Aprovecho, pues, gustosa la ocasión de poner mi firma al pie de estas cartas, por más que pertenecen á D.ª Oliva, dándome por remunerada en esta tercería honrosa.

Sr. Giné, algo quisiera decir de la simpatía que V. me merece; de lo que me entusiasma su actividad incansable; de su envidiable talento, y sobre todo, del gran concepto en que la clase médica le tiene; pero el temor de armar en mi casa un cisco matrimonial, me obliga á enmudecer y á poner grillos á la pluma, que nunca como hoy quisiera dejar tan libre.

En cambio, este escrito irá á Barcelona, donde existe una prensa profesional que honra á la nación; llegará á vuestras manos, y yo me quedo exclamando con Ovidio:

¡Hei mihi qui non licet ire tuo!...

Disponga á su antojo, pero á hurtadillas de Sangredo, de su amiga y admiradora,

DRA. LUSCINDA PROTOPLASMA.

***

Cartas de D.ª Oliva Sabuco, al Dr. Giné y Partagás

1.ª

«*Nam ut apes omnibus quidem insidere flósculis, de singulis autem utilia carpere videmus.*»

(ISÓCRATES.)

Mi señor y dueño: El dicho que transcribo del gran filósofo se amolda, como anillo al dedo, al licenciado Ingrasias que con tal donosura escribió, según su merced, el *Viaje á Cerebrópolis*, para instrucción y solaz de los mortales.

Y á fe que aún estoy cociendo el catarro que cogí, con el aire colado, en la mirilla del cielo, desde donde esperaba impaciente la llegada del dicho libro, y que, merced á su sin igual gracejo, nos hace olvidar bonitamente el aburrimiento de esta mansión.

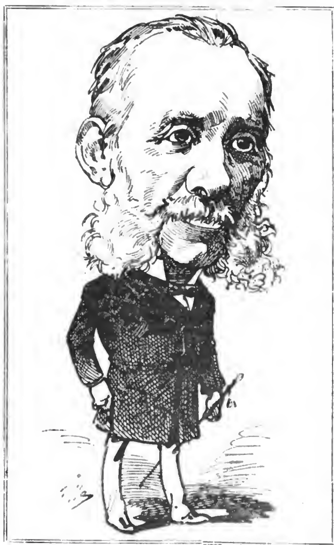
Yo no me veo harta de leer el ingenioso *Viaje*, y, aunque me le sé de coro, no puedo decir qué sea lo que más en él me cautive, si el plan de la obra, la valentía en acometerlo ó lo airosamente con que su autor sale del paso, de donde colijo que todo en él me admira y le llevo sobre mis niñas.

Cada página que vuelvo se me antoja una puerta que eclipsa la alegría; y no es odiosa, porque descubre otra nueva, tan agradable como la pasada. Mi espíritu, que no otra cosa poseo, estaba ávido de composiciones cuyo fin no fuese otro que: *delectando pariterque monendo*, y este libro colmó el deseo.

Pero, ¿quién es el autor del *Viaje á Cerebrópolis?*

¡Ay, Sr. D. Juan de mis entrañas! Por más que quisiéredes ocultaros tras la tupida celosía de la modestia y del in-

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. MAGAZ.

Decano y profesor,
no me gana ninguno á... senador.
Sí, señor.

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. OLORIS.

Soy, aunque ustedes me ven
tan joven, buen catedrático,
y en materias de enseñanza,
tan entusiasta y fanático,

que soy capaz de cortar
la cabeza á cualquier guapo
si en mi colección famosa
hiciera falta su cráneo.

cógnito, no es aquélla tan espesa que por los huecos no escapen hilos de luz que delaten vuestro talento y den al traste con el ovillo del secreto. Aparte de que fácilmente se desprende que tan sabroso libro no fué escrito cuando estaban en moda las sanguijuelas y la irritación, sino en tiempo de *suripantas, vengadoras, telefonos* y *ferrocarriles*; pueden señalarse pasajes, ideas y modismos, por los que se colige al punto que su merced, y sólo vuesa merced, ha trazado aquellas líneas y ha discurrido aquellas escenas tan risueñas como instructivas.

Tan claro esto se desprende, que no debe su merced abrigar temores de que cualquier raterillo científico meta su ganzúa en esta hacienda, poniendo como nuevo á Ingrasias; sin duda no tendréis que escribir para estos rapavelas aquello de

Sic vos non vobis...

del bueno de Virgilio.

Holgárame mucho, señor mío, de tener el gusto de conocer á persona tan ilustrada y de tan buenas partes como su merced, y departir con vos tocante á ciertos asuntos de los que fuí apasiosada en vida y tan perito es voarced. Pero heme formado de vuestra persona, por sus discretos y numerosos libros, que al fin son sus hijos y los cascos descubren la botija, un juicio asaz halagüeño, teniéndoos por hombre de pro, activo y emprendedor, condiciones todas para enamorar hasta las mujeres que, cual yo, residen en la gloria, de la cual daría un pedazo con tal de hablaros. Y aunque bien se me alcanza que este tan espontáneo lenguaje no se aviene al mentido recato que es corriente en el mundo, confieso que mi entusiasmo sincero no puede estar más seguro que pájaro en mano de niño, y así se me escapa por la pluma, en un dos por tres, sin darme priesa en recogerlo.

Allá en mis tiempos, querido maestro, piquéme un tantico de curiosa por descubrir algunos secretos referentes al funcionalismo del sistema nervioso y á la significación y asiento del alma, llegando mi audacia hasta escribir de estos achaques, con regular aceptación.

Pero ¡ay! mis escritos trajéronme algún disgusto, que mis doctrinas no cupieron por el estrecho portillo de la Santa Inquisición y se machucaron, por ende, con la apretura, con gran dolor de mi alma. Sin duda hube de dar virutas al fuego de mi vanidad, durante mi vida, y por esto á mi muerte, dí conmigo en el purgatorio, donde me purificaron las llamas de mis escritos, causas de mi castigo.

No ha mucho, ingresé en esta mansión celestial, donde me aburro soberanamente. No venga su merced, don Juan, que los espíritus investigadores y sabios no pueden avenirse con esta felicidad inocente y sin lucha, tan sólo creada para quien tuvo los sesos de requesón. Aquí no se conocen las satisfacciones legítimas y puras de los triunfos científicos; aquí no existen academias, cátedras, imprentas, ni siquiera corrillos de murmuración entretenida; no conocemos los medios de moderna investigación, nutritiva y rica savia de la lozana ciencia de hoy. Mucha luz, gran silencio y carencia de apetitos forman las trévedes sobre que descansa el bienestar en estos reinos.

¡Válame Dios, caro amigo, qué desengaño tan grande y qué desaliento tan profundo se apoderó de mi espíritu cuando me convencí, á poco de ingresar, que aquí nada se sabía de cuanto anhelaba poseer! Desde entonces sufro la nostalgia de la tierra que, con ser tan mala, es bastante mejor que el cielo, en donde no hace una más que codearse con millares de individuos, en su mayoría mamoncillos, arrebatados al planeta por mor de la baba, la diarrea ó el sarampión. Los restantes no suelen tener más méritos para venir aquí que el haber pasado la vida en cueros, harapientos y sucios, sin hacer nada de provecho y picados de vesania beatífica. Comprendo que para tales entes, este país sea el sumo bien; los pobrecitos nunca vieron más allá de sus narices; pero que se me obligue á alternar con ellos, es cosa insufrible. Por supuesto que, para dismi-

nuir el mal humor, nos hemos reunido un corto número de seres de los que llevábamos en ese mundo los ojos un tantico abiertos y, á hurtadillas de Pedro, platicamos acerca de los libros más nuevos, que nunca faltan almas piadosas que se conviertan en ordinarios de nuestras aficiones.

De tal suerte, he podido devorar el *Viaje á Cerebrópolis*, libro que me hace dar de pie y de mano de puro gozo, cada vez que le tomo y le repaso, del cual quiero ocuparme.

Pero no temáis, amigo doctor, que me convierta en uno de tantos comentaristas sin ronzal y que, semejantes en sus hábitos á moscas meleras, no consiguen con sus afanes sino manchar lo que pretenden retocar por los que hubo de decir Napoleón, al saber que comentaban sus decretos: «¡Ya murió mi código!»

Tampoco veáis en mis humildes escritos un pugilato de ingenio, que en Dios y en mi ánima os juro que respeto vuestra altura y no olvido sois el gladiador brioso, acostumbrado á la victoria, y yo modesta aficionada á lides científicas, cuyas armas romas y mohosas por el tiempo, son ya inútiles con el desuso.

Sólo quiero expresar la grata impresión que me ha producido el antedicho *Viaje*, exponiendo al paso alguna que otra duda que se me ocurre, y todo ello al volar de la pluma, que otra cosa mejor no puede pedirse á mi oxidado ingenio, y mucho menos sepultado como está entre rapaces que se hurgan las narices, fabricando *artículos* para trinquete; sumido en una nube de vírgenes *memas*, con rostros de pastelón, y en un torbellino de santos, que pusieron su empeño en imitar á los zulús, despreciando el progreso, que yo entendí ser la ley más sabia é imperativa de Dios.

Y con esto, entro en la médula de la cuestión.

No lejos de donde el Guadiana se hunde en la tierra para ocultar su humilde origen, nací yo, y hube de demostrar un ingenio tan sutil y tan aguda disposición para las humanidades y para las ciencias filosófico-médicas, que bien pronto me señalaban mis convecinos como astro brillante, capaz de eclipsar con mi físico y con mi saber á los eruditos de mi tiempo. Nadie me ganó en brío para exponer mis convicciones; pero, amigo mío, con las décadas y centurias que sobre mí han pasado, he ido perdiendo aquel ímpetu y bizarría que algunos tradujeron torcidamente por altanería. De la propia suerte, he podido convencerme de que en las más arduas cuestiones referentes al obrar de la maravillosa fábrica animal, los hombres han seguido escribiendo con la imaginación tan sólo, resultando libros con orillos de novela, en la mayoría de los casos, desanimándome grandemente al ver que las teorías de hoy son Lázaros para mañana, si ya no lo son de ayer.

Con todo, pláceme sobremanera el hojear algún libro que trate las cuestiones más de mi gusto, que la hoguera de mi afición no se apagó de modo que no quede algún rescoldo.

Brava idea ha sido la de vuesa merced, señor catedrático, al presentar al cerebro como una ciudad, con sus calles y viviendas, con sus barrios y albañales, dándonos á conocer á sus habitantes, que cada cual se expresa y comporta según su educación y linaje. Confieso que este proceder me ha prestado gran luz para conocer, aunque someramente, los intrincados laberintos de la máquina del pensar, siendo muy de mi sabor los lancetazos que, con tanta gracia y oportunidad, su merced propina á las personas y costumbres de su tiempo, de donde infiero que sabéis disecar con finura. Por otra parte, la independencia con que en el libro se presentan las cuestiones, el desahogo del método y el tino en escoger lo útil y el lado firme de las cosas, predisponen en pro del autor y de su obra.

Trasciende el librito á maestro, y no de los que se empingorotaron para alcanzar el birrete con el valer de otros, sus amigos, sino de los de verdad, de los que yo quisiera para mí en aquellos días en que mis escritos sufrieron expurgo por unos hombres adocenados que se cebaron en mis dichos sin com-

prenderlos. Y es que allá en mis días se tenían las ideas nuevas y atrevidas como engendros diabólicos que había que exterminar. Añadid á esto lo mal que sentaba ver á una señora escribiendo y dando qué meditar á eruditos; que en esa tierra siempre se quiso tener á la mujer como halcón de cetrería con capirote y pihuelas, dejándolas libres cuando mejor conviniese al hombre, que las concedía el rebajante papel de odalisca y yegua de vientre, error en el que dan de cabeza algunos boquirrubios de hoy, porque sin duda los tales no confían grandemente en sus méritos y temen ser vencidos por los de su compañera, ó entienden que el honor de la doncella se mancilla y pierde con la tinta que aquélla emplea en ilustrar al mundo. Así, yo he visto á mis contemporáneos mofarse de mis palabras y comentarlas con desvergüenza en corrillos, sin echar en cuenta que esta débil mujer á los veintiocho años retó á todos los filósofos á discutir en público mis teorías, tan segura estaba de mi razón, que no temí la contienda, ni dudé de la victoria; y así hube de expresarme en mi carta al Conde de Barajas, Presidente de Castilla, al dedicarle mi «Nueva filosofía de la naturaleza del hombre, no nocida ni alcanzada de los grandes filósofos antiguos, la cual mejora la vida y salud humana.»

El anterior epígrafe y mi frase célebre, «mi libro faltaba en el mundo, así como otros muchos sobran,» algo apasionados y tomados de vanidad, de lo que hoy me conduelo, trajéronme sinsabores en abundancia, lo mismo en ese mundo que en el del espíritu; y como prueba de esto, os diré que se ha negado la posibilidad de que D.ª Oliva Sabuco pudiera haber escrito nada bueno; se ha dicho que era yo una empecatada poseída, ó poco menos; se han copiado mis ideas, se han parodiado mis conceptos por ilustres filósofos, sin que estos rateros se permitieran citarme, ganando así celebridad con mi inteligencia, y últimamente, en estos días y en ese país, un señor *mitrado* se permite decir que mi filosofía nada de particular ofrece, sino es el sexo de su autor...

¡Valiente sabio está el Obispo! ¿Qué entenderá S. E. de achaques filosófico-médicos? ¿Ignora, por ventura, que mi obra tiene un mérito intrínseco, y otro en relación con la época de su origen?

Por fin, el contribuir con valentía en el siglo XVI á desterrar el *magister dixit* y la preocupación escolástica; el colocar al alma racional como suspendida del cerebro, asiento de toda sensación y movimiento; el considerar á los sentidos como instrumentos y mensajeros del príncipe de la fábrica humana, que es la urbe cerebral, que con tanto ingenio su merced describe; mi modo de apreciar los principios naturales, «*non illa tria principia materia, forma, privatio, sed Sol... Luna... ille causa formalis suo calore hæc materialis suo lacte, rerum materialium principia vel potius parentes sunt;*» el haber abogado, con desconocido acierto, por la importancia suma del sistema nervioso en toda función orgánica, creo yo, respetado maestro, son causas bastantes para que se me ponga al lado de Gómez de Pereira, el de Medina del Campo, y no se me regatee la justa influencia de mi nombre en la marcha de la ciencia.

A Dios gracias, es vuesa merced varón discreto y justo, y me juzgará cual merezco, que no es nimia fortuna tropezar con hombres de tales prendas, alentándome no poco en mi esperanza el ver que en muchas cosas de las que expone en su libro estamos conformes *ab initio* y en otras, para mí desconocidas, tal maña emplea su merced, que ya siento avanzar por mis ojos hasta el alma, raudales de firmísima y agradable convicción.

Mas, por vida de mis pecados, viendo estoy que su merced y mis buenos lectores se impacientan, porque en mi charla sólo me ocupo de mis propios asuntos, é incurro en el defecto de los aspirantes á algo, que sólo tienen por escabel de su engrandecimiento su propia alabanza; y pues ésta siempre envilece, ceso en hablar de mis cuitas y paso á ocuparme de algunas observaciones que me sugiere el donoso *Viaje á Cerebrópolis*.

Y como noto que esta epístola, por ser la primera, rebasa los límites de la conveniencia, tocando ya los de la descortesía, hago punto en este sitio para continuar en la próxima, si su bondad y la de los suscritores al periódico me lo consienten, que no será tal consentimiento pequeña galantería para ser olvidada.
Desde la Gloria se ofrece á su merced eterna amiga, Q. B. S. M.,

D.ª Oliva Sabuco y Nantes de Barrera.

VARIEDADES COLÉRICAS

En el cerro de los Ángeles,
mirando á esa capital,
estoy pasando unas penas
que dan ganas de llorar.
Señores, ¡qué lazareto!
¡Y cuánta formalidad!
¿Cómo ha de venir el cólera?
Seguro que no vendrá;
tenemos un gran servicio,
que envidiara el preste Juan;
habitaciones magníficas,
recreo y comodidad;
baños donde se remojan
los que se quieren bañar;
agua pura y cristalina,
separación de verdad
con Jetafe y las personas
que aquí pueden ingresar
en épocas diferentes
como lo ordena el ritual;
hay aparatos magníficos
que considero sin par
que desinfectan las ropas,
mercancías y demás.
Todo, en fin, tan bien dispuesto
y tan arreglado está,
que el sistema sanitario
vigente ha de acreditar.
No como esos lazaretos
que se hacen sin más ni más;
como quien hace un buñuelo
á lo que salga y en paz.
Por eso aquí los microbios
no podrían prosperar....
diarreas, y pulmonías
¡claro! se los comerán.

***

Yo gano venticinco
duros diarios;
mejor dicho, los cobro,
que no los gano.
¡Viva mi dueño!
que me paga con creces
lo que no tengo.

***

TELEGRAMA.

Elche, quince, cuatro y diez.
¿Tengo personalidad?
Dígamelo de una vez;
quiero saber la verdad.
Tienen dudas de quién soy,
y esto es para mí un oprobio;
si no me lo dice voy
á visitarle.
Un microbio.

***

El Ministro de la Guerra
puede tener un consuelo,
al saber que han fumigado
un vagón de ácido fénico.

***

Canto de un delegado colérico anónimo.

(Música de una zarzuela.)

Vengo en busca de guita y turrón
y el microbio maldito á buscar,
á mí mismo me causa emoción
donde puede mi ciencia llegar...
¿Si estará?
¿Si estará
en un melón? (1)

Coro de microbios que le rodean.

(Música de otra zarzuela.)

Ay qué tío, qué tío, qué tío,
y cómo me río,
qué serio que está.
Ay qué tío, qué tío, qné tío,
valiente camelo
que le voy á dar.

Dr. Ese.

(1) El interesado se refiere al microbio.

UN MONSTRUO MAS
ó
EL HOSPITAL DE COLÉRICOS

El dia que este pueblo, comprendiendo sus deberes, empiece á levantar estatuas á los patricios que más contribuyeron á su dicha, edificará una de cien codos de altura á la inconmensurable inteligencia á quien se le ocurrió destinar el asilo de las Mercedes para hospital de los coléricos futuros.

¿Quién será? Aún no he podido averiguarlo; pero desde luego afirmo que su cerebro no podrá contenerse en un cráneo vulgar; no, masa encefálica tan privilegiada necesita por lo menos una calabaza de cuatro azumbres de cabida.

¡Qué previsión! ¡Qué conocimientos! ¡Qué sindéresis revela ese pensamiento!

Masas enormes de tierra sepultan el edificio, como indicando el porvenir de los pasajeros huéspedes que espera; el nivel de las aguas del Lozoya no alcanza al piso bajo, lo que es una ventaja ateniéndonos á las ideas de Koch y Pettenkoffer; así no se desarrollarán los microbios; la falta de aguas hace inútiles los lavaderos, que no existen tampoco, y por último, como si todo estuviera previsto, no hay letrinas, ni alcantarillas, focos de infección, según afirman los más notables epidemiólogos.

Y no son estas las únicas ventajas de aquel edificio como hospital de coléricos; reune otra especialísima; nunca se le podrá señalar como causa de infección colérica para sus visitantes; de tal modo se encuentran los caminos que á él conducen, que nadie podrá llegar á él; á la mitad de la vía se romperán las piernas los curiosos, y en cuanto caigan cuatro gotas, solo resultará accesible por la vía aérea, para lo cual será preciso encargar á Meudón un globo dirigible ó embargar preventivamente para el caso el que emplea en sus nocturnas ascensiones el capitan Castanet.

Otra noticia que trasladamos íntegra al ingenioso autor del pensamiento, son las nuevas y mal olientes desinfecciones que unos centenares de presidiarios usan para fumigar las paredes del edificio por el procedimiento que empleaba Sancho en la aventura de los batanes para ahuyentar el miedo. En pocos dias la fachada principal ha quedado intransitable, inconcebible é inaguantable; el mismísimo Sr. Villaverde al visitarla más tarde, y apesar de la costumbre de fumigarse en estos días, sufrió un desmayo que tal vez hubiera tenido sensibles consecuencias sin el inteligente auxilio de los médicos que le acompañaban.

Pero donde se ve la previsión de la persona tantas veces aludida, es al considerar la situación del edificio con respecto á la mucha distancia de la población general de Madrid y á la muy corta que le separa de la necrópolis, y como me gusta probar lo que digo, allá va la prueba: supongamos que un individuo es atacado por el azote en las Peñuelas ó en el Rastro, que avisa, y por pronto que vengan á recogerle se tarda una hora; otra que se encontraba enfermo dos, y dos y media en el traslado en camilla, cuatro y media; tiempo más que suficiente para trasladar su cadáver al nuevo cementerio sin parada en el Hospital; ¡esto consuela por lo económico que resulta!

Aun habrá almas tímidas que, fundándose en que el cólera es curable cuando se le ataca con oportunos remedios al principio, nos digan que esto es poco humanitario, impropio de cristianos y de corazones generosos; ¿pero quién hace caso de sensiblerías tan antiguas y empalagosas?

Nada, nada; al que le toque la china,

á morir y á reventar, que cuando se muere se descansa y cuanto más pronto se reviente, mejor.

Un asilo que ha costado tantos millones y que ya no servirá para el objeto que se le destinaba al construirle sin gastar algunos más, no puede tener pero. Cuando se pueden construir barracas con arreglo á los más modernos adelantos de la higiene, pero que sólo cuestan á razón de 5.000 pesetas cada una para 10 enfermos, cuando se podrían colocar cuatro grupos de 10 barracas en otros tantos puntos equidistantes, con estufas de desinfección, con lo que se ocasionaría un gasto de 45.000 duros para la asistencia de 400 enfermos convenientemente instalados y en las mejores condiciones, ¿por qué no hemos de destinar para los mismos 400 futuros coléricos un edificio que no tiene ninguna condición apetecible para el caso y que de hecho resultará inservible para mucho tiempo y después que se gaste triple cantidad? (1)

Desdichados contratistas y abastecedores si no fuera por esta y otras medidas análogas, cuyo privilegio tenemos reservado para nuestro uso particular los españoles.

Madrileños, gritad conmigo ante la salvadora medida que salió del ignorado cacumen del que dió á luz el colo-al pensamiento de destinar el Asilo de las Mercedes para hospital de coléricos.

*Ave *** morituri te salutant.*

EL DR. SANGREDO.

(1) Para nuestra tranquilidad, publica *La Correspondencia* del domingo el siguiente suelto:

«Dice un periódico que para habilitar el asilo de Nuestra Señora de las Mercedes para hospital de coléricos, se necesita hacer obras de consideración y muy costosas.

No es así: el asilo está ya habilitado y en condiciones de funcionar si, por desgracia, lo que no es da esperar, se hiciese preciso.»

Indudablemente el anterior escrito no es de la redacción del colega, en la que hay médicos distinguidos y competentes que no iban á arrojar su reputación por la vantana, por dar gusto á.... cualquier tipo. Hay más, si el Sr. D. Manuel María de Santa Ana, propietario del periódico, hombre honradísimo, y que ha dado muchas pruebas de su amor á Madrid, hubiese estado enterado de los hechos que denunciamos, no hubiera consentido la inserción de ese suelto, que resulta inexacto, y las inexactitudes en semejantes ocasiones y con tan triste motivo, no tienen un nombre bastante enérgico en el diccionario para ser calificadas.

TOTUM REVOLUTUM

El ilustrado médico Dr. Gaspar Gordillo Lozano, ex-alumno interno por oposición, ha escrito un folleto titulado: *Distracciones anticoléricas*, estudio científico que amplía una serie de artículos que insertara en *El Porvenir*, y á los que habíamos aludido en la forma humorística que corresponde á un periódico satírico.

El Dr. Gordillo ha tenido la amabilidad de dedicarnos su trabajo, honra que agadecemos y á la que procuraremos corresponder muy en breve, ya que no sea posible hacerlo en esta visita por haber recibido los ejemplares que el autor nos ha remitido cuando estaba terminando en la imprenta la composición.

No creemos que nos sea fácil juzgar este trabajo, porque, aparte del mérito y de la laboriosidad que revela en su autor, nos coarta el aplauso las ideas que en él se desentrañan, y la censura, la cortesía y el agradecimiento.

***

Muy sabroso viene *El Siglo Médico* del último domingo, y aunque todo el número sea interesante, no podemos menos de recomendar á nuestros lectores un artículo titulado: *Descomposición sanitaria*, en que el Dr. Pulido revela

una vez más que fué discípulo de Velasco.

Y Velasco fué seguramente el mejor disector de la época.

***

La lección de finura y compañerismo qne nuestro buen amigo el Dr. Masoti da á cierto comprofesor en el último número de nuestro estimado colega *El Genio Médico*, es de las qne no olvida el interesado; cuando en discusiones serias sobre un punto científico de importancia las palabras duras y agresivas se ponen como argumentos, el profesor que se estima debe hacer lo que Masoti, que, en términos comedidos, viene á ser aquello de:

—Pase V., señor elefante.

***

Del 21 al 27 del pasado tuvo lugar en el Haya el 5.º Congreso internacional de Higiene, al que se habían inscrito 38 españoles, y al qne, por efecto de las actuales circunstancias, sólo asistieron los Sres. Fernández Caro y Vega, delegados del Ministerio de Marina.

El Congreso no ofreció gran cosa de particular, por haber faltado muchos miembros de los inscritos, sobre todo los Sres. Pasteur y Koch, de los que se esperaba nna discusión luminosa. El Sr. Fernández Caro, que desarrolló el tema *La fiebre amarilla ante la higiene internacional*, fué escnchado con mucho gusto y nombrado presidente de honor de aquella Asamblea. Del Sr. Vega no tenemos noticia qne haya realizado acto científico alguno.

***

Y apropósito del Congreso del Haya.

El comité de organización, por conducto del Ministerio de Estado, se dirigió á Gobernación para que enviase delegados y trasladase la súplica á otros departamentos. Nada de ello se ha conseguido, apesar de las diligencias que practicaron los Sres. Vilanova y Cabello, presidente y secretario del comité español, que tantas muestras de actividad y celo, particularmente el segundo, han dado en esta ocasión.

Gentes maliciosas lo atribuyen á que cierta personita se propuso á sí misma para un cargo, á que, con buen acierto, el Ministro de la Gobernación no accediera, y para evitarse el bochorno consiguiente,

el expediente
como un relámpago...

Música de *El dominó azul*.

***

La pública notoriedad que han alcanzado en estos días algunos de nuestros compañeros, nos obliga á qne insertemos—más adelante—sus figuras en nuestra galería humorística. Desde luego se nos ocurre publicar las de los señores Taboada y Lucientes, inspectores generales de la salubridad pública. De los méritos y servicios del primero de dichos señores tenemos algunas noticias y esperamos salir airosos de nuestra empresa; pero del segundo, apesar de nuestra actividad y buen deseo, no hemos podido recoger ningún dato de importancia que justifique su nonbramiento.

Como no somos políticos, y aunque lo fuéramos no haríamos arma política de la cuestión de sanidad, no suponemos que se haya nombrado para tan alto destino á persona que carezca de merecimientos científicos muy relevantes y de estudios y trabajos en higiene pública. Creemos, por lo tanto, que por torpeza no hemos encontrado los méritos del Sr. Lucientes, y como no somos ni queremos ser injustos, rogamos á sus amigos y personas que de ellos tengan conocimiento, se sirvan remitirnos esos datos á nuestra redacción.

MADRID.—Imp. de M. G. Hernández, Libertad, 16.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

García Solá.—*Examen crítico de la teorías histogénicas dominantes.*

Con este título se ha puesto á la venta, al precio de *cinco pesetas*, una extensa y elegante monografía, que no desdice del crédito de su autor, ilustrado catedrático de Patología general en Granada.

Pocos, sin duda, son los que con más motivos y pericia pudieran desarrollar el interesantísimo tema que constituye el texto de la Memoria premiada en 1882 por la Real Academia.

Y en verdad que este honroso detalle nos priva de entrar en un género de reflexiones que tendieran á recomendar el libro, ya que éste sobradamente se recomienda por lo trascendental de las cuestiones que en él se abordan, por el nombre de su autor y por el juicio de la Real Academia. Diremos, no obstante, que el Dr. García Solá ha llevado á termino el *Examen crítico* demostrando erudición, buen lenguaje, conocimiento de la materia y entusiasmo por la ciencia moderna.

∴

Dr. Gordillo y Lozano.—*Distracciones antiolíricas. Madrid, 1884.*

Se vende en las principales librerías y en casa del autor, Mesón de Paredes, 19, principal izquierda, al precio de *una peseta.*

Hemos recibido seis ejemplares de este apreciable folleto, en que el autor demuestra sobradamente los conocimientos variados que le adornan.

La particularidad de haber dedicado el doctor Gordillo esta producción á la redacción de EL DOCTOR SANGREDO nos impide hagamos ningún elogio, y aunque disentimos de casi todas las opiniones que allí se exponen, esto no obsta para que recomendemos eficazmente la lectura de la última publicación de nuestro querido comprofesor, con la seguridad de que nuestros abonados nos agradecerán el consejo.

∴

Dr. Burggraeve.—*Manual de la dispepsias y de su tratamiento dosimétrico. Traducción de D. José Neyra y Cayllet.*

En este librito, elegantemente impreso, y que consta de 130 páginas, se trata de un género de enfermedades tan frecuentes, y á veces tan rebeldes como las dispepsias, exponiéndose el plan terapéutico más adecuado, según los casos, á juicio del célebre fundador de la dosimetría, el cual ha tenido ocasión de lucir en este libro su peculiar lenguaje con sabor aforístico y magistral.

La obra se vende al precio de 3,50 pesetas.

∴

García Andradas.—*Quiste hidatídico en general, y en particular del hígado.*

Recomendamos muy de veras esta monografía, correctamente escrita, y nutrida de enseñanzas prácticas dignas de meditarse.

Consta la Memoria del Sr. García Andradas de 62 páginas, casi en folio, en las que, y aparte de una carta-prólogo del ilustrado doctor, señor López Ocaña, se tratan con minuciosidad y buen sentido la naturaleza y etiología de los quistes; los síntomas y curso de la afección; su diagnóstico y complicaciones, y por fin los diversos procederes terapéuticos para combatir con éxito la dolencia, intercalando observaciones y consejos que hacen muy útil la lectura de esta monografía, que pertenece á la Biblioteca de nuestro estimado colega *El Dictamen*.

Se vende al precio de *dos pesetas.*

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Habiendo cesado en su cargo de gerente de esta Revista D. Antonio García Hidalgo, en lo sucesivo toda la correspondencia se dirigirá al señor director de EL DR. SANGREDO, Atocha, 143, 4.º

De la administración queda encargado D. Julián Ortiz.

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 1.° NOVIEMBRE 1884. VISITA 25

SUMARIO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

Calle de Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
Trimestre.....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año...... ...	10 »	Año....... ..	12 »	Año..........	18 »

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

Números atrasados de trimestres anteriores para los no suscritores, DOS PESETAS

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16

1884

NUESTRAS FIGURAS

PUBLICADAS HASTA EL DÍA

Dr. Santero (papá).—Dr. Letamendi.—Dr. Encinas.—Dr. Creus. Méndez Alvaro.—Dr. Nieto y Serrano.—Benavente.—Dr. Castelo. Calleja.—Maestre de San Juan.—Marqués del Busto.—Dr. Campá.—Federico Rubio.—Ustáriz.—Dr. Pulido.—Dr. Rodríguez Méndez.—Tejada y España.—D. Juan B. Comenge.—Carracido.—Amalio Jimeno.—Gine y Partagás.—Del Toro.—Olavide.—Cortezo.—Dr. Esquerdo.—Dr. Losada.—Dr. Martínez y Molina.—Doctor Cervera.—Dr. Alonso y Rubio.—Dr. García Camisón.—Doctor Masoti Arroyo.—Dr. Varela Jiménez.—Dr. Cortejarena.—Dr. Vilches.—Dr. Espina y Capo.—Dr. Celestino L. y Adradas.—Dr. Pasteur.—Dr. Koch.—Dr. López García.—D. Antonio Mendoza.—Dr. Serret.—Dr. Ulecia.—Dr. Magaz.—Dr. Oloris.—Doctor Crous.—Dr. Yáñez.—Dr. Garagarza.—Dr. Puerta.—Dr. Santana.—Dr. San Martín.

EL Dr. SANGREDO.

REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 1.° NOVIEMBRE 1884. VISITA 25.



SUMARIO

ALGO DE LA QUINCENA

Cumpliendo el acuerdo de la prensa profesional, publicamos la circular que se redactó con el fin de honrar la memoria de los hechos heroicos de nuestros compañeros Manterola y Fernández Valdés:

Á NUESTROS COMPAÑEROS DE PROFESIÓN.

«Las clases médico-farmacéutica y veterinaria de España deben un testimonio de respetuoso cariño á dos profesores que han sabido honrarlas, á costa el uno de su vida y á costa el otro del ofrecimiento de la suya.

Segundo Manterola, médico del vapor *Gijón*, que se fué á pique en las costas de Galicia, no quiso salvarse cuando se le impelía á ocupar un puesto en los botes lanzados al mar, y prefirió que le reemplazase un pasajero de los que montaban la nave náufraga. Joven, ilustrado y perteneciente á familia distinguida, sacrificó su porvenir y su vida porque otro salvara la suya, y al hundirse para siempre entre las olas, se le vió tranquilo y fija en el cielo su mirada, cual si quisiera imitar en el supremo instante la actitud sublime de los mártires de los primeros tiempos del cristianismo.

Eugenio Fernández Valdés también montaba otro buque náufrago, *El Gravina*, y cuando habían perecido ahogados los primeros tripulantes que intentaron llevar un cable á tierra, medio único de salvación, él solicita permiso del comandante para repetir la acción de los sumergidos, se le niega, é insiste y suplica, y al ver su tenacidad y su porfía, se le otorga la honra de morir, queriendo Dios que el héroe ganase á nado la tierra para salvar de segura muerte á 170 hombres que componían la dotación del vapor.

Las clases á que pertenecemos cuentan por cientos los héroes que en epidemias, operaciones farmacéuticas y estudios de patología comparada dan gustosos sus vidas por la de la humanidad; pero actos como los cometidos por Manterola y Fernández Valdés, por lo mismo que no tienen conexión con los deberes profesionales, son de lo más grande y sublime que registra la historia de los pueblos.

Pecaríamos, así lo juzgamos, de despreciables los periódicos médicos, farmacéuticos y veterinarios, si no hiciéramos colectivamente una manifestación respetuosa hacia la memoria de Manterola, y si no diéramos á Valdés una modesta prueba de estimación; y decididos á cumplir ambos extremos con el apoyo de la clase, invitámosla á tomar parte en la suscrición que hoy iniciamos, duradera hasta 1.° de abril de 1885, para costear unas exequias fúnebres en esta capital por el alma de Manterola, y para regalar á Valdés un objeto de arte que le demuestre la admiración de sus compañeros por un acto de magnífico heroísmo.

Madrid 14 de octubre de 1884.—Por la *Gaceta Médico Veterinaria*, Rafael Espejo y del Rosal.—Por *La Farmacia Española*, F. Marín y Sancho.—Por *Los Avisos*, F. Gómez de la Mata. —Por *El Genio Médico-Quirúrgico*, Fernández Calatraveño.—Por los *Archivos de Ginecología y Enfermedades de la Infancia*, José Call.—Por la *Revista de la Sociedad de Higiene* y *La Medicina Contemporánea*, M. Carreras Sanchís.—Por *La Correspondencia Médica*, Favila Cuesta.—Por la *Revista Hahnemanniana*, Dr. Rodríguez Pinilla.—Por *El Porvenir de la Veterinaria*, Eugenio F. Isasmendi.— Por *El Diario Médico-Farmacéutico*, C. Pérez M. Mínguez.—Por *El Criterio Médico*, Zoilo Pérez.—Por *El Dictamen*, Julián López Ocaña.—Por la *Revista de Medicina Dosimétrica*, Baldomero G. Valledor.—Por la *Revista de Medicina y Cirujía Prácticas* y los *Anales de Obstetricia, Ginecopatía y Pedriatría*, Rafael Ulecia.—Por los *Archivos de Cirujía*, y por los *Archivos de Medicina*, Mario G. de Segovia.—Por *La Madre y el Niño* y *El Hospital de Niños*, M. de Tolosa Latour.—Por *El Jurado Médico-Farmacéutico*, Dío Amando Valdivieso y Prieto.—Por *El Siglo Médico*, Matías Nieto y Serrano.—Por *El Semanario Farmacéutico*, Vicente M. de Argenta.—Por *La Higiene*, Eduardo Moreno.—Por la *Revista Especial de Oftalmología, Dermatología* y *Boletín de Medicina y Cirujía*, Federico Couce.»

Nuestros lectores extrañarán no ver al Dr. Sangredo en esa larga lista donde figuran todos los periódicos profesionales de Madrid, sin embargo de ser uno de los primeros admiradores de los actos de nuestros colegas Manterola y Valdés, y el que con más vehemencia ha aplaudido á *El Dictamen* por haber iniciado tan feliz idea. Por más que no negaremos nunca la cara á quien *de veras* solicite verla, estamos decididos á conservar el incógnito ante la generalidad, y por esta razón no asistimos á la reunión donde se tomó tal acuerdo, con el que no había necesidad de asegurar estábamos conformes. En ocasiones parecidas hemos molestado á determinadas personas encargándolas nos representen; pero como quiera que los casos se repiten con frecuencia, hemos determinado no causar nnevas incomodidades á los dignísimos compañeros que nos han honrado admitiendo nuestra representación.

Pocos días después del citado acuerdo — del que no teníamos noticia — un empleado de *El Dictamen* trajo á nuestra Administración ese manifiesto para su firma. La persona que está al frente de esta oficina no se atrevió á firmarlo sin consultarnos, lo que ha dado ocasión á ciertas reticencias del señor director de *El Dictamen* en una carta dirigida al del *Diario Médico-Farmacéutico*, que está dándonos una prueba de compañerismo que no olvidaremos, no sólo no publicó, sino que refutó, declarando que el Dr. Sangredo aceptaba la idea, como acepta todas aquellas que honran á la clase.

Nosotros, que rindiendo culto á la justicia, habíamos elogiado á *El Dictamen*, no podíamos esperar de él tan extraña correspodencia.

Conste que, apesar de no figurar el nombre de El Dr. Sangredo al pie de esa manifestación, nos adherimos á la

idea, qne recomendamos á nuestros amigos y compañeros.

Damos las gracias al *Diario Médico* por su calnrosa defensa, y se las damos asimismo al *Jurado Médico* por la aclaración que tan espontáneamente ha pnblicado, agradeciendo tanto más á la última publicación ese rasgo de compañerismo cuanto qne es la única quizás con quien hayamos sostenido un debate vivo y animado.

***

En la Sociedad de Higiene se sigue discntiendo con interés la cuestión de los desinfectantes, habiendo usado de la palabra gran número de socios, en su mayoría para rectificar.

El día 27 del mes anterior procedió esta corporación á la elección parcial de cargos, resultando elegidos: presidente, D. Modesto Martínez Pacheco; vicepresidentes, D. Angel Pulido y D. Mariano Benavente, y secretario general, D. Felipe Ovilo.

***

Asimismo continúan las conferencias teórico-practicas que anunciamos en el número anterior en el Hospital general, gracias al entusiasmo de unos jóvenes profesores del cnerpo facultativo de la Beneficencia provincial qne se hacen acreedores á los mayores aplansos.

El cólera va cn paulatino descenso, y los casos sospechosos de Barcelona y Madrid van siendo, afortnnadamente, menores en número.

Y apropósito de casos sospechosos.

Refiérese quc en una ciudad asiática habia grandes temores de que fuese invadida por la peste, que á la sazón castigaba países limítrofes, lo que tenía grandemente inquieto á Pharxes, caudillo de Alejandro, que gobernaba aquel distrito militar. Un día se le presentó el jefe de sus médicos, comunicándole qne se había observado un *caso sospechoso* en los suburbios.

—¿Habréis dispnesto su incomunicación?—dijo el General al médico.

—No lo he considerado necesario—repuso el interpelado,— porqne el infeliz es un extranjero que desconoce el idioma nacional y al que ninguno pnede comprender.

El General contempló con asombro al médico, considerándole como el *caso sospechoso* más legítimo, y nosotros, recordando el hecho, nos convencemos una vez más de lo verdadero de aquel dicho:

Nihil novum sub sole.

DR. DOGRESAN.

LAS FIGURAS DE MI GALERIA

DON FRANCISCO SANTANA

Pertenece á la categoría poco numerosa de los hijos del trabajo y verdaderamente útiles que ponen su atención en cubrir con el ropaje de su modestia sus muchos y relevantes méritos.

Alumno interno, ayudante de clases prácticas, profesor sustituto, director de trabajos anatómicos, he aquí algunos de los cargos que desempeñó en la Facultad de San Carlos á gusto de todos y conquistándose simpatias y renombre de profesor ilustrado, laborioso y amable.

Por estas envidiables condiciones, y por su excesiva modestia, no se le ha visto figurar, como á ciertos contemporáneos suyos de menos valer indudablemente, en política, ni en el número de los paniaguados con fortuna.

No podemos citar en este sitio los servicios del Dr. Santana en los cuarenta y cuatro años que lleva en la facultad de Medicina, ni menos sus numerosos trabajos científicos, entre los que se encuentra la traducción de libros importantes, algunos de los cuales sirven de texto en las Universidades.

DON ALEJANDRO SAN MARTIN

Es un joven catedrático de la facultad de Medicina de Madrid.

Alto, delgado, de ojos pequeños y algún tanto oblicuos, es amante de sus discípulos, y mucho más de la ciencia, en pro de la cual tiene mucho hecho; su voz, un poco apagada, aminora sus dotes oratorias, que no están á la altura de sus vastos conocimientos.

Los escritos y antecedentes de este simpático compañero serían bastantes á explicar el respeto y consideración que todos le tienen de hombre ilustrado y maestro digno; pero el saber que lleva ganadas dos cátedras: la de Terapéutica y Patología quirúrgica en buena lid hace que aquella consideración y respeto se centupliquen.

En su *Curso de Patología Quirúrgica*, aún en publicación, excesivamente lenta por cierto, se encuentran bellezas innumerables de estilo y primores científicos que delatan el buen gusto y la aplicación de su autor (1).

Se dice que, habiéndosele ofrecido una plaza en la Real Academia de Medicina, la renunció con exquisita y rara modestia, alegando que aún era joven para tan honorífico cargo, rasgo que hace la apología del Dr. San Martin, á quien, por otra parte, se le señala como uno de los profesores más ilustrados y estudiosos de este país.

En este año demostró en el Ateneo sus envidiables conocimientos y espíritu polemista.

(1) Véase la visita 16.

NUESTRA DECADENCIA

¡Valiente polvareda ha levantado el *Feuilleton* del dichoso periodiquito francés!

La verdad es que el artículo de la *Gazete Hebdomadaire* en contra de don Santiago G. Encinas, es de lo más bochornoso. Figúrense VV. que la *Gazeta* traspirenaica se empeña en demostrar que la *Metodologia y principios generales de clinica quirúrgica* del Dr. Encinas es una traducción, al menos en sus cien primeras páginas, de una obra de un profesor de Strasburgo, y sin más ni más, califica el hecho de «escándalo nniversitario,» resultando una crítica durísima de las que hunden á cualquiera *per secula seculorum*.

Francamente, tal proceder no es caritativo ni cosa que lo parezca, ni mucho menos la guasita de poner frente á frente el texto original y el que se supone copiado...

Pues qué, ¿solamente se le ha de ocurrir á Schutzenberger escribir de ciertos asuntos?

Aquí lo que hay es que los escritos del Dr. Encinas y los del profesor de Strasburgo coinciden en ideas, en palabras, en método y hasta en el orden de algunos de sus párrafos.

Y esto indica la verdad de sus afirmaciones, porque cuando dos personas, que ni se conocen ni se cartean, piensan y dicen lo mismo de ciertos asuntos, sus juicios van por el camino de la evidencia; esto es claro, y sólo hay motivo para felicitarnos.

Pero no, señor; vaya V. á tapar bocas... ¡Y qné de lindezas se dicen por esos mnndos á propósito de este asunto!...

Yo pensé un día criticar la obra de Encinas; pero como se murmuraba que se parecía algún tanto á cierto libro traducido en España, quise orientarme para averiguar la verdad, cnando se desprendió como nna bomba la noticia de la *Gazette Hebdomadaire* del 10 de octnbre, noticia qne me hizo el efecto de un sorbete aplicado á los riñones. Desde aquel día ya no pensé ocuparme de la obra de D. Santiago, porque siempre me le represento agobiado, nervioso, convulso ante el cargo que se le hace en la *humanitaria Gaceta profesional.*

¡Y qué cosa tan rara! Esta publicación no es la que más circula por España, y sin embargo, el número en que se maltrata á nnestro cirujano abunda que es nn prodigio, todos lo han leído... ¡Misterios de Dios!

¡Pero con qné visos de veracidad pretende demostrar el plagio el crítico francés!... Vamos, qne casi se convence uno.

Los espíritus apocados se encnentran aturdidos ante los dichos y aseveraciones de la citada *Gaceta.*

¿Qué dirán los extranjeros de nuestros libros? ¿En qué concepto tendrán á la clase médica española? ¡Qué afrenta, Dios mío! ¡Cómo se nos burlará el pneblo! ¡Y es que ya llneve sobre mojado! Estas y otras exclamaciones se oyen á todas horas de labios de hombres que piensan bien.... Pero es que se dicen otras palabras que no me atrevo á copiar....

Yo, francamente, no quiero dar crédito á lo que dice el crítico francés; veo que tiene razón en algunas cosas, pero... no quiero creerlo... en D. Santiago G. Encinas; un hombre de su repntación y talla no necesitaba ir á espigar tan lejos... á Strasburgo; además, ya dijo por boca de *El Globo* qne no conocía la obra de Schntzenberger, y por tanto, la cosa qneda reducida á pura casnalidad... y maledicencia de ruinetes y miserablines.

Por supuesto que aunque saliera cierto, Dios no lo quiera, no había por qné extrañarse; la época convida á ello.

Estamos en un período de verdadera decadencia. Los apóstoles viviendo holgada y cómodamente y publicando periódicos; los maestros en bacteriología dando pitadas y caídas garrafales; la enseñanza sin criterio lógico; el personal docente pidiendo una monda; los médicos, próximos á que se les ajuste como á las patatas, ante la frecnencia con qne se entablan pleitos por cnestión de honorarios; todo, en fin, indica qne estamos atravesando días explendorosos para la ciencia médica.

Pero, en fin, qne años atrás apareciese una Patología quirúrgica general de un español, que luego resultó extranjera; qne más tarde aparecieran dos obras calcadas en conocimientos modernos, muy parecidas entre sí y semejantes á una tercera; qne haya quien se dé tono con preparaciones qne no le pertenecen; qne se pronuncien discursos y se escriban Memorias originales, confeccionadas con despiadados tijeretazos á ciertos autores; qne al hablar con énfasis de los desinfectantes se parodie al Vallín ó se demnestre ignorancia en Patología general; que se escriba nn libro sobre el cólera, compuesto de remiendos mal adquiridos y peor enlazados, cosas son todas ellas comnnes y nada extrañas, una vez que los héroes snelen ser, por lo general, gente de poco empuje que necesita andadores; pero creer que la Metodología sea una traducción

completa del libro de Schntzenberger, como se cree por alguno... hombre, la cosa es muy fuerte y requiere oír al acusado, el cual creo yo habrá de explicar la uniformidad entre el libro español y el extranjero. Por de pronto nosotros réconocemos la originalidad en el libro de Encinas en mnchos de sns capítulos que llevan el sello de localidad. D. Santiago G. Encinas dedicó su Metodología, «como producto de sn labor, de su pensamiento y propia experiencia,» á la memoria de los doctores Argumosa y Toca, cnyos señores, si allá en su sepulcro leen la *Gazette Helbdomadaire*, qne sí la leerán, pues que abunda mncho en estos días, dirán para sus hnesos: «si la obra resulta plagio, ¿qué nos ofrece el bnen Encinas?»

Vea, pues, el eminente cirujano la conveniencia de sincerarse y defender su reputación, que es lo qne tiene el honor de aconsejarle el

DR. RUBINSTEIN.

VIAJE A CEREBROPOLIS (1)

CARTA TERCERA Y ÚLTIMA

Omnia vincit veritas.
(OLIVA SABUCO, en su carta al Conde de Barajas.)

Sr. D. Juan Giné y Partagás:

Se me antoja, mi querido y sabio amigo, que en vuestro celebrado y donoso *Viaje*, habéis echado por el atajo de la heterodoxia ataviado de incrédulo y con ribetes de herejía, al tratar del alma, de la conciencia y del libre albedrío; y como estos asuntos, especialmente el primero, lindan con el nervio de la religión, temo que, si no os reportáis, no gozaré del placer de veros á mi lado en esta mansión. Por más que vuestro delito no debe ser mny pesado, á lo que imagino, ya que Dios os concedió aptitnd de negar ó afirmar lo qne mejor os viniera en mientes; libertad que, con la falta de pruebas á vuestro gusto, disculpan y hasta motivan los dichos y creencias de su merced.

Mirando las cosas imparcialmente, yo felicito al Dr. Giné por la decisión y valentía con que abraza y defiende un sistema filosófico entre los muchos qne consigna la historia. En cambio yo (¡desdichada de mí!), aún no pude inclinarme científicamente á ninguno. He procurado leer bastantes libros de filosofía en los pocos ratos que tengo desocupados, y, sea por mi torpeza, sea por mi desconfianza, no encuentro ningún sistema amplio, completo y que me satisfaga; por el contrario, todos los hallo deficientes, exclusivos y apasionados, conteniendo, el que más, la verdad en parte.

Cuando yo habitaba esa dichosa tierra, estuve afiliada á la filosofía cristiana en las cuestiones más trascendentales; pero hoy, después de analizar tantos y tantos géneros de filosofía (que no todos son filosóficos), me encuentro como el que subido en lo alto de una colina, y siendo débil de vista, no distingue con claridad, apesar de sus esfuerzos, el paisaje que hay á sus pies.

Yo anhelo un sistema lato, claro, verdadero en todas sns partes, y como tal, que atraiga á todos; y no los sistemas de hoy que, cnál más, cuál menos, se cifran en la autoridad de sus inventores y en la fe de los adeptos. Estos sistemas son los que hacen el gasto en la rueda del tiempo, que los viene hnndiendo y levantando alternativamente más ó menos disfrazados.

La experiencia y la historia me hacen pensar, en vista de la constancia con que resucitan ciertas ideas, si todos los sistemas tendrán algo de verdadero, y el verdadero sistema sea el qne los abrace á todos. Por supuesto que este no ha de ser el eclecticismo que en los tiempos se ha usado, el cual no fué otra cosa qne nn ramillete de ideas científicas nnidas á gusto y capricho del confeccionador.

No me tengo por espíritu eminentemente filosófico; pero creo muy del caso

(1) Véanse las visitas 22.ª y 23.ª

para navegar en las procelosas aguas de la ciencia, el desechar toda prevención, guardando siempre un poco de duda al abrazar un sistema; que el asimilarse con entusiasmo un género de filosofía, supone gasto de fe, sacrificio de autonomía racional y olvido de que, al proclamar nn solo sistema, se desprecia á los sabios de opuestas escuelas, y que la verdad es universal, ilimitada, y por tanto, que no cabe toda en los moldes de un sistema dado, que aisladamente podrá constituir un radio, pero no toda la rueda de la ciencia.

El qne preocupado con los hechos hace abstracción de lo que no es fenomenismo, es cojo en filosofía y sacrifica lo ideal á lo real (si hay algo real que no sea ideal); quien se abstrae analizando el pensamiento, está abocado al vicio opuesto, notándose que ambos defectos suelen converger en un punto, el pantehismo, ya sea la materia, la snstancia eterna é infinita, ya sea la idea; pero unos y otros profesan una filosofía mutilada.

Mas dejémonos de estas generalidades, en las cuales no hemos de andar muy distantes su merced y yo, y digamos algo del alma, del libre albedrío y de la conciencia, que es lo que prometí.

Holgárame, mi docto amigo, de poseer su vasta instrucción y claro talento para tratar de estas cosas tan snyo delicadas; mas ya qne naturaleza no le plugo adornarme con tales galas, me limitaré á exponer mis sempiternas dudas, y ann así, con miedo de no dar en el clavo, sólo que, siendo su merced el censor principal de mis escritos, no sentiré el haber errado, toda vez que el varón prudente saca fruto de ajenas equivocaciones (1); á más, como los caballeros de valía siempre fueron obligados de favorecer á las mujeres en sus aventuras, yo espero que vos me perdonaréis el haberme metido en la presente. Y sin más razones, veamos qué se dice del espíritu por boca ajena, ya que mi alma, apesar de ser señora de mi voluntad, es tan gazmoña, que no quiere retratarse en estas líneas, por más qne se lo ruego, y bien sabe Dios qne mi súplica es sincera.

Para Tertuliano, el gran filósofo de Cartago, el alma humana era una sustancia indivisible, libre, inteligente, invisible, pero corporal y con distinción de sexos, que se une al cuerpo en el útero; Clemente de Alejandría la consideró capaz de pensar por sí, sin auxilio de los órganos; Orígenes la creyó tan de alta jerarquía, que necesitó un alma inferior, de más baja estofa, para servir de intermediaria entre aquélla y el cuerpo; nnos tuvieron al alma como preexistente al organismo, otros no; para San Agustín, es la imagen de la Trinidad, á la que retrata con sus tres facultades: memoria, inteligencia y voluntad; hubo quien aseguró que el alma es parte de la snstancia divina, otros que procedía de la materia, en tanto que San Isidoro contradijo ambas opiniones, asegurando que el alma de las bestias se disuelve con el cuerpo al tiempo de la muerte; Hugo de San Víctor la consideró como la razón eficiente de toda función; Santo Tomás, en su tratado *De ánima*, libro 2.°, dice que las facnltades del alma son cinco: locomotriz, nutritiva, sensitiva, apetitiva (apetito sensible y voluntad), y la intelectual, división que recuerda las propiedades vitales admitidas por ciertos autores contemporáneos; Raymundo Lulio necesitó, á más del cuerpo y del alma, nn espíritu encargado de la duración de la vida, así como admitió un sexto sentido, el del lenguaje, y creyó qne el cielo tenía su alma correspondiente; Averroes, que no se inclinó por la inmortalidad del espíritu como muchos filósofos, admite dos almas: la *humano-sensitiva* y la *humano-inteligente*; la primera empieza á vivir con el cuerpo, la segunda asiste al individuo cuando la facultad cogitativa, que es la potencia más perfecta del alma humano-sensitiva, se halla en estado de proporcionarle materiales para la intelección; Campanella entendió que el alma del hombre era una materia aeriforme compuesta de

(1) Carta dedicatoria de D.ª Oliva al Rey nuestro señor.

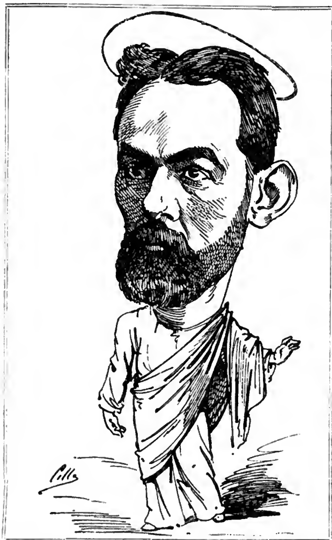
GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. SANTANA.

De mi cara la bondad
con mi modestia se hermana,
y esto no es casualidad,
es lógico: soy Santana.

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. SAN MARTÍN.

No os fijéis en la figura
ni en la gracia de este cuerpo,
que es *el mísero soporte*
de otro sér, que se halla dentro;
eso es lo que vale en mí,
que donde está mi cerebro
todo lo demás es nada...
¡Ya lo creo!

aire sutil y fuego; para unos es la razón; para otros la idea; quién qne es emanación de lo absoluto; quién que es corporal (Cardoso); quién que es inmaterial, pero no espiritual (discípulos de Wolffio); y por fin no faltaron quienes dijeran que el alma es un mito ó una prueba de temor ridículo y misticismo estúpido, como se dice en estos tiempos, ó bien una muestra de la ignorancia biológica, toda vez que una oleada de sangre de más ó de menos, ó una leve alteración material inutilizan á esta entidad tan superior, tan inmortal y tan aristocrática.

Después de lo dicho, ¿quién es capaz de definir el alma? ¿Quién se atreve á clasificar sus atributos y propiedades? Por mi parte, no sólo veo la cuestión tan enmarañada como en mis tiempos, sino que *nestio quoqunque vertam*.

Pero veamos si tenemos más fortuna en dilucidar el asiento del alma. En el cerebro la colocó Platón; Fortlage lo niega; Heráclito y Cristias en la sangre; Arístoles en el corazón; Epicuro en el pecho; yo dije estaba suspendida en el cerebro; Descartes la colocó en la glándula pineal; Sæmering en los ventrículos del encéfalo; Kant en el agua de las cavidades del cerebro, convirtiéndola en ondina; Fichste en todo el sistema nervioso; Ennemoser no quiso ser menos, y la situó en todo el cuerpo, sin duda porque vió que el rabo de las lagartijas seguía moviéndose después de cortado; T. Willis creyó que el ánima residía en los cnerpos estriados; Lapeyrome en el cuerpo calloso; habiendo quien la colocara en la snperficie del encéfalo y hasta en las meninges. De suerte, querido amigo, que no hay callejón ni plazuela en la urbe cerebral en donde no hayan sorprendido al alma matándose las liendres ó zurciéndose las calcetas.

Tras de tantas contradicciones y niñerías, me siento inclinada á reirme de los filósofos y tener á la filosofía como enemiga de la verdad, según dijeron, entre otros, Tertuliano, Anobio y Lactancio. Al mismo tiempo siento impulsos de suprimir el alma, que después de admitida una voluntad suprema, no parece tan necesaria. Sin embargo, cuando considero que con esta negación no puedo abolir su posibilidad de existir, que es la cuestión más seria, y que reniego de sabios tan grandes como Platón, Vives, Leibnitz, Descartes, Vallés, Balmes y otros mil; cuando medito que al no admitir el alma por incognoscible me expongo con tal proceder á no estudiar nada, ya no sé qué partido tomar, ni qué sendero seguir.

Por otra parte, cuando siento allá en mi interior una fuerza que se reconoce, una conciencia que se limita, un algo que me impulsa á los placeres espirituales á costa del sacrificio corporal; al observar qne aqnella existencia reconoce su dignidad, reclama sns derechos, acata los deberes, y por ella tengo tesón cuando quiero, admiro la belleza de una verdad abstracta y formo ciencia sin basarla en los fenómenos tangibles; si noto que tal existencia es precisamente lo opuesto de la materia, porqne conoce á ésta y lógicamente han de ser distintas, con la distinción que separa lo conocido de lo que conoce; si medito que por ella subyugo á la memoria y al entendimiento, qne modifico y rectifico, no sólo las impresiones sensuales, sino mis juicios, me muestro inclinada á considerarla como una entidad diferente del organismo, y snperior á la *flor de la materia*, como llamó un filósofo al alma.

Empero al reflexionar que las propiedades vitales y psíquicas no tienen límite posible y que unas y otras se las puede observar más ó menos claramente en la escala animal, hasta en los últimos confines rayanos con la materia bruta, ya vuelvo otra vez á zozobrar en mis convicciones, puesto que voyme derecha á buscar la fraternidad entre mi alma y la de los brutos, lo cual es herético y muy expuesto á controversia; al discurrir que no comprendo la función del espíritu sin substratum vivo, mientras que lo contrario sí; al recordar la influencia de lo material en lo incorpóreo, me inclino á cantar las excelencias de la materia. Total, que en este asunto

como en otros mil, ni distingo claro, ni veo cercano el día de adquirir el convencimiento científico.

Tengo para mí que la idea del alma nace de la necesidad de explicar el conocimiento reconociéndose; el yo, que es la idea de la idea; la conciencia limitándose por lo que ignora (1), y como en la naturaleza, la idea de algo y la limitación de un cuerpo se hace por una inteligencia extraña á éste, de aquí que necesitemos una existencia superior ó independiente para nuestro reconocimiento interno.

¿Existe esta entidad independiente? ¿Puede el organismo por sí realizarlo? ¿De qué manera? *Ignoramus.*

Los vidrios de mi ciencia están muy empañados para tratar esta cuestión, que no está más clara que en mis días.

Parece ser que, en el precioso *viaje á Cerebrópolis*, se niega la existencia del libre albedrío en un discurso tan ingenioso como elocuente. Sobre este modo de discernir, se me ocurre alguna reflexión encaminada á defender la libertad de mis actos enfrente del fatalismo materialista, más desconsolador que el del Corán.

Vamos á ver, querido maestro; el placer de entablar relaciones con vuesa merced me aconseja que escriba la presente; la convicción de mi nulidad y de vuestros méritos me dice que calle, y si no fuera porque la consideración de sus bondades viene á animarme en la empresa, yo no me decidiera á trazar una línea. Pues bien; en este pequeño drama intelectual se nota que mi determinación mirada *a posteriori* resulta motivada por la última reflexión y parece como fatal; pero considerada la cuestión *in principio*, claramente se desprende que hubo un momento en que yo pude dejar de escribir según mi libertad, que nunca puede ser ilimitada.

Pero, ¿qué es el libre albedrío? Yo no sé sino que San Anselmo le definió: *potestas servandi rectitudinem voluntatis propter ipsam rectitudinem*, con lo cual la potencia de pecar no entra en la esencia de la libertad. Roberto Holkot dijo que la libertad entraba en la esencia de la voluntad de tal manera, que Dios no podía separar una de la otra; nuestro Raimundo Sabunde, notable filósofo catalán del siglo XVI, establece el libre albedrío en la actitud de ejecutar obras malas y buenas, deduciendo por esta libertad la existencia de Dios, pues que el hombre no puede premiarse ni castigarse á sí propio; Averroes y Avicena dieron tal importancia á la voluntad humana, que la creyeron capaz de producir revoluciones atmosféricas; para San Nemesio, el libre albedrío era consecuencia natural de la inteligencia, idea sustentada por muchos filósofos hasta hoy. Por fin, desde tiempos remotísimos y aun en los días que corren, se reconoce la responsabilidad de los actos humanos.

¿Es posible que los filósofos citados y las generaciones todas se hayan equivocado hasta el punto de afirmar y creer en un absurdo? No; yo opino que el libre albedrío es un hecho matemático reconocido por la conciencia y la experiencia á un tiempo, y no creo útil ni lógico, negar la espontaneidad del hombre. Sólo que el asegurar que el albedrío es libre *todo*, y en *todas* ocasiones, es decir, *libre* en la expresión más lata, es un error; nuestras determinaciones son libres en parte, porque así como no podemos menos de percibir el estampido de un cañonazo próximo, por más que la voluntad se oponga á este fenómeno perceptivo, así tampoco podemos sustraernos completamente á la influencia orgánica, cósmica y de educación moral, en nuestros discursos y determinaciones.

¿Será el libre albedrío un proceso celular, una modalidad del movimiento atómico del cerebro, una función, por fin, material? ¿Será una manifestación del alma, siempre una, idéntica, según la opinión de la filosofía tradicional? Ignoro lo que haya sobre esta cuestión y dudo que los modernos descifren el enigma en mucho tiempo. Entretanto, sí puedo decir que para asegurar una ú otra es-

(1) Véanse las obras filosóficas del Dr. Nieto y Serrano.

pecie, necesario es fundarla en la fe, porque la ciencia nada concreto dice en este particular. Un animal ejecuta un acto porqne quiere; un hombre piensa cuando quiere y lo que le place en el momento; en ocasiones quiere creer lo contrario de lo qne siente, y por más qne no lo consiga, este primer intento muestra su libertad como se hace patente, creo yo, cnando demostramos lo contrario de lo que sentimos por conveniencia, maldad ó sacrificio, actos todos ellos que, como la adoración, el heroísmo y la virtud, no se explican *fácilmente* por la dinámica molecnlar.... .. ..

Quisiera decir algo acerca de la conciencia, de esa función suprema, compleja y maravillosa considerada por muchos como ente sapientísimo que conoce y se reconoce á nn tiempo, qne no tiene extensión, y es objeto y sujeto en un mismo instante, y en la cual estriba la verdadera y única ciencia; pero como en tal asunto no había de discrepar grande cosa de sus opiniones y nada había de añadir á la peregrina descripción que en el precioso viaje su merced consignara, renuncio á decir nada y con alegría, porque cerrando el labio y limpiando la péñola, ejerzo la caridad de dejar en reposo á su espíritu asendereado y maltrecho con mis premiosos y machacones conceptos; pero sintiendo de todas veras no encomiar como se merecen, y nno por uno, todos los divertidos é ingeniosos pasajes de su recomendable librito, pues qne todos á cual más, me entusiasman y divierten en grado máximo.

Sr. Giné: ya llegué al término de mi labor, y en verdad que su merced será el más fatigado, por cuya consideración doy remate á estas líneas, que si por mí fuera no tendría bastante con una eternidad para hablar de vos y de vuestro libro, á juzgar por lo que respeto á su merced y el viaje me agrada. Hecho de ver, en las postrimerías de estas mal zurcidas epístolas (1), que no valen la pena de haber solicitado vuestra atención; ni tienen nada de nuevo ni de hermoso; por tanto, yo os ruego las rasguéis cuando lleguen á vuestras manos y olvidéis su contenido, mas no la intención qne me moviera á escribirlas, ni la amistad y admiración que, desde la gloria, por vos siente su segura servidora que sus manos besa,

Oliva Sabuco de Nantes Barrera.

Por la copia,

Luscinda Protoplasma.

(1) El Dr. Sangredo se honrará en breve, publicando la contestación á estas cartas, debida al ilustrado Sr. Giné y Partagás.

CANTARES

Dos penas tengo en el alma
que no se apartan de mí,
la zurra que te pegaron....
y el que yo no te la dí.

Dicen que nos van hacer
una ley de Sanidad,
dicen la van hacer
dicen que larán, larán...

Ayer tarde me jurabas
que contigo se morían...
y hasta el microbio de casa
me miraba y se reía.

Los extremos más lejanos
qne se pueden encontrar
son lo muy poco que vales
y tu mucha vanidad.

No me mates, no me mates,
déjame vivir en paz,
que es argumento de sabio
que no sabe decir más.

Las penitas que yo paso
son las penas del infierno,
fuí delegado del cólera
y hablo mal contra el Gobierno.

En hojas noticieras
sembré claveles,
nacieron calabazas;
¡vaya una suerte!

Si quieres tener la cara
lo mismo que la de un chino,
juega con el azafrán
y te pondrás amarillo.

—

No rías del pajarillo
que está aprendiendo á volar
mira que las alas crecen
y hace el tiempo lo demás.

DR. ESE.

UN DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO

En medio de tantos y tan grandes infortunios qne pesan sobre el país; en medio de las amarguras que comprimen el corazón y amilanan más el harto abatido espíritu; entre la epidemia que nos amenazaba, y qne parece amenazarnos para la primavera próxima, y las noticias desconsoladoras de nnestro más rico florón del mar Caribe, y las no menos alarmantes que, en voz baja y mal veladas por la prensa política, llegan á nosotros, el suceso de que vamos á dar cuenta á nuestros lectores es un bálsamo consolador que hace renacer en el pecho las marchitas esperanzas y renueva las perdidas ilusiones, como próspero nuncio de más dichosos días.

Así como nnestro gran poeta hacía decir á uno de los personajes de sus obras:

Aún hay patria, Veremundo...

así decimos nosotros también, henchidos de vanagloria: *aún hay ciencia médica española;* ya no tendremos qne acudir al extranjero en busca de elementales conocimientos, qne se prestan con desdén; ya no expondremos á nuestros genios, ocultos ó conocidos, á los desaires de esos sabiecillos extranjeros, que vendrán, como en pasados siglos, á mendigar de nosotros el espíritu de la sabiduría; ya nnestros catedráticos no se expondrán á la burla del periódico francés, que tiene la osadía de poner en su idioma y en castellano, en columnas paralelas, escritos que pasaron por originales... No, no; todo eso, si pudo pasar alguna vez, pasó para siempre.

El notable descubrimiento del ilnstre director del Laboratorio micrográfico de San Juan de Dios demuestra á las claras lo qne son capaces de hacer los hombres á quienes tenemos por sabios y eminencias. Valemos mucho, pero mucho, siendo lo más notable del caso qne ignoramos cuánto; la modestia de hombres tan eminentes es igual, por lo menos, á su verdadero valor científico.

Si el descubrimiento de que hablamos se hubiera hecho en Francia, en Alemania, en Inglaterra, los hilos telegráficos hubieran trasmitido tan consoladora noticia á las más apartadas regiones del globo; aquí nos hemos limitado á publicarlo en los periódicos políticos y noticieros, buzón científico por donde algunas de nuestras eminencias arrojan sus elucubraciones, desde qne otra gloria nacional—en sn género—el Dr. Garrido, descnbriera tan extraño filón.

Y es que la sencillez forma la base principal de nnestro carácter. En otras naciones los sabios trabajan mucho, experimentan no poco, meditan más, y cuando están muy seguros de lo que van á decir, lo hacen en centros científicos, lo publican en libros y en la prensa profesional, de donde lo toma la política y noticiera después de estar todos convencidos de que no es un *pato* (1) el guiso que ofrecen á sns lectores; pero aquí... aquí se adopta otro sistema, y con tal de alcanzar popularidad, aunque sea la

(1) En francés.

de los apóstoles y la del farmacéntico ¶ 6, que venga de ahí.

Por eso no debe extrañar á nuestros lectores que el mayor descubrimiento que se ha hecho en España en lo que va de siglo se haya anunciado tan modestamente, que para muchos habrá pasado quizás desapercibido.

Nosotros, que creemos que la modestia es una de las virtudes más recomendables en el sabio, estimamos que ha habido en esta ocasión un exceso de virtud. Buena es la modestia, pero no tanta.

Y vamos al descubrimiento, que desde luego, para evitar dudas, declaramos que no es el del gazpacho sin *allium* ni *cæpa*, ni el mismísimo del azafrán; con ser este de tan gran importancia, queda oscurecido ante la brillantez del último parto del ilustre maestro y director del laboratorio de la Plaza de Antón Martín.

Lean nuestros lectores:

«El ensayo repetido en el laboratorio del hospital de San Juan de Dios con las sustancias colorantes para matar toda clase de bacterias, nos ha dado el resultado siguiente, que no sólo puede servir para la desinfección general, sino para el tratamiento de las enfermedades infecciosas ó de las úlceras y heridas infectas:

1.° Anilinas, todas ellas en soluciones acuosas ó alcohólicas al 4 por 100 de concentración, matan primero y tiñen después inmediatamente todas las bacterias, bacillus, spirillum y micrococos, excepto el del croup.»

Así como la violeta oculta entre sus verdes hojas deja escapar su suavísimo perfume, así el notabilísimo descubrimiento que coloca á su autor como micrógrafo (1) á la altura de Pasteur y de Koch, se esconde tras otros menos importantes. Qué importancia puede tener que las anilinas maten ó dejen de matar todos los microbios ante el descubrimiento del micro-organismo que produce el croup.

Después de la tisis, es una de las enfermedades que más víctimas arrebata á la humanidad; por eso ponemos el descubrimiento de ese microbio á la altura del bacilo de Koch.

Laboubène, Tigri, Hallier, Max Jaffé, Oertel, Nasiloff, Classen, Eberth, Letzerich, Zahn, Klebs Talamon, Cornil, Loeffel y tantos otros habían perseguido en balde esa idea, y después de mil notables trabajos, de curiosísimos experimentos en que habían cultivado é inoculado los parásitos vegetales á quienes habían atribuído el principal papel en ese terrible proceso morboso, hubieron de retirarse ante fracasos, nunca deshonrosos por ser procedidos de trabajos inteligentísimamente comenzados, concienzudamente proseguidos y seriamente ejecutados.

Estaba reservada esa gloria para un español ¡Dios sea loado! y vean nuestros lectores si tenemos motivo de envanecimiento y si nos faltarán manos para aplaudir.

Para conseguir ese resultado, nuestro ilustre compatriota ha debido practicar muchas autopsias, aislar al micro-organismo que señala como el del croup. hacer muchas inoculaciones y comprobar por ellas que había encontrado lo que muchos experimentadores no habían conseguido hallar.

Y ha de tenerse en cuenta que en las falsas membranas del croup se encuentran multitud de criptógamas, y aunque muchas de ellas pertenezcan á la flora bucal, un hombre de laboratorio debe

(1) Decimos como micrógrafo, porque bajo otros aspectos, de los que hubiera hecho bien en no salir, su reputación y su nombre no tenían que envidiar á nadie.

hacer con todas el mismo ensayo para poder afirmar con certeza un hecho de esta clase. Y cuidado que han sido señalados las siguientes: *spirillun tenue, spirillum undula, leptotrix bucalis, oidium albicans, diplosporum fuscus, tilletia diphteritica, microsporum, cryptococcus, micrococcus diphthericus* y muchos más, entre los qne no deben olvidarse aquel hongo de Talamón que dió tanto ruido y los innumerables bacilos de Loeffel.

Comprendan nuestros lectores el inmenso trabajo de nnestro compatriota para cultivar y hacer ensayos con todos esos vegetales, sin contar con el que pueda ser verdadero protagonista, muchos meses habrá empleado en tan provechosa tarea, qne el más activo de sus ayudantes no pudo concluir el año próximo pasado, según expuso en la Sociedad Española de Higiene, donde confesó qne apesar de mny laboriosos estudios, no podía asegurar científicamente cuál era el parásito en cuestión.

Verdad es que hay diferencia notable entre un simple mortal y el ilustre director de un establecimiento de ese género. Y que no ofrece dudas; ahí está con todas sus letras: *matan primero y tienen después inmediatamente todas las bacterias, bacillus, spirillum y micrococos,* EXCEPTO EL DEL CROUP.

En un principiante pudiera pasar como un lapsus; en el sabio antor de esas líneas esto es imposible. Cnando se está á su altura y se goza de tan jnsta reputación y esclarecido renombre, estas ligerezas son incomprensibles.

Otra razón nos mneve á ratificarnos en la verdad del descubrimiento. Cuantos experimentadores hemos citado dieron cuenta minuciosa de sus experimentos; aquí no se duda, y sin vacilar se da el hecho por supuesto, y cuando estas ideas salen de un laboratorio, y de un laboratorio tan bien montado como ese y que cuenta con un personal tan distinguido, que puede codearse con Pasteur y Koch y que conferencia con ellos, es porque se ha hecho el trabajo á conciencia, porque cuando de él sale una idea de semejante importancia es cuando se ha depurado bien, se ha observado mucho y se han meditado las consecuencias de una informalidad que pudiera acarrear el descrédito, no sólo del qne la vierte, sino de los que le rodean. ¡Qué confianza había de inspirar en lo sncesivo á las gentes discretas cuanto procediera más tarde de un establecimiento donde tan superficialmente se juzgaran cuestiones de tanta trascendencia!

No hay dnda, no; el descubrimiento del agente productor del crup se ha realizado.

Glorifiquemos á su autor.

Después de esto, no extrañarán nuestros lectores qne no critiqnemos algunas menudencias del artículo en que se da cuenta del hecho, aunque nos parezcan un tanto andacés las deducciones que se hacen á lo que ha podido observar nnestro ilustre y eminente compatriota, fijándonos, sin embargo, en estas líneas con qne termina el artículo en cuestión:

«Como una prueba evidente de que las bacterias están muertas es el que estén teñidas, no podemos menos de dar á conocer estos resultados prácticos, que son ya antiguos en la técnica microscópica, pero de los cuales no han sacado todavía los Médicos el fruto que deben sacar. No olviden, sin embargo, para la administración de las anilinas al interior, que hay algunas que contienen sublimado ó arsénico.»

De aquí parece desprenderse que de-

ben administrarse las anilinas al interior como microbicidas, lo que, sin previas observaciones, nos parece arriesgadísimo. Desde luego, aquí se ha querido decir, no las anilinas ó la anilina, sino las materias colorantes derivadas de ella; y aunque en la fabricación de algunas de estas sustancias suelen emplearse el arsénico y el sublimado, químicamente puras no los contienen. En las que se emplea más el arsénico, en las rojas, no hay traza de él estando bien elaboradas; hé aquí la composición de la más vulgar, y con la que estamos expuestos á ser envenenados todos los días:



$C^{10} H^{19} Az^{3}. HCl.$

Afortunadamente, con poca cantidad de fuchina se colorea bastante cantidad de vino malo; porque si fuera necesario disolverla en la cantidad que nuestro sabio y eminente experimentador la indica como *microbicida*, es decir, al 4 por 100, hubieran muerto infinito número de personas, porque es preciso tener muy en cuenta que la anilina es un veneno enérgico, y que sus sales, no siéndolo tanto, *harian sucumbir seguramente* á las personas que las tomaran en las dosis que parecen indicarse, no sin teñir antes de violeta—como si dijéramos, de oro y azul—las encías y las uñas de quienes, sin duda alguna, se verían desinfectados *per secula seculorum*. Y no por el arsénico ni por el sublimado que pudieran contener, sino por sí mismas, que ellas se bastan y sobran para eso (1).

¡Conque mucho cuidado!

EL DR. SANGREDO.

(1) Como no nos gusta proceder de ligero, hemos hecho algunos ensayos: varios cadáveres de conejos, víctimas de la ciencia, responden á nuestras afirmaciones.

TOTUM REVOLUTUM

El joven y distinguido operador, doctor Candela, director de *El Progreso ginecológico*, de Valencia, ha practicado una ovariotomía doble, motivada por existencia de quistes multiloculares. La operación ha sido practicada con la brillantez con que acostumbra el reputado catedrático de la Universidad de Valencia, que con esta son cuatro las ovariotomías practicadas en poco tiempo.

Reciba nuestra enhorabuena tan laborioso é instruído compañero.

***

En nuestro estimado colega la *Gaceta de los hospitales* hemos leído con gusto una carta en que se defiende á la clase médica de los burdos ataques que en estos días se le dirigen.

La intención del escritor es noble y laudable; pero crea que si algunos espíritus ligeros no hubieran dado motivo con su conducta á ciertos reproches, no hubiera tenido necesidad el Sr. Barrachina de escribir su epístola, que es muy de nuestro agrado.

***

¡La clase médica se salvó! De vez en cuando se anuncian vacantes de médico titular con la dotación anual de SETENTA, hasta CIEN pesetas, advirtiendo que en la población existen dos ó más comprofesores establecidos desde antiguo.

Invierta V. años y dinero para alcanzar una prebenda de esta índole y que luego le salga un cacique en cualquier parte... y sobrevenga un disgusto como el de los gatos de que da cuenta *La Correspondencia Médica*.

MADRID, 1884.
Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, Libertad, 16 duplicado.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

Honssagrives. — *Tratado de materia médica.* Hemos recibido el cuarto cuaderno de esta interesantísima obra que viene publicando *El Cosmos editorial*, con la cual ha de realizar el activo Sr. Bala pingües ganancias, haciendo de paso un verdadero servicio á la clase médica, que ha de leer con gusto el importante libro del catedrático de Montpellier.

Esta publicación, traducida y anotada por el Dr. D. Francisco Javier de Castro, merece la recomendemos eficazmente á nuestros lectores por lo trascendental y moderno de su contenido.



Ulecia y Cardona. — *Biblioteca económica de la Revista de medicina y cirugía prácticas.*

Acaba de repartirse el cuaderno 5.° en que termina la notable obra de Kusk *Ciencia y arte de los partos*, dando principio á las *Lecciones clínicas y terapéuticas sobre las enfermedades de los niños*, del Dr. Bouchut, que por su importancia y respetabilidad de su autor, formará indudablemente un precioso complemento al libro de Kusk, tan ventajosamente conocido del público.

Nuestra enhorabuena al Dr. Ulecia.



Koch. — *El cólera según el Dr. Koch*, traducción de las conferencias dadas por el eminente doctor alemán ante el Consejo Imperial de Sanidad de Berlín, llevada á cabo con escrupulosidad y esmero por los ilustrados ayudantes de clases prácticas de esta Facultad de Medicina Dres. Garin y Navarro.

Acompaña á dicha traducción un precioso prólogo del catedrático de Terapéutica de esta escuela Dr. Gimeno Cabañas, escrito con la severidad del fondo y el atildamiento y galanura de la frase con que el reputado publicista sabe revestir á todas sus producciones.

Respecto á la parte editorial, no vacilamos en decir que tanto por el papel, como por el texto, como por los grabados que le acompañan, inclusa el del Dr. Robert Koch, es lo más notable que se ha editado en Valencia, por lo cual felicitamos á su editor el conocido librero don Pascual Aguilar, y al Sr. Ortega, en cuyos grandiosos talleres se ha confeccionado tan notable folleto.

Dicho folleto se vende al precio de 2 pesetas.



Hueter. — *Elementos de cirugía.*

Se ha publicado el 8.° cuaderno de esta obra, correctamente traducida por D. Fernando Peña. Véase el anuncio que publicamos en la cuarta plana.



Gastaldo. — *El cólera morbo asiático. Un folleto de 54 págs., que se vende á 1 peseta 50 céntimos* — *Madrid, 1884.*

El conocido autor de este folleto ha condensado en él sus opiniones basadas en las epidemias de 1854 y 1865, que tuvo ocasión de observar en Valencia, Madrid y Real sitio de San-Fernando; este trabajo, con el que no estamos de acuerdo en muchos puntos—como por ejemplo con la conclusión 13 de la página 30, porque hemos tenido ocasión de comprobar lo contrario algunas veces,—revelan en su autor espíritu de investigación y sobre todo, amor al estudio.



Tresenius. — *Tratado de química cualitativa.* Hemos recibido el segundo cuaderno de esta obra, en el que se describen algunos reactivos, que van ampliados con eruditas notas del doctor Pezet.



Ruiz y Rodriguez. — *Elogio fúnebre á la memoria del Dr. D. Domingo Ferreira.*

Es un pequeño opúsculo en que la *Revista Médica de Sevilla* honra la memoria de un laborioso obrero de la ciencia. Felicitamos al autor de ese trabajo, y felicitamos asimismo á nuestro querido colega por ese acto, que debiera tener muchos imitadores.



Vallin. — *Tratado de los desinfectantes y de la desinfección.* — *Madrid, 1884.*

Se ha publicado el 6.° y último cuaderno de esta importantísima obra, que ha traducido al castellano con gran corrección el distinguido médico D. Federico Coll y del Amo. Varias veces nos hemos ocupado de ella, y no hemos de repetir ahora lo que ya expusimos. Es este un libro tan necesario para los médicos y las corporaciones municipales, que no necesita recomendación de nadie; él se recomienda por sí mismo.

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 16 NOVIEMBRE 1884. VISITA 26

SUMARIO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

Calle de Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
Trimestre	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año...... ...	10 »	Año..........	12 »	Año..........	18 »

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

Números atrasados de trimestres anteriores para los no suscritores,

DOS PESETAS

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16.

1884

NUESTRAS FIGURAS

PUBLICADAS HASTA EL DÍA

Dr. Santero (papá).—Dr. Letamendi.—Dr. Encinas.—Dr. Creus. Méndez Alvaro.—Dr. Nieto y Serrano.—Benavente.—Dr. Castelo. Calleja.—Maestre de San Juan.—Marqués del Busto.—Dr. Campá.—Federico Rubio.—Ustáriz.—Dr. Pulido.—Dr. Rodríguez Méndez.—Tejada y España.—D. Juan B. Comenge.—Carracido.—Amalio Jimeno.—Gine y Partagás.—Del Toro.—Olavide.—Cortezo.—Dr. Esquerdo.—Dr. Losada.—Dr. Martínez y Molina.—Doctor Cervera.—Dr. Alonso y Rubio.—Dr. García Camisón.—Doctor Masoti Arroyo.—Dr. Varela Jiménez.—Dr. Cortejarena.—Dr. Vilches.—Dr. Espina y Capo.—Dr. Celestino L. y Adradas.—Dr. Pasteur.—Dr. Koch.—Dr. López García.—D. Antonio Mendoza.—Dr. Serret.—Dr. Ulecia.—Dr. Magaz.—Dr. Oloris.—Doctor Crous.—Dr. Yáñez.—Dr. Garagarza.—Dr. Puerta.—Dr. Santana.—Dr. San Martín.—Dr. Tolosa y Latour.—Dr. Peset y Cervera.

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

A LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 16 NOVIEMBRE 1884. VISITA 26.

ALGO DE LA QUINCENA

Con las últimas noticias de Francia han vuelto á resucitar las medidas enérgicas, el miedo y el sobresalto. Los microbios vuelven á estar de moda, y con ellos los delegados hechos unos personajes. Y en verdad que estos nuevos *chendarmes* del bacilo deben ser sumamente ilustrados en epidemiología, porque es de presumir que cargos tan importantes se deberán tan sólo á sus méritos, y no á influencias ni compadrazgos.

Como nosotros procuramos acrisolar el mérito de todos los compañeros, publicaremos una lista de obras originales de los señores delegados, para lo cual rogamos á todos nuestros lectores nos faciliten las noticias que sepan respecto á este asunto, á fin de sofocar las pullas que se les dirigen.

***

Como saben nuestros lectores, los alumnos de la Universidad de Barcelona hicieron una manifestación honrosísima á su digno catedrático D. Rafael Rodríguez Méndez, al que regalaron un magnífico busto de Pasteur. De ello se levantó acta, que fué remitida al ilustre sabio por conducto del Dr. Pietra Santa y del no menos célebre Marié-Davy.

Mucho agradeció el insigne miembro del Instituto esta muestra de aprecio, como verán nuestros lectores por la siguiente carta que publica nuestro estimado colega la *Gaceta Médica Catalana*:

«Sr. Dr. Rodríguez Méndez, profesor en la facultad de Medicina de Barcelona.—París 20 de julio de 1884.—Señor profesor y querido colega: Los alumnos que escuchan vuestras doctas

lecciones han tenido el pensamiento de asociar mi nombre al vuestro en el homenaje que os han tributado el 26 de mayo último, en la misma sala de vuestra enseñanza en la célebre Universidad de Barcelona.

»El reconocimiento á los servicios prestados es un privilegio de las almas nobles; pero, mediante vuestro impulso, la manifestación de que habéis sido objeto se dirige más alta aún que á vos mismo. Han querido vuestros alumnos afirmar su confianza en el porvenir de una doctrina médica, que les habéis expuesto con tanta convicción como talento. Por la parte que he tomado en los primeros fundamentos de esta doctrina médica y de sus métodos, he tenido el honor de compartir con vos las aclamaciones de esa juventud, que tiene tan desarrollado el instinto de lo verdadero.

»Estoy de ello orgulloso, y con gran emoción he escuchado la lectura del *Acta* que, por petición vuestra, me ha entregado el Dr. De Pietra Santa, en unión del presidente de la sociedad francesa de higiene, Mr. Marié-Davy, y de mi eminente compañero del Instituto, Mr. E. Bouley.

»Después de la dicha que proporciona el descubrimiento, ¡qué alegría hay comparable con la de verle fecundar por hábiles maestros y ser comprendida por discípulos que anhelan ardientemente el progreso!

»Os ruego, querido colega, seáis el intérprete de mi gratitud para con vuestros discípulos, y recibid vos la sincera expresión de mis sentimientos de alta y afectuosa estima.

L. Pasteur.»

A esta carta acompaña una tarjeta del doctor De Pietra Santa, que dice textualmente: «*Tengo el placer de remitiros esta carta, digna de ser grabada en mármol en vuestro anfiteatro.*»

Dado el verdadero cariño que profesamos al Dr. Rodríguez Méndez, omitimos las frases que se nos ocurren y que pudieran parecer interesadas; por lo demás, ¿qué mayor satisfacción puede encontrar nuestro amigo que la publicidad de esa carta? Pero si nada decimos de lo que á él personalmente corresponda, no hemos de relegar al silencio la satisfacción que embarga nuestro ánimo con la lectura de esas líneas, que vienen á restañar algún tanto las heridas que otros han inferido no há mucho con malas artes en la gloria de la Medicina patria.

No todo ha de ser duelos y quebrantos.

⁂

No es posible mentar esas palabras sin que vengan á la memoria los que ha experimentado la vecina República con la muerte del Dr. Fauvel. Era este anciano médico uno de aquellos veteranos de las conferencias de Constantinopla y Viena, y que poco á poco van desapareciendo de nuestro lado. Entusiasta por la higiene, á cuyo estudio dedicó su vida entera, fué uno de los epidemiólogos más notables del presente siglo; la entereza de su carácter le hizo ponerse frente á frente del mariscal Saint-Arnaud, que por no seguir sus consejos vió arrebatar por el cólera lo más florido de sus soldados en la guerra de Crimea; á él se le debieron principalmente las medidas de higiene internacional adoptadas en el Mar Rojo, que han preservado del cólera á la Europa, hasta que los ingleses prescindieron de ellas, y su nombre era respetabilísimo en Francia y en el extranjero, donde se le rendía justo tributo de admiración.

Últimamente, y estando al frente de la inspección sanitaria del vecino país, tuvo la imprevisión—incomprensible—de afirmar que la epidemia presentada en Tolón no era el cólera morbo asiático. El Gobierno francés, que conocía su competencia en estas cuestiones, vaciló en los primeros momentos sin adop-

tar las determinaciones enérgicas que tal vez hubieran librado á Europa de tan mortífero huésped; los discípulos predilectos de Fauvel se vieron en la necesidad de refutar á su maestro, y pocos días después los hechos confirmaban la inexactitud de sus aseveraciones. Como las caídas son tanto más peligrosas cuanto más elevado está el qne las da, la de Fanvel resonó en el mundo entero, cosa que le afectó tanto qne le obligó á retirarse de la vida activa, muriendo lleno de pesares y tristezas.

Tal acontece á los caracteres pundonorosos de los sabios, como Fauvel, á quien, apesar de su último error, la ciencia en general, y la epidemiología en particnlar, no olvidarán nunca.

***

No se entristezcan nuestros lectores preveyendo iguales ó parecidas catástrofes en nuestro país; aquí los que se caen se caen desde muy bajo y no se apuran nnnca; cuando más, dicen: yo no he sido, y se quedan tan frescos. Por lo demás, esas rozaduras son muy convenientes, porqne con ellas se desgasta el delgadísimo panal de oro que cubre unos ídolos de barro, en los que por fortuna sólo creen ya los pobres de espíritu y las inteligencias mediocres de algunos inocentes.

***

Como todo no ha de ser malo, no hemos de pasar en silencio la conducta del doctor Alonso Rubio, vicepresidente del Consejo de Sanidad. Hacen falta en este país de veletas y parlanchines caracteres enteros y dignos que no se dejen atropellar por nada ni por nadie, y el doctor Alonso, que ya tenía demostrado cuán poco interés despertaban en su alma las grandezas que á otros perturban el espíritu cuando no van acompañadas de la dignidad profesional, no dudó ni por nn instante en pasadas noches de retirarse del Consejo viendo que un intruso se había apoderado de la presidencia.

No faltará quien llame al Dr. Alonso cascarrabias y quisquilloso, porque aquí todo lo que sea mostrar entereza para defender sus derechos atropellados, por el que esté arriba llama la atención y causa extrañeza, que á tal estado de rebajamiento hemos llegado. No tiene el Sr. Alonso Rubio necesidad de los consejos de nadie y menos de los nnestros; pero si en algo los estimara, le diríamos que no se desprenda de esa regla de conducta, aunque sólo sea para mostrar á la sietemesina generación actnal cómo se portaban nuestros abnelos cuando en España había hombres enteros y viriles.

***

Dentro de muy pocos días empezarán las sociedades científicas sus tareas, qne prometen ser muy animadas. La española de Higiene terminó las sesiones extraordinarias en que se discutieron los desinfectantes con un discurso mny nutrido de doctrina del Sr. Martínez Pacheco.

En el Ateneo inauguró las suyas la Sección de Ciencias con una Memoria del Dr. Tolosa y Latour, qne fué muy aplaudida, y con razón; aunque no tuviera otros méritos, sólo los literarios la hacen nna joya de gran precio. Nosotros expresamos la satisfacción que nos causara pnblicando hoy la silueta de su autor en nuestra galería hnmorística.

***

En la Sociedad Jeneriana, constante y activa en sus labores, pronunció su digno é ilustrado presidente, el Dr. Serret y Comín, un extenso discurso acerca de las erupciones de la vacuna, tan bello en la forma como nutrido de conocimientos en el fondo; verdad es que otra cosa no podía esperarse de un joven tan modesto como estudioso.

* * *

¿Quién sabe si en la próxima visita tendremos que ocuparnos de alguna nueva y espontánea celebridad que con motivo del cólera surja de pronto?

Lo sentiríamos por la ciencia y por la clase.

¡Es tan desconsolador aplaudir *eminencias* que al poco tiempo se convierten en *chichones*!...

DR. DOGRESAN.

LAS FIGURAS DE MI GALERIA

EL DR. TOLOSA Y LATOUR

(A) EL DR. FAUSTO

Es un joven simpático y que ha estudiado con provecho el arte de no hacerse enemigos. Casi lo ha conseguido hasta ahora; pero de hoy en adelante le será muy difícil sostener ese papel, por fortuna suya; de otra suerte, ya podría arrinconarse.

Muy joven aun, quedó huérfano y se convirtió en *madre* de sus hermanos, á quienes adora, y apesar de sus barbas y de esta difícil situación, ha sabido conservar un corazón de *niño*. ¡Quién sabe lo que habrá contribuido cuanto acabamos de exponer en el título de su elegante revista!

Tolosa escribe y escribe bien, es más literato que médico, y ahí están sus hechos para demostrarlo; no queremos decir por esto que desmerezca en su profesión; por el contrario, le creemos uno de los mejores médicos de cuantos compañeros tienen pretensiones de escribir con gusto y con retórica.

Tiene escritos varios libros, folletos y Memorias, sobresaliendo entre todos sus trabajos *El niño*, obra que cuenta ya varias ediciones; es director fundador propietario de *La madre y el niño* y de *El hospital de niños*; ha colaborado y colabora en otras publicaciones, es secretario de la sección de Ciencias Naturales del Ateneo, profesor del hospital fundado por la Duquesa de Santoña, y ha dado á conocer importantes trabajos extranjeros.

Con estas condiciones y dada su edad, no es dudoso predecir que Tolosa y Latour es uno de los jóvenes de más brillante porvenir de la actual generación médica española.

DR. PESET Y CERVERA

Es uno de los jóvenes más instruidos y laboriosos que han salido de la Universidad de Valencia.

Fascinado por los triunfos médicos de su padre y de su abuelo, estudió la carrera de Medicina, y la de Ciencias, doctorándose en ambas. Apesar de la poca edad de nuestro compañero, podemos asegurar que no desmerece ante sus ilustres antecesores.

En la actualidad es profesor auxiliar; químico del Ayuntamiento de Valencia por oposición, y colaborador de varios periódicos científicos. Entre sus numerosos folletos y monografías, recordamos: *La fermentación en Fisiología y Patología*, *Análisis de las aguas de Benasal*, *Proyecto de laboratorio de higiene*, *Los mártires de la ciencia*, *La fuerza eléctrica*, *Experimentos para mejorar las aguas del Turia*, etc., etc.; algunos de estos trabajos fueron premiados por corporaciones doctas.

Sus cotidianas obligaciones abru-

marían á otro que no fuera Peset; éste, sin embargo, aún tiene espacio para traducir y anotar la preciosa obra de Fresenius, en publicación, y para sustituir en las cátedras á los profesores. Esta última circunstancia y su aplicación explican los profundos y variados conocimientos de Peset y Cervera, que en muchos de sus artículos muéstrase gran erudito, rasgo que caracteriza especialmente á su señor padre.

Alto, delgado, nervioso, es nuestro biografiado gran jugador de dominó, y su mayor placer es *ahorcar* el seis doble á su contrincante.

LANCETAZOS CRITICOS

El cólera en la antigüedad (1)

Yo me complazco en reconocer la estudiosidad y envidiables conocimientos de mi compañero el Dr. Gordillo, demostrados en sus *Distracciones anticoléricas*, y como no quiero ni puedo negar lo evidente, siento en el alma tener que censurar en mi buen amigo su excesiva confianza en las opiniones del Dr. Seco y Baldor, y el no tomarse el trabajo de averiguar por sí mismo lo que pudiera haber de cierto en la espinosa cuestión relativa á la edad del cólera asiático. El proceder empleado en esta cuestión por el Sr. Gordillo no satisface á los hombres sensatos, por más que deslumbre á otros, y constituye un defecto de bulto en quien aspira á demostrar talento crítico en la historia de la Medicina.

Que en la meritoria obra de D. Seco, y desde sus primeras páginas, se note el propósito de demostrar que el cólera fué conocido desde las más remotas edades, resintiéndose todo el libro de cierta parcialidad y preconcebidos juicios, defecto es, pero disculpable, aun cuando no fuese más que por ser el Sr. Seco de los primeros, ó acaso el primero que se dedicó formalmente á una tarea tan delicada como penosa. Pero este mismo defecto es en el Sr. Gordillo más punible, imperdonable, pues que ni es el primero en roturar este campo de la bibliografía, ni da muestras de originalidad, ni revela siquiera en su libro el haber dedicado algunas horas á traducir escritos viejos. De suerte que todo el esfuerzo de erudición del Dr. Gordillo consiste en admitir algunas conclusiones de un escritor, abdicando de su criterio individual en la cuestión histórica del cólera, razón por la cual, muy apesar mío, no puedo hacer el panegírico de mi amigo tocante á este punto concreto, pues que entonces los lectores pudieran creer que me había *guiñado el ojo*.

Entiendo que el brevísimo examen que de algunos autores vetustos hicimos en nuestro humilde escrito anterior, nos proporciona bastantes datos para asegurar que no está fuera de duda, cual supone el Dr. Gordillo, que el cólera asiático, tal como le conocemos hoy, fué descrito por los antiguos; por el contrario, existen razones para desechar creencia tan discutible.

Pero es que hay otro género de reflexiones que se oponen á la antigüedad del morbo indiano, según pronto veremos, aunque con suma brevedad.

Según se desprende de uno de los párrafos de la Memoria del Dr. Gordillo, la epidemia colérica puede sernos muy beneficiosa, toda vez que en el año en que se presenta disminuye el número total de víctimas. De aquí á poco ha-

(1) Véase la visita 24.ª

bremos de pedir á la Providencia una limosna de mortífera peste...

Cierto escritor aseguró hace tiempo que las epidemias eran convenientes á los pueblos, porque, desapareciendo los individuos débiles y enfermizos, la raza se mejoraba de paso que se daba tregua á la lucha por la existencia.

Si no supiéramos que las epidemias matan lo mismo al fuerte que al débil, al temeroso que al valiente, al sabio como al inútil, aun no podríamos discutir teorías que conducen á ensalzar las pestes, á renegar de la higiene y á retroceder al tiempo de los espartanos.

«Cuando se llegue á persuadir la Europa—dice el Dr. Gordillo—de que antes de aquella fecha (1817), existió el cólera, y que después ha seguido habiéndole todos los años, volverá á perder el miedo que se apoderó de ella en 1832.»

En primer lugar, Europa no puede convencerse de que el cólera sea antiguo en su suelo, porque esto se lo ha de enseñar la historia, y ésta ni hoy ni mañana podrá afirmar tal cosa, y mucho menos cuando la inmensa mayoría de autores modernos se inclinan por su reciente aparición. Pero aun suponiendo que el cólera indiano fuese enfermedad conocida en los siglos pasados, está fuera de duda que nunca presentó el carácter mortífero con que hoy se nos muestra. Yo no he visto ningún autor de los tiempos remotos que asegure, como hoy puede hacerse, que la peste gangética es asoladora en sus resultados y general en su invasión, ni que se den gran prisa en aconsejar medios extremos para prevenir su invasión, como se hizo con otras epidemias, algunas de ellas más leves que el cólera asiático.

Cierto es que en algún autor antiguo se leen indicaciones tocante al peligro en que suele poner al enfermo la *cólerica passio*; pero de esto á escribir que es una enfermedad que en su marcha conocida é invasora diezma comarcas y naciones; que en sus primeros tiempos es gravísima, no obedeciendo á tratamiento alguno, como en este siglo hemos visto muchas veces, hay gran distancia; sin contar con muchos sabios médicos que no tenían á la dolencia por enfermedad gravísima, sino á lo más como entidad alarmante, dócil á la terapéutica y curable con los vomitivos y purgantes.

En cambio contrista el ánimo menos impresionable el leer las cifras de mortalidad allá por los años 1830, durante cuyo período rara fué la provincia que no sufriera el tremendo castigo de este azote. Según el informe de la primera comisión española para el estudio del cólera, de los primeros cien atacados en París no se salvó ni uno solo, viéndose muchas veces morir en una cama, y en veinticuatro horas, hasta tres enfermos acometidos por la peste. Era tal la intensidad de la epidemia en los primeros días, que se realizó aquella frase hecha para el cólera de Coromandel, á saber: «vomitar y morir,» sin que ningún plan terapéutico consiguiera retardar el triste fin de los coléricos. Y téngase en cuenta que en la capital de Francia, de la cual estamos hablando, los profesores encargados de la asistencia en los hospitales eran, entre otras notabilidades, Chomel, Petit, Magendie, Geneau de Musy, Audral, Alibert, Brousseau, Esquirol, Gerdy, que vieron defraudadas su abnegación y su ciencia, al menos en los primeros momentos, ante la malignidad de la epidemia. En Viena, por la misma épo-

ca, es decir, en la primera invasión colérica, murieron 107 niños de los 109 atacados.

Claro está que el cólera muestra terribles predilecciones entre los pneblos, y su mortandad es variable según las poblaciones, la época y el período de la epidemia; pero aun suponiendo que mneren, no el 60 por 100 de los atacados, como quieren ciertos autores, sino tan sólo el 25 por 100 (1), medítese el trastorno higiénico y social que supone una epidemia por la cual mueren en un año y en España, 240.000 personas; júzguese de su benignidad al saber que en un distrito y su cinco días arrebata 5.000 víctimas, y otra vez 20.000 en ocho días; calcúlese si será fundado el terror qne causa, al saber que entre 10.000 soldados perecen 7.000, y que rednce un pneblo de 150 habitantes á 16 personas...; recuérdense los servicios fúnebres extraordinarios, la falta de tierra para sepultar las víctimas del cólera en muchas poblaciones, y tendremos explicado el terror que causa el solo nombre de cólera morbo asiático.

Como la presencia del cólera no es incompatible con la difteria, las neumonías, la tisis, el sarampión, el tifus y la viruela, resulta que las personas que fallecieron por la epidemia colérica no sufrirán aquellas enfermedades; pero las que sobrevivieron corren idéntico peligro que si el cólera no hubiese venido; de donde resulta que el ahorro de víctimas por el cólera será, si existe, casual, pero no lógico, ni seguro, y este es otro concepto que justifica el pavor que se siente ante dicha epidemia. Terror que no puedo creer produzca tantas víctimas como se le acumulan; el miedo no tiene influencia para hacer que se presente nna enfermedad infecciosa, y ann cnando pnede admitirse como causa predisponente, ello es que lo mismo mneren los despreocnpados qne los temerosos, y por tanto no creo sea cierto aquello de que el miedo produce el doble número de víctimas que la propia epidemia; al menos no está demostrado.

En último término la sociedad sabe muy bisn por qué teme al cólera; ¿cómo los antiguos no demostraron tal cobardía? ¿Por qué en los libros vetustos no se aconsejan contra el cólera aquellas precauciones que hoy se dan y qne los antepasados emplearon contra otras epidemias?

Amato Lusitano, que fué un médic eruditísimo, gran conocedor de los escritos de sus antepasados, tanto griegos como latinos y árabes, sólo dedicó en sus siete celebradas centurias dos capítulos al cólera morbo; el primer caso, que es el de Gaspar Robertis, se encnentra en la primera centuria, y despnés de describir con precisión y claridad aquella dolencia, que á cien leguas trasciende á simple cólico, comenta el médico portugués los dichos de los antiguos referentes á esta afección, y diserta acerca de las raíces del Rafanus como causas del cólera, admitiendo, por supnesto, como agentes indiscntibles todos los admitidos por Hipócrates y Galeno, tales como la carne de cerdo, los ajos, los melones, etc., etc., etc., pero no tiene á la enfermedad como epidémica ni mortífera; la trata como á otra dolencia vulgar conocida, y no aconseja toda aquella riqueza de medios profilácticos que dejó trascritos para el gállico, las fiebres malignas, la disentería y las tercianas, de cuyas entidades páticas se ocupó con

(1) En Valencia, entre 3.300 atacados, fallecieron 1.915 el año 1854.

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. TOLOSA Y LATOUR.

(*Música de Medidas sanitarias.*)
Señor alcalde mayor,
¡Ay! ¡Ay!...
Señor alcalde mayor,
tráteme usted con cariño
no me vaya á desgraciar,
¡Ay qué dolor! ¡qué dolor!
siendo la madre y el niño.
....
(¡Qué mimo tiene el doctor!)

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



EL Dr. PESET Y CERVERA.

Tengo un abolengo noble
en la patria medicina...
¿Y valer?... Valgo una mina.
¡Vaya una ficha! ¡El seis doble!

una extensión (13 páginas dedica á la peste de 1527 en la sétima centuria), que contrasta con la notable brevedad con que trató el cólera *morbus* (1).

Asimismo, no hemos encontrado en ninguno de los autores que se ocuparon de epidemiología (de los registrados por nosotros), ni en los que se ocuparon del cólera, precauciones que correspondan á la gravedad de que hoy se reviste, ni menos que puedan compararse con las entabladas para combatir enfermedades más leves. ¿Es que los antiguos no tuvieron temor á las epidemias? Nada de esto. Sin citar medidas extremas que pueden encontrarse fácilmente en la historia de la Medicina española, y por tanto sabidas de mis lectores, especialmente las relativas al siglo XVII y XVIII, digamos que en el año 1500, á consecuencia de una epidemia de *coqueluche* en París, se ordenó que las casas en donde existieran enfermos fuesen señaladas con un haz de paja ú otra señal visible colocada en una ventana; en 1519, la facultad de Medicina de París se opuso á las fiestas religiosas, declarando perniciosas en tiempo de epidemia las aglomeraciones de gente; en 1531, durante la epidemia, se mandó que las casas infestadas se señalasen con una cruz, y los que hubiesen estado enfermos, como los individuos de la familia, no pudiesen salir á la calle sin llevar un lazo por distintivo. En dicha época se dieron las más severas órdenes tocante al tráfico de las gentes y al comercio de productos (tejidos) que pudieran retener el contagio, y hasta los médicos, barberos y asistentes quedaban aislados y privados de ejercer sus destinos después de asistir algún apestado. En 1580, durante una epidemia que se cree fuera de *grippe*, se dispuso por el Gobierno francés levantar barracones para los enfermos, en cuyo asunto parece intervino el célebre A. Pareo. Por fin, en la peste de Marsella de 1720, los profesores encargados de asistir á los enfermos sospechosos adoptaron una especie de disfraz harto ridículo para precaverse de la infección, cuyo diseño trajo tiempo atrás un periódico profesional de Francia. El médico iba envuelto en un holgado capuchón de tela apropósito, con dos agujeros interceptados por cristales al nivel de los ojos; delante de la boca había una especie de pico relleno de sustancias olorosas y balsámicas; por lo demás, el encender hogueras; el trasladar los invadidos á los hospitales, por fuerza; el aislamiento, etc., etc., son medidas que, con otras más rigorosas, fueron puestas en práctica por nuestros ascendientes en tiempos calamitosos, como puede verse en los libros de aquellos días y en los recientes curiosos escritos de Mr. A. Chereaux.

Ahora bien; si tales medidas y otras semi-inquisitoriales se pusieron en juego contra enfermedades mucho menos graves que el cólera en los pasados siglos; si recordamos lo dicho en nuestro modesto artículo anterior, creo que no será heregía científica el pensar que el cólera morbo asiático, con su cortejo de síntomas y con su gravedad actual, no visitó á nuestros remotos predecesores, y que la aseveración del Dr. Gordillo está muy distante de ser indiscutible,

(1) *Amati Lusitani. Centuriæ II priores. Lugduni, 1554*. Este libro curiosísimo, del cual poseemos un ejemplar, como de otras obras médicas curiosas, parece no conocieron Chinchilla, ni Morejón, ni existe en la Biblioteca Nacional, ni en la de San Carlos; es una especie de Enciclopedia médica, muy útil por su erudición.

ostentando algun mérito para ser desechada.

Ya no tengo espacio para hablar del contagio del cólera, ni de su tratamiento y profilaxis, ni de sus diferencias respecto al esporádico, lo que reservaremos para otra visita; pero entretanto, diré que los trabajos de los más eminentes autores y los hechos citados por Moreau, Samano, Peset, Alba y Martín y otros, me inclinan á admitir el contagio en el cólera indiano, y en este terreno la *teoría* parasitaria es la que mejor aclara las múltiples cuestiones relativas al origen, marcha y caracteres del cólera del Ganges.

DOCTORA LUSCINDA PROTOPLASMA.

LA PRENSA POLÍTICA Y LOS MÉDICOS

ó

EL QUE QUIERA HONRA QUE LA GANE

Sin comentarios, porque no los necesita, copiamos de *El Progreso*, el siguiente artículo que parece una novela... histórica:

«ENTRE UN BARÓN Y UN DOCTOR

Ó UNA DESTITUCION, UN TELEGRAMA Y UN ASCENSO

Pasillo colérico-tipográfico

I

El Sr. Romero Robledo tenía un médico de cabecera.

Este médico era amigo, y en vez de honorarios, cobróse las visitas en un acta.

No era mala moneda.

Hete, pues, ya á Periquito hecho diputado.

El doctor pasó á legislador tomando el dormán y el chocolate de Gobernación por la noche.

El diputado doctor tuvo influencia, pidió credenciales para los amigos y paniaguados, y se las dieron; pidió una comisión colérica espléndidamente retribuída, y la tuvo.

Entre las credenciales alcanzadas por el doctor, había una de ordenanza en la Imprenta Nacional.

Este ordenanza podía en adelante contar con 14 reales diarios.

Y como en la Imprenta Nacional debe haber poco que hacer, el ordenanza de los 14 reales pasábase el día sirviendo á su protector.

El Estado encargóse de que el diputado doctor tuviera, por una bicoca, botas limpias y ropa cepillada.

Pero...

La felicidad, es sabido, dura lo que las rosas.

Un día el doctor tuvo necesidad de ir á declarar el cólera á unas cuantas provincias, y ¡zás! como ojos que no ven, corazón no quiebran, el director de la Imprenta Nacional dejó cesante al funcionario del Estado, que cuidaba de lustrarle las botas al doctor.

Mas el doctor, no en vano era médico de cabecera del Sr. Romero Robledo.

Sobreviene el conflicto y se cruza la siguiente correspondencia telegráfica:

II

Criado cesante á doctor colérico:—«Me han partido; he ido á cobrar y hallado comedero limpio. ¿Qué hago?»

Doctor á Romero:—«Director Imprenta Nacianal ofensa grave. Mi dignidad política profundamente herida. Criado con 14 reales cesante. Pido reposición.»

Romero á doctor:—«Echada peluca director Imprenta. Criado repuesto. En adelante tendrá no 14, sino 18 reales. Así me porto yo con los barbianes como V.»

Doctor á Romero:—«Profundamente emocionado, gracias. Su acto de jus-

ticia lo engrandecerá ante las futuras generaciones.»

Y á estas horas el funcionario repuesto y ascendido parece que ya ha tomado posesión del betún y de los cepillos del físico romerista.»

¿A quién se refiere *El Progreso*? ¿Por qué no habla claro? ¿Tiene miedo?

No lo creemos; pero así y todo, debe decir quién es ese *caballero* para que no se le confunda con otros médicos, y para que nosotros, con más conocimiento de causa, digamos lo que por temor á cometer una injusticia nos reservamos.

Las irregularidades á que alude el colega, ó se sepultan en la oscuridad del silencio, ó se presentan mondas, lirondas y lucientes.

Conque sepamos quién es ese irregularizante.

Dr. Ese.

AL DOCTOR D. J. CALVO,

EMINENTE CIRUJANO ESPAÑOL.

Bien convencida estoy ¡oh ilustre maestro! de que la historia de la Medicina habrá de reservaros una de sus más brillantes páginas para eternizar la memoria del ilustre catedrático, tan perito en la ciencia de curar como amante de la enseñanza y apasionado por la gloria y esplendor de su nación; pero asimismo entiendo como sagrado deber el recordar vuestro nombre y hechos, que siempre fué grato al médico tropezar con hombres que fueron gloria de su época y galardón para siempre. Tan sólo esta idea me da fuerzas para arrostrar el contraste entre vuestro apellido ilustre y mi humilde firma. Ya que por circunstancias ajenas á nuestra voluntad no podemos ofrecer á nuestros lectores el retrato del Dr. Calvo, digamos algo en loor de tan esclarecido cirujano.

Dícese por alguno, que vió la luz primera en Aragón; pero sea de esto lo que quiera, cuestión es de poca monta, que al fin y al cabo el sabio es hijo de donde publicó sus libros y llevó á cabo sus meritorias empresas, y aquéllos como ésta pertenecen á España.

No hemos de repetir uno por uno todos los méritos de tan respetable personaje, ya que por fortuna están lejos de caer en el olvido; todos mis lectores conocerán sobradamente sus envidiables dotes para la enseñanza; sus aptitudes quirúrgicas, su benévolo carácter, su espíritu reflexivo y su gran talento, que hacen de Calvo una de las más legítimas glorias de la medicina patria.

Sus compañeros hicieron siempre justicia á la ciencia de este prócer de la cirugía, distinguiéndole con todo género de consideraciones; lo mismo dentro que fuera del claustro gozó de las simpatías y respetos de sus compañeros, entre los que brillara como astro de primera magnitud.

Verdad es que los muchos y notables escritos del Dr. Calvo figurarán siempre y en primera línea en toda la biblioteca de alguna valía, toda vez que son de los que merecen singular estudio de parte del cirujano que pretenda salvar los escollos de que está sembrado su dificilísimo arte. Los libros del Dr. Calvo, apesar de sus muchas ediciones, son difíciles de adquirir, lo cual nos da la medida del éxito que alcanzaron las publicaciones de tan respetable maestro, escritas á ruego de muchos cirujanos, sus admiradores.

En Francia, en Montpellier, siendo joven, como en España luego, demostró su genio y estudiosidad. A medida que fué desplegando sus raras aptitudes, todo el mundo vió en el Dr. Calvo á un dignísimo adalid de la cirugía es-

pañola y *memento* viviente de Celso, Egina, Albucasis y otros mil tan celebrados.

¡Quiera Dios mandar á esta nación algún Calvo que se parezca al que nos referimos! Porque es ocioso advertir á nuestros lectores que no hemos querido hablar de Calvo y Martín, que aunque se dice que es de Aragón, estuvo en Montpellier y fué catedrático, ningún punto de semejanza tiene con el Dr. Juan Calvo, ilustre cirujano del siglo XVI, y una de las justas glorias de la Medicina valenciana, de recuer do eterno.

El Dr. Juan Calvo escribió, como digimos, varios libros dedicados especialmente á la cirugía, es uno de los que primero escribieron acerca del morbo gálico, y pertenece á los médicos ilustres que se disputan el descubrimiento de la circulación de la sangre.

En cambio el Dr. Calvo y Martín... es senador y gasta bigote y patillas.

LUSCINDA.

ROMANCE

Ya me comen, ya me comen
por do más pecado había.

Ya me he visto en el teatro
y en las cajas de cerillas.
Ya me cantan por las calles,
y ya me popularizan
en los teatros por horas
autores en comandita....
Pero ¡ay! si mi ilustre nombre
por ello se vulgariza,
es á costa de mi fama,
dando pábulo á la risa;
y entre la burla del necio
y la razón y la crítica,
ya me comen, ya me comen
por do más pecado había.

Yo que mis honradas canas
con la modestia sencilla
hacía tan respetables,
y por lo mismo tan dignas,
echándolas de valiente
fuí á un diario de noticias,
y dije en él tales cosas
cuyo recuerdo horripila;
vi gozoso que mi nombre
copiaban las gacetillas,
y la popularidad
y el júbilo me engreían;
pero hoy en los bastidores
veo mi imagen ridícula,
y á un estúpido que ríe
y á mil que le justifican.
Y entre la burla del necio
y la razón y la crítica,
ya me comen, ya me comen
por do más pecado había.

Ni Vesalio ni Fourquet
fueron en anatomía
sombra de lo que yo fuí
en mi cátedra querida;
nadie cual yo respetado,
cuando una noche maldita
queriendo ser imparcial,
fuí á un diario de noticias,
donde puse... lo que puse,
y mi nombre vulgariza.
La oposición del Gobierno
me ensalza y me felicita,
pero ¡ay! que desde aquel punto
no disfruto hora tranquila;
el vulgo me llama sabio,
mis amigos no rechistan,
y si abre alguno la boca
es para darme una grita;
mi figura respetable
en las tablas satiriza

un actor que en otros tiempos
disfrutara fama equívoca.
¡A dónde vine á parar!
¡Cielos!... Parece mentira.
Y entre la burla del necio
y la razón y la crítica,
ya me comen, ya me comen
por do más pecado había.
Emulo de Antón Martín
fuí un fundador de valía,
y talentos y saber
todos me reconocían.
Arrastrado en la vorágine
de ciencia desconocida,
ansié mostrarme ante el vulgo
cual la octava maravilla;
nombre y popularidad
logré alcanzar en dos días
sirviendo de vela y remos
los diarios de noticias.
Pero ¡ay! que aquello pasó
y en cambio, nota ridícula,
aparezco en el teatro
siendo motivo de risas,
y entre la burla del necio
y la razón y la crítica,
ya me comen, ya me comen
por do más pecado había.
....
....
Así se duelen algunos
á quienes hoy se fustiga
cual lógica consecuencia
de ligereza inaudita.
La fama que adquiere el sabio,
que es una fama legítima,
no se obtiene por sorpresa
ni á ruin precio se conquista;
cuando así sucede, el vulgo,
que cualquier cosa electriza,
corre el nombre del mortal
y hasta las nubes le endilga,
y se suele adquirir fama;
pero esa fama ficticia
que hoy obtienen los apóstoles,
mañana la brutal riña
del borracho en la taberna,
un buen par de banderillas,
la actriz que se emborrachó,
la audacia del *espadista*
que roba á todo un Ministro,
una horizontal que brilla,
y cosas mil semejantes
de las que se habla ocho días
con grandísimo entusiasmo
pero que luego se olvidan;
y si se trata de un hombre
de posición distinguida,
debe desearlo así;
porque, cuando resucita,
resucita en el teatro
para provocar la risa
del vulgo, que le ensalzó
y que hoy le ridiculiza.
No es de extrañar que el herido
con voz dolorosa diga:
ya me comen, ya me comen
por do más pecado había.

DR. E>E.

TOTUM REVOLUTUM

Se asegura que un periódico profesional y no muy viejo no tardará en desaparecer. El suceso sería sensible, pero nada extraño... la inocencia... la subida del pan... la desidia científica son causas bastantes para explicar la hecatombe. Quiera Dios disipar el peligro que amenaza al colega.

* * *

El cólera se ha presentado en Londres.—No es cierto que el cólera esté en Londres.—Puede que en Beniopa exista la epidemia.—Hasta hoy no llegaron los microbios á Beniopa.

¿Quién será el desocupado que se divierte con estas guasitas?

***

Dícese que un médico francés y un perrito celebraron poco ha un banquete fraternal en el que se engulleron varias raciones de... emparedados coléricos.

El can reventó al cabo de unas horas; el médico no ha tenido novedad.

Donde se verá que la carne de perro no siempre es la más dura.

***

Nuestro querido amigo del Dr. Cortezo ha tenido la inmensa desgracia de perder en breve plazo dos niñas, víctimas de la difteria. Acompañamos á tan simpático compañero en el dolor que le embarga en estos momentos.

***

Cuando se ponga de acuerdo
la junta de Sanidad
respeto á las cuarentenas,
lazaretos y demás,
no quedará ya un microbio
á quien esterilizar
á no ser que exista alguno
en el valle Josafat;
que allí es donde se terminan
empresas de vanidad
que los hombres en la vida
aprenden á disfrazar
con arte, para que el vulgo
no vea claro jamás.

***

¿Y qué hay del conflicto entre el decano del cuerpo facultativo de la Beneficencia provincial y sus practicantes?

¿Dimite, ó no dimite?

Estamos por la negativa; siempre hemos creído que el susodicho decano es de la madera del Sr. Bosch, el subsecretario de Gobernación, es decir, de los que amagan, pero no dan; de los actores que hacen que se van y vuelven, etc., etc., etc.

***

En la noche del 6 del corriente se celebró con un banquete en el café Inglés el primer aniversario de *El Cosmos editorial*. Hubo brindis entusiastas—según nos han dicho—y reinó entre los comensales una fraternal alegría.

Repetimos al Sr. Bala nuestra enhorabuena por el éxito obtenido en su empresa, y las gracias por su galante invitación, que el carácter de esta REVISTA nos impidió aceptar.

***

La noche del 14 estuve en el Ateneo.

Y era la primera sesión en que se discutía un tema de ciencias naturales. Y en efecto, se habló de todo, menos del tema; allí salieron á relucir la libertad y la inquisición, y los dominicos y el Papa, etc., etc.

Tolosa, autor de la Memoria, abría los ojos inconmensurablemente sin saber dónde estaba, el público aburrido abandonó sus asientos, y los retratos de los presidentes variaron de gestos; Cánovas se hermoseó y sus ojos adoptaron la posición que tendrían á entregarse en manos de Cervera.

Hicieron el gasto
el sempiterno hablador
y el señor de Pedregal,
y no lo hicieron muy mal...
porque lo hicieron peor.

***

Un desdichado se ha puesto en connivencia con un barbero para visitar *gratis* á la parroquia del rapa-barbas.

Luego dirán que no hablemos de médicos de pan y melón.

Que es lo que yo digo: ¡quién por dos cuartos no come, no bebe y se lava la cara!

*
* *

De un colega:

«La beneficencia oficial en París sostiene 24 hospitales, hospicios y asilos, en los cuales hay 13.130 camas para personas adultas y asistencia de todo género de enfermedades; 1.747 camas para la asistencia de los niños, y 474 para mujeres embarazadas. Total, 15.361 camas.

La iniciativa particular, las asociaciones religiosas y laicas sostienen además numerosos establecimientos hospitalarios; de manera que puede calcularse en 25.000 ó más los enfermos asilados y socorridos, cifra que da la proporción de un enfermo pobre asilado por cada cien habitantes.»

Aquí ya tenemos el Asilo de las Mercedes para hospital de coléricos... por si acaso, y coches preparados *ad hoc*, etcétera, etc., etc.

—

Y dice *El Jurado Médico*, que es de quien tomamos el suelto anterior:

«Con medidas acertadas y personal idóneo se llegará á conseguir que esta segunda campaña sanitaria sea más útil y esté más ordenada que la primera, haciendo que las medidas higiénicas en el interior sean una verdad, que el acordonamiento de la frontera sea tan estratégico que evite pueda rehuirse el cumplimiento de las cuarentenas, y que por último los lazaretos sean albergues, donde á más de satisfacer en lo posible el rigorismo del trato cuarentenario, no ofrezcan peligro para la salud del pasajero.

Fácil le ha de ser al Gobierno conseguir todo esto si toma con verdadero interés esta importante cuestión y acierta á rodearse de un personal idóneo é ilustrado en cuestiones sanitarias. Inspírese en estos extremos y conseguirá extinguir los nuevos peligros de la invasión del cólera que nos amenaza.»

Nos complace que un testigo de mayor excepción opine como nosotros en esta materia.

Por lo que le felicitamos.

Y por lo que nos felicitamos.

*
* *

En la última sesión celebrada en el consejo de Sanidad el Dr. Letamendi reconoció el valor de los desinfectantes.

Muchas veces ha demostrado don José su talento y ésa es una de ellas; reconocer sus errores es propio de sabios; el ignorante es el que jamás se apea de su burro, y cuando se cae no le levanta del fango ni la Paz y Caridad.

*
* *

Medidas sanitarias.

No aludimos á la revista de Eslava, sino á la noticia siguiente:

«Ha sido multado en 500 pesetas el dueño de una librería de la calle de Preciados, por vender láminas ofensivas á la moral.

Por igual causa ha sido multado en 100 pesetas un vendedor ambulante.»

Ya era hora de que se barriese tanta basura.

*
* *

Un mancebo de farmacia
dijo burlas á la Pepa,
la chula más descarada
que bajo el sol se pasea.
Y la moza puesta en jarras
le interpeló: tío Pamema
no vuelva usted á mirar
si no se cambia esa geta,
que parece en las erratas
la última *farmacopea*.

MADRID.—Imp. de M. G. Hernández, Libertad, 16

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

H. Ziemssen.—*Tratado de Patología médica y Terapéutica.—Cuaderno 1.º de 160 páginas, 2,50 pesetas.*

Trátase de una importantísima obra escrita por los más reputados médicos de Alemania, que ya fué traducida al italiano, en cuyo idioma la conocimos. No dudamos que el Dr. Vallina merecerá bien de la clase médica española al popularizar en nuestro país un libro tan extenso y tan útil que tanta acogida ha tenido en otras naciones.

Recomendamos eficazmente á nuestros lectores esta publicación á modo de Enciclopedia médica, pues que toda ella, y particularmente algunos tomos, son de mérito superior.

La traducción y las condiciones materiales de la obra en español son esmeradas.



E. Bejarano.—*El Escepticismo en Medicina.* Hemos recibido dos ejemplares de esta Memoria, atención que agradecemos á su joven autor.



Dr. Armangué y Tuset.—*El Mimicismo ó neurosis imitante.—Barcelona, 1884.—Una peseta.*

Esta nueva producción debida al talento y actividad del ilustrado joven Sr. Armangué, va precedida de un prólogo del Dr. Giné y Partagás, en el que se da cuenta de un caso clínico sumamente curioso y muy pertinente para juzgar la exposición del texto.

El libro del apreciable Armangué es una muestra gallarda de su erudición y laboriosidad, que leerán con gusto los médicos curiosos, y que le confirma en uno de los primeros puestos de la juventud estudiosa.

No estamos conformes con las ideas del autor expuestas en las dos últimas páginas, y tal vez algún día nos ocupemos de ellas, apesar de nuestra insuficiencia.



Fonssagrives.—*Tratado de materia médica. Traducción española del* Dr. Castro. *5.º fascículo.—Madrid, 1884. El Cosmos Editorial.*

Comprende este cuaderno desde la pág. 161 á la 369 del tomo 2.º de la obra, y en él se termina la farmacología mineral y se comienza la vegetal. En nada desmerece de otros cuadernos anteriores, y por lo tanto, seguimos recomendando á nuestros lectores su adquisición, porque el *Tratado de materia médica de Fonssagrives* es digno de figurar en la biblioteca de todo médico ilustrado.



Lusk.—*Ciencia y arte de los partos.—Cuaderno 5.º—Tres pesetas.*

Con este fascículo termina la importante obra del profesor Lusk y se da principio á otra no menos interesante, que es la de *Bouchut*, enfermedades de los niños. Ambas publicaciones pertenecen á la «Biblioteca económica,» dirigida por el Dr. Ulecia y Cardona.

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO II. MADRID 1.° DICIEMBRE 1884. VISITA 27

SUMARIO

TEXTO: Algo de la quincena, por el *Dr. Dogresan*.—Don Diego de Argumosa.—Al Dr. Gordillo, por *Luscinda*.—Carta á un estudiante, por el *Dr. Sangredo*.—Un tipo, por el *Dr. Ese*.—Se dice..., por el *Dr. Rubinstein*.—Totum revolutum.—Entre mestizos.—Boletín bibliográfico.—Anuncios (cubiertas).

GRABADOS: Proyecto de un monumento, por Cilla.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

Calle de Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
Trimestre.....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año..........	10 »	Año..........	12 »	Año..........	18 »

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

Números atrasados de trimestres anteriores para los no suscritores, DOS PESETAS

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16

1884

NUESTRAS FIGURAS

PUBLICADAS HASTA EL DÍA

Sres. Santero (D. T.), Letamendi, Encinas, Creus, Méndez Alvaro, Nieto y Serrano, Benavente, Castelo, Calleja, Maestre de San Juan, Marqués del Busto, Campá, Rubio, Ustáriz, Pulido, Rodríguez Méndez, Tejada y España, B. Comenge, Carracido, A. Jimeno, Gine y Partagás, Del Toro, Olavide, Cortezo, Esquerdo, Losada, Martínez y Molina, Cervera, Alonso y Rubio, Camisón, Masoti Arroyo, Varela Jiménez. Cortejarena, Vilches, Espina y Capo, L. Adradas, Pasteur, Koch, López García, Mendoza, Serret, Ulecia, Magaz, Oloris, Crous, Yáñez, Garagarza, Puerta, Santana, San Martín, Tolosa y Latour, Peset y Cervera, J. B. Peset, Quintana, Gómez Pamo (D. M.), Gómez Pamo (D. J. R.).

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

A LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO III. MADRID 16 ENERO 1885. VISITA 30.

SUMARIO

ALGO DE LA QUINCENA

El Sr. D. Manuel Ovilo y Otero ha fallecido el día 11 del actual.

Uníanos al finado el cariño, el respeto y la admiración á que se hizo acreedor por su laboriosidad, honradez é ilustración vastísima.

Con amargura y desconsuelo profundo damos, pues, principio á nuestra periódica tarea, ya que en las primeras líneas hemos de lamentar tan funesta pérdida, y advertir á nuestros lectores que se ausentó para siempre de la tierra, uno de los escritores más útiles y fecundos y que más servicios prestaron á la literatura patria con sus innumerables trabajos biográficos y bibliográficos, tan justamente ensalzados por los amantes del saber.

Embargados por la profunda impresión que tan triste acontecimiento nos ha producido, renunciamos á escribir una necrología, limitándonos á dar nuestro pésame cordialísimo á la familia del que fué nuestro amigo, y particularmente á nuestro fraternal compañero don Felipe Ovilo, al que deseamos en estos momentos suficiente resignación para conllevar la inmensa desgracia que le aflige con la muerte de su amado padre.

El monstruo que en forma de año nos ha venido mortificando, aún *colea*, y en sus estremecimientos postreros, causa víctimas y sobresaltos á granel.

Los pueblos de Málaga y Granada, medio derruídos por los temblores de tierra, continúan experimentando de vez en cuando las sacudidas del planeta que producen grietas horribles, desplomes, cuarteamientos y otros de-

sastres, que cuaudo menos vienen á aumentar el pánico y el sobresalto de nuestros hermanos de Audalucía.

El resto de la nación, como en circunstancias análogas, se apresura en socorrer á los desgraciados, mandando todo géuero de recursos y el testimonio de fraternal cariño.

***

El *simpático* Gobierno que usufructúa á España, como siempre, ha dejado bastaute que desear en el proceder de que se ha valido para remediar las recientes y sensibles desgracias.

Poblaciones enteras han estado acampadas á la intemperie, expuestas á un frío glacial, al viento y á la lluvia durante los primeros días de la catástrofe, sin que el Gobierno se acordara de mandar tiendas de campaña, pan, ropa, botiquiues y todos aquellos elemeutos que, al paso que llevaran cierta comodidad á los desgraciados hijos de aquel país, les hicieran recordar que el Ministerio que manda los cobradores y delegados y coléricos por pelotones, procura acudir con solicitud y presteza en auxilio de los infortunados.

***

Pero bonito es el Gobierno para preocuparse de estas sutilezas. Es más de su gusto reir á mandíbula batiente las ocurrencias y chistes averiados de algún senador, defender á los guarda-cantones con esclavina, y cubrir con su capa al caballero de los dos mil duros, que acudir presuroso con urgeutes y razonadas medidas á socorrer á los arruinados pueblos andaluces que vieuen dando lo más saneado de sus rentas y trabajos para que los Ministros usen coche, y los altos empleados recojan el fruto de... su larga y honrosa carrera.

Y no nos mueve á decir lo anterior, sentimieutos de oposición sistemática á los actuales gobernantes, uo; todos los Gobiernos nos parecen peores. Nos dolemos del comportamiento del actual Ministerio, porque gran uúmero de enfermedades y molestias sufridas por causa de la crudeza del tiempo y la falta de abrigo y alimentos, hubieran podido evitarse cou alguua más actividad por parte de quieu debe vigilar estos asuntos.

***

Aute la triste situación por que atraviesan nuestros hermanos de Audalucía, debemos olvidaruos de los pequeños asuntos que forman la comidilla habitual, sintieudo todos, y auxiliando cada cual según sus fuerzas, las desgracias ocasiouadas por los temblores de tierra.

El exceso de original y la extensión del documento, nos impide el copiar por hoy la excitación que á la caridad nacional dirige la prensa toda de Madrid.

***

La Real Academia de Medicina ha elegido Presideute á D. Tomás Santero, que venía desempeñaudo tau houroso cargo con carácter interino, desde la muerte del inolvidable Méndez Alvaro. El Dr. Castelo y Serra ha sido nombrado Vicepresideute de dicha corporacióu.

La verdad es que cuando en la primavera pasada y durante aquella efervescencia pasajera que agitó á la Veterana, oíamos ciertos conatos de independencia, y determinadas frases que ponían en duda la reciente victoria del Dr. Santero, nos reímos para uuestros adeutros y muy reservadamente creímos que aquella marejada uo tendría más duración y alcance que uua tempestad eu un vaso de agua.

Y lo mismo decimos de las reformas

que en esta, como en otras corporaciones, habían de introducirse.

Rara vez los satisfechos emprenden con ahínco la vía de la regeneración.

*
* *

Con motivo de las últimas fiestas, las sociedades científicas han permanecido en descanso, si bien es de esperar que dentro de poco den muestras de positiva vitalidad.

La sociedad de Higiene reanudará pronto sus tareas; el discurso inaugural está á cargo de nuestro amigo D. Felipe Ovilo y Canales, secretario de dicha corporación.

*
* *

Según informes de la prensa noticiera, los médicos de los Pieles-rojas son los personajes de las ocasiones solemnes á quienes consulta la tribu en sus grandes crisis y atiende á sus consejos antes de emprender una guerra. Mezcla de sacerdotes y curanderos, estos médicos salvajes ejercen grande influencia entre los suyos y gozan del respeto y consideración del pueblo.

Tal bienestar y preponderancia del *piat* (médico), no es casual, es el premio á las excepcionales aptitudes que demostró durante su aprendizaje.

El aspirante á *piat* principia por declararse esclavo de su maestro, y luego tiene que soportar sin quejarse, las caricias de un enjambre de avispas aplicadas al rostro, sajaduras en el cutis, *tatuaje* y otras pruebas del mismo jaez. Finalmente, antes de ser proclamado médico de la tribu, tiene que sanar á un incurable, resucitar un muerto, etc., etc.

Cualquiera creería que después de lo dicho, en España los médicos son felices comparados con los *piats*. Pues no señor; medítese bien el asunto y se verá que los médicos hispanos (en su mayoría), si se trasladaran á aquellos países saldrían gananciosos.

Un poco de paciencia y un tantico de astucia, convierten al neófito en jefe supremo entre los Pieles-rojas.

En nuestro país muchos años de privaciones, dispendios y trabajos, colocan al estudiante en el caso de ser el esclavo de todo el mundo, sufriendo durante toda su vida los aguijones de los impuestos, las coces de los caciques, las murmuraciones de los ingratos, los vejámenes de los Gobiernos que de vez en cuando nombran delegados para diagnosticar las enfermedades con mengua del decoro profesional, y no tienen en cuenta la compensación lógica para nuestra clase en otras naciones, en relación con los derechos de que entre nosotros gozan los médicos extranjeros.

Entre los salvajes, por fin, el *piat* puede llegar á una posición respetable y desahogada; aquí es feliz el que alcanza una plaza oficial dotada con 1.000 pesetas anuales ó encuentra una aldea en que prestar sus servicios mediante unos puñados de grano pagados con atraso y mala voluntad.

¡Emigremos, pues, al país de los Pieles-rojas!

Dr. Dogresan.

LAS FIGURAS DE MI GALERIA

Dr. GÓMEZ PAMO (D. Marceliano)

El nombre de este ilustre cirujano es de los más conocidos entre los médicos españoles, en atención á las muchas y meritorias notas aclaratorias con que enriqueció alguna de las obras traducidas por él y que tanta aceptación merecieron de la clase.

Nadie puede negarle al Dr. Gómez Pamo envidiables dotes como cirujano, entusiasmo por la ciencia y respetables conocimientos, por más que su carácter ó motivos que desconocemos le alejen algún tanto de la bulliciosa escena en que se mueven otros compañeros suyos no menos ilustrados.

Después de varias oposiciones brillantes obtuvo la plaza de médico del Hospital de la Princesa, desde donde pasó por concurso, á la de cirujano de número del Hospital General.

Ha sido presidente de la sección de cirugía en la Academia Médico-Quirúrgica, y entre sus muchos trabajos recordamos: la traducción de las obras de cirugía de Fort, Gosselín, Dubrueil y Jullién, el *Formulario* de Jeannel, la *Medicina Legal*, de Briand y Buls, en cuyas dos últimas obras colaboró su hermano é incluyeron trabajos originales; es autor, con el Dr. Osorio, de un *Manual de curas, apósitos y vendajes*, y finalmente, la Real Academia premió una Memoria de nuestro biografiado sobre la *Terapéutica de los cirujanos españoles en las heridas por armas de fuego*.

D. Marceliano, que oculta bien sus años, pues que ya es un exjoven, publicó con los reputados doctores Ustáriz y Miguel Viguri, el periódico los *Anales de Cirugía*, cuya desaparición lamentamos muy de veras, y esperamos de los asiduos contertulios á Fornos que no priven á la clase de sus valiosas aptitudes como publicistas médicos.

Dr. GÓMEZ PAMO (D. Juan R.)

Es catedrático de la facultad de Farmacia y un profesor laborioso, instruído y apreciado por sus discípulos. Hizo su carrera acumulando premios y sobresalientes; fué nombrado profesor auxiliar, después ayudante de clases prácticas, y por fin, catedrático, mediante oposición, y apesar del hemisférico Toreno.

Desempeñó cargos honrosísimos en varias Academias y Sociedades científicas, y pertenece desde el año próximo pasado á la Real Academia de Medicina.

Sus escritos son muchos y muy importantes, y su enumeración detallada ocuparía más espacio del que consagramos habitualmente á estos asuntos.

Aparte de los varios premios y menciones honoríficas que consiguió don Juan por sus procedimientos en la elaboración de medicamentos, etc., etc., es autor de un *Manual de análisis química aplicada á las ciencias médicas*, de la que se han hecho cuatro ediciones; de los *Elementos de materia farmacéutica*, y en colaboración con el Dr. Marín publicó una *Química legal*.

Ha traducido el *Diccionario de falsificaciones*, de Soubeirán, cuyo autor le felicitó por las adiciones y notas con que enriqueció la obra nuestro biografiado; finalmente, y aparte de lo dicho al tratar de su hermano, tiene publicados multitud de artículos y trabajos originales, entre los que figura en lugar preferente un estudio de las *Zarzaparrillas y cortezas de quina comerciales*.

Con todos sus merecimientos no ha logrado el Dr. Gómez Pamo (D. J. R.) adornar su rostro con una barba regular; su cara es un desierto con alguno que otro oasis de pelo.

NOBLEZA OBLIGA

La consideración inmerecida con que nuestro respetable amigo D. Juan Magaz y Jaime distingue á esta humilde publicación, y la finura y delicadeza con que siempre procedió en lo referente á nuestras modestas pero imparciales observaciones, son motivos más

que suficientes para que le consagremos estas líneas, tanto más obligados cuanto que el Dr. Magaz, dando importancia á nuestros dichos, lo cual agradecemos en el alma, y algún tanto resentido por un suelto de nuestra visita anterior, nos manda documentos que deshacen parte de nuestra aseveración y nos deja en *libertad absoluta* de rectificarla. Esta última condición es la que más nos ha predispuesto á escribir estas breves consideraciones.

Nosotros no podíamos estar al tanto de la conducta íntima del Dr. Magaz en la tan debatida cuestión escolar, y mucho menos saber lo que entre el Ministro de Fomento y el catedrático de fisiología había mediado en estos últimos días, cuando la prensa nada dijo de todo esto.

Por tanto, nosotros, que jamás abrigamos el deliberado intento de molestar á nadie por el gusto pueril de producir sinsabores, hubimos de escribir el suelto que más abajo copiamos, fundándonos en lo que veíamos y en el eco de la opinión.

Con efecto, notábamos que el decano de medicina, Sr. Magaz, seguía impertérrito en su puesto durante los acontecimientos estudiantiles; todos sabían que este apreciable señor figura entre los adictos del Gobierno en el Senado; nadie ignoraba que la marcha que adoptó después de las *caricias* de Oliver á la clase escolar, era muy diferente de la seguida por los catedráticos que protestaron de la conducta de las autoridades; era sabido que el Dr. Magaz con su firma en cierto documento y con su palabra en casa del ilustre Moyano, habíase acercado de tal modo á los deseos de Pidal, que más bien parecía aplaudir la conducta de los tercios mandados por Oliver, que la de dignísimos maestros irritados por la innecesaria profanación de la Universidad y el derramamiento de sangre de la bulliciosa é indefensa estudiantina.

Como no podíamos creer que el persistir con ahinco en el decanato el señor Magaz; el no protestar con entereza de ciertos atropellos y el firmar la contraprotesta, fuera simplemente porque aprobaba la conducta de los guardias, sacrificando el cariño inmenso que debía tener á los escolares, entre los que ha pasado su vida, le creímos prisionero de algún compromiso político ineludible, al no dimitir *resueltamente* su cargo.

Como algunos hubieron de fijarse solamente en que el Sr. Magaz no *abandonaba* el decanato, después de aquellos acontecimientos, y que al poco tiempo el Gobierno, amoroso para los estudiantes, nombraba al Sr. Magaz Consejero, consideraron que este nuevo y distinguido puesto era premio á la adhesión y constancia de D. Juan, haciéndonos creer á nosotros mismos, que aparte de los méritos indudables de nuestro amigo, mucho habían influído los últimos acontecimientos en el decreto referente al Dr. Magaz.

Inspirados, pues, en la opinión general, escribimos en la anterior visita el suelto siguiente:

«El Sr. Magaz ha sido agraciado por el Gobierno que dirige los destinos de la nación con el cargo honorífico de consejero de Estado.»

«Es de suponer que este nuevo destino no sea de los que lleven consigo grandes sacrificios pecuniarios á nuestro amigo. Lo más regular es, que sea favorable al peculio del Sr. Magaz y aumente la jubilación para mañana... De todos modos, felicitamos al decano de Medicina, pues que al fin y al cabo, esta distinción la debe á su constancia y energía en los últimos sucesos.»

«¿A que no hubiera conseguido la prebenda si hubiera dimitido el cargo de decano, cual hubieran hecho otros no tan avisados?»

«Fundado en esto, hay quien dice que D. Juan Magaz es de los que cazan de largo.»

Después del brillante discurso pronunciado por nuestro querido amigo en el Senado, confesamos nuestro error, toda vez que el Sr. Magaz presentó su dimisión al Ministro de Fomento, el cual no quiso admitirla, dando con esto una muestra evidente de lo que apreciaba el Gobierno las dotes y servicios del profesor dimitente en aquellos días.

Hemos visto la dimisión, es digna y la aplaudimos.

Y volvemos á preguntar: ¿si don Juan perteneciera á la minoría del Senado, ó hubiera formulado su dimisión en términos más enérgicos, le hubieran nombrado consejero, cargo esencialmente político? Es posible que no.

Vea, pues, nuestro amigo que el suelto en cuestión ni era del todo infundado ni ocultaba intención malévola, mucho menos tratándose de persona tan recomendable y que tantos miramientos guardó siempre con esta publicación, cuyos redactores se abisman hoy en resolver el problema siguiente: dimitiendo el Sr. Silvela y el Sr. Magaz, al primero se le atiende, al segundo se le desoye; ¿por qué? ¿Dependerá de la distinta redacción de los documentos? ¿Qué atenciones, si no son las de partido, pueden obligar á seguir desempeñando un cargo á disgusto?..

Conste, pues, que las circunstancias todas y las más engañosas apariencias, se coaligaron de tal modo, que dieron al nombramiento de consejero en favor del Sr. Magaz el aspecto de una recompensa política, y nada tiene de particular que nosotros, poco avezados á desentrañar las cuestiones de Estado, nos dejáramos seducir como muchos, por la impresión más próxima y superficial.

Sin embargo, tenemos la esperanza de que nuestro ilustrado amigo se convencerá de que su destino es puramente político cuando vengan otros hombres á gobernar el Estado; tal vez entonces, sin necesidad de dimitir, se adelanten á su deseo, lo cual sentiremos en el alma, porque afortunadamente, no pertenecemos á la clase de espíritus mezquinos que agonizan con la satisfacción ajena y viven con la desdicha del prógimo.

Y quede aquí el asunto, felicitando al Dr. Magaz por sus excelentes servicios y mejoras en San Carlos, por su discurso pronunciado en el Senado, en el cual aplaudimos la buena fe y mejores deseos que le inspiraran, por más que no estemos conformes con muchas de las apreciaciones expuestas por el catedrático de Fisiología, siempre respetable para esta Revista, que le agradece sinceramente las frases cariñosas que dedica á este humilde y pacífico matrimonio.

Vale.

LUSCINDA.

LANCETAZOS CRITICOS

¡OLÉ, GRACIOSO!.....

Que el discurso, ó lo que fuere, resultara inconexo, antiestético, empedrado de vulgaridades é inocentadas, cosa es que á nadie puede extrañar, y en la que nosotros no haremos hincapié; el senador aragonés nunca fué orador, ni eminencia científica, ni maestro notable, siendo como político una nulidad; por tanto, lógico era el fracaso de aquella su rústica perorata.

Mas lo que llenó el corazón de angustia (porque tuvimos la desgracia de oír en el Senado á Calvo y Martín), fué que el orador, con una falta de sentido lamen-

table á su avanzada edad, se convirtiera espontáneamente, y con satisfacción propia, en recitador *cómico* de una serie de párrafos descabellados y frases de chimenea, que no podían cuadrar con la majestad del augusto recinto donde se pronunciaran.

Y no es lo triste tan solo que el senador aragonés expusiera sns canas y su vejez á las burlas del público con su chavacana oratoria, que al fin y al cabo cada cuál es muy dueño de llamar la atención de las gentes del modo que mejor le plazca, lo verdaderamente sensible, decimos, es que un individuo que pertenece á la clase médica, un compañero que viene desempeñando la plaza de profesor en San Carlos, viniera á complacer del modo más ridículo posible á Pidal, Oliver y Villaverde, juzgados por las gentes sensatas, en la cuestión escolar.

No faltó quien dijera en las tribunas que el defensor no estuvo aún á la altura de los guardias de orden público; ello es, que con el discurso de Calvo y Martín todos se rieron grandemente, y no acertaban á comprender el modo y manera como tal orador había llegado á padre de la Patria y maestro de la Universidad Central, pasando por la Real Academia..... Caprichos de la fortuna, que se complace en elevar á ciertos personajes para que resalten más sus injustas postergaciones. La verdad es que ni antes ni después de ser nombrado Calvo y Martín profesor *por real orden*, se dió á conocer como varón sabio, ó cuando menos como profesor notable.

Esto mismo se decía en 1855 por los periódicos profesionales; y consignamos la especie, no para mortificar al doctor Calvo, en lo cual nunca pensamos, sino para que el vulgo sepa á qué atenerse tocante á la significación de su conato de discurso en el Senado.

¡Qué burlas tan sangrientas para nuestra clase oímos en aquella tarde, y mientras hablaba el Sr. Calvo y Martín! Por fuerza algún enemigo suyo que le conocía á fondo, le instó á tomar la palabra en vez de tomar la puerta.

Muchos de sus párrafos, expuestos con suma impericia, rayana en la inocencia, pedían á voces un traje abigarrado ó una montera con cascabeles.

Siempre mostró el Sr. Calvo afición á intercalar en sus discursos chistes de calendario y gracias trasnochadas, propias de nna tertulia de baturros y *maños;* él mismo confesó su costumbre de ser interrumpido por las risas del público, y por no ser menos en aquella ocasión, y á trueque de producir lo mismo la hilaridad de la befa que la del regocijo, nos disparó nna perorata de Rigoleto aburrido.

No faltó nada á su discurso; hasta *La Correspondencia pegó* aquella noche, en una de sus planas, un bombo al orador; los juiciosos de buena fe lamentaban el proceder del Dr. Calvo y le compadecían.

La clase médica sufrió algún tanto con aquel discurso-parodia.

A nosotros nos tiene sin cuidado el acto del Sr. Calvo en el Senado, y sólo lamentamos que el que tanto hizo reir fuese un anciano compañero.

Como prueba de nuestra imparcialidad, véase algo de lo que han dicho los periódicos políticos más reputados en este asunto, y que dan la medida de la colosal *plancha* de este orador *precoz* en el Senado.

De *El Globo*:

....

«Pero la del aragonés, Sr. Calvo y Martín, es de-

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»

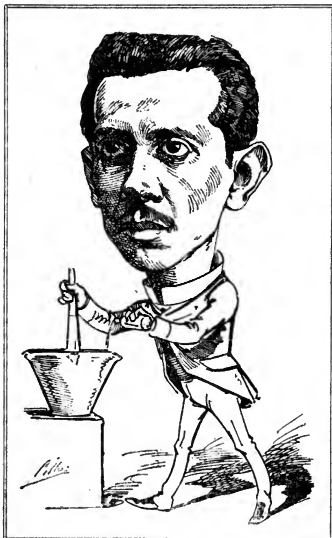


Dr. GÓMEZ PAMO (D. MARCELIANO)

Con el bisturí en la mano
dicen que estoy... ¡hasta hermoso!
¿Si seré buen cirujano?

....
Te has hecho muy perezoso,
¡Marceliano!

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



Dr. GÓMEZ PAMO (D. JUAN R.)

Aunque me creáis mozuelo
cualquier discusión afronto;
¿queréis convenceros pronto?
Sabed que no tengo pelo.....
de tonto.

masiada sencillez. Tanta, que, casi, casi nos pareció simplicidad.

No nos asociamos á la risas con que el señor Ministro de la Gobernación y sus amigos celebraban las ocurrencias del Sr. Calvo y Martín.

Sin ser de una gravedad británica, no podemos convencernos de que se hayan gastado tantas vidas y tantos tesoros en elevar la tribuna española y defenderla de sus enemigos, para que se vengan á decir desde ella conversaciones de tertulia casera, y para que los oyentes se burlen de un modo tan claro y manifiesto de quien tal dice.

El Sr. Calvo y Martín debía creerse ayer en la rebotica de algún farmacéutico de pueblo: y así hablaba, cual si la mitad de los amigos de la tertulia estuvieran en mangas de camisa.

Sancta sancte tractantur. Y sin necesidad de ser ampuloso, ni de ser elocuente, ni aun elegante, se puede decir todo en las Cámaras, con tal que el lenguaje y tono usado sean respetuosos.»

La lección no puede ser más severa ni más bochornosa, al par que razonada.

Nuestro apreciable colega *El Liberal* le dedicó una gacetilla que no tiene desperdicio. Decía así:

«De quien no queremos decir nada, es del señor Calvo y Martín.

En la sección correspondiente va el extracto de su *cómico* discurso.

El mayor disfavor que puede hacerse al seño Calvo se lo ha hecho *La Correspondencia* en el siguiente «bombo:»

«En el salón de conferencias del Senado ha sido objeto de grandes elogios el discurso pronunciado en la sesión de esta tarde por el catedrático señor Calvo.»

—Del mismo aplauso y loor
disfrutó frecuentemente...
(Comentario de Vicente,
Vicente Caltañazor.)»

Omitimos copiar algún que otro comentario; para muestra basta un botón; por lo demás, este asunto merece ocupar mucho tiempo la atención de nuestros lectores.

Pero no queremos privar á nuestros abonados de algunos pasajes del discurso que serían indudablemente los mejor aprendidos por el orador.

De *El Día:*

«El Sr. *Calvo y Martín*, después de un ligero diálogo con la presidencia, sobre si tenía ó no derecho á hablar, habla para alusiones, como profesor que es.

Aplaude el discurso del Sr. Comas y quiere también prestigio para el profesorado; pero el orador se equivoca con frecuencia; al Ministro de Fomento le llama Ministro de la Gobernación, y luego se rectifica diciendo: «digo, el *Ministro de Instrucción pública*.» (Grandes risas.)

El Sr. *Presidente*: Los *espectadores* guardarán el silencio conveniente.

El Sr. *Calvo*: No me importa que me interrumpáis; después de todo, estoy acostumbrado á hablar siempre con interrupciones... (Nuevas risas, pero ahogadas.)

El Sr. *Presidente*: Pero el Presidente tiene el deber de mantener el orden, y lo mantendrá no permitiendo ciertas manifestaciones impropias del Senado.

El Sr. *Calvo*: Yo tengo una gran autoridad para decir lo siguiente: Diez y ocho años llevo explicando en San Carlos; me equivoco, diez y seis años; digo no, diez y siete cumplidos. (Risas.) Bueno, pues yo sé lo que me digo en estas materias...»

De todo esto se desprenden dos cosas: que el Dr. Calvo y Martín está de enhorabuena porque su último discurso le ha dado la patente de gracioso senil, y que se ha puesto en evidencia la distancia inmensa que media como orador político y sesudo entre Calvo y el señor Comas y D. Julián Calleja, por ejemplo.

Se nos dice que el Gobierno ha nombrado Decano de la Facultad de Medicina á nuestro querido amigo el Dr. Calvo y Martín. No lo creemos: por más que el actual Gobierno cometa muchos disparates, no es posible que desconozca que á dicho señor le falta el ascendiente que requieren ciertos cargos.

Porque suponemos que la aptitud para recordar con sus frases á Bertoldo y Cacaseno, no es bastante para desempeñar la jefatura de un claustro universitario en donde existen maestros muy res-

petables por sus conocimientos y positivos méritos.

DRA. LUSCINDA PROTOPLASMA.

CUADROS VIVOS

D. EPIFANIO

Por el año 35 y sobre un mnlo de un maragato llegó á Madrid procedente de un pueblecito de las montañas de León

Lo único de notable en su persona, eran las hinchadas orejas, en quienes los sabañones se ensañaban cruelmente. ¡Pobre chicuelo! Inspiraba compasión hasta al mismo tío Roque, el barbero de la calle del Barquillo, á quien venía consignado en calidad de dependiente; mozo, que se decía en aquellos tiempos.

El tío Roque, hombre de gran fuste en sus barrios y muy apegado aún á las ideas del pasado siglo, absolutista hasta la médula de los huesos, tirano como pocos y desalmado como ninguno, le educó en el servilismo y en la hipocresía durante cinco años, al cabo de los cuales, apenas tenía diez y seis el mancebo, se podía citar como modelo perfectísimo en el arte de hacer la barba, sacar muelas y raigones y otras menudencias del mismo juez.

Su precocidad llamaba la atención de todo el mundo, y su maestro se recreaba en sn obra; las comadres del barrio se entusiasmaban al verle tan formal como un viejo y tan humilde como un carmelita descalzo. Vecinos y vecinas interpusieron su influencia con el tío Roque, y añadiendo á los ruegos algunas dádivas, lograron que Epifanio emprendiera al cumplir sus cinco lustros, la carrera de cirujano, sin perjuicio de seguir descañonando en la barbería.

Con no ser muy pesados los estudios, le parecían á Epifanio losas de plomo, y no hubo curso que no estudiara por duplicado, apesar de las palizas que para estimularle le aplicaba el tío Roque, y de que su humildad y servilismo, cosas muy recomendables por aquella época, conmovieran á sus catedráticos, que más por lástima que por otra cosa, le dieron finalmente el suspirado título.

Coincidió con esto la muerte del tío Roque, y su viuda, que era una jamona de buen ver, hubo de reparar en los rollizos mofletes, en la fornida mnsculatnra y demás prendas físicas del romancista, porque sin ambajes ni rodeos le ofreció su mano y la barbería.

Epifanio, dando pruebas de un ingenio posteriormente nnnca desmentido, rechazó el capital, contentándose con el usufructo. Desde luego tomé nuevos dependientes para los rapes ordinarios, dedicándose él á la extracción de muelas y raigones y asistir á partos, en los que tuvo una fortuna loca.

Su clientela, formada entonces por las más humildes clases de la sociedad, y á la qne no agobiaba con honorarios desmedidos, se hacía lenguas de D. Epifanio. No obstante, personas de aviesa condición murmuraban de algunos servicios sospechosos que se decía acostumbraba á prestar el antiguo mozo de barbería á jóvenes cultadas y mal feridas; pero lo cierto es que jamás se llegó á probar cosa que perjudicase en lo más mínimo su fama.

Cierto día, la cocinera de un Marqnés se vió en el más tremendo de los actos fisiológicos, y reclamó los servicios de nuestro héroe; el amo de la fámula, llevado por el más noble y natural interés, no estaba lejano del lugar de aquel acontecimiento, y D. Epifanio, que se apercibió del lance, agarró la ocasión por un cabello, y tal fué el principio de su fortuna.

Semanas más tarde, la esposa del prócer, que por iguales causas que su

cocinera reclamaba los auxilios de la ciencia, fué asistida también por don Epifanio. La señora, que por aquellos trances había pasado varias veces, quedó prendada de él; cuantos la asistieron antes, si bien atentos, cariñosos y serviciales, no llegaban, ni por asomo, á la atención y al servilismo de D. Epifanio, que demostró cuán bien recibiera las lecciones de su inolvidable maestro.

¡Qué manera de aguantar las impertinencias de semejantes casos! ¡Qué paciencia en todos los apuros! ¡Qué manera de limpiar allí donde la limpieza era necesaria! Qué fuerzas para levantar él solo el desfallecido cuerpo por el tremendo trabajo!

Por otra parte, aunque el acto fué lo más fisiológico deseable, había exagerado tanto el peligro nuestro comadrón, que no se dudó en considerar á éste como el más perito de los peritísimos en su arte. El Marqués, hombre reconocido á carta cabal, no fué de los que menos le glorificaron.

Su fama trascendió, y fué llamado por gente principalísima; la suerte continuó protegiéndole; de cada cien partos sólo tres ó cuatro tenían resultado fatal, y como en casos tales se acostumbran muy poco las consultas, D. Epifanio no tardó en adquirir sólida reputación é inmarcesible fama. Se hizo de moda, echó coche y ganó mucho dinero.

Por entonces dejó el usufructo de su patrón, sin gran disgusto de la viuda, que tomó desmedido cariño por la iglesia y las cuarenta horas. Todo le era favorable.

Andando el tiempo, y merced á sus buenas relaciones y posición, adquirió su título de médico y se doctoró aprovechando la estancia del marido de una cliente en el Ministerio de Fomento.

Sin haber escrito nada, pertenece á una porción de sociedades; ha sido Senador, tiene gran renta, muchas condecoraciones, fué del Consejo, y en las grandes solemnidades á que asiste cruza su pecho una banda de muchos colorines que indican las grandes cruces de que se halla en posesión.

Todos confiesan que sabe mucho y que vale más; es de aquellos que han adquirido el título de *respetable*; y sin embargo, nadie podrá medir con exactitud todo el alcance de su ciencia.

No acudió jamás á certamen alguno; en las sociedades y academias á que pertenece no se le ha oído ninguna cosa nueva ó que revele gran profundidad, y en las pocas consultas á que asiste habla poco, y eso para expresar su asentimiento con el colega que disfrute mejor reputación, sin perjuicio de desollarle más tarde con una beatitud y una tranquilidad dignas de mejor causa.

No tiene amigos íntimos, ni grandes enemigos, porque, como el usurero del cuento, no hace favores á nadie.

Del Excmo. é Illmo. Sr. D. Epifanio X* Y* Z* se podrá decir, por los maliciosos, que no es gran conocedor de los últimos adelantos de la medicina; pero nadie se atreverá á negarle el saber supremo en la más aprovechable y provechosa de todas las ciencias:

En la gramática parda.

El Dr. Cuchillo.

Saben nuestros lectores que no acostumbramos á endosarles en nuestras visitas recetas ajenas; por hoy nos han de permitir traslademos á nuestras columnas el siguiente folletín de *El Siglo Médico*, en que se da á conocer el suplente de D. Benito Revana Mena, muerto á mano airada por nuestro buen amigo D. Mariano Benavente. Los que no tengan noticia de la producción de D. Ramón Baena y Nevet pasarán un rato más agradable que con nuestros

humildes versos, y los que se empeñan en afirmar que cierta pluma brillante ilustra á El Dr. Sangredo, no faltarán á la verdad en lo sucesivo.

JUICIO MÉDICO DEL AÑO

Cuando en el mes de setiembre
dos profesores notables
promovieron en la corte
aquel famoso debate
sobre la acción profiláctica
de algunos desinfectantes,
alarmáronse en mi pueblo
los ricos y los cobardes,
y todos me preguntaban
con afligido semblante
por las malditas bacterias
y las *vírgulas* infames
que viven en *agua regia*
brincando como danzantes.
—¿Qué opina usted, don Ramón—
me decían en la calle,—
se mueren ó no se mueren,
son mortales ó inmortales
esos bichitos que vienen
de las orillas del Ganjes?
Y con mi poca paciencia,
y reprimiendo el coraje,
contestaba á todos ellos
en estas ó en otras frases:
—Todo lo que nace muere,
y si no pueden matarse
los microbios con los ácidos
ni las metálicas sales,
se morirán, de seguro,
cuando el abono les falte;
ó arrastrados por el agua,
ó impelidos por el aire,
buscando nuevo cultivo,
emigrarán á otra parte,
como emigra la langosta
acosada por el hambre.
—¡Vaya un consuelo!—me dijo
refunfuñando el alcalde.—
¡Esperar á que se mueran!...
¿Y si nos morimos antes?
O esperar á que se vayan
cuando de matar se cansen,
como se va la langosta
después de arrasar los panes.
Si no alcanza más la Ciencia,
ni descubre más el Arte,
por triste que sea decirlo,
es poco lo que se sabe.
—Pero, ¿qué importa—repuse—
ignorar algún detalle,
si en la práctica se logra,
aun en el cólera grave,
que los microbios se mueran
y los enfermos se salven?
No sucederá lo propio
en un caso fulminante;
mas entonces no es enfermo,
sino presunto cadáver,
lo que el médico visita
sin esperanza y en balde.
En aquel mismo momento
me dió en el vientre un calambre
al recibir de Madrid
un telegráfico parte
de la redacción de *El Siglo*,
diciéndome sin ambajes:
«Escriba el *Juicio del año*
»en un sencillo romance,
»porque *Benito Revana*
»se ha declarado cesante.»
Este parte me partió;
¡por poco me da un ataque
de cólico sospechoso
con las *vírgulas* finales!
Pero salí del apuro
sin miedo, sin arredrarme;
cual mono de imitación,
hice lo que todos hacen,
mirar por el microscopio
para ver lo chico grande,
acomodando mi *Juicio*
á los grados visuales,
sabiendo que, si exagero
y digo algún disparate,
será por falta de vista
ó culpa de los cristales.
Escribiendo el *Juicio médico*
en micróbico lenguaje,
y siendo el final de un año

prefacio del año entrante,
á la luz del microscopio
ven mis ojos deslizarse
una porción de parásitos
emparejados, con sable,
perturbadores del orden
y la salud de las madres,
y que causan hiperemias,
fluxiones y cardenales,
á los pequeños bacilos
que se ponen por delante.
Con ellos va un micrococo,
negro como el azabache,
encerrado en su celdilla
con protoplasma muy acre,
atrayéndose por fuera
otros microbios iguales
para formar espirilos
ó rosarios perdurables;
y por detrás se ven grupos
de esporos tiernos, fugaces,
que giran, suben y bajan
y se agitan incansables,
empujando al micrococo
para que caiga y se marche.
Sigue el año ochenta y cinco
con irisado estandarte,
ocultando entre sus pliegues
las *vírgulas* contumaces
importadas de Marsella,
de Tolón, París y El Havre,
para que en el mes de mayo,
con la luz del sol radiante,
las flores de los jardines,
el gorjeo de las aves,
la verdura de los montes
y el esplendor de los valles,
acometan por sorpresa
á los pueblos más distantes,
burlándose de la Higiene,
de cuarentenas falaces,
de lazaretos, cordones
y bandos municipales.
Con las VÍRGULAS ó comas
van siempre de acompañantes
ciertos *bacilos* de punto,
los microbios más audaces
que durante la epidemia
se presentan al combate,
con opúsculos, folletos
y escritos *originales*,
sobre la causa del cólera
y el remedio que ha de darse
á los enfermos cianóticos
para que todos se salven.
A esta familia micróbica,
que florece en las ciudades,
pertenece la bacteria
propia de los charlatanes,
origen de la manía
de inventar algún brebaje
para curar todo caso
de cólera fulminante,
presentando como prueba
de su eficacia admirable,
la curación de dos monos
inoculados con sangre
del cadáver de un colérico
de las Indias Orientales.
Pero mucho más temibles,
por lo arteros y mordaces,
son los bichos existentes
en los partidos rurales,
donde los médicos sufren
sus insidiosos ataques
cuando empieza la epidemia
por si dan ó no dan parte
de los casos sospechosos
al Gobierno ó al alcalde;
corriendo siempre el peligro
de escuchar algún ultraje,
ó tomar el pasaporte,
como sucedió en Getafe,
á mi amigo *Rufilanchas*
y á *Baliño* su cofrade.

(*Se concluirrá*).

TOTUM REVOLUTUM

Robert, Armangué, Carreras-Salá, Ferrand, Suñé, he aquí algunas firmas de médicos eminentes que justifican el éxito extraordinario que ha obtenido el

número primero de este año de la *Revista de Ciencias Médicas de Barcelona.*

Nosotros felicitamos cordialmente á su director, qne ha logrado unir en sn periódico la elegancia, el texto ameno é instructivo y la economía.

Justos ante todo, no tememos asegurar qne si nuestro querido colega sabe mantener en los números futuros el interés que ha despertado con el primero de este año, llegará á ser una de las publicaciones más acreditadas, para lo cual tiene mucho adelantado con la confianza qne supo conquistarse en sn ya larga existencia.

***

Bien quisiéramos dar una idea de alguno de los notables escritos que hemos leído con gusto en la *Revista de Ciencias Médicas*, seguros de que nuestros lectores habían de agradecerlo; pero preferimos reservarles íntegra la satisfacción de estudiar por sí mismos tan brillantes escritos.

Lo dicho no obsta para qne desaprobemos ciertos detalles nacidos del afán de *hacer* frases; ejemplo: lo de llamar embajador mandado por el difunto doctor Coca desde la tumba á nn *ascáride*... El espíritu del Dr. Coca, ¿no hallaría á mano otro mensajero de mejor empaqne para ponerse en relación con el escritor médico?...

***

Quéjase nnestro estimado colega el *Boletín de la Revista de Medicina y Cirugia Práctica*, y no es de los que más motivos tienen de lamentarse, de el abuso de confianza de algunos snscritores que se guardan dinero que no les pertenece, y de la disminnción en sns nuevos abonados con respecto á otros años. Nada hemos de decir de la calamidad primera, que en más ó menos escala todos sufrimos; pero le vamos á facilitar un medio para aumentar la suscrición.

Adquiera la amistad de algún político influyente y qne éste recomiende con sn autoridad el periódico á los snbalternos, valiéndose, por supuesto, de volantes y sellos oficiales, y conseguirá algún resultado.

Por demás sabemos que nuestro colega es incapaz de obrar de tal modo, y el consejo es inútil. No todos tenemos esta frescura qne sobra á alguno qne aprovechó tal proceder.

***

Dicen qne España es el país proverbial de la caballerosidad y de la hidalguía. Con efecto, la caridad pública no quiere entregar al Gobierno los auxilios pecuniarios qne destina á los infortunados de Andalucía por miedo de qne se *multipliquen* en manos de las antoridades.

***

La obra del Dr. Espina y Capo ha obtenido el premio en la Real Academia por unanimidad. Digo, no, menos una bola negra... que representa á un *sabio* ó á un envidieso. Plácemes al señor Espina.

***

En la sesión del 14, de la sociedad Ginecológica, se dió cuenta de la dimisión irrevocable que del cargo de vicepresidente presentaba el Sr. Pulido.

Es verdaderamente sensible que por *imposiciones particulares* deje nuestro amigo de prestar su valioso concurso en tan honorífico cargo á dicha sociedad.

Esta dimisión no puede estar en consonancia con aquella reñida elección que por fin dió el triunfo al Dr. Pulido, siendo el contrincante el Dr. Castillo de Piñeiro, que ha sido el primero en inspirar á la corporación para que no se admitiera la renuncia á nuestro compañero Sr. Pulido y Fernández.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

F. Massei.—*Enfermedades de la garganta.*—Hemos leído con satisfacción los dos primeros cuadernos de la interesante obra del profesor italiano, y que fielmente traducida por el reputado Dr. D. Ramón de la Sota y Lastra, no dudamos en recomendar á nuestros lectores que hallarán en este libro una descripción completa de las enfermedades de la garganta, que se distingue especialmente por su sabor clínico.

Tal vez se eche de menos en el trabajo de Massei la falta de ruidosas polémicas, que producen actualmente las doctrinas celularista y parasitaria; pero si se tiene en cuenta que el autor se propuso tan sólo en estas lecciones exponer lo que más se acerque á la verdad, poniendo especial cuidado en la terapéutica y en dar á sus escritos carácter eminentemente práctico, veráse que aquel reparo está compensado con creces.

Nuestros plácemes al Dr. de la Sota y Lastra.

Puntos de suscrición á esta obra; en las principales librerías.

∴

Fresenius. — *Tratado de análisis química cualitativa*, vertido al castellano de la última edición alemana, y adicionado con multitud de notas referentes á la higioquímica, patoquímica, químicas terapéutica, legal, toxicológica, etc., para uso de los médicos, farmacéuticos, ingenieros y agricultores, por *Vicente Peset*, doctor en ciencias y en medicina, químico por oposición, del Excmo. Ayuntamiento de Valencia, y catedrático auxiliar de aquella Universidad.

Como ya tenemos dicho, la edición que anunciamos es la más completa y á propósito para el estudio de los alumnos que cursan el doctorado en Medicina ó en Farmacia. Aparte de las buenas condiciones materiales de la edición, su ilustrado traductor ha puesto sumo cuidado en adicionar el principal contenido de las actuales revistas científicas, las observaciones de eminentes prácticos nacionales y extranjeros, y algunos de su propia cosecha; agregando también casi una parte completa, la tercera ó análisis especial, donde se contiene principalmente esa asignatura del período del doctorado, que hoy se llama *Análisis química aplicada á las ciencias médicas*, redondeándose así la obra del maestro, que se fijó más bien en la análisis general ó pura que en las aplicaciones.

Se reparte por cuadernos de 64 páginas, de buen papel y elegante impresión, siendo el precio de cada cuaderno una peseta. Toda la obra constará de unos doce cuadernos, y los que pasen de este número se darán gratis á los señores suscritores. Terminada la obra, se aumentará su precio.

Van publicados diez cuadernos; el 9.° y 10.° que acabamos de recibir, son más interesantes quizás que los anteriores, y en ellos nuestro amigo Peset cumple como bueno lo que anunció en la portada de la obra.

∴

Dr. Magaz.—*Tratado elemental de Fisiología humana.—Parte 1.ª Madrid, 1884.*—Esta obra, de la cual se está publicando la cuarta edición, es sobrado conocida de nuestros lectores, sin duda alguna, para que nos detengamos en su breve juicio. Por hoy nos limitamos á dar nuestra enhorabuena al Dr. Magaz y al Dr. Coll por las numerosas reformas introducidas en el texto de esta edición. Muy pronto dedicaremos algún capítulo, para exponer nuestras humildes observaciones á ciertas ideas que merecen examen.

MADRID, 1885.
Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa
Libertad, 16 duplicado.

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO III. MADRID 18 FEBRERO 1885 VISITA 32

SUMARIO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

Calle de Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
Trimestre....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año..........	10 »	Año....... ..	12 »	Año..........	18 »

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

Números atrasados de trimestres anteriores para los no suscritores
DOS PESETAS

MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
calle de la Libertad, núm. 16
1885

NUESTRAS FIGURAS

PUBLICADAS HASTA EL DÍA

Sres. Santero (D. T.), Letamendi, Encinas, Creus, Méndez Alvaro, Nieto y Serrano, Benavente, Castelo, Calleja, Maestre de San Juan, Marqués del Busto, Campá, Rubio, Ustáriz, Pulido, Rodríguez Méndez, Tejada y España, B. Comenge, Carracido, A. Jimeno, Gine y Partagás, Del Toro, Olavide, Cortezo, Esquerdo, Losada, Martínez y Molina, Cervera, Alonso y Rubio, Camisón, Masoti Arroyo, Varela Jiménez. Cortejarena, Vilches, Espina y Capo, L. Adradas, Pasteur, Koch, López García, Mendoza, Serret, Ulecia, Magaz, Oloris, Crous, Yáñez, Garagarza, Puerta, Santana, San Martín, Tolosa y Latour, Peset y Cervera, J. B. Peset, Quintana, Gómez Pamo (D. M.), Gómez Pamo (D. J. R.), Sánchez Ocaña, Montero Ríos (D. J.), Osío, Carreras Aragó, Armangué y Tuset, Castillo y Piñeiro, Carreras Sanchiz, Candela y Pla, Castro (D. F.), Alcina, Ferradas, Viforcos, Fernández y Menéndez Valdés, Ferrán y Cluá.

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO III. MADRID 1.° MAYO 1885. VISITA 37.

SUMARIO

ADVERTENCIA

Los suscritores que estaban en descubierto con esta Administración, así como los corresponsales, van dando muestras de vida, siendo muchos los que han saldado ya sus cuentas; este comportamiento, que aplaudimos con «espontaneidad y retintín metálico,» nos obliga á no estampar aquí los nombres de algunos morosos, dándoles quince días más de respiro y de tiempo.

¡Conque, mucho ojo!

ALGO DE LA QUINCENA

Pasando por alto lo inconstante de esta primavera, y los preparativos de lucha para la próxima contienda concegil, que tanto preocupa á esta dichosa villa del madroño, la quincena pasada nos ofrece gran copia de sncesos para escribir nna dilatada revista. Elijo los más interesantes, dentro de nuestro carácter profesional, y principio la tarea.

Yo creo que las palabras del Sr. Romero Robledo en el Congreso, con motivo del cólera, no solamente no ofenden á la clase, sino que ni enfrían ni calientan la opinión pública; las palabras tienen tanta más importancia, cuanto mayor es la ciencia de la persona qne las pronuncia; y en cnestiones de higiene y salubridad, ni Romero Robledo, ni muchos de los que dirigen el complicado organismo de donde ha de salir la salud del pueblo, son considerados como autoridades científicas, ni aun siquiera se les considera como aficionados de talento é iniciativa, sino de pan y melón.

En estos momentos en que tanto llaman la atención de los hombres de

ciencia, las experiencias de Ferrán y las vacunaciones anticoléricas verificadas en Cataluña y Valencia, debiera un Gobierno que se precia de preocuparse del bienestar de sus subordinados, como el que nos rige, debiera, repito, llamar al eminente epidemiólogo catalán, oirle con profunda atención, escuchar sus consejos, presenciar sus experimentos, protegerle decididamente y auxiliarlo con sus recursos, abrir una información amplia, breve é imparcial, llevada á cabo por personas de reconocida autoridad de *entre todos* los españoles de verdadero valer científico que, precisamente, están entre los que NADA SOLICITAN, y de este modo, escudado el Gobierno en el resultado de tales diligencias, adoptar la vacunación anticolérica, fundando centros oficiales donde se inocule el virus profiláctico, si, como esperamos, la opinión de positivas eminencias en estos conocimientos, *declaraba la utilidad* del descubrimiento del Sr. Ferrán, que cuando menos, es acreedor por sus trabajos, á que la Dirección general de Sanidad dirija sus miradas hacia dichos experimentos, hoy patrocinados por maestros y profesores notables.

Aunque este periódico, el más modesto de cuantos se publican en Madrid, se atreva á indicar, el primero, el anterior procedimiento, lo hace convencido de la bondad de la causa, confiando en la ilustración del Sr. Director de Sanidad que verá indudablemente la conveniencia de irnos apartando de los rutinarios cordones y costosos aislamientos que, si á veces son útiles, las más son vejatorios, inútiles y carísimos, convidando no pocas, á los abusos que tanto lesionan á personas é intereses.

***

El Sr. Sastrón, diputado y comprofesor, está llevando á cabo una brillante campaña en pro de la clase médico-farmacéutica, digna del mayor encomio, toda vez que no estamos acostumbrados á ver tanto celo y actividad en los médicos, representantes de la nación. Gracias á este interés que por la clase viene demostrando, ha conseguido, entre otras cosas, que se consignen en los presupuestos, no uno, sino *tres millones* para el pago de peritos y de cuya cantidad se destinará la mayor parte á los facultativos que intervengan con aquel carácter, en las causas criminales.

Felicitamos al Sr. Sastrón, ya que sabe y quiere ser útil á la profesión á que pertenece.

En cambio, algún otro diputado médico estudia discursos para hacer reir á las gentes y ensalzar á los guardacantones con esclavina.

¡La ley de las compensaciones!

***

La sección de asuntos profesionales de la Academia Médico-Quirúrgica, que no ceja en sus laudables propósitos de estudiar cuantos asuntos pueden interesar á nuestra clase, está discutiendo la creación de un Colegio en esta corte bajo las siguientes bases:

1.ª Tiene por objeto el colegio la defensa de los intereses morales, sociales y científicos de la clase médica, y, por fin, el mejoramiento y bienestar material de la misma.

2.ª Constituyen la Asociación los médicos-cirujanos que ejercen su profesión en Madrid.

3.ª El colegio tenderá á la mejora del ejercicio profesional, á combatir el intrusismo y á estudiar los medios de

cubrir las cargas del Estado que pesan sobre la clase médica.

4.ª Además de su junta directiva, encargada de la observancia y fiel cumplimiento de todas las disposiciones que se acuerden, los subdelegados de Medicina de esta corte que acepten la idea del colegio tendrán un libro donde constarán los profesores del distrito inscritos en la Asociación, y en aquellos en que se careciese del concurso de este funcionario, un colegial desempeñará este cargo.

5.ª El colegio empleará todos los medios que la ley le concede y cuantos recursos la publicidad le permite para perseguir el intrusismo.

6.ª Procurará, dentro de las condiciones legales, las mejoras y rebajas posibles en el subsidio industrial, y aun atender á estas cargas con los fondos del colegio, en virtud de los recursos que para tal objeto puedan crearse.

7.ª La junta directiva del colegio será á su vez tribunal de honor para entender y resolver en todos aquellos asuntos que afecten al decoro profesional y en las faltas reconocidas de moral médica.

8.ª Este colegio no podrá constituirse como tal si no cuenta con el apoyo de quinientas adhesiones.

Nuestros plácemes á tan docta como activa corporación.

Esta misma Sociedad sigue trabajando con igual constancia é interés, como lo demuestra la aplaudida conferencia del Sr. Mariani, acerca del parasitismo, con cuyas ideas no estamos del todo conformes, y los discursos de algunos de los socios en estas últimas noches.

El Dr. Osio practicó ante numeroso público, en el local de dicha corporación, la operación de la catarata, por discisión, con las agujas de Bownan y valiéndose de la cocaina como anestésico local.

Las palabras que pronunciara el distinguido oculista darán lugar á discusión en sucesivas sesiones.

El Dr. Huerta expuso una interesante historia clínica en la noche del 27 del presente sobre la trasfusión de la sangre, que mereció los plácemes de la concurrencia que llenaba el salón de la Academia Médico-Quirúrgica, terciando en el debate los Sres. Mariani, Ustáriz y Espina, que demostraron profundos conocimientos.

* * *

La prensa profesional de Barcelona y alguna otra publicación literaria y política de la ciudad Condal han consagrado números enteros á sus compatriotas los Dres. Ferrán y Pauli, publicando el retrato del primero.

El día 9 de abril los más reputados médicos de Barcelona dieron un espléndido banquete á los dos distinguidos micrógrafos; luego de la comida, cuyo *menú* recordaba capítulos y glorias de la microbiología, y después de entusiastas y elocuentes brindis, se abrió, con gran sentido práctico, una suscrición entre los comensales, que llegó á *¡mil duros anuales!*, para fundar y sostener un laboratorio, bajo la dirección de Ferrán.

De esta manera es como podrá nuestra ciencia llegar en España, á su verdadero esplendor.

Un abrazo á nuestros compañeros del Principado.

* * *

Hace tiempo que la opinión pública se preocupa de la verdadera significa-

ción de la palabra *sospechoso*; quién la traduce por *miedo*, quién como *ocultación* de una verdad terrible, otros por *ignorancia*, etc., etc., y en esto salta y dice *El Practicante*, de Zaragoza:

«¿Tenemos ó no *cólera*? Pues sin jactancia ninguna, creemos que es enfermedad que cualquiera la puede diagnosticar; hasta nosotros los *practicantes*.

¿Irán los médicos á repetir las soberbias *planchas* del verano pasado?»

Aquí aquello de:

«Ya me muerden, ya me muerden...»

Dr. Dogresan.

LAS FIGURAS DE MI GALERIA

FERNÁNDEZ Y MENÉNDEZ VALDÉS

Si la historia de la Medicina patria no señalara pródiga, apiñada muchedumbre de eminentes comprofesores que en toda época demostraron, no sólo su pericia en el arte de curar, si que también sus humanitarios sentimientos y sus sacrificios por sus hermanos hasta los límites del heroismo, de cuyos antecedentes arrancan los timbres de nobleza con que se adorna la clase médica, tan digna como poco atendida, bastaría el lujo de virtud y la opulencia de amor hacia sus compañeros en la desgracia, que demostrara nuestro querido compañero el médico de la Armada, Sr. Menéndez Valdés, al salvar con gran riesgo de su propia vida, la existencia de parte de la tripulación del *Gravina*.

En aquellos momentos de angustia suprema que llenaban de espanto á los marinos más expertos y confiados; cuando las embravecidas olas amenazaban sepultar en el hondo abismo del Océano á la combatida y agrietada nave; cuando la catástrofe era inminente é inevitable y la muerte se acercaba por momentos y acariciaba á los atribulados náufragos sin esperanza, allá en el mar de Filipinas; muertos algunos valientes que intentaran ganar la suspirada costa, el médico del *Gravina*, espontáneamente, llevado de nobilísimo impulso, lánzase al agua, lucha con el enfurecido elemento, y victorioso por milagro, en tan tremenda lid, salta á la arena, fija el cable que llevara en la mano, reune á los compañeros que habían logrado salvarse, los incita, los anima, los obliga á tomar parte en la bienhechora empresa de auxiliar al resto de los navegantes que veían hundirse bajo sus pies los restos del crucero *Gravina*.

Y de este modo, muchas madres españolas, la marina y la nación en último término, deben agradecer á nuestro compañero el haber evitado numerosas y sensibles desgracias.

Al recordar con orgullo el valeroso acto de un comprofesor tan estimable como el Sr. Menéndez Valdés, á quien no tenemos el gusto de conocer personalmente, se nos ocurre decir algo de lo que por ahí se murmura referente al deliberado interés de algunos, de menguar el mérito de tan heroico comportamiento; pero como el expediente pedido por el Sr. Sastrón no tardará en ir á las Cortes, nos reservamos la palabra para ocasión oportuna y terminamos felicitando cordialmente al señor Valdés, consignando también un cariñoso recuerdo para el malogrado señor Manterola, víctima de su nobleza en el naufragio del vapor *Gijon*, y para tantos compañeros que, con motivo de los terremotos de Andalucia, se hicieron dignos del respeto y gratitud de la clase médica y de los españoles todos.

***

FERRÁN Y CLUÁ (1)

La pétrea y varonil constancia de los Almogávares, tan celebrados, y la actividad é intuición de los antiguos árabes, realizan natural consorcio en la personalidad de Ferrán que, en sus rasgos físicos é intelectuales, recuerda aquellos pueblos cuyos característicos elementos parece se combinaron en el origen de este comprofesor, hoy de nombre universal.

Cataluña, cuna de hombres inmortales en las armas, en las letras y en las ciencias, poblada de una raza activa, laboriosa y entusiasta, es la patria de Ferrán que, merced á su aplicación y talento, merced á sus trabajos micrográficos, ha hecho que el nombre de España se pronuncie con interés y respeto por los médicos extranjeros en estos días.

Ante las conmovedoras y sinceras manifestaciones de cariño y respeto, que sus conterráneos le han tributado; ante las muestras de entusiasmo con que la prensa en general y la de Barcelona en particular acogió los esfuerzos de Ferrán en pro de la ciencia; en vista de la satisfactoria impresión que produce la llegada de este micrógrafo á la región valenciana, y del gran interés con que España y Europa estudian sus conclusiones acerca del parasitismo, más que del reputado profesor recuerdo la venerable figura de su anciano padre, también médico que, suspenso el ánimo, y humedecidos los ojos, recogerá ansioso los aplausos que se tributen al hijo, como cosa propia, cual si á él únicamente se dirigiesen..................

(1) Esta publicación es la primera en Madrid que presenta el retrato del Dr. Ferrán, y sería la primera de España si los viajes del ilustrado micrógrafo no hubieran estorbado nuestras diligencias de hace más de seis meses.

En la imposibilidad de trascribir íntegra la preciosa y extensa biografía que el ilustrado Sr. Giné y Partagás ha escrito, y que han copiado los periódicos profesionales de Barcelona, daremos algunos datos, los más salientes, que puedan constituir una breve silueta de nuestro respetable compañero Sr. Ferrán.

Nació D. Jáime Ferrán en Corbera, provincia de Tarragona, en 1852. Estudió en los Institutos de Tarragona y Tortosa hasta el bachillerato, cursando luego la Medicina en Barcelona, siendo discípulo de los doctores Letamendi y Giné, que aún hoy recuerdan el talento y aplicación de Ferrán cuando pertenecía á la clase escolar, y no sólo lo recuerdan, sino que lo consignan y lo publican en periódicos y centros científicos.

Terminada su carrera en 1873 y después de asistir á la clínica oftalmológica del Dr. Caralt, y de electroterapia del Dr. Bertrán, establecióse en Tortosa, consiguiendo pronto clientela y reputación; en dicha ciudad sabe encontrar tiempo para dedicarse al estudio de la fotografía y de la física con el Dr. Pauli, y apesar de su clientela, del cargo de Director de Sanidad y Director del Hospicio, escribe artículos meritorios, publica con Pauli, un tratado sobre la fotografía instantánea, alcanzando ambos prioridad en su proceder, siendo también los dos amigos los primeros que aplicaron el teléfono á gran distancia en España, anticipándose al Inglés Monró, en la teoría micro-telefónica.

Dichos trabajos y el éxito de que fueron seguidos, bastarían para la satisfacción de quien, sin tener sus ojos fijos en altas empresas, hubiera procurado tan solo sacar fruto de su labor. Pero esto no fué sino poderoso incentivo á su entusiasmo creciente, y poniendo todas sus aptitudes envidiables

al servicio de la bacteriología, que tan dilatados horizontes ofrece á través de las nubes de lo desconocido que la rodean, logra bien pronto, ver pagados sus afanes—por lo mismo que no fueron inconstantes, ni nacidos de la vanidad del momento,—descubriendo las fases morfológicas del *baccilus* de Koch, es decir, dando á conocer el ciclo vital, la historia de la microscópica y dañina planta; estos mismos estudios le ponen en el caso de descubrir que el *bacillus coma* vive perfectamente en la bilis y encuentra procederes convenientes para ponerlo de manifiesto y cultivarlo.

Por este tiempo presentó una Memoria: «Importancia del parasitismo en Medicina,» que es premiada en la Real Academia de Madrid, y de vuelta de su espedición á Marsella, Tolón y otros pueblos de Italia, logra encontrar la atenuación del virus colérico, cuyos efectos ensaya en sí mismo y en su inseparable amigo; hace experiencias numerosas en los animales, y de esta suerte cree tener en sus manos la atenuación de la actividad de *bacillus* y la inmunidad de los inoculados, respecto de otras inoculaciones sucesivas, indicando este nuevo género de *vacuna* que, por el pronto, tiene caracteres de lógica y de similitud con otras afecciones, para llegar á ser la verdadera profilaxis del cólera.

He aquí á grandes rasgos, los valiosos descubrimientos de nuestro respetable compañero Ferrán, y aunque se nos alcanza que la experiencia y nuevos estudios han de venir á sancionar ó tal vez modificar y perfeccionar estos hechos, que aun no son cánones, tal creencia no es bastante para amenguar nuestro entusiasmo, por las tareas del distinguido micrógrafo, ni mucho menos pueden servir para desconocer el paso inmenso y glorioso que en el estudio de *cólera* ha dado nuestro compatricio el Dr. Ferrán, mereciendo por ello el respeto de toda la clase, la gratitud del pueblo, y que el Gobierno fije en esta personalidad su atención, distraída, más de lo que debiera, en asuntos superficiales é inútiles.

Esperamos oir al Dr. Ferrán en la corte y examinar sus hermosos trabajos; que apesar de nuestra humildad de conocimientos, sólo así podremos formarnos sobre tan interesantes y complicados asuntos un criterio más seguro y personal. Entretanto, el Informe de la Real Academia de Barcelona; la autorizada opinión de respetados micrógrafos extranjeros; la competencia indudable de Giné y Partagás, Letamendi, Gimeno, Rodríguez, Méndez y otros muchos; el entusiasmo que el efecto de las inoculaciones ha producido en la clase médica y pueblo de Valencia, y los aplausos que la prensa española le dedica, así como el afán con que aquí se espera á este explorador é ilustrador de la genética morbosa, son para nosotros circunstancias que nos arrastran á darle nuestra enhorabuena; que aquellas opiniones y autoridades son para nosotros como letras de cambio de crédito inmenso.

LUSCINDA.

LAS GASTRO-ENTERITIS
DE JÁTIVA

¡O los *casos sospechosos*!..... Como ustedes quieran; que á la dilatada nosología del cólera morbo asiático—que no en balde fueron portugueses los que se ocuparon en primer término de esta enfermedad, —un nombre más, ¿qué importa?

—¿Conque ha sido cólera lo de Játiva?

—Así se afirma.

Como es viruela la que se desarrolla en una población, atacando á reducido

número de personas, sin que ocasione considerable mortalidad, como fué fiebre amarilla la que tuvimos en Madrid hace muy pocos años.

El cólera morbo asiático, como todas las enfermedades, tiene las más distintas formas, y hasta puede presentarse, en ocasiones, con un carácter tan benigno como el antiguo cólera nostras, ya conocido en tiempo de Hipócrates; por otra parte, así como vemos que el virus carbunculoso pierde su fuerza hasta hacerse inofensivo—casi igual sucede con la erisipela,—¿por qué no ha de suceder lo mismo con éste? Yo, que no me atrevería á afirmar que el *Spirillium*, de Koch, sea el agente del cólera, creo, sin embargo, que esa enfermedad es parasitaria, y no veo motivo suficiente para que deje de conducirse de la misma manera que sus congéneres.

Además, la historia nos lo confirma: recuerde el curioso lector lo acaecido en Murcia, y en los baños de Qnintos, en cuyas limitadísimas epidemias pudo verse con claridad cuán posible es que el cólera atenúe sus efectos.

En los años de 1859 al 60, nuestro ejército de Africa le condujo á Málaga, donde se desarrolló con fuerza, extendiéndose y muriendo al llegar á Toledo; en Cádiz sucedió algo más curioso todavía: murieron algunos del cólera; pero á excepción de un solo individuo, las víctimas procedían todas del ejército expedicionario.

Si la causa—para no sentar afirmación que pueda ser objeto de disputa,—si la causa, repito, que produce el cólera se hubiera presentado en Africa con toda su fuerza, apesar del invierno se hubiera extendido por la Península y por Europa entera, como en medio de las nieves casi eternas hizo terribles estragos en el Norte de la Rusia asiática.

Hay otra causa que prueba también esa aserción. Toda epidemia de origen exótico, por mucho vuelo que tome, se termina en las poblaciones donde se presenta, siendo preciso una visita con germen fresco para que se reproduzca con fuerza. De otro modo no se concibe que se concluyeran estas epidemias, ni que la historia pudiese fijar con exactitud sus invasiones.

Este fin de las epidemias sólo puede explicarse por la atenuación de la causa que las produce. Así se observa, no ya en una epidemia en general, sino en cualquier población atacada.

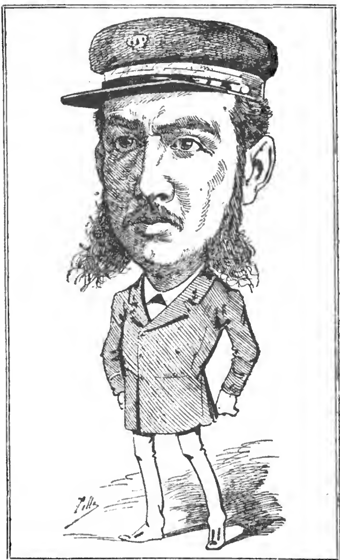
En los pueblos del extremo Oriente se suele observar con alguna frecuencia lo acaecido ahora en algunas poblaciones de la provincia de Valencia, pero aquellos habitantes dan muy poca importancia á esos azotes, á los que están de sobra acostumbrados.

Es, pues, en mi humildísimo concepto cólera morbo asiático la enfermedad que se ha desarrollado en Játiva; tengo bastante buen juicio de los dignos compañeros que lo han afirmado sobre el terreno para dudarlo, aparte de que el modo de herir de esa enfermedad no se confunde con otro alguno. ¿Que no se ha extendido? Tampoco se extendieron las epidemias ligerísimas de Quintos y Murcia y la más grave de Africa y Málaga.

La invasión de 1884 ha sido y es, puesto que aún se ven sus chispas, un cólera muy atenuado que sólo se ha manifestado con toda su dureza en aquellas ciudades abandonadas de la higiene.

El cólera de 1884 es la misma invasión procedente de la gran epidemia de 1881 y 1882 ocurrida en la India; este germen fué trasladado á la extremidad oriental del Asia; cuando las tropas francesas, en contacto con las del Tonkín, llegaron á adquirirle, ya había perdido mucha fuerza, y en realidad

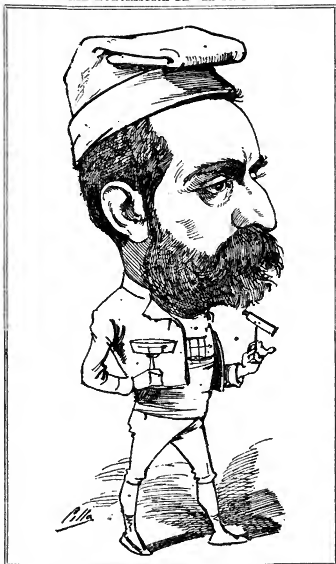
GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



FERNÁNDEZ Y MENÉNDEZ VALDÉS

Profesor en medicina,
tiene valor, corazón;
la Armada de la nación
y la gente de marina
le deben adoración;
salvó á la tripulación
del *Gravina*.

GALERÍA HUMORÍSTICA DE «EL Dr. SANGREDO»



FERRÁN Y CLUÁ

En curasió general
de enfermetats contagioses
y de altres *més* sospechoses
gotje fama universal.
Siga ó nó sér rasional
el vacune per prudensia
y evite en la meva siensia
epidemies de tot nom,
per aixó 'm coneix tot hom
en Cataluña y Valensia.

no hizo *entonces* en aquel ejército grandes estragos (1).

Muchos barcos fueron los que contrajeron entonces la epidemia, que afortunadamente terminó en ellos y en los lazaretos establecidos en Francia; por desdicha estas sabias precauciones no se observaron con rigor, y *La Sarthe* y OTROS BARCOS MÁS lo importaron en Tolón, desde donde corrió á Marsella.

Se encuentran esas dos ciudades en tan buenas condiciones de receptividad que no es de extrañar se cebase en ellos tan cruelmente, apesar de su atenuación.

Ni en Tolón existen alcantarillas, ni en la mayor parte de las calles de Marsella tampoco; es preciso visitar esas ciudades para comprender cuánto es su abandono y hasta para negar la higiene, porque dados los principios de esta ciencia, no se comprende cómo es posible la vida en aquellas poblaciones. Sin embargo, en la primera de aquellas poblaciones los boletines demográficos anuncian casi siempre mayor número de defunciones que de nacimientos; actualmente hay bastantes enfermos más de fiebres tifoideas—según leemos en la prensa extranjera,—que las que tanto ruido han dado en Santiago, y esto se comprende fácilmente pensando que todo líquido, inclusos los que no deben nombrarse, se arrojen á la vía pública, donde son arrastrados al mar por corrientes de aguas tan *limpias* como ellos y donde buena parte de la población lava las ropas más sucias.

En Marsella, y muy particularmente en los suburbios, sucede otro tanto, y apesar de todo, la mortalidad ocasionada por el cólera fué la más débil de las ocho epidemias que sufrió aquella ciudad (1); pues no pasó del *cinco* por *mil* habitantes, cuando la del año 1835 llegó al diez y siete.

Así se comprende que no se extendiera más, y que sus estragos —fuera de Nápoles, cuyas condiciones son tan malas como las de Tolón—fueran limitadísimos, cosa que no sucedería hoy, si como es de temer, una epidemia que estalló hace muy pocos meses en un pueblo próximo á Bombay, y que según noticias, ha sido trasportada á China visitará pronto la Europa.

Es preciso estar prevenidos y no fiarnos en lo que sucedió el año pasado y en la benignidad de las *gastro-enteritis sospechosas* actuales; así lo comprenden los Gobiernos que piden la reunión de una conferencia sanitaria internacional, en la que se han de adoptar probablemente medidas más restrictivas para impedir el paso del azote por el canal de Súez y aconsejar á los pueblos cuiden más de la higiene, pues está fuera de duda que allí donde ésta es más atendida, la mortalidad es mucho menor (2).

---

(1) Cuando una epidemia declina en un país, es peligrosísimo que individuos no aclimatados le visiten; pero esto, que está observado hasta la saciedad, no sucede, sobre todo en las poblaciones orientales, cuando han trascurrido muchos meses del furor del azote y sólo quedan focos limitados que no hacen grandes estragos; esto, que es una prueba más de la atenuación del cólera, es causa de que sólo individuos muy predispuestos contraigan la enfermedad.

(1) No considero como tal la ocurrida en 1866, reproducción de la del año anterior y cuyos síntomas y manera de conducirse recuerda exactamente lo que ha pasado este año en Játiva. Sólo murieron tres por cada mil habitantes.

(2) En los pueblos que rodean á Tolón hizo el cólera del año pasado tan pequeños estragos que fueron limitadísimas las defunciones. En Niza no hubo casos y débese á lo bien cuidadas de esas ricas poblaciones. Ciertamente que si el germen hubiera sido como el del 34, el del 49, el del 54 y el del 65, no hubieran sido tan favorecidas, pero siempre la mortalidad habría sido más favorable que la de Tolón, como sucedió en aquéllos.

Nosotros esperamos que esta vez ha de resultar algo práctico de esta reunión, y quiera el cielo que se adopten tales acuerdos, que nos eviten hablar en lo sucesivo de enfermedades tan *sospechosas* como la de Játiva, Barcelona y otros puntos.

DR. SANGREDO.

LA DICHA DE LA CORTE

Es frecuente ver en los periódicos profesionales, artículos suscritos por estudiosos médicos de partido, quienes, acibarado el ánimo por sus tremendos é inacabables disgustos y vejámenes sin cuento, vierten raudales de ideas para bosquejar su aflictiva situación.

Nada de extraño presenta la continuada serie de tales escritos con que se consuelan nuestros amigos; que es muy lógico que los dolores preocupen la imaginación del que los sufre.

Nosotros conocemos, por ajena y propia experiencia, la ruda lucha que en todo terreno sostiene el médico de partido, cuyas penalidades quisiéramos disminuir; comprendemos la situación anómala de esta parte importante de la clase médica; lamentamos su organización deficiente y lo poco atendida que está por parte de las autoridades de todo rango, y anhelamos como médicos, que vengan pronto tiempos de bonanza en que se considere como merece, una institución tan útil, tan humanitaria y compuesta de un personal acaso el más instruído de la sociedad y el que más dispuesto se halla siempre, á sacrificarse en bien de sus conciudadanos.

Todos los médicos, lo mismo los que residen en la corte como los que habitan en la ignorada aldea, todos, indudablemente, admiran y veneran la constancia, la virtud de los médicos de partido; todos le compadecen en sus sufrimientos, todos aplauden su misión humanitaria y civilizadora á la vez; pero nosotros no creemos muy útil para conseguir el bien que anhelan, para realizar el fin á que conspiran, que es una mejor legislación, hacer de estos asuntos tema obligado, gastando sus fuerzas en lamentaciones por todos muy sabidas, por casi todos experimentadas; además, que no es muy conveniente tampoco llenar las páginas de los periódicos con jeremiadas no siempre exactas, ni lanzar recriminaciones más ó ménos embozadas á los médicos que ejercen en la capital.

En vísperas de un esfuerzo supremo, como algunos suponen, no es juicioso prescindir de un brazo, y cuando se va á crear ó á reformar algo, todos los consejos deben escucharse y no desdeñar ninguna inteligencia, que es precisamente lo que vienen haciendo en estos días algunos compañeros de partidos médicos en sus escritos, á veces tan fogosos como desprovistos de lógica y sintaxis.

Si nosotros viéramos un decidido, formal y generalizado empeño en los médicos de partido, de constituirse en bien integrada asociación, con sus miras trazadas, con su vista fija en justas y bien pensadas aspiraciones, sin vanidades aquí, egoísmos allá y afán de medrar ó de significarse acullá, nosotros, apesar de nuestro modesto valer y corta experiencia, en asuntos tan arduos, entraríamos con gusto en la difícil tarea de indicar algún medio que en consonancia con los ideales y procederes entablados, pudiera auxiliar la consecución de tales fines.

Pero como tan poderoso como salvador movimiento, apenas es perceptible, según se infiere de numerosos datos por todos conocidos y de larga narración; como es sabido que, tanto entre

colegiados como incolegiados, hay seres que se preocupan con exceso de su *yo*, y pescan en el aire toda ocasión y suceso para convertirla en medro, procurando á todo evento ser *notados* antes que *notables*, vamos rectos al fin que nos proponemos en este articulito, recordando solamente, en bien de los profesores todos, especialmente de los que más se agitan ante cualquier idea lanzada al viento:

1.° Que la organización de una clase requiere mucho tiempo y que el perfeccionamiento venga de los individuos á la institución, nunca al contrario.

2.° Respeto, estudiosidad y compañerismo sincero.

3.° Desinterés personal indiscutible en los que marchen al frente del movimiento.

4.° No creer en Mesías y considerar que el que más nombra á la clase suele desconocerla, ó no pertenece de hecho á ella.

Y 5.° Meditar con madurez lo que se haga, porque la experiencia enseña que cada golpe en falso, cada algarada médica, produce incalculables males á nuestros ideales de organización y bienestar, y adherirse, no obstante, con pasión y trabajar como un solo individuo en pro de una idea provechosa, sin mirar su origen, ni la inteligencia de donde surgiera .. Pero como este espinoso asunto no es hoy de nuestra incumbencia, sigamos con nuestro tema.

Como decíamos al principio de estas líneas, y antes que la pluma se desviara hacia la linde de la colegiación, como idea, plausible; como proyecto indiferente, por estar aún en embrión, existen muchos apreciables compañeros que tienen un concepto erróneo del estado de la profesión en las capitales. Ellos suponen que cada ciudad es una Jauja y la Villa del Oso una tierra de promisión, en la que si no hay maná y codornices, llueven comestibles y los billetes de Banco se recogen en las calles por fanegas, y en tal situación, no pueden los de Madrid acordarse de los médicos de partido y son indiferentes á la protección con que algunos reformadores brindan á la clase.

Y en efecto, esto es así.

Tenemos epidemia de felicidad.

Exceptuando á unos cincuenta, ó poco más, profesores, que viven con holgura de su trabajo de muchos años y de su crédito más ó menos legítimo, los demás subsisten á fuerza de lucha tremenda, de trabajo asiduo, de talento los más, y sin embargo, su porvenir es envejecer sin enriquecer, y apenas si la clientela basta para, con ayuda de sus rentas ó del exiguo sueldo oficial, vivir con decencia y educar modestamente á los hijos; y dichoso el que á costa de los horribles sufrimientos que esto supone, llega á tal situación. Que lo más frecuente es consumir la juventud, el talento, las nobles aspiraciones, en las casas de socorro, curando un herido por hora, asistiendo enfermos y partos á docenas ó llenando las columnas de los periódicos con sus ideas, sin retribución, como meritorio, y mediante no pocas pruebas de suficiencia y gasto de amistades.

Tras de esta lucha perdurable, de esta batalla contra el implacable enemigo de la indiferencia de las grandes poblaciones; sufriendo privaciones y teniéndolas que ocultar á todo el mundo, es relativamente feliz, respira algún tiempo el que consigue la plaza de ayudante al lado de un médico afamado, que por lo regular explota la buena fe y el entusiasmo del neófito.

Aquí los gastos, hasta los más indispensables, son de consideración, y siempre la exorbitancia de éstos, camina delante de los ingresos.

La situación de los médicos en Madrid es inconcebiblemente más desas-

trosa que en los pueblos, y esto se explica, entre otras muchas circunstancias, por la dificultad grande de darse á conocer, por el número exagerado de profesores que existen, porque faltan ocasiones en donde dar á conocer las aptitudes clínicas; por la gran influencia que en la adquisición de enfermos ejercen las amistades, el buen porte, la cultura del profesor, la intrepidez y cierto desahogo metálico para hacerse visible y mantener y crearse relaciones, y sobre todo, porque aquí nada hay seguro y estable en cuestión de clientela, lo cual obliga al profesor á estar siempre arma al brazo para evitar el desfile de la clientela, que muchas veces no obedece, al desmembrarse, sino á la moda, al capricho de las gentes.

Añádase á esto, los choques frecuentes con los compañeros, no todos tan discretos como debieran serlo; la dificultad del cobro, tanto mayor cuanto menos acreditado es el médico; las contribuciones alzadas; las exigencias sociales desmedidas; la carestía de todos los artículos de primera necesidad; lo poco que suenan los primeros triunfos del médico, etc., etc., y tendremos una muestra de obstáculos tremendos desconocidos en los partidos por lo regular, y que explican el naufragio frecuente de tantos jóvenes que, llenos de entusiasmo y ricos de ciencia, pretenden echar raíces en la corte, para ir á curarse de los desencantos en la aldea, donde suele haber pan negro y amargo, pero pan al cabo, rociado con el trabajo que en las capitales no se encuentra á todas horas. Esta es la verdad.

Pero es que estos mismos infortunados compañeros que residen en ciudad, son los más interesados en ocultar á todo el mundo su aflictiva situación, y si no aflictiva, deficiente; aquí todo el mundo, por imposiciones sociales, ha de tascar en silencio el freno de sus penas y aparentar contento para desviar de su nombre y reputación el desprecio de las gentes, lo que explica, no sólo la tortura moral de los médicos de urbe, sino su forzoso silencio y constante resolución de no trascribir en los periódicos profesionales las penurias de su vida, el calvario de su profesión, no menos escabroso que el que ofrecen los pueblos á los médicos que hacen de su descripción el tema obligado de sus arias sentimentales, exageradas á veces, quiméricas otras, distinguiéndose precisamente en estas descripciones aquellos que menos las sufren, los que cuentan con una titular que les pone en situación de vivir respetados y con ahorros que disipen la amargura de un mañana nebuloso y triste.

¡Aquí todo es felicidad!; ¡los profesores se embriagan en los esplendores de un lucro sin igual y en las delicias de placeres sin fin, que no les dejan tiempo para pensar, ni menos tomar parte en los proyectos que agitan á la clase rural!.....

Nada de esto, queridos colegas; sino que como los que residen en populosos centros, ven los santos de cerca y no les parecen tan milagrosos como suelen conocer por experiencia los móviles, el fin y la *significación* verdadera de tantos proyectos de redención como se patrocinaron, vislumbran el medio dificilísimo y complicado de que hay que valerse para llevar á cabo ciertas empresas, y vieron la pasión y terquedad en contrarios y adictos á este género de proyectos, se apodera de ellos el desaliento, desaliento que yo entiendo perjudicial y creo desaparecerá ante un plan de integración de la clase amplio, levantado y concreto.

De donde se infiere que, lejos de ser enemigos de la colegiación, dejamos en libertad á nuestros lectores y nosotros esperamos los acontecimientos para

tomar una resolución con conocimiento de causa y maduro juicio.

Y sirvan estas palabras para contestar á ciertos fogosos compañeros de los partidos, que llevados de su impetuosidad, tratan casi con encono á los médicos de Madrid, cual si no fueran sus hermanos en la desgracia, olvidando que contadas veces puede un médico, á fuerza de talento, labrarse un porvenir brillante y seguro en esta, como en otras capitales.

Dr. Rubistein.

1808-1885

Siento, patria, tu aflicción,
Comprendo el gran desacierto
Y preveo el fin incierto
Del cólera y del cordón.
No te tienen compasión
Gobiernos de otras naciones;
Sufres mil humillaciones
Qne pasas ante esas gentes
Sin que entiendan ¡inocentes!
El microbio y los cordones.
Sufres porque se mofaron
Los qne el cólera han tenido...
¡A ti á qnien siempre han temido
Y tu prudencia admiraron;
A ti á quien te prodigaron
Los epítetos más tiernos;
Que siempre les has probado
No tener otro pecado
Que el peso de tus gobiernos!
Cada vez qne algún temor
Por nada se desvanece
El cólera reaparece
Imponente y destructor.
Infunde espanto y terror
Del Oriente al Occidente;
Cunde el pasmo ente la gente,
Y annque se crea patraña,
No hay ningún pueblo en España
Que al microbio le haga frente.
Pierde el comercio millones,
Y la industria abandonada
Produce muy poco ó nada,
Falta de especnlaciones.
Estériles discnsiones
Que entablan los delegados,
Por quien les manda obligados,
No dan remedio á los males
Y aseguran muy formales
Que *visitan* atacados.
Siempre con gran igualdad
En Novelda y en Mogente
Beniopa y Carcagente
Progresa la enfermedad.
Citan la mortalidad
De Tarragona, Cervera,
Játiva, Alcira, Corbera
Y otros pueblos, sin reparo...
¡Y es del caso lo más raro
Qne no citan á *Antequera!*
A lo verdadero invoco:
Lo qne es invariable y cierto
Es que entierran al qne ha mnerto
Y al vivo le falta poco.
Si no hay de epidemia foco,
Le hay de contribuciones
De quintas... de desazones
Y otros que ya quedan dichos;
No hablemos ya más de *bichos*,
Que estamos en elecciones.

Dr. Erre.

CUADROS VIVOS

D. SEVERO

Hay chifladuras, ¡pero como ésta!...

Donde VV. le ven tan serio, tan grave, tan ceñudo siempre, como si padeciera enteralgia crónica, es muy otro de lo que aparenta ser.

Y, sin embargo, en fuerza de representar el papel que se ha impuesto en la sociedad, él mismo se lo ha llegado á creer, cosa más frecnente de lo que parece.

Fueron sus padres de modestísima posición, y con no poco trabajo consiguieron darle carrera, en la que Severito no sacó jamás ni un reprobado, ni un sobresaliente.

Para el mozo fueron desconocidos el marro y la pelota, y más tarde el billar; ni por broma tomó parte en estudiantinas, y rara vez alternaba en las conversaciones de sus condiscípnlos, que calificaba con la mayor dureza.

Se había propuesto ser un Catón, cuyo modelo procuraba imitar, con el mismo resultado que si el cuervo quisiera plagiar el canto armonioso del ruiseñor.

Entre sus compañeros, gente joven y generosa, gozaba una extraña reputación, que llegando hasta algunos catedráticos de quinta fila, para quienes la seriedad, aunque sea la del asno, es un síntoma de sabiduría, hicieron la suerte de Severo.

Veamos cómo:

Había terminado la carrera, cuando al poco tiempo una revolución política imprimió un carácter completamente distinto á la municipalidad. Las palabras: orden, moralidad, justicia, concepciones especulativas en la oposición, que parecen tener su día en el del triunfo, y que se olvidan al siguiente, se pronunciaron aquella vez como otras tantas.

Se quiso hacer algo y se dio un puesto oficial á D. Severo.

Éste no perdió ripio, y elogiando en general á sus predecesores, los desollaba en particular sin consideración alguna.

Más áspero que un erizo, su presencia era mirada con disgusto en los círculos profesionales, donde su lengua de hacha sólo se movía para sacar astillas en el crédito del compañero.

Aquél que joven había alcanzado puestos brillantes, era para él un quitamotas de los poderosos.

El que á fuerza de trabajo había adquirido una posición decorosa, era por haberse rebajado á todo.

La cátedra que aquél desempeñaba la tenía por la recomendación de una vengadora agradecida; que á no ser así, Severo habría tomado parte en las oposiciones, y él se la hubiese llevado.

Aquél que por tener una familia numerosa sólo puede atender á buscar una clientela que le dé el pan, es un bandido profesional que hace de la facultad vil mercancía.

El libro que aquél ha publicado es un plagio y una copia, y...

Para qué seguir, D. Severo no habla de nadie sino para criticar y morder.

Y á todo esto, ¿cuáles son los méritos de D. Severo?

Jamás ha escrito nada, ni ha expuesto en Academias casos notables de su clínica particular; en las consultas, que también rehuye, sólo barbota gruñidos inexplicables, de lo que muchos han podido colegir su nulidad.

Entonces, ¿por qué es esa severidad catoniana?

En el extremo Oriente acostumbran á guardar con esclavos los serrallos musulmanes, tomando antes los dueños de esos infelices ciertas precauciones que no permitan, ni en broma, cualquier juego de sus amadas cónyuges. Sucede algunas veces que estas precauciones, si bien completas para la tranquilidad del señor, son todo lo más horrible para el siervo, que quiere y no puede, que siente y es incapaz de demostrarlo; entonces se apodera de esta víctima un odio mortal á todo cuanto le rodea, y no hay en los serrallos turcos espía más cruel y más mal intencionado que uno de estos esclavos.

Pues bien: en la sociedad médica don Severo es uno de esos eunucos.

Dr. Esb.

TOTUM REVOLUTUM

Parece inminente la guerra entre Rusia é Inglaterra, en el centro del Asia.

Si tan lamentable suceso llegara á realizarse, es de temer que, del teatro de la lucha, surgiera alguna epidemia, favorecida por naturales contingencias de toda campaña, por la falta de higiene de los afghanos y por las continuas expediciones de soldados que se establecerían entre la cuna del cólera y los pueblos beligerantes.

Ante estos funestos y posibles acontecimientos es probable que el Ministro de la Guerra tenga en cartera los oficiales que hayan de ir á presenciar el modo como los ejércitos se rompen los cráneos.

¿Irán médicos militares á estudiar sobre el terreno los adelantos de la cirugía castrense? Lo dudo.

¿Mandará el Gobierno médicos versados en epidemiología á Constantinopla, Astrakan, Calcuta y Súez para tenerle al corriente de la manifestación de una epidemia, avisar los abusos sanitarios y prevenir al Gobierno de un peligro?

¡Quién sabe! Es un acuerdo tan justo, tan humanitario, tan lógico que... no se pensará en ello por lo mismo que en algunos de los puntos indicados debiéramos tener continuamente, representantes de la nación para asuntos exclusivamente sanitarios.

***

El eminente Sr. Rodríguez Méndez, catedrático de Higiene en Barcelona, ha dicho en nuestro apreciable colega la *Gaceta Médica Catalana*, de la cual es director, que las medidas sanitarias adoptadas por el Gobieno, son aceptables si en ellas se prescinde *de la forma y del fondo*. ¿Quién será el epidemiólogo, aunque goce de nombre bruñido y *reluciente*, que se atreva á decirnos dónde está el mérito de las precauciones hasta aquí adoptadas?

***

¡Qué terrible decepción!
Ya la colegiación
no preocupa á Sastrón,
médico y diputado
de la nación.

***

Tiene la palabra el *Bachiller Triaca*.

«Escenario, una mesa de café; protagonistas, el director de un diario profesional, un digno farmacéutico y otras personas.

—¿Conque es V. el Sr. M...?—dice el director al farmacéutico.

—Sí, señor, el mismo.

—Habrá V. notado que le he combatido en mi periódico. ¿Sabe V. por qué?

—Usted dirá.

—Pues porque le he enviado mi periódico y no se ha suscrito.

Estupor del farmacéutico.

—¡Hombre! Pues si es por eso, desde ahora puede apuntarme como suscritor.

El direccor sacó papel y lápiz, apuntó nombre y señas y se guardó la nota.»

Y yo digo asombrado: ¡quién será!

El hecho no debe ser cierto, porque por menos motivo se le dibuja un *cónclave* en las costillas al que de un modo tan *desinteresado* reparte protección...

***

¡Qué afición por la oculística!

Se dice que el diablo, las ratas ó algún otro que no fué ni el primero, ni las segundas, se ha entretenido haciendo la extirpación de los ojos en un cadáver que murió en Málaga ¡inconfeso!

Todo esto recuerda los tiempos del Rey hechizado y del P. Froilán. ¡Qué miedo!

***

Se dice que algunos amigos y admiradores del Dr. Benavente piensan elevar un monumento á la memoria del reputado paidópata, cuya pérdida reciente lamentan inmenso número de personas, entre las cuales figuran los modestos directores de este periódico, que verán con júbilo, la realización de proyecto tan plausible.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Rodriguez Méndez.—*Importancia de educar bien á los niños.*—Barcelona, 1884.

Hemos leído con verdadera delectación el discurso pronunciado por el eminente catedrático de Higiene, en el acto de la distribución de premios del colegio Villar. La reconocida competencia del orador y su justa fama de escritor médico, se patentizan en este escrito ameno, correcto y erudito.

Imp. de Manuel G. Hernández, Libertad, 16 dup.



EL Dr. SANGREDO

(Tercer año de publicación)

ANUNCIOS ECONÓMICOS

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO III. MADRID 16 JUNIO 1885. VISITA 40

SUMARIO

TEXTO: Algo de la quincena, por el *Dr. Dogresan*.—Los leones de la Medicina, por *X*.—Las figuras de mi galería.—Correspondencia de Valencia.—El amoniaco, por el *Dr. Ese*.—Carta de un delegado de Villaestulta, por el licenciado *Lope de Garcinúñez*.—Totum revolutum.—Anuncios (cubierta).

GRABADOS: Dr. Seco y Baldor, López Ocaña, por Cilla.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

Calle de Atocha, 143, 4.°

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.		PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
Trimestre....	3 Ptas.	Semestre......	6 Ptas.	Semestre......	9 Ptas.
Año..........	10 »	Año..........	12 »	Año..........	18 »

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

Números atrasados de trimestres anteriores para los no suscritores

DOS PESETAS

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16

1885

EL Dr. SANGREDO.



REVISTA SATÍRICA QUINCENAL

DEDICADA

Á LOS HIJOS DE ESCULAPIO

AÑO III. MADRID 31 DICIEMBBE 1885. VISITA 42.

SUMARIO

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Al decoro y tranquilidad de la Administración de EL DOCTOR SANGREDO, conviene publiquemos: 1.°, que muchos de nuestros abonados se hallan en descubierto debiendo el precio de las suscriciones; 2.°, que con el presente número extraordinario zanjamos cuentas con el resto de los suscritores, á excepción de unos pocos (no llegan á veinte), cuyos señores si no tuvieren bastante paciencia para esperar nuestra segunda y próxima salida, pueden reclamarnos la diferencia, con la seguridad de que al punto será devuelta la cantidad que se nos pida.

A nuestros amigos

Los cuidados y los sinsabores, los deberes sagrados y las zozobras que sobre toda la clase médica derramó la epidemia colérica en este verano próximo pasado, no eran, en verdad, circunstancias abonadas para la publicación de un periódico festivo como es EL DR. SANGREDO, que indudablemente, con sus donaires, sus frases más ó menos intencionadas y risueñas había de ser discordante nota en aquellos momentos de angustia y dolor. Así lo entendieron sus dos únicos directores y redactores, y cerrando los oídos á incitaciones de espíritus irreflexivos, prefirieron colgar sus modestas plumas más bien que aprovecharse de la general tribulación para herir con ellas á torpes, ambiciosos ó atolondrados, con el pueril empeño de regocijar á los menos, pudiendo agravar, en cambio, la triste situación de los médicos ante aquella parte del vulgo más ignorante y apasionado.

Tan convencidos estamos de la bondad de nuestra conducta, que cada vez que recordamos aquellas azarosas circunstancias, aquellas apasionadas disputas, aquellas determinaciones administrativas dignas de seres acéfalos,

aquellos rugidos de la plebe contra nuestra amada ciencia, más y más nos afianzamos en nuestra creencia y damos por bien perdidos intereses nada escasos y artículos y críticas tan abundantes como fáciles de confeccionar en aquel entonces.

Preferimos el sacrificio del silencio á aumentar en lo más mínimo el descrédito de la clase.

Y es indudable que á ello hubiéramos contribuído y no poco, censurando la conducta de unos, los pretenciosos y descabellados discursos de otros, las hueras y enfáticas conclusiones de aquél, censuras que habrían de ser justas como siempre lo fueron las nuestras y que en circunstancias anormales podrían traer mayor daño que la corrección amistosa, único propósito de nuestros modestos escritos.

Conjurada la tormenta sanitaria, no del todo, que aún distinguimos serios peligros para mañana, amortiguadas las pasiones, calmada la general excitación, hubiéramos seguido el curso de nuestra publicación, acogida por la clase con excesiva benevolencia (nos complacemos en consignarlo, porque es verdad y porque nos honra en extremo), si perentorias y nuevas obligaciones no abrumaran por algún tiempo á sus directores. Hay además otra circunstancia que justifica la interrupción de esta Revista crítica, y es que siendo la causa principal de su éxito no la humildad de conocimientos de sus directores, sino el prestigio que el anónimo nos prestara y la imparcialidad que por tal circunstancia había de ser más visible, habiendo desaparecido aquella condición, siendo conocidos de todo el mundo nuestros nombres, cambia por completo la índole de la publicación, y convencidos de nuestros escasos merecimientos, fundadamente desconfiamos de poderle prestar aquella vida lozana, aquella autoridad que sin duda este periódico debió en primer término á la atracción que ofrece el misterio, lo desconocido á las inteligencias.

Hemos de meditar, pues, la nueva forma y organización de EL DR. SANGREDO; acumularemos elementos para su vida futura, y procuraremos por todos los medios posibles darle mayor interés y amenidad en su segunda etapa; por hoy no podemos señalar la fecha exacta de su nueva aparición; tengan paciencia nuestros lectores y confíen en que siempre cumplimos nuestras ofertas.

Podemos afirmar, que EL DR. SANGREDO, en su resurrección, ostentará más lujoso ropaje, más crecido número de datos, mayor variedad de asuntos, inspirándose siempre, como hasta aquí, en una viril imparcialidad que explica el que este periódico durante su existencia no haya tenido que *rectificar ni una sola vez*, nadie se atrevió á promoverle disgustos, y en ninguna época se le podrá tachar de acción que no sea noble y desinteresada, y conste que sólo hacemos esta confesión porque está en la conciencia de todos y es nuestra mejor apología.

La misma línea de conducta nos animará siempre; de nada nos arrepentimos, de todo respondemos y sólo rectificaremos *espontáneamente* cuando nuestra conciencia nos enseñe la ofuscación en nuestras apreciaciones.

Interin llegue nuestra reaparición en el estadio de la prensa, EL DR. SANGREDO agradece de corazón las muestras de cariño que mereció de parte de los periódicos profesionales de Madrid y provincias, á los que vivirá eternamente agradecido, da las gracias á sus favorecedores, perdona á sus detractores, gentes todas de mediocre inteligencia y crédito prestado, y absuelve de todas sus faltas á cuantos ávidos de verde significación, cometieron tan

tos y tantos desatinos (y los que cometerán), para que á su vez el público ilustrado nos perdone el no haberle proporcionado aquella lectura que su talento exige y que nuestras escasas fuerzas no pudieron ofrecer.

Abrigamos la esperanza de que nuestros benévolos lectores nos dispensarán el justificado eclipse de EL DR. SANGREDO, toda vez que es esta la primera vez que interrumpe sus hábitos de puntualidad.

LA REDACCIÓN.

LAS FIGURAS DE MI GALERIA

MARIANO SEMMOLA

El Dr. Semmola, cuyos trabajos de epidemiología han dado á conocer en España los periódicos profesionales, y muy singularmente *El Siglo Médico*, es una de esas figuras brillantes del renacimiento de Italia; siguiendo la tradición de su gloriosa familia, se dedicó á las ciencias, y muy joven se dió á conocer por una serie de trabajos experimentales sobre la influencia del régimen alimenticio en los albuminúricos, trabajo lleno de originalidad y que ha servido de base á otros posteriores de sabios distinguidos. Más tarde representó á su país en la conferencia sanitaria internacional de Viena, y en los congresos médicos de Bruselas (1875), Amsterdam (1879), y Londres (1881), y por último, en la conferencia de Roma, en todas cuyas asambleas tomó parte tan eficaz como activa.

Manejando la pluma y la palabra con la misma brillantez, y conociendo varios idiomas extranjeros como el propio, nada tiene de extraño que el nombre de Semmola sea conocidísimo en el centro y Norte de Enropa, cuyos pueblos le han prodigado envidiadas recompensas.

En la actualidad es Semmola catedrático de la Universidad de Nápoles, diputado á Cortes é individuo de sinnúmero de Academias y sociedades sabias; entre sus muchos escritos citaremos: *Terapia empírica é Terapia scientifica*, libro lleno de ciencia y que es un modelo de observación y *Medicina Vecchia é Medicina Nuova*, crítica, cuyo interés no decae en ninguno de sus largos artículos, y que constituyen los dos mejores trabajos de este ilustre médico.

DR. CALDERÍN

La personalidad científica de D. Pedro Calderín es una de las más brillantes entre los médicos de visita de la corte.

Ni su numerosa clientela, ni los múltiples y penosos quehaceres de la práctica tocológica impidieron á este profesor el seguir con afán los adelantos de la ciencia, intervenir en discusiones científicas, dar vida y realce á la Sociedad Ginecológica, contribuir con su persona y conocimientos á todas las empresas que redunden en beneficio de la clase y asistir con esmero y cada vez con creciente favor del público, á su clientela numerosa y escogida.

Cuantas veces hemos tenido ocasión de encontrarnos con este profesor en la asistencia de algún enfermo, pudimos notar y aplaudir su vasta ciencia, profunda erudición en su especialidad, al mismo tiempo que su carácter respetuoso y benévolo para sus compañeros, su comportamiento delicado sin sombra de tenacidad y vana presunción, condiciones que en los tiempos presentes son tan raras, y por ende, tan dignas de imitación y encomio.

Hijo de modestos y honrados labradores de Telde (Gran Canaria), llegó á conseguir en Madrid, á fuerza de aplicación y trabajo, una valiosa clientela, siendo hoy uno de los comadrones más acreditados de la corte, en donde tuvo por maestro á D. Francisco Alonso y Rubio, figura médica de las más respetables y simpáticas que tiene España en estos tiempos.

Como la brevedad forzosa de estas siluetas nos impide entrar en detalles precisos para aquilatar todo el mérito científico del Dr. Calderín, invitaremos

á los lectores á pasar la vista por las actas de la Ginecológica, de cuya corporación fué vicepresidente, y cuyas sesiones y actos animó con sus conocimientos y amor al estudio.

Una acusación hemos de dirigir á D. Pedro Calderín, y es lo reacio que hasta hoy se mostró para dar al público los muchos conocimientos qne posee, al decir de todo el mundo, y publicar las curiosas enseñanzas de su práctica.

Dr. MORENO ZANCUDO

El nombre de este compañero se cotiza á alto precio entre la clase profesional, y especialmente entre los médicos de baños minerales, por sus vastos conocimientos, sus luminosos escritos y bondadoso carácter.

Nació D. Eduardo en 1851 en Oliva de Mérida (Badajoz); no corresponde su corta estatura á su voz de bajo profundo; así que, cuando habla, se me antoja estar oyendo á un gigante recortado.

Con un expediente literario sembrado de premios y excelentes notas de aprovechamiento, llegó á obtener, por oposición, una plaza de baños, figurando en la vanguardia de esta corporación, porque es, aparte de su instrucción vasta, de los pocos que siguen con entusiasmo é interés el movimiento de la ciencia médica. Sus conocimientos en cuestión de *aguas* y *algas*, le hacen merecedor de vestir el traje de marino con tanto derecho como cnalquier Almirante.

En 1882 le confió la Sociedad de Hidrología el cargo de redactor jefe de los *Anales*, y en 1884 la dirección de los mismos, entrando á formar parte de la redacción hidrólogos tan antiguos é ilustrados como los Dres. López y Villafranca.

Entre los escritos debidos á la pluma de Moreno Zancudo, recordamos uno sobre *La oftalmía simpática*; *La neuralgia y su tratamiento hidro-mineral*; *Descripción micrográfica de las algas termales*, esta monografía fné premiada en la Exposición de minería y aguas minerales, con medalla de plata, valiéndole á su autor el título de socio corresponsal de la Sociedad Hidrológica de París; *El tratamiento termal durante el embarazo*; *Fuentes minerales de España más importantes en el tratamiento de las enfermedades útero-ováricas*, premiada por la Sociedad Genecológica; *La hidroterapia en la infancia*, etc., etc., sin contar infinitos artículos publicados en los periódicos profesionales.

Para terminar, diremos qne nuestro biografiado es micrógrafo distinguido, y tiene preparada una historia bio-bibliográfica de los hidrólogos españoles.

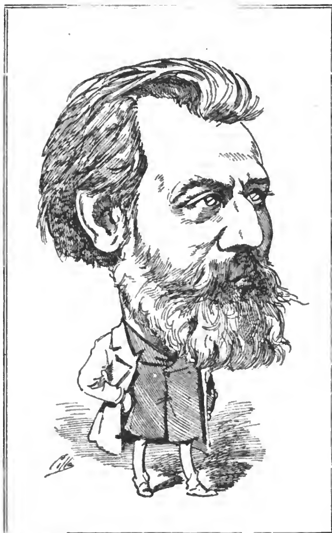
Durante la última epidemia colérica, el Dr. Moreno Zancudo, llevado de plausible entusiasmo, sin cobrar dietas de ninguna índole, visitó las provincias de Zaragoza, Alicante y Valencia, donde á la sazón se cebaba el cólera con intensidad; estndió el carácter de la peste indiana y el valor del procedimiento profiláctico del D. Ferrán, de cnyos viajes sacó valiosos materiales para sus discursos y escritos acerca de tan interesante asunto.

Dr. FRANCOS RODRIGUEZ

Preséntase el Dr. Francos en alguno de sus numerosos escritos políticos, por su estilo viril y radicales ideas, como empedernido revolucionario, cual nnevo convencional ávido de tremendas conmociones sociales; hace falta estudiar el carácter bondadoso de este joven para convencerse de que el autor de los artículos insertos en *Las Dominicales*, no será jamás ningún Colois; demócrata por convicción y por temperamento, ama por igual á la ciencia y á la república, sin perder ocasión de sellar aquel amor con discursos, artícnlos y libros, qne al paso que hacen concebir gratas esperanzas acerca del porvenir de Francos, testifican su laboriosidad presente y su entusiasmo por el estndio. Nació en 1862, el otro día como quien dice, y sin embargo, ha sabido ya captarse muchas simpatías, y su nombre es muy conocido en la clase médica.

En estos días, con ocasión de la aper-

Galería humorística de EL DOCTOR SANGREDO



DR. SEMMOLA

Nacido al pie del Vesubio
el fuego robé al volcán,
con el que adoro la ciencia,
la patria y la libertad.

Galería humorística de EL DOCTOR SANGREDO



DR. CALDERÍN

Ginecólogo soy y ya la fama
me concede un saber extraordinario;
si lo dudas, pregúntalo á esa dama...
(¡Canario!)

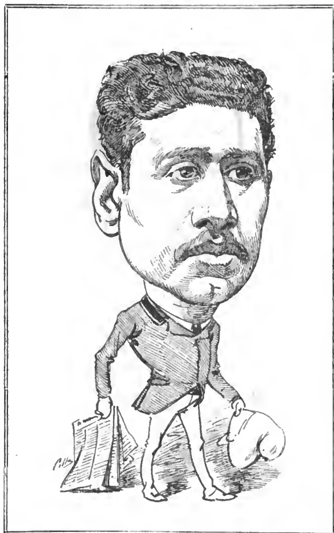
Galería humorística de EL DOCTOR SANGREDO



Dr. MORENO ZANCUDO

Aunque en aguas me metí
y con mi fortuna dí,
ni Martos hay quien me birle,
ni podrán decir de mí
que soy doctor de aguachirle.

Galería humorística de EL DOCTOR SANGREDO



DR. FRANCOS

Soy muy joven, y ya valgo;
do hay que aprender, allí corro,
y esto es algo
que acrecienta mi prestigio.

. . . .
Posdata: me calo el gorro
frigio.

Galería humorística de EL DOCTOR SANGREDO



Dr. CALATRAVEÑO

Yo soy periodista,
médico y poeta,
joven y delgado;
ligero de piernas;
frecuento teatros,
toros y academias;
donde ocurre algo,
allí se me encuentra;
nada se me oculta,
nada hay que no sepa;
tan sólo una cosa
me apura y me apena,
que al verme no griten:
¡Menchetal ¡Menchetal..

Galería humorística de EL DODTOR SANGREDO



DR. RIBERA

Si hago temblar traduciendo
los idiomas que me sé,
soy con la cuchilla en mano
espanto de los *bebés*.

Galería humorística de EL DOCTOR SANGREDO



DR. PELLICER

Las cartas á su familia,
sólo escribió Pellicer;
pero en cambio tiene *guita*...
¡La gran cuestión es comer!

Galería humorística de EL DOCTOR SANGREDO



Dr. GARCÍA SOLÁ

Alemania tiene á Koch,
á Pasteur tiene París,
á Tyndall tiene Inglaterra
y España me tiene á mí;

que si no tanto como ellos,
valgo á lo menos por mil
de esos *microbiologistas*
que *se gastan* por Madrid.

. . . .
(Muchas gracias, y estimando,
bichólogo del Genil.)

Galería humorística de EL DOCTOR SANGREDO



DR. FERNÁNDEZ DE LA VEGA

Por donde quiera que fuí
la admiración excité:
no hay quien se asemeje á mí,
pues lo mismo manejé
la espada que el bisturí.

tura de la Sociedad de Higiene y de la Academia Médico-Quirúrgica, leyó dos discursos notables, mny aplandidos por la prensa y el auditorio.

Si alguien dudara de la actividad y pericia de nuestro biografiado, lea sus artículos acerca de «La traqneotomía,» sus artículos políticos y literarios insertos en *Las Dominicales* y en *El Progreso*, sus ya numerosos discnrsos, la monografía acerca de la «Patogenia de la sífilis,» el folleto *La higiene del comerciante*, *El escepticismo político de la clase obrera*, sus artículos en *El Criterio Científico*, en *La Medicina Contemporánea* y *El Siglo Médico*, de cuyas publicaciones es ó ha sido colaborador.

Nosotros, que nos complacemos en aplaudir las excelentes aptitudes de Francos y esperamos verle llegar á donde le marquen sus ilusiones, porque es de los que *crecen*, sin embargo, le quisiéramos menos admirador de los hombres y más rendido á las ideas, que siempre fueron más grandes y más puras que aquéllos.

Dr. CALATRAVEÑO

Apenas existirán dos docenas de médicos en España que dejen de conocer á este joven compañero; tal circunstancia, habida en cuenta sn edad escasa, es un perfil para su silueta, que le hace merecedor de un puesto en esta Revista con mayor derecho que el santón encastillado, el sabio de café ó el murmurador sempiterno que nada sacrificaron á la ciencia y sí mucho á las males artes.

Nació Calatraveño en Valladolid en 1861, y si fuéramos á juzgar de su mérito por el número de sus detractores, su fama no cabría ya en el mundo.

Nosotros, que siempre miramos las cuestiones personales á través del prisma de la imparcialidad y siempre tuvimos serenidad suficiente para olvidar alabanzas exageradas ó ladridos de rencor ó de envidia, distinguimos en Calatraveño un espíritu emprendedor, entusiasta, laborioso, á quien le falta lo que el plomo, de los años suele dar y aquella dirección constante y única, producto de la concentración de sus facnltades más salientes; en una palabra, le falta alguna maestría en la ciencia de la vida para seguir un camino recto, único adecuado á sus aptitudes, evitando tocar en las orillas donde se encuentran apostados y escondidos cuantos no tienen más misión que la de distraer ó destrozar al caminante con sus mordiscos. El día en que nuestro biografiado dé nna prueba solemne de estudios trascendentales y serios, el día en qne con más conocimiento de los hombres ponga freno á su juvenil espontaneidad, sus actos de hoy, numerosos y algunos meritorios, serán alto y legítimo escabel donde brille un nombre respetable.

Pero bajemos á la realidad. Con excelentes notas terminó su carrera y hace seis años que con el simpático Dr. Tejada y España lleva el peso de nnestro colega *El Genio Médico*; colaboró en el primero y último *Diario Médico*; es Presidente del Ateneo Antropológico hace tres años, y por su actividad esta corporación ha conquistado próspera vida y mayor importancia qne otras de más pretensiones; es médico del manicomio de Ciempozuelos, etc., etc.

Entre los innumerables escritos de Calatraveño, recordaremos tan sólo una *Biografía de Calderón de la Barca* y los folletos *Ensayos médico-literarios*, *Intervención de la mujer en los estudios médicos*, *Historias vulgares*, etc., etc.; su oratoria es fácil y agradable, fué premiado en varios certámenes científicos y es respetuoso y cariñosísimo con su anciana madre.

Tal es á grandes rasgos la personalidad de Calatraveño, cuyo carácter es dulce y servicial; le complace mucho su parecido con el difunto Alfonso XII.

Dr. RIBERA

Es un compañero apreciable que por su laboriosidad é inteligencia ha sabido ganarse un nombre respetable y una posición científica que se va ensanchando á medida que los días pasan; con el tiempo será uno de los cirujanos de más crédito de la corte, á jnzgar por el ince-

sante afán y el creciente entusiasmo con que se dedica al estudio de su especialidad.

Catalán de origen, premioso en el decir, amante de la ciencia, celoso de su reputación y del prestigio de la Cirugía, poseedor de vastísimos conocimientos, erudito en sumo grado hasta el punto de conocer todos los escritos modernos relacionados con la ciencia quirúrgica, hállase siempre dispuesto á animar las sesiones de la Academia Médico-Quirúrgica con sus discursos, con sus observaciones atinadas, con la exposición de numerosos é instructivos casos prácticos. Demostró sus conocimientos en las oposiciones á la cátedra de Patología Quirúrgica, siendo aprobados los ejercicios por unanimidad. Es uno de los mejores obreros de la ciencia médica española, al que tan sólo le falta aquella brillantez de palabra de la que tan enamorados estamos los españoles; no parece sino que todos los bolsillos de su traje están repletos de casos clínicos; tal es la abundancia con que los expone á la consideración de la antedicha Academia, que dicho sea de paso creció en brillo y prosperidad bajo la *dinastía* de Ustáriz por lo cual mereció, este simpático profesor, los honores de la reelección.

D. José Rivera tiene ganados varios premios en su carrera, es jefe facultativo del Hospital del Niño Jesús, desde el fallecimiento del Dr. Benavente; Presidente de la Sección de Cirugía de la Médico-Quirúrgica, y entre sus escritos numerosos que acreditan la pericia de este joven compañero citaremos sus notables y eruditos folletos acerca de *la rabia* y de *el carbunco*, sus monografías acerca de las *hidroceles* y los *tumores del abdomen* y que por si solos bastan á crear una reputación de médico estudioso é inteligente.

Dr. PELLICER

Mereciera este simpático compañero, que en vez de biografía escribiéramos un tremendo artículo, poniéndole de oro y azul, que á todo es acreedor por lo alejado que vive de la ciencia, delito imperdonable en todo profesor, y con mayor motivo en el que no carece de aptitudes. Esta conducta punible de D. Juan Antonio con la ciencia militante le coloca en triste situación; es un vivo sepultado en su propia incuria. Dedicado á ganar dinero y á colocar los caudales que le produce su clientela y su nómina, no pierde el sueño ni la tranquilidad por acudir á las Academias, ni por la publicación de libros.

Terminó su carrera, hasta el doctorado inclusive, con premios y notas de sobresaliente: fué alumno interno, por oposición, ganando en honrosa lid una plaza de médico militar.

Asistió á las campañas del Norte y de Cataluña: hoy es médico del cuarto militar de S. M. Su afición predilecta es el estudio de las enfermedades de los ojos.

El Dr. Pellicer ha sido profesor de la Academia de Sanidad Militar durante los cuatro años que funcionó aquélla; ejerce el cargo de subinspector médico de segunda clase.

De estatura regular y buenas carnes, es tan rubio como amable y buen compañero. Todos cuantos le conocen le conceden clara inteligencia y vasta ilustración...; nada dió á la imprenta, y bien sabe Dios que puede y debe publicar los materiales que tiene recogidos, si no quiere que la polilla roa sus cuartillas y la clase olvide á un compañero no despreciable, en la cuotidiana faena científica.

Dr. GARCÍA SOLÁ

Este conocido maestro es alto, rubio, cenceño, locuaz, de buen talante, y la primera impresión que produce su porte, con su pronunciación andaluza y el desdén con que se expresa en asuntos extraños, es la de un mozo *echao pa elante*; sin duda fundándose en esta impresión del momento, un amigo nuestro le llamó el *chulo científico*.

Su expediente literario es por extremo honroso, y lo mismo en su vida escolar que en la de profesor, acreditó siempre una laboriosidad envidiable, hasta el punto de que su pluma pocas veces está ociosa. Llenaríamos algunas

cuartillas copiando los méritos literarios y científicos del Dr. García, transcribiendo los títulos de sus numerosísimas pnblicaciones. Catedrático por oposición de la Universidad de Granada, médico, también por oposición, del Hospital General de Madrid, consiguió por los mismos medios otros cargos de menos significación. En cuanto á sus publicaciones, no hay ninguna de mérito notable, ni aun proporcionado al que debiera esperarse de un maestro de la ciencia.

El público, en vista de la falta de originalidad en los escritos del Sr. García, cree de buena fe que este compañero pnso especial cuidado en copiar ideas ajenas, señalando su *Patología General* como ejemplo de hijos de muchos padres. Algnna de sus monografías obtuvo premio en corporacionee científicas.

Encargado de emitir dictamen acerca de la inoculación Ferrán, escribió un folleto el Dr. García, pobre en la forma y muy deficiente en ideas científicas; el escrito es deplorable para nuestro amigo, aparte de sus opiniones acerca de la eficacia del método del doctor tortosino, que nosotros somos los primeros en respetar; cada cual, con arreglo á su conciencia, pnede emitir la opinión qne mejor le plazca.

DR. FERNÁNDEZ DE LA VEGA

D. Salustiano es un maestro instruído y laborioso, y un compañero afable, modesto, y muy simpático por su espontánea franqueza.

Nacido en donde el Ebro encuentra su origen, y perteneciendo á una familia distinguida y acandalada, joven aún, tiene en historia bastantes analogías con la del célebre Pérez de Herrera, el Machaón de los españoles. No pudiendo en esta silueta detallar la vida del catedrático de Anatomía de Zaragoza, diremoe qne terminada con brillantez la carrera de las armas, llegó á comandante con el peeho lleno de cruces, y sn hoja de servicios atestada de honrosas notas testificando el pundonor, la pericia, la intrepidez del joven militar, al servicio en el regimiento de húsares de la Princesa. A los veintitres años de edad concibió la idea de ser catedrático de Anatomía, y poniendo manos á la obra, estudió el bachillerato, y luego uno tras otro con excelentes notas, todas las asignaturas de Medicina, licenciándose y tomando por fin el título de doctor con nota de sobresaliente. Debemos advertir que estos estudios como el desempeño del cargo de ayndante de disector, los hacía el Sr. Fernández sin desatender los penosos servicios y serios deberes qne su destino en el Ministerio de la Guerra le reportaban. En nnas oposiciones brillantes ganó la cátedra de Anatomía qne hoy desempeña, y de la que tomó posesión en 1878. Desde tal fecha no ha dejado un momento de manifestar su amor á la ciencia escribiendo monagrafías y libros, dirigiendo y colaborando en periódicos profesionales, pronnnciando discnrsos y avivando con sn entusiasmo la vida de corporaciones ilustradas.

Tiene escritas, entre varias, un *Compendio de Anatomia humana, Análisis anatómico de las articulaciones, Idem id. de los músculos*, estas dos últimas premiadas por el Ministerio de Fomento. Director de *La Clínica*, en estos últimos tiempos marchó á Valencia comisionado por el clanstro de Zaragoza para estndiar la inoculación profiláctica de Ferrán. Esta misión delicadísima y sembrada de peligros fué desempeñada con pulcritud y acierto por el Dr. Fernández de la Vega, y sus ilustrados compañeros Dres. Jimeno, Arbnmies y Aramendia, todos comisionados por Zaragoza, y que con gran diligencia visitaron los pneblos más epidemiados, hicieron numerosas preparaciones micrográficas, levantaron estadísticas, emitiendo después luminosos informes qne les produjo disgustos sin cuento por la misma razón de qne como hombres de conciencia y saber, no se limitaron á halagar á las autoridades en sus desaciertos ni á ridiculizar humanitarios esfuerzos nacidos de la estudiosidad y del deseo de ser útil á la patria.

Imp. de Manuel G. Hernández, Libertad, 16.

TOTUM REVOLUTUM

Ya lo saben nuestros lectores; esta publicación, que no omitió ningún género de sacrificios durante su vida, para dar con puntualidad noticias amenas, críticas mesuradas, consejos inspirados en la honradez y en el mayor prestigio de la clase, por razones muy atendibles. expuestas al principio de la visita, ha tenido que sufrir pasajero eclipse, más dilatado de lo que nosotros hemos querido.

Otras circunstancias no menos justificadas nos imponen la obligación de reformar y mejorar esta Revista, y en tanto llega el día feliz de nuestra reaparición, sirva este número para ponernos en comunicación con nuestros lectores.

***

Ante todo, les deseamos prosperidades en el año próximo, paz en sus casas y una placita de chupon en la sabrosa ubre del presupuesto, que ya no es posible vivir con desahogo sin la nodriza del Estado, según la prisa con que unos solicitan, y la pereza con que los caídos dimiten.

***

Desde que el Dr. Creus dejó de ser personaje político, contra su voluntad, correligionario y compañero del gran Oliver, servidor de Pidales y Villaverdes, recobró en nuestro aprecio el alto puesto que sus méritos conquistaron; vuelve hoy á ser para nosotros el eminente cirujano, el maestro laborioso, el compañero amable y estimado por sus altas dotes.

Pero cuidado con reincidir, que ya no merecería perdón el hombre que no protestó con energía ante los actos disparatados de aquella caterva de mamarrachos que figuraron en las vergonzosas escenas del día de Santa Isabel.

Que aplauda inoportuna y servilmente á los esbirros, que los santifique con bufonadas un *pepe*, un melocotón cualquiera, pase; pero es altamente sensible ver á un docto maestro, á una de nuestras más legítimas reputaciones quirúrgicas barajado con policías y acuchilladores de niños.

***

Adelantos de la Medicina nacional.

Los médicos de pasados y vetustos días dejaron consignado, según era su deber y la dignidad de la ciencia exige, la enfermedad ó accidente de que murieron sus reales clientes; así es que hoy, después de tantos años, sabemos con detalles la muerte de Carlos V, relatada por el doctor Matisio, que la diagnosticó de una fiebre maligna, sobrevenida por estar el Rey al sol en una terraza del monasterio de Yuste; sabemos que la Reina D.ª Ana, mujer de Felipe II, falleció de catarro epidémico, y que después de su muerte se le encontró en sus entrañas un niño muerto. De la misma suerte sabemos que este Rey pudo más que el catarro epidemico, conociendo los detalles de su última enfermedad. La Reina D.ª Bárbara murió en Aranjuez de pitiriasis *seu morbus pedicularis*, asistida por el inolvidable Virgili; conocemos, por fin, las fases de la erisipe-

[illegible]ligna que sufrió Felipe III, etc., lo cual indica que los médicos de antaño, que embalsamaban con perfección, toda vez que algunos egregios cadáveres no tuvieron necesidad de ser conducidos al pudridero, no eran tan ignorantes y descuidados como algunos suponen; en cambio, en pleno siglo XIX muere D. Alfonso XII, no se sabe á punto fijo qué día ni á qué hora, y las dudas acerca de la naturaleza de su enfermedad son infinitas; sólo sabemos que murió, porque estaba enfermo; que nadie puede creer en aquello de la bronquitis capilar sin fiebre, y otra porción de versiones que por esos mundos corren.

***

Somos los primeros en alegrarnos del nombramiento de los nuevos médicos de cámara, tres reputaciones médicas, que si se colocan sobre la voluminosa columna de importantísimos libros que escribieron, se les distinguirá desde muy lejos... con telescopio.

***

Hemos tenido el gusto de ver un ejemplar del libro, que con el título de *Recuerdos históricos*, ha escrito D. Luis Comenge Ferrer. Consta de 300 páginas, su impresión es esmerada y su precio 3 pesetas. Llenan el texto una serie de artículos en que se dan á conocer nombres ilustres y escritos curiosos de médicos, especialmente nacionales, poco ó nada conocidos de nuestros historiadores.

***

Uno de estos días se pondrá á la venta la *Carta histórico-médica de la Medicina española*, compuesta por D. Luis Comenge y Ferrer.

Es una obra litográfica editada con lujo y esmero á seis tintas. Su tamaño es el de un metro por lado, y contiene: el nombre de todos los médicos importantes que ha tenido España, con el pueblo de su nacimiento, el siglo en que vivieron y la especialidad en que brillaron, todas las epidemias que experimentó nuestra nación, el año en que acaeciéron, su intensidad, naturaleza y medios que para combatirlas se pusieron en práctica en los pasados siglos; curvas gráficas, representantes del nivel intelectual que en Medicina alcanzaron las naciones europeas en el curso de los años; el origen de las universidades y hospitales, y un resumen de la Medicina española.

Creemos será una obra de aceptación.



